3 1761 08695655 4

LOS
CABALLEROS DEL AMOR

Los Caballeros del Amor
D. Alvaro Carrillo
J. Seix

LS
C 3527c

LOS
CABALLEROS DEL AMOR

(MEMORIAS DEL REINADO DE CÁRLOS III)

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA POR

(ÁLVARO CARRILLO (pseud.))
[Rafael del Castillo]

277344
9. 32
3.

TOMO II

BARCELONA
JAIME SEIX, EDITOR
CALLE DE DÓU, N.º 15, (ANTIGUA UNIVERSIDAD)
1879

Esta obra es propiedad del Sr. Seix, quien se reserva sobre la misma cuantos derechos le concede la ley.

Barcelona: Imp. de Baseda y Giró, calle Sepúlveda, núm. 197, Ensanche.

CAPÍTULO I.

Antecedentes á los capítulos anteriores.

En el mismo momento que en casa del conde de Lazan tenia lugar la escena en que María rogaba al vizconde alcanzara el perdon de don Luis, Antonio se hallaba en la de Alina, pidiéndole consejo.

Si la curiosidad del lector es tanta, que quiera sorprender parte de la conversacion, síganos, y sin cansarnos en el camino, y en menos de un santiamen, nos trasportaremos al sitio donde el jóven y la dama se hallan, y como poseemos un precioso talisman, por virtud de él permaneceremos invisibles á los ojos de Alina y Antonio.

—¿Estais, pues, completamente decidido?

—Lo estoy; quiero tener una explicacion con mi padre.

—Pero.....

—Nada temais; sé lo que me impone el deber filial, por más que él haya desconocido los que le imponia su calidad de padre.

—Si es cierto que tan decidido estais á obrar prudentemente, no me niego á acompañaros.

—Gracias, señora.

—Antes meditadlo; consultad hasta donde podeis contar con vos mismo, dando semejante paso.

—Lo tengo bien meditado.

—Entonces, contad conmigo.

—Luisa, solo por Luisa lo hago.

—Os creo, amigo mio, y ya sabeis no me intereso yo menos por ella.

—Es preciso que Cárlos cumpla con ella como debe hacerlo un caballero.

—Y no dudo que el conde, á instancias mias, así se lo habrá exigido.

—Ahora sabemos á qué atenernos.

—Pues cuanto antes, será mejor.

Alina y Antonio se dirigieron á la morada del conde; éste, que parecia predestinado á que no se le dejara á solas y tranquilo un momento, se exasperó cuando su criado le dijo que una dama y un jóven deseaban verle; mas como quiera que por las señas que el criado le dió, reconoció á Alina en la dama, no pudo negarse á recibirla.

Al penetrar Antonio en el gabinete del conde, sintió que el corazon le palpitaba de una manera desusada dentro del pecho.

El rostro del anciano se cubrió de mortal palidez al reconocer al jóven que acompañaba á Alina.

—Señor conde—dijo Alina con el sarcástico tono que usaba siempre que se veia con él—este jóven me ha suplicado vivamente que le condujera á vuestra presencia, y yo, contando con el comedimiento de ambos, he accedido á su súplica.

El conde no se atrevia á hablar; por último, dijo:

—Habeis hecho bien. ¿En qué puedo serviros, jóven?

—No se trata de mí, padre mio—dijo Antonio tristemente.

El conde no pudo reprimir un marcado movimiento de sorpresa al oir las frases de Antonio; éste que lo advirtió, repuso:

—Tranquilizáos; todo lo sé.

—¿Y venís sin duda á reclamar.....—balbuceó el conde sin osar fijar sus ojos en el jóven.

—¿Reclamar para mí?.... Estais en un error; nada espero y nada solicito; al nacer, desheredóme el Señor del cariño de mis padres, y como esta es la mayor de las desgracias para un hijo, nada me importa perder lo demás que pudiera corresponderme.

—Yo.....—murmuró el conde inclinando la frente hácia el suelo.

—No os acuso, señor; y os suplico que no inclineis vuestras canas ante mis negros cabellos; levantad la frente, fijad vuestros ojos en los mios, y no leeréis en ellos ni el más mínimo reproche; si puedo acusar, no quiero hacerlo; no temais, por lo tanto, que mis labios se abran para inferiros la menor ofensa; si acaso se mueven será únicamente para suplicar, aunque nada en favor mio.

El respetuoso y noble lenguaje de Antonio, confundia más y más al conde, y es bien seguro que en su corazon se estaba librando ruda batalla de encontrados afectos.

—Vuestro respetuoso lenguaje—dijo por fin—me anima á creer que se anida en vos un alma noble y un corazon elevado y generoso. Podeis creer que estoy dispuesto á hacer cuanto me pidais, si está en mi mano hacerlo.

—Yo os doy por ello las gracias anticipadamente; se trata de la jóven Luisa.

—Antonio, conozco á esa jóven, está en esta casa actualmente, y bien sabe Dios que he procurado hacer por ella cuanto me ha sido posible.

—Y me atrevo á esperar que seguireis insistiendo en hacerla feliz—dijo Antonio.

—Yo bien lo quisiera, pero.....

—¿Qué obstáculos se oponen á ello?—preguntó Alina.

—El más inesperado—respondió el conde.

—¿Y es?....—repuso respetuosa pero vivamente Antonio.

—La negativa de Cárlos.

—Se niega el señor vizconde á cumplir su palabra?

—Sí, Alina; se niega.

—¿Qué motivos alega para tal proceder?—dijo Antonio.

—Se los calla, pero sostiene que le es imposible, por más que ese fuera su deseo, el dar su mano á Luisa.

—¿Eso dice?

—Sí.

—Y vos, ¿qué decís?

—¿Qué quereis que diga ni haga yo, Alina? Sufrir y callar.

—Mandar es lo que debeis hacer, señor—repuso Antonio.

—Lo he hecho y se ha negado.

—Él dió su palabra y debe cumplirla; si no lo hace se le debe obligar.

—¡Obligarle! ¿Y cómo hago yo eso si él se obstina en desobedecerme?

Antonio estaba visiblemente agitado, sus ojos despedian chispas; Alina procuró calmarle temiendo que sobreexcitado como se hallaba cometiese alguna imprudencia.

—Veamos á Luisa, Antonio; sepamos lo que ella dice.

—No, yo no quiero verla; hacedlo vos.

—Así lo haré.

—Suplico al señor conde interponga su influencia, á fin de evitar una catástrofe entre el señor vizconde y mi humilde persona. Con vuestro permiso me retiro, procuraré veros hoy nuevamente, señora.

Antonio saludó y salió de aquel gabinete profundamente conmovido.

El conde, al verle marchar, cubrióse la frente con las manos, y exclamó con acento desesperado:

—¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

—Mientras alenteis—contestó Alina con profético acento.

—¡Por piedad, señora, tened compasion de mí!

—¡Piedad! ¿Acaso la tuvísteis vos de mí?

—No niego mi culpa.

—Vuestras culpas dijérais mejor, señor conde.

—Sí, mis culpas, razon teneis; pero ¡ay! harto las expío.

—Dios es justo.

—Pero no cruel.

—¿Acaso creeis que es crueldad la que sobre vos ejerce?

—Lo que creo es que mi vida no es vida; que los acontecimientos en mi contra se suceden unos á otros con tal rapidez, que hacen imposible que goce ni un solo minuto de bienhechora calma.

—¿Acaso os figurais que vuestras víctimas gozan ni han gozado del menor consuelo, á contar desde el instante en que os conocieron?

—Yo.....

—Vos sois un egoista; tanto, que solo os acordais de vuestros actuales sufrimientos, sin tener en cuenta los que sufren los otros por culpa vuestra. Vos no habeis sufrido ni es posible que sufrais lo que yo, y sin embargo, no me quejo de la justicia divina, y eso que entre nosotros dos media la diferencia del verdugo á la víctima; bien lo sabeis.

—Es cierto—contestó el conde con voz ahogada.

—No es esta ocasion de recordaros vuestros crímenes, ni yo he venido á eso. ¿Teneis inconveniente en que vea á Luisa?

—Ninguno, señora.

—Pues os suplico que me conduzcais á su presencia.

—Aguardad un instante.

El conde tiró del llamador, y acto contínuo apareció un criado.

—¿Sabeis—le dijo el conde—si está sola en el gabinete que se le ha destinado, la jóven forastera?

—Hace ya bastante rato que entró en él la señorita.

—Está bien; retiráos.

El criado obedeció.

—¿Quereis verla al instante?

—Sí—respondió Alina.

—Venid, pues.

CAPÍTULO II.

Una alianza femenina.

Razon tenia el criado del conde al asegurar que hacia ya largo rato que María se hallaba en el gabinete de Luisa.

Las dos jóvenes habian simpatizado desde el primer momento en que se vieron; María era muy buena, y desde que tuvo conocimiento del motivo que produjo el accidente de Luisa, comenzó á sentir afecto hácia aquella jóven á la cual no conocia, pero cuyos sinsabores sabia comprender.

No se separó de su lado en tanto estuvo privada del sentido, y cuando Luisa volvió á la vida se halló á su lado á una hermosa jóven desconocida, pero de rostro angelical.

María dijo á la jóven enferma quién era, y le aseguró que se interesaba por ella.

En breve ambas jóvenes no tuvieron secretos una para otra.

Estaban reunidas la mayor parte del dia.

María, despues que el vizconde del Juncal salió del gabinete del conde en direccion al palacio de Floridablanca, pidió permiso á su padre para retirarse, y obtenido este, la jóven salió de aquel aposento y se dirigió al que ocupaba Luisa, á la que encontró anegada en lágrimas.

—¿Qué es eso, amiga mia? ¿Qué teneis?

Luisa, sin dejar de verter lágrimas, contestó con seguro acento:

—¿Qué quereis que tenga, sino dolores que llorar?

—No me gusta que os entregueis de ese modo á la desesperacion.

—¿Y qué hacer en el estado en que me hallo?

—Esperar.

—Mejor dijérais, desesperar.

—Eso nunca debe hacerlo un alma cristiana.

—¿Y cómo puedo yo hallar alivio á mi quebranto, si el único que hacerlo puede se niega á ello? ¿Qué será ya de mí en el mundo?

—¿No teneis en mí una hermana cariñosa?

—Angelical. ¿Creeis que á no ser por vos me hubiera detenido ni un solo instante más en esta casa, desde el momento en que recobré el sentido? Por vos, solo por vos he permanecido en ella.

—Y habeis hecho lo que debíais.

—Sin embargo, estoy determinada á abandonarla para siempre.

—¡Ah! No, vos no hareis eso, amiga mia—dijo María profundamente conmovida.

—Sí, lo haré; y solo por veros me he detenido.

—¿En tan poco teneis mi amistad y mi cariño?

—Ambas cosas aprecio en lo mucho que valen, pero mi propia dignidad hacen imposible mi permanencia por más tiempo en la casa que es propiedad de mi seductor.

—Aun no, querida Luisa; esta casa es de mi padre.

—Viene á ser lo mismo.

—¡Oh! perdonad, hay alguna diferencia.

La conversacion fué interrumpida por la presencia de la doncella que anunció al conde y á Alina.

—¡Querida Luisa!—dijo Alina al entrar precipitándose en sus brazos.

—Vos, ¿vos aquí, señora?—exclamó Luisa estrechando en su seno el de su protectora.

—Me retiro, señora; os dejo juntas á las tres y estad seguras de que de antemano apruebo lo que resolvais.

El conde se inclinó y abandonó el aposento.

—Alina, he aquí la protectora de quien os he hablado; ésta —dijo señalando á María—es la hija del señor conde y bien puedo aseguraros que ha sido, desde que estoy en esta casa, mi ángel bueno.

Las dos personas aludidas se saludaron cortés y afablemente.

—Celebro en el alma que tan á buen tiempo hayais llegado, señora—dijo María.

—¿Á buen tiempo?—replicó Alina.

—Sí, porque espero que me ayudeis á convencer á mi rebelde amiga.

—¿De qué se trata, pues?

—Quiere abandonarme.

La pobre Luisa no cesaba de llorar por más que hacia esfuerzos para evitarlo.

—Luisa—respondió Alina—debeis reflexionar antes de decidiros á nada.

—¡Reflexionar!—replicó la afligida jóven.

—Sí, ante todo, hija mia, es preciso no entregarse á la desesperacion.

—Eso es precisamente lo que yo le aconsejo.

—¿Cómo pretendeis que en mi estado actual me pare en reflexionar, ni cómo es posible que deje de abandonarme á la

pena que me devora? ¿Creeis que es fácil olvidar al hombre que se ama y que nos ha hecho infeliz? ¿Es natural que no se desespere la mujer que se ve rechazada por el mismo que juró amarla eternamente?

—¿Rechazada?

—Sí, Alina, sí; rechazada ó despreciada.

—No digais eso, Luisa.

—¿Acaso en mí misma presencia no rechazó mi mano?

—Yo sé bien que mi hermano no os desprecia.

—Los hechos vienen á probar lo contrario—dijo Luisa.

—Pues yo os aseguro que Cárlos os ama.

—Así me lo habia jurado, pero ya cayó, aunque tarde, la venda que cubria mis ojos.

—Luisa, yo veré á don Cárlos y sabremos definitivamente á qué atenernos.

—No, Alina, no; si hasta hoy he sido bastante débil para suplicar, en adelante quiero ser bastante fuerte para sufrir.

—No se trata aquí de súplicas, sino de imposiciones.

—¿Y creeis que yo podria aceptar la mano de un hombre que me la ofreciera con repugnancia? Nunca, nunca.

—Así y todo, debeis admitirlo.

—¡Oh! jamás.

—Luisa—repuso Alina gravemente—no se trata aquí de vos, se trata de algo más sagrado, de algo que únicamente os puede devolver el vizconde; de vuestro honor.

Luisa inclinó hácia el suelo su hermosa y pálida frente.

Alina continuó:

—Comprendo el gran esfuerzo, el sacrificio que debe imponerse la mujer que se vea obligada á desposarse con un hombre á quien ama, y del que no es amada; pero todo eso y mucho más debe hacer aquella que estima en lo que vale el inmaculado tesoro de su honra, cuando ésta ha sido torpemente profanada por el mismo de quien se exige la debida reparacion. Cumpla don Cárlos como debe, dejad á cubierto

vuestro honor, y sepárese en buen hora de vuestro lado, que no han de faltaros corazones amigos que os atiendan en vuestra soledad.

—Dice muy bien esta dama, además que os repito, amiga mia, que Cárlos, lejos de despreciaros, tendria á gran dicha el unirse á vos.

—¿Cómo, pues, se explica tal contradiccion en su modo de proceder?

—Esto es lo que yo no sé, señora; pero puedo aseguraros que él jura y perjura que ama á Luisa, pero que un sagrado juramento se opone á la mútua felicidad de ambos.

—Eso es incomprensible.

—Inverosímil decid más bien—añadió Luisa.

—Todo lo que querais; pero Cárlos no miente en esto, estoy segura de ello.

—Hay, pues, que averiguar cuál pueda ser el motivo que le impide proceder cual debe hacerlo.

—Eso es lo que yo trataba de descubrir.

—Y hay que averiguarlo forzosamente.

—Contad desde luego con mi ayuda.

—Con ella cuento.

—Es menester lograr hacer feliz á mi reciente, pero querida amiga.

—¿Cómo pagaros á ambas el interés que os inspiro?

—A mí, amándome mucho—dijo María imprimiendo sus labios en la frente de Luisa.

—Y á mí, dejándoos guiar por nuestros leales consejos.

—Sea lo que querais, pero aunque os lo agradezco, creo serán inútiles vuestros esfuerzos; mi causa está perdida.

—No lo miro yo así—replicó María.

—Ni yo tampoco; teneis en vuestro apoyo la razon.

—De poco vale esta cuando se hace caso omiso de ella.

—Por encima de los hombres está Dios, y él vela por los desgraciados.

—Bajo su égida me acojo.

—Hacedlo así, y procurad tranquilizar vuestro abatido espíritu.

—Lo intentaré, aunque juzgo difícil conseguirlo.

—María, á vos os la confio; me ausento, pero no he de tardar en volver á poner en vuestro conocimiento lo que sea necesario hacer, á fin de salir victoriosas en esta lucha.

—Marchad tranquila, que yo no he de abandonar á mi desolada amiga.

CAPÍTULO III.

El vizconde del Juncal explora el terreno.

—Mucho siento, señor vizconde, el que no os sea posible hablar en este momento con el señor ministro vuestro tio.

—¿Pues y eso, señor Gil Perez?—preguntó altamente sorprendido el vizconde del Juncal, pues él era el que hablaba con el secretario.

—El señor conde está en este momento tratando graves asuntos de Estado, y ha prohibido en absoluto el que nadie entre á molestarle.

—¿Podrá alcanzarme tambien á mí esa órden?

—Sé lo que el señor marqués os estima, conozco la satisfaccion que le produce el veros, pero me hallo en el caso de aseguraros que á vivir su padre, tampoco le recibiera el ministro en su despacho en este momento.

—En ese caso no habrá mas remedio que esperar á mañana, á menos que acontezca lo mismo que hoy.

—Eso no es fácil.

—Creed que lo siento; pero ya que no puedo pasar por otro camino, esperaré.

—Si fuera cosa que yo pudiese hacer, lo haria con gusto.

—Él exclusivamente es el que puede servirme en lo que necesito alcanzar.

—Dadlo por hecho.

—¡Quién sabe!

—Siendo cosa vuestra, con seguridad.

El vizconde se propuso, sin dar á conocer el motivo que allí le conducia, averiguar en qué estado se hallaba la causa de don Luis.

—A lo que parece, vos en este momento no teneis gran cosa que hacer, señor secretario.

—Así es la verdad y quizá haya de estarme un par de horas con los brazos cruzados.

—Váyase por cuando no os dejarán parar un momento.

—Así es la verdad, señor vizconde.

—Vaya, pues no viene mal de cuando en cuando un poco de descanso.

—Segun y conforme.

—Pues ¿cómo así?

—Hay momentos en que el trabajo distrae y el descanso aburre.

—Lo comprendo, pero hay que convenir en que hay ciertos trabajos que han de seros harto penosos.

—No digo lo contrario.

—Por ejemplo ¿no habria de seros además de pesado triste, el tener que trabajar contra un amigo?

—Figuráos, señor vizconde, que me he hallado en ese caso más de una vez, y calculad lo que habré sufrido al tener que cumplir con mi obligacion en semejantes casos.

—Y en tiempo como el actual, os hallais expuesto á cada momento á sufrir contrariedades de esa especie.

—No lo quiera Dios.

—Así os lo deseo.

—Y yo os lo agradezco; hartos disgustos me proporcionan los acontecimientos últimos.

—Pues ¿qué ocurre? digo, si es que puede saberse.

—¡Oh! No es ya ningun secreto; me referia al conde de Aranda.

—¿El encarnizado enemigo de mi tio?

—Justamente; ese buen conde y los suyos no nos dan un momento de sosiego.

—Ahora recuerdo que he oido hablar algo de conspiracion, ¿hay algo?

—Algo se sospecha.

—Pues, ó yo lo he soñado, ó he oido citar hasta nombres.

—Bien pudiera ser; ¡se miente tanto!

—Sí; estoy seguro de haber oido citar algunos nombres, y entre ellos el de don Luis de Guevara.

Perez palideció al oir pronunciar el nombre de don Luis, pero se repuso instantáneamente, y dijo con marcado aire de menosprecio:

—¡Bah!

—¿Qué significa esa exclamacion?

—Don Luis es un botarate.

—Pero se asegura que está preso.

—Y en el castillo de Villaviciosa—contestó el secretario.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Se dice que conspiraba.

—El demonio es el tal don Luis; ¿quién pudiera imaginarse que le diera por ahí? Lo que es yo lo creo porque lo veo.

—Bueno es que aprenda á ir viviendo.

El vizconde comprendió perfectamente que el secretario era un enemigo de don Luis.

—Mucho le llorarán algunas damas á quienes conozco.

—No veo que haya motivo para tanto.

—¡Oh! Las mujeres son exageradas, y solo le faltaba á ese mozo el convertirse en terrible conspirador y estar encerrado y custodiado con gran vigilancia para ser el ídolo de] bellas.

—Ó para caer en ridículo.

—No lo creais, amigo.

—Convengo en que seria interesante á estar considerado como un conspirador terrible cual le habeis pintado.

—¿Y no es así?

—¡Cá! Nada de eso—contestó sonriendo Gil Perez.

—¿Pues no decís que está en Villaviciosa?

—Sí, pero calculad qué miedo se le tiene, cuando se le permite pasear por el castillo.

—¡Bah! Entonces no será grave su causa, ni sérios los temores que inspire su evasion, segun lo que acabais de manifestarme.

—Pues claro está; se le ha puesto preso por lenguaraz.

—En ese caso es solo un correctivo.

—Por eso os decia que lo que es esta vez no ha logrado hacerse héroe de novela el simpático don Luis.

—Capaz es de sentir que no le destierren.

—Pues no creo que estaria de más el que lo hicieran.

—¿Y por qué?

—Para enseñarle á vivir.

—Volveria luego con gran reputacion, y entonces empeoraria en vez enmendarse.

—Eso pudiera ser fácil.

Convencido ya el vizconde de que la causa de don Luis no era grave, procuró dar por terminada la conversacion; al efecto se levantó del sillon que ocupaba.

—¿Os vais ya, señor vizconde?—dijo Perez poniéndose tambien de pié.

—Sí, es ya algo tarde y tengo alguna visita que hacer; os ruego que cuando podais hagais saber á mi tio que he venido,

y que mañana volveré, porque me es indispensable hablarle.

—Quedará complacido el señor vizconde.

Saludáronse ambos personajes, y el vizconde se retiró.

—El tal don Luis tiene un mal enemigo en el secretario, y creo que en esta ocasion voy á dispensarle un gran servicio librándole de las manos del señor Gil Perez.

Esto pensando, llegó el vizconde á su casa y entró en ella resuelto á escribir á María lo que le habia ocurrido, y ofreciéndola no pasar á verla sin haber obtenido el perdon deseado.

CAPÍTULO IV.

En donde Antonio se alarma sériamente por la suerte de sus amigos.

Antonio, desde la casa del conde de Lazan, se encaminó á la vivienda de Azucena. Apenas entró en ella, la gitana le salió al encuentro.

—Os estaba esperando.

—Pues aquí me teneis—respondió el jóven.

—Estais agitado, convulso, ¿qué os sucede?—preguntó la gitana con afanoso cariño.

—Tantas y tales cosas, que no sé cómo tengo valor bastante á resistirlas.

—¡Válgame Dios, hombre!

—Vos podeis contribuir á calmar algun tanto mi agitacion.

—Pues si en mí consiste, estad tranquilo.

—Deseo que me digais una cosa.

—¿Respecto á los encargos hechos?

—Eso despues.

—¿De qué se trata?

—De mi madre.

—¿De vuestra madre?

—Sí.

—¿Qué quereis saber?

—Su paradero. ¿Lo sabeis vos?

—Lo sé.

—Pues es preciso que me lo digais.

—¿Qué pretendeis?

—Verla y hablarla.

—Eso no os será muy fácil.

—¿Por qué razon?

—Porque vuestra madre no sale nunca de su palacio, y no recibe en él á nadie absolutamente.

—Yo veré el modo de quebrar esa consigna.

—Difícil es que lo alcanceis.

—Nada hay difícil para un hijo que quiere ver á su madre.

—Quiera Dios que lo consigais; yo anhelo vuestra felicidad.

—Así lo creo.

—De ello os he dado pruebas.

—Es verdad; en fin, dejemos ahora eso, que ya me indicareis el sitio en que vive mi madre en tiempo oportuno. Ahora desearia saber si habeis adquirido alguna noticia respecto á los asuntos que lleva entre manos García.

—Os diré cuanto he sabido.

—Os escucho.

—Cautelosamente seguí los pasos á García, que se dirigió á casa de una cierta maja que se llama Paca.

—¿Paca?

—Ese es su nombre, segun me han informado.

—Seguid.

—Desde ese sitio, mi hombre se dirigió á casa del marqués

Adelfi, y cuando salió de allí encaminó sus pasos hácia el camino de Toledo y entró en la venta de un viejo, al que apellidan el tio Langosta.

—¿No os fué posible averiguar el motivo que á aquellos sitios le habia llevado?

—No; lo único que he sabido es que la Paca y dos de sus amigas, una de las cuales se llama Lola la zapatera, han desaparecido y se ignora lo que ha sido de ellas.

—¡Lola!—exclamó Antonio que sabia por Vicente se llamaba así la mujer á quien el pintor amaba.—¿Decís Lola?

—Sí, Lola la zapatera.

—No hay duda; aquí hay algun misterio que es preciso aclarar.

—¿Qué puede importaros todo eso?

—Siempre me importa evitar una infamia si es posible, y, ó mucho me engaño, ó en todo esto se está cometiendo una muy grande; además, habeis de saber que sospecho que esa Lola es la mujer á quien ama un amigo mio muy querido, y ahora recuerdo que el marqués Adelfi que acabais de nombrar es enemigo de Vicente; no sé por qué, pero temo que se haya cometido una felonía.

—¿Os vais?

—Sí; voy en busca de Vicente.

—¿Olvidais vuestras penas por las que suponeis en los demás?

—Sin olvidar las mias, me es dado procurar el alivio de las ajenas.

—¿Volvereis?

—Sin duda, puesto que habeis de decirme el sitio donde se halla el palacio de mi madre.

Sin añadir una sola palabra, Antonio se lanzó fuera de la casa de Azucena, y en cuanto se vió en la calle avivó el paso para llegar cuanto antes á la de su amigo Vicente.

El leal corazon de Antonio parecia gritarle que su amigo,

ó alguna persona de él querida, corria inminente riesgo, y estaba ansioso por acallar sus fatídicos presentimientos.

Al llegar á la puerta de la casa del pintor tropezó más bien que encontró á Pedro, criado de aquel.

—¿Ha salido tu amo?—preguntó Antonio al criado.

—¡Mi amo! desgraciadamente ha salido—respondió Pedro con acento lastimero.

—¿Qué quiere decir ese tono?

—¿Acaso ignorais?....

—Cuando pregunto, claro está que ignoro.

—Pues mi pobre amo está preso.

—¡Preso!

—Ni más ni menos.

—¿Y por qué?

—Lo ignoro.

—Cuéntame los detalles que sepas.

—Muy pocos son.

—Sean los que quieran.

—Lo que únicamente sé es que un pobre viejo á quien mi amo favorecia de vez en cuando, vino á verme para darme la triste noticia de que mi amo estaba preso.

—¿Cómo lo supo él?

—Segun me dijo, pasaba por cierta calle, cuyo nombre no recuerdo, era de noche y le llamó la atencion el ver paradas á la puerta de una casa dos sillas de manos custodiadas por algunos alguaciles; haciéndose el distraido, el pobre hombre, se quedó con un palmo de boca abierta al reconocer en uno de los presos á don Vicente y en otro á su amigo Joselito.

—¡Tambien Joselito!

—Así parece; segun me dijo, eran tres los presos.

—¡Tres! ¿Quién era el otro?

—No lo conocia el viejo; mi amo y Joselito subieron á una silla de manos, y el otro á otra con el señor alcalde de casa y córte.

—¿Y á dónde los llevaron?

—Lo ignoro; pero las sillas no siguieron todas la misma direccion.

—¡Es particular!

—Aquella en que iba mi amo y el señor Joselito fué la que siguió el buen viejo, y segun opina, se los llevaron á Toledo.

—¿A Toledo?

—Sí; porque este fué el camino que tomaron los que conducian la silla; el anciano, en cuanto llegó al camino que á esa ciudad conduce, se volvió á Madrid porque juzgó locura seguir más adelante.

Antonio habia escuchado con la mayor atencion á Pedro; cuando el criado terminó su relato, repuso:

—Poco he de poder ó he de aclarar este misterio.

—Haced algo por mi pobre amo.

—Descuidad, Pedro, que no he de descansar.

—¡Oh! si yo supiera dónde se halla, fuese como fuese iria á verle.

—Ya sé que le estimas.

—Desde que sé que está preso ni vivo ni descanso.

—Tranquilízate, que mucho será que yo no alcance á saber algo.

—Vos teneis amigos y es fácil que algo podais hacer en su favor.

—Lo intentaré por lo ménos.

—Si á costa de mi libertad pudiera alcanzar la suya, no dudaria un momento en aceptar el cambio.

Pedro decia lo que sentia; era lo que puede llamarse un criado modelo.

—Sin necesidad de eso, veremos de librarle.

—Confio que me direis lo que sepais.

—Pierde cuidado, que yo procuraré enterarte. Adios, Pedro.

—El cielo os guarde, señor Antonio.

CAPÍTULO V.

Don Ramon de la Cruz.

—No hay duda—iba diciendo mentalmente Antonio—aquí hay algun misterio que es necesario esclarecer. ¡Presos Vicente y Joselito! ¿qué delitos pueden haber cometido? El pintor es un hombre incapaz de hacer daño á nadie, y el torero lo mismo; además es sumamente particular que tambien Lola haya desaparecido. ¿A quién me dirigiria yo?

Esto pensando levantó la cabeza, y cual si el cielo hubiese oido su exclamacion, Antonio vió á cierta distancia de sí, entre un grupo de alegres jóvenes, el ya reputado poeta don Ramon de la Cruz.

Llegóse Antonio al susodicho grupo y saludó cortesmente.

—¿De dónde bueno y á estas horas, tan rebujado en la capa, pálido y cariacontecido sale mi buen amigo Antonio?—dijo el poeta.

—Vengo de dar un largo paseo.

—¿Se medita acaso una divina creacion á la que vuestro cincel haya de dar vida?

—Que medito, es verdad, pero en nada divino, os lo aseguro; tiene mucho de humano lo que ahora me preocupa.

—¿Quién es ella? pregunto yo, como acaso lo haria si le fuera dado hallarse en mi lugar el ingenioso don Francisco de Quevedo.

—Ellos y ellas danzan en mis cavilaciones.

—Ese plural me asusta—dijo sonriendo don Ramon.

—Algo asustado ando yo con lo que pasa.

—En verdad que ahora me fijo en que hablais con un tono que comienza á alarmarme. ¿Qué os sucede, Antonio?

Don Ramon diciendo esto se apartó un tanto del grupo donde se hallaba.

Antonio, cuidando no ser oido de los demás jóvenes, dijo á don Ramon bajando la voz:

—Temo mucho que nuestro amigo Vicente y el buen Joselito hayan sido víctimas de una perfidia.

—¡Eh! ¿cómo es eso?—repuso seriamente el poeta.

—Creo que seria conveniente que nos alejáramos de aquí para poder hablar.

—Teneis razon. Queridos amigos—dijo en alta voz y festivo tono á sus compañeros de reunion—el buen Antonio necesita de mi ayuda en este momento; no creais que se trate de un lance de honor ni cosa por el estilo, sino simplemente de presentarme en cierta casa donde me asegura hallaré más de un tipo á quien copiar en mis desdichados sainetes.

—¡Magnífico!—exclamó uno.

—No desperdicies la ocasion.

—Y haz luego que con chispeante pluma nos dés á conocer los descubrimientos que hagas.

—Así lo haré, descuida.

Antonio y el poeta se alejaron á buen paso del grupo de los alegres jóvenes.

—Vamos á ver, Antonio, ¿qué hay?

—¿Sabeis qué ha sido de Vicente?

—¿De Vicente?

—Sí, y de Joselito.

—Hace algunos dias que no he visto á ninguno de los dos.

—Pues yo acabo de saber algo que á ellos se refiere.

—¿Qué les sucede?

—Están presos.

—¿Presos?—exclamó el poeta en el colmo de la admiracion.

—Presos, amigo mio, presos.

—¿Estais seguro de ello?

—Y tan seguro como estoy.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Pedro.

—¿Pero por qué han sido presos?

Antonio refirió á don Ramon todo cuanto Pedro le habia dicho.

—Cosa es que me sorprende cuanto me referís, amigo Antonio, pero hay quien es fácil pueda aclarar algo mis dudas; vamos, acompañadme.

—¿Adónde?

—A casa de Lola la zapatera.

—Nada lograreis con dar semejante paso.

—¿Y por qué?

—Porque tampoco hallaréis á Lola en su casa.

—¿Pues dónde está?

—Ella, y dos de sus amigas, han desaparecido, y creo que se ignora el sitio en dónde se hallan.

—El poeta no acertaba á dar crédito á lo que oía.

—¿Que han desaparecido?

—Así es la verdad. ¿Qué opinais de todo esto?

Don Ramon de la Cruz permaneció silencioso algunos momentos.

—Creo, amigo mio—dijo por fin—que aquí no se juega limpio.

—Lo mismo opino yo.

—Las majas indudablemente han sido víctimas de alguna felonía.

—Y mucho me equivoco ó en todo esto danza el marqués Adelfi.

—Lo mismo creo yo, porque conozco como vos el hecho pasado, y más que vos, de lo que es capaz ese marquesito.

—Pues hay que hacer algo por el buen Vicente.

—Más que algo; hay que averiguar donde le tienen encerrado, hay que sacarlos á él y á Joselito de su prision, hay que averiguar qué ha sido de las majas y procurar salvarlos, si es tiempo aun.

—Pues manos á la obra.

—Dejadme hacer á mí; esta noche procuraré averiguar algo que nos ilumine, y decidiremos lo que haya que hacer.

—Sea como vos decís.

—¿Me habeis dicho que fueron presos nuestros amigos, por la noche?

—Sí.

—¿Que salieron ambos de una misma casa?

—En compañía de otro.

—¿Que Joselito y Vicente subieron á una misma silla y escoltados convenientemente se les condujo hácia el camino de Toledo?

—Así me lo ha referido Pedro.

—Ó mucho me engaño, amigo mio, ó á nuestros amigos se les fué á prender á casa de una de las majas.

—¿Suponeis?

—Como estoy tan acostumbrado á combinar argumentos, no me es del todo difícil adivinar, sacando lógicas deducciones, el enredo de una trama sin conocer más que parte de la obra. Joselito y Vicente seguramente se hallaban, como os lo

he dicho, en casa de alguna de las majas. ¡Ah!—dijo pegándose una palmada en la frente—ya sé quién es el otro preso.

—¿Que lo sabeis?

—Estoy seguro.

—¿Pero cómo habeis podido?....

—Las deducciones, Antonio, las deducciones.

—No os comprendo.

—Atendedme: las majas son tres íntimas amigas; Vicente es el galan de Lola, Joselito de Concha y don Luis de Guevara de Paca; no me cabe duda, don Luis es el incógnito prisionero. ¿Vais comprendiendo?

—Sí—dijo Antonio admirado de la perspicacia del poeta.

—¿Pedro no os ha precisado el nombre de la calle donde tuvo lugar la ocurrencia?

—No.

—¡Qué lástima! Sin embargo, nada hay perdido; todo se reduce á que nos dirijamos á las tres casas, á una en pos de la otra.

—Vamos allá.

—Esperad.

—¿Habeis pensado en otra cosa?

—No, pero á fin de no andar en vano, bueno es que calculemos á cuál de las casas hemos de dirigirnos primero.

El poeta pareció reflexionar algunos momentos; de pronto, dijo:

—Hay que ir primero á casa de Paca.

—¿Por qué dais á esa la preferencia?

—Paca tiene ausente á su madre, pues segun creo, está en un pueblo cercano, á donde fué á restablecer su quebrantada salud. Paca es el ídolo de Lola y Concha, y hallándose sola, caso de que sea verdadera mi primera apreciacion, esto es, que hayan sido presos nuestros amigos en casa de una de ellas, desde luego puede asegurarse que el acontecimiento tuvo lugar en la morada de la maja que os he indicado.

—¿Y cómo podremos averiguarlo?

—Facilísimamente: en la misma calle hay cierta barbería cuyo dueño tiene muy suelta la lengua; si ha ocurrido ó no el lance, él debe saberlo; el tal barbero suele charlar conmigo de lo lindo cuando me ve, y como es hombre de chispa, me agrada oirle. Vamos allá y el buen Bartolillo nos sacará de dudas sobre el particular.

—Vamos pues.

—Andando.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

—Bien venido sea el festivo poeta don Ramon de la Cruz á esta humilde casa.

—No me agradezcas, amigo Bartolillo, la visita, porque es interesada.

—¿En qué puedo serviros?

—No se trata de eso; pero este amigo mio y yo, hemos andado mucho esta noche, teníamos algo que hacer por estos barrios, y concluida nuestra comision, he decidido entrar en tu casa para tomar en ella un poco de reposo.

—Alégrame en el alma tal determinacion.

—¡Aja, ja!—dijo el poeta arrellanándose en un sillon de baqueta—perfectamente, aquí se está bien y abrigado.

Antonio tomó asiento en el otro sillon.

—Verdaderamente está fria la noche.

—Y á propósito para pasar una hora agradable oyendo narrar algun cuentecillo de aquellos que el buen Bartolillo cuenta con tanto primor; habeis de saber, amigo Antonio, que el maestro aquí presente es un gran cuentista.

Bartolillo hubiera dado una oreja porque alguno de sus habituales tertulianos hubiere oido elogio tal á él dirigido por el insigne poeta don Ramon de la Cruz. A falta de oyentes, se

contentó con lanzar un profundo suspiro de satisfaccion y contestó dándose cierto tono:

—No merezco yo tanto.

—Vaya si lo mereces, y aun algo más, porque tu verdadero mérito consiste en que tus narraciones, casi todas son puramente hijas de tu fantasía.

—Así es la verdad.

—Y debo advertiros, Antonio, que cuantos sucesos ocurren en este barrio, Bartolillo los sabe y los cuenta adornándolos maravillosamente. ¿Con que no se miente nada por estos contornos? ¿No hay ninguna historieta que relatar?

—Eso nunca falta.

—¡Pues, ea! Echa por esa boca; venga el cuento.

—¿Preferís cuento ó historia?

—Hombre, si hay historia, venga la historia.

—Vaya si hay historia, y curiosa.

—¿De amores?

—De todo hay.

—Cuenta pues; con eso puede que halle yo en tu narracion algun tipo del que echar mano cuando me convenga. ¿Entran en ella muchos personajes?

—Varios, y alguno conocido vuestro.

El poeta y Antonio cruzaron entre sí una mirada de inteligencia.

—¿Que yo conozco?

—Ya lo creo; tanto que temo os sea más conocido que á mí el relato.

—Has logrado picar mi curiosidad, ¿de quién se trata?

—De la sal de este barrio, de una de las maravillas de Madrid; de la maja Paca.

—¡Paca! ¿Pues qué la ha ocurrido?

—Os diré cuanto sepa.

—Empieza pues.

—Antes de ayer, á tiempo que me disponia á cerrar mi

tienda, con gran sorpresa mia veo que se inunda la calle de golillas, y mi sorpresa subió de punto al observar que traian dos literas de mano y que hicieron alto con ellas junto á la puerta de la casa en que vive Paca; la noche estaba oscura como boca de lobo; picóse mi curiosidad y me puse en observacion de modo que no pudiera ser visto por los ministriles, de cuyas afiladas uñas el Señor me libre.

—Amen—repuso el poeta.

—El jefe de aquella negra manada, entróse con cuatro ó cinco de sus satélites en el portal de la casa susodicha, y á poco rato volvieron á salir, por supuesto con su correspondiente presa.

—¡Hola!

—Sí señor; los golillas custodiaban á tres hombres; encerraron á dos de ellos en una silla, y en la otra al otro, y despues de una breve pausa, desaparecieron por distintas calles, lo cual me prueba que los presos no iban al mismo encierro.

—¿Y despues?

—Nada más; al siguiente dia pude averiguar que un cierto viejecillo vecino de la maja, se llevó á ésta no se sabe donde y lo más sorprendente es que ese mismo viejo se llevó ayer á otras dos majas amigas de Paca, y á estas horas ninguna de ellas ha vuelto á parecer.

—¿Y quién era ese viejo? ¿cómo se llama?

—No sé más sino que le llamaban don Tadeo, y que al parecer era muy amigo de los novios de las majas.

—Verdaderamente es curiosa la historieta, y será cosa de que procures contarme el desenlace cuando nos volvamos á ver.

—Procuraré hacerlo así.

—Ea! pues, Bartolillo; hasta otra.

—¡Qué! ¿ya os vais?

—Hemos descansado lo muy bastante, y nos has entretenido admirablemente; pero ya es tarde y yo tengo qué hacer.

—¿Algun sainetillo?—preguntó riéndose el barbero.

—Mucho me temo tener que trabajar en un drama—dijo de cierto modo don Ramon.

—A mí me agradan mucho más los sainetes.

—Por lo demás suelen tener un final alegre.

—Justo; por eso me agradan tanto.

—Veremos; ya te diré cuando nos veamos, si he encontrado trama para el sainete ó argumento para un drama. Ea! buenas noches.

—Buenas noches—repitió maquinalmente Antonio.

—Salud y hasta la vista—dijo Bartolillo.

Los dos amigos salieron de la barbería y se alejaron de ella á buen paso.

—¿Qué os dije yo?

—Habeis acertado en todo.

—Sí, porque ya habeis visto que Bartolillo no se ha hecho de rogar.

—¿Qué hacemos?

Lo primero averiguar en qué cárcel se hallan nuestros amigos; ahora separémonos; yo voy donde quizá alcance alguna noticia.

—¿Cuándo hemos de vernos?

—Mañana.

—¿Dónde y á qué hora?

—A las diez de la mañana, y en la puerta del Sol.

—No faltaré; adios.

—Adios.

Ambos amigos se separaron, tomando cada cual direccion distinta.

CAPÍTULO VI.

Don Ramon de la Cruz se decide á visitar á Floridablanca.

A la hora convenida, se hallaron en el punto anteriormente destinado, don Ramon de la Cruz y Antonio. El primero, fué el último en llegar al sitio de la cita.

Antonio, así que se juntó al poeta, le dijo:

—¿Qué hay?

—Poca cosa.

—¿No habeis podido adquirir noticias acerca del sitio en que se hallan nuestros amigos?

—He averiguado que don Luis se halla preso en el castillo de Villaviciosa.

—¿De manera, que respecto á Vicente y Joselito?....

—Nada he podido inquirir.

—¿Y respecto á las majas?

—Nada sé.

—¿Qué hacemos pues?

—Hace ya bastantes horas que me dirijo á mí mismo la pregunta que acabais de hacerme, y hasta el presente, nada he podido contestarme.

—Lo peor del caso es, que se me figura que las majas corren inminente peligro, y sin más antecedente que el que sabeis, me atreveria á acusar de lo que las pueda acontecer, al marqués Adelfi.

—Tengo un dato, al parecer insignificante, pero que da gran peso á esa sospecha.

—¿Cuál es?

—El marqués, y su buen amigo el baron del Pinar, hace dos dias que no se dejan ver apenas en parte alguna, y en ellos, que suelen estar de sobra en todas partes, se me hace extraño, pero muy extraño.

—¡Qué no pudiera yo hallar un medio para poder descubrir este misterio! Daria cualquier cosa por conseguirlo.

—Calma, calma, amigo Antonio; todo se andará.

—Pero el tiempo pasa, y ¡quién sabe si antes de poco llegaremos tarde!

—Quizás lo sea ahora ya, si son ciertas nuestras suposiciones.

—Me ocurre una idea.

—Sepamos.

—El camino más corto para averiguar el paradero de nuestros dos amigos, es irse en derechura á hablar con el primer ministro.

—Todo consiste en que él lo sepa y quiera decirlo.

—Si están efectivamente presos, el marqués de Floridablanca no debe ignorarlo.

—Así debe ser.

—Dicen que el primer ministro os aprecia mucho.

—Por lo ménos se rie mucho con mis sainetes.

—¡Oh! yo no pongo en duda que os atenderá si á él acudís.

—¡Quién sabe!

—Probadlo. ¿Qué tiene de particular que un amigo se interese por la suerte de otro y trate de averiguar su paradero?

—La verdad es que no tiene de particular.

—Pues entonces, ¿á qué devanarnos los sesos? Vamos á ver al ministro.

—¡Demonio! Sois muy súbito.

—Es que creo no es cosa de perder tiempo.

—No se pierde el tiempo cuando se reflexiona.

—Á veces, sí.

—Será como vos querais, pero yo opino lo contrario, y la prueba de ello es que revolviendo mi magin he encontrado la manera de que nos presentemos al ministro, escudados con la proteccion de persona á quien él pueda tener más cariño que el que á mí me profesa.

—Y esa persona.....

—Es el señor vizconde del Juncal.

—¿Creeis que accederá?....

—¿A qué? ¿A acompañarnos? Desde luego.

—Pues, cuando gusteis.

—Vamos allá; esta es hora en que creo hallaremos aun al vizconde en su casa.

—Efectivamente, me parece muy acertado el paso que vamos á dar.

—Al fin convendreis conmigo, en que es mucho mejor meditar las cosas; pero os suplico no acelereis tanto el paso, porque me haceis sacar los bofes, como se dice vulgarmente.

—Perdonad; pero es tal mi impaciencia que.....

—No es menor la mia, que quiero yo mucho á Vicente y á Joselito, y estimo en lo que valen las buenas prendas que adornan á las majas; sin embargo, no me es dado apresurar tanto el paso como deseara, y habeis de acomodar el vuestro al mio si quereis que no reviente.

—Líbrenos Dios de semejante catástrofe.

—No diria otro tanto algun escritorzuelo que yo me sé.

—Mucho puede la envidia.

—Como que es prima hermana de la soberbia, y una y otra hijas legítimas de la ignorancia.

—Si teneis envidiosos, no os faltan admiradores.

—¡Ay, amigo mio! Aunque soy muy jóven aun, voy creyendo que los segundos pueden ménos que los primeros.

—No teneis vos razon para decir eso.

—Al tiempo, Antonio, al tiempo. ¡Admiradores!—dijo el poeta con amarga ironía—¿qué quereis que me sea dado esperar de ellos, á mí, pobre pigmeo, cuando aquel coloso que se llamó Cervantes murió poco menos que olvidado?

—¿Creeis que pasará hoy lo mismo que sucedió entonces?

—Exactamente igual ó quizá peor; dejémonos de filosofías, puesto que hemos llegado ya á casa del señor vizconde.

El poeta se entró de rondon en el portal y Antonio le siguió.

—¿Está en casa el señor vizconde?

—Está—contestó cortés pero lacónicamente un criado.

—Hacedme pues la merced de anunciar á don Ramon de la Cruz y á un amigo suyo.

—Al instante.

—Á juzgar por el criado, espero un buen recibimiento por parte del señor—dijo Antonio apenas quedaron solos.

—¡Oh! estad tranquilo; el vizconde es todo un caballero; bien haceis en sacar consecuencias como la que acabais de hacer; no lo dudeis, el ejemplo del amo sirve de mucho á los criados; así podreis observar comunmente, que en la casa donde impera un señor vano y orgulloso, son los criados groseros hasta la exageracion, y en cambio, éstos suelen ser corteses y hasta amables cuando dependen de persona afable y cariñosa.

—El señor vizconde tiene mucho gusto en recibir á los señores, y cuando gusten pueden pasar—dijo el criado al aparecer de nuevo.

—Tened la bondad de guiarnos.

Pocos segundos despues el poeta y Antonio se hallaban en presencia del vizconde, que se apresuró á alargar su mano á don Ramon.

—Sea muy bien venido á esta casa mi querido amigo don Ramon de la Cruz, y quien le acompaña.

—Bien hallado sea el excelente caballero á quien vengo á saludar.

Don Ramon se apresuró á presentar al vizconde á su amigo Antonio, y despues de esta corta ceremonia, dijo:

—Venimos á pediros un señalado servicio.

—Hasta donde yo alcance podeis contar conmigo.

—Siempre he confiado en vuestra bondad.

—Ante todo, tomad asiento.

Los dos amigos se sentaron junto al vizconde.

Éste continuó:

—Esto es; ahora sepamos de qué se trata y en qué puedo seros útil.

—Se trata de suplicaros tengais la amabilidad de acompañarnos á la presencia de vuestro tio el señor marqués de Floridablanca, al cual hemos de hacer cierta peticion, aunque sencilla, de gran interés para nosotros.

—He aquí una de esas casualidades de que vosotros los poetas haceis tanto uso.

—¿Cómo?—preguntó admirado don Ramon.

—¿No es una casualidad que me pidais os acompañe al sitio donde precisamente iba á dirigirme en breve?

—En efecto, bien merece ese nombre—repuso el poeta.

—Así es, pues; dáos por satisfechos, porque por lo que hace á mí, os acompañaré con sumo gusto á la presencia de mi amado pariente.

—Gracias mil.

—¡Bah! no merece la pena. ¿Os parece bien que nos dirijamos allá?

—Cuanto antes mejor.

—Servíos aguardarme un instante; no tardo en salir.

El vizconde se retiró.

—¿Qué os ha parecido?

—Una bellísima persona.

—Tiene un corazon de oro.

—Bien se le conoce.

—Cada vez estoy más contento de haber dado este paso; ahora ya no dudo que sabremos á qué atenernos respecto á nuestros amigos dentro de breves instantes.

—Quiéralo Dios.

—Y como el buen marqués esté de humor, le hablaré de las majas, de su extraña desaparicion y.....

—¿De nuestras sospechas?

—Tambien.

—No vayais á comprometeros.

—Descuidad, que si yo me lanzo, no es fácil que resbale.

—No dudo de vuestro ingenio.

—Llamadle mi prudencia, y será mejor.

—Uno y otro poseeis.

—Soy pues más rico de lo que me figuraba—dijo sonriéndose el poeta, y continuó diciendo:

—¿Habeis hablado alguna vez con el ministro?

—Jamás.

—Dentro de poco no podreis decir lo mismo.

—Claro está—contestó Antonio sonriéndose á su vez.

—Ya tenemos aquí de nuevo al vizconde.

—Cuando gusteis, señores, estoy á vuestras órdenes.

—Vamos pues.

—¡En marcha!

El vizconde, el poeta y Antonio, salieron á la calle y se dirigieron al despacho del señor marqués de Floridablanca.

—¡Señor Gil Perez!—dijo el vizconde entrando en el gabinete del despacho.

—¡Oh! señor vizconde, sed bien venido; vuestro señor tio os espera.

—Pues con vuestro permiso voy á verle; seguidme, amigos mios.

Don Ramon y Antonio siguieron al vizconde, y con él penetraron en el despacho del primer ministro.

—El secretario, apenas aquellos se alejaron, exclamó:

—¡Calle! ¿Qué pretenderán pedirle al ministro don Ramon de la Cruz y Antonio el escultor?

La presencia de los nombrados personajes parece que no fué muy del gusto del señor secretario.

CAPÍTULO VII.

Floridablanca firma la órden de poner en libertad á don Luis.

—¡Adelante, querido sobrino! ¡Oh!—exclamó el ministro al ver al poeta.—¿Está aquí tambien el ingenioso poeta don Ramon de la Cruz?

Floridablanca miró despues á Antonio con alguna sorpresa; el vizconde se apresuró á decir:

—Este jóven es un amigo que en compañía de nuestro querido poeta viene á solicitar no sé qué gracia de mi querido tio, al que tambien yo vengo á molestar pidiéndole algo.

—Pudiera llamarse, por lo que veo la vuestra, una sociedad para pedir en comandita—dijo sonriendo bondadosamente el señor marqués.

—Así es, querido tio.

—De modo, señor sobrino, que vuestra visita es interesada.

—No puedo negarlo.

—Den comienzo, pues, las peticiones, y veremos á ver lo que á ellas se puede contestar; tú llevas la palabra; sé tú el primero.

—Vengo á solicitar del señor ministro el perdon de un preso.

El poeta y Antonio se admiraron de la similitud que con la de ellos tenia la peticion del vizconde.

—Sepamos de quién se trata—dijo Floridablanca.

—De un conspirador—contestó tranquilamente el vizconde.

—¡Hola! Nada ménos que un conspirador! ¿Quién es?

—Don Luis de Guevara.

El poeta miró á Antonio, y apenas pudo contener una exclamacion de sorpresa. Floridablanca se sonrió y dijo á su sobrino con amable acento:

—¿Es decir, señor sobrino, que venís á solicitar el indulto de un enemigo de vuestro tio?

—Hablando con sinceridad, no puedo creer que don Luis sea lo que se llama un verdadero enemigo, y aun añadiré que me ha sorprendido, y no poco, saber que se entrometa en asuntos políticos. De todos modos, si mi peticion puede molestaros, la retiro en el acto.

—¡Molestarme! Nada de eso. Tengo para mí que el jóven don Luis es más loco que culpable, y con los dias que lleva de arresto, ha purgado ya muy suficientemente la falta que haya podido cometer.

—Es decir.....

—Que desde luego quedas complacido, querido sobrino.

—Gracias, infinitas gracias os doy por ello.

—No tienes que dármelas, porque me es mucho más grato firmar un perdon que ordenar un castigo. Sepamos ahora lo que desea el discreto don Ramon de la Cruz y su jóven amigo.

—Señor, nosotros deseamos saber el paradero de dos amigos á quienes hace cuatro dias se ha encarcelado sin que nos

haya sido posible averiguar á qué cárcel hayan sido conducidos.

—¿Quiénes son esos amigos?

—El pintor don Vicente Gonzalez, y Joselito, el torero.

—¿Estais seguro, don Ramon, de que han sido reducidos á prision?

El poeta contó con todos sus detalles el caso, tal como á él se lo habian referido, sin omitir la desaparicion de las majas.

El marqués de Floridablanca escuchó con suma atencion el relato, y terminado este, contestó afablemente:

—No tengo conocimiento de tales prisiones, y me llama la atencion lo que me habeis referido respecto á las tres majas; presumo que la justicia no ha danzado en nada de esto, y sospecho que vuestros amigos y amigas han sido víctimas de alguna superchería indigna.

—Tal es tambien mi creencia.

—Pronto saldremos de dudas.

El ministro tiró de un llamador que cerca de sí tenia, y al instante se presentó un ujier.

—Decid al señor secretario que venga inmediatamente.

El ujier se retiró.

—Doy á vuestra excelencia las gracias por la molestia que se toma.

—Amigo don Ramon, cumplo con mi deber en este momento y nada más.

—Es verdaderamente raro cuanto habeis referido, amigo don Ramon; conozco á las personas que habeis nombrado y me interesa su suerte; creo, como mi tio y como vos, que pueden haber sido víctimas de alguna perfidia.

—Señor vizconde; no sé por qué, pero desde que supe la desaparicion de las tres majas estoy sumamente inquieto; me atrevo á asegurar que han sido víctimas de algun libertino.

—Tranquilizáos, jóven—dijo el ministro gravemente á Antonio.—Si es como suponeis, se pondrán todos los medios po-

sibles por descubrir su paradero, y castigar á la persona ó personas que resulten culpables.

—¿Hay permiso?

—Adelante, señor secretario.

Gil Perez penetró en el despacho y saludó reverentemente al ministro.

—A vuestras órdenes, señor.

—¿Qué sabeis vos respecto á la prision de don Vicente Gonzalez el pintor, y Joselito el torero?

—Ignoraba que se hallasen presos.

—¿De manera que en la notificacion diaria que se os hace, no consta el nombre de ninguno de esos sugetos?

—Estoy seguro de ello.

—Ya lo veis, señores; vuestros dos amigos no se hallan en manos de la justicia. Señor secretario, habeis de saber que los sugetos que os he nombrado fueron presos, al parecer, por agentes de la autoridad; por lo tanto, dictad las órdenes que creais más oportunas á fin de poner en claro este asunto.

—Inmediatamente.

El secretario se inclinó, é hizo un movimiento para retirarse.

—Aguardad; extended una orden que yo firmaré, levantando el arresto de don Luis de Guevara.

El secretario palideció al oir tal mandato, mordióse el labio inferior, y contestó servilmente:

—Así lo haré.

—Id, y traédmela inmediatamente.

El secretario se retiró.

—Ya lo veis, señores, hago cuanto está en mi mano; pero bueno seria que por vuestra parte procuráseis indagar algo; seria muy conveniente tener algun indicio.

—No he de descansar yo hasta que consiga dar con la clave de este misterio, y casi me atreveria á señalar al autor de esta tenebrosa trama.

—¿Teneis alguna sospecha segun eso?

—Tengo casi la evidencia.

—¿Y respecto á quién, señor poeta?

—Respecto al marqués Adelfi.

—¡Adelfi!

El poeta contó en breves palabras lo que el lector ya conoce, respecto al primer rapto de Lola la Zapatera, organizado por el marqués Adelfi.

—Razon teneis en sospechar del marqués, habiendo ocurrido ese lance, y voy por mi parte á dar órden de que se le sigan los pasos.

—Si vuestra excelencia quisiera poner á mi disposicion alguna gente, yo me encargaria con gusto de esa mision.

—No tengo en ello ningun inconveniente.

Floridablanca escribió algunas líneas en un papel, firmó lo escrito, y se lo entregó al poeta.

—Tomad; he ahí una órden; teneis á vuestra disposicion á un oficial de guardias walonas y un peloton de soldados.

—Entonces, ó mucho me equivoco, ó antes de veinticuatro horas pongo en claro este negocio.

—Mucho me alegraré que así sea.

—Señor, aquí está la órden—dijo el secretario penetrando de nuevo en el despacho con un papel escrito que entregó al ministro.

Éste le firmó acto contínuo, y despues se lo entregó al vizconde.

—Toma, vizconde, es la órden de libertad á favor de tu protegido. Señor secretario, no echeis en olvido mis encargos.

—Con vuestro permiso voy á dar las órdenes oportunas.

—Id, pues.

El secretario se inclinó respetuosamente y se retiró.

—No os detengais, señores; conozco que os hallais impacientes por dar comienzo unos á sus investigaciones, y el otro por hacer uso del perdon que lleva en la mano.

Despues de las consiguientes protestas de gratitud, el vizconde, el poeta y Antonio salieron del despacho del ministro.

Cuando estuvieron en la calle, dijo el poeta dirigiéndose al vizconde:

—Gracias por todo, amigo mio.

—Vos me teneis siempre á vuestra disposicion, y lo mismo vuestro jóven amigo. ¿No teneis más que mandar?

—Poco ó nada valgo, pero tal cual soy me ofrezco con el corazon al señor vizconde.

—Señor vizconde, me convendria que don Luis, al llegar á Madrid, supiese que le es muy conveniente verse conmigo.

—Lo sabrá.

—Gracias; os estimaré le hagais indicar que me hallará en mi casa, ó en ella se le dirá el sitio donde yo me halle.

—Perded cuidado; el hombre que pienso mandar á Villaviciosa dentro de breve rato, comunicará á don Luis lo que deseais.

—Con vuestro permiso, pues, nos retiramos.

—¿Vais á dar comienzo á las investigaciones?

—Vamos á combinar el plan de ataque.

—Adios, pues, y buena suerte.

El vizconde se separó de Antonio y el poeta, y se dirigió hácia su casa.

Por lo que hace á los dos jóvenes amigos, no llevaban rumbo fijo, y por lo tanto será cosa de seguirles los pasos si queremos averiguar á dónde van á parar.

CAPÍTULO VIII.

Donde se verá lo que concertaron hacer don Ramon de la Cruz y Antonio.

—¡Ea, amigo Antonio! Hay que aguzar el magin, y como quiera que con el estómago vacío se suelen tener malos pensamientos, opino porque entremos en cualquier hospedería donde á la par que tomemos algun refrigerio, podamos discutir tranquilamente lo que haya que hacer. ¿Qué os parece?

—Como querais.

—En ese caso poco tenemos que andar, pues al revolver la esquina encontraremos cuanto nos hace falta.

Los dos amigos, sin añadir una sola palabra, se encaminaron hácia la hospedería del Leon, que como habia dicho muy bien el poeta, estaba poco distante del sitio en que habian decidido acudir á ella.

Seguramente el poeta debia ser un buen parroquiano de la casa, porque apenas entró en el establecimiento se apresuró

á saludarle gorro en mano un sugeto gordinflon, de redonda cara y colorados carrillos.

—¡Mi señor don Ramon de la Cruz!—dijo el barrigudo, quebrándose á puro hacer cortesías.

—El mismo que viste y calza, señor Benito; ante todo quiero un cuarto reservado donde mi amigo y yo podamos estar á nuestras anchuras.

—¿El gabinete verde?

—El color me es indiferente como el sitio sea retirado.

—Venid, pues.

Ambos amigos siguieron á Benito que los condujo á un pequeño gabinete, bastante bien arreglado, y que se hallaba colocado en uno de los extremos de la casa.

—¡Magnífico!—exclamó el poeta.

—¿Os agrada?

—Sí; ahora mándanos alguna cosa que mascar y una botella de Valdepeñas.

—Al instante.

El gordinflon, con una ligereza de la que nadie le hubiera creido capaz, giró sobre sus talones y desapareció.

—No habian trascurrido cinco minutos, cuando apareció un mozo y despues de cubrir convenientemente con blanco y fino mantel la mesa que estaba en el centro del gabinete, colocó encima una fuente en la que humeaban sendas lonjas de jamon, un platito lleno de aceitunas sevillanas, una botella del vino que se habia pedido, pan, cubiertos y cuchillos.

—¿Han menester algo más sus mercedes?

—Por ahora no; puedes marcharte, que ya llamaremos si algo se ofrece.

Apenas el mozo salió, Antonio se levantó del asiento que ocupaba, como para cerrar la puerta; el poeta le contuvo diciéndole:

—¿Qué vais á hacer?

—Cerrar la puerta.

—Nada de eso.

—Creo que seria conveniente que nadie pudiera oirnos.

—Por lo mismo no es prudente cerrar la puerta; desde aquí dominamos el largo corredor á cuyo extremo nos hallamos, y si algun indiscreto quiere enterarse de lo que no le importa, le veremos asomar á bastante distancia, y en ese caso haremos lo que nos convenga.

—Hay que convenir en que es mucho vuestro ingenio.

—La que es mucha, es mi prudencia, como ya os lo dije ayer. ¡Ea! Introduzcamos algun lastre en el estómago.

Diciendo y haciendo, el poeta sirvió á Antonio una lonja de jamon, se apoderó él de otra, y sin detenerse más que el tiempo preciso, dió comienzo á la destructora obra, para la cual se hallaba en felices disposiciones.

—¡Aja, ja!—dijo despues de haber apurado un sendo trago de vino.—Este calorcillo resucita á un muerto; heme aquí dispuesto á discurrir, más que pudiera hacerlo el estudiante más endiablado.

Antonio, que al par que comia pensaba, dióse con la palma de la mano un golpe en la frente, exclamando:

—¡Eso es!

—¿Qué os pasa, amigo mio?

—¿Cómo demonio no se me ha ocurrido antes?

—¿Qué queríais que se os ocurriese con el estómago vacío? Pero sepamos.....

—Atando cabos creo haber dado con el verdadero sitio en donde se hallan nuestros amigos.

—¡Oh! Eso seria una gran cosa; explicáos.

—Ayer fuí á ver á cierta persona, y por ella supe la desaparicion de las majas.

—¿Y bien?....

—La persona á quien me refiero estaba encargada por mí, de vigilar los pasos á cierto tunante.....

—¿Esas tenemos, amigo Antonio?

—Sí, me convenia averiguar cierta cosa que á su tiempo sabreis.

—Adelante.

—El tunante en cuestion, sin sospechar que era vigilado, estuvo al siguiente dia de la desaparicion de las majas, en casa de éstas, y de allí.....

—¿A dónde fué desde allí?

—A cierta venta que hay en el camino de Toledo.

—¡Camino de Toledo!—repitió pensativo el poeta.

—Justamente, y como recuerdo que Pedro me dijo que el anciano que siguió la silla en que iban encerrados Vicente y Joselito tomó ese camino, creo que nada tendria de particular, supuesto que nos consta que no habia tal órden de prision.....

—Eso es, eso es—repuso el poeta con seguro acento.—En esa venta hay gato encerrado; creo que habeis dado en el quid, amigo mio.

—Unid á esto, el que el tunante á quien yo habia encargado se vigilase, lleva entre manos algun asunto en que danza el marqués Adelfi, porque me consta que ambos han tenido una entrevista.

—Nada, nada; la cosa está resuelta; hay que ir á esa venta.

—Vamos allá.

—Todavía no.

—¿Pues qué hemos de aguardar?

—Primero, á que sea de noche.

—¿De noche?

—Sí, amigo mio, sí; de noche todos los gatos son pardos.

—No os comprendo.

—Mirad; suponed que al oscurecer nos dirigimos á la susodicha venta y detrás nos siguen algunos soldados; entramos nosotros en el que suponemos sitio del peligro, los soldados se ocultan por los alrededores, y á una señal convenida de antemano, entran al asalto y no dejan títere con cabeza; si

esta operacion se lleva á cabo de dia, los soldados pueden llamar la atencion del ventero y ¿quién sabe lo que pudiera resultar?

—Teneis razon.

—Además, juzgo muy conveniente que procuremos informarnos algo respecto á la clase de persona que sea el tal ventero; bueno es saber con quien hay que habérselas.

—Es cierto.

—Tambien es muy prudente procurar indagar algo acerca del marqués Adelfi; esto es, poner los medios de saber qué es de él y dónde se mete.

—Yo cuidaré de ello.

—Y yo de lo otro.

—Convenido.

—Sobre todo, Antonio, mucha cautela.

—Perded cuidado.

—Bien, confio en ello.

—¿Dónde nos veremos?

—En esta misma casa á las cinco.

—Corriente.

—Apuremos el último trago.

—Sea.

—A que todo salga á medida de nuestros deseos.

Despues de haber bebido, don Ramon llamó al mozo, éste compareció y el poeta satisfizo el gasto.

Una vez en la calle, despidiéronse los dos amigos y se separaron.

Don Ramon se dirigió de nuevo al despacho del primer ministro.

Antonio encaminó sus pasos hácia la morada del marqués Adelfi.

CAPÍTULO IX.

El tio Langosta recibe un susto regularcillo.

—¿Hace mucho tiempo que esperais?—preguntó el poeta á Antonio.

—Minutos solamente.

—Pues si no estais muy cansado, emprendamos nuestra excursion, y por el camino hablaremos.

—Andando—dijo Antonio.

Y se lanzó á la calle.

—¿Dónde nos dirigimos?

—Á la venta.

—¿Habeis adquirido algunos datos?

—Preciosos; ¿y vos?

—Nada he podido averiguar respecto al marqués; he procurado encontrar al bribon de García, porque estoy seguro de que él lo sabe todo, pero no he podido dar con él.

—Más afortunado yo que vos, he sabido que el ventero de

quien sospechamos es un soberbio bribon, muy amigote de la gente de mal vivir; en una palabra, un viejo solapado capaz de todo.

—Bueno es saberlo. ¡Lástima que no tengamos el menor indicio del sitio donde puedan estar ocultas las majas!

—Despues de adquirir las noticias que os he dicho, me encontré casualmente con el secretario del ministro; he tenido la feliz ocurrencia de pedirle su auxilio para dar con el escondite de las majas y se ha mostrado tan propicio en complacerme, que me ha ofrecido destacar un ejército de lebreles á la husma del nido que las oculta, ordenándoles que tan pronto como descubran algo lo pongan en mi conocimiento.

—¿Y si no os encuentran?

—Irán á mi casa, y me dejarán escrito en un papel lo que me conviene saber.

—Vamos, el señor secretario es todo un hombre.

—No podeis imaginaros el interés que demuestra por descubrir el paradero de las majas; cualquiera diria que una de ellas es su novia ó su hermana.

—Más vale así.

—Ya lo creo, puesto que él dispone de elementos de que nosotros carecemos.

—¿Y los soldados?

—Estarán en el sitio convenido.

—¿Habeis hablado con el oficial?

—Sí, y es amigo mio; un jóven de excelentes prendas.

—Entonces, mejor que mejor.

—Paréceme que el tio Langosta va á llevarse un susto regularcillo.

—¿Teneis ya plan formado del modo cómo hayamos de entablar la cosa?

—Desde luego.

—Con tal que no nos engañemos en nuestras suposiciones.....

—En ese caso todo quedará reducido á hacer nuevas indagaciones.

—¿Supongo que me enterareis del modo cómo pensais proceder respecto al ventero?

—Prestadme atencion; arrimáos más.

Don Ramon bajó tanto la voz, que no nos fué posible oir lo que comunicaba á su amigo, pero todo se reduce á tener un poco de paciencia, puesto que hemos de ver del modo que se gobierna para reducir á la obediencia al tio Langosta.

—¿Estais enterado?

—Perfectamente.

—¿Y qué os parece?

—El mejor modo de salir de dudas cuanto antes.

—Sí, será cosa de pocos minutos.

—Aquella debe ser la venta.

—Indudablemente.

—Poco nos falta ya para llegar á ella.

Poco despues entraban en casa del tio Langosta.

El ventero estaba dormitando detrás del viejo y grasiento mostrador.

Don Ramon y Antonio, así que entraron recorrieron con la vista el tenducho, y nada de particular observaron en él digno de llamar la atencion.

—A ver, ventero—dijo el poeta levantando la voz—sacadnos una botella de Arganda y dos vasos, y traedlo todo á esta mesa.

—Voy en seguida á servir á sus mercedes — refunfuñó el tio Langosta.

—Ligero, ligero, señor mio, porque tengo el estómago más frio que un carámbano y deseo hacerle entrar en calor.

—Aquí está lo pedido—dijo el viejo mirando al poeta, que era el que le habia dirigido la palabra.

—¡Demonio! Hace aquí más frio que en mitad del camino. —repuso don Ramon llenando los vasos.

—Ya se ve—contestó el tio Langosta—sus mercedes no estarán acostumbrados á salir de su casa, que será muy abrigadita, y nada tiene de extraño que no se hallen muy á gusto por estos andurriales.

—Así es la verdad.

—*Pus* es claro; los *probes* no tenemos más remedio que acomodarnos del modo que podamos.

—¿Que tan poco produce esta venta?

—Poco menos que nada; gracias á alguno que otro arriero, que sino era cosa de morirse de hambre.

—Pues es extraño, porque la casa está colocada en muy buen sitio, y por este camino transita mucha gente.

—Lo que es aquí entra *mu* poca.

—¿Es decir que no se hace negocio?—preguntó el poeta que era el que llevaba la voz.

—*Nenguno.*

—¡Vaya! Entonces quizá pueda conveniros el que venimos á proponeros.

—El tio Langosta abrió cuanto le fué posible sus pequeños ojos y los fijó con sorpresa en el rostro de su interlocutor.

—¿Su merced me va á proponer un negocio?

—Sí; un negocio de faldas, ¿comprendes?

—Ni esto—dijo el ventero haciendo chocar el extremo de la uña de uno de sus pulgares con los pocos dientes que le quedaban.

—Vaya, viejo marrullero, ¿tan mal te vendria que un par de buenas mozas habitasen aquí unos cuantos dias?

—¡Bah! Eso no es posible.

—¿Por qué, pagándolo bien?

—¡Chit! callad ahora, delante de esa gente.

El poeta se referia á un oficial de guardias walonas que acompañado de ocho soldados acababa de penetrar en la tienda.

El tio Langosta se inmutó ligeramente al verlos.

No pasó desapercibida á los ojos del poeta la mala impresion que la vista de los soldados habia producido al ventero, y esta circunstancia le afirmó en la creencia de que en la venta habia gato encerrado.

—¡Voto á mi nombre! Que oscuro está esto—exclamó el oficial al entrar.

—¿En qué puedo servir al señor oficial?

—Primeramente sacando algunas botellas para que los chicos—dijo señalando á sus soldados—se mojen las fauces con su contenido, despues encendiendo una luz para que nos veamos los dedos, y finalmente despachando deprisa.

—Al momento.

—¿Dónde vais?

—Á buscar lo pedido.

—Encended antes ese candil.

El tio Langosta obedeció sin replicar; el imperativo tono que usaba el oficial le aturdia.

—¡Buenas noches!—dijo tan pronto como ardió la llama del candil.

—Un par de vosotros id á ayudarle á trasportar esas botellas.

—No hay *necesiá* de que se molesten.

—Sois muy viejo y no os vendrá mal esa ayuda; si vais solo será cosa de que tengais que hacer muchos caminos.

—Como gusteis—dijo el tio Langosta.

—Cerrad antes la puerta.

—¿La puerta?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque entra por ella un vientecillo de todos los diablos; el que quiera entrar que llame.

—Ya; pero es el caso que mis parroquianos.....

—¡Vaya y qué reparon sois! cuando nos vayamos nosotros podreis tenerla abierta cuanto tiempo gusteis.

—Obedezco.

El tio Langosta se aproximó á la mesa donde estaban el poeta y Antonio y les dijo por lo bajo:

—¿Quieren sus mercedes quedarse ó desean salir?

—Hemos de hablar luego contigo; nos quedamos.

—Como gusten sus mercedes—contestó.

Y despues se dirigió á la puerta la cual cerró segun se le habia ordenado.

—Ahora el vino.

Dos soldados, á los cuales de antemano seguramente habria prevenido el oficial, siguieron al viejo ventero.

Apenas desaparecieron de la tienda, el oficial se aproximó á don Ramon, y le dijo:

—Ya vereis qué pronto despachamos este asunto.

—Lo principal era asegurarse de que el ventero no pudiese comunicarse con nadie, y esto ya está conseguido—dijo el poeta.

—Dejadme hacer á mí—objetó el oficial.

—Quiera Dios que no nos hayamos equivocado en nuestras conjeturas—replicó Antonio.

—Como estén aquí, daremos pronto con ellos, yo os lo prometo.

Callóse el oficial y se separó de los dos amigos, porque oyó los pasos de sus dos soldados y del ventero que se aproximaban.

—Aquí está todo—dijo el viejo colocando las botellas encima del mostrador.

—¡Pues, ea! destapad y servid, que llevo prisa.

—Al momento — contestó destapando las botellas el tio Langosta y llenando los vasos.

—Vaya, muchachos, para adentro.

Y el oficial y sus subordinados apuraron de un solo trago el contenido de los vasos.

—¿Qué le ha parecido el mosto al señor oficial?

—Regular—contestó el aludido.

—¿Puedo ya abrir la puerta?

—Antes hemos de hablar los dos.

—¿Conmigo?—preguntó algo desconcertado el tio Langosta.

—Contigo, viejo marrullero.

—Cuando el ventero reparó en ello, se encontró ya rodeado por los soldados.

—¿Qué quiere su mercé de mí?—dijo sin que le fuera dado ocultar el miedo que sentia.

—Sencillamente fusilarte, si antes de cinco minutos no me entregas los sugetos que tienes encerrados en esta casa.

El tio Langosta se puso pálido como un cadáver, y apenas pudo balbucear:

—Señor oficial, estais engañado.

—Amarradle—dijo por toda contestacion el oficial.

Los soldados obedecieron, y en breve espacio el ventero estaba perfectamente asegurado.

—¡Por Dios, señor, tened compasion de este viejo que ningun mal ha hecho!

—Arrodilladle.

Los soldados obligaron sin gran esfuerzo al ventero á que obedeciese.

—Pero esto es una picardía—murmuraba el azorado viejo.

—¿Entregas esa gente?—preguntó el oficial.

—Si no sé nada.

—Preparen—dijo friamente el jefe.

Los soldados obedecieron.

El tio Langosta estaba á punto de desmayarse.

—¡Por la vírgen de la Paloma!

—Peor para tí si no quieres ceder; de todos modos, en cuanto estés tumbado, haré remover toda la casa, y al fin averiguaré lo que te obstinas en callar. ¿Hablas?

—Si no sé nada.

—Apun.....

Al encararle las armas los soldados, el tio Langosta no pudo resistir más, y se apresuró á decir:

—Hablaré.

—Desatadle.

Una vez desatado el tio Langosta, lanzó un suspiro de satisfaccion, y dijo:

—Gracias.

—No te permito hablar ni una sola palabra; guía pronto.

El ventero, sin chistar tomó el candil, y echó á andar, seguido de cerca por el oficial, los soldados, el poeta y su amigo Antonio.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Dos horas despues, Joselito y Vicente puestos en libertad, abrazaban á su amigo don Luis en la casa de don Ramon de la Cruz, donde se trasladaron desde la venta.

En cuanto á García desapareció inmediatamente que se vió libre, sin que nadie pudiera darse cuenta de por dónde y cómo se habia marchado.

Fuego graneado de preguntas y respuestas armóse entre nuestros amigos, cuya cólera recordando lo pasado, era tan desmedida como su desesperacion al saber lo que habia sucedido con las majas.

Cuando más animada estaba la conversacion, presentóse en la casa del célebre sainetero, un indivíduo demandando hablarle con urgencia.

Salió don Ramon de la Cruz y encontróse con un alguacil enviado por el alcalde encargado de descubrir el paradero de las majas.

Con él estuvo hablando largo rato y cuando volvió á entrar en la habitacion en que se hallaban sus amigos, les dijo:

—Hay que continuar la caza; apresuremos.

—¿Dónde hemos de ir?—preguntó Joselito.

—Primero en busca del oficial de guardias y de sus soldados.

—¿Y luego?—preguntó don Luis.

—Luego hemos de ir á sorprender agradablemente al señor marqués Adelfi y á sus pobres prisioneras.

Como puede suponer el lector, no se hicieron de rogar los galanes de las majas, y tanto y tan de prisa movieron los piés, que apenas trascurridos algunos minutos desde que el poeta habló, se hallaban ya en la casa donde celebraban alegre festin el marqués y sus dos amigos, y como sabemos llegaron muy á tiempo para impedir que se consumara la perfidia proyectada.

CAPÍTULO X.

Donde se ve que doña Catalina no cedia fácilmente en sus empeños.

Terriblemente furiosa hallábase doña Catalina dos dias despues de los sucesos que llevamos expuestos.

Gil Perez le envió á decir que don Luis estaba en libertad, y semejante noticia aumentó mucho más el efecto al saber despues por medio de un criado de confianza que envió á casa de Paca, que ésta tambien se hallaba en libertad.

—¿Cómo habia sucedido esto? ¿Qué incidentes habrian ocurrido? ¿Qué era lo que habia dado lugar á la libertad del uno y á la evasion de la otra, cuando don Tadeo la dió tantas y tantas seguridades?

Durante algun tiempo permaneció doña Catalina abrumada, si así podemos expresarnos, bajo el peso de su mismo infortunio.

Y decimos infortunio, porque realmente aquella mujer que

no habia vacilado en hacer de sus gracias una mercancía que vendiera al marqués del Alcázar al precio más alto posible; que habia hecho de Gil Perez un instrumento para sus criminales planes; sedienta de venganza y sin haber conocido jamás ningun sentimiento digno y elevado, habia llegado á amar con toda la violencia de su corazon á don Luis.

Este amor pagado por el jóven con el desden, la irritaba.

Los celos habian nacido de repente al calor de su misma pasion, y doña Catalina estaba resuelta á todo, segun hemos visto por los actos llevados á cabo, desde el momento en que se convenció de que en el corazon del caballero ocupaba ella un lugar muy insignificante.

Para vencer aquel rebelde cariño, que ya se le habia manifestado contrario, creyó la dama haber dado un gran paso separando á Luis de Paca, y encerrando á aquél en una prision con la amenaza de no recobrar la libertad sino al precio de su amor.

Ya vimos en otra parte la respuesta que dió Luis á las pretensiones de doña Catalina; pero ésta creyó perfectamente que todo ello no pasaria de un alarde de orgullo que concluiria por desvanecerse en el momento en que se convenciera de que no le quedaba otro recurso.

Así fué que la noticia de su libertad, como que destruia todas sus esperanzas, la llenó de desesperacion.

Trascurridas aquellas primeras horas de cólera y de dolor, cogió la pluma y envió á llamar á Gil Perez.

Poco tiempo despues el secretario de Floridablanca hallábase en presencia de la dama.

Notable cambio se habia verificado en el jóven desde el momento en que por vez primera le presentamos á nuestros lectores.

Débil, tímido, irresoluto, mostrando en la expresion de sus ojos lo avasallador y poderoso del amor que sentia hácia doña Catalina, era entonces la verdadera personificacion del

esclavo, que no tiene más voluntad ni más pensamiento que obedecer á su señor.

Ahora, por el contrario, la actitud del jóven era más resuelta; fijaba su mirada en la dama con altivez, y su acento habia perdido aquellas serviles inflexiones para trasformarse en el varonil y enérgico del hombre que tiene conciencia de su propio valer.

Doña Catalina habia advertido aquella trasformacion; habia comprendido que aquella presa comenzaba á escapársele de las manos; pero trató de resistirse hasta el último momento, y en honor de la verdad debemos decir, que habia habido hasta entonces ocasiones, en que realmente, el triunfo habia quedado de su parte.

Tan luego como Gil Perez penetró en el aposento en que se hallaba doña Catalina, ésta, fijando su irritada mirada en el jóven, le dijo:

—¿Quieres explicarme quién ha puesto en libertad á don Luis?

—El mismo Floridablanca.

—Pero alguien se lo habrá pedido; el ministro no hubiera obrado con tanta ligereza, á no haber alguien que le hablara.

—¿Quién lo duda?

—¿De modo que mi deseo, mi voluntad, no han sido nada para ti?

—Me parece que hice en este asunto cuanto pude.

—¡Hacer! ¿Y qué es lo que has hecho?

Y doña Catalina miró fijamente á Gil, quien sostuvo á su vez aquella mirada, diciendo:

—Mira, Catalina, paréceme que ya es tiempo de que abandones ese acento de superioridad de que tratas de revestirte; he hecho, como en varias ocasiones te he dicho, más de lo que debia, y tan más de lo que debia ha sido, que me has obligado á cometer infamias que me sonrojan cada vez que

las recuerdo, haciéndome despreciar una debilidad que tú no has sabido pagar como debias.

—¿Es decir que ha llegado ya el momento de que me arrojes al rostro los favores que me has dispensado?

—No; lejos de mí la idea de semejante cosa. Guárdese únicamente para tí, que siempre acostumbras hablar de lo que has hecho, sin acordarte de lo que has dejado por hacer.

—¿Te olvidas acaso de las condiciones con los cuales viniste á Madrid conmigo?

—No las olvido.

—Veníamos á hacer fortuna, y veníamos en busca de una persona, que conociendo los secretos de mi familia, habia de mostrarme los medios que tenia que emplear para vengarla. Tú te comprometiste á ayudarme en mi venganza; tú, sin reparar en los medios, te comprometiste á todo; tú aceptaste el cargo de secretario de Floridablanca, para poder servir mucho mejor mis aspiraciones, y finalmente, aceptaste mi situacion tal como yo mismo me la creé, convencido de lo que con ello ibas ganando.

—¿Y sabes, Catalina, por qué acepté todo eso? ¿Sabes por qué me resigné al inícuo papel que me confiaste en la vergonzosa comedia que estabas representando? Porque te amaba, Catalina; porque te amaba como tú jamás podrás comprender.

—Como me sigues amando hoy.

—No; hoy no te amo.

Y el acento de Gil Perez vibró de tal modo, que la dama no pudo ménos de estremecerse.

—¿Es decir—repuso—que para ti he dejado de ejercer influencia alguna?

Y su mirada lanzó tan poderoso fulgor, que por un momento hizo vacilar la resolucion de Gil.

Catalina invocó todas las seducciones de otro tiempo.

Comprendió toda la importancia de aquella pérdida, y quiso tentar el último esfuerzo para evitarla.

Pero Gil consiguió dominar aquella impresion.

La mirada seductoramente dominadora de la dama, fué á perderse ante la estudiada impasibilidad de Gil, el cual contestó despues:

—No puede existir influencia alguna, desde el momento en que se adquiere el convencimiento de la falta del cariño. Una vez caida la venda de los ojos, difícilmente vuelve á extenderse sobre ellos; y tú me la has arrancado de tal modo, que no hay medio alguno de resarcir lo perdido. Yo te he visto vender tus gracias á un anciano libertino, que te daba por ello la posicion que apetecias y los medios de realizar esa venganza, venganza insensata que es muy posible no consigas realizar. Yo solo sé lo que he sufrido, teniendo que transigir con esa necesidad que me impusiste, y que yo fuí bastante débil para aceptarla. Pero desde el momento en que dejaste de cumplir todas tus promesas, desde el momento en que me pude convencer de que no era para tí más que un miserable instrumento, á quien pagabas con un puñado de oro, servicios que nadie te hubiera hecho, y que más que á tu venganza estaba yo sirviendo á otro nuevo amor, tras el cual servia á tus celos, entonces, Catalina, hubo momentos en que tendí la mano en busca de un arma para haberte dado la muerte. No tuve valor para ello; recordé que te habia amado, que te amaba todavía, y en vez de darte la muerte, procuré arrancar de mi corazon aquel insensato amor que tantos disgustos y tantas bajezas me habia impuesto.

—¿Y lo has conseguido?—preguntó con voz sorda doña Catalina.

—Me parece que sí.

—Y sin duda, en tu deseo de venganza, habrás contribuido á alcrnzar la libertad de don Luis.

—No soy tan miserable como todo eso. Don Luis nada me debe por su libertad.

—Es extraño que estando tan resentido conmigo, y tenien-

do que vengar tantas humillaciones y tantas infamias, no hayas tratado de sacar partido de aquello mismo á lo cual habias contribuido.

—Eso te probará que á pesar de tus ofensas, y á pesar de los engaños de que me has hecho víctima, soy siempre mejor, mucho mejor que tú.

—Lisonjero has venido hoy, Gil.

—Pluguiese al cielo que siempre lo hubiese estado en este sentido, que tal vez no tendria hoy que deplorar tantas infamias.

—¿De modo que resueltamente te niegas á continuar sirviendo?

—Sí, y ten presente, Catalina, que cuanto hagas para obtener el amor de don Luis, ya sea empleando el halago, ya la violencia, todo será inútil. Todo ello no puede producirte más que disgustos, y aumentar el odio que te profesa don Luis.

—Agradezco el consejo, mucho más, porque no te lo he pedido.

—Tienes razon, y como supongo que nuestra entrevista, despues de la manifestacion que acabo de hacerte, ha terminado, me retiro, si me das tu permiso.

Doña Catalina no pudo contestar; contentóse únicamente con hacer un ligero movimiento de cabeza, tras el cual Gil Perez abandonó el aposento.

CAPÍTULO XI.

Don Tadeo comprende que ha cometido una tontería.

Doña Catalina siguió con la vista á Gil Perez, que desapareció sin mirarla.

En cuanto estuvo segura de no ser vista, operóse un cambio extraordinario en su fisonomía.

La cólera, el despecho, los celos, el dolor, comprimidos durante la anterior escena, estallaron de repente.

—¡Miserable!—exclamó con rugiente acento—despues de cuanto hice por él, ahora me abandona; ¡oh! pero ese abandono debe tener otra razon que la que él me ha dado; Gil Perez ha dejado de amarme porque otro nuevo amor ha nacido en su corazon. ¿Pero qué amor es ese? ¿á quén ama ese miserable que sabe todos mis secretos y que puede ponerme en un grave compromiso como lo ha hecho ya sin duda? porque indudablemente el autor de la libertad de Luis ha sido él; él, que para vengarse ha recurrido á semejantes medios; él ha pues-

to en libertad tambien á esa maja y á todos los demás que, segun me dijo don Tadeo, habian sido cogidos con ellos. Yo necesito saber la verdad de todo esto; confúndense mis ideas y en el revuelto caos en que se turba mi imaginacion, apenas acierto á pensar lo que realmente me conviene hacer.

Y doña Catalina apoyó la ardorosa frente sobre sus manos, permaneciendo en aquella postura durante un buen espacio.

Cuando la abandonó, fué para dar órden de que buscasen inmediatamente á don Tadeo y le dijesen que necesitaba verle.

Muy ajeno estaba el taimado viejo de lo que habia ocurrido.

Precisamente en la nueva casa donde se habia ido á refugiar despues del secuestro de Paca y de sus amigas, estaba saboreando las comodidades que le proporcionaba el oro que aquella empresa le habia dado.

Don Tadeo tenia costumbres muy extrañas.

Mientras estaba ocupándose en algun negocio, su actividad era grande, no sosegaba, apenas se daba descanso alguno y su imaginacion, fértil en recursos, siempre estaba trabajando.

Pero una vez realizada la empresa y recogida la cantidad en que estaba estipulada, dedicábase única y exclusivamente á disfrutar de cuanto el oro puede proporcionar.

En el momento en que doña Catalina andaba buscándole, acababa nuestro truhan de comer y se hallaba todavía bajo la impresion de los vapores de una buena comida.

Así fué que le costó bastante trabajo decidirse á abandonar el cómodo sillon para cruzar de un extremo á otro el Madrid de aquel tiempo, cuyo perímetro, si no tan extenso como en el dia, era ya bastante considerable. Una vez en presencia de la dama, ésta, cuya excitacion en nada habia cedido, le dijo con iracundo acento:

—¿Sabeis, don Tadeo, que estoy muy furiosa con vos?

—Señora..... ¿en qué he podido desagradar á usía?

El viejo tembló al pronunciar estas palabras.

Como su conciencia le remordió por pasados pecadillos, temió que la altiva dama fuese conocedora de alguno, y que la hubiera desagradado que fuese su cómplice ó un agente el autor de tal fechoría.

—Harto debeis saberlo, maese solapado; y bien podíais desde el momento en que todos nuestros planes han ido por tierra, haber venido á darme cuenta de ello.

—Señora, ignoro lo que usía quiere decirme, y le suplico tenga á bien decírmelo porque me hallo envuelto en un mar de confusiones, del cual no sé cómo salir.

—Tratais de disimular conmigo, y bien sabeis que á mí no se me engaña con facilidad.

—Vuelvo á repetir á usía, que ignoro completamente lo que quiere decirme; que ahora mismo estoy sufriendo por esa ignorancia en que me hallo, y que á todo trance hubiese querido evitar á usía una incomodidad, y á mí el disgusto de tener que escuchar sus reconvenciones.

En el acento de Tadeo advertíase la sinceridad.

Doña Catalina, hábil en el conocimiento de las personas, especialmente las de la índole de don Tadeo, no pudo menos de convencerse de que, ó en realidad éste no sabia nada, ó si lo sabia era un bribon tal, que difícilmente se le podria sacar una palabra.

—Pero—le dijo mirándole fijamente—¿de veras me asegurais que no sabeis nada de cuanto ocurre?

—Puedo jurar á usía, que desde el momento en que di por terminada mi empresa, no he vuelto á salir á la calle, más que el dia que estuve aquí, que fué hace cuatro ó cinco.

—Lo recuerdo—dijo Catalina á quien aquella alusion hízole recordar un nuevo incidente.

Aquel era el dia en que, como sabemos, García fué á verla á consecuencia de haber visto salir de su casa á don Tadeo.

—Decidme—exclamó la dama una vez que esta idea se la hubo ocurrido—¿conoceis á cierto indivíduo que se llama García?

—¡García!....

—Sí, uno de quien sin duda os debeis haber servido en esta empresa.

—Paréceme, señora, que le recuerdo; efectivamente. ¿Acaso tiene usía algo que decirme respecto á él?

—Puede que sí, mas, por ahora, ocupémonos del asunto principal.

—Usia dirá.

—Don Luis se encuentra en libertad.

Don Tadeo dió un respingo, exclamando:

—¿Cómo ha sido eso?

—Si hubiéseis vigilado como debíais, si no dejáseis en un abandono tan grande los negocios, no tendríais que preguntarme hoy cómo estaba don Luis en libertad.

Don Tadeo comprendió las consecuencias que para él podia tener la noticia que acababa de recibir, y se apresuró á contestar:

—Os juro, señora, que de tal modo he de ponerme ahora á seguirle, que uno de los dos habremos de sucumbir en la empresa, pues, como usía comprenderá, esta es para mí cuestion de vida ó muerte.

—Es que hay más todavía.

—¿Cómo más?

Y don Tadeo fijó la temblorosa mirada en la dama.

—Todas las personas de quienes vos, para dar más colorido á este asunto, os deshicisteis, todas se hallan libres.

—¡Señora!

—Lo que oís, maese descuidado, y así vuelvo á llamaros otra vez.

—Pero, ¿las majas tambien están libres?

—Sí tal.

—Entonces, ¿qué ha hecho el marqués Adelfi?—exclamó don Tadeo.

Era la primera vez que pronunciaba aquel nombre delante de doña Catalina.

Así fué que ésta se le quedó mirando, diciéndole:

—¿Cómo? ¿Qué nombre habeis pronunciado?

—El del marqués Adelfi.

—¿Y pusisteis en su poder á las majas?

—Sí, señora.

—Entonces principio á explicarme lo que hasta ahora no he podido comprender.

—¿Y qué era?

—La prision del marqués Adelfi.

—¿Está preso?

—Sí.

—¿Eso quiere decir que todo se ha perdido?....

—Indudablemente, y vos, don Tadeo, no debeis estar á estas horas muy bien hallado.

—Lo creo, lo creo.

Y el viejezuelo tembló como un azogado, porque la libertad de aquellos seis personajes representaba para él otros tantos peligros.

—Pero no puedo explicarme, no acierto á comprender como vos misma, señora, no pudisteis impedir que esas gentes recobraran su libertad.

—¿Lo sabia yo acaso? Ha sido una sorpresa que no me explico. El marqués Adelfi preso, representa, como debeis comprender, el descubrimiento de todos nuestros planes, y en su consecuencia la destruccion de todas mis esperanzas.

Don Tadeo no sabia qué decir.

Aquel golpe le habia anonadado.

Juzgaba que mientras pagase al tio Langosta del modo que lo habia hecho, podia contar con que ni Joselito ni Vicente saldrian de la venta.

Respecto á don Luis, existiendo realmente la órden de prision, y hallándose en una fortaleza del Estado, únicamente podia recobrar la libertad por medio de otra órden, y esto, dadas las condiciones de aquel asunto, no era tan fácil.

En cuanto á las majas, juzgábalas en tan buenas manos, que no habian de escapar con facilidad, y por lo tanto hallábase completamente tranquilo respecto á cuanto pudiera ocurrir como consecuencia de aquel asunto.

De aquí que le produjesen tanto efecto las noticias de la dama.

Y dióse á pensar sobre lo que acababa de oir.

Y si doña Catalina no habia sido la que puso en libertad á don Luis, ni la que reclamó la prision del marqués Adelfi, ¿quién habia sido entonces?

La dama ignoraba por completo dónde se hallaban Joselito y Vicente; ignoraba tambien dónde estaba Paca y sus compañeras; por lo tanto, no podia ser ella la que se hubiese puesto á dar la libertad á personas que no sabia donde estaban, y que de hallarse libres, ella misma comprendia que le habian de perjudicar.

Si todas ellas, y en un momento dado, habian conseguido recobrar su libertad, era preciso convenir, en que ó bien algun traidor habia tomado cartas en aquel asunto, ó bien que por medios totalmente desconocidos para él, habian quedado inutilizados todos sus esfuerzos.

El resultado para él era siempre el mismo.

Las majas le conocian, conocíanle todas las personas que en aquel asunto terciaban; por lo tanto, el peligro para él era de todos modos formidable.

Y el traidor ó la persona interesada en contra de él, debia forzosamente haber puesto á todos en autos de la parte tan activa que él habia tomado en el asunto, de modo que en aquellos momentos, debia estar ya sériamente amenazado.

—Vamos, don Tadeo—dijo doña Catalina viendo el silencio

del viejezuelo y la impresion que le causaban las palabras pronunciadas por ella—¿no recordais si alguien ha podido jugaros alguna mala pasada?

—No lo creo.

—Ese García de quien yo hablé antes, ¿es realmente vuestro amigo?

—Ni amigo ni enemigo; le tomé á mi servicio para una empresa particular, y le he pagado y nada más.

—Pues precisamente ese es quien sin duda lo ha enredado todo.

—¡Cómo!

Entonces doña Catalina refirió á don Tadeo lo que ya saben nuestros lectores respecto á la entrevista que tuvo con él.

El asombro del viejo no tuvo límite.

—¡Oh! señora—exclamó—juro á usía que yo sabré lo que hay de verdad en todo eso, y si ese miserable me ha engañado, como parece desprenderse de lo que usía ha dicho, yo le juro que se ha de acordar de mí.

—Está bien, donTadeo; pláceme en gran manera encontraros en tan excelente disposicion; pero ahora vamos á otra cosa.

—Usía dirá.

—Es menester, en primer lugar, que me averigüeis á quién ama el señor Gil Perez, y tened presente por vuestra vida, que la menor traicion que se me haga, se paga sumamente cara.

—Puede usía estar segura de que respecto á ese particular no tiene nada que temer.

—Así lo quiero y así lo espero, don Tadeo, pero os prevengo que no os fieis mucho del tal García.

—Desdichado de él si yo averiguo como cierto lo que usía acaba de suponer.

—Desde luego que lo averiguareis. Pero aun no hemos concluido—prosiguió doña Catalina comprendiendo por un movimiento de don Tadeo que trataba de marcharse.

—Hablad, señora.

—Es necesario que ya que tan mal ha salido, sea por vuestra culpa ó no lo sea, la empresa contra don Luis y sus amigos, que emprendais otra para rehabilitaros y para haceros realmente acreedor á mi aprecio.

—Dispuesto estoy á todo, y cuando á usía le hablaron de mí, no le mintieron al asegurar que servia para toda clase de empresas; por lo tanto, tengo la seguridad de que no he de ser en otra tan desgraciado como en esta.

—Pues bien, necesito que formeis un plan para apoderaros de la hija del conde de Lazan.

—¿Y dónde he de conducirla?

—Formad vos el plan, participádmelo despues, y yo os diré si es admisible ó no.

—Pero.....

—Pensad en el medio de robarla, que despues yo os diré donde la habeis de conducir.

—Está bien.

—Os prevengo que es empresa que se intentó ya una vez y fracasó; por lo tanto meditadlo bien, para que no nos suceda lo mismo ahora.

—Puede usía estar tranquila, que en el plan que yo forme, no ha de quedar probabilidad alguna que no esté prevista.

—En eso confio, y por última vez os encargo que penseis que en esta empresa habeis salido mal, y que es preciso veais de recobrar cuanto habeis perdido.

Poco despues don Tadeo, preocupado por todo lo que la dama acababa de decirle, salió de su palacio murmurando:

—Bien habia yo hecho en desconfiar de García, pero me lo habia pintado Simon como tan leal y tan fiel, que no vacilé en admitirle. Muchas precauciones necesito tomar para evadirme de la vigilancia de que ese hombre me hará objeto; pero si él es astuto, no lo soy menos y veremos quién vence á quién.

Al mismo tiempo tambien, doña Catalina tornando á caer en su anterior meditacion, decia:

—Distraida con esos desdichados amores he estado olvidando el duelo que hay pendiente entre el conde de Lazan y yo, y hora es ya de que en ello piense. Este miserable, por la cuenta que le trae y por lo obligado que viene, hará que su empresa salga adelante y una vez la hija del conde de Lazan en mi poder, veremos si él tiene que humillarse ante mí.

CAPÍTULO XII.

Qué era lo que habia hecho cambiar en tan alto grado al señor Gil Perez.

Indudablemente el lector habrá extrañado la energía de que el secretario Gil Perez habia hecho gala, y la frialdad con que habia tratado á doña Catalina en las últimas visitas que aquel habia hecho á la dama, de quien tan enamorado se manifestara durante largo tiempo.

La misma doña Catalina no podia darse cuenta del cambio que en aquel hombre se habia verificado.

Nosotros sabemos á qué atenernos sobre el particular, y á riesgo de pasar por indiscretos vamos á descubrir el misterio.

Sobre poco más ó menos, un mes antes de los últimos sucesos que acabamos de referir, el señor Gil Perez tuvo la humorada de acudir á la plaza de toros.

La corrida que debia verificarse aquella tarde habia llevado al circo taurino un considerable número de espectadores de ambos sexos.

El secretario, que al parecer estaba algo taciturno, apenas ponia atencion en los agudos dichos que se oian por do quiera; uno de sus amigos tocándole en el hombro, le dijo:

—Hombre, aquí no te des aires de diplomático; deja ese gesto para cuando te halles en tu despacho, esto es, en el ejercicio de tus altas funciones.

—¿Qué quieres? no tengo humor.

—¿Pues por qué venias?

—Porque te has empeñado en ello, y por ver si lograba distraerme.

—Pues procura hacerlo.

—Lo he intentado, pero inútilmente.

—Parece mentira que ni logren alegrarte los hermosos rostros de que estamos rodeados.

—Pues ya lo ves—dijo el secretario melancólicamente.

—Vamos, sé franco; ¿no te haria olvidar todas tus penas aquella divina y sandunguera maja?

—¿Cuál?

—Mira hácia la derecha, ¿no ves aquella manola cuya falda es color grana, adornada con alamares negros? Hombre, precisamente está cerca de ella nuestro amigo Andrés.

Gil Perez miró hácia el sitio que su oficioso amigo le indicaba, y al reparar en la mujer de que aquel habia hablado, sintió repentinamente que su corazon se estremecia, y no pudo contener una exclamacion admirativa.

La maja en cuestion era Concha, la novia de Joselito.

—¡Ah! ¡Dices bien!—exclamó el secretario devorando con la vista á la hermosa maja.

—¿Convienes conmigo?

—Sí—contestó con tembloroso acento Gil Perez sin apartar los ojos de su objetivo.

—¡Son muchos ojos aquellos ojos!

—Es verdad.

—¿Hay acaso coral que pueda compararse al de sus labios?

Observa la gracia que imprime á todos sus movimientos; y si por casualidad la hubieses visto, como yo la he visto subir á una calesa y hubieses tenido la dicha de admirar su diminuto pié y parte de su torneada pierna, dirias conmigo que esa maja es capaz de trastornar el juicio á un santo.

Gil Perez parecia completamente fascinado en la contemplacion de la divinidad que su amigo le encarecia; no podia darse á sí propio cuenta de lo que sentia, pero nosotros podemos asegurar que la imágen de la hermosa viuda á quien adoraba Gil Perez, habia momentáneamente desaparecido por completo de su imaginacion.

—Hombre, cualquiera creeria al mirarte que eres una estatua; veo que te ha hecho efecto esa moza, más vale así.

En aquel momento hirió los aires el acento del clarin; la lidia iba á dar comienzo.

El amigo del secretario dijo:

—Vamos, chico, siéntate que vas á llamar la atencion si ahora permaneces en esa posicion.

Gil Perez se sentó maquinalmente, pero no se fijó en ninguno de los innumerables incidentes de la lidia.

Palmadas, gritos, silbidos, nada oia; todo su sér se hallaba embargado completamente en la contemplacion de Concha.

Terminó la corrida sin que se diera cuenta de ello, tanto que su amigo tuvo necesidad de decirle:

—¿Piensas permanecer aquí hasta el dia del juicio final?

—No habia notado.....

—Pues hombre, se necesita estar en babia.

—Salgamos, salgamos—dijo Gil atropellando á cuantos hallaba á su paso á fin de salir cuanto antes de la plaza.

—¡Demonio! Antes tan quieto y ahora bullicioso! ¿Qué mosca te ha picado?

Una vez fuera del circo taurino se reunieron los dos amigos; Gil Perez dijo en voz alta, pero como hablando consigo mismo:

—¡Qué hermosa mujer!

—Parece que te ha flechado la maja.

—Allá va, quiero seguirla.

—Estás endomoniado, ¿cómo has de seguirla á pié?

Por toda contestacion, Gil Perez se acercó á un calesero, habló con él en voz baja, y luego dirigiéndose á su amigo, le dijo:

—Sube.

Una vez acomodados en la calesa, el conductor sacudió un fuerte latigazo al jamelgo que tiraba del vehículo, y este se puso en movimiento.

—¿Dónde vamos?

—En seguimiento de la maja—contestó Gil Perez.

—Vamos, ya lo entiendo; quieres saber dónde vive.

—Eso mismo.

—¿De manera que estás decidido á poner sitio á la plaza?

—Estoy decidido á todo por hacerla mia.

—No sé por qué, pero se me figura que te ha de costar algun trabajillo el conseguir tu objeto.

—¿Sabes acaso algo?—preguntó con afan Gil Perez.

—Nada absolutamente; pero una moza tal, no es posible que deje de tener algun aspirante.

—Así sera, pero yo estoy resuelto á todo.

—No creia yo que tu sangre se encendiera con tanta facilidad.

—Ríete cuanto quieras; pero lo cierto es, que ninguna mujer me ha hecho una impresion tal, cual la que he sentido y siento desde que he visto á esa maja; será una locura, todo lo que quieras, pero puedo asegurarte que estoy verdaderamente enamorado.

—La moza vale la pena; pero verla y amarla así de repente, vamos, es una cosa bastante rara, amigo mio.

—No lo niego; pero es tal y cómo te lo he dicho.

—Peor para tí, y si llego á sospecharlo, te dejo entregado á

tus cavilaciones, sin llamar tu atencion hácia una mujer que puede ser para tí causa de disgustos en lo sucesivo.

—No; por de pronto creo que me has hecho un favor inmenso.

Indudablemente Gil Perez se acordó en aquel momento de doña Catalina.

La calesa detuvo su marcha; bajaron de ella Gil Perez y su amigo.

La calesa en que iba Concha tambien se habia detenido; bajó de ella la maja, y se metió en su casa.

Gil Perez pagó al cochero, despues tomó el brazo de su amigo, y le dijo:

—Vámonos; sé cuanto deseaba.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Gil Perez buscó y encontró ocasion de hablar con Concha; la maja rechazó sus proposiciones; el secretario no cejó por eso, y volvió segunda vez á la carga; pero obtuvo igual resultado que la vez primera.

Diariamente rondaba Gil Perez la calle en que habitaba Concha; Joselito lo observó, y á no ser por las súplicas de su amada, el torero de seguro la hubiera emprendido de mala manera con el porfiado rondador.

Llegado el lunes próximo á aquel en que Gil Perez conoció á la maja, el secretario acudió á la plaza, y entró en ella muy temprano, á fin de ver dónde se colocaba Concha, y buscar sitio cerca de ella. Iba con su amigo, con el que sostenia animada conversacion.

—Pues estás adelantado.

—Dádivas quebrantan peñas—dijo el secretario.

—Mucho me temo que la maja sea más dura que esas frágiles piedras de que hablas.

—No he de perdonar medio para conseguirla.

—Pues segun el resultado que has obtenido las dos veces que la has hablado, no auguro feliz término á tu tentativa.

Entretanto la gente iba invadiendo el circo.

De pronto Gil Perez hizo un movimiento brusco.

—¿Qué ocurre?—preguntó su oficioso amigo.

—Allí está; ven.

Y sin detenerse, empujando á unos y tropezando con otros, logró acercarse al sitio donde estaba Concha, pero no le fué posible colocarse á su lado porque desgraciadamente para él aquel sitio estaba ya ocupado; de todos modos consiguió sentarse á corta distancia de la hermosa maja.

Concha hizo un movimiento de disgusto en cuanto vió á Gil Perez; pero éste no se apercibió ó no quiso apercibirse de ello y clavó en ella los ojos mirándola de modo que llamó la atencion de cuantos estaban cerca. El amigo del secretario advirtió las risas y los cuchicheos que producia la insistente mirada del secretario, y le dijo por lo bajo:

—Amigo Gil, estás siendo objeto de la murmuracion general.

—¿Qué me importa?—contestó el secretario apartando por un momento la vista de su objetivo y paseándola arrogante por entre el círculo de los murmuradores.

La corrida dió comienzo.

Joselito, desde el redondel advirtió la presencia del secretario cerca de su Concha y palideció; la maja lo advirtió y procuró tranquilizarle enviándole una amorosísima mirada.

Momentos antes que terminara la corrida, Gil Perez abandonó la plaza.

—Me alegro de que hayamos salido antes, porque de este modo evitamos tropezar con el tropel de la gente.

—Por eso lo he hecho—contestó Gil Perez.

—¿Y á dónde vas ahora?

—A esperar á Concha á la puerta de su casa.

—¿Qué te propones?

—Que me escuche.

—Te rechazará de nuevo.

—¡Quién sabe!

—En fin, amigo mio, haz lo que quieras; te veo en mal camino.

—¿Y por qué?

—Porque esa hembra ha trastornado tu juicio hasta un punto inconcebible; esta tarde has estado llamando la atencion grandemente de las gentes que nos rodeaban.

—No sé por qué.

—Hombre, si parecia que te querias tragar á la maja segun la miraban tus ojos.

—¡Qué quieres! hay cosas que no se pueden disimular.

—Debo advertirte que me ha parecido que tienes un rival preferido.

—¡Cómo!—dijo el secretario poniéndose pálido.

—Sí, lo que oyes; creo que tienes un rival y preferido, te lo repito.

—¿Desde cuándo has adquirido esa certeza?

—Desde esta tarde.

—Explícate.

—Cuando ha salido á la plaza la cuadrilla, despues del saludo de reglamento, se han aproximado cerca del sitio donde nos hallábamos algunos de los lidiadores; entre ellos salió Joselito; éste ha mirado á la maja de un modo muy expresivo, y ella le ha pagado tal mirada con otra, por la cual á habértela dirigido á tí, te hubieras considerado el más dichoso de los amantes; créeme, Joselito y Concha se aman; no me cabe duda de ello.

—No lo creo—contestó secamente el secretario.

—Peor para tí.

—Ni creas que aunque así fuera, dejaria yo de pretender el amor de Concha.

—¿No vive ahí?—dijo el amigo señalando una casa.

—Sí, ahí vive—contestó Gil Perez suspirando.

Los dos amigos paseaban por la calle sin alejarse gran cosa de la morada de Concha.

De repente apareció en la calle una calesa.

Dentro de ella iba Concha, y sentado á sus piés Joselito.

El secretario, al advertir la presencia del torero, se puso trémulo de rabiosos celos. Joselito, tan pronto como divisó al secretario, hizo un movimiento como para saltar del carruaje; Concha adivinó la intencion de su novio, y le contuvo, diciéndole en tono suplicante:

—Joselito, no me des que sentir.

—¡Concha!....—dijo el torero.

—¿Qué te puede importar á tí ese hombre ni otro alguno, siendo tú el dueño de mi corazon?

Joselito se contuvo, tanto por no disgustar á Concha, cuanto por no armar un escándalo en medio de la calle.

El secretario, empujado por su amigo, se retiró de aquel sitio.

—¿Qué te decia yo?

—A pesar de ese hombre, y del mundo entero, esa mujer será mia.

¿Comprende ahora el lector, por qué Gil Perez, al saber la desaparicion de las majas, facilitó á don Ramon de la Cruz cuantos medios estuvieron á su alcance, á fin de descubrir el sitio donde estuviesen ocultas?

¿Va explicándose á qué se debia el cambio del señor secretario respecto á doña Catalina?

Gil Perez habia roto las cadenas en que le aprisionaba la hermosa viuda; pero se veia sujeto á los lazos con que le habia esclavizado la belleza de Concha.

De la desaparicion de las majas, culpaba el secretario á doña Catalina; no es de extrañar, que creyéndolo así, sintiese rencor hácia ella.

CAPÍTULO XIII.

Donde se explica lo que hizo el conde de Santillan despues de la entrevista que tuvo con Simon.

El lector no habrá seguramente olvidado el efecto que en el ánimo del conde causó la noticia que le diera Simon respecto á ser Gil Perez el amante de la señora condesa.

A poco de haber salido Simon de la estancia del conde, éste la abandonó tambien, salió á la calle y se dirigió á la morada donde habitaba Gil Perez.

Llegado que hubo á la habitacion del secretario del primer ministro, se hizo anunciar debidamente, y no tardó en verse frente á frente de la persona á quien ansiaba ver.

Gil Perez se apresuró á recibir galantemente al conde, diciéndole en cuanto le vió:

—Dígnese honrar el señor conde de Santillan un asiento en mi casa.

Esto diciendo, aproximó un cómodo sillon hácia donde se hallaba aquél.

El conde, por su parte, sin dignarse siquiera contestar á la galantería del secretario, le dijo seca y gravemente:

—¿Puede escucharnos alguien?

—Absolutamente nadie—contestó Gil Perez tan admirado de la pregunta como del tono con que se le habia hecho.

—Es muy grave lo que tengo que deciros, é impórtame mucho que nadie más que vos me oiga en este momento.

—Repito que aquí estamos en sitio donde de nadie podemos ser oidos; por lo tanto, puede el señor conde hablar sin el menor recelo.

—Pocas palabras bastarán, para entendernos: lo sé todo, absolutamente todo, y estoy dispuesto á que zanjemos el asunto con las armas en la mano, y esto cuanto antes.

Gil Perez estaba atónito, y no sabia darse una razon de lo que acababa de decirle el conde, así es que contestó con mal seguro acento:

—¿En qué puedo haber ofendido yo al señor conde?

—¿Tal pregunta os atreveis á hacerme?

—Justo es que os la dirija ignorando de lo que se trata.

—¿Intentaréis acaso negar?

—¿Qué he de negar si no sé de lo qué se me acusa?

—¡Puede darse atrevimiento más villano!—dijo el conde en alta voz, pero como hablando consigo mismo.—¿Con que vos no comprendeis la causa de mi enojo?

—Ni me la explico siquiera.

—A la injuria que venís haciéndome ha tanto tiempo, añadís el sarcasmo de la burla?

—Señor conde, yo.....

—Vos sois un miserable, un cobarde—replicó el conde en el colmo de su exasperacion.

—Tengo dadas muchas pruebas de lo contrario—contestó Gil Perez, pálido de coraje.

—Pues yo necesito cerciorarme de vuestros bríos, señor seductor.

—Creo que seria muy conveniente, señor conde, que en vez del insulto usarais el lenguaje de la claridad, á fin de que yo por mi parte, pudiese desvanecer el error de que os supongo víctima.

—Cuanto más negais, más me afirmo en las seguridades que se me han dado.

—¿Respecto á qué?

—¿Es decir que pretendeis que sea mi propio labio el narrador de mi deshonra?

—Necesariamente debo desear que os expliqueis.

—¿Es decir que vuestra perversion llegó hasta su extremo?

—Señor conde, acabad de una vez. ¿De qué se trata?

—De vuestros livianos amores—dijo por fin el conde devorando al secretario con la vista.

—¿De mis amores?

—Sí, de vuestros criminales amores, y yo estoy decidido á daros el castigo á que os habeis hecho acreedor.

—¿Castigarme?

—Seguramente; démos punto á esto, y vamos á lo que importa.

Gil Perez se devanaba los sesos por saber á qué atenerse, y su natural aturdimiento hacíale aparecer como verdadero culpable á los ojos del irritado y celoso conde.

—Confieso, señor conde, que no sé darme razon de vuestro enojo.

—Vos podeis encastillaros en vuestro sistema de negar; por mi parte no he de añadir ni una palabra más sobre los motivos que contra vos tengo; oid solo lo que me resta que advertiros.

—Decid lo que gusteis.

—Creo que no ignorareis que en la córte se me respeta.

—Lo sé.

—Quizá sepais tambien algunas de mis buenas y malas cualidades.

—No me he ocupado jamás en averiguarlo.

—Entre las últimas figura en primer término una decision á toda prueba; cuando resuelvo una cosa la llevo á cabo á todo trance.

—Eso no deja de tener sus inconvenientes.

—Por eso es un defecto; pero está tan arraigado en mi modo de ser, que no hay forma ni modo de curarme de él.

—Lo siento por vos.

—Es el caso, que ahora estoy decidido á batirme con vos y á matar ó morir, y de esta resolucion no hay nadie que sea capaz de disuadirme.

—¿Y si yo me negara á complaceros?

—¿Si vos os negarais?—repitió el conde con colérica ironía.

—Sí; suponed que me niego, ¿qué haceis en ese caso?

—¡Oh! es muy sencillo; os obligaria á aceptar el duelo.

—¿Tendreis la bondad de explicarme cómo?

—Hay mil medios para conseguirlo.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar me seria muy fácil afrentaros públicamente.

—Os atreveriais.....

—A todo, porque ya os he dicho que estoy resuelto á morir ó matar.

—¿Segun eso estais desesperado?

—No he venido aquí á discutir con vos, sino á proponeros un duelo.

—Sobre mí pesan obligaciones sagradas.

—Ninguna debe haber mayor para el que es caballero, que la de no negarse á dar satisfaccion de los agravios que haya podido inferir.

—Pero es que yo.....

—No quiero pretextos ni he de escucharlos; si sois caballero, lo cual empiezo á dudar.....

—¡Señor conde!....—dijo ya casi fuera de sí el secretario.

—Pues bien, si sois caballero, no debeis dudar en empuñar una espada para batiros lealmente con un rival.

—Es que ni soy, ni he sido rival vuestro.

—Sea como vos querais; entonces debeis batiros con el hombre que os llama infame y cobarde.

—Esto ya es demasiado.

—Debeis batiros con el hombre que está dispuesto á escupiros al rostro en público, si os negais á satisfacerle.

—Basta ya—exclamó Gil Perez en el colmo del furor.

—Ni creais que me contentaria con solo esa venganza; hablaria al señor conde de Floridablanca, y ó mucho me equivoco, ó habíais de perder el alto destino con que os honra.

—Sabe Dios, señor conde, el sacrificio que he tenido que hacer para contenerme, oyendo el diluvio de insultos con que me habeis obsequiado desde el principio de nuestra entrevista; pero hoy por hoy, me veo obligado á obrar así por más que me pese.

—¿Es decir, que os negais?

—Es deciros, que á no tener yo poderosos motivos que me obligan á refrenarme, no hubiera querido saber las razones que á insultarme os obligaban; solo hubiera visto el insulto, y de él hubiera procurado haceros arrepentir; pero hoy.....

—¿Hoy, qué?—preguntó el conde sin poderse contener.

—Hoy tengo motivos que me impiden obrar como quisiera, y por lo tanto, eso me da lugar á preguntaros si teneis certeza de la falta que me achacais.

—Si no la tuviera, no procederia cual lo hago.

—¿Y no pudiera haber en ello algun error?

—¿Sabeis que me estoy convenciendo de una cosa?—dijo el conde variando de tono repentinamente.

—¿De cuál?

—De que sois un miserable.

—¡Oh!—murmuró Gil Perez lanzando una terrible mirada al conde.

—Sí; únicamente un miserable mal nacido, es capaz de buscar tantos subterfugios para evitar un duelo á muerte.

—Yo no la temo.

—Yo creo todo lo contrario.

—Pues estais en un error.

—Demostrádmelo prácticamente; de ese modo me convenceré.

—¿Pues no hay mas que decirle á un hombre, quiero que me mates ó matarte?

—Cuando se tiene buena sangre, eso basta.

—En momentos dados quizá; pero no siempre.

—Nada más tengo que añadir.

—Á mí me falta, pues, deciros algo.

—Sed breve.

—No quiero batirme.

—¿No?

—No—dijo el secretario resueltamente.

—Ateneos á los resultados.

—Yo espero que lo meditareis mejor.

—Lo tengo bien meditado.

—Haced, pues, lo que gusteis.

—Creo que os he dicho antes lo que estoy resuelto á hacer.

—Pero yo no os he indicado los medios que tengo para evitarlo.

—A no estar en vuestra casa, ¡vive Dios que habia de haber puesto ya en ejecucion mi proyecto!

—Vale más que no lo intenteis.

—Así lo hago, porque para moveros se hace necesario que el insulto sea público.

—Suponeis.....

—Aquí á solas, creo que aunque os abofeteara no lograria mi objeto.

—¡Ira de Dios! Señor conde, abusais demasiado de mi indulgencia.

—Mejor dijérais que no os atreveis á sacudir vuestra cobardía.

—Pensad lo que gusteis.

—Adios, pues.

—Id con él.

—En mi casa aguardo vuestra resolucion; pero debo advertiros que mañana estoy decidido á obrar enérgicamente.

Sin esperar contestacion el conde salió del gabinete del secretario.

CAPÍTULO XIV.

Gil Perez se decide á obrar en contra del conde de Santillan.

Aturdido quedó Gil Perez con el brusco é inesperado ataque del conde de Santillan.

Apenas el secretario se vió libre de la presencia del irritado caballero, empezó á reflexionar las causas que hubieran podido dar orígen al rencor manifestado por el conde.

—De todo cuanto me ha dicho—decíase el secretario—solo me es dado traslucir que me cree su rival en amores, ¿á quién se referirá? ¿A doña Catalina? ¡Imposible! ¿Tal vez á Concha?.... vamos, no sé á qué atenerme; lo cierto es que ese demonio de hombre está empeñado en batirse conmigo, y yo no debo exponerme hoy; necesito el tiempo para otras cosas que me interesan más, y el caso es que él no desistirá, y si me insulta en público me veré obligado á batirme. ¿Qué hacer?

El secretario pareció meditar durante algunos minutos.

—Esto es lo mejor—dijo al fin.—Bueno será procurarle un

encierro al señor conde; puede que la soledad le devuelva el juicio que parece haber perdido. Sí, sí, es lo mejor; procuremos evitar un percance.

Gil Perez se vistió convenientemente, y salió de su casa.

En cuanto llegó al despacho del señor ministro y despues de haberle saludado respetuosamente, dijo:

—¿Tiene algo que encargarme su excelencia?

—Preguntaros si habeis adelantado algo en vuestras averiguaciones respecto á los descontentos.

—Sé positivamente que se conspira.

—Eso ya me lo dijisteis ayer.

—Pero ayer ignoraba el nombre de uno de los principales conspiradores.

—Eso ya es algo.

—Tengo la seguridad de que el sugeto á quien me refiero es el principal agente del señor conde de Aranda.

—¿Y quién es él?

—El señor conde de Santillan.

—¿Tambien ese caballero se mezcla en la política?

—Así parece.

—No creia yo tal cosa; ya sé que es muy amigo del de Aranda, pero no me habia cruzado por la imaginacion que le ayudara en sus descabelladas empresas.

—Pues le ayuda y hay más.

—Sepamos.

—El conde procura ganar prosélitos y compromete á un sin número de jóvenes los cuales más tarde llorarán su extravío, pero cuando no puedan ya evitar el castigo.

—Muy grave es la acusacion que fulminais contra el conde.

—Pero desgraciadamente es fundada.

—Así lo creo, que no habiais de atreveros á tanto sin justificados motivos.

—Claro es.

—Al fin esa gente promoverán un motin.

—¿Y no será triste que paguen multitud de inocentes las culpas de unos cuantos?

—Más que triste será doloroso, y hay que buscar el medio de evitarlo.

—Eso es lo que yo procuro.

—Y haceis muy bien; duéleme en el alma el tener que ejercer el castigo; por consiguiente he de agradeceros cuanto hagais á fin de aminorar el número de delincuentes.

—No solo puede disminuirse el número, sino hasta ser más leve el castigo de los verdaderos culpables.

—Ese es mi deseo—dijo bondosamente Floridablanca.

—Si se les da tiempo para obrar, antes de mucho tiempo habrá aumentado el número de los sediciosos y será mayor tambien el castigo á que se habrán hecho acreedores los que hoy resultan ser jefes de la conspiracion.

—Eso es innegable.

—Puede evitarse mucho, imponiendo leve pena hoy á los que mañana se habrán hecho quizá merecedores de duro castigo.

—Ni aun en broma me place tener que hacer sentir á nadie el peso de la ley.

—Quizá dentro de breves dias no os sea dado ser misericordioso; no por lo que en contra de vuestra excelencia se haga, que eso ya sé yo que lo despreciais, sino por el decoro de nuestro señor rey, á quien Dios guarde.

—Bien sabe Dios que no ansian tanto mis enemigos el poder, como yo anhelo dejarlo cuanto antes; ya es hora de descansar y el buen rey Cárlos III, hubiérame hecho señalada merced admitiendo la dimision que de mi cargo hice.

—¿Quién, á no ser vuestra excelencia puede llevar á puerto seguro la nave del Estado?

—Señor Git, ya sabeis que soy enemigo de la adulacion.

—Lo sé y por lo mismo no la uso; en lo que he dicho no hay más que verdad pura.

—De todos modos, es muy triste verme obligado contínuamente á tener que castigar á gentes que anhelan mi caida.

—No la desean para el bien de la patria, sino para el propio medro.

—¡El conde de Santillan conspirador!

—Ni más, ni menos.

—Á fe, á fe, que me duele tener que privarle de su libertad.

—Vale más hoy que mañana; nadie se muere por estar en un castillo un par de meses.

—Ayer don Luis, hoy el conde; ¿quién será mañana?

El gran político apoyó la frente sobre la diestra mano, y permaneció silencioso algunos minutos.

El secretario no se atrevió á interrumpir el silencio, y esperó tranquilamente á que el ministro le dirigiera la palabra.

—Teneis razon, Gil—dijo por fin.—Vale más imponer hoy leve pena, á tener mañana que decretar fuerte castigo.

Compréndase la alegría que estas palabras producirian en el ánimo del secretario; sin embargo, supo disimularla perfectamente.

—¿Puedo extender la órden?

—Extendedla.

—En el acto.

—Cuidad de advertir en ella que se le permita pasear por el castillo.

—Así lo haré.

—Id y traédmela.

Gil no se lo hizo repetir; pasó á su despacho y en un momento extendió la órden de prision del señor conde de Santillan, al cual se debia conducir al castillo de Villaviciosa. Hecho esto, entró de nuevo en la cámara del ministro, al que entregó el papel que acababa de escribir.

Floridablanca lo leyó detenidamente, y despues de firmarlo y sellarlo, se lo devolvió al secretario, diciéndole:

—Es un trastorno que hubiera deseado evitar al conde;

pero consuélame el que no he de tenerle encerrado por mucho tiempo.

—Él se lo ha buscado, y gracias á vuestra bondad sale mejor librado de lo que él mismo podia prometerse.

—No hablemos más de ello.

—¿Tiene algo que encomendarme su excelencia?

—La prontitud en el despacho de algunos expedientes que obran en vuestro poder, y que parecen eternizarse en él.

El secretario sorprendióse, pero se repuso al punto y contestó respetuosamente:

—Descuide su excelencia, que no me daré punto de reposo.

—Así debeis hacerlo; ya sabeis que no me agrada que los demandantes tengan que esperar más de lo que es justo y os consta no es de mi gusto el tener que hacer uso de la reprension.

—Siento haber dado lugar á que su excelencia haya tenido que enojarse conmigo.

—No estoy enojado; os advierto solamente; desde hace ya algun tiempo andais harto distraido, y no es bien que por vuestros propios asuntos pongais en descuido los que os están encomendados. Id; espero que en lo sucesivo no tendré que advertiros nuevamente.

Gil Perez saludó, y salió del despacho del ministro dirigiéndose al suyo.

—Siempre que tiene que firmar alguna órden por el estilo de esta—iba diciéndose el secretario abanicándose con el pliego que acababa de firmar Floridablanca—se pone de mal talante.

Una vez instalado en su sillon tocó un timbre, y dijo al ujier que se le presentó:

—El oficial de guardia.

Retiróse el ujier, y á poco entró en el gabinete del secretario un oficial.

—Acercáos.

El recien llegado obedeció humildemente.

—Dios os guarde, caballero.

—¿Ocurre alguna novedad?

—Por ahora ninguna.

—Está bien; tomad, é inmediatamente dad cumplimiento á esa órden.

—Al momento—dijo el oficial tomando el papel y leyéndole.

—Cuando esté cumplimentada, venid á darme cuenta.

—Así lo haré.

—Entended que ahí se trata de conducir al castillo de Villaviciosa á cierto caballero, y que yo no deseo que vos vayais hasta el citado castillo, sino que me deis cuenta de cuándo se ha puesto en camino el preso hácia su destino.

—Entendido.

El oficial saludó y se retiró.

—Será cosa de ver la cara que pondrá el buen conde de Santillan cuando se le notifique la órden de prision. Lo siento, pero es el único medio que se me ha ocurrido; cuando salga del castillo, es fácil que se hayan calmado sus ideas batalladoras y despues de todo, si entonces persiste en ellas y yo he conseguido ya el amor ó la posesion de la mujer que me enloquece, no he de tener reparo en cruzar mi espada con la del señor conde.

No habia trascurrido una hora, cuando el oficial apareció de nuevo en el despacho del secretario; éste al verle exclamó:

—¿Qué hay?

—Listo todo.

—¿El señor conde?...

—Caminando bien escoltado hácia el Castilo de Villaviciosa.

—¿Le habeis visto?

—Tal como se me habia ordenado.

—¿Qué dijo, al intimársele la órden de prision?

—Manifestó sorprenderse mucho.

—Lo creo—dijo sonriéndose el secretario.—¿Nada habló?

—Nada.

—Está bien; retiráos.

—El oficial obedeció.

—Ya tiene don Luis un compañero con quien distraer sus ocios.

El secretario se sonrió irónicamente y se dedicó tranquilamente al despacho de ciertos documentos.

Merced á esto, el conde de Santillan fué conducido al castillo de Villaviciosa, donde le vió don Luis de Guevara, creyendo el secretario de Floridablanca verse libre por algun tiempo de aquel importuno enemigo.

Sin embargo, el secretario se engañaba y á su tiempo veremos las consecuencias de su accion.

CAPÍTULO XV.

Donde sabemos por fin lo que fué de García despues que recobró la libertad.

Apenas García se vió fuera de su encierro con sus compañeros, segun dijimos en uno de nuestros capítulos anteriores, se apresuró á separarse de ellos procurando que nadie se apercibiese de la fuga, como tambien manifestamos.

En cuanto se vió solo, respiró con más alegría; indudablemente la compañía de los soldados no era muy de su gusto.

Sabemos que García sacaba partido de cualquier cosa, pues como tenia pocos escrúpulos y ninguna vergüenza, nada le arredraba con tal de hacerse con algunas monedas de oro.

Durante los dias que habia vivido en forzosa y estrecha comunidad con Vicente y Joselito, habia oido á este último distintas veces hablar de Gil Perez, secretario del primer ministro, y aun el torero suponia que el secretario pudiera muy bien ser orígen de su prision, pues le constaba que amaba frenéticamente á su Concha.

Desde que García supo estos antecedentes, se propuso sacar provecho de ellos en cuanto se viera en libertad.

—Heme ya, pues, libre—dijo al separarse de sus compañeros.—Hay que hacer algo á fin de aumentar mi peculio. Es indispensable que me haga con los recursos necesarios á fin de solidar mi posicion. Vamos á ver al señor Gil Perez y á ofrecerle mis servicios, y si, como supone Joselito, está tan enamorado de la maja el bueno del secretario, no dejará de atenderme. Las tales majas son para mí una mina, y á no haber sido por la jugarreta del tio Langosta, Dios sabe cuánto habria sacado á estas horas de uno y otro amante. A mí lo que me conviene es que se enrede la cosa, porque como dice el proverbio: «A rio revuelto...» Si, como no lo dudo, me gano la confianza del secretario del ministro, habré dado un gran paso, pues me puede servir de mucho su proteccion. Tengo delante de mí un hermoso porvenir. El asunto del conde de Lazan y la duquesa de la Jaridilla, ha de serme muy provechoso porque sé donde están los muchachos y esto ha de valernos sendos doblones. Vamos, indudablemente estoy en la buena.

Esto pensando, dirigió sus pasos hácia el despacho del secretario del ministro.

Cuando llegó á la antesala, salióle al encuentro un ujier, que le dijo con tono altanero:

—¿A dónde vais?

—Al despacho del señor secretario—respondió García.

—¿Creeis que no hay más que llegar y entrar?

—Lo que creo es que para entrar es menester llegar—dijo desenfadadamente García.

—Bueno será, pues, que os pareis.

—Hace rato que lo estoy, desde que habeis tenido la amabilidad de dirigirme la palabra.

—Ahora debo añadiros, á lo que os llevo dicho, que podeis volveros por donde habeis venido.

—¿Por qué razon?

—Por varias.

—¿Puedo saber cuáles sean?

—No hallo inconveniente en decíroslas.

—Me favorecereis en ello grandemente.

—Primera razon: el señor secretario no está en su despacho.

—Basta; os hago gracia de las demás—dijo García en tono zumbon.

El ujier, que como todo aquel á quien fatiga poco el trabajo, estaba siempre dispuesto á reirse á costa del prójimo, quiso lucirse con García, en la seguridad de que sus camaradas celebrarian que les diese un buen rato. Contestó, pues, á García haciéndole una profunda reverencia, y diciéndole irónicamente:

—Gracias, señor excelentísimo.

Los porteros, ujieres y alguaciles celebraron la agudeza y gracia de su compañero. No era hombre García que se desconcertara con facilidad; así es que repuso con mucho aplomo:

—Señor lacayo.....

—Yo no soy lacayo—replicó el ujier con altivez.

—Tal os creia yo.

—Pues se ha engañado *su excelencia*. Pero no hay que extrañarlo, la falta de costumbre os habrá inducido á error.

—Yo he de recomendaros á mi querido amigo Gil Perez, y si esto no basta, el mismo ministro, que me trata con alguna deferencia, sabrá la galantería con que se me ha recibido.

El aplomo con que García habló, y su altanero tono desconcertaron por completo al ujier y á los compañeros que le hacian coro; así es que confuso y avergonzado, dijo:

—No ha sido mi ánimo ofenderos, señor.

—Pues me habeis ofendido, sabedlo; y no soy yo hombre que tolere que se me suba nadie á las barbas, y mucho ménos la gente menuda.

—Señor, yo.....

—Basta, por esta vez vais perdonado; pero tened mucho cuidado en lo sucesivo. Ahora indicadme, si lo sabeis, el punto donde me sea fácil hallar al señor secretario.

—Ahora, en su casa.

—Está bien.

—¿Quereis las señas?

—No me hacen falta.

García miró con desden á la turba que le rodeaba, y dejándolos confusos y aturdidos se encaminó á la calle.

—¡Habrá canalla igual!—dijo al verse fuera de la morada del ministro—si me llego á amilanar, se divierten conmigo grandemente: por fortuna tengo yo más conchas que un galápago. De todos modos, he de procurar adecentarme algo; el traje que visto es poco á propósito para inspirar confianza; gracias á la generosidad del conde de Lazan, de doña Catalina y del marqués, mi bolsa se halla bien provista y no será gran sacrificio para mí despojarme de algunos doblones. Tengo tiempo para todo; voy á la prendería de Juan el Manco, me proveo por poco dinero de lo necesario, y despues me presento al secretario de un modo conveniente.

Giró García sobre sus tacones, arrebujóse bien en su capa y se dirigió á casa del prendero.

Poco tuvo que andar para llegar al punto á donde se dirigia.

—¡Ah de casa!—dijo penetrando en una pequeña tienda en cuyas paredes se veia colgado un gran número de prendas de vestir pertenecientes á ambos sexos.

—¿Qué se ofrece?—contestó con voz atiplada un hombrecillo desde la trastienda.

—Veros, en primer lugar, señor Juan.

—¡Calle, pues si es el buen García!—dijo presentándose el dueño del establecimiento.

—El mismo que viste y calza.

—¿Y qué de bueno os trae por aquí?

—El procurarme nuevos y más elegantes arreos.

El prendero lanzó una mirada desdeñosa á la ropa que llevaba García.

—Efectivamente, vuestro equipaje se halla en estado lastimoso.

—¡Pse! qué quereis; ¡el pobre ha viajado tanto!....

—Sí, ya es razon le deis algun descanso.

—De eso trato.

—¿Y deseais?....

—Un traje completo, desde sombrero á zapatos.

—¿Cosa buena?

—Buena, elegante, séria y barata.

—Muchos requisitos son esos; sin embargo procuraré complaceros.

—Así lo espero.

—Pasad al cuarto reservado.

—Guiadme, pues.

El prendero y García pasaron á un cuartito en el centro del cual habia colocado en la pared un espejo de cuerpo entero, aunque á decir verdad, la luna no era muy clara que digamos; cuatro sillas y un pequeño canapé completaban el ajuar del cuarto.

—Aquí, despues de vestido, podreis examinar á vuestro sabor cómo os sientan las prendas que elijais.

—Pues id trayendo para acá cuanto me haga falta.

—Podria proporcionaros el traje completo de cierto marqués que marchó ayer de Madrid.

—Segun el estado en que se halle y si me sienta bien, veremos si hacemos negocio.

—Está nuevo completamente; el referido marqués solo usó una semana los vestidos.

—¡Demonio! entonces gastará mucho.

—Es un inglés muy rico.

—Pues ea, sacadme los deshechos de ese noble lord.

—Aguardad.

No tardó en comparecer el señor Juan llevando un gran canasto dentro del cual habia un completo traje y varios pares de zapatos y algunos sombreros.

—Lo primero que habeis de hacer es probaros el calzado; en cuanto al traje, si os gusta su tela y color, por lo demás no creo haya dificultad, porque presumo ha de estaros pintado.

Hizo García lo que le indicó el señor Juan y no tardó en hallar unos zapatos á su medida.

—¡Ajá! estos me van perfectamente.

—Elegid ahora sombrero.

Probóse García, uno tras otro, cuatro sombreros y por fin exclamó:

—Este creo que es el que mejor se me acomoda.

—Os cae perfectamente y ya pareceis otro.

—Por lo que hace á las extremidades ya estoy arreglado; procedamos ahora á lo más interesante.

El señor Juan fué sacando una tras otra las prendas que constituian el traje que él aseguraba habia pertenecido á un opulento noble inglés.

—¿Qué tal os parece?

—Hombre, la tela aparenta ser buena, pero el color.....

—Color esmeralda; es elegante y sério.

—¡Esmeralda! no lo hubiera dicho nunca; si dijérais verde botella, tal cual; pero lo que es esmeralda.....

—Si le viérais de dia, seria otra cosa; ya se sabe que de noche.....

—Sí, ya estoy; de noche todos los gatos son pardos; en fin, si me está bien y el precio no es exagerado, me quedaré con el traje.

—¡Pues al avío!

En un abrir y cerrar de ojos, García se despojó de sus vestidos y se embutió dentro del nuevo traje.

—¡Demonio! El señor marqués está algo más flaco que yo.

—No creais tal.

—Pues hombre, no lo comprendo, si yo apenas puedo mover los brazos.

—Os está justo.

—Pero eso es algo incómodo.

—Si quereis vestir á la moda es preciso que os sujeteis á ella.

—Si es moda, ya no digo nada.

—Estais hecho un marqués.

—Algo se me ha de haber pegado del antiguo propietario.

—La verdad es que llevais el vestido con mucho donaire y desembarazo.

El prendero procuraba halagar la vanidad de García, y seguramente lo consiguió.

—Como que estoy acostumbrado á vestir bien.

—Ya se os conoce.

—Veamos, ahora una capa, de buen género, porque hace un frio de todos los diablos.

Fuése el prendero á la tienda, y al poco rato entregó á García la prenda pedida.

—Con esto en los hombros bien se puede resistir el frio.

—Es un buen confortante—dijo García ya con la capa puesta.—Veamos el precio.

—Total, y no he de rebajaros un maravedí, ocho doblones.

—¡Demonio!

—¿Vais á regatear? No pagais ni la cuarta parte de su valor; pero si no os acomoda, nada hay perdido.

—Veo que no hay medio de haceros rebajar ni un medio; tomad, ahí teneis los ocho doblones; en cuanto á esa ropa, os la regalo.

—Se la daré en vuestro nombre al primer mendigo que acierte á pasar por aquí.

—Como gusteis; buenas noches.

—Id con Dios.

García salió de la tienda y contoneándose apresuró el paso hácia la casa del secretario.

—Lo que es ahora, dudo mucho que se metan conmigo los lacayuelos insolentes. Con el traje que visto y mi aire de gran personaje, estoy seguro de dar golpe donde quiera que me presente.

CAPÍTULO XVI.

García se entiende con Gil Perez.

—Pasad recado al señor secretario; decidle que desea hablarle del negocio de la maja el caballero García.

El criado á quien García dirigió las anteriores palabras en tono resuelto y altanero, inclinó la cabeza haciéndole humilde acatamiento, y contestó:

—Voy al momento.

—Ventajas de mi nuevo traje—dijo García pavoneándose por la antesala en cuanto desapareció el criado.—Está visto que es una gran cosa el vestir con cierta elegancia.

—Cuando gusteis, podeis pasar á ver al señor secretario.

—Guiad, pues.

—Seguidme.

El criado condujo á García al gabinete donde se hallaba Gil Perez.

El secretario miró fijamente al recien llegado, y le dijo:

—Habeis dicho que teníais que hablarme de.....

—Del asunto de la maja; es la verdad.

—Hablad, pues.

—Ante todo he de haceros mis proposiciones, y cuando sepa si son ó no aceptadas hablaré.

—¿Se trata, segun eso, de imponerme condiciones?

—De imponer, no; sí de proponer.

—Eso me agrada más; decid, que ya os escucho.

—Vengo espontáneamente á ofreceros mis servicios, á cambio de algun oro y vuestra proteccion.

—Veo que no gastais rodeos.

—A mí me agrada ir derecho al asunto.

—Más vale así.

—Creo que es lo mejor; ¿á qué conducen los rodeos?

—Hasta ahora sé lo que pretendeis, pero no qué clase de servicios son los que podeis prestarme.

—Los que más os interesan.

—¡Oiga! ¿Y puedo, sin pecar de curioso, saber cuáles son?

—A eso he venido precisamente.

—Pues os escucho.

—Creo que el criado que me ha anunciado os habrá dicho algo de cierta maja.

—En efecto—dijo Gil Perez sin que le fuera dado ocultar el interés que sentia hácia la persona que aun no se habia nombrado.

—Se trata de Concha.

—¿De Concha?

—De la misma.

—¿Sabeis vos dónde se oculta?—preguntó el secretario con alterado acento.

—Puedo saberlo.

—Hoy mismo he puesto yo al servicio de cierto caballero algunos de mis mejores sabuesos, á fin de que averigüen lo que haya sobre el particular.

—De ese modo, si la maja consigue hoy su libertad, tendrá el doble placer de celebrar tambien la de su galan.

Gil Perez palideció.

—¿Su galan?

—Su novio, ó lo que sea; me refiero al torero Joselito.

—¿Han dado ya con él?

—No hace muchas horas.

—¿Estais seguro de ello?

—Como que he presenciado la escena.

—¿Qué escena?

—La que ha tenido lugar cuando el caballero oficial de guardias walonas ha logrado que el zamacuco del ventero, que tenia secuestrados á Joselito y á Vicente, diera suelta á ambos.

—¿Estaban, pues, en una venta?

—En la del camino de Toledo, cuyo dueño es el llamado tio Langosta. Ya veis, señor secretario, si estoy bien informado sobre el particular. Ahora bien, habladme con franqueza: á mí me consta que estais perdidamente enamorado de la maja Concha: ¿deseais hacérosla vuestra? ¿sí ó no?

—¿Á qué negarlo? Ese es el mayor de mis deseos, el complemento de mis ambiciones, la mayor de las dichas que anhelo.

—¿Segun eso la amais mucho?

—Por conseguir á esa mujer, lo sacrificaria todo, absolutamente todo. Os hablo de esa manera, porque me habeis demostrado que estais algo enterado de ello.

—Perfectamente enterado, decís bien; por eso me he presentado ante vos con tal franqueza, y si no lo llevais á mal, continuaré como he comenzado; de ese modo juzgo que nos entenderemos con más facilidad.

—Sea como vos querais.

—Siendo así, continúo: convendreis conmigo, en que el principal escollo en que indudablemente habreis de tropezar

para el logro de vuestros fines, es vuestro preferido rival; Joselito.

—Convengo en ello—contestó el secretario.

—Pues bien; si aceptais las condiciones que al principio os he propuesto, yo os libraré del escollo y os allanaré el camino para lo demás.

—Si así lo hicieseis.....

—Yo, por más que parezca algo inmodesto el decirlo, soy hombre de ingenio fecundo, y de ello os daré pruebas muy en breve si quedamos entendidos.

—A mi vez, debo haceros algunas advertencias.

—Es muy justo.

—Debeis comprender que me es sumamente fácil, atendiendo á mi posicion, el castigar al que pretenda burlarse de mí.

—Lo comprendo perfectamente.

—Ya estais avisado.

—Como pienso serviros con lealtad, no temo el castigo.

—Está muy bien; contad conmigo, pues, en todo y por todo, siempre que por vuestra mediacion obtenga lo que deseo.

—Entendámonos—se apresuró á decir García—yo quitaré los escollos de vuestro camino y os facilitaré los medios de que os veais á menudo y á vuestro sabor con la moza en cuestion; lo demás es cosa vuestra.

—Aceptado.

—Además, ya sabeis que en el asunto aquel de la hija del conde, os serví fielmente y no fué culpa mia el que el negocio no saliera á gusto vuestro.

—No os he hecho por ello ningun cargo.

—Sin embargo, me habeis recibido con algun recelo y cual si no me conociérais.

—Desde el lance á que os referís, á la fecha, ha pasado ya algun tiempo y apenas me acordaba ya del asunto, y en cuanto á haberos recibido con alguna frialdad, no debeis extrañarlo,

porque, hablando con entera franqueza, no tengo acerca de vos muy buenos antecedentes.

—La calumnia no respeta nada; vos, sin embargo, me conoceis desde mucho tiempo atrás.

—Dejémonos de quejas y vamos á lo que importa.

—Es que me dolia tener que hablar con vos cual si fuéramos desconocidos; pero no se hable más de ello.

—¿Seguramente querreis dinero?

—Eso no viene nunca mal; item más ahora que he tenido que equiparme lujosamente como veis, á fin de no excitar la hilaridad de vuestros domésticos; mi bolsa ha quedado hueca completamente.

—Aquí van treinta doblones por ahora.

García tomó las monedas que Gil Perez le alargó.

—Falta me hacian.

—Servidme bien y no os ha de pesar de ello.

—Nada tendreis que reconvenirme, porque habeis de saber que tengo gran ansiedad por crearme una posicion; yo no he nacido, como vos sabeis, para vivir miserablemente; por lo tanto, debeis comprender cuán grande sea mi afan por salir de una vez de miserias.

—Lo comprendo, y habeis de lograrlo segun os porteis conmigo; háceme gran falta una persona de clara comprension y de probada fidelidad para multitud de negocios, y si en vos encuentro lo que me falta, presto os hallareis en el caso de pasar una vida cómoda y regalada.

—No ha de quedar por mí.

—A ver, pues, cómo os arreglais, á fin de que Joselito me deje el campo libre cuanto antes.

—Eso es cuenta mia; yo os prometo que el torero ha de estorbaros poco tiempo.

—¿Teneis ya plan concebido?

—Ninguno por ahora, pero no tardaré en tener varios; la intriga es mi elemento.

—Hay que hacer las cosas de manera que mi nombre no suene en nada.

—Eso desde luego.

—En mi posicion, lo más mínimo puede comprometerme.

—Lo comprendo así.

—Y es conveniente que sepais que el torero tiene muy buenos amigos.

—Ya me lo figuro.

—Amigos que tienen influencia cerca del primer ministro.

—¡Diablo!

—Tanto es así, que el haber salido del encierro en donde se hallaban, tanto Joselito como Vicente, se debe á ciertas influencias que se han acercado al señor conde de Floridablanca, del cual han obtenido cuantos medios han juzgado necesarios para dar con el sitio en donde estaban el torero y su amigo.

—Ahora me explico la presencia del oficial y los soldados.

—El ministro fué el que los puso á disposicion del señor don Ramon de la Cruz, á fin de que le prestasen la ayuda necesaria.

—No ha sido malo el susto que se ha llevado el tio Langosta.

—Así, pues, hay que andar con piés de plomo.

—Descuidad; mañana vendré á comunicaros el plan que haya adoptado. ¿Teneis algo que mandarme?

—Nada más, sino lo que ya sabeis.

—Adios, pues.

—Hasta mañana.

García salió muy satisfecho de la casa del secretario Gil Perez.

—Ya sabia yo que nos entenderíamos; ahora si que creo estar á punto de realizar el negocio que ha de redondearme. Hay que servir fielmente al amigo Gil Perez; voy, pues, á madurar el plan conveniente para quitar de en medio á Joselito.

Embozóse en su flamante capa, inclinó su sombrero hácia la izquierda, tosió con aire de satisfaccion y echó á andar, perdiéndose pronto por entre el confuso laberinto de calles que constituian ya en aquella época los llamados barrios bajos.

CAPÍTULO XVII.

El conde de Santillan en el castillo de Villaviciosa.

Justo es que digamos alguna cosa del conde de Santillan, quien, segun vimos en otra parte, fué encerrado en el castillo de Villaviciosa. Al siguiente dia de su permanencia en él, sostuvo con el alcaide de aquella fortaleza amistosa conversacion, y el conde pudo averiguar que aunque se le acusaba de conspirador, se le encargaba al susodicho alcaide tuviese con el preso toda clase de consideraciones.

Ya sabe el lector por lo que referente á él dijimos cuando estuvo preso don Luis, que el alcaide era un cumplido caballero.

Al tercer dia de su permanencia en la fortaleza, el conde fué invitado á almorzar con el alcaide.

El conde, durante el almuerzo, permaneció bastante silencioso y taciturno; el alcaide le dijo:

—¡Qué diablo, señor conde! Despejad esa frente; ni aquí

se os trata mal, ni creo tampoco que se os detenga mucho tiempo.

—No tengo, amigo mio, queja de vuestro amable trato, antes por el contrario, os estoy altamente reconocido.

—Nada de gratitud; hago lo que puedo y santas pascuas.

—No impide eso el que vuestro modo de proceder sea en extremo noble.

—Creed, señor conde, que la mayor pena que puede imponérseme es la de tener que ser riguroso con aquellos cuya custodia se me confia.

—Atendiendo á vuestro carácter, hay que creerlo así.

—Yo tambien he estado preso alguna vez y sé lo que es llorar perdida la libertad, aunque sea por pocos dias.

—¡Oh! si os fuera dado comprender cuánto diera yo por no haber sufrido este percance en las circunstancias presentes! ¡Acusarme á mí de conspirador! harto sé de quien procede el golpe.

—¿Sospechais?

—Más que sospechas, tengo certeza de lo que digo.

—Si en efecto sois inocente de lo que se os acusa, es una vileza el que se os tenga aquí detenido.

—Poco me importaria en cualquiera otra ocasion el verme privado por algunos dias de mi libertad, pero en la presente, sufro lo que no es decible.

—¿Puedo hacer algo por vos?

—Mucho podeis.

—¿Sin faltar á mi deber?

—Sin faltar en lo más mínimo.

—Hablad, pues.

—¿Podeis proporcionarme papel y recado de escribir?

—No me está prohibido el proporcionaros esos objetos.

—¿Podriais hacer llegar á manos del señor conde de Floridablanca una carta escrita por mí?

—Puedo.

—Pues si esto haceis, estoy seguro de estar libre mañana.

—Contad con todo lo que me habeis pedido.

—Y vos con mi eterna gratitud.

—Seguidme.

El alcaide le condujo á una habitacion en la cual habia una mesita-escritorio.

—Ahí teneis todo lo necesario.

—No sé cómo pagaros tanta bondad.

—Con no hablarme más de ello; escribid cuanto gusteis, os dejo solo; voy á dar una vuelta por el castillo.

El conde escribió una carta al ministro en la que le decia que jamás habia conspirado, que un asunto de honra le hacia necesaria la libertad por algunos dias, pasados los cuales empeñaba su palabra de honor de volver á constituirse en prision; suplicaba á Floridablanca le otorgase la señalada merced de permitirle salir del castillo encareciéndole la imperiosa necesidad en que se hallaba de ventilar por sí mismo la cuestion de honor en que se veia comprometido.

Terminada la carta, el conde la cerró y esperó con ansiedad la vuelta del alcaide; llegó éste por fin, y le dijo:

—Señor conde, paréceme que hoy ha de ser dia de gracias.

—¿De qué lo deducís?

—Acabo de recibir un pliego del ministro y en él se me ordena dé libertad á don Luis de Guevara.

—¡Cuánto diera por tener igual fortuna!

—¿Habeis terminado vuestra carta?

—Hela aquí.

—Dentro de media hora saldrá del castillo una persona de toda mi confianza hácia Madrid, y se la entregará al sugeto encargado de ponerla en manos del señor ministro; el mensajero que saldrá de aquí montará un buen caballo á fin de llegar cuanto antes á la córte, y regresará á escape en cuanto obtenga la contestacion.

—No he de olvidar yo nunca vuestras finezas.

—Con que guardeis de mí un buen recuerdo, me doy por satisfecho.

—Dejara yo de ser bien nacido, si de otro modo obrara.

—¿Teneis confianza en que vuestra carta surta efecto?

—La tengo; el conde de Floridablanca es hombre de honor, me conoce, y creo no dudará de lo que en ella le digo.

Poco ha de tardar en tenerla en su poder.

—Cuidad de advertir le sea entregada en sus propias manos.

—De eso os respondo yo.

—Es que hay cerca del ministro, persona dispuesta á perjudicarme cuanto le sea posible; esa persona es el secretario.

—Nada sospechará el señor Gil Perez.

—Siglos han de parecerme las horas que tarde en saber el resultado de mi demanda.

—No hay más que tener paciencia, amigo mio.

—Si supierais de lo que se trata, comprenderiais mi impaciencia.

—Creo que algo grave debe ser cuando tan inquieto os hallais.

—Básteos que os diga que es un asunto de honor el que á Madrid me llama.

—Sea como quiera, debeis tranquilizaros; vos poneis de vuestra parte los medios posibles, lo demás lo hará el que deba.

—Con vuestro permiso me retiro, las sienes se me parten.

—Id, pues, á descansar y dejad á mi cuidado el asunto.

Retiróse el conde, y el alcaide fué á despedir al mensajero que debia llevar á Madrid la carta para el ministro.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Sorprendido y no poco quedó el de Floridablanca al leer el contenido de la carta del conde, y se apresuró á librar la órden de poner en libertad al preso de Villaviciosa.

—Tomad, amigo mio—le dijo al que le habia entregado la mision—ahí os entrego, y con mucho gusto, la órden que ha de servir para devolverle la libertad al señor conde de Santillan.

—Con vuestro permiso, señor, voy á entregar este pliego al mensajero que ha de llevarlo al castillo.

—Id con Dios.

Cumpliendo las órdenes que recibiera del alcaide, en cuanto el mensajero tuvo en su poder la contestacion que aguardaba, picó espuela á su cabalgadura y á todo correr se puso en camino hácia el castillo de Villaviciosa.

En cuanto el conde supo la fausta nueva, alargó su mano al alcaide, diciéndole:

—Amigo mio, acabad de completar el favor.

—¿En qué puedo serviros?

—En proporcionarme un buen corcel á fin de ponerme en camino inmediatamente.

—¿No podriais aguardar á mañana?

—Mañana por la mañana deseo tener ventilados ya mis negocios—dijo el conde con amarga sonrisa.

—Pero, señor conde, ¿vais á poneros en camino á esta hora?

—Si vos me complaceis, ese es mi deseo.

—Pedro—dijo el alcaide llamando á uno de sus sirvientes—ensillad á *Morillo*.

El mozo desapareció inmediatamente.

—Vais á quedar complacido; pero la verdad, siento que os pongais en camino en noche tan fria y oscura.

—Fria llevo el alma y oscuro el pensamiento, amigo mio.

—Holgárame de tener noticias vuestras, si estas han de ser faustas, porque á deciros verdad, me causa alguna inquietud el malestar en que os miro sumido.

—Agradezco el interés que me manifestais; por lo demás, faustas ó infaustas sabreis noticias mias, os lo aseguro.

—Dios mediante, confio en que á vuestra llegada á la córte podais arreglar á satisfaccion los asuntos que allí os llaman.

El conde guardó silencio.

Comprendiendo el alcaide que la conversacion sobre aquel particular, afectaba visiblemente al conde, díjole variando de tema:

—El Morillo es un noble animal que ha de conduciros á Madrid en el menor tiempo posible; es como si dijéramos mi caballo de batalla.

—Del mal rato que le voy á hacer pasar, procuraré se le recompense llegado que hayamos á mi casa.

—¡Bah! Morillo está muy acostumbrado á prestar servicios semejantes, y no ha de sorprenderle la corrida que le preparais.

—¿Es, pues, valiente?

—No desmiente su buena raza, os lo aseguro.

—Mañana os será devuelto por uno de mis criados.

—Os lo agradeceré, porque Morillo suele prestarme señalados servicios.

—Descuidad.

—Estoy completamente tranquilo.

—Señor—dijo Pedro—en el patio espera Morillo.

—Está bien; allá vamos.

El alcaide y el conde bajaron al patio.

—¿Qué os parece, señor conde?—dijo el alcaide pasando la mano por el lomo á Morillo.

—¡Hermosa estampa!

—Y mejor sangre, yo os lo afirmo. Pedro, conduce á Morillo.

El alcaide en compañía del conde se adelantó al portillo á fin de dar la conveniente órden para que se franqueara el paso.

—¡Ea! señor conde, ya teneis la puerta abierta.

—Gracias á vuestra solicitud.

—No; gracias al señor ministro.

—A uno y á otro.

El conde cabalgó con la ligereza del jinete consumado.

—Adios y buena suerte, amigo mio.

—Adios y gracias—repuso el conde estrechando la mano que el alcaide le alargó.

Despues picó espuela al corcel y se alejó ligero cual flecha que parte del arco.

CAPÍTULO XVIII.

El conde y la condesa de Santillan.

Al llegar el conde á su casa, despues de ordenar se cuidara bien al pobre Morillo, que estaba muerto de cansancio, y empapado en sudor, dirigióse á las habitaciones de su esposa.

Tropezó en la antesala con la doncella de doña Isabel, y el conde llegóse á ella, y le preguntó:

—¿Duerme la señora condesa?

—Hace un momento ha salido de su habitacion, y entonces no dormia.

—Pasadla recado; decidla que me es indispensable verla al instante.

La doncella, sin responder una palabra, penetró en el gabinete de su señora.

Doña Isabel, á contar desde el dia en que perdió la esperanza de ver recompensado el amor que sentia hácia don Luis, sintió presa su alma de una amargura infinita; todo

cuanto pasaba á su alrededor le era indiferente; huia del bullicio, y pasaba la mayor parte del tiempo entregada á la soledad.

Desde el dia en que Simon fué sorprendido por el conde, no habia vuelto á ver á su esposo, y aunque supo la prision de éste, no hizo nada por su parte, á fin de salvarle de su cautiverio; más podemos asegurar: no le afectó la desdicha que pesaba sobre aquel cuyo nombre llevaba.

En el momento en que entró la doncella, á fin de anunciarle la llegada del conde, doña Isabel se hallaba embebida en sus reflexiones, y á juzgar por la tristeza que se reflejaba en su semblante, nada debian tener de risueños los pensamientos fijos en su mente.

—Señora—dijo la doncella á media voz.

—¿Qué ocurre?

—El señor conde acaba de llegar, y solicita hablaros.

—¿El señor conde?—exclamó poniéndose aun más pálida de lo que estaba.

—El mismo, señora.

Doña Isabel guardó silencio durante algunos segundos, pasados los cuales, dijo:

—Y bien, que pase.

A poco de haber desaparecido la doncella, se presentó el conde.

Doña Isabel ni siquiera se tomó la molestia de mirarle.

El conde, trémulo de ira, y sin guardar las buenas formas que en toda ocasion habia usado al hablar á su esposa, comenzó diciendo:

—¿Tanto os embarga el pensamiento de vuestro criminal amor, que ni siquiera advertís que estoy en vuestra presencia?

—Debo advertiros que no he de tolerar me falteis al respeto de un modo tan poco digno; por lo tanto, si continuais del modo que habeis comenzado, me retiraré.

—¡Os sorprende mi lenguaje! más me sorprende á mí vues-

tra criminal conducta. Seguramente no esperábais mi visita.

—Ni la esperaba ni la deseaba.

—Lo creo, señora, y alabo la franqueza con que me decís vuestro modo de pensar respecto á mí.

—Tiempo hace que sabeis cómo pienso respecto á vos.

—Decís bien; pero si he podido sobrellevar con santa resignacion vuestra cruel y eterna indiferencia, no ha de sucederme lo mismo respecto á lo demás.

—No sé á lo que aludís, ni creo que haya dado motivo que excite vuestro enojo, señor conde.

—¿Eso os atreveis á decir?

—Eso digo—repuso tranquilamente doña Isabel.

—Si hasta hace poco tiempo he sido bastante cándido para tranquilizarme con solo oir las frases que habeis tenido por conveniente decirme, para disipar las sospechas que en contra de vuestra conducta haya podido tener, hoy, sabedlo bien, señora, hoy no puede ya suceder lo mismo.

—Hoy deberé, pues, limitarme á no contestar á vuestras acusaciones.

—¿Cómo os seria dado justificaros?

—Probando su falsedad; mal camino habeis elegido para conquistaros mi afecto; no es insultando á una dama como se puede ganar su corazon.

—Por más que ese haya sido, y vos lo sabeis, mi más constante anhelo, no trato ya de conquistar un imposible; me contento con pedir cuentas de la honra que os confié.

—Segun eso, venís decidido.....

—Á obtener una clara confesion de vuestro crímen.

—¡De mi crímen!—dijo temblando interiormente doña Isabel.

—Sí, vuestro crímen; á menos que la muy noble, altiva y honestísima señora doña Isabel de Zúñiga, condesa de Santillan, crea no es criminal en una mujer casada el completo olvido de sus deberes.

—Señor conde, es muy poco digno de un caballero el insultar así á una señora.

—Ménos noble y ménos digno es en una dama el faltarle á su esposo, pisoteando su honor.

De los ojos de doña Isabel se desprendieron abundantes lágrimas.

—No bastan ruines sospechas, desatentados celos, para fulminar tal ofensa contra el decoro de una señora.

—No se trata aquí de ridículos celos, ni ménos son sospechas las que alimento; estoy completamente seguro de lo que digo.

—¿Que estais seguro?—dijo doña Isabel fijando una penetrante mirada en el semblante de su esposo cual si quisiera leer en él.

—Segurísimo.

Doña Isabel se revistió de valor, y por más que la repugnara mentir, replicó al conde con la mayor energía:

—Mentís.

—¡Os atreveis á lanzarme un mentís!

—Me atrevo porque afirmais estar seguro de lo que no lo estais.

—¿A qué ha obedecido mi prision, señora?

—¿Qué tengo yo que ver con vuestra prision?

—Harto bien lo sabeis.

—Seguramente delirais.

—Afortunadamente conservo entera mi razon.

—En ese caso decís lo que no creeis.

La exaltacion del conde crecia por momentos.

—Yo digo siempre la verdad, señora.

—Solo os faltaba levantarme la mano, señor conde—dijo doña Isabel al advertir el ademan con que su esposo avanzó hácia ella.

—¡Oh! me hareis olvidar de todo—repuso el conde deteniéndose.

—¿Pretendeis acaso que os diga ser yo la causante de vuestro encierro? ¿Por qué ese afan por atribuirme faltas que no he cometido?

—Comprendo vuestro miedo, señora; haceis bien en no confesar.

—Si algun miedo tengo es debido á la exageracion de vuestros ademanes; en cuanto á confesar, ¿qué quereis que os confiese?

—Nada; quiero evitarle esa pena á vuestra lengua; hablaré yo por vos.

—Como gusteis.

—De que lo sé todo, absolutamente todo, os daré una prueba evidente.

—Deseo oirla.

—No habreis echado en olvido á Simon, seguramente.

Doña Isabel no pudo ocultar el efecto que le causó oir pronunciar aquel nombre en boca de su esposo.

—¡Simon!

—¿Os inmutais? Lo comprendo perfectamente.

—¿Creeis acaso que una escena de esta naturaleza pueda ser agradable á una persona, que como yo no se encuentra bien de salud?

—Habreis, pues, de armaros de paciencia, porque á pesar de vuestros nervios tendreis que oirme.

—Sé á qué atenerme respecto á vuestra galantería.

—Continúo.

—Continuad.

—Simon habló conmigo despues que salió de vuestro gabinete.

—¿Y qué?—replicó con firmeza doña Isabel, creyendo que Simon nada habia revelado.

—¿Qué? Simon no queria revelar nada de lo que yo queria saber, pero el argumento de una pistola, con la cual amenacé su vida, y el aspecto de un monton de oro que puse á su vis-

ta, y cuya posesion le ofrecí, cambiaron la decision de aquel tunante, y al fin habló.

—¡Habló! ¿Y qué dijo?—preguntó verdaderamente afectada doña Isabel.

—¡Lo que yo ya sospechaba, lo que yo me temia!—dijo el conde con acento conmovido.

Doña Isabel estaba verdaderamente aturdida; por fin acertó á decir:

—¿Y vos, le dísteis crédito?

—¿Acaso me quedaba otro recurso?

—Simon os engañó..... el miedo y el deseo de adquirir el oro que le ofrecísteis.....

—No, no, señora; Simon no me engañó al asegurarme que teniais un galan; de ello me dejó completamente convencido por mi eterna desgracia.

Doña Isabel guardó silencio.

—Y bien, señora, ¿qué teneis que decir á esto?

—¿Qué quereis que os diga, cuando vos asegurais dar crédito á Simon?

—¿Es decir que no negais?—dijo el conde arrebatadamente.

—¿Puedo yo impedir que se me galantee?

—Señora ¿podré yo acaso impedir que la justa cólera que me ciega haga que mi mano dé fin á vuestra existencia?

—Hacedlo y no lo digais.

—¿Es decir que no temeis el castigo?

—La misma muerte me fuera preferible á vuestras amenazas.

—¿Tanto me aborreceis?

—¿Os he amado acaso nunca?

—¡Ah!—dijo el conde echando mano convulsivamente al puño de su espadin.

—Ahora estais poniendo los medios para que os desprecie.

—A no ser yo quien soy, hubiera ya bañado mi espada en vuestra sangre vil.

—Limpia es, tanto ó más limpia que la vuestra; por lo demás, nada os impide cometer esa hazaña.

—No; eso no seria bastante castigo; mayor ha de ser el que trato de imponeros.

—Afortunadamente no soy asustadiza.

—Está bien, señora; veremos qué semblante poneis á la vista del cadáver ensangrentado de mi aborrecible rival.

Doña Isabel tembló creyendo que se trataba de don Luis.

—¿Dareis, pues, un escándalo?

—Estoy decidido á todo, y no han de pasar muchas horas sin que me haya bañado en la sangre de vuestro afortunado galan.

—¿Sereis capaz de entregar vuestra honra á la maledicencia pública?

—Seré capaz de todo; lo que yo quiero es vengarme.

—Pero advertid.....

—Dejadme, señora; vos lo habeis querido.

—¿Vais?

—En busca del hombre que me ha robado el honor, y os juro que en breve habrá dejado de existir.

El conde fuera de sí salió del aposento de su esposa.

Doña Isabel, al verse sola, dió rienda suelta á sus lágrimas y exclamó:

—¡Dios me perdone y tenga piedad de don Luis!

CAPÍTULO XIX.

Floridablanca se entera de la conducta observada por Gil Perez en el asunto de la prision del conde de Santillan.

Salió el conde de su casa decidido á ir en busca de su rival, pero antes quiso avistarse con el ministro á fin de darle las gracias, al par que deseaba informarle de la conducta observada por su secretario.

Anunciado convenientemente fué al instante introducido á la presencia del señor conde de Floridablanca.

—Sed muy bien venido, señor conde.

—Ha de perdonarme su excelencia, que venga á molestar su atencion en hora tan temprana.

—Hacedme el favor, señor conde, de suprimir el tratamiento; gusto más de que mis amigos me traten con llaneza; por lo demás en nada me molesta vuestra visita, antes al contrario, me es sumamente agradable.

—Yo os doy gracias por todo, señor; y os las doy repetidas

por haber accedido á la súplica que os dirigí desde el castillo de Villaviciosa.

—Si injustamente se os habia conducido á aquella fortaleza, al firmar la órden de vuestra libertad, no habré hecho otra cosa que obrar con justicia.

—Preso me hallaba sin haber dado motivo para ello.

—Señalado estabais como conspirador.

—Se me ha calumniado.

—No diré yo lo contrario, y hablando francamente, sorprendióme no poco la noticia.

—Sí tengo amistad con el señor conde de Aranda, pero jamás me he mezclado en pró ni en contra de los asuntos políticos de aquel caballero.

—Sé que el de Aranda es muy vuestro amigo, pero esto nada tiene de reprensible ni censurable; habeis de creer que no he procedido en contra vuestra sin que se me haya hecho creer que habíais dado motivos para ello.

—Conozco vuestra rectitud, señor ministro, y sé perfectamente que jamás obrais á impulsos de bastardas pasiones; tengo la seguridad de que se me ha calumniado á vuestros ojos y hasta me atreveria á nombrar á la persona que ha tratado de perderme.

—No formeis juicios temerarios.

El ministro no podia creer que su secretario hubiese obrado por espíritu de venganza; juzgaba que se le habia engañado; y que si esto argüia una torpeza indisculpable, no era una accion criminal.

—Puedo asegurar al señor conde de Floridablanca, que no me equivoco en el juicio que he formado.

—Creo que habeis sido víctima de un error.

—Si os dignais escucharme, fácil me será convenceros de lo contrario.

—Escucho con sumo gusto.

—Existe un hombre, á quien jamás habia ofendido ni ape-

nas tratado, y que ha tomado á su cargo el procurar mancillar mi esclarecido nombre; cuando me apercibí de la afrenta que me inferia ó pretendia inferirme, fuí á verle y le traté cual merecia su infame é innoble proceder; arrebatado y furioso le propuse un duelo á muerte; perdóneme el señor ministro, hablo con el amigo.

—Y el amigo es el que os escucha; continuad.

—Viendo el sugeto á quien me refiero, que yo estaba decidido á matar ó morir procuró disuadirme y trató de negarse, mejor dicho, se negó á darme cumplida satisfaccion con las armas en la mano. No es la ofensa que me ha inferido, de aquellas que se satisfacen con palabras, sino con sangre, por lo tanto le advertí que en mi casa esperaba su decision, advirtiéndole que si persistia en negarse á batirse, donde quiera que le viese habia de insultarle y afrontarle de modo tal que no pudiera excusarse de cruzar su acero con el mio.

—¿Y cuál fué su decision?

—A las pocas horas de hallarme esperándole en mi casa, recibí con sorpresa la visita de un señor alcalde de casa y córte que me intimó que le siguiera.

—¿Y creeis?...

—Que vuestro secretario, valiéndose de la calumnia, logró arrancaros la órden de mi prision.

—Luego el señor Gil Perez, es.....

—El hombre que me ha ofendido y del cual habia yo reclamado cumplida reparacion; ya veis, señor, si tengo motivo justificado para acusarle.

El noble y severo rostro del ministro se inmutó ligeramente.

—Razon teneis en quejaros, y no la tengo yo menos en deplorar que se haya abusado de mi confianza.

—Confianza que burlará á cada momento, no lo dudeis.

—No será así, porque yo pondré el correctivo debido.

—He querido sincerarme á vuestros ojos del criminal

intento que se me atribuia, y aseguraros que en ningun tiempo me ha ocurrido la idea de conspirar en contra de vuestra persona; os empeño mi palabra de honor de que así es la verdad.

—Os creo, señor conde, os creo, y á mi vez os ruego me dispenseis las molestias que os hayan podido ocasionar vuestros dias de cautiverio.

—En vuestra posicion, señor, nada tiene de particular que os veais precisado á proceder duramente en determinadas ocasiones, y no es vuestra la culpa de que se haya abusado de la noble confianza que teniais depositada en un sér indigno de merecerla.

—Permitidme un momento, señor conde.

Floridablanca escribió precipitadamente algunos renglones, cerró el billete por él escrito y tocó el timbre.

—Esta carta al momento á su destino.

El ujier tomó el billete y se retiró.

—Amigo mio—dijo el ministro dirigiéndose al conde.—La carta que acabo de mandar á su destino, va dirigida al señor Gil Perez; su contenido habrá de alegrar poco al señor secretario, yo os lo prometo.

—Por duro que seais en vuestra carta, algo más me propongo serlo yo de viva voz.

—¿Tratais de verle?

—Es de todo punto necesario.

—¿No valdria más que procuráseis olvidar?

—¿Olvidar? imposible, señor, imposible—dijo el conde con alterada voz.

—¿Tan grave es, segun eso, la ofensa que os ha inferido?

—Como he tenido el honor de indicároslo antes, es de tal naturaleza, que hace imposible el que vivamos ambos.

—¿Habeis meditado bien las consecuencias?

—En el estado en que me hallo se hace imposible el meditar.

—¿No os arredra el pensar el trastorno que vais á ocasionar á vuestra noble esposa?

El rostro del conde se contrajo al oir nombrar á la condesa, y aunque se repuso instantáneamente, no pasó desapercibido á los ojos del ministro el efecto que aquel nombre habia producido.

—La condesa habrá de conformarse con lo que yo haga.

—Eso desde luego, pero no podrá menos de deplorarlo.

—No diré yo lo contrario—repuso con amarga ironía el conde.

—Amigo mio, á saber yo antes lo que os ocurre, cuando vos hubierais salido del castillo no hubiera ya estado en la córte vuestro enemigo.

—Hubiera ido en su busca al fin del mundo.

—Quiere decir que nada hubiera conseguido con alejarle.

—Unicamente hacer más duradero mi suplicio.

—Muy decidido os veo.

—Matar ó morir es lo que ambiciono.

—¿Tan fiel servidor como sois de Su Majestad echais en olvido sus mandatos? ¿Olvidais la pragmática?

—Nada olvido; sé á lo que me expongo, pero el que desea morir, ¿qué puede temer?

—Sin embargo, yo debiera.....

—Es al amigo á quien hablo, y el amigo el que ha ofrecido escucharme.

—Razon teneis, tal os he ofrecido.

—Á no ser así, me hubiera abstenido de dar á entender cual es mi irrevocable resolucion.

—Quizá no se os ha ocurrido una cosa.

—En mi situacion actual, poco ó nada se me ocurre.

—Por eso mismo, creo de mi deber llamaros la atencion sobre cierto punto.

—Me favorecereis en extremo indicándomelo.

—Tan pronto como se divulgue la noticia de vuestro due-

lo, la murmuracion se cebará en vos; no faltará más de un atrevido y más de una envidiosa que digan: ¿por qué se habrá batido el conde á no ser por celos? Vuestra esposa es una hermosísima dama en cuya reputacion no ha podido cebarse el afilado diente de la calumnia, y no perderá, yo os lo aseguro, la ocasion que vais á ofrecerle de morder á su satisfaccion.

—De gran peso son vuestras reflexiones y capaces por sí solas de hacerme retroceder en la decision que he formado, á no ser de tanta gravedad la ofensa que he de vengar; téngome por hombre algo prudente, y cuando me he resuelto á obrar de un modo tal que pueda ofrecer pasto á la maledicencia pública, calculad, señor, si ha de ser causa bastante la que me obliga á persistir en mi proyecto.

—¿No pudiérais quedar satisfecho de otro modo?

—Imposible.

—¿No puedo yo solventar á vuestra satisfaccion tan desagradable asunto?

—Agradezco en lo que vale vuestro valioso apoyo, pero en este caso es ineficaz.

—Lo deploro en el alma.

—Así lo creo y no por eso os quedo menos agradecido; en cambio he de pediros un señalado servicio.

—Hablad, señor conde.

—Estoy perfectamente reconocido á la caballerosidad que conmigo ha usado el señor alcaide del castillo de Villaviciosa.

—Siempre ha sido un cumplido caballero.

—Os suplico, pues, le hagais constar he venido á haceros presente su noble comportamiento para conmigo.

—Así lo haré.

—Os lo estimaré mucho, porque jamás olvidaré su noble proceder.

—De gran satisfaccion me sirve el haber confiado tan delicado cargo á una persona digna y honrada; son tantas las de-

cepciones con que uno tropieza á cada momento, que se hace preciso admirar al que cumple bien con sus deberes.

—Podeis estar orgulloso de vuestra eleccion respecto á ese sugeto.

—Yo le significaré la estimacion que me merece.

—Segun os indicaba en mi carta, estoy dispuesto á daros cuantas pruebas juzgueis necesarias respecto á mi inocencia, caso de que no os basten las que os he dado.

—Estoy plenamente convencido.

—Pues si me lo permitís.....

—¿Os alejais ya?

—¿Para qué negar que me hallo impaciente por terminar de una vez el desagradable asunto de que os he hablado?

—Bastante castigado queda ya, creedme; las breves líneas que he dirigido á vuestro ofensor, han de haber derribado de pronto sus más caras ilusiones.

—Créame el señor ministro, que alguna conservará aun y esa yo me encargo de destruirla antes de mucho.

—Puesto que nada es bastante á haceros desistir de vuestro empeño, obrad como mejor os parezca, señor conde.

—Suceda lo que quiera, mientras viva he de recordar con agradecimiento vuestra leal y franca solicitud.

—En cambio yo deploraré siempre que os aventureis en un paso arriesgado.

—Dios lo ha dispuesto así; adios, pues, amigo mio.

—Id con Él, señor conde.

Ambos personajes se despidieron con gran cariño.

Apenas salió el conde del aposento del ministro, éste murmuró:

—¡Infeliz caballero! mucho temo que tu mal sea de aquellos que solo hallan alivio con la muerte.

Entretanto el conde de Santillan se dirigia á casa del secretario.

CAPÍTULO XX.

Inesperada sorpresa del secretario Gil Perez.

Entretanto que los dos condes mantenian entre sí la conversacion que acabamos de narrar, hallábase Gil Perez en su casa disponiéndose para ir á su despacho á casa del ministro, cuando de repente entró su criado y le entregó un billete.

—¿Qué me querrá el ministro?—dijo el secretario reconociendo la letra—veamos.

Apenas fijó Gil Perez la vista en el contenido de la carta, cuando palideció de un modo alarmante.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó con voz convulsa, y despues de pasarse la mano por los ojos cual si quisiera de este modo aclarar su vista.—Apenas puedo creer lo que he empezado á leer; veamos.

He aquí lo que el secretario leyó nuevamente:

«Cuando se ocupan ciertos destinos públicos, se hace necesario obrar con rectitud y hombría de bien; vos, ó sois torpe

ó poco honrado; cualquiera de ambos defectos os imposibilita el seguir ejerciendo junto á mí el delicado cargo que os habia confiado.

Floridablanca.»

Calcule el lector el efecto que produciria la lectura de semejante carta en el ánimo del secretario.

Un golpe de tal naturaleza echaba por tierra en un momento sus más caras ilusiones.

¿Cómo Floridablanca, que siempre le habia tratado con el mayor cariño, le despedia de su lado sin ni siquiera haberle llamado para oir sus descargos?

¿Á qué obedeceria el enojo del ministro? ¿Cuál seria la causa que le habia obligado á mostrarse tan severo?

Extraviábase la mente de Gil Perez en un confuso dédalo de conjeturas, y ninguna de ellas le parecia ser la natural.

Más de media hora pasóse cavilando; de pronto dióse una palmada en la frente, y exclamó:

—Catalina, no hay duda, Catalina es la que poniendo en juego su maquiavélica influencia ha logrado por algun medio para mí desconocido irritar en contra mia el ánimo del ministro. ¿Quién es capaz de adivinar lo que habrá inventado ella para vengarse de mí? ¡Oh! como así sea, tiemble á su vez la pérfida dama; no he de tardar mucho en saber lo que ha motivado mi inesperada caida, aun quizá pueda despejar el nublado; vamos á ver al señor ministro.

En el momento en que Gil Perez se disponia á salir de su habitacion, presentóse en ella el señor conde de Santillan.

Á la vista del citado personaje, el secretario retrocedió dos pasos.

—Tenga muy buenos dias el señor don Gil Perez. Paréceme que os ha sorprendido mi visita; seguramente no me esperabais.

—Verdaderamente.....—balbuceó el secretario—no creí.....

—Ya; como que me suponiais muy entretenido en el castillo de Villaviciosa, al cual valiéndoos de malas artes lograsteis que se me condujera.

—Cumplí con mi obligacion—dijo el aturdido secretario.

—Mentís villanamente.

—Señor conde, debo advertiros que no estoy dispuesto á tolerar vuestras inconveniencias.

—Tomad el asunto como mejor os cuadre, pero yo he de deciros que vuestro proceder ha sido el de un cobarde. ¿Qué hombre que se llama caballero por eludir un lance se vale de los reprobados medios de que vos habeis echado mano? ¿Creiais acaso que mi cautiverio habia de ser eterno? Mucho en ese caso os habeis equivocado en vuestros cálculos, pues ya veis que solo ha durado dias.

—Repito que al solicitar la órden de prision, creí cumplir un deber; dias hacia ya que se me habia avisado andabais en tratos con el señor conde de Aranda, y yo habia dado largas al asunto; os presentasteis en mi casa y sin que yo pudiera explicarme la razon, os empeñasteis en tener conmigo un lance; no miedo, sino razones particulares me impedian admitir el duelo á que me provocabais, y á fin de evitar cumplierais vuestro ofrecimiento de insultarme públicamente, me valí de los datos que en contra vuestra se me habian suministrado, á fin de apartaros de mí durante algun tiempo; he aqui todo.

—Ya comprendo las razones que os obligaron á libraros de mi persona; sin duda creisteis por tan ingenioso medio disfrutar tranquilamente de vuestros ilícitos amores, pero poco ha durado vuestra tranquila felicidad; otra vez me presento yo y doy por tierra con vuestras risueñas ilusiones.

—Esta, como la otra vez, me hablais un lenguaje que no entiendo.

—Pues esta, como la otra vez, vengo decidido á que me deis cumplida satisfaccion con las armas en la mano.

—¿En qué he podido yo ofenderos?

—Os advierto que ese sistema no ha de valeros para libraros de mi venganza; hoy mucho menos que nunca, pues son dos las causas que me obligan á pediros una reparacion.

El secretario no sabia cómo librarse del conde, y viendo que de nada le servia adoptar el lenguaje de la persuasion, cambió de rumbo completamente, así es que decidido á todo, le dijo al conde:

—He dicho ya las causas que me obligaron á proceder en vuestra contra y observo que sois harto jactancioso al creeros que el miedo solo me hizo adoptar una medida extrema; tened, pues, entendido que no acostumbro temblar, pero no estoy en el caso de dar satisfaccion al primero que le antoje pedírmela. Me habeis hablado de amores y no sé lo que puedan tener de comun los mios con los vuestros; explicaos con claridad y yo os juro que si me dais razones bastantes, seré con vos en duelo al instante; pero os advierto que de no hacerlo así, no he de prestarme á servir de blanco á vuestros caprichos.

—¿Capricho llamais á mi resolucion?—dijo el conde trémulo de coraje.

—Por tal la tengo hasta ahora.

—¡Vive Dios que no he visto cinismo igual!

—Ni yo testarudo semejante.

—Poco es una vida, mil quisiera yo que tuvierais para arrebatároslas una en pos de la otra.

—¿Sabeis lo que sospecho, señor conde?

—¿Qué me importa á mí lo que vos sospecheis?

—¿Os habreis unido acaso con mi enemigo para perderme?

—¿Qué decís?

—Digo que empiezo á ver claro en este asunto.

—Abreviemos razones y salgamos.

—No podia yo sospechar que mantuvieseis relaciones con

esa dama ni menos hubiera creido nunca que os hiciera servir de juguete.

—¿Qué osais decir?

—Que servís de instrumento á una execrable mujer.

—¿Creeis que voy á dar crédito á la farsa que estais inventando?

—Aquí no hay farsa ninguna. ¿Negais que doña Catalina de Sandoval?...

—¿Qué tiene que ver esa..... dama conmigo?

—Ella ha jurado perderme.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Pues si no es lo que habia imaginado, hablad de una vez, y decidme de qué amores se trata; no es cosa de que vaya á batirme ignorando el motivo que á tal lance me conduce.

De pálido que estaba el rostro del conde, tornóse lívido; hizo un supremo esfuerzo para sobreponerse á la situacion, y contestó:

—Puesto que llevais vuestra impudencia hasta el extremo de hacerme sonrojar, paso por ello con tal de que no os sea ya posible hallar excusa que evite nuestro duelo.

—Contad conmigo en cuanto os haya oido.

—¿Creeis que un esposo ultrajado tiene razones de sobra para buscar al ladron de su honra y arrastrarle á un duelo á muerte?

—Lo creo.

—¿Y permaneceis impasible?

—No veo motivo en lo que llevais dicho para alterarme ni poco ni mucho: hablais de honra y de ultrajes, ¿á quién os referís?

—¿Á quién quereis que me refiera? A vos, á mí.

—¡Cómo!.... decís?....

—Digo, que sois un miserable, y mi esposa la más vil de las mujeres.

La sorpresa de Gil Perez no reconoció límites al escuchar

la acusacion que el conde fuera de sí acaba de fulminar. Comprendió entonces que una fatal equivocacion habia dado márgen á las violentas entrevistas que con el conde habia tenido, dando aquellas lugar á la prision del uno y á la pérdida del otro.

El conde, viendo que nada contestaba Gil Perez, avanzó un paso hácia él, y con ademan y acento amenazador, dijo:

—¿Estais ya satisfecho?

—Lo que estoy es admirado de vuestra revelacion.

—¿Procuraréis aun buscar nuevos pretextos?

—No, señor conde, no son pretextos lo que busco.

—Entonces terminemos cuanto antes.

—¿Y si yo os dijera que estais equivocado?

—¿Todavía?

—¿Si os asegurara que ni aun de pensamiento os he ofendido?

—Creeria que era un subterfugio.

—Sois víctima de un engaño, señor conde.

—Tengo pruebas de lo contrario.

—¿Quién os las ha suministrado?

—Vuestro agente.

—¡Mi agente!

—El mismo, que sorprendido y amenazado por mí, pronunció al fin vuestro nombre maldito, señalándoos como amante de la que en mal hora lleva mi nombre.

—Pues os ha engañado villanamente y yo os lo probaré.

—¿Lo probareis?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Diciéndoos el nombre del verdadero galan.

—¿Y quién es?

—Persona á quien conoceis mucho.

—Acabad de una vez: ¿se llama?....

—Don Luis de Guevara.

—¡Don Luis!

—A ese y no á mí es á quien debeis buscar; á ese y no á mí debierais haber hecho blanco de vuestras iras; de hacerlo así, ni vos hubierais ido al castillo de Villaviciosa en calidad de preso, ni yo tendria hoy que sufrir las consecuencias de vuestra prision.

Perplejo quedó el conde al oir las quejas del secretario, así es que contestó:

—En breve sabré si me habeis dicho la verdad, y temblad si habeis mentido.

—Ya os he dicho que no acostumbro temblar nunca, y mucho menos cuando no he delinquido.

Salió el conde de la estancia del secretario, llevando un infierno en el alma y con más ansiedad que nunca por tomar venganza de aquel que le habia robado el honor.

CAPÍTULO XXI.

Qué habia sucedido en la venta del tio Langosta.

Tiempo es ya de que digamos á nuestros lectores qué habia ocurrido en la venta de Langosta despues que de un modo tan inesperado recobraran su libertad, lo mismo Joselito y Vicente que García, segun vimos en otro lugar.

Precisamente aquella noche tenia que ir á ver al encubridor Simon, para tratar de otro asunto, de los que siempre llevaban entre manos aquellos bribones.

A la hora convenida, que seria próximamente una despues de aquellos sucesos, Simon, acompañado de dos indivíduos de su jaez, llegó á la venta.

No dejó de sorprenderles el hallarse la puerta abierta, y á oscuras la especie de tienda en que tenia la costumbre de estar el viejo ventero.

—¡Diablo! Esto está como boca de lobo—dijo uno de los camaradas de Simon.

—¡Eh, viejo camándulas!—gritó éste—sal y enciende una luz.

—Pues nadie parece—repuso el primero que habia hablado, viendo que nadie respondia.

—No deja de ser extraño que abandone la tienda el tio Langosta—dijo Simon.

—¡Bah! ¿y qué le han de robar? Maldito si tiene un cuarto en el cajon, y en cuanto al vino hay que ir por él á la cueva.

—Además—observó el otro—son tan contadas las personas que entran aquí, que de seguro no tiene miedo el viejo de quedar mal con sus parroquianos.

—De todos modos, sabia que yo habia de venir esta noche, y es bastante extraño que no esté aquí.

—Tendrá cerca alguna bruja amiga y habrá ido á requebrarla.

—¿No puedes hablar nunca en sério, Bernardote?

—Qué quieres, Simon, cada uno gasta lo que tiene, y como el dinero abunda poco, lo despacho pronto; así es que he de reducirme á gastar lo que me queda, que es el buen humor.

—Pues á fe que no debieras quejarte.

—Yo no me quejo.

—Es que no tendrias tampoco razon para ello.

—Cualquiera que te escuchara creeria que nadaba en oro —replicó Bernardote.

—No diré yo tanto; pero desde la noche en que trajimos los pájaros aquí, no te ha faltado.....

—Sí, un miserable jornal.

—¿Puedes quejarte? á contar desde aquel dia tú y éste—dijo señalando al otro camarada, que permanecia mudo—vivís á mis expensas, y lo que es el trabajo dudo mucho que os haga enfermar. Que durara es lo que tú quisieras.

—Tan y mientras no haya otra cosa, no digo yo lo contrario.

—Lo mismo digo yo.

—Gracias al diablo que se te oye.

—Pues si lo mismo digo yo que Bernardote: tan y mientras no haya otra cosa, bueno es esto; pero la verdad es que la paga es muy poca.

—Habló el buey y dijo *mu*—exclamó Simon un tanto enojado.

—A buen seguro que tú sacas la tripa de mal año; por eso no te quejas.

—Sin duda te figuras que me hago rico.

—Algo de eso murmura de tí el Raton.

—El Raton es un ingrato; no hace mucho tiempo le proporcioné los medios de ganarse una porcion de oro y en pago se entretiene en despellejarme; luego se quejan si uno no se acuerda de ellos.

—Segun él dice, á él le debes el haber salido airoso en tu empresa.

—Él dirá lo que quiera. Lo mismo que el tal García: ¿os parece bien lo que intentó?

—Anda que bien se lo haces pagar.

—Aun hago poco; veremos á ver lo que dispone don Tadeo.

—Guárdate de García; el dia que él pueda.....

—Ya cuidaré yo de que tarde en poder.

—¡Diantre! esto de hablar con el gaznate seco no me agrada mucho.

—Anda, pues; revuelve por ahí, que algo encontrarás.

Bernardote se levantó y trasteando por un lado y otro dió por fin con algo de lo que buscaba.

—Esto es otra cosa—dijo colocando encima de la mesa dos botellas llenas de vino de Arganda y tres vasos.—Bebiendo se espera con más comodidad.

—¿Sabeis que empieza á inquietarme la ausencia del tio Langosta?

—¡Bah! maldito lo que se perderá aunque se haya muerto!

—Este Miguel no abre la boca como no sea para decir un disparate—dijo Simon.

—No sé por qué.

—Porque sí.

—Pues mira, eso no me convence.

—Porque tu cabeza es de madera.

—¿Qué quieres? cada uno tiene las entendederas que Dios le ha dado.

—Hoy sentiria yo muy de veras cualquier percance que le hubiera pasado á Langosta, porque necesito de él.

—¡Ah! ya.

—¿Lo has entendido al fin?

—Ahora sí.

—¡Lástima fuera!—exclamó Bernardote.

—Calcula el compromiso que me caia encima, teniendo que guardar á esos pájaros que aquí están enjaulados.

—Y díme, Simon, ¿crees que durará esto mucho?

—Eso depende de las circunstancias; don Tadeo decidirá.

—Tambien el tal don Tadeo es un zorro de cuenta.

—Está visto que vosotros murmurais de todo el mundo.

—Claro está que tú le defiendes, ¡como que los dos os entendeis!

—Yo hago lo que me parece, ¿estamos?

—No me grites, que no soy sordo—dijo Miguel al cual parecia le empezaba á hacer efecto el vino que habia bebido.

—Es que ya me están cansando tus murmuraciones.

—Pues tápate los oidos.

—Mejor será taparte la boca.

—¿Y con qué mano harias tú eso?

—Con cualquiera de las dos—contestó Simon bastante amostazado.

—Me gustaria verlo.

—Vamos, señores—dijo Bernardote—¿vais ahora á enfadaros?

—Veo que ese se ha propuesto que le dé una leccion.

—Pues mira, si todos los que me han de asustar á mí son como tú, me rio de todos ellos, porque me sobra á mí coraje para tí y para otros cinco como tú.

—Vaya, Miguel, sosiégate—repuso Bernardote.

—Tienes suerte de que me hago cargo que es el vino el que te hace hablar.

—No necesito yo beber para llamarte bravucon y para hacerte un chirlo en la cara si me lo propongo; has de saber que me tienes ya harto con tus fanfarronadas, y hace ya dias que á no ser por Bernardote te hubiera yo cruzado la cara, señor guapo.

—¿A mí?—replicó Simon poniéndose de pié.

—A tí y á más que vengan—respondió Miguel levantándose á su vez.

—¡No faltaba más sino que por una tontería fuerais á regañar—dijo Bernardote poniéndose en medio de los dos contendientes.

—El me provoca.

—Porque tú me insultas, y á fe de Miguel que á no ser por éste ya estarias revolcándote en tu sangre.

—Vale más que nos revolquemos en vino—exclamó el mediador.

—Tiempo nos queda para arreglar este asunto á solas—dijo Simon.

—Siempre que quieras me encontrarás dispuesto.

—Hoy no puedo, porque ya sabes que tengo otros compromisos, pero en cuanto esos cesen ya te buscaré.

—Si vienes cara á cara, te aguardaré tranquilo.

—Vamos, bien, basta ya; los hombres cuando deben callar, callan.

—Tienes razon, Bernardote, y á fe de Simon que por ahora doy el asunto al olvido.

—Yo no diré una palabra hasta que tú me busques.

—Corriente, así me gusta; anda, Miguel, en la trastienda hay un armario y en él varias botellas; tráete un par de compañeras de las que antes traje.

Miguel fué en busca de lo pedido.

La verdad es que la decision de su contrincante impuso á Simon, así es que se apresuró á variar de conversacion haciéndola recaer de nuevo sobre el ventero. No mentia al asegurar que estaba inquieto, porque lo estaba realmente; no sabia cómo explicarse la ausencia de su compadre Langosta.

Miguel trajo lo que se le habia pedido.

Bernardote llenó los tres vasos hasta el tope.

—Apuremos el vino y pelillos á la mar.

En un momento quedaron vacíos los vasos.

—Francamente, estoy más que inquieto; no es natural la tardanza de Langosta.

—La verdad es, Simon, que tambien á mí me extraña.

—¿Habrá sucedido algo en esta casa desde ayer?—dijo Simon.

—Hombre, ahora me fijo en una cosa.

—¿En qué, Bernardote?

—En aquella mesa y los vasos que hay encima.

—¿Y son muchos?

—Á ver: uno, dos, tres..... ocho.

—No habia yo caido en ello.

—Pues ya ves, Simon, que eso prueba que no hace mucho estaba aquí el tio Langosta.

—Eso es verdad, porque alguien habrá servido á esa gente—replicó Simon.

—Toma, ¿quieres apostar á que el demonio del vejete está en la cueva?—dijo Bernardote.

—Puede; vamos á verlo.

—No, quédate aquí guardando la tienda.

—¿Para qué? Cerraremos la puerta; ya á esta hora ¿quién puede venir?

—Cerremos, pues.

—Ahora procuraremos encender una luz—dijo Simon despues de haber cerrado la puerta.

—Aquí tengo yo avíos.

Sacó Bernardote lo necesario.

—Busquemos antes algo que podamos encender.

—Es verdad, Simon; busquemos.

Tentando por uno y otro lado dieron al fin con el candil que estaba en el suelo.

—¿Qué es esto? ¡Calle, el candil! Pero creo que no tiene gota de aceite.

—Acércate, Miguel; lo encenderemos; afortunadamente aceite creo que no nos ha de faltar.

Miguel se aproximó á Bernardote, y en breve tuvieron luz.

—Recuerdo que el viejo tiene por esta trastienda una botella con aceite; exploremos el campo; veamos el armario. ¡Aja, ja! héla aquí.

Efectivamente, la botella que Miguel agarró contenia aceite; llenaron el candil, despavilaron con los dedos la torcida, y pronto alegre llama alumbró el sitio en que se hallaban los tres camaradas.

—¡A Dios gracias! Desde que hemos entrado en la venta hasta ahora, hemos estado sumidos en tinieblas; no sé ni cómo he podido dar con las botellas.

—Por el olfato—contestó riéndose Bernardote.—Tú tienes una gran nariz, amigo Miguel.

—¿No os ha llamado la atencion una cosa?

—¿Cuál?

—Ese candil que tú has encontrado en el suelo—dijo Simon con aire preocupado.

—¿Qué ves en ello de particular?

—Mucho.

—Explícate.

—Si Langosta estuviera en la cueva, no habria ido á oscuras.

—¡Calle! Pues es verdad.

—Además, ¿qué habia de hacer tanto rato allá abajo?

—No te preocupes, hombre, que nada le habrá sucedido al viejo.

—Nada, lo mejor es registrar por todos los rincones, á ver si damos con algo que nos ilumine.

—¿Quién te asegura que no haya bajado á la cueva donde quizá entierra su dinero, y allá abajo le ha dado algo que le imposilite el subir?

—Gritaria.

—¿Y si no puede? Ten presente que Langosta es viejo y no come por no gastar.

—Dices bien; vamos allá.

Simon y sus dos compañeros se dirigieron á la cueva.

CAPÍTULO XXII.

En donde el lector verá que Miguel y Bernardote aprovecharon la noche.

Inútil fué la pesquisa; el tio Langosta no parecia.

La inquietud de Simon llegó á su colmo.

Nuevamente arriba los tres camaradas, se sentaron al rededor de la mesa, y comenzaron á deliberar.

—¡Por vida de Satanás, que esto empieza á ser grave!—dijo Simon frunciendo el entrecejo.

—Pues no hay que darle vueltas; aquí no está—contestó Miguel.

—¿A qué demonios puede haber salido?

—Toma, Dios sabe; algun negocio que le habrá caido como llovido del cielo, y él no es hombre que desperdicie las ocasiones que se le presentan.

—Ello hay que hacer algo para ver si se da con él.

—Dispon lo que quieras.

—Es el caso que no se me ocurre nada—dijo Simon.

—¿No conoces los nidos á donde él suele acudir cuando va á Madrid?—preguntó Miguel.

—¿Pero no comprendes que no es posible que haya ido tan lejos?

—¿Qué sabemos? A mí me parece lo más prudente que tú vayas á ver si das con él, si es que tanto te conviene verle.

—¿No me ha de convenir?

—Pues entonces.....

—Habré de hacerlo así.

—Por si acaso tardas en volver y él no parece por aquí, ¿qué hacemos nosotros?—preguntó Bernardote.

– No os movais de este sitio.

—Corriente; pero ten en cuenta que si tu ausencia se prolonga, nosotros aquí corremos riesgo de morirnos de hambre.

—Toma; caso, que no lo creo, que yo me retardara algo, ahí tienes lo bastante para que podais pasar el dia.

Simon alargó á Bernardote algunas monedas de plata.

—Está muy bien.

—No abandoneis la casa hasta que uno de los dos aparezca.

—Descuida, esto es, á menos que volvais mientras tengamos algo que roer.

—¿Pues qué? ¿No habia yo de venir mañana?

—Hombre, ¿qué sé yo lo que puede ocurrirte? Tú eres hombre de muchos negocios, y quizá alguno de ellos pudiera entretenerte á pesar tuyo.

—No pases cuidado, que no retardaré la vuelta.

—Adios, pues.

—Adios.

—Salióse Simon por el postiguillo.

—¡Ea!—dijo Bernardote cerrando de nuevo—henos ya dueños y señores de un establecimiento.

—¡Vaya un establecimiento!

—De todos modos, preferible es estar aquí á tener que emprender una caminata como la que va á hacer Simon, digo, y con el frio que hace.

—Cuando él la hace, su cuenta le tendrá.

—Vaya, tú tienes manía á nuestro camarada.

—A no ser por tí, esta noche le hubiera yo dado una leccion, pero le juro.....

—Eres un imbécil en querer reñir con Simon; se entiende, por ahora; él tiene varios *negocios* entre manos, se vale de nosotros; sirvámosle, pues, y si podemos apropiarnos alguno de los asuntos que él dirige, entonces.....

—Tienes razon, entonces me encargo yo de despacharle el pasaporte.

—Eso es; veo que me has entendido.

—¿Sabes que verdaderamente es raro que el tio Langosta haya desaparecido?

—Yo me malicio que algo ha pasado aquí.

—Lo mismo creo yo.

—En fin, ello dirá.

—Y díme, ¿no corremos nosotros peligro?

—No te entiendo.

—Si, como creemos, ha ocurrido alguna cosa en esta casa y viniera á ella la justicia, ¿no pagaríamos nosotros el pato?

—¡Bah! no hay cuidado; mañana abrimos la puerta, y caso que se presentara alguien sospechoso, decimos, si se nos pregunta, que acabamos de llegar con objeto de beber un trago y que esperamos á que alguien nos despache; además que no creo venga nadie.

—¡Quién sabe! no olvides que hay aquí gente detenida.

—En fin, sea lo que quiera; no creo que puedan hacernos nada.

—¿No te pareceria bien que aprovecháramos el tiempo?

—¿De qué modo?

—El tio Langosta es hombre de dinero.

—Tambien creo yo que ha de tener un buen gato.

—¿No seria una buena broma que diéramos con él y se lo guardáramos nosotros?

—Hombre, bien pensado.

—Pues demos comienzo al registro.

Creo que perderemos el tiempo; es muy tunante el viejo; Dios sabe en qué sitio tendrá la hucha.

—Nada perdemos en probar.

—Á ello; de todos modos no tengo sueño y eso me distraerá.

—¿Por dónde empezamos el registro?

—Por la cueva.

—Vamos, pues, que yo no he nacido para estar ocioso.

—Bueno fuera que desplumáramos al tio Langosta.

—Vaya por los que él habrá desplumado en este mundo.

—Eso podrá servir de descargo á nuestras culpas.

—¿Quién lo duda?

—Pues no nos detengamos y procuremos hacer esa buena obra.

—Andando.

—Bueno será buscar alguna cosa con que poder remover la tierra.

—Busquemos, que no ha de faltar por aquí algo que sirva para el caso.

—He aquí una barrita de hierro.

—Probemos.

—Pues bajemos cuanto antes.

Y Miguel y Bernardote, sin añadir una palabra más, descendieron á la cueva.

Si efectivamente el tio Langosta habia depositado sus ahorros en ella, gran riesgo corria su fortuna.

Los dos bandidos emprendieron con ardor la tarea; registraron minuciosamente cuantos trastajos y toneles se hallaban en la cueva sin resultado alguno.

—Hay que confesar que no somos afortunados.

—Pronto desmayas—dijo Miguel.

—No tengo confianza ninguna en hallar nada.

—Pues yo sí.

—¿En qué la fundas?

—Voy á decírtelo.

—Vamos á ver.

—Durante las varias veces que hemos estado aquí y hemos permanecido largas horas en esta gazapera, he observado que el tio Langosta bajaba muy á menudo á esta cueva, sin calcular que nadie se fijase en él.

—¿Y qué?

—Que el vejete no bajaba aquí á humo de pajas.

—Sí, pero ¿quién sabe dónde tiene escondido su gato, caso de que lo haya depositado aquí?

—No hay atajo sin trabajo.

—Eso es verdad.

—Tú, con ese aro de hierro, remueves la tierra por un lado, y yo con mi barra, lo haré por otra parte.

—Prefiero valerme de este gran clavo que acabo de encontrar.

—Como quieras; pero trabaja á conciencia.

—Una vez puesto, no he de dejar nada por mirar—dijo Bernardote escarbando la tierra.

—Calcula, si diéramos con lo que buscamos, la cara que pondria el tio Langosta cuando se enterara.

—Seria cosa de ver.

—¡Atencion!—exclamó de repente Miguel con voz alterada.

—¿Qué ocurre?

—Ven, ven; creo que he dado con lo que buscamos.

Bernardote fué corriendo al sitio donde estaba Miguel cavando con las manos.

—¡Será posible!—dijo.

—Aguarda—repuso Miguel trabajando con ardor.

—Pero, ¿qué has notado?

—He tropezado con una argolla. Debo advertirte que la tierra de este sitio, estaba al parecer algo movida, y como yo soy un poco observador, no ha escapado á mi vista tan buena señal, por eso he dado comienzo á mi faena por aquí; mira, ya está la argolla descubierta.

—En efecto—dijo Bernardote con alegre acento.

—Escucha.

Miguel golpeó con su barra cerca de la argolla.

—No hay duda; ahí hay alguna caja ó cosa por el estilo.

—Ayúdame á quitar la tierra.

En pocos minutos quedó hecha la operacion. Apartada la tierra, quedó perfectamente descubierta la parte superior de una cajita de hierro, en cuyo centro estaba fijada una argolla.

—Nuestro es el gato—exclamó Bernardote en el colmo de la alegría.

—¿Qué te decia yo?

—¡Eres un grande hombre!

—Veamos, pues, lo que hay dentro.

Bernardote aseguró la argolla, tiró de ella hácia arriba, y sin gran esfuerzo extrajo la cajita del sitio que ocupaba.

—¿Pesa mucho?—preguntó con ansiedad Bernardote.

—Bastante.

—Ábrela pronto.

—¡Demonio! ¿cómo se abre esto?

—¿Está cerrada?

—Y sin cerradura.

—Entonces será por medio de algun resorte.

—Mucho será que no demos con él.

—Á ver, déjamela.

—Toma—dijo Miguel entregando la caja á Bernardote.

—No veo señal alguna que indique.....

—Tal vez en la argolla.

—Veamos.

SENTADOS AMBOS CAMARADAS EN EL SUELO.....

No tardó Bernardote en dar con el resorte que, en efecto, residia en la argolla.

—Ya dimos con el quid.

—Pues alza la tapa.

Bernardote obedeció y lanzó un grito de alegría.

—¡Qué hermoso brillo!

—A ver, á ver.....

Bernardote depositó en el suelo el contenido de la caja.

—Contemos.

—Contemos.

Sentados ambos camaradas en el suelo, comenzaron á contar una tras otra las monedas, que eran onzas de oro.

—Cuarenta y dos—dijo Bernardote.

—Cincuenta y ocho—gritó á su vez Miguel dando fin á su operacion.

—Total, cien onzas.

—¡Buen hallazgo!

—Cincuenta por barba.

—Que ya es algo.

—Dame ocho y estamos á mano.

—Helas aquí.

—Ahora procuremos dejar las cosas como estaban.

En un momento colocaron la cajita en el sitio que antes ocupaba, la cubrieron de tierra y sin gran trabajo volvieron á dejar arreglado el sitio del depósito tal y como estaba cuando Miguel hizo el descubrimiento.

—Listo—dijo Miguel.

—No hay quien sea capaz de adivinar el registro que acabamos de practicar; arriba, chico.

—¿Sabes lo mejor que podríamos hacer ahora?

—Tú dirás—respondió Bernardote.

—Largarnos.

—¡Quita allá! si eso hiciesemos ya tendria el tio Langosta seguros datos de quienes le habian despojado de sus *mejica-*

nas, mientras que permaneciendo aquí no maliciará con tanto fundamento.

—Como tú quieras; me es igual.

—Busquemos donde tendernos, y lo que fuere sonará.

Acomodáronse del mejor modo que les fué posible, apagaron la luz y no tardaron aquel par de angelitos en roncar de lo lindo.

El dinero adquirido á costa de tantas infamias y tan ocultamente guardado, no habia de servirle al tio Langosta de gran provecho.

CAPÍTULO XXIII.

Por fin aparece el tio Langosta.

Vanas fueron las pesquisas hechas por Simon; en vano fué ir de una en otra taberna de las que aquel solia frecuentar; inútilmente visitó las madrigueras á donde de vez en cuando solia acudir aquel á quien con tanto afan buscaba.

Amaneció el dia, y rendido y fatigado de tanto andar, fuése Simon á su alojamiento con el fin de descansar algunas horas decidido á continuar sus investigaciones.

Despertóse ya muy entrado el dia, y sin darse punto de reposo emprendió de nuevo sus pesquisas.

Todo fué inútil; nadie habia visto al tio Langosta.

Desesperado ya de poder averiguar nada, determinó volver de nuevo á la venta, pues calculó que sus camaradas, ó estarian aburridos ya de esperar, ó se habrian marchado tal vez.

No las tenia todas consigo Simon, pues no sabia á qué atribuir la desaparicion del ventero; la única esperanza que le

quedaba era la de hallarlo en la venta, por lo cual á fin de calmar su ansiedad, apresuró cuanto pudo el paso.

—¿Qué hay?—exclamó al entrar en la venta.

—Aburrimiento de sobra—contestó de mal talante Bernardote.

—¿Es decir que no ha parecido?—dijo con desaliento Simon.

—Ni muerto ni vivo, y ya estábamos resueltos á marcharnos.

—Es particular—murmuró Simon sentándose junto á la mesa al rededor de la cual se hallaban sus compañeros.

—Dígote que nos hemos divertido; despues de una mala noche, peor dia.

—¿Qué os ha ocurrido?

—¡Diantre! Una friolera—respondió Bernardote que era el que llevaba la voz.

—¿Pero qué? Sepamos.

—Que tenemos el estómago como un tambor.

—¿Pues no te dí dinero?

—Sí, pero como aquí no hay nada á propósito para poder condimentar los alimentos, hemos tenido que conformarnos con mascullar pan y queso, y francamente, Simon, no es esa comida muy de mi gusto.

—¿Si creerás que he disfrutado yo de algun opíparo banquete?

—Hombre, con dinero y en Madrid, creo que ha de haberte sobrado donde ir á almorzar y á comer.

—No estoy en ayunas, pero puedo asegurarte que es muy poco el alimento que ha entrado hoy en mi cuerpo, y eso que he triscado de lo lindo.

—¿Y nada has averiguado?

—Nada absolutamente—contestó con desaliento Simon.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé.

—No creo que sea cosa de que esperemos aquí toda la vida.

—Aguardemos á que cierre la noche.

—Poco ha de tardar.

—Pues esperemos ese poco.

—Hagamos ese sacrificio á la amistad—dijo Bernardote mirando á Miguel.

—Como querais—contestó éste.

—Por más que me devano los sesos no puedo alcanzar nada de lo que sucede. Comprenderia haber encontrado muerto al tio Langosta, pero no me sé explicar el que haya abandonado su casa.

—No deja de ser extraño.

—Y ahora que me acuerdo; ¿cómo estarán los presos sin haber tomado nada en todo el dia?—dijo Simon.

—¡Toma! Pues es verdad; y nosotros que hemos pasado aquí el dia no hemos caido tampoco en ello.

—¡Vaya, pues! Es menester que veamos cómo están, y proporcionarles algun alimento; digo, si es que están aquí todavía.

—¡Hombre! Si se habrá largado con ellos el tio Langosta.

—Tambien podria ser. Vamos á verlo.

Y los tres se pusieron en movimiento dirigiéndose hácia el interior de la casa.

Pero en este momento un nuevo personaje se presentó en la venta.

Era don Tadeo.

Al ver al viejo, Simon se levantó inmediatamente del asiento que ocupaba, y fué á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó con afan.

—Eso pregunto yo, ¿qué hay?—dijo con visible enojo don Tadeo.

—¿No sabeis lo que sucede?

—Más de lo que quisiera saber.

—Pues sacadnos de dudas.

—Encended la luz y cerrad la puerta.

Bernardote cerró la puerta mientras que Miguel encendia la luz.

—¿Dónde está el tio Langosta?

A tan inesperada pregunta miráronse atónitos Simon y sus dos compañeros.

—¿Ahora salimos con eso? Yo creia que su mercé nos daria noticias de él, y veo que está tan enterado como nosotros.

—¿Qué diablo dices?

—¡Toma! la verdad. Desde anoche no sabemos donde está el tio Langosta; yo he corrido uno por uno los sitios que él suele frecuentar, y en ninguno le han visto.

—Creo que todos me vendeis, y.....

—No lo crea su mercé; digo la verdad; anoche llegué con este par de buenos mozos, y el tio Langosta no estaba ya aquí.

—¿Y encontrásteis la puerta abierta?

—De par en par.

—De modo que el guardian y los presos han desaparecido.

—¡Cómo! ¿Los presos?—dijo con gran sorpresa Simon.

—Sí, señor, sí; los presos que os habia confiado están en libertad. Me ha venido á encontrar hoy cierta persona y me ha echado en cara semejante falta. Yo no estoy en el caso de pagar y de que se me sirva mal.

—Pero don Tadeo, si eso no puede ser. ¿Cómo han podido fugarse?

—¡Fugándose!—exclamó don Tadeo pegando un furioso golpe sobre la mesa.

—¿Y está bien segura de ello la persona que os lo ha dicho?

—Tan seguro estuviera yo de los que me sirven—contestó don Tadeo lanzando furiosa mirada á Simon.

—Pero bien, aun cuando así sea, ¿soy yo culpable de que se hayan fugado?

—No lo sé; pero de fijo no lo soy yo.

—Vaya usted á saber cómo habrá sucedido.....

—Ese García, ese diablo, habrá tenido la culpa; si vosotros hubieseis hecho lo que os dije cuando me contasteis sus propósitos respecto á esta casa, no habria sucedido.

—¿De modo que García tambien está libre?

—Lo presumo—contestó don Tadeo.

—Pues ahora me explico menos la desaparicion de Langosta.

—¿Habeis mirado bien toda la casa?

—Toda.

—¿Entonces cómo no sabiais la fuga de los presos?

—Porque ahí no hemos mirado. Precisamente ahora íbamos á verles.

—¡Torpes!—exclamó con desprecio don Tadeo—no haber caido en eso.

—Tiene razon su mercé, ¿pero qué hemos de hacerle ya? —repuso Simón.

—Vamos á la habitacion de los presos—dijo el viejo con impaciencia.

—Es que ahora caigo que no podremos entrar en ella—dijo Simon.

—¿Por qué?

—Por una razon muy sencilla.

—¿Cuál es?

—El armario tiene un resorte.

—¿Y qué?

—Que yo no conozco el mecanismo.

—Pues sí tu no le conoces, yo sí.

—Entonces andando.

—Alumbrad.

Simon tomó la luz, y todos se dirigieron precipitadamente á la pieza donde estaba el armario.

Don Tadeo habia dicho la verdad; conocia perfectamente el mecanismo, y en breve dió muestra de ello.

Una vez franco el paso, penetraron uno en pos de otro en el escondrijo.

Llegados á la puerta de la pieza que habia servido de prision á Joselito, Vicente y García, la abrieron, y al entrar en ella vieron al tio Langosta tendido sobre una cama.

Al ruido que hicieron al entrar, incorporóse trabajosamente el ventero, y al reconocer á sus amigos, exclamó con desfallecido acento:

—¡Gracias á las once mil vírgenes! Si tardais mucho en acudir, creo que las lio.

Seguramente Miguel y Bernardote no hubieran deplorado tal acontecimiento.

—Vamos, levanta de ahí—dijo Simon.

—Ayúdame, hombre, que apenas puedo moverme.

—¿Qué tienes?—preguntó bruscamente Simon ayudando á Langosta.

—Que llevo casi dia y medio sin comer; calcula tú cómo estaré.

—Salgamos de aquí cuanto antes.

No tardaron en hallarse todos en la tienda.

El tio Langosta se apoderó con avidez de un trozo de pan que habia encima de la mesa; restos sin duda del frugal banquete con que se habian regalado Miguel y Bernardote horas antes.

—Danos cuenta de lo que ha pasado aquí—dijo impaciente don Tadeo.

—Espere su mercé que tome aliento.

El tio Langosta devoró, más bien que comió, el pan y bebió un sendo trago de vino.

—Esto ya es otra cosa—dijo despues—y ahora voy á referir cómo Dios me dé á entender todas mis desdichas, que no han sido pocas en estos dos dias.

—¡Ea! abreviar, y sepamos lo más importante—repuso cada vez más impaciente el viejo.

CAPÍTULO XXIV.

Donde don Tadeo adquiere algunos detalles del tio Langosta.

El ventero procuró nuevamente restaurar sus fuerzas con sendos tragos de vino, y cuando ya se creyó en disposicion de poner en órden sus ideas, como él decia, púsose á referir lo que le habia ocurrido desde el momento en que Antonio y don Ramon de la Cruz entraron en la venta, hasta que auxiliados por los soldados procedieron contra él, obligándole á que les indicase el sitio en que los presos estaban.

—Ya ve su merced—prosiguió al llegar á este punto—que no podia negarme á descubrir el escondite, eran once contra mí y el susodicho oficial parecia poco amigo de bromas; aun no me ha salido el susto del cuerpo; jamás he tenido tan en peligro el pellejo, podeis creerlo.

—¿Y cómo no te llevaron preso?

—¡Toma! más que eso queria el bribonazo de García.

—Con que García ¿eh?—dijo Simon cruzando una mirada con don Tadeo.

—Le dijo al oficial que debia mandarme colgar de una viga, y á no ser por un jóven que hablaba muy bien y á quien llamaban don Ramon, lo hubiera pasado muy mal; pero gracias á él, se contentaron con dejarme encerrado en la conejera, fiando mi libertad á la suerte.

—Si hubieras cumplido bien mis órdenes, te hubieras evitado el peligro y ahora nosotros tendríamos siquiera asegurado á ese pícaro García.

—Yo creia que estaba bien seguro donde estaba.

—Pues ya ves el resultado—dijo don Tadeo cada vez más enojado.

—Es verdad, pero ya no hay remedio.

Y el tio Langosta fijó la vista en las botellas vacías que habia sobre el mostrador, y dijo:

—Por lo que veo, se ha bebido de lo largo, mientras que yo estaba muriéndome de hambre y de sed por allá dentro. ¿Y quién va á pagarme todo esto?

—¡Habrá miserable!—contestó Bernardote—despues que le acabamos de salvar, se atreve á reclamar unos cuantos reales.

—Mira, hijo, cada uno es libre de pedir lo suyo; si yo fuera rico, nada me importarian unos cuantos pesos más ó menos, pero en mi estado de *probeza*.....

—Vamos, basta; ya se pagará todo el gasto.

—Has hablado como un ángel, Simon.

Don Tadeo, que durante este diálogo habia permanecido silencioso y preocupado, exclamó:

—Simon, hay que remediar en lo posible este fracaso.

—Se hará lo que se pueda.

—No solamente tenemos á García, á quien juzgo ya un enemigo bastante temible, sino que tambien tenemos á los que estaban presos aquí, y sobre todo á las majas.

—¡Diablo! ¡Diablo!—dijo Simon rascándose la cabeza—lo peor de todo es que haya hembras por en medio.

—Mala cosa es—añadió sentenciosamente el ventero—por una moza, alcarreña por cierto, estuve yo cuatro años encerrado.

—¡Buena obra nos ha hecho el tal García! Lo que parece imposible es que vosotros, que fuísteis quienes me lo proporcionásteis, no le conociéseis mejor.

—Eso, Simon—repuso Langosta—él fué quien le trajo.

—Y tú tambien, viejo marrullero—exclamó Simon—no quiere ahora el ventero echar el cuerpo fuera!....

—Vamos, vamos; pensemos ahora, más que en incomodarnos, en ver de remediar el daño—dijo don Tadeo.

—Como caiga otra vez bajo mis uñas, yo le aseguro que se acordará de mí—añadió el tio Langosta.

Simon y don Tadeo eran los que más temian á García, especialmente el último, pues sabia cuanto habia ya intentado en su daño.

—Sin perjuicio de lo que se nos mande hacer respecto á los otros, soy de parecer que por la cuenta que nos tiene nos pongamos sobre la pista de nuestro comun enemigo; si no podemos apoderarnos cuanto antes de García es fácil que nos dé un que sentir—arguyó don Tadeo.

—¿Quién sabe si ya nos habrá delatado?

—Todo podria ser, Simon, y si no lo ha hecho hoy, puede hacerlo mañana.

—Hay que procurar evitarlo, y yo por mi parte haré cuanto pueda; creo que podré contar con vosotros dos—dijo Simon dirigiéndose á Bernardote y Miguel.

—Mientras haya cuartos, cuenta conmigo.

—Lo mismo digo yo que Bernardote.

—Corriente.

—Decidme, muchachos—preguntó Langosta—¿ha estado la casa sola mucho tiempo?

—Desde que llegamos nosotros ni un minuto—contestó Miguel.

—Dios os lo pague.

—Si eres tan pobre, ¿qué te pueden robar?—preguntó Simon.

—¡Toma! botellas, vasos, tonterías; pero que cuestan dinero y yo no tengo para gastar.

A Miguel y Bernardote les retozaba la risa por el cuerpo, pero disimulaban perfectamente.

—Con que tú, Simon, quedas encargado de echar el guante á García.

—Yo os prometo que poco he de poder ó no se me escapará.

—Si lo atrapas tráemelo aquí—dijo Langosta cuyos ojos brillaron cual si fueran dos áscuas de fuego.

—¿Para que se te escape otra vez?

—Pierda *cudiao* su merced, que antes se me escaparia el alma del cuerpo.

—Bien, lo primero es que esté en nuestro poder—replicó Simon.

—Dices que uno de los jóvenes que en union de los soldados y el jefe salvaron á los secuestrados, se llamaba.....

—Don Ramon—contestó Langosta.

—Bueno es saberlo, ya me figuro quién es; ¿y el otro?

—Antonio oí que don Ramon le llamaba.

—Procuraré informarme de quiénes son.

—¿Y por qué? ¿Qué falta hace eso?

—Siempre es bueno saber de quien hay que guardarse.

—Verdad es—contestó Simon.

—Puesto que nada hacemos aquí, vamos fuera—replicó don Tadeo.

—En marcha, pues—dijo Simon.

—Y esto ¿quién lo paga?—exclamó Langosta señalando los restos de la comida de los bandidos.

—Toma, hombre, no parece sino que no nos hayas de ver más.

Simon entregó á Langosta algunas monedas de plata.

—Está bien, pero.....

—¿Qué se te ocurre?

—Preguntar á don Tadeo si le vendria bien arreglar nuestra cuenta.

—No tengo tiempo para eso, ahora—repuso de mal talante el viejo.

—Mire su mercé, el caso es que yo.....

—¿Tienes acaso desconfianza?

—No, pero.....

—¿Pero qué?

—Hay muertes repentinas, y en ese caso ¿á quién reclamaba?

—Más perderia yo si eso sucedia.

—Creo que.....

—Te he dicho que ahora no puede ser, déjate ver mañana conmigo.

—Es que á mí no me conviene dejar la casa sola, porque mis parroquianos.....

—Pues si no puedes ir á Madrid, peor para tí—dijo don Tadeo un tanto amoscado.

—¡Vaya que está *gueno esto*!

—Ya te traeré yo el dinero—dijo Simon.

—¿Me das tu palabra?

—Sí, hombre.

—Corriente, ya estoy más conforme, porque tú has cumplido siempre.

Tadeo, Simon y sus compañeros salieron de la venta y emprendieron la caminata hácia Madrid.

—¡Vaya un tuno marrullero y desconfiado!—exclamó don Tadeo.

—No hay que hacerle caso.

—En castigo deberia no acabarle de pagar.

—No hagais eso.

—¿Por qué?

—¡Toma! el por qué salta á la vista.

—No sé verlo.

—Pues hombre, claro está que el tio Langosta, caso de no pagársele lo que se le debe, trataria de tomar venganza.

—Me rio yo de lo que él pudiera hacer.

—No le conoceis bien.

—¿Tan temible es?—preguntó sonriendo irónicamente don Tadeo.

—Más de lo que podeis figuraros.

—Nunca lo hubiera dicho.

—Además, podemos aun necesitarle.

—Eso es ya otra cosa.

—Creedme, lo mejor es quedar en paz con él.

—Así lo haré, bien á pesar mio.

—Seguro estoy de que no dormirá tranquilo hasta que tenga en su poder él dinero que teneis que darle.

—Permita Dios que cada real se le vuelva una víbora que le destroce. En buen berengenal nos ha metido.

—Bien, pero comprenda su merced, que si la cosa ha pasado como él lo cuenta, no tenia otro remedio que ceder—dijo Simon.

—En fin, con lamentarnos no hemos ya de sacar nada; por lo tanto, lo mejor es que lo dejemos estar, y que nos ocupemos solamente de García.

—Pero ¿por qué tanto empeño con él?

—Porque tenemos necesidad de vengarnos, ya que otra cosa no podamos hacer.

—Eso, desde luego; una buena puñalada y.....

—No; una puñalada es poco. Es menester, una vez que se le haya encontrado, seguirle, descubrir sus planes, destruírselos, y matarle despues.

—No está mal pensado eso—repuso Simon sonriéndose.—¿Qué os parece, muchachos?

—Que está muy bien pensado—dijo Bernardote.

Entretanto habian llegado á Madrid, y don Tadeo dió á cada uno las instrucciones que juzgó más convenientes para el mejor éxito de su plan, y todos se separaron, quedando convenidos en los puntos en que debian verse.

CAPÍTULO XXV.

Volvemos á encontrarnos con nuestros amigos.

Es muy natural y justo que el lector desee saber algo de nuestras majas, á quienes dejamos en el momento de recobrar su libertad, y deber nuestro es el procurar satisfacer en lo posible tal curiosidad.

Una vez libres del poder de sus perseguidores, Paca, Dolores y Concha, renació de nuevo la alegría en sus corazones, y no sabemos si fué la principal causa de ello el verse en libertad ellas, ó bien el saber por sí propias que habian salido ya del encierro aquellos á quienes adoraban.

Las tres se abrazaron y besaron con infantil cariño, y en tanto que se procedia á la prision del marqués Adelfi, dijo Dolores por lo bajo á Paca y á Concha:

—Ahora somos verdaderamente felices.

—Tú y ésta sí, pero yo.....

—¿Acaso no tienes tambien ahí á tu don Luis?—repuso Concha.

—Y aun cuando así sea, ¿qué adelanto con eso? Yo le amo, ya lo sabeis, pero en cambio, respecto á él, no sé nada.

—Ya se explicará, no tengas cuidado—dijo alegremente Dolores.

—Un desengaño me causaria la muerte.

—Vaya, no pienses ahora en cosas tristes.

—Cuando gusteis—dijo en alta voz Vicente.—¿Vamos?

—No deseo yo otra cosa—exclamó Lola.

Las tres amantes parejas se pusieron en camino en direccion á la casa de Concha, que era la que estaba más cerca de los barrios donde á la sazon se encontraban.

Llegados á la puerta de la casa de la maja, se detuvieron.

—Vamos para adentro—dijo Lola.

—Sí, hoy debe hacerse aquí un poco de tertulia—repuso Joselito.

—No hallo en ello inconveniente—agregó Luis.

Una vez en la sala, y encendida la luz, sentáronse, y dió principio la general conversacion.

—Vamos á ver: ¿quién va á ser la que nos haga relacion de lo ocurrido?—preguntó Vicente.

—Cualquiera; yo, si quereis.

—Habla, pues, Lola.

No se hizo ésta de rogar, y en breve hubo relatado cuanto habia ocurrido á contar desde el instante en que el alcalde de casa y córte redujo á prision á los tres amigos.

—Por lo que veo, el señor don Tadeo es un solemne bribon.

—Bien te lo decia yo, Joselito—dijo Concha.

—Pues te prometo que no irá á Roma por la penitencia el dia en que yo le eche la vista encima.

—No vayas á comprometerte ahora, por Dios te lo pido.

—No te alarmes, que no ha de llegar la sangre al rio tratándose de ese viejo truhan.

—En cambio, el señor marqués Adelfi y sus dignos amigos.....—dijo Vicente con reconcentrada ira.

—Déjalos en paz—contestó Lola.

—Mucho hemos de agradecerles á Ramon y á Antonio; merced á su eficacia, nos vemos libres, y hemos podido llegar á tiempo de evitar vuestra perdicion.

—Razon tienes, Vicente; á ellos les debemos la felicidad de que ahora disfrutamos—dijo don Luis mirando amorosamente á Paca.

—¡Pero qué! ¿No hemos de celebrar tan fausto acontecimiento?—preguntó Joselito alegremente.

—Me parece bien tu idea—respondió Vicente.

—¡Pues, ea! Vereis cuán pronto estoy yo aquí de vuelta con alguna friolera.

—¿No seria mejor dejarlo para otra ocasion?

—¿Por qué, reina mia?—dijo el torero contestando á su maja.

—Porque ya es tarde.

—Cualquier hora es buena para celebrar una fiesta.

—Es que yo no me encuentro del todo bien—repuso Concha.

—¿Pues qué tienes?—preguntó alarmado Joselito.

—Nada, pero conozco que no me haria provecho tomar ahora nada.

—Dejémoslo, pues, para mejor ocasion—dijo don Luis.

—Sea así; mañana será otro dia, como decia el pícaro del vejete que nos tenia encerrados; vaya un tunante más redomado.

—Creo que corre peligro de morir de hambre en el mismo sitio que nos guardó á nosotros.

—No lo creas, Vicente: los que le pagaban ya cuidarán de libertarle.

—Esta leccion hemos de procurar sea la última; vivamos prevenidos, porque sino el dia ménos pensado tendremos otro disgusto, creedme.

—Dice bien, Vicente—dijo Concha.

—Vosotras, más que nosotros habeis de andar con tiento; no os fieis de nadie y aun cuando se os diga algo en nuestro nombre, no hagais caso de ello. A nosotros es más difícil que nos sorprendan.

—Pues yo creo, Joselito, que vosotros sois los que más habeis de temer una picardía—dijo Lola.

—Unos y otros hemos de vivir prevenidos, ya que milagrosamente hemos escapado de la red en que habíamos caido. Desde mañana formaremos nuestro plan de campaña, y mucho será que entre todos no hallemos medios suficientes para librarnos en adelante de las tramas que se urdan contra nosotros.

—Hablas como un sabio, Vicente.

—¡Ea! vámonos ya; Concha necesita algun descanso y nosotros tambien; acompañadme hasta la puerta de casa é id despues á dejar á Paca en la suya.

—Dicho esto, Lola se levantó y los demás la imitaron.

Despidiéronse de Concha y se ausentaron.

Cuando las majas quedaron en sus respectivas casas, los tres amigos celebraron una pequeña sesion en la calle.

—El estómago me está dando voces—dijo Joselito.

—Otro tanto hace el mio, y puesto que nuestras palomas descansan ya tranquilamente en sus nidos, bueno fuera que pensáramos en nosotros.

—No hay más entonces que andar unos cuantos pasos más ó menos, y poco hemos de tardar en hallar lo necesario para fortalecernos.

—Dice muy bien, don Luis.

—Andando pues, y de ese modo podrás ponernos al corriente de lo que te ha ocurrido durante tu cautiverio y nosotros te contaremos lo que nos ha acontecido.

—Es verdad, puesto que desde que nos hemos vuelto á ver, casi nada hemos podido hablar respecto á nosotros.

Pusiéronse en marcha los tres amigos.

Al doblar en una esquina, tropezaron con cierto indivíduo, al que no conocieron, porque llevaba el rostro casi enteramente cubierto con el embozo de su capa.

El desconocido, en cuanto hubieron pasado los tres amigos, se puso recatadamente en su seguimiento, murmurando entre sí:

—No creo que me hayan conocido; este traje me desfigura por completo, y lo que es la cara no han podido vérmela; bueno será seguirlos.

El mismo hosterero que por la mañana recibió tambien á don Ramon de la Cruz, se apresuró á servir á don Luis y á sus dos amigos, en cuanto entraron en su establecimiento.

—¡Oh! señores! cuánto bueno por esta casa! A fe que vuestra ausencia durante tantos dias, me tenia alarmado.

—Tambien nosotros hemos sentido vernos privados de venir aquí—contestó don Luis.

—Se trata de que nos deis bien de cenar.

—Pierda cuidado el señor Joselito, que ha de quedar satisfecho.

—Eso es lo que deseo.

—Al instante quedarán sus mercedes servidos.

—¿Está desocupado mi cuarto favorito?

—Completamente, señor don Luis.

—Pues vamos á él.

Un instante despues, estaban instalados los tres amigos en un pequeño y decente aposento.

Dos mozos se apresuraron á cubrir la mesa con todo lo necesario, y no se hicieron esperar mucho los manjares.

El hombre que habia seguido recatadamente los pasos del torero y sus dos compañeros, entró poco despues que ellos en la hostería.

—¿Teneis—le dijo al dueño—algun cuarto cerca del que hayais destinado á los tres hombres que han llegado hace poco?

—Le tengo.

—¿Podré enterarme desde él, de lo que hablen esos sugetos?

—Solo los divide un tabique de madera, y á poco que levanten la voz.....

—¿Supongo que sereis discreto?

—Serlo, es el mejor medio para ganarse el sustento.

—Guiadme, pues.

—¿Tomareis algo?

—Falta me hace á la verdad.

—¿Qué quereis que os sirvan?

—Una buena cena.

El dueño del establecimiento instaló al curioso desconocido en un pequeño cuartito á espaldas de aquel en que se hallaban los tres amigos.

—Perfectamente—dijo bajando la voz.—Haced porque se me sirva pronto, y bien.

—Yo mismo he de hacerlo; con eso creo que quedareis complacido.

—Está bien.

Poco se hizo esperar el hosterero, el cual traia todo lo necesario.

—Está bien; traedme de una vez las viandas que hayais de servirme, y marcháos hasta que os llame.

—Así lo haré.

—No olvideis ser prudente.

—Pierda su merced cuidado.

En cuanto nuestro hombre tuvo ante sí algunos platos con vianda y se vió solo, empezó á despacharse á su gusto procurando al par que comia aguzar el oido á fin de apercibir lo que se hablaba en el aposento contiguo.

—¿Qué te ha parecido nuestro relato?—preguntó Vicente á don Luis.

—Curiosísimo; y hay en él una cosa que me sorprende.

—¿Cuál es?

—El interés que se tomaba por vosotros el indivíduo que por salvaros quedó á su vez preso.

Al oir esto el indivíduo que estaba á la escucha, prestó mayor atencion, y casi puede decirse que no respiraba por no perder una palabra de la conversacion sostenida en el cuarto vecino.

Joselito fué el que contestó á don Luis, diciendo:

—¡Toma! Aquel hombre obraba movido por el interés.

—Qué sé yo; en todo esto hay algo que no me gusta, aunque no acierto á explicarme el verdadero motivo.

—¿Qué podemos temer del tal indivíduo?—preguntó Vicente.

—¡Quién sabe! ¿No os llama la atencion, el que apenas se vió libre procurara separarse de vuestro lado?

—En efecto, el caso es algo raro—respondió Joselito.

—Parecia lo más natural que se hubiera despedido de vosotros.

—Pues no lo ha hecho, tanto que, segun te he significado antes al relatarte cuánto nos habia ocurrido, me sorprendió y no poco el ver que se habia escurrido á la callada.

—Créeme, Vicente, ese hombre es un bribon.

Al oir la última frase pronunciada por don Luis, el indivíduo que tenia pegado el oido junto al tabique de madera, se rascó la nariz de un modo singular.

—Quizá no te equivocas en tu juicio—dijo Vicente dirigiéndose á Luis; y éste le replicó:

—Creo muy prudente que vivais muy sobre aviso respecto al tal hombre; cuando le veais habladle amablemente, pero sed cautos.

—Pierde cuidado; por mi parte así lo haré.

—Tambien yo—repuso Joselito.

—Echemos, pues, el último bríndis—dijo Luis llenando los tres vasos.

—Por nuestra pronta y deseada felicidad.

—Así sea—replicó Vicente.

Una vez apurado el líquido que contenia el respectivo vaso de cada uno de los amigos, salieron del aposento que ocupaban; don Luis satisfizo la cuenta y los tres amigos se alejaron á buen paso hácia sus respectivas viviendas.

El indivíduo que habia estado escuchando cuanto dijeron sus vecinos, seguro ya de que aquellos habian despejado el campo, llamó al hosterero.

—¿Qué manda su merced?

—Saber cuánto os debo.

—Una friolera, señor.

—¿Basta con eso?—dijo dándole medio doblon de oro.

—Basta y sobra, caballero—dijo con la mayor cortesía el hosterero.

—Entonces, buenas noches.

Sin aguardar contestacion salió nuestro hombre de la hostería.

—Casualidad ha sido el encontrarlos, y buena idea tuve al seguirlos; desconfian de mí; bueno es saberlo.

Indudablemente que el discreto lector habrá sospechado ya desde el principio, que el curioso personaje no era otro que el señor García, á quien la casualidad habia puesto sobre el camino de nuestros amigos á las pocas horas de recobrada su libertad, pudiendo merced á esta circunstancia hablar mejor despues á Gil Perez, segun vimos en otra parte.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se verá que Joselito corre un grave peligro.

Dos dias estuvo en cama Concha, á contar desde la noche en que recobró su libertad.

Desde el primer dia en que se halló restablecida, acudió por la noche á la novena que se celebraba en San Cayetano á la Inmaculada Concepcion.

Como es de suponer, Joselito la acompañaba hasta la puerta de la iglesia, y allí iba á esperarla, á fin de acompañarla á su casa á su salida del templo.

Tres ó cuatro dias despues del restablecimiento de Concha y á la hora de costumbre, fué Joselito á ver á su maja, la cual ya se hallaba disponiéndose para salir.

Largo rato hacia ya que los dos amartelados tórtolos estaban en agradable conversacion, cuando el torero preguntó:

—¿Vas tambien hoy á San Cayetano?

—Todos los dias, hasta que concluya la novena.

—Cuatro dias te faltan aun.....

—Parece que lo sientes.

—Sentirlo no, pero deseo que termine cuanto antes, porque se pasa mejor el rato cuando nos reunimos con los amigos.

—Poco antes de venir tú se ha ido Lola.

—Y yo, cuando he venido, me separé de Vicente.

—¿Quieres serme franco?

—¿Cuándo dejo yo de serlo?

—Hoy por lo menos.

—No te entiendo.

—Cuando has entrado venias pálido y convulso, y sin embargo no has querido satisfacer mi curiosidad.

—Es que tú te has empeñado en creer que me habia pasado algo, y no me quieres creer.

—Y no te creo.

—Pues entonces, ¿cómo te he de convencer?

—Diciéndome la verdad.

—¡Pero mujer!....

—Jura por mi salud que nada te ha ocurrido.

—¡Dios me libre!

—¡Hola! parece que te he pillado.

—No..... quiero decir que es muy feo eso de jurar.

—Entonces; ¿por qué lo haces otras veces?

—Sí, es verdad, pero.....

—No hay pero que valga; ¿no comprendes que no diciéndome lo que te ha ocurrido, voy yo á creer que es una cosa muy mala?

—Pero si no vale la pena.

—¿Ves, cómo al fin confiesas?

—Soy un torpe, y en mirándome tú con esos ojazos que Dios te ha dado, ya no sé lo que me digo ni lo que me hago.

—Sepamos lo que ha pasado.

—Nada absolutamente de particular; al embocar esta calle

poco menos que tropecé de manos á boca con el impertinente de Gil Perez, y he tenido que hacer un gran esfuerzo para contenerme; eso es todo.

—Pues no eres mal tonto en preocuparte por ese necio.

—¿Qué quieres que te diga? cuando le veo se me vienen unos deseos de hacerle algun regalo, que tú no te puedes figurar.

—Acuérdate que me has jurado no comprometerte.

—Pues por eso me contengo.

—Y así debes hacerlo.

—Despues de todo, hay que confesar que merece algun perdon el que un hombre se prende de tí, hasta el extremo de volverse loco, porque eres tú mucha mujer, créeme.

—Y tú un adulador de primera.

—Yo digo la verdad: ¿quién no se marea viéndote? seria preciso no tener nada aquí dentro.

Y Joselito se golpeó el pecho.

—Hora es ya de que te vayas—dijo Concha, mudando repentinamente de conversacion.

—¿Ya?

—Primero es la obligacion que la devocion, y yo he de trabajar.

—No veo la hora en que solo trabajes para mí.

—Vaya, vete, vete—dijo Concha con el rostro encendido y bajando los ojos.

—Es que te hablo con formalidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre que es preciso que no se retarde el dia de nuestra felicidad.

—Pero, hombre, ¿no quieres acabar de irte?

—¡Pues si acabo de llegar!

—Digo, y hace más de una hora que estamos charlando como dos cotorras. A tu lado las horas me parecen minutos.

—Manuela está ya acabando las faenas de la cocina, y en

cuanto acaba se va, y ya sabes que no estando ella en casa no quiero que tú estés.

—Creo que ya podias tener en mí sobrada confianza.

—Y la tengo, pero no quiero yo ir en lenguas de nadie; me gusta verte y hablarte, y eso no lo dudes, pero siempre delante de la gente. Sabe Dios lo que alguna mala lengua habrá supuesto al ver que faltaba de casa tres dias.

—¡Yo que oyera hablar!....

—Mejor es que no hablen.

—Dices bien.

—¿Vendrás para acompañarme á la novena?

—¿Querias tú que faltara?

—Podrias tener algo que hacer.

—Por tí lo dejaria todo.

—¿Dirás siempre lo mismo?

—Aunque viviera mil años.

—Allá veremos, ea; adios.

—Adios, pues, y hasta luego.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

—Aquí me tienes, tan puntual como un reloj.

Así dijo Joselito al entrar en casa de Concha á la hora convenida.

—Aguarda un momento; en seguida termino mi tarea.

—Fea está la noche, y si no te encuentras del todo bien, te aconsejo que suprimas hoy la novena.

—Me encuentro muy bien, á Dios gracias, y yendo á tu lado no me intimida la oscuridad.

—Haces bien, porque para llegar á tí, seria preciso que me atravesaran el corazon de una puñalada.

—¡Ave María purísima! ni en broma me gusta que digas eso.

—¡Bah! no seas tonta.

—No sabes tú el estremecimiento que he sentido al escucharte.

—No seas medrosa.

—Bien, no hablemos pues más de eso.

—Hablemos de lo que quieras.

—¿Has vuelto á ver á Vicente?

—No.

—¿Y á don Luis?

—Tampoco.

—Hoy no he visto á Paca.

—Cuando se acabe la novena podemos ir allá.

—Veremos.

—¡Manuela!—dijo Concha llamando.

—¿Qué hay?—contestó presentándose una anciana de bondadosa faz.

—Bien, ya veo que está usted á punto.

—¿Y tú no te arreglas? Llegaremos tarde.

—Al momento estoy.

Concha se entró en otra habitacion, y cortos instantes despues salia de ella completamente ataviada para salir á la calle.

—¡Bendito sea ese rumbo y esa sal!—dijo Joselito al verla.

—¿No ve usté, señá Manela, qué loco éste?

—Joselito está siempre alegre, y no me extraña nada de él.

—¿Vamos?—dijo Concha.

—Vamos, pues.

Manela apagó la luz del velon; despues de haber encendido una mariposa cerró la puerta, y salió trás la enamorada pareja.

—Bien dijiste que estaba la noche fea.

—Sí que lo está—agregó Manuela.

—Y húmeda sobre todo.

—Aligeremos el paso, porque ya se habrá empezado la funcion.

—¡Bah! lo mismo da llegar un poco antes que despues—dijo el torero.

—A mí no—contestó Manuela.

—No haga usté caso de este loco—dijo Concha.

—A mí, á tu lado es donde me gusta llegar con puntualidad.

—Más te valiera hacer eso cuando se trata de la Vírgen.

—Pues si tú eres mi Vírgen, mi cielo y mi todo.

—Calla, no sea cosa que Dios te castigue.

—¿Pues en qué le ofendo?

—En eso que dices.

—Pues no lo entiendo.

—Lo primero es lo primero.

—Por eso, para mí lo primero eres tú.

—Despues de Dios.

—Se entiende.

—¡Vamos! calla y no digas más disparates, que ya estamos delante de la casa de Dios.

—Aquí te aguardaré á la salida.

—¿No entras?

—No; aprovecharé el rato que tú estás en la novena, despachando cierto asunto que me interesa.

—Procura no faltar; está la noche muy oscura, y no me gustaria tener que volver á casa sin tu compañía.

—No tengas cuidado que aquí me encontrarás.

—Pues hasta luego.

—Adios, alma mia.

Concha y la señora Manuela entraron en el templo.

Joselito se embozó, y se alejó de aquel sitio.

A la hora poco más ó ménos en que el torero calculó que la funcion religiosa estaba por concluir, volvió de nuevo al sitio convenido.

Subió las gradas que conducian al templo, y recostado en una de las pilastras que adornaban el pórtico aguardó á que

terminase la funcion. Si Joselito no se hubiera hallado distraido, si hubiese observado la pilastra que estaba colocada á su derecha, y se hubiese fijado en un bulto que al parecer era un hombre que procuraba recatarse resguardándose detrás de la mencionada pilastra, es muy factible que hubiese recelado algo y se hubiese puesto sobre aviso, pero nada vió, y por consiguiente, tampoco receló lo más mínimo.

A muy poco de estar esperando el torero, terminó la novena, y la escasa gente, que merced á lo desapacible de la noche habia acudido á ella, comenzó á salir del templo.

Las últimas personas que salieron de la iglesia lo fueron Manuela y Concha.

Joselito al ver á la maja, extendió en el suelo su capa, y junto á ella, é hincando en tierra una rodilla, exclamó:

—¡Bendita seas, reina de mi alma!

En el mismo instante, Concha lanzó un grito desgarrador.

Un hombre, el mismo que se ocultaba desde hacia rato tres una de las pilastras, se acercó rápida y cautelosamente hácia el torero y en el momento que éste hincaba en tierra la rodilla, sacó un puñal y le levantó para herir traidoramente por la espalda á Joselito. Al grito de la maja, su amante volvió la cabeza, y por medio de un brusco movimiento pudo evitar el fatal golpe que le amenazaba, y en el mismo instante el agresor se vió sujeto por el brazo en que sostenia el arma.

Joselito, al reconocer á su salvador, dijo, procurando levantarse:

—Ánimo, don Luis, que allá voy yo.

El asesino no perdió la serenidad en aquel momento supremo.

Cambió rápidamente de mano el puñal, y antes de que nadie pudiera impedirlo, le hundió en el pecho de don Luis, quien cayó á tierra inmediatamente, exhalando un gemido de dolor.

—¡Ah, tunante!—exclamó Joselito lanzándose hácia él.

¡BENDITA SEAS! REINA DE MI ALMA...

Pero fué tan rápido todo, que á pesar de la cortísima distancia que separaba á unos de otros, el asesino pudo escapar por la boca-calle inmediata.

Al mismo tiempo, un anciano que perfectamente envuelto en su capa habia seguido con visible atencion todos los movimientos del asesino, separóse de la pared al verle huir, y echó calle adelante en su seguimiento, murmurando:

—¡Magnífico! Vaya por donde el bueno de García me ha quitado de en medio á don Luis. Casi, casi debia perdonarle lo que hizo antes por lo de ahora, pero sepamos dónde va, que el saber no ocupa lugar.

Entretanto las pocas personas que se apercibieron del suceso, cuidándose más bien del herido que de perseguir al asesino, lo cual no era muy fácil, dadas las condiciones de aquellos barrios, tuvieron que dejarle escapar, bien á pesar suyo.

Joselito y Concha lanzáronse de los primeros en auxilio de don Luis.

—¡Ah, bribon!—exclamó el torero con acento en que se revelaba, tanto el dolor que sentia por la desdicha del caballero, cuanto la cólera que le inspiraba el asesino.

Este, por las palabras del viejo, en quien nuestros lectores habrán reconocido á don Tadeo, era García.

CAPÍTULO XXVII.

Cenizas de amor.

Siguiendo el relato de otros acontecimientos, hace tiempo que no hemos hablado de la condesa de Santillan, despues que hubo celebrado con su esposo la entrevista que ya conocen nuestros lectores á consecuencia de la declaracion que Gil Perez le hizo respecto á los amores de su esposa con don Luis de Guevara.

Como que precisamente se trata de hechos anteriores á los que acabamos de referir en el último capítulo, hechos que van relacionados tambien con el caballero traidoramente herido por García, nos vemos precisados á suspender en aquel punto nuestra narracion á fin de darlos á conocer.

Segun vimos en el capítulo en que se refirió la entrevista celebrada entre ambos esposos, la impresion que sintió la condesa fué terrible.

En el mismo capítulo á que nos referimos nos hicimos car-

go tambien de la extraordinaria irritacion del conde, que no solamente se veia obligado á deplorar la ofensa inferida á su honor, sino que además tenia que escuchar las frases duras y desdeñosas de su esposa, cuyo amor no habia podido alcanzar jamás.

Durante los primeros momentos que se siguieron á la salida de don Rodrigo de la habitacion de su esposa, ésta permaneció serena y altiva cual se habia mostrado durante toda la escena anterior.

Mas tan luego se hubo convencido de que su esposo se habia alejado, una trasformacion completa se verificó en ella.

El dolor en su expresion más desgarradora se mostró en su rostro.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—gritó con explosion—no permitas que él muera y que sea yo la causa de su muerte.

Despues se dejó caer completamente abatida en un sillon, del cual se levantó á los pocos momentos como asaltada por una súbita idea.

—Pero el conde ha dicho que iba á matarle—exclamó—es preciso que Luis se salve á toda costa.

Detúvose nuevamente murmurando al cabo de algunos segundos:

—Pero ¿merece acaso ese don Luis el interés que por él me tomo? ¿No me ha dado al olvido? ¿No está preso en las redes de otros amores? ¿No alimentaba otra pasion á la par que á mí me mentia tambien? ¿Por qué tomarme, pues, tanto interés por quien ni de mí se acuerda ni es digno siquiera de mi amor?

Siguióse nuevo momento de silencio á estas frases hasta que de súbito y en un arranque lleno de ternura y de pasion, dijo:

—¿Y qué importa que él no me ame para que yo acuda á salvarle la vida? ¿Podria yo vivir si él muriese?

Y tras estas palabras envolvióse la dama en un cumplido

manto, cuyo velo le cubria perfectamente el rostro, y aprovechándose de las sombras de la noche que habian empezado ya á extenderse sobre la coronada villa, descendió por una escalera de servicio al ancho portalon de su palacio, encontrándose poco despues en la calle.

Apenas pensó en las consecuencias del paso que iba á dar.

En su ceguedad, en la agitacion que le producia la sola idea de llegar tarde en socorro del hombre á quien amaba, no pensó en el riesgo que corria encontrándose á aquellas horas sola y en medio de las calles de Madrid, en aquella época no muy seguras.

En breve espacio salvó la distancia que le separaba de la casa de don Luis.

Necesitaba llegar cuanto antes á ella.

Y una vez que hubo llegado, lo primero que preguntó á los criados fué si habia ido alguien á buscarle hacia algunas horas.

Cuando le contestaron que nadie, respiró llena de satisfaccion.

Llegaba á tiempo todavía.

Pero don Luis no estaba en su casa.

Esta fué una contrariedad terrible para la dama.

Quizás el conde se habria encontrado con él, habria seguido una explicacion al encuentro, y tras la explicacion tal vez sobrevendria un desafío.

—Necesito ver á don Luis inmediatamente; que venga—dijo á los criados que la contemplaban curiosamente.

—¿Desea esperarle su merced?—preguntó uno de ellos.

—Sí, conducidme á su habitacion.

Los criados vacilaron.

—¿Sabe su merced lo que ha pedido?—exclamó uno.

—Si quereis aguardarle, podeis hacerlo en el portal.

—Os he dicho que me conduzcais á su habitacion.

Y tan imperioso y tan altanero fué el acento empleado por

la dama al pronunciar estas palabras, que los criados no pudieron menos de mirarse unos á otros, diciendo uno de ellos por fin:

—Venid, señora; venid, si os place.

—Guiad.

Y doña Isabel, dirigiéndose á los criados que allí quedaban, les dijo:

—Tan luego como llegue, avisad á vuestro señor que hay una dama que le espera.

Y siguió al criado, que le condujo hasta la habitacion de su señor.

Parte del objeto de doña Isabel estaba conseguido.

Solo faltaba que llegase don Luis pronto, y que no se hubiese encontrado antes con el conde.

El criado la dejó sola, y una vez así, pudo entregarse en absoluto á sus reflexiones.

¿Creeria don Luis lo que ella le iba á decir?

¿Se revestiria de la prudencia suficiente para evadir un choque con el conde?

¿Tenia ella influencia suficiente en su corazon para mandarle?

Todos estos pensamientos aumentaban su desasosiego y su zozobra.

Poco tiempo llevaba en aquella situacion, cuando alzándose el tapiz que cubria el hueco de la puerta, apareció en ella don Luis.

Alzóse vivamente doña Isabel de su asiento, y durante breves segundos estuvieron contemplándose.

Turbada y confusa estaba la dama.

Curioso é impaciente estaba el caballero, en términos, que no pudiendo dominar su impaciencia, y viendo que la dama permanecia callada, exclamó:

—¡Señora!

Doña Isabel entonces, comprendiendo lo que aquella excla-

macion significaba, dijo alzándose el velo que cubria su rostro:

—¿Me conoceis, caballero?

—¡Doña Isabel!—exclamó éste dando un paso hácia ella. ¿Vos en mi casa? ¿Qué hice yo para merecer tamaña honra?

—No podemos perder tiempo, don Luis; asunto muy grave es el que aquí me trae.

—Hablad, señora, hablad. ¿En qué puedo complaceros?

—Salvándoos.

El jóven contempló lleno de asombro á doña Isabel.

—¡Salvándome, habeis dicho!—exclamó.

—Sí tal, van á venir á mataros.

—¿Y eso os asusta? ¿Y eso os obliga á venir á estas horas á mi casa? No paseis cuidado, que no tan fácilmente se deja matar don Luis de Guevara.

Y el acento con que el caballero pronunció estas palabras, fué completamente sereno. No se advertia en él ni jactancia ni tampoco el deseo de hacer alarde de su destreza y valor.

Doña Isabel sintió que se despertaba su amor con mayor violencia, y tal vez sus ojos anduvieron en aquellos momentos, por más esfuerzos que hizo, algo indiscretos, porque don Luis, que debió ver algo más de lo que quisiera en su mirada, no pudo menos de arrugar la frente, diciendo despues:

—Grande es el agradecimiento que vuestra accion me inspira, señora, y no puedo comprender que á tanto llegasen mis merecimientos; pero á la par debo tambien deciros que el paso que dísteis esta noche ha sido asaz aventurado, y deploraria, más que el riesgo que corro, cualquier cosa que os pudiera acontecer, por insignificante que fuera.

—Salváos, señor don Luis, que eso es lo principal. En cuanto á mí, hace tiempo que hice abnegacion completa de mi vida, de mi reposo, de mi tranquilidad, con tal de veros feliz.

—¡Señora!....

Y don Luis no supo qué contestar.

Aquella alusion á su pasado que él mismo habia destruido, aquella evocacion de juramentos y de promesas holladas por él, y por él condenadas al olvido, avergonzóle, y bajó los ojos por no encontrarse con la reprochadora mirada de la condesa.

Esta comprendió, sin duda, lo que pasaba en el corazon de su amante, y sonriendo tristemente dijo:

—No inclineis la frente avergonzado; no habeis sido culpable por el rápido desengaño que hácia mí sentisteis, ni yo os quiero hacer reproche alguno por vuestra anterior conducta, ni la ocasion presente es á propósito para ello. Si ante los ojos del conde mi esposo he perdido la honra, si tal vez en la vergonzosa participacion que en vuestro corazon me disteis con la dama del marqués del Alcázar, ésta sabe y conoce, como de ello me ha dado más de una prueba, toda la violencia de un fuego que vos encendísteis, y que á pesar de todo aun no se ha extinguido, ¿qué puede ya importarme cualquier otra cosa que me suceda? Ha pasado tanto por mí en muy poco tiempo que nada puede sorprenderme ya. Creedme, don Luis; alzad la frente y tratad de evitar el golpe que os amenaza.

—¿Pero de qué golpe se trata? ¿Cómo habeis podido descubrir que yo esté á punto de ser víctima de un atentado?

—Lo que me sorprende, es que no lo hayais sido ya. Desde esta mañana estoy temblando por vos y vacilando entre mi deber y mi antiguo amor, entre el despecho y el cariño; he pasado horas muy crueles durante todo el dia, hasta que finalmente me he decidido por arrostrarlo todo.

—No os comprendo.

—El conde ha llegado á Madrid.

—Acabo de saberlo en casa del conde de Lazan.

—Pero lo que no sabeis es que ha salido de Villaviciosa más enterado sin duda de lo que habia entrado allí.

—¡Cómo!

—El conde ya en otra ocasion supo que habíais pasado en

el Pardo algunos dias, y con este motivo medió entre nosotros una explicacion un tanto violenta. Entonces no sabia quién érais, hoy por el contrario, lo sabe.

—¿Quién puede habérselo dicho?

—Lo ignoro, pero lo sabe y me ha manifestado su resolucion de daros la muerte.

—Está en su derecho si se cree ofendido.

—¿Estais en vos?—gritó doña Isabel con explosion.—¿Quereis acaso que yo muera tambien?

Iba á contestar don Luis, cuando la súbita aparicion de un criado cortó la palabra en sus labios.

Al verle, el caballero volvióse iracundo hácia él, diciéndole:

—¿De cuando acá se atreven mis criados á penetrar en mi aposento sin que yo les llame?

—Perdone vuestra señoría—repuso humildemente el criado—pero la necesidad oblígame á ello.

—¿Qué quieres?

—El señor conde de Santillan acaba de llegar y solicita con urgencia ver á vuestra señoría, habiéndome dicho que si no pasaba recado sabria él penetrar hasta esta estancia.

CAPÍTULO XXVIII.

Amante y esposo.

Sorprendido quedóse don Luis al oir el anuncio de su criado.

La condesa, pálida y temblorosa llegóse á él y en voz baja, pero conmovida, le dijo:

—Ya lo veis, don Luis, está ahí.

—Y bien, señora.....

—Pero es que viene decidido á mataros.

—Será lo que él quiera y lo que Dios disponga.

—Huid, don Luis.

—No es mi costumbre volverle la cara al peligro; lejos de eso, suelo aguardarle sereno y sin temblar.

—No desatendais mis ruegos; huid.

—Vos sois la que debeis salir, señora.

—¿Yo?

—Sí, vos.

Don Luis se dirigió al criado, que separado convenientemente aguardaba sus órdenes, y dijo:

—¡Andrés!

—Señor.

—Guia á esta dama por ahí—dijo indicando una pequeña puerta—hasta el zaguan, y cuando se halle fuera ya de casa, puedes decirle al señor conde que le aguardo.

—¿Desatendeis, pues, mi ruego?

—Cumplo como debo, señora.

Nada más dijo la condesa, y siguió á Andrés, que la aguardaba junto á la puerta que su señor le habia indicado.

A muy poco rato apareció delante de don Luis el señor conde de Santillan.

—Regocíjome, señor conde, de que hayais recobrado vuestra libertad, y agradezco en el alma vuestra visita.

—Os doy gracias por lo primero; respecto á lo segundo, no sé hasta qué punto podais, despues de haberme oido lo que tengo que deciros, agradecerme la molestia que puede proporcionaros mi presencia.

El conde llegó á casa de don Luis de noche, y muchas horas despues de haber salido de la casa de Gil Perez, y procuró durante este intervalo, dominar cuanto le fuera dable su agitacion, pues no queria, al presentarse á don Luis, hacerlo de un modo inconveniente; así, pues, tranquilo en apariencia, procuró presentarse delante de su rival.

Don Luis contestó cortesmente á las palabras del conde.

—Vuestra presencia me es siempre sumamente agradable.

—No diré que algun tiempo atrás dejara de ser como asegurais; pero al presente, permitidme que lo dude.

—Hoy como ayer, os lo aseguro.

—Pues si es así, verdaderamente teneis un modo bien raro de probar vuestro cariño.

—No comprendo la razon.

—Eso es más extraño todavía.

—Confieso mi torpeza.

—En ese caso, puesto que no quereis entenderme.....

—No es que no quiero, es que realmente no os entiendo.

—Entonces—dijo el conde con tembloroso acento—si teneis á bien escucharme, procuraré hacerme comprender.

—Me teneis enteramente á vuestra disposicion.

—Es el caso, y vos lo sabeis, que yo tengo una esposa, á quien amo, á quien amé—se apresuró á decir el conde, enmendándose á sí mismo.

—Muy digna la creo de lo primero; en cuanto á lo segundo, no me lo explico.

—¿No os lo explicais?—repuso el conde palideciendo.

—Debo advertir al señor conde, que no acostumbro mentir.

—No digo yo tanto; pero hay ocasiones en que se hace forzoso el disimulo.

—Podrá ser así; pero no creo hallarme yo ahora en uno de esos casos.

—Perdonadme; no lo creia yo así.

—Pues es como os lo digo, ni más ni menos.

El conde, que se hacia gran violencia, á fin de acallar su enojo, contestó:

—Continúo, pues, mi relato.

—Continuad.

—Esa mujer, á quien os he dicho que amaba y que llevaba mi nombre, lo ha mancillado.

—¡Señor conde!....

—Sin tener en cuenta—dijó éste no atendiendo á don Luis—lo que se debe á sí propia, al lustre de su cuna y á la honra de mi linaje, olvidándose de todo, haciendo de todo caso omiso, se ha entregado por completo en brazos de un amante. ¿Comprendeis bien cuál sea la horrible situacion en que me hallo?

—Comprendo que á no estar ofuscado.....

—¡Ofuscado! desgraciadamente no lo estoy.

—Las apariencias, muchas veces, señor conde, suelen engañarnos lastimosamente.

—No son apariencias, sino tristes realidades las que deploro.

—¿Tan seguro creeis estar de vuestra desgracia?

—Tanto, que no cabe ya más seguridad.

—Doña Isabel pasa por ser un modelo de virtud, y no hay libertino en la córte que pronuncie sin el respeto debido su nombre.

—Alguno de esos libertinos á quines aludís, se propuso indudablemente vencer la inexpugnable fortaleza, y al fin lo ha conseguido.

El conde iba acalorándose por grados; don Luis presentia que el desenlace de la escena seria funesto para uno de ambos; pero, caballero ante todo, procuraba hallar medios de poner á cubierto de los furores del conde á doña Isabel.

—Algun necio, que tratando de vengarse de los desdenes de doña Isabel, la habrá calumniado; eso será todo.

—Pues no es eso todo; habeis de saber, que antes de que se me condujese preso al castillo de Villaviciosa, tuve una entrevista con aquel á quien se me habia indicado como favorecido amante de la perjura esposa; cuanto aquel me dijo para sincerarse, fué desechado por mí, y me obstiné en que midiese sus armas con las mias; á consecuencia de mi injustificado arresto, no pudo verificarse el lance; pero en cuanto me ví de nuevo en libertad, fuíme de nuevo en busca del que yo juzgaba afortunado seductor; esto ha sido hoy.

—Y al fin.....

—Al fin se ha justificado.

—En ese caso.....

—Sí, en ese caso no es aquél, sino otro el que me ha ofendido. Gil Perez me ha nombrado al hombre causa de todos mis males, y ¿sabeis vos quién es ese hombre? ¿No lo imaginais siquiera, señor don Luis?

—Empiezo á comprender.....

—¿Comprendeis la amargura del hombre que á par de la infamia de la esposa se ve en el horrible caso de deplorar el engaño del amigo? ¿Comprendeis si hay razon bastante para que el hombre tan cruelmente ofendido se presente ante su ofensor, y le diga, don Luis, uno de los dos estamos de más en el mundo?

El conde dijo las últimas palabras poniéndose de pié y aproximándose á don Luis; éste que esperaba ya una cosa parecida, le dijo tranquilamente:

—Segun eso, creeis que yo soy.....

—El amante de doña Isabel de Zúñiga—repuso con ronco acento el conde.

—Empiezo por deciros que no he de negarme yo, si en ello persistís, en cruzar mi espada con la vuestra; pero deseo antes que me escucheis.

—Inútil ha de ser que procureis convencerme.

—No trato de excusar el lance, ni vos podeis pensar eso de mí.

—En ese caso, hablad.

—¿Solo por el dicho del señor Gil Perez dais por seguro que yo os haya ofendido tan gravemente?

—Tengo además otras razones.

—No trataré de ocultaros que hubo un tiempo en que amé ó creí amar á doña Isabel.

—Al fin nos iremos entendiendo.

—¿El que yo la amase, puede en ningun caso probar que fuese correspondido? Galanteé á la señora condesa, pero ésta, digna y severa, recibió como debia mis importunos galanteos.

—Obligacion es de todo caballero no confesar los favores con que le distingue una dama, y vos, preciso es confesarlo, cumplís fielmente tal precepto.

—Cumplo con mi conciencia, eso es todo.

—¿Y si yo os dijera que tengo datos que corroboran lo dicho por Gil Perez?

—No podeis tener ninguno que comprometa el decoro de vuestra esposa.

—Os engañais.

—¿Que me engaño?

—Sí.

—¿Cuál es el dato?

—Uno muy sencillo; preguntaros quién os cuidó y asistió en mi quinta del Pardo.

CAPITULO XXIX.

Continuacion del anterior.

Por más que se sorprendió y no poco don Luis al oir las últimas palabras pronunciadas por el conde, no se desconcertó por eso, y sin manifestar la más mínima alteracion, contestó:

—Eso es verdad; tengo que agradecer á la señora condesa las más delicadas atenciones; fuí herido en el Real Sitio á consecuencia de una reyerta que sostuve con varios monteros, y á no dar para mí la feliz casualidad de que acertara á pasar por el sitio en donde caí bañado en mi sangre vuestra esposa, quizá no hubiera yo conservado la vida; fuí en efecto trasportado á vuestra quinta y atendido con el mayor esmero.

—¿Cómo no habíais de serlo, siendo el afortunado galan de la propietaria de la quinta?

—A su caridad y no á su amor debí mi salvacion.

—Muy obcecado estais.

—Convencido, quereis decir.

—Ni el dicho de Gil Perez, ni mi estancia en vuestra quinta del Pardo, pueden dar tal convencimiento.

—Mucho menos es necesario.

—Será como vos querais, pero cuando se tiene una esposa como la vuestra, no debe dudarse de su fidelidad con tanta ligereza.

—Es que yo no dudo; empecé por ahí y hoy..... hoy no me cabe ya duda de mi infortunio.

—¿Puede ser culpable vuestra esposa de que yo la haya amado?

—No, pero sí lo es en amaros.

—A ser cierto, razon tuvierais. Comprendo que querais batiros conmigo por solo el hecho de haberla yo en otro tiempo galanteado; pronto estoy á complaceros, pero no comprendo que podais mostraros quejoso de ella.

—¿Persistís en que no es vuestra amante?

—Ni sus labios han pronunciado jamás para mí frase que me diera derecho á concebir esperanzas, ni mucho menos me ha concedido el más ligero favor en mengua de su decoro.

—Es inconcebible, pues, que ella diga lo contrario.

—¡Ella!—dijo admirado don Luis.

—Sí; no ha negado que os ama. ¿Podreis explicarme esta contrariedad?

—De una manera tan solo.

—Bastante difícil lo juzgo.

—Ofendida vuestra esposa de que hayais puesto en duda su honor, indignada por vuestras acusaciones, quizá en un arranque de exasperacion haya podido deciros cosa semejante.

—Dijo lo que sentia.

—En vuestro estado actual así lo creeis, no lo dudo; pero estad seguro de que no existe lo que os imaginais.

—Don Luis, debeis comprender que á mi edad no se juzga

con tanto ligereza, y cuando se ama como yo he amado, es necesario estar íntimamente convencido del delito para decidirse á obrar cual yo lo hago. Si la suerte os es contraria, si por mi desgracia sobrevivo al duelo que irremediablemente ha de tener lugar entre nosotros dos, la infiel esposa recibirá el condigno castigo á que se ha hecho acreedora.

—He ahí lo que yo deploro.

—Lo comprendo así.

—A tener yo la conviccion de que habia de bastaros con mi sangre, creed que no os la escatimaria.

—El favorecido de tan gallarda dama bien puede mostrarse generoso.

—Mal interpretais mi sentimiento.

—Hago justicia.

—Infiriendo una ofensa á quien no la merece.

—Es difícil que nos entendamos sobre ese punto.

—Porque no quereis pesar bien las razones que os he dado.

—Cuando el convencimiento moral de un hecho se arraiga en el alma, ¿quién es capaz de arrancarle de allí?

—El criterio.

—Convengo, pues, en que el mio está embotado.

—Embotado no, pero sí alucinado.

—Puede que así sea, pero esto no quita que yo vea el asunto á mi manera; en negocios de honra soy bastante meticuloso.

—Otro tanto me sucede á mí.

—En ese caso debeis comprender que deseo nos entendamos de una vez y terminemos cuanto antes.

—Estoy á vuestras órdenes, siempre que me ofrezcais una cosa.

—¿Y es?....

—Que os deis por satisfecho con el resultado de nuestro duelo.

—¿Cómo?

—Que no pretendais despues vengar en vuestra esposa ofensas que no existen.

—Eso es cuenta mia.

—Y tambien mia.

—¡Vuestra!—dijo el conde en el colmo de su admiracion.

—Sí, mia; porque yo no puedo permitir que las faltas que yo haya podido cometer las pague un inocente.

—¿Y creeis que yo haya de permitiros que seais mi juez?

—No es tal mi pretension.

—Os lo repito, procederé como mejor me cuadre, y ya os he significado antes que no pienso dejar sin el condigno castigo á la esposa adúltera.

—¿No os arredra el temor de ser injusto?

—Obraré segun mi conciencia, y eso me basta.

—Por más que sienta ser molesto, habeis de permitirme que insista en tratar de probaros que sois víctima de una fatal alucinacion.

—Debeis comprender que estoy violento teniendo que discutir un asunto como el que aquí debatimos; el rubor enciende mi semblante; sin embargo, no podreis decir que no haya por mi parte procurado mantenerme en los límites de la mayor prudencia.

—Ni vos podreis negar mi comedimiento.

—Conforme; pero eso no quita el que yo tenga que hacerme gran violencia al tratar del para mí triste asunto que aquí me ha traido.

—¿Y qué culpa tengo yo, ni qué culpa tiene vuestra esposa de que vos no querais prestar oidos á la razon?

—Don Luis, os suplico que no persistais en tratar de convencerme; cuantos argumentos empleeis para ello serán completamente inútiles, estoy enteramente resuelto á matar ó morir.

—No trato yo de haceros desistir de ese proyecto.

—Entonces quiere decir que estamos completamente con-

formes; dignáos nombrar las personas que deban entenderse con las que yo elija.

—Respecto á eso, mi opinion seria que ventiláramos á solas el lance.

—Como gusteis.

—No hay necesidad de hacer partícipe á nadie del motivo que alegais para batiros conmigo.

—Eso me agrada, y no puedo menos de agradecéroslo.

—El lance tendrá lugar cuando vos lo juzgueis oportuno, pero antes debo deciros, para que veais cuán lejos estoy de lo que vos suponeis, que yo amo, y amo con delirio á una mujer que me corresponde y que no es ciertamente la señora condesa.

Al terminar don Luis su peroracion, se oyó un ligero ruido que la puerta de escape hizo al girar sobre sus goznes. Los dos adversarios dirigieron instintivamente la mirada hácia aquel sitio, y júzguese cuál seria la sorpresa de ambos al ver aparecer á la señora condesa de Santillan.

CAPÍTULO XXX.

Terceto de amor y celos.

Más que confundido, atónito se quedó don Luis con tan inesperada aparicion.

El conde, trémulo de ira, no acertaba á despegar los labios.

Doña Isabel, grave y severa, se adelantó hácia el sitio donde se hallaba su esposo.

—Y bien, caballero, ¿qué decís á esto? ¿negareis todavía?....

—En verdad, señor conde, que no acierto á explicarme.....

—Eso lo haré yo, con la vénia de ambos—dijo doña Isabel.

—¿Intentareis acaso justificaros?—preguntó el conde casi fuera de sí.

—Intentaré decir la verdad.

—Nunca creyera llegase á tanto vuestro cinismo.

—Señor conde, oidme y luego juzgareis.

—Hay para volverse loco—repuso el conde con desesperado acento.

—He venido á esta casa con objeto de impedir se lleve á efecto ese duelo que proyectais, y que es más injusto que digno.

—¡Señora!....

—Dejadme continuar.

—¿Creereis que tenga calma suficiente para oiros?

—Así lo espero, por lo menos.

—Mucho fiais en mi paciencia.

—Repito que al venir no tenia otro objeto que el de evitar el desafío, y habreis de convenir en que os mostrabais injusto, cuando me hayais escuchado.

—¿A tanto os obliga el temor que teneis por vuestro amante?

—No trato de negaros que he amado á don Luis, pero ¿quiere decir esto que haya faltado á mis deberes? De mi corazon podia disponer libremente, porque así os lo advertí desde que á consecuencia de una felonía, me obligásteis á aceptaros por esposo; de mi honor ni he dispuesto, ni he pensado en disponer, y esto es cuanto podeis exigirme. Ya lo habeis oido, el mismo don Luis os ha asegurado amar apasionadamente á otra mujer; vuestro nombre no ha padecido menoscabo, ¿de qué os quejais?

—No habíais vos de asegurar lo contrario.

—Callaria cuando me acusarais, y no me atreveria á defenderme.

—De todos modos yo necesito una reparacion.

—¿De qué, y por qué? Abiertos hoy mis ojos á la luz—dijo intencionada y tristemente doña Isabel—debo á mi vez tratar de que vos reconozcais vuestra injusticia con el debido tiempo.

—¿Segun vos, todo queda ya olvidado?—repuso el conde con amarga ironía.

—Á menos que fuerais un insensato, eso debo esperar.

—Pues esperais muy mal; ese duelo se efectuará.

—¿Sereis capaz de insistir?

—El señor conde sabe—dijo gravemente Luis—que me tiene á su disposicion; me basta con que reconozca que su esposa no es culpable.

—¿No es culpable, decís, y confiesa ella misma....?

—Que no os amo—se apresuró á decir doña Isabel—que he amado á otro, esto es lo que me habeis obligado á confesar. Vos no teneis derecho á exigirme amor, ni teneis poder para impedir que mi corazon se interese por otro.

—En el mero hecho de confesar esa pasion, me inferís un agravio.

—Me habeis precisado á hablar; he dicho que amé, sin ofender vuestro decoro ni el mio; hoy no amo ya, si así no fuera, me arrancaria yo misma el corazon que late muerto para el amor dentro mi pecho.

—¿De modo, que intentais....?

—Que procedais cuerdamente, que no entregueis vuestro nombre á la maledicencia pública y que no lleneis de dolor á la mujer á quien don Luis ama.

—¿Acaso no puede serme funesto á mí el lance?

—¿Y á qué fin provocarlo?

—A fin de ver si pongo término al infierno de mi vida.

—Soportad con resignacion el peso de vuestra cruz; la felicidad ha muerto para nosotros dos, y ya que yo inocente sufro por culpa vuestra, no pretendais hacer nuevas víctimas.

Don Luis presenciaba silencioso la escena que tenia lugar entre los esposos, y compadecia con todo su corazon el dolor de ambos.

Los pensamientos del conde vagaban en un mar de confusiones y no acertaba á decidirse de un modo concreto.

La conciencia le argüia:

¿Cómo pedirle cuentas á la mujer que no habia deshonrado su nombre, solo porque amaba á otro hombre, cuando desde el punto y hora en que á ella se enlazó quedó advertido de tal peligro?

Saliendo por fin de su silencio, dijo con aparente calma:

—¿Qué exigís, pues, de mí, señora?

—En primer lugar que renuncieis á batiros.

—¿Y despues?—repuso con cierta amarga ironía el conde.

—Que me acompañeis.

—¿Dónde?

—Donde únicamente debo y puedo yo vivir en adelante.

—¿Y es?...

—En un convento.

—¿Pensais, pues, encerraros?

—Pienso retirarme del mundo.

—Muy sensata es vuestra determinacion; pero si la conciencia no os remuerde, si no habeis faltado á ninguno de vuestros deberes, ¿por qué os imponeis vos misma el castigo?

—¿Creeis que despues de las escenas que han tenido lugar entre vos y yo, me sea dable continuar viviendo en vuestra compañía?

—No he dado yo lugar á esas escenas.

—Sea quien quiera el culpable, han tenido efecto; por lo tanto, se hace ya imposible que vivamos bajo un mismo techo.

—Teneis razon, señora — replicó el conde con amargura, dirigiendo una mirada de odio á don Luis.

Doña Isabel sorprendió esta accion, y dijo con severo acento:

—Creo que no intentareis cosa alguna que pueda refluir en menoscabo de mi honor. Os he manifestado ya mi última determinacion; es cuanto tenia que deciros.

CAPÍTULO XXXI.

Donde se ve que la casualidad se pone tambien algunas veces al lado del crimen.

Profunda sorpresa causaron en las personas allí reunidas las palabras pronunciadas por la condesa.

Lo que ménos podian imaginarse ni su esposo ni don Luis, era que tomase aquella extraña determinacion.

—Pero ¿estais en vos, señora?—exclamó el conde al cabo de algunos segundos de silencio.

—Paréceme, caballero—repuso doña Isabel—que es la mejor determinacion que he podido tomar la que acabo de anunciaros.

—Pero reparad, señora, que soy vuestro esposo, y yo quien debe daros el permiso para lo que deseais.

—Por vuestro propio bien, por vuestra misma tranquilidad y sobre todo porque es mi único deseo, porque así es mi voluntad, si así quereis que me exprese, debeis acceder á ello.

Y la incontrastable energía, la violencia de carácter de la noble dama vibró de tal manera en sus palabras, que el conde, acostumbrado á ceder ante la firmeza de aquel carácter, inclinó la cabeza más bien dominado que convencido.

Luis á su vez dió un paso hácia doña Isabel.

—Señora—la dijo—el señor conde tiene razon; mas sobre el derecho que respecto á vos tiene, existe otra razon que me parece debo someter á vuestra consideracion. Vuestra juventud, vuestra belleza ¿son dignas acaso de que vayan á confundirse y á marchitarse en el claustro?....

—Señor don Luis—dijo la dama con acento cuyo verdadero valor no pudo menos de apreciar el caballero—cuando la esperanza se pierde sobre la tierra, necesario es que fijemos los ojos en el cielo.

—¡Oh! vuestro amor, vuestro maldito amor!—exclamó el conde con acento desesperado.

—Dueño sois, señor conde—repuso vivamente la dama—de tomar mi vida si creeis que en ella exista una mancha que pueda empañar el lustre de vuestro honor; pero no teneis derecho alguno para motejarme ni para censurar un sentimiento que la desgracia hizo no pudiese abrigar respecto á vos.

—¡Señora!

—En cuanto á vos, don Luis, cábeme la satisfaccion al salir de esta casa donde por primera vez he entrado, de haber conseguido evitar una desgracia, que vencedor ó vencido el uno ó el otro, hubiera sido para mí completamente irreparable.

—Puedo aseguraros, doña Isabel, que sois la dama más digna de consideracion y respeto que hay en la córte.

—Poco es lo que me decís, y mucho al mismo tiempo lo que me lisonjeais.

Don Luis comprendió perfectamente el sentido de aquellas palabras.

Inclinó la frente y permaneció silencioso.

El conde que con irritados ojos escuchaba las frases cambiadas entre doña Isabel y su rival, no pudo contenerse por más tiempo, y dijo bruscamente dirigiéndose á su esposa:

—Salgamos de aquí, señora; salgamos.

—¿Estais en vos? debo yo preguntaros ahora—dijo la condesa—¿si conseguí entrar aquí dentro sin ser conocida, tratais de ser vos mismo el pregonero de lo que podria ofenderos?

—¡Pero! ¿tratais de ultrajarme más quedándoos aquí?—gritó el conde con acento desesperado.

—¡Señor conde!—dijo don Luis.

—No es á vos á quien me dirijo—repuso el de Santillan con aspereza.

—Pero indirectamente me ofendeis.

—Habeisme ofendido á mí mucho más, y sin embargo, por amor y respeto á esa dama, que es mi esposa, me domino y nada os digo. Tratad de hacer vos lo mismo.

—Señor don Luis—repuso doña Isabel con acento severo—cesad de hablarme, si os place, porque realmente vos sois quien menos derechos tiene para ello. En cuanto á vos, señor conde—prosiguió la dama dirigiéndose á su esposo—como no me dejasteis explicar, juzgasteis mal de mi intencion, y esto no arguye mucho que digamos en favor vuestro.

—¿Pero no comprendeis lo que estoy sufriendo? ¿No comprendeis que únicamente por esta vergonzosa debilidad que respecto á vos experimento, por esta pasiva obediencia á que mi desventurado amor me conduce, estoy en este sitio y no he dado ya la muerte al que ha sido más dichoso que yo? ¿Cómo quereis que pueda consentir en dejaros aquí?

—Os he prohibido que hableis más de muerte; no quiero llevar sobre mi conciencia la sangre de ninguno de los dos, máxime cuando no es la mancha de mi honra de aquellas que puedan llevar la vergüenza sobre vuestra frente. Harto os dije al daros mi mano, que me reservaba la libertad de mi corazon: no he sido vuestra, pero de nadie he sido tampoco. Mi

corazon era mio, y de él dispuse libremente; por lo tanto, pongamos término ya á esta discusion, y pues sola entré en esta casa, dejadme que salga sola tambien.

—Permitidme que os acompañe.

—Acompañadme de lejos si os place, pero no que los criados de don Luis puedan sospechar al veros á mi lado que es vuestra esposa la persona á quien habeis venido á sorprender en esta casa.

Las razones de doña Isabel no dejaban de tener fuerza.

Realmente los criados podian sospechar, y estas sospechas habian de herir el mismo decoro del conde.

—Está bien, señora, obrad como mejor os plazca.

—Os he anunciado mi resolucion de retirarme á un convento, y pues lo avanzado de la hora impide que hoy lo haga, mañana para tranquilidad vuestra, y quizás para reposo mio, abandonaré mi casa y os haré conocer mi última voluntad.

—Pero.....

—Basta, os dije. Ya sabeis que mi resolucion no suele quebrantarse con frecuencia, y en esta ocasion menos que en otras. ¡Adios, don Luis, sed feliz con la mujer á quien amais: este es mi único deseo!

—¡Oh, señora!—exclamó el caballero con acento conmovido.

—Vos mismo lo dijísteis hace poco, y me felicito y os felicito al mismo tiempo de que hayais encontrado la felicidad apetecida, felicidad que no siempre se encuentra en el mundo. Ahora llamad á un criado para que me conduzca hasta la puerta de esta casa.

Y doña Isabel cubrióse el rostro con el velo de su manto, adoptando tal actitud, é imprimiendo á su acento tal fuerza de autoridad, que el jóven no tuvo otro remedio que obedecer.

Estaba dominado.

Doña Isabel habíase acrecido de tal manera durante aque-

lla escena, tan dueña se habia hecho de la situacion, digámoslo así, que lo mismo el conde que don Luis apenas podian hacer más que callar y obedecer á aquella enérgica voluntad.

Momentos despues, la dama guiada por un criado salia de casa de don Luis.

Su esposo lanzóse en seguimiento suyo tan luego como la supuso en la calle; pero antes de salir del aposento, dijo á su rival:

—Supongo, caballero, que despues de todo lo ocurrido, á pesar de las explicaciones mediadas, somos enemigos irreconciliables.

—Como gusteis, señor conde. Siempre tendré la honra de estar á vuestras órdenes.

Y tras estas palabras, el esposo de doña Isabel abandonó la estancia.

Una vez solo el caballero, no pudo menos de murmurar:

—¡Pobre doña Isabel! ¡funesto le ha sido mi amor! Pero, ¿acaso ha estado en mi mano el evitar lo sucedido? ¿Podia yo prever que llegase un dia en que mi corazon se inclinase hácia un objeto determinado, único, al cual realmente estoy seguro que amo? Comprendo todo lo doloroso que para la condesa ha de ser lo que sucede; pero, ¿acaso no vale más mi franqueza, por triste que serle pueda, que no estarla engañando con un amor mentido? ¡Lástima de juventud y de hermosura, destinadas á marchitarse en el interior de un claustro! ¿Pero será posible que el amor de la condesa pueda conducirla á semejante extremo?

Don Luis quedóse pensativo al hacerse semejante pregunta, y durante algunos segundos estuvo paseándose por la estancia visiblemente agitado.

De pronto, exclamó:

—¿Y por qué la desesperacion no puede conducir á semejante extremo? ¿Acaso si el amor de Paca llegase á faltarme podria yo vivir? No, todavía no me he atrevido á interrogarla

D. LUIS DE GUEVARA

directamente; sin embargo, paréceme adivinar que en su corazon existe el mismo amor que yo ambiciono; pero si esta esperanza no me alentase, si en perspectiva no viera la felicidad con ese cariño, más todavía que doña Isabel seria yo capaz de hacer.

Don Luis no habia ido á su casa en aquellos momentos mas que para cambiar de traje, y volver á salir inmediatamente.

Era precisamente la hora en que acostumbraba visitar á Paca.

En casa de ésta solian reunirse las tres jóvenes, y desde allí solian algunas noches dirigirse, bien á la botillería de Canosa, bien á un baile para el cual hubiesen sido préviamente invitadas.

—Necesario es que esta noche tenga una explicacion con Paca—decia Luis á la par que cambiaba de traje, como ya hemos dicho—quizás la encuentre sola, cuando yo vaya, y de este modo podré hablarla con más libertad.

Y se apresuró á vestirse, saliendo de su casa precipitadamente.

Para llegar más pronto á la casa de su amada, ocurriósele cruzar la calle de Embajadores, pasando por delante de San Cayetano en el instante mismo en que Joselito tendia su capa en el suelo, y pronunciaba las frases que ya conocen nuestros lectores.

El sonido de la voz del torero al dirigir á su amada el requiebro que debemos recordar, llamó poderosamente la atencion de Luis, quien hubo de fijarse detenidamente en el grupo formado por aquellos personajes.

Entonces se apercibió de la figura de García, medio oculta por una de las columnas que hay en la puerta.

Y vió su accion cuando levantó el puñal, y se le echó encima sin calcular las consecuencias que podia tener su accion.

CAPÍTULO XXXII.

De qué manera pueden enredarse las cosas.

Eran las siete de la mañana.

Don Tadeo, que la noche anterior habia corrido como un desesperado siguiendo á García, el cual caminaba más de prisa que el más ligero galgo por ponerse á salvo de la justicia, se hallaba aun en cama durmiendo como un bendito.

Simon penetró en la habitacion del viejecillo, abrió los postigos de la ventana, y al inundarse de claridad el cuarto, don Tadeo despertó sobresaltado.

—¡Eh! ¿quién anda ahí?

—Soy yo—dijo Simon.

—Pues ¿qué hora es?

—Las siete bien dadas.

—¡Demonio! he dormido más de lo regular; ya se ve, anoche dí una carrera capaz de reventar á un caballo.

—¿Pues y eso?

—¡Caprichos!—contestó don Tadeo lanzándose fuera del lecho, y vistiéndose apresuradamente.

—Alguna pista seguiríais.

—Sí; me propuse seguirle los pasos á un amigo nuestro.

—¿Amigo?

—¡Vaya! ¡y tanto!

—¿Por qué, pues, no os acercásteis á él, y de ese modo quizá no os hubiérais fatigado?

—No sé si hubiera sido muy del gusto del citado amigo el verme junto á él; además, es el tal muy dado á bromas y temí no me jugara alguna pesada.

—¿De quién se trata, pues?

—¿No calculas....?

—No, no caigo.....

—¡García, hombre, García!—dijo riéndose con aire zumbon don Tadeo.

—¡Pillastre! ¿y por fin supisteis á donde iba?

—No; se me escurrió despues de haberme hecho andar media hora.

—Pues yo haré lo posible para que no se me escape; no estaré tranquilo hasta que le tenga en mi poder, porque, hablando francamente, le temo.

—¡Bah! por ahora puedes dormir tranquilo.

—¿Habeis cambiado de parecer?

—No.

—Pues entonces, no me explico esa calma, tratándose de un hombre tal.

—Cuando yo hablo así, mis motivos tengo para ello.

—¿Pero qué motivos son?

—Yo me entiendo y bailo solo.

—No comprendo á qué viene esa reserva conmigo—dijo Simon un tanto amoscado.

—Déjate de tontunas y vamos á lo que importa. ¿El negocio que te encargué....?

—Hoy quedará zanjado á vuestro gusto.

Los ojos del vejete brillaron de un modo extraño.

—¿Se ha conseguido....?

—Todo; hoy, cuando la paloma salga de hacer sus oraciones en las Descalzas Reales, se dirigirá á la plaza de Afligidos, y allí la mozuela, que ya la estará esperando, la guiará á casa de su pobre madre. No se llevará mal chasco al recibir vuestra visita.

El desalmado Simon se chanceaba de todas veras, cual si se tratase de una verdadera broma.

—La chicuela está bien aleccionada.

—Amaestrada por vos, no puede menos de hacer perfectamente su papel.

—¡La niña promete!

—Es lista como un diablo.

—Y luego como es bonitilla y sabe llorar tan perfectamente, ¿quién no se compadece de ella?

—¡Es una verdadera alhaja!

—Yo sé elegir bien.

—Si algun dia tuviese una hija, me congratularía de que se pareciese á esa pequeña perla.

—No eres tonto que digamos.

—Cada uno pide lo que le conviene.

—Pues señor, veremos si hoy salgo ya de este asunto; deseando estoy sea hora de poder cerciorarme de ello.

—Si la jóven cumple lo que prometió á la chicuela, todo saldrá á medida de vuestros deseos.

—¡Oh! en cuanto á eso, la hija del conde de Lazan es mujer de palabra.

—Pues, entonces, no hay cuidado.

—Quiéralo Dios, porque la persona á quien sirvo, es de carácter irascible, y gracias á García se muestra un tanto recelosa.

—Ese mozo es nuestra pesadilla.

—Ya veremos la manera de deshacernos de él.

—Como yo le siente la mano encima, quedará servido.

—Tiempo hay para eso.

—Por más que digais, yo soy de opinion.....

—Ya sé yo lo que me hago, y te repito que hoy por hoy nada tenemos que temer.

—Es que yo le conozco mucho.

—García me consta que tiene por qué guardarse de la justicia, y por más que lo desee, no podrá darse á luz durante algun tiempo.

—Si todos los que tienen algo que temer se escondieran, entonces.....

—Sí, quieres decir que no andarias tú por las calles con tanto desparpajo.

—Ni su mercé tampoco—dijo con descaro Simon.

—No digo lo contrario.

—Sin embargo, nos ocultamos poco.

—Hay cosas de cosas.

—El diablo que os entienda.

—¿Tienes ó no confianza en mí?

—La tengo.

—Pues si es así, nada temas de nuestro comun enemigo. Trabajemos tranquilamente y unidos, y procuremos pasarlo lo menos mal posible.

—Eso es lo que yo deseo.

—En cuanto tenga á la paloma enjaulada, iré á dar parte de ello, y al mismo tiempo, espero no volverme sin algun peso en los bolsillos.

—Precisamente ando escaso de dinero, y cuento con eso.

—Tú siempre dices lo mismo; eres insaciable.

—No, que vos.....

—Yo tengo muchos gastos.

—No son flojos los mios.

—Tú atesoras, yo empleo mis ganancias disfrutando de la vida.

—¿Que atesoro? Pues si no tengo un real.

—Mira, soy yo muy machucho ya para que se me engañe; tú, además de los negocios que yo te confio, tienes otros muy productivos; eres bastante parco en tus gastos y poco espléndido para pagar á los que te ayudan, por consiguiente ya ves si es dable presumir con algun fundamento que te estás redondeando.

—¡Qué más quisiera yo!

—Buen provecho te haga, á tí te gusta guardarlo y á mí me agrada gastarlo proporcionándome cuantas comodidades puedo; de algun modo he de desquitarme de los malos ratos que me proporciona de cuando en cuando la *profesion* que ejerzo.

La campana del reloj de la vecina iglesia dió ocho campanadas.

—Las ocho—dijo Simon.

—Hora en que la bella María estará alzando sus preces al Señor.

—De aquí á poco estará seguramente á buen recaudo.

—Y lo más bonito del caso, es que ella misma por su pié irá á meterse en la ratonera. Vamos, lo digo con orgullo, tengo yo muy buenas ideas.

El vejete se frotaba las manos con gran satisfaccion.

—Eso no se os puede negar.

—Ea, acompáñame al comedor; tomaré un bocado y despues iré á ofrecerle mis respetos á la linda hija del ilustre conde.

Simon y Tadeo pasaron al comedor.

Una vieja estaba cubriendo la mesa.

—¡Demonio! ¡van á poner la mesa! ¿yo creia que solo se trataba de alguna friolera?

—Como hoy tengo algo que hacer, dije que se me dispusie-

ra el almuerzo para esta hora. Poned dos cubiertos—dijo don Tadeo á la criada.

—¿Con que me convidais?

—Bien lo merecen las seguridades que me has dado.

—Acepto de muy buena voluntad.

—Corriente; tenemos aun una hora larga de que disponer y bien podemos reforzar un tanto el estómago por lo que pudiera acontecer.

—Eso nunca viene mal.

—Ea, siéntate.

Simon se colocó en el sitio que don Tadeo le indicó.

Almorzaron opíparamente; don Tadeo era hombre que no se escaseaba nada.

—¿Qué tal?—preguntó terminado el desayuno el vejete.

—Perfectísimamente.

—Sí, ya he visto que no lo hacias del todo mal.

—¡Demonio! como que los manjares eran á cual más suculento, me he aprovechado.

—Esto es vivir; lo demás son tonterías.

—Veo que lo entendeis.

—Estoy muy bien acostumbrado. ¿Levantemos el campo?

—Cuando querais.

—En marcha.

—¿Me necesitais para algo?

—Por ahora no; á las doce déjate ver conmigo y en mi casa.

—Pues hasta entonces.

Simon se alejó de don Tadeo; éste se encaminó en derechura á la casa donde, merced á su engaño, debia hallarse la bella hija del conde de Lazan.

—¿Ha venido?—preguntó con ansiedad don Tadeo, apenas llegó á la casucha, á un satélite que en ella le esperaba.

—Sí, está encerrada en el sitio que indicasteis.

La alegría de don Tadeo llegó hasta su colmo al recibir la fausta nueva.

—¿Y la chicuela?

—Yo estaba escondido cuando llegó con la jóven, y una vez encerrada la última, volvió á salir á la calle la chicuela; así es que no pude hablarla.

—Está bien.

—¿Teneis algo que mandar?

—Si vuelve la niña, que me aguarde.

—Está bien.

—Por lo demás, ya sabes lo que has de hacer.

—Me acuerdo perfectamente.

—Corriente.

El viejo bribon, lleno de alegría, se entró en un pequeño aposento que tenia una puerta que franqueaba el paso al aposento en donde se hallaba la prisionera. Sacó la llave de su bolsillo y la hundió en la cerradura, diciéndose para sus adentros:

—Ahora sí que quedará contenta doña Catalina.

Abrió la puerta y la franqueó.

Sentada en un rincon del cuarto, pálida y llorosa, habia una jóven.

Don Tadeo se adelantó hácia ella.

La cautiva volvió el rostro, y al fijar su mirada en la de don Tadeo, éste exclamó altamente sorprendido:

—¡Qué veo! ¡No es ella!

CAPÍTULO XXXIII.

Dónde el lector se enterará de los medios que se habian puesto en juego para secuestrar á la hija del conde de Lazan.

Dos dias antes de aquel en que tuvo lugar el suceso que hemos referido en el capítulo anterior, y como á eso de las ocho de la noche, se hallaban reunidos Simon y don Tadeo en casa del segundo.

—Es preciso de todo punto—decia el viejo.—Estoy comprometido y esa jóven ha de desaparecer.

—¿Y cómo efectuar el robo de dama tan principal? Tened en cuenta, que ya una vez se intentó llevar á cabo, y gracias á las gracias los raptores pudieron salvar el pellejo.

—No sucederá ahora otro tanto.

—Mejor, pero dudo mucho del buen éxito.

—Tengo yo un plan magnífico.

—Entonces no he dicho nada.

—¿Conoces tú á la *Raposa* y á su hija Andrea?

—Ni aun de vista.

—Dentro de algunos minutos no dirás lo mismo.

—Segun eso, voy á conocerlas.

—Como que al instante vamos á su casa.

—Pues andando.

—No ha de pesarte el conocimiento que vas á hacer; madre é hija valen un tesoro.

—¿Tan hermosas son?

—No se trata de eso.

—Yo creia.....

—Pondero su habilidad, su astucia.

—¡Ah! ya entiendo.

—Bueno será que estés en pormenores.

—Escucho.

—Eusebia, llamada por mal nombre la *Raposa,* es una mujer como de unos treinta y seis años de edad, de bastante buen aspecto y no despreciable rostro, sobre todo tiene magníficos ojos negros sombreados por largas pestañas.

—Cállese su mercé, que se me está haciendo la boca agua.

—No es del todo una leja, te lo aseguro. Pero no es el físico lo que más vale en ella; tiene cualidades morales muy sobresalientes.

—Miel sobre hojuelas.

—Se dedica á la *útil profesion* de mendigar.

—Pues no lo entiendo; con regular figura y buen palmito.....

—Ella sabe muy bien lo que se hace.

—Así será; pero no es muy envidiable que digamos tal modo de vivir.

—¿Qué sabes tú? Escucha: Andrea es una niña que á lo sumo contará ahora doce abriles, y es mucho más hermosa que su madre; la niña tiene tan precoz talento, que es capaz de darle veinte y falta al más corrido de los tunantes que andan por Madrid.

—Mucho decir es eso.

—Pues es así, ni más ni menos. Eusebia, vestida sencillamente, y afectando un aire de una desgraciada viuda, con su hija al lado implora en determinadas horas la pública caridad; esto la rinde mayores provechos de los que tú te imaginas, amen de algunos otros negocillos que aprovecha de cuando en cuando.

—Convengo en todo eso; pero no me explico en qué puedan contribuir Eusebia y su chiquilla en el asunto que llevamos entre manos.

—Ahora lo verás.

—Deseando estoy saberlo.

—Desde hace ya algun tiempo suelo visitar á la fingida viuda.

—¡Ya!—dijo Simon maliciosamente.

—Ayer, por fortuna mia—continuó Tadeo, sin hacer caso de la picaresca exclamacion lanzada por su digno amigo—supe que la hija del señor conde de Lazan era una de las personas que más á menudo socorrian á Eusebia cuando con ella tropezaba en la puerta de las Descalzas Reales.

—¿Y qué?

—La bondadosa dama se digna acariciar á la pequeña Andrea, y últimamente parece ser que le ofreció pondria los medios á fin de evitar el que tuviera que seguir mendigando.

—Continúo á oscuras.

—Pronto verás claro.

—Pues adelante.

—Supon, por un momento, que Eusebia se pone gravemente enferma.

—Convenido.

—Continúa suponiendo que Andrea impetra, llorosa y afligida, la proteccion de doña María.

—Corriente.

—Da por sentado que la dama se conmueve, y que ofrece

acceder á los ruegos de la muchacha, esto es, acudir en auxilio de la enferma.

—¿Y si se contenta con dar algunas monedas á la chica?

—Eso procurará evitarse.

—¿De qué modo?

—Sencillamente haciendo que Andrea indique á doña María que su moribunda madre quiere confiarla un secreto.

—¿Y creeis que se trague la bola con tal facilidad?

—Cuando tú conozcas á Andrea quedarás contestado.

—Pues señor, el plan me parece bueno pero de difícil ejecucion. Con que quedamos en que doña María acepta y va á casa de Eusebia.

—Sí, pero Andrea aguarda á la dama en la plaza de Afligidos, y desde aquel sitio la guia á la casa que tú tienes alquilada por aquellos barrios para lo que pueda ocurrir. Una vez en el nido, la pequeña mendiga hace penetrar á la jóven en el cuartito del centro, y ya dentro de él, cierra la puerta de golpe, y hete aquí el pájaro en la jaula; tú ruedas la llave de la puerta del otro aposento, que comunica con el que te he citado, y punto concluido. ¿Qué te parece la idea?

—Buena, no puedo negarlo; ahora solo falta que la chicuela sepa convencer á doña María.

—Pierde cuidado, que por ella no ha de malograrse la cosa.

—Siendo así, pudiera ser que se obtuviese un buen resultado.

—Ahora que ya estás enterado, vamos á ver á la *pobre* viuda y á su agraciada hija.

—Vamos á la pocilga.

—¿Pocilga?

—Supongo que no vivirá en un palacio.

—Seguramente que si te llevara á la casa á donde se encamina cuando se retira de pedir su cuotidiana limosna, hablarias con razon al calificarla como lo has hecho; pero la viuda

en cuestion, tiene dos casas, una en la que aparenta vivir, y otra donde realmente habita, y ésta, que es á la que voy á conducirte, es en extremo decente.

—Voy creyendo que la tal viuda tiene más conchas que un galápago.

—Ya verás, ya verás.

—Rabiando estoy por conocerla.

—Pues echa á andar.

Como nuestros lectores comprenderán, esta escena era á consecuencia del encargo hecho por doña Catalina á don Tadeo cuando la evasion de las majas y de los presos.

Poco despues el viejo y Simon entraban en casa de la famosa mendiga de quien hablaron tanto.

Los dos amigos fueron introducidos en un pequeño saloncito decorado con cierto lujo, aunque con poco gusto.

Eusebia fué la que les abrió la puerta y guió al aposento indicado.

En la chimenea del saloncito ardian profusion de troncos.

—Este calorcillo vuelve el alma al cuerpo—dijo don Tadeo sentándose.

Simon estaba admirado; aquel era más lujo del que él habia imaginado á pesar de la advertencia de don Tadeo. Tambien encontró muy de su gusto á la supuesta viuda de la que no apartaba sus ojos.

—Es que yo soy muy friolera—dijo Eusebia.

—Es verdad—contestó don Tadeo.—Vaya, Simon, toma asiento; amiga Eusebia, ahí tienes el amigo de quien en alguna ocasion te he hablado.

Eusebia miró descaradamente á Simon, y contestó:

—Sea muy bien venido á esta casa.

—A fe, á fe—dijo bruscamente el aludido—que deseaba conoceros.

—¿Puedo saber la causa?

—Por el retrato que don Tadeo me ha pintado.

—Creo que no te habia exagerado.

—Aun me parece os habeis quedado corto.

—Este don Tadeo—repuso Eusebia—me pondera más de lo que valgo.

—Te hago justicia; pero dejemos eso, ¿y la pequeña?

—No está en casa.

—Lo siento.

—No puede ya tardar en venir.

—En ese caso, menos malo; la esperaremos.

—¿La necesitais?

—A ti y á ella—contestó don Tadeo.

—Ya sabeis que estamos dispuestas á complaceros.

—Ya lo sé.

—¿De qué se trata?

—De ponerte enferma.

—Eso es sumamente fácil.

—Tanto más cuanto que con no acudir mañana á las Descalzas Reales ya has concluido tu papel.

—No acudiré.

—Andrea es la que ha de *trabajar*.

—No quedará mal seguramente.

—En ello confio.

—Como dependa de ella, no sé de lo que se trata, pero dadlo por hecho.

—Además yo la aleccionaré.

—Bastará con poca cosa.

—No es tan sencillo el asunto—dijo Simon tomando la palabra.

—Bien se ve que no conoceis á Andrea—replicó Eusebia con cierto orgullo maternal.

—Ya sé que es un dije.

—No porque sea hija mia, pero don Tadeo la conoce bien y puede afirmaros si vale ó no vale.

—Sí, en cuanto á eso ya estoy informado.

—Ya te he dicho, amigo Simon, que habias de agradecerme el conocimiento.

—Ya se ve que os lo agradezco.

Simon devoraba con la vista á Eusebia.

—En lo poco ó mucho que valemos, basta que os haya acompañado don Tadeo, estamos prontas á serviros.

—Lo mismo ofrezco respecto á mí.

—Bien, bien, basta de cumplidos; franqueza ante todo.

—Pues ya nos lo hemos dicho todo—replicó Simon.

—¿Dónde diablos ha ido Andrea?

—A cumplir cierto encargo mio—contestó Eusebia—me extraña no esté ya de vuelta, pero no puede tardar.

—¿Has ido hoy á las Descalzas Reales?—preguntó don Tadeo á la viuda fingida.

—No me ha sido posible.

—Mejor que mejor, con eso mañana la niña podrá decir que desde hoy has tenido que meterte en cama.

—Ahí está—dijo Eusebia al oir sonar un aldabonazo.

En efecto, no tardó Andrea en presentarse en el saloncito.

CAPÍTULO XXXIV.

Continúan los antecedentes.

No habia exagerado don Tadeo en la pintura que habia hecho de la niña.

—Buenas y santas noches—dijo al entrar.

—Gracias á Dios que has llegado—repuso don Tadeo.

—¡Cómo ha de ser! no todo lo que se desea se obtiene.

—¿Has tenido acaso algun contratiempo?—preguntó la madre.

—Ninguno, pero segun he oido, don Tadeo deseaba mi llegada, y como yo no he podido venir antes, por eso dije lo que sus mercedes oyeron.

—Tiene razon que le sobra—exclamó Simon.

—Sabe más que Merlin, ya te lo habia dicho.

—No sé aun todo lo que saber deseo, pero yo me daré maña y con el tiempo, quién sabe á dónde llegaré.

—¿Qué duda tiene? tú has de lograr verte envidiada de muchas.

—Y poquito que lo deseo, don Tadeo.

—Pues no desesperes de alcanzarlo.

Simon escuchaba alelado á aquella niña que con tal despejo se expresaba.

—Esta noche he venido á proporcionarte los medios de que puedas darme en breve una nueva muestra de tu habilidad.

—¿Qué hay que hacer?

—Escucha bien.

—Toda yo soy oidos.

—Es preciso que mañana por la mañana te cubras con tus harapos de mendiga, y acudas á las Descalzas Reales.

—¡Toma! Eso lo hago todos los dias casi, hoy ha sido una excepcion. ¿Qué más?

—Has de procurar mostrarte en extremo contristada, y hasta llorosa.

—¿Á quién hay que engañar?—preguntó Andrea con el mayor desparpajo.

—Á la hija del señor conde de Lazan.

—Lo siento, porque tanto ella como la jóven que la suele acompañar desde hace algunos dias, son muy buenas.

—¿Y eso qué le hace?—replicó aquella madre modelo de buen ejemplo.

—Nada, lo siento; pero se la engañará—dijo con aplomo la chicuela.

—No creas que se trata de una cosa sencilla.

—Explíquese, pues, el señor don Tadeo.

—Es menester hagas entender á doña Maria, que tu madre se halla sumamente enferma, casi agonizando.

—Lo creerá. ¿Qué más?

—Díle que ha significado tener que revelar un secreto de importancia para ti, y que únicamente á ella quiere comunicárselo.

—Está bien.

—Procura que te dé hora para el siguiente dia; ofrece

aguardarla en la plaza de Afligidos, desde cuyo punto, tú la guiarás á tu casa, que has de decir se halla en uno de los callejones próximos.

—Muy bien.

—Si acaso al llegar al punto indicado quisiera ir hasta tu casa en la silla, procura que desista de ello; díle, por ejemplo, que llamaria la atencion de la gente del barrio; en fin, inventa algo.

—Quedo enterada.

—¿Confias en salir airosa de tu cometido?

—¡Vaya, tan segura como estoy!

—Mira que es *negocio* que me interesa mucho.

—¡Cuándo os he dejado mal!

—Nunca, eso es verdad.

—Entonces ¿por qué tanto temor?

—Por la gravedad del asunto.

—Otros más delicados he desempeñado.

—No digo lo contrario.

—Tratándose de su mercé, ¿qué no haré yo por complacerle?

—No has de quejarte, si todo sale á medida de mis deseos.

—Una cosa hemos olvidado.

—¿Qué cosa?

—Las señas de la casa á donde he de conducir á la caritativa dama.

—Creo que lo mejor será que mañana, antes de acudir al templo, te acompañe á ella Simon, á fin de que no dudes, y tambien para enseñarte la habitacion donde cuidarás que entre doña María, cerrando tú, cuando llegue ese caso, la puerta desde la parte de afuera.

—Me parece bien.

—Entonces yo vendré tempranito á buscarte—dijo Simon.

—Convenido.

—¿Confias ahora que conoces la alhaja de que voy á servirme, en que el negocio salga bien?

—¡En verdad que estoy admirado!—contestó Simon.

—¡Bah! eso no es nada—dijo Andrea haciendo un mohin.

—Te vaticino un gran porvenir.

—Hace tiempo que se lo tengo yo pronosticado—replicó don Tadeo poniéndose en pié. Simon hizo otro tanto.

—¿Ya os vais?—preguntó Eusebia.

—Sí, ya es tarde, y mañana la pequeña ha de madrugar.

—Os aguardo á las siete—dijo Andrea á Simon.

—No faltaré.

Cuando los dos dignos camaradas se hallaron en la calle, dijo don Tadeo:

—Con franqueza, ¿qué te han parecido?

—La madre una gran mujer, y la hija una perla.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

A la hora convenida se hallaba Andrea ya esperando á Simon; llegó éste, y ambos se fueron á la casa que don Tadeo destinaba para que le sirviese de encierro por de pronto á la hermosa María.

Una vez orientada, se dirigió la niña al templo de las Descalzas Reales. Largo rato hacia que esperaba cuando llegó una silla de manos, en cuya portezuela ostentaba el escudo de armas de la casa de Lazan.

Apenas se habian apeado de la silla doña María y Luisa que la acompañaba, cuando Andrea, llorosa y afligida, se aproximó á las jóvenes.

—¿Qué es eso, hija mia? ¿Qué es lo que te aflige?—dijo con bondadoso acento la hija del conde.

—¡Ay! señora de mi alma; una gran desgracia..... mi madre.....

—¿Qué le ocurre? ¿Cómo no vino ayer? ¿Cómo no la veo hoy?

—Porque está muy malita—contestó la niña derramando abundantes lágrimas.

—Vamos, vamos, no te aflijas.

—Mi madre se muere; no hay remedio para ella.

—No desconfies de la Providencia. ¿Puedo yo hacer algo por ella?

—Eso me ha hecho venir hoy.

—Habla pues, ¿qué quieres?

—Me ha dicho mi madre que os viera, y en nombre de lo que más amarais os rogara os dignaseis ir á verla, porque tiene que confiar un secreto del que depende mi bienestar, y en nadie más que en vos, que sois un ángel, quiere depositarlo.

—Pues hija, no te aflijas, que yo iré.

—¡Dios os lo pague!—dijo la astuta niña tratando de arrodillarse.

—Quieta, quieta; toma, he aquí estas monedas; cuida bien á tu madre. ¿Te ha dicho cuando deseaba verme?

—Como se encuentra tan malita, me ha dicho que si accedíais y os dignabais mañana ir á verla, se creeria feliz aunque luego muriera.

—No querrá Dios dejarte huérfana, pero de todos modos iré. ¿Dónde habitais?

—¡Ay, señora! en un casucho muy feo y triste, que está en un callejon cerca de la plaza de Afligidos; si quereis, en la plaza os esperaré y os guiaré.

—Corriente; mañana terminada la misa iré á buscarte.

—Dios os lo pague.

—Anda, corre al lado de tu madre, y cúidala mucho.

Andrea se separó de las dos jóvenes y se alejó.

Luisa y María entraron en el templo.

Por la tarde enteró Andrea á Simon del buen éxito obtenido, y aquel quedó en ir al siguiente dia á darle cuenta á don Tadeo. El lector sabe ya lo que hizo.

Sintiéndose doña María indispuesta, y no queriendo dejar de prestar algun consuelo á la pobre mendiga, rogó á su amiga Luisa cumpliera por ella el encargo, advirtiéndole dijese á la enferma que al siguiente dia, á poco que pudiese iria ella á verla.

Luisa muy gustosa ofreció cumplir la comision.

Fuése al templo á la hora de costumbre. Al salir de él, dijo á sus conductores:

—Conducidme á la plaza de Afligidos y parad en ella.

Al llegar al sitio indicado, paró la silla, y Luisa se apeó, en el instante en que se adelantaba hácia ella Andrea.

—¿Y doña María?—dijo la niña contrariada.

—No está hoy muy buena; mañana vendrá ella, guia, amiga mia.

Andrea disimuló perfectamente su disgusto y guió á Luisa á la casa que ya conocen nuestros lectores. Una vez en ella hizo entrar á la jóven en un aposento, cuya puerta, segun se le habia encargado, cerró la niña por la parte de afuera.

—No es culpa mia; yo he cumplido.

Y ligera como una corza, salió de aquella casa y se dirigió á la suya.

He aquí explicada la sorpresa que manifestó don Tadeo al encontrarse con Luisa en vez de hallarse con doña María.

CAPÍTULO XXXV.

Dónde Luisa se ve detenida contra su voluntad.

—¿Podreis explicarme—dijo Luisa con tono algo imperioso á don Tadeo—lo que significa esto?

—Yo..... yo.....

—¿Á qué obedece esta superchería?

Don Tadeo estaba furioso y confundido.

—Nada me es dado deciros, señora.

—Hacedme pues la merced de franquearme la puerta.

—Eso no está en mi mano.

—¿Qué es entonces lo que pretendeis?—preguntó la jóven con el mayor sobresalto.

—No os alarmeis.

—No es posible que me tranquilice en tanto permanezca aquí.

—Haré lo posible porque salgais cuanto antes; es cuanto puedo hacer.

—Pero, ¿qué se pretende? ¿Por qué se trataba de conducir aquí á doña María? ¡Quién pudiera imaginar que aquella tierna niña tendiera un lazo de tan mala ley! ¡Oh! por piedad no prolongueis mi agonía!

—Repito que en este instante nada me es dado hacer. En breve volveré, y seguramente entonces me será lícito dejaros en libertad.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque no soy yo el que mando.

—¿Á quién obedeceis?

—Permitidme que no os conteste sobre ese particular.

—Pero esto es una infamia.

—Yo no hago más que obedecer.

—Puede pesaros la tal obediencia.

—No diré lo contrario, pero entretanto cumpliré con la mision que se me ha impuesto.

Luisa comprendió que era inútil rogar á aquel anciano, por lo tanto se determinó á aguardar resignada la solucion de aquel misterio.

—¿Ofreceis volver cuanto antes?

—Os lo ofrezco.

—Aguardaré con impaciencia vuestra vuelta.

—No me haré esperar.

Don Tadeo salió de la habitacion por la misma puerta por la cual habia entrado, cuidando de cerrarla tras sí.

—¿Cómo demonios ha sido esto? Furiosa se pondrá doña Catalina. ¿Qué hago yo ahora?

Pareció reflexionar durante algunos instantes.

—Nada, nada, vamos á arrostrar las iras de la soberbia dama.

A buen paso se dirigió á casa de doña Catalina.

—¿Qué noticias me traeis?—preguntó la dama al solapado viejo en cuanto le vió.

—Dos—se apresuró á contestar.

—¿Y son?....

—De diversa índole: una halagará vuestro deseo de venganza.

—¿Y la otra?

—Destruye por el pronto vuestros vengativos planes.

—No entiendo.

—Me explicaré.

—Comenzad por la noticia adversa.

—Todo lo tenia divinamente dispuesto á fin de que doña María de Lazan cayese hoy en mis manos.

—¿Y qué?....

—Sin poderme explicar el cómo, me he visto defraudado.

Don Tadeo expuso á la dama cuanto habia hecho el dia anterior y lo que Simon le habia dicho aquella misma mañana.

Doña Catalina frunció el entrecejo, y al terminar don Tadeo su narracion le dijo con dureza:

—Hace ya algun tiempo que no se os puede encargar nada.

—Señora, no es mia la culpa, como acabais de oirlo. No podreis menos de confesar que el plan estaba admirablemente urdido.

—Pero el resultado, nulo.

—Yo veré luego á Andrea y sabré qué ha sido esto.

—¿Y la otra noticia?

—Se trata de don Luis.

Doña Catalina palideció.

—¿Qué hay?

—Hay, que ayer noche, en el atrio de San Cayetano, cayó mortalmente herido.

Extraña lucha de encontrados sentimientos se agitaron en el corazon de la dama al oir las últimas frases pronunciadas por don Tadeo.

El sentimiento de la venganza predominó, y sonriendo irónicamente, dijo la vengativa viuda:

—Prefiero que sea la muerte la que me lo arrebate.

Dicho esto guardó profundo silencio.

Al cabo de algunos segundos don Tadeo se atrevió á decir:

—¿Qué me ordenais hacer?

—¿Respecto á qué?—contestó la dama, saliendo de su abstraccion.

—Respecto á la jóven que está en mi poder.

—Haced lo que querais; ponedla en libertad.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—¡Toma! porque una vez libre, vendrá el conde en conocimiento de cosas que es bueno las ignore.

—¿Qué puede saber que á mí me comprometa?

—Si no vos, yo corro peligro, y bueno es evitarlo.

—Pues bien; ¿qué os encargué hicierais con doña María?

—Habíais encargado se la condujera á una mancebía.

—Haced, pues, lo mismo con esa jóven.

Á pesar de lo malvado que era don Tadeo, no pudo menos de oir con cierto horror la cínica indicacion de doña Catalina.

—¡Cómo! ¿pretendeis que esa jóven?....

—¿Acaso me importa más que la otra?

—No digo eso, pero como creo que contra ella no sentís rencor.....

—En el mero hecho de ser amiga de doña María, la odio ya.

—¿De modo que determinais?....

—Os la entrego, haced de ella lo que querais.

—Está bien.

—Pero no seais débil, puesto que oportunamente me habeis indicado el peligro que se correria dejándola en libertad.

—Perded cuidado.

—¿Es hermosa?

—Mucho.

—Entonces no ha de faltaros donde colocarla—dijo irónicamente.

—Lo procuraré.

—Quiero que os informeis del estado en que se halla don Luis.

—Lo haré así.

—Y participádmelo cuanto antes.

—Está bien.

—¿Qué aguardais?

—Señora..... yo.....

—¿Acabad?—dijo con enojo la dama.

—Como ya sabeis, me veo precisado á valerme de gente á la que hay que pagar, y por más que el asunto de doña María se haya malogrado, no tengo más remedio que cumplir mis compromisos.

—Yo no escatimo el oro, en cambio vos me servís bastante mal.

—Siento que me reprendais tan duramente cuando os consta que solo una casualidad funesta ha podido entorpecer los planes mejor dispuestos.

—Sea como quiera, yo pago y deseo que se me sirva.

—Y yo lo hago fielmente.

—Tomad.

Doña Catalina alargó á don Tadeo un bolsillo repleto de oro.

—Sentiria, señora, que me juzgarais interesado—dijo don Tadeo guardándose el bolsillo.

—Sé á lo que atenerme respecto á vos.

—¿Imaginais?

—Basta; no me creo obligada á daros satisfaccion.

—¿Cuándo quereis que vuelva?

—Tan pronto como averigüeis lo que os he encargado.

—Está bien, ¿teneis nada más que mandarme?

—No; estoy convencida de que no podeis ó no sabeis proporcionarme los medios de venganza que yo anhelo, y á contar desde hoy, por mí misma me encargaré de ello.

—¡Vos, señora!

—Sí, yo, y á buen seguro que el aborrecido conde de Lazan, sentirá en breve el mortal golpe que deseo descargar sobre él.

—Calculad los riesgos á que os exponeis.

Doña Catalina lanzó una despreciativa mirada á don Tadeo.

—¿Creeis que soy yo de esas mujeres que se intimidan fácilmente? Si en vez de haberme fiado de vos, hubiese hecho por mí misma lo que debia, ya estaria completamente vengada. A bien que no es tarde aun.

—Sin embargo, si para algo necesitais de mi ayuda.....

—Está bien; salid.

Don Tadeo saludó humildemente, y confundido y admirado salió del aposento de la vengativa dama, murmurando á sus solas:

—¡Diantre! esta dama es más peligrosa de lo que yo habia imaginado; en fin, por hoy salimos del paso; vamos á ver cómo se explica Andrea, despues determinaré lo que tenga por conveniente respecto á mi bella prisionera.

CAPÍTULO XXXVI.

Dónde Giacomo Zarini se muestra sumamente complaciente con doña Catalina.

En cuanto cerró la noche, doña Catalina, que desde el momento en que se marchó Tadeo, se habia entregado á sus hondas reflexiones, se levantó del sillon que ocupaba y tocó el timbre.

Al instante se presentó la doncella.

—Ayudadme á vestir.

—¿Va á salir la señora?

—Sí.

Merced á la eficaz ayuda de la doncella, pronto estuvo doña Catalina completamente ataviada.

—¿He de acompañaros?

—No.

—¿Mando disponer la silla?

—No es necesario.

—Está bien.

—Si alguien viniese á preguntar por mí, durante mi ausencia, decidle que me espere, especialmente si fuese persona conocida.

Sin esperar contestacion, salió la dama de su aposento, y á los cortos instantes pisaba ya la calle.

Sin detenerse en parte alguna, atravesando una tras otra calle, llegó por fin á un apartado callejon, en el cual penetró resueltamente. Una vez en él, pocos pasos más tuvo que andar para llegar al sitio que se habia propuesto, y que no era otro que la tienda del perfumista Giacomo Zarini.

—¡Dios te guarde, Giacomo!—dijo la dama al penetrar en la tienda.

—¡Oh! señora! ¡Tanto bueno por mi casa!—contestó el aludido ofreciendo á doña Catalina una banquetilla para que descansase.—¿Venís sola?

—Sola vengo.

—Una dama tan hermosa como sois, creo que se aventura demasiado, lanzándose á la calle á estas horas sin tener quien la acompañe.

—No soy medrosa. Además, necesitaba hablarte, y he preferido venir á verte sin testigos de vista.

—¿Tanto os conviene hablarme?

—Mucho.

—Estoy á vuestra disposicion.

—Es secreto lo que tengo que decirte.

—En ese caso llamaré á un dependiente, y vos podreis decirme cuanto juzgueis necesario en mi cuartito reservado. Felipe! Felipe! Cuidad de la tienda—dijo á un jovencito que se presentó á poco de ser llamado—en tanto que esta dama tiene á bien seguirme á mi despacho donde tomaré nota de lo que se digna encargarme. Cuando gusteis, señora.

Giacomo guió á doña Catalina á la trastienda; una vez en ella, la hizo bajar tres peldaños que conducian á un corredor

al extremo del cual se hallaba el despacho del perfumista.

—Aquí estaremos perfectamente.

—¿Nadie podrá oirme más que tú?

—Nadie; hablad sin temor.

—Pues bien, Giacomo—dijo doña Catalina tomando asiento en un cómodo sitial de baqueta.—Estoy resuelta á no demorar la venganza que hace tiempo sabes que acaricio.

—Estais en vuestro derecho.

—Desde el dia en que me enteraste de algunos pormenores referentes á la historia de mi madre, vivo intranquila. Cuantos medios he intentado á fin de poder amargar la existencia del aborrecido conde de Lazan me han salido fallidos; todos aquellos de quien me he valido, se han portado con torpeza, así es que he resuelto no fiar ya de nadie y hacer por mi propia mano lo que hasta ahora habia confiado á la ajena.

—¿Lo habeis meditado bien?

—Estoy completamente decidida.

—Ya comprendo, ¿quereis indudablemente que os prepare algun licor de aquellos mortíferos y que no dejan huella del crímen?

—Nada de eso.

—¿Entonces qué apeteceis?

—Saber si podré disponer de esta casa el dia que lo crea necesario.

—Desde ahora otorgo mi vénia para ello, y es más; os enseñaré de ella lo que es conocido de mí solamente.

—¿Qué quieres decir?

—Aguardad.

Giacomo cerró la puerta por donde habian entrado. Despues acercóse á un testero de la pared, tocó un resorte, y en el acto quedó abierta una puerta de una sola hoja perfectamente disimulada.

—Nadie creyera que existia ahí esa abertura—dijo doña Catalina.

—Aun hay más; seguidme si gustais.

Doña Catalina siguió á Giacomo.

La puerta secreta franqueaba el paso á una pequeña y oscura sala, á uno de cuyos extremos habia una escalera de caracol.

—Agarráos á mí si no veis—dijo Giacomo.

—Poco ó mucho veo algo.

—Pues subid.

Llegados arriba, recorrieron un estrecho corredor, al final del cual se veia una pequeña puerta. Giacomo sacó una llave y abrió.

Pasaron ambos personajes por la susodicha puerta.

—Esta sala—dijo el perfumista—y los demás aposentos que vereis, pertenecen á otra casa que tiene puerta de entrada por este callejon.

Giacomo abrió una ventana á la cual asomó doña Catalina. Despues enseñó á la dama las varias habitaciones de que constaba el piso.

—¡Esto es admirable!—exclamó doña Catalina.

—¿No es verdad que sí?

—Ya lo creo; puede uno entrar á esta casa por la puerta del callejon, y sin que nadie lo sospeche salir por tu tienda.

—Ese es mi principal objeto.

—¿De manera que pones á mi disposicion?....

—Esta y la otra casa.

—No te quejarás de mí.

—Bástame, señora, complaceros.

—La hija del conde de Lazan ¿suele venir á tu tienda?

—Ayer sin ir más lejos estuvo en ella.

—Bueno es saberlo.

—Viene muy á menudo.

—Corriente, hemos terminado por hoy.

—¿Nada más teneis que decirme?

—Por ahora no.

—Ya sabeis que estoy dispuesto á ayudaros en todo y por todo.

—Gracias, Giacomo.

—Vamos, pues.

—Sí, vamos; cuando sea necesario te avisaré.

—Quedo á vuestras órdenes.

Giacomo y Catalina regresaron al despacho; una vez en él, cerró el perfumista la puerta secreta, terminado lo cual ambos se dirigieron á la tienda.

—Señora, pasado mañana tendreis en vuestro poder los perfumes y cosméticos que acabais de encargarme.

—Confio en vuestra palabra; adios.

La dama se alejó de la tienda con paso rápido.

CAPITULO XXXVII.

Coincidencias que todas ellas vienen á refluir contra el conde de Lazan.

Nuestros lectores no deben haber olvidado la situacion excepcional en que se hallaba el conde de Lazan, amenazado por el vengativo anhelo de doña Catalina de Sandoval, acechado contínuamente por la venganza de Alina, y rodeado de enemigos que todos ellos esperaban con ansia el momento de poderle herir mortalmente.

Habia tratado de parar el golpe respecto á Alina, incitando á su hijo para que se casara con la mujer á quien habia comprometido, mujer, que como sabemos, habia resultado ser la hija de la duquesa de la Jaridilla; pero desgraciadamente un obstáculo con el cual no habia contado, obstáculo nacido de su propio hijo, habia inutilizado todos sus esfuerzos.

Cárlos de Lazan, oponiéndose á dar su mano á Luisa, esterilizó todos los esfuerzos de su padre.

Y aquella resolucion era tanto más extraña cuanto que segun él mismo confesaba, amaba en realidad á Luisa, que por otra parte, y aun cuando de humilde condicion, era digna de sentarse en el trono del Monarca.

Procuró, en los dias que habian trascurrido desde que Luisa fué conducida á su casa, vencer aquella resistencia de su hijo, pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

—Hay razones—contestaba el jóven—que impiden el que yo dé mi mano á Luisa, y por lo tanto, padre mio, es inútil que tratemos de ese particular.

El conde insistia en querer conocer aquellas razones, y trataba de averiguar si algun otro compromiso, consecuencia de la galante vida de su hijo, podria ser causa de aquella negativa, pero nada de esto consiguió descubrir, y Luisa queria á cada momento abandonar aquella casa; incitaba á Alina para que la union se verificase, como medio para que cediese ella en su persecucion; irritábase á su vez Antonio, viendo que su hermana adoptiva no alcanzaba la reparacion debida, y todas estas quejas, y todos estos disgustos, desplomándose sobre el conde, teníanle profundamente contrariado y sin saber qué partido ni qué resolucion tomar.

En estos momentos, precisamente, llegó á sus manos una carta misteriosa que le hizo estremecer de terror.

«La hija, y única heredera del conde de Fuentidueña—decia la carta—ha descubierto al fin, al seductor de su madre y al matador de su padre.

»¡Vivid alerta, conde de Lazan, que está próximo vuestro castigo!»

Todo lo que este billete tenia de lacónico guardábalo sin duda tambien de terrible, porque el conde significó de tal manera en su semblante el profundo espanto de su corazon, que no habia lugar á duda alguna.

¿Qué misterio encerraba su vida, respecto á aquella familia que tanto efecto le causaba su recuerdo?

Si tenemos en cuenta la historia que Giacomo Zarini habia contado en otra ocasion á doña Catalina de Sandoval, se comprenderá que efectivamente, razon, y grande, habia para que el conde se inquietara.

Aquella venganza, en el momento que despertase habia de ser implacable.

El conde de Lazan, en su larga carrera de aventuras, no habia hecho más que sembrar vientos, y lógico, muy lógico era, que no recogiera en la edad madura otra cosa que tempestades.

El mismo dia en que Luisa habia salido de casa del conde para dirigirse, como de costumbre, á la iglesia de las Descalzas, sola, puesto que María no la pudo acompañar, presentóse Antonio en casa de Alina, diciéndola:

—Señora, permitidme que otra vez venga á molestaros: pero tal es el interés que por mí os habeis tomado y tales las muestras de afecto que me dísteis, que ellas mismas me impulsan á incomodaros de nuevo.

—No os comprendo—dijo Alina sorprendida ante la actitud del jóven.

—Hace algunos dias que por vuestra iniciativa, Luisa fué á casa del conde de Lazan, en demanda de una reparacion á que tenia derecho.

—¿Y qué quereis decirme con eso?

—Hablasteis de la influencia que ejerciais en el ánimo del señor conde, supusisteis que bastaba que vos quisierais, para que Luisa alcanzase lo que deseaba.

—Y así era la verdad.

—Permitidme que os diga que los hechos han venido á desmentir completamente vuestra esperanza.

—¿Creeis acaso que el conde de Lazan no accede á ese matrimonio?

—El caso es que no se realiza.

—¿No habeis visto vos mismo á vuestro padre, no le habeis

hablado, no os ha manifestado las razones que habia para que esa union no se verificase, razones ajenas por completo á su deseo?

—Sí, señora, todo eso me lo ha dicho, pero no me convence.

—¿Pues qué quereis entonces?

—Que esa union se verifique.

—¿Por qué no hablais directamente al vizconde? Vos, como hermano, podriais conseguir mucho más.

—¿Os olvidais, señora, de la herida que le ha retenido tanto tiempo en el lecho?

—Es verdad, esa herida os separa; y segun dicen, vuestro hermano es de los que no olvidan con facilidad esa clase de negocios.

—Tampoco yo los olvido, y por lo mismo, para no exponerme á provocar una nueva escision prefiero que seais vos quien le hable.

—¿Es decir que deseais que vea otra vez al conde?

—Os lo suplico.

—¿Pero no veis que nada puedo hacer? ¿No comprendeis que no es él quien puede devolver á vuestra hermana la honra que ha perdido?

—Harto lo sé, pero un padre siempre tiene medios para obligar á sus hijos.

—Es que los del conde, amigo mio, paréceme que no son modelos de obediencia.

—Sin embargo, si vos con los elementos que contais para amedrentar á mi padre, os imponeis de una vez, él obligará á su hijo.

—¿Pero vos habeis visto á Luisa?

—Ha dias tuve una carta de ella en que me decia que era completamente inútil su estancia en casa del conde; que no queria estar pasando por el sonrojo de aquel desprecio y que por lo tanto viera de encontrar un medio para sacarla de allí.

—¿Y vos qué hicisteis?

—He esperado, poniendo freno á mi impaciencia, hasta que hoy finalmente decidime por venir á veros.

—¿Es decir que contais conmigo para que yo os ayude?

—No tengo otra persona más que vos.

Alina quedóse algunos momentos pensativa.

Despues tendió la mano á Antonio, diciéndole:

—Voy á complaceros. Es muy posible que ignoreis siempre la magnitud del sacrificio que voy á hacer por vos, pero voy á demostraros el verdadero afecto que os profeso.

—Grande tambien será mi reconocimiento, y creed que el reconocimiento en persona que tanto ha sufrido como yo, es mucho más grande que en aquellos que siempre han sido felices.

—Alina se levantó de su asiento.

—Esperad un momento, vuelvo en seguida para ir con vos á la casa del conde de Lazan.

La jóven abandonó la estancia.

Atravesó algunas habitaciones hasta que llegó á las que ocupaba su compañero de venganza Mario de Monteleone.

Desde el momento en que, como vimos en uno de nuestros capítulos anteriores, uno y otro se habian revelado el amor que recíprocamente sentian, aquella venganza objeto primitivo de su union, aquel afan con que hasta entonces persiguieron al conde entibióse en tales términos que apenas si se ocupaban de él.

Es verdad que Mario y Alina tenian mucho que decirse.

Habian vivido juntos muchos años, es verdad, pero uno y otro, embebidos únicamente en el propósito que abrigaban, apenas si se veian, cruzaban las palabras que las circunstancias exigian, y fuera del objeto comun para el cual se habian unido, eran, puede decirse, completamente extraños el uno para el otro.

Mas desde el momento en que uno y otro, al apercibirse de

su aislamiento respectivo, pensaron que habia otra existencia para ellos más venturosa que la de su venganza, en el momento que al abrir los ojos á la luz se vieron mútuamente, un cambio extraordinario empezó á verificarse en sus sentimientos.

Y cuando los labios confirmaron lo que iniciaron los ojos, hízose la trasformacion más sensible.

Y hablando de sí propios mucho, ocupáronse muy poco en lo ajeno.

De aquí que su venganza respecto al conde de Lazan se hubiese entibiado, en términos que casi apenas hablaban de ella.

Al ver Mario á Alina entrar en su aposento, una expresion de alegría inundó su rostro; y preguntóla vivamente:

—¿Qué quieres, Alina?

—Voy á salir—le dijo ésta.

—¿Dónde vas?

—A casa de nuestro enemigo.

—¡De nuestro enemigo!—repuso Mario frunciendo ligeramente el entrecejo—desde que te amo me parece que aborrezco menos al conde.

—Pues estamos en idéntica situacion.

—¿Y para qué quieres verle? ¿para qué vas á renovar antiguas heridas que no pueden producirte más que disgusto?

Alina le refirió el objeto que á aquella casa la llevaba.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó Mario.—¿Cómo puedes obligar al conde á que ordene á su hijo semejante union?

—No lo sé, pero confio en que triunfaré, porque voy resuelta á todo.

—No te comprendo.

—Voy resuelta á sacrificar, para ver si alcanzo la felicidad de esa pobre niña, á sacrificar hasta mi propia venganza.

—La nuestra, querrás decir.

—¿De veras?

—Sí, Alina; no quisiera en el próximo dia de nuestra union, al estrecharte entre mis brazos, conservar recuerdo alguno de odio en el corazon.

—¡Oh! ¡qué bueno y qué noble eres! ¡Quiera el cielo que el conde aprecie en lo que vale nuestra nueva actitud!

—Vé y tráeme pronto la noticia de que has alcanzado lo que deseas.

CAPITULO XXXVIII.

Resultado de la accion llevada á cabo por los dependientes de don Tadeo.

En breve espacio encontráronse Alina y Antonio, en casa del conde de Lazan.

Durante el camino apenas si cruzaron alguna palabra.

Preocupados ambos, solo pensaban en llegar cuanto antes á la casa del conde, para cuyo efecto Antonio excitaba á los jayanes que llevaban la silla de manos en que iba la dama á que apretasen el paso cuanto les fuera posible.

Una vez en casa del conde, solicitada su vénia para verle é introducidos en su presencia, dirigióse la italiana al padre de María, diciendo:

—Señor conde, siento volver á molestaros, pero sospecho que sin duda no habeis tenido en cuenta que la impaciencia es mala consejera, y la mia está diciéndome que no habeis cumplido como debisteis.

Antonio, desde que entró en la estancia de su padre, manteníase en aquella actitud severa y grave adoptada por él desde el primer momento en que supo los lazos que les unian.

Aquella especie de seriedad y de repulsion, no podian menos de herir al conde que en medio de los disgustos que le rodeaban, tal vez en el nuevo afecto de aquel hijo habria encontrado un lenitivo para sus dolores.

Al escuchar las palabras de Alina, así como desde luego habia supuesto al verla entrar que no habia de ser nuncio de buenas noticias para él, comprendió que los reproches iban á tomar un carácter más formidable, carácter que habia de herirle con mayor violencia porque su hijo los iba á escuchar.

—Explicáos, señora; que no acierto á comprender lo que en estos momentos pueda motivar vuestro enojo.

—Siento que seais tan flaco de memoria, obligándome á recordar lo que, podeis creerme, hubiese querido dar al olvido.

—Si os referís al enlace de mi hijo con esa bellísima jóven respecto á la cual tiene contraidos deberes que yo soy el primero en reconocer, bien debeis comprender, Alina, que no es mia la culpa si ya no se ha verificado.

—Paréceme que tan vuestra es como del vizconde.

—¿Creeis que por librarme de los tormentos que sufro no habria yo hecho cuanto posible fuera?

—Señor conde—repuso Antonio hablando por primera vez—tengo para mí que cuando un padre ordena, el hijo no tiene otro remedio que obedecer.

El conde no pudo menos de fijar sus humedecidas pupilas en Antonio.

—Eso es lo que debia de ser—dijo—pero desgraciadamente no es así.

—¿De quién es la culpa en ese caso?

—Del padre que no ha sabido cumplir desde el principio con su deber—repuso con amargura.

Siguiéronse algunos momentos de silencio.

Antonio y Alina habian comprendido el verdadero sentido de las palabras del conde.

Y uno y otra tuvieron prudencia suficiente para respetar toda la amargura que se encerraba en aquella confesion.

¿Qué fuerza podia tener el conde para obligar á su hijo á que le obedeciera cuando precisamente él mismo le habia prestado alas para su desobediencia?

Antonio se aproximó lentamente al conde y le dijo:

—Señor, comprendo perfectamente más que lo que habeis dicho, lo que habeis querido decir; pero ved tambien que es muy doloroso el que por un capricho de ese jóven, de vuestro hijo, tenga que sufrir una jóven honrada y buena todas las consecuencias, no solo de la pérdida de su honra, sino de la mofa y del escarnio hecho á su debilidad.

—Comprendo cuanto me digas.

—¿Y comprendiéndolo no le poneis remedio?

—Tu hermano.....

—Señor conde, no puedo aceptar más parentescos que aquellos que se pueden mostrar á la clara luz del sol, y si á esto se une la fatal division que entre el señor vizconde y yo existe, comprendereis que ni puedo ni debo considerar como hermano á quien ha seducido, ha deshonrado y no concede la justa rehabilitacion que merece á una jóven á quien habia considerado como una hermana querida, como la única familia que tenia en el mundo.

—¿Pero no te he reconocido yo? ¿No confieso que soy tu padre?

—Confesadlo en buen hora, yo os respeto como tal; pero nada más me exijais. Ordenad á vuestro hijo que cumpla como debe, hacedle que muestre más con las obras que con las palabras su honradez y caballerosidad, y yo, si amarle no puedo porque entre él y yo existe la sangre vertida por mí, al menos le veré sin odio alguno, en gracia de la felicidad que haya dado á Luisa.

—Tiene razon Antonio—repuso Alina—y parécenme de tal manera justas sus exigencias, que son precisamente las mias tambien.

—¿Pero qué puedo hacerle yo, cuando mi hijo, sin querer darme explicacion alguna, me confiesa que hay obstáculos insuperables que á ese matrimonio se oponen?

—¿Pero qué obstáculos son esos? ¿Tiene acaso contraidos compromisos más sagrados con otra mujer? ¿No la encuentra quizás bastante noble para elevarla hasta su altura?

—No, no es nada de eso, porque precisamente he tratado de preguntarle sobre ello.

—¿Y os dijo?....

—Que amaba á Luisa; pero que le era imposible casarse con ella.

—Pues mandadlo, y se os obedecerá.

—¡Cuán poco conoceis, Alina, el carácter de mi hijo!

—Ved que tanto me intereso en esa union; tanto quiero la felicidad de Luisa y la tranquilidad de Antonio, que hasta mi propia venganza, que es tan justa como sabeis, abandonaria con tal de ver realizado este enlace.

A estas palabras, cruzó por el rostro del conde un relámpago de alegría, al cual sucedió inmediatamente una expresion de extraordinario abatimiento.

—¡Es imposible!—murmuró.—Conozco por desgracia el carácter de mi hijo, y en este asunto ha pronunciado sin duda su última palabra.

—Entonces vos mismo, señor conde, debeis comprender que no puede permanecer Luisa más tiempo en esta casa. Me lo manifestó ella misma hace dias y ahora comprendo que tenia razon.

—¿Acaso tiene que quejarse de nosotros?—repuso el conde.—¿No hace mi hija por ella cuanto puede? ¿No la considera como una hermana y yo no la trato tambien como una hija?

—Para la que ha entrado en esta casa en demanda de hon-

ra, debeis comprender, señor conde, que el cariño y el afecto son muy gratos, no os lo niego, pero no bastan á llenar el vacío que ya existe.

—En su consecuencia—dijo Antonio—juzgando ya muerta la esperanza de mi pobre hermana y juzgando imposible su rehabilitacion, fuíme hoy en busca de esta señora á suplicarla me acompañase para que junto á ella abandonase Luisa una casa donde no ha podido encontrar más que un nuevo aumento en su amargura.

—¿Es decir que persistes en tu idea?

—¿Qué otro remedio me queda?

Iba el conde á replicar, cuando de súbito percibióse en la vecina estancia, rumor de voces, y un momento despues abrióse con violencia la puerta del aposento y María se precipitó en él, exclamando:

—¡Oh! padre mio, ¡qué desgracia!

Y al ver las dos personas extrañas que habia en la cámara de su padre, dirigióse á Alina, prosiguiendo:

—No creais, señora, no he tenido yo la culpa; la casualidad únicamente ha impedido que como de costumbre la acompañase.

—No os comprendo—dijo Alina.

—Pero habla, hija mia, explícate. ¿Qué quiere decir este estado de agitacion en que te veo?

—¿Dónde está mi hermana, señora?—preguntó Antonio que desde el momento en que vió entrar á María y escuchó su exclamacion, estremecióse cual si presintiera una desgracia.

—Pues precisamente de ella es de quien hablo—dijo María —de mi pobre Luisa, que no sé dónde está.

—¡Cómo!—exclamaron á la vez las tres personas que se hallaban reunidas en el aposento.

Entonces María púsose á referir que lo delicado de su salud la impidió aquella mañana ir, como de costumbre, á las

Descalzas Reales, y hacer las limosnas correspondientes á aquel dia; que en su lugar habia ido Luisa, la cual se hizo conducir hasta la plaza de Afligidos, en cuyo punto la esperaba una mendiga, á cuya madre habia de socorrer; que se habia ido con la niña, y que los criados, cansados de esperar, hacia más de tres horas, acababan de llegar dando parte de lo ocurrido.

—Señor conde—gritó Antonio fuera de sí, apenas hubo terminado María su relato—vos, y únicamente vos sois responsable de eso.

—¡Antonio!—exclamó Alina sorprendida por la cólera del jóven.

—Observad bien la negativa de vuestro hijo á devolver á mi hermana la honra que le ha quitado; observad tambien que nadie mejor que él debia saber la costumbre que tiene de ir á misa todos los dias con vuestra hija, y lógico y natural es tambien que supiera que iba hoy sola, y bien merece una querida como Luisa el sacrificio pecuniario que semejante lazo puede haberla costado.

—¡Caballero!—exclamó María ofendida por las palabras de Antonio.

—Ve lo que dices—repuso á su vez el conde.

—Nada me digais, señor. Si estuviese aquí vuestro hijo, del mismo modo, os juro que se lo dijera tambien. Él y solamsnte él ha sido el raptor de Luisa—replicó Antonio con creciente cólera.

—Miente villanamente quien tal diga—gritó un acento colérico desde la puerta de la estancia.

Volviéronse todas las miradas en aquella direccion, y vieron al vizconde Cárlos de Lazan que, pálido por efecto de la emocion que sentia, iba á penetrar en la habitacion cuando apercibió las últimas palabras de Antonio.

Al reconocerle éste, un rugido de cólera brotó de su garganta.

Fué á lanzarse sobre él, pero el conde de Lazan se interpuso, diciendo:

—Antonio, ¿olvidas el lugar en que te encuentras?

—Dejadle, padre—repuso Cárlos—tengo una cuenta pendiente con ese villano, y ya que la ocasion se me presenta quiero solventarla.

—¡Oh! ¡miserable!—gritó Antonio á quien la cólera cegaba.

—Señor conde—dijo á su vez Alina, mientras que María hacia esfuerzos para contener á su hermano—ved las consecuencias de los pasados errores.

El conde, al escuchar estas palabras, fijó una mirada indefinible en Alina.

Despues, viendo que á pesar de todos los esfuerzos los dos jóvenes estaban á punto de acometerse, cogió violentamente á Cárlos por un brazo, hizo lo mismo con Antonio, y con un acento cuya verdadera expresion en vano trataríamos de describir, exclamó:

—¡Cárlos! ¡Antonio! deponed vuestros enojos, deponed vuestros rencores que me están matando; vosotros no podeis ser enemigos porque los dos, sabedlo de una vez, los dos sois mis hijos.

CAPÍTULO XXXIX.

Los dos hermanos.

Profunda sorpresa causaron las palabras del conde, en todas las personas reunidas en el aposento.

Los dos jóvenes detuviéronse al sonido de aquella voz que llena de severidad y de amargura, les revelaba el parentesco que les unia y los deberes que recíprocamente tenian.

María contempló asombrada á Alina, á su padre y á sus hermanos, y apenas sabia ni qué actitud tomar ni qué decir.

La italiana á su vez, á pesar de los motivos de aborrecimiento que respecto al conde tenia, como que le veia tan lleno de amargura, tan profunda y tan justamente alterado en vista de la multitud de penas que sobre él se desplomaba, no pudo menos tambien de sentirse conmovida.

Antonio fué quien primero rompió el silencio que se siguió á las palabras de su padre.

—Señor—dijo—habeis hablado en nombre de vuestra au-

toridad, habeis con vuestras palabras hablado tanto á mi corazon como á mi cabeza, y comprendo y deploro el extremo á que mi mismo dolor me conducia.

Y volviéndose hácia el vizconde, continuó:

—Perdonad, hermano; os he ofendido y lo siento, pero el dolor de ver á Luisa mendigando vanamente un nombre y una posicion á que tan legítimo derecho tiene, y al ver finalmente que desaparece, que la roban, y que la roban habiendo estado en vuestra casa, se ha perturbado mi razon y he ido más léjos de lo que debia.

Y al decir esto tendió su mano á Cárlos, que durante algunos segundos permaneció inmóvil.

El conde no pudo ménos de dirigir una mirada suplicante á Cárlos, el cual dijo con un ligero acento de reproche:

—Duéleme todavía la herida que me inferísteis y que me ha obligado á permanecer en el lecho tantos dias.

—¿Para qué recordar ahora lo pasado?—dijo el conde.

—Padre mio, á mi pesar se ocurre á mi memoria—contestó Cárlos.

—Escuchad, señor vizconde—dijo Alina comprendiendo por la actitud que iba tomando Antonio, que habia llegado el momento de intervenir.—Debeis comprender que esa misma herida de que os lamentais y que vuestro hermano deplora tambien, fué por esta misma mujer á quien decís que amais; por lo tanto, si ese amor existe, paréceme que en vez de andar ahora despertando pasados odios y quizás prestando pábulo á rencores nuevos, debeis congratularos de que la mujer á quien amais, tenga en vuestro mismo hermano un valedor tan enérgico y tan decidido.

—Teneis razon, señora—repuso el vizconde tendiendo á su vez la mano á Antonio—olvidemos lo pasado y pensemos únicamente en el presente.

—Ahora bien, señora—dijo el conde dirigiéndose á Alina—¿Creeis todavía que puedo sufrir dolores más grandes que los

que llevo sufridos? ¿Creeis que exista un padre en el mundo más lleno de angustias que lo estoy yo?

Alina no contestó.

Comprendió que el conde tenia razon, y al objeto de separar la conversacion del terreno en que estaba, dijo:

—Puesto que el pasado ha muerto, y solo una vez debemos ocuparnos del presente, preciso es aunar todos nuestros esfuerzos á fin de encontrar á Luisa.

—Teneis razon—exclamó Cárlos—y yo os juro que, ó pierdo la vida en semejante empresa, ó sabré encontrarla.

—¿Y si la encontrais—dijo Alina—la hareis vuestra esposa?

El vizconde no contestó.

Nublóse su frente, y durante algunos segundos mostró en su semblante la lucha que en su corazon sostenia.

Despues dijo con acento un tanto conmovido:

—Pues que mi hermano la ama, puesto que ella debe estarle agradecida por sus desvelos y sus cuidados, y puesto que yo, por razones especiales mias, no puedo hacerla mi esposa, yo se la cedo gustoso á mi hermano.

—¡Oh!—exclamó Antonio con una expresion indefinible.

—Eso es imposible—gritó á su vez el conde lleno de emocion—Antonio no puede ser el esposo de Luisa.

—¿Por qué razon—preguntó Cárlos—si yo que soy el que amándola renuncio á ella obligado por circunstancias superiores á mi voluntad?

—Quien ha cometido el yerro, es quien únicamente debe remediarlo.

—Pero si es que yo no puedo.....

—Pero ¿á qué hablar ahora de todo eso que es prematuro en demasía? Paréceme que lo primero de todo es encontrar á Luisa. ¿No os parece lo mismo que á mí, señora?

Y María al pronunciar estas palabras, fijó sus ojos en Alina como buscando su apoyo.

Esta se lo concedió inmediatamente.

—Sí, señora—la dijo—paréceme que cuanto antes deben dedicarse todos los esfuerzos á encontrar á Luisa. Es preciso ver á los criados que llevaban la silla de manos, es preciso interrogar á todos los vecinos inmediatos al lugar donde ha ocurrido el hecho, hasta encontrar algun rastro que pueda conducirnos al punto que deseamos.

—¿Pero quién puede haber robado á Luisa?—exclamó Antonio—¿qué enemigos podia tener? ¿qué amores podia haber excitado ó qué deseos podia haber encendido cuando precisamente el único á quien ella ha amado es mi hermano, y hacia mucho tiempo que apenas ponia el pié en la calle?

—Corramos en su busca, Antonio—dijo el vizconde.

—Sí, sí—exclamó María—buscad á la pobre Luisa, cuya suerte me tiene llena de inquietud, máxime recordando el peligro que yo corrí en otra ocasion, cuando estuve á punto de caer en manos de esos malditos Caballeros del Amor.

Cárlos no pudo ménos de estremecerse.

—Esperad—dijo Alina apenas hubo terminado María—esas últimas palabras que acabais de pronunciar me han sugerido una idea.

—¿Cuál?

—¿No acostumbrais ir á misa todos los dias á la misma hora?

—Sí, señora.

—¿No debíais de haber ido hoy como de ordinario?

—Como que habia quedado con esa mendiga en ir á socorrerla.

—¿Y no creeis que únicamente esta equivocacion haya sido la causa de la desaparicion de Luisa?

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—Si tenemos en cuenta la tentativa dirigida en otra ocasion contra María, si tenemos en cuenta que á ella se dirigió esta mendiga, fácil es que contra vuestra hija estuviera diri-

gido el golpe, y que únicamente la casualidad haya hecho que sea Luisa la víctima.

—Teneis razon—dijeron á la vez Antonio y Cárlos.

—Es indicio que debe tenerse en cuenta.

—Pero ¡Dios mio!—exclamó María trémula de espanto—¿será posible que tan amenazada me encuentre? ¿qué enemigos puedo tener yo? ¿á quién hice daño cuando á nadie he querido mal?

—Si el tiro ha partido de los Caballeros del Amor—dijo Cárlos—yo os prometo que pronto lo sabré.

—Vamos á interrogar á los criados—dijo Antonio.

—Y despues á buscarla donde quiera que se encuentre.

Y los dos jóvenes salieron del aposento, quedando únicamente Alina, María y el conde.

—Ven, hija mia—dijo éste dirigiéndose á la jóven—y dí á mi secretario que ponga una carta para el conde de Floridablanca, diciéndole lo que acaba de ocurrir.

Esta órden no era más que un pretexto para alejar á María de la estancia.

Una vez solos Alina y el conde, dijo éste:

—Ya lo veis, señora, hice cuanto pude por complaceros; pero ya habeis oido la respuesta de mi hijo.

—En esa respuesta existe un misterio incomprensible.

—Pero misterio que, conocido su carácter, le impedirá constantemente cumplir como debe, y en ese caso, ¿no comprendeis que es muy triste me vea yo condenado á sufrir ese martirio que me habeis impuesto y del cual me habeis prometido relevarme únicamente bajo la condicion de ese matrimonio?

—Señor conde, mucho daño me hicisteis en otro tiempo: el recuerdo de aquel funesto dia no se ha borrado ni se borrará jamás de mi corazon; sin embargo, os veo tan castigado hoy; en las arrugas de vuestra frente y en el encanecimiento de vuestros cabellos se descubre tal mundo de dolores, que depongo mi resentimiento y os juro no olvidar el daño que me

hicisteis; pero sí no volver á molestaros con mi venganza.

—Gracias, señora; pero podeis quedar tranquila, porque son tantas las espinas que hay en mi conciencia, que ellas bastan para dejaros completamente vengada.

—Sin embargo, conde, Dios es piadoso siempre, y un sincero arrepentimiento quizás podrá llevar á vuestro corazon parte de la calma que perdisteis.

Todavía permaneció un buen espacio Alina en la casa del conde esperando á ver si daban algun resultado las diligencias practicadas por los dos jóvenes; pero hubo de retirarse á su casa finalmente con el desconsuelo de no haber podido saber qué habia sido de Luisa.

CAPÍTULO XL.

Un personaje misterioso.

Tiempo es ya que nos ocupemos de nuestro antiguo amigo don Luis de Guevara, á quien dejamos en una situacion bastante crítica.

El cuidado que reclamaba la herida que acababa de recibir, segun vimos en el capítulo correspondiente, atrajo toda la atencion de Joselito y de Concha, permitiendo á García escapar, aprovechándose de la libertad en que habia quedado.

En breve espacio reunióse un buen número de personas junto al herido.

Joselito estaba desesperado.

Por su causa habia recibido don Luis aquella herida, y todos sus esfuerzos en aquellos momentos de angustia y desesperacion estaban cifrados en ver si podia hacer que recobrase el herido el conocimiento.

Trasportaron al herido al próximo hospital de la Latina á

fin de que le fuese hecha la primera cura, y precisamente en el mismo momento en que iban cuatro mozos de buena voluntad á levantar el que ya parecia cadáver, aproximóse al grupo un indivíduo cuyo traje parecia más bien el de un hidalgo pobre, que no el de un caballero de elevada alcurnia, el cual preguntó qué habia sucedido allí.

Concha habia tomado la palabra tiempo hacia, lamentando la falta de seguridad que habia en la córte, falta de seguridad que daba márgen á que ninguna persona honrada pudiese transitar por las calles apenas oscurecia.

Y de su boca salieron sapos y culebras, como vulgarmente se dice, contra los alcaldes de casa y córte, contra las rondas, contra todo aquello, en fin, que debiendo velar por la seguridad pública no lo hacia, dando con ello lugar á lances de aquella especie.

Merced á esta locuacidad, encontróse el desconocido hidalgo con que supo todo cuanto deseaba y algo más que sin duda no debió presumir, porque al escuchar el nombre del herido caballero tomó su semblante una expresion extraña, y dijo:

—Dígame, buena moza, ¿ese don Luis de Guevara no es un caballero jóven, simpático, procedente, segun creo, de Andalucía?

—El mismo, señor—respondió la maja—y tan simpático, y tan generoso y galan era don Luis, que no habia maja, ni en Lavapiés ni en Maravillas, que no le hubiera admitido gustosa sus obsequios, ni señorona de la córte que no le amase, ni caballero que no se honrase siendo su amigo.

—Por lo visto, era su merced muy amiga del caballero—dijo el desconocido con acento ligeramente irónico.

—Pues, sí señor, y si usarcé me lo dice en tono de mofa, tenga presente, que lo que es de Concha Palomares, nadie ha tenido en su vida que decir una palabra, y que cuando yo digo que don Luis es todo un caballero, es porque puedo decir-

lo, porque yo y mis amigas le debemos muchos favores, y sobre todo porque es bien público y notorio su proceder.

—Nunca tuve ánimo de ofenderla.

—Es que por si acaso.....

—¿Y decia su merced que don Luis privaba mucho en la córte?—preguntó el desconocido.

—¡Ya lo creo! como que es el ojito derecho del conde de Floridablanca, y tiene como padrinos principales al señor conde de Lazan, al marqués del Alcázar, y qué sé yo qué otros duques y marqueses. Ya ve usarcé si seria triste que ese bribon hubiese puesto fin á su existencia.

El desconocido habíase quedado pensativo é iba siguiendo á la comitiva que se aproximaba al hospital, fijando de vez en cuando una mirada indefinible en don Luis, que en brazos de Joselito y de otros tres indivíduos, no daba señal de vida.

Concha, en medio de su dolor y de su locuacidad, preocupábase al pensar cómo daria á Paca una noticia que tanto trastorno habia de producirla.

El desconocido tomó pié de aquí para seguir haciendo preguntas y averiguaciones, resultando de todo, que cuando llegaron al hospital de la Latina, en cuyo sitio quedóse provisionalmente don Luis, aquel sabia todo cuanto Concha conocia respecto á la existencia que habia llevado el jóven caballero en la córte.

Cuando se encontró solo y pudo estar seguro de que nadie le veia, detúvose, y fijando una mirada implacable en el edificio donde habia quedado don Luis, murmuró:

—Gracias al diablo he conseguido dar contigo, don Luis de Guevara, y yo te juro, que si con vida sales de esta, has de llevar un recuerdo eterno de mi venganza. El infierno sin duda hizo que te cruzases en mi camino, y como continúe prestándome su apoyo, ¡ay de tí hijo de don Francisco de Guevara!

Y aquel extraño personaje dióse á andar como persona á quien urge llegar pronto á su destino, penetrando finalmente

en una casa de humilde apariencia, situada en la Cava Alta de San Miguel.

Un criado de fisonomía poco simpática á la verdad, salió á recibirle.

Entraron juntos en una habitacion adornada con sencillez, y allí, dejándose el desconocido caer la capa en que se envolvia, dejó ver el semblante duro, bravío y malvado de un hombre que frisaria con los cuarenta años.

En aquel momento su semblante estaba esclarecido por un siniestro resplandor.

El criado debió encontrar sin duda que aquello era inusitado en su amo, pues le dijo:

—Paréceme, señor, que no os han salido mal las cuentas esta noche.

—No lo sabes tú bien, Campillo—repuso el desconocido.—No podrás imaginarte á quien he encontrado.

—¿Á quién, señor?

—Al hijo de don Francisco de Guevara.

—¿No fué ese el capitan que en Méjico?....

—Sí; no prosigas. ¿Está ahí mi hijo?

—Sí, señor.

—Está bien; disponte para salir á la calle.

El desconocido púsose á pasear por la habitacion cual si estuviera meditando algun plan, y despues murmuró:

—Segun me ha dicho esa maja tan habladora, y cuyas revelaciones han sido tan importantes para mí, parece que una de sus amigas se halla vivamente interesada por él. Principiemos por ahí; esa maja ha dicho que no se atrevia á darle á su amiga semejante noticia; yo la he aconsejado que no lo haga tampoco de momento al menos. Envenenémosla desde ahora. Pero, ¿de qué modo puedo yo decirlo á esta mujer que pueda realmente herirla?

Y el desconocido se detuvo algunos segundos, hasta que dándose una palmada en la frente, exclamó:

—Ya tengo el medio; calumniemos, que la calumnia deja siempre algo tras de sí. Segun esa mujer me ha dicho, uno de los protectores de don Luis es el conde de Lazan. Éste tiene una hija, ¿por qué no hemos de suponer que la herida que ha recibido don Luis sea efecto de celos ó de rivalidades? Sobre todo, lo principal es crear dificultades, crear disgustos y llenar de amargura el corazon de ese hombre, si es que en él dejó un átomo de vida el puñal de aquel bribon.

Y diciendo estas palabras púsose á escribir una carta que entregó á Campillo tan luego éste se presentó dispuesto para salir á la calle segun su amo le ordenara.

Éste le dió las señas de la casa de Paca, y momentos despues, mientras Campillo se dirigia á evacuar su comision, el desconocido entraba en otra habitacion de la misma casa donde se hallaba un jóven de unos diez y seis años ocupándose en el manejo de armas.

Á primera vista comprendíase que entre el jóven y el desconocido, debia existir un parentesco muy cercano.

Ambos tenian la misma fisonomía, aun cuando con las variaciones naturales en la diferente edad de ambos personajes.

La misma dureza de líneas, la misma mirada penetrante, la misma frente deprimida y estrecha, la misma expresion finalmente repulsiva habia en uno que en otro, aun cuando en realidad un observador entendido habria asegurado desde luego mayor grado de perversidad en el jóven cuando tuviera la edad del desconocido.

—Ya veis, padre mio—exclamó el jóven suspendiendo las estocadas que estaba dirigiendo al maniquí que habia en medio del aposento—cómo procuro cumplir con vuestros deseos.

—Así, hijo mio, ese es un ejercicio digno de ti, y tanto más necesario hoy, cuanto que tienes, como ya te he dicho algunas veces, deberes muy sagrados que cumplir.

—Podeis creer, señor, que nada olvido y que solo apetezco

tener la edad suficiente, pues bien sabeis que corazon no me falta para vengar á mi pobre madre.

—Eso es lo que no debes olvidar nunca, y precisamente de ello he venido á hablarte.

—Decid, padre mio, decid, que bien sabeis lo dispuesto que me hallo á derramar mi sangre si es preciso por lavar la afrenta que se nos ha inferido. Pero si mal no recuerdo, vos mismo me habiais dicho que no sabiais dónde habian ido á parar los miserables que asesinaron á mi madre.

—Precisamente el destino ha hecho que encuentre al principal.

—¿De veras?—grito el jóven corriendo hácia su padre, y reflejándose en su juvenil semblante la expresion de un gozo cruel y de un ardiente espíritu de venganza.

—Sí, hijo mio, sí—repuso el desconocido fijando con satisfaccion su mirada en el jóven—pero, cálmate, que para alcanzar lo que tan justamente apetecemos, es preciso obrar con una circunspeccion y un tino extraordinarios.

—¿Y por qué no dirigirnos de frente al miserable, sea cual fuere su condicion, y asesinarlo, aun cuando despues nos esperase la muerte?

—No por cierto; la venganza que respecto á ese hombre vamos á tomar, es preciso que sea tan grande como su crímen. Es necesario herir á ese hombre en sus afecciones, en sus sentimientos, en su honra, en todo aquello, en fin, que llora el hombre con lágrimas de sangre, y para lo cual no encuentra remedio alguno.

—Comprendo, padre, comprendo—dijo el jóven cuyos ojos brillaron con sombría expresion.

—Ahora, como es posible que la lucha se entable más pronto de lo que nosotros creemos, y como que en esa lucha, por más que yo trate de evitarlo, es fácil me sorprenda la muerte, necesito que sepas realmente toda la gravedad de tus deberes, por la misma grandeza del crímen que tienes que vengar.

—¡Oh, sí, sí, padre! Tiempo hace que os he preguntado cómo habia sido la muerte de mi madre, qué circunstancias eran las que para ello habian mediado, y jamás me lo habeis querido decir.

—Porque no habia llegado el tiempo todavía; pero ahora es distinto. Escúchame, Felipe, y no olvides lo que te voy á decir.

CAPÍTULO LXI.

El vengador de su madre.

Hace algunos años, como tú sabes—dijo el desconocido dando comienzo á la historia que habia indicado—residíamos en Méjico.

Mis desgracias, mis propias locuras, pues de tal modo puedo calificar muchos arrebatos de mi juventud, habíanme reducido á un extremo tal, que tú viniste al mundo precisamente en la época más calamitosa de nuestra existencia.

—Harto lo sé—repuso con amargura Felipe, que ya sabemos que así se llamaba el jóven.—Lo que es los primeros años de mi vida fueron bien poco satisfactorios.

—Todo ello se lo debes al padre de la persona que hoy me he encontrado.

—Continuad.

—Tu madre—prosiguió el desconocido con alguna vacilacion—habia aprendido allá en otro tiempo y por distraccion

algo de quiromancia, y como esto proporcionaba un medio para ganar la subsistencia allá en Méjico, donde son muy dados á estas cosas, tratamos de utilizarla, y efectivamente por de pronto pudimos respirar con mayor libertad.

—Si mal no recuerdo—dijo Felipe—paréceme que estaba prohibida esta ciencia.

—Ya lo creo, como que los bandos del Virey lo tienen prohibido; pero ¿quién hace caso de los bandos cuando hay buenas monedas que ganar? Tu madre y yo, saltamos por encima de los bandos, y en los primeros meses, como te he dicho, la abundancia volvió á reinar en nuestra casa.

Un dia entró en ella á las altas horas de la noche un capitan que hacia algun tiempo residia en Méjico.

—Necesito saber—dijo á tu madre—si tu ciencia es realmente tan grande como dicen.

—La ciencia—contestó tu madre—es la misma en todas partes: yo no soy más que su intérprete; preguntadme lo que querais saber, señor capitan Guevara, y os lo diré.

—¿Sabeis cómo me llamo?—exclamó aquél sorprendido.

—Yo sé cuanto necesito saber, y á veces más tambien de lo que saber quisiera. Por esta razon—prosiguió tu madre—siento me hayais venido á ver.

—¿Que lo sientes? ¿Tienes la pretension de adivinar lo que te vengo á decir?

—Me lo presumo al menos.

—Veamos.

—Preguntad; pero os ruego que antes de hacerlo mediteis bien; no sea que despues os pese lo que quereis saber.

—Están pesándome ya—contestó el capitan—tus necios consejos y tus impertinencias. He venido aquí para saber, y bueno ó malo quiero saberlo todo.

Tu madre no insistió más.

El capitan estaba casado, tenia en España su mujer y su hijo, y deseaba saber noticias de ellos.

Hacia meses que lo ignoraba todo; sus cartas no obtenian contestacion, y desesperado ya iba en busca de aquel medio para saber lo que necesitaba.

Tu madre le dijo lo que la ciencia le habia enseñado.

El capitan habíase casado en segundas nupcias con una mujer frívola y liviana que maltrataba á su hijastro y engañaba á su marido.

El capitan salió furioso de nuestra casa.

Al dia siguiente embarcóse en un buque que se dirigia á Cádiz, y meses despues llegaba á su casa.

Pero la mujer habia sido advertida ya, y al llegar su esposo supo de tal manera engañarle, que cuando un año despues volvió á Méjico, lo primero que hizo fué tratar de vengarse de la miserable hechicera que se habia atrevido á mancillar con su inmunda lengua la honra de su esposa.

—¿Eso hizo el capitan?—dijo Felipe que seguia con anhelante impaciencia el relato de su padre.

—Sí, hijo; tu madre fué delatada á la Inquisicion por el capitan; nuestros pocos bienes fueron confiscados y tú y yo, merced á mi ligereza en obrar, pudimos evitar la suerte que nos aguardaba.

—¿Pero y mi madre?

—Tu madre fué quemada en uno de los autos de fe, que se celebraron en Méjico poco tiempo despues.

Un silencio verdaderamente terrible se siguió á las últimas palabras del desconocido.

Felipe, tembloroso de ira, excesivamente pálido, brillantes los ojos y apretados los dientes, expresaba la inmensa cólera que le abrumaba.

Su padre, pálido tambien y con el semblante contraido, parecia realmente sufrir con la evocacion de aquellos recuerdos.

Al cabo de algunos minutos, que el jóven necesitó para poder encontrar una frase que expresara su pensamiento, dijo:

—¿Y el capitan, padre?

—El capitan no estaba ya en Méjico cuando yo pude volver.

—¿Y no le buscasteis?

—Dijéronme que habia muerto en una expedicion contra los indios sublevados.

—¡Ira de Dios!—exclamó Felipe apretando los puños de coraje.

—Pero no era así—prosiguió el padre—aquel hombre habia vuelto á España; aquel hombre tuvo ocasion de convencerse de la infamia de su esposa, y entonces, al darle muerte en un arrebato de ira y de celos, sintió un remordimiento profundo por lo que habia hecho con tu pobre madre.

—Remordimiento tardío; remordimiento que en nada excusa la infamia cometida. Y vos, ¿no supísteis encontrar en su pecho paso para vuestra espada?

—Supe por un amigo suyo lo que acabo de referirte. Corrí al pueblo en que residia, y hacia precisamente dos años que aquel hombre, lleno de remordimientos y afligido al mismo tiempo por la infidelidad de su esposa y la muerte que se vió obligado á darle, habia salido de allí en compañía de su hijo, sin que supiera dónde habia ido á parar.

—¿Pero estaba en España?

—Tampoco lo sabia.

—Haberle buscado.

—¿Y acaso hemos hecho otra cosa en el tiempo que hemos estado recorriendo este país?

—¡Oh! Yo os juro, padre mio, que lo que vos no pudísteis alcanzar, ha de alcanzarlo mi obstinada voluntad.

—Camino, como te he dicho antes, tenemos adelantado para ello. Hace años encontrábame yo en Sevilla en ocasion que varios jóvenes caballeros pasaron por mi lado, separándose á los pocos pasos de mí. Uno de ellos tomó otra direccion, y sus compañeros le dijeron:—Adios Guevara.— Hirióme aquel

apellido y entonces me fijé en la persona á quien pertenecia. Era un vivo retrato del infame capitan; pero cuando quise seguirle, cuando á él me fuí á dirigir al objeto de cerciorarme de si era él la persona que yo buscaba, confundióse entre la multitud que invadia la plaza y nada pude conseguir.

—Desgracia habeis tenido, padre.

—Déjame concluir.

—¿Habeis descubierto algo?

—Sí; ya te lo he dicho antes.

—Hablad.

Entonces el desconocido púsose á referir á su hijo lo que ya saben nuestros lectores referente á su encuentro con Luis.

Extraordinaria alegría causó á Felipe aquel descubrimiento, y durante un buen espacio padre é hijo lleváronse hablando, pensando en lo que deberian hacer para el caso en que don Luis llegase á curar.

CAPITULO XLII.

Donde Luisa cuando menos lo espera ve brillar una luz salvadora.

Diez dias han trascurrido desde que tuvieron lugar los últimos acontecimientos que ya conoce el lector.

Explicaremos los sucesos que habian acontecido en este intervalo.

Luisa permanecia en poder de don Tadeo.

Una vieja era la encargada de su custodia.

La habitacion que servia de encierro á la jóven tenia un balcon que miraba á un pequeño jardin perteneciente á la casa y que estaba circuido por altísimas tapias. Este jardincillo lindaba con el magnífico parque del palacio de la duquesa de la Jaridilla.

Don Tadeo visitaba diariamente á la jóven.

Hacia ya tres dias que Luisa se hallaba prisionera.

Don Tadeo la visitó á la hora de costumbre, y como lo habia hecho en los dias anteriores, procuró tranquilizar á Luisa.

—Pero—decia la jóven—¿ha de ser eterno mi cautiverio?

—No lo creo así—contestó el viejo astuto.

—Si se prolonga mi situacion no sé si me será dado resistirla.

—¿Tan mal se os trata?

—Lo único que puedo deciros es que me siento sumamente débil.

—Tened paciencia; hasta el fin nadie es dichoso.

—Consentid por lo menos que pueda esparcirme algunas horas del dia dando un pequeño paseo por ese jardincillo.

—Bien; todos los dias, cuando venga la buena Ruperta á traeros la comida, le daré órden de que se os abra la puerta y os deje bajar al que llamais jardin; ya sabeis que Ruperta, luego de haberos servido, se marcha de nuevo, y no vuelve hasta que oscurece; durante todo este tiempo, podreis pasearos á vuestro placer; pero al consentiros eso habeis de ofrecerme una cosa.

—¿Cuál?

—La de que seais más dócil y procureis tomar el alimento necesario.

—Haré lo que pueda.

—En ese caso, conformes.

—Procurad, por Dios os lo pido, que se me deje libre cuanto antes.

—Por mi parte haré cuanto me sea dable.

—En vos confio.

—Podeis tener confianza. Adios, pues.

Don Tadeo salió del aposento donde estaba la jóven cerrando tras sí la puerta.

Dirigióse el viejo en busca de Ruperta que aguardaba sus órdenes en uno de los cuartos cercanos al que ocupaba Luisa.

—Ruperta—dijo don Tadeo—desde hoy consentirás que la jóven á quien custodias, se esparza por el pequeño jardin.

—¡Cómo! ¿consentís?....

—Sí; cuando haya comido la acompañas, abres la puerta del jardin y la dejas en él, y cuando vuelvas al oscurecer si permanece aun en aquel sitio la jóven, la acompañas de nuevo á su habitacion. Eso sí: cuando salgas á la calle, mira de cerrar bien la puerta de entrada de esta casa.

—Verdaderamente, aunque se la permita pasear por el jardin, no hay cuidado que pueda escaparse.

—¡Á no ser que tuviera alas! Las tapias son extremadamente altas y no temo que las escale.

—No es fácil.

—He accedido á sus súplicas porque temo se ponga mala y no me conviene.

—Pues si un pájaro come más que ella.

—Me ha ofrecido que en adelante procurará tomar más alimento.

—La muy melindrosa..... hacer dengues cuando está tratada á cuerpo de rey!....

—Ya se irá acostumbrando.

—Yo ya hubiera acabado con todos sus melindres.

—Á mí no me conviene el método que tú emplearias.

—Porque sois muy bueno.

¡Qué tal seria la vieja cuando admiraba la bondad de don Tadeo!

—Cada uno se entiende; tu obligacion se reduce á servirla y á vigilarla cuando estás en casa y á dejar las puertas bien cerradas cuando te ausentes de ella.

—Y eso es lo que hago.

—Tambien me conviene la hagas entender que hago cuanto puedo por alcanzar su libertad.

—Lo hago constantemente.

—No olvides el ponderar mi bondad y el sentimiento que me causa el verla encerrada.

—¡Oh! descuidad, que para mentir me pinto yo sola.

—Sí, sí, ya lo sé. ¿Quedas enterada de todo, eh?

—Perfectamente.

—Sírveme bien, que no ha de pesarte.

—Ya me conoceis.

—Espero que dentro de breves dias, daremos compañía á la paloma enjaulada.

—¿Pensais emparejarla?

—Sí.

—Puede que si se coloca á su lado un lindo pichon, se consuele algo más.

—Regularmente, no será un pichon.

—Ya; un palomo.

—Nada de eso; una paloma.

—¡Dios nos asista!

—¿Qué te asusta?

—Si una da tanto que hacer ¿qué harán dos?

—No te dé cuidado, que ya las colocaremos pronto.

—Siendo así.....

—Tú serás su guia.

—Haré lo que me mandeis.

—Ea, adios.

—Adios.

Llegó la hora de la comida.

Ruperta entró en la habitacion de Luisa, llevando en un cesto el servicio de mesa y algunas viandas.

—Espero que hoy—dijo á la jóven en tanto preparaba la mesa—estareis algo más contenta; se me ha dado órden para permitiros pasear por el jardin.

—Sí, ya lo sé—contestó tristemente Luisa.

—¿Tampoco eso os alegra?—gruñó la grosera vieja.

—Indudablemente me consuela algo el tal permiso.

—Vamos, comed.

Luisa se acercó á la mesa y se sentó.

Por más esfuerzos que la jóven hacia, apenas podia pasar bocado.

—¿Qué es eso? ¿tampoco hoy comeis más de lo que teneis por costumbre? A ese paso pronto no podreis sosteneros de pié.

—¿Qué quereis? me es imposible por más esfuerzos que haga, el comer algo más; no tengo apetito.

—¡Um!—dijo la vieja—no se dónde iremos á parar.

—Quizá á la noche, despues de haber dado un paseito.....

—En fin, veremos.

—Yo haré cuanto pueda por complaceros.

Las lágrimas se escapaban con profusion de los bellos ojos de Luisa.

—¡Lagrimitas! Pues hija no hay para tanto.

—¿Cómo quereis que no llore en mi situacion?

—Pues gracias á que habeis dado con don Tadeo que es un buen hombre y que se interesa por vos.

—¡Oh! ¡Cuánto le agradeceria que procurase ponerme en libertad!

—Ya lo procura.

—¿Quereis decir que sinceramente se interesa en ello?

—Me consta.

—¡Dios se lo pague!—exclamó la pobre jóven.

—Seguidme, si quereis pasar al jardin.

Luisa siguió á Ruperta, la cual, despues de dejar á la jóven sentada en uno de los dos bancos de piedra que en el jardincillo habia, se alejó.

Cuando Luisa se vió sola, dió rienda suelta á su contenido llanto.

Las altas tapias que circuian el jardin, pertenecian, las de la derecha al patio de la casa donde celebraban sus reuniones los Caballeros del Amor, y las de la izquierda al parque de la señora duquesa de la Jaridilla.

La casa de dicha señora tenia un hermoso mirador, desde el cual se dominaba por completo el jardincillo en donde se hallaba Luisa.

La señora duquesa, que desde hacia largos años llevaba una vida completamente retirada, solia pasar algunas horas del dia en el susodicho mirador á fin de gozar de la magnífica vista que desde aquel sitio se descubria.

El primer dia que Luisa bajó al jardin, hallábase la señora duquesa en el mirador.

Al fijar por casualidad la señora duquesa la vista en el sitio en que se hallaba llorando amargamente la desconsolada jóven, se sorprendió altamente la dama, pues no recordaba haber visto jamás á persona alguna en aquel sitio, y llamóle grandemente la atencion el llanto que abundante vertia Luisa.

En un momento en que la triste jóven alzó sus ojos al cielo como implorando la proteccion del Sér Supremo, la duquesa pudo contemplar perfectamente sus hermosas facciones; la noble señora se conmovió profundamente, y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué exacto parecido al retrato de Colmenares! ¡Bah! Estoy delirando.

Pasóse la mano por la frente como para alejar de ella algun recuerdo quizá doloroso; despues miró de nuevo á la jóven, y lanzando un profundo suspiro se alejó del mirador.

Seis dias hacia ya que Luisa gozaba del permiso concedido por don Tadeo de poder disfrutar algunas horas del dia esparciéndose por el jardin, y aquel era el sitio predilecto donde la jóven se entregaba por completo á su dolor; la señora duquesa de la Jaridilla veia diariamente á Luisa desde el mirador y sin poder explicarse la razon llegó á interesarse vivamente por ella.

—No hay más—díjose para sí la dama al sexto dia de contemplar á la jóven.—Á esa pobre niña le ocurre alguna gran desgracia. Y es muy extraño, á nadie más que á ella y á una grosera vieja suelo ver. Aquí hay algun misterio, y quiero aclararlo.

Salió del mirador la noble dama, y bajó á sus habitaciones; una vez en ellas, le dijo á una de sus doncellas:

—Decidle á Aguilar que venga.

Aguilar era un jóven servidor de la duquesa y habia nacido en aquella casa.

—Sígueme, Aguilar—dijo la duquesa al paje.

Y se encaminó al mirador: una vez en él, la duquesa señaló á Luisa, y dirigiéndose á su paje, le dijo:

—¿Ves á aquella jóven?

—¡Calle, es la misma!—contestó Aguilar.

—¿La conoces?

—No; pero la he visto algunas veces asomada al balconcillo de la casa que da al jardin, y siempre he observado que llora.

—Indaga quién vive en esta casa.

—Así lo haré.

—Hoy mismo.

—Nada más fácil.

Señora y paje se retiraron.

Por la noche Aguilar se presentó delante de su señora.

—¿Qué has averiguado?

—Poco ó nada.

—Explícate.

—Segun mis informes, la casa está deshabitada; los vecinos solo ven entrar en ella á un viejo y á una vieja, pero creen que no viven ahí.

—¿Y nada te han dicho de la jóven?

—Nada.

—Aquí hay misterio, pues.

—Tal creo.

—Quisiera ponerme en comunicacion con esa niña.

—Pues eso es muy fácil.

—¿De qué manera?

—Ya sabeis que yo trepo por los árboles como una ardilla.

—Y bien.....

—El sicómoro que hay cerca las tapias toca con su copa el

borde ó cornisa de las mismas; subo á él y le tiro una carta.

—Pero esa ascension es sumamente peligrosa.

—¡Bah! las ramas del sicómoro son muy fuertes y yo treparé por ellas sin ningun riesgo.

—Corriente—dijo la duquesa—escribe cuatro renglones significándole que eres el paje de la dama que se asoma al mirador, y que ésta desea saber si es víctima de alguna infamia, que procure escribir cuatro renglones cuyo papel podrá atar al cabo del cordon que tú le arrojes.

—Está bien, señora; lo haré así.

—Pues mañana, á la hora que yo suba al mirador, baja tú al parque, sube al árbol y cuando yo te lo indique por medio de una seña, déjate ver de esa jóven y arrójale la carta.

—Obedeceré.

—Sobre todo cuida de no lastimarte en tu ascension.

—Perded cuidado, tengo fuerza y agilidad.

—Bueno es que estés prevenido.

—Lo estaré.

—Retírate ya.

Aguilar, saludando respetuosamente, se retiró.

Al siguiente dia y á la hora de costumbre subió la señora duquesa al mirador. Aguilar esperaba ya al pié del árbol, y en cuanto distinguió á su señora, comenzó á trepar al alto arbusto con la misma agilidad de un consumado saltimbanqui; cuando llegó cerca del nivel de la tapia, se paró, aguardando á que su señora le hiciera la señal convenida.

No tardó la duquesa en indicar á su paje cumpliera sus órdenes.

Aguilar ascendió hasta el fin, apoyó una mano en la cornisa de la tapia mientras se sujetaba con la otra á una de las ramas del árbol; asomó la cabeza hácia el jardin y tiró la carta que llevaba envuelta en una piedra á los piés de Luisa, que sentada en un banco nada habia visto, por tener los ojos inclinados hácia el suelo.

ASOMÓ LA CABEZA HACIA EL JARDIN Y TIRÓ LA CARTA...

Grande fué la sorpresa de la jóven cuando al ruido que produjo la carta al caer se fijó en ella; sin embargo, la recogió del suelo, y temblando de emocion la leyó. Terminada la lectura, dirigió la vista al mirador, y al ver en él á una dama, juntó entrambas manos como en accion de gracias. La duquesa le indicó el árbol en que se hallaba Aguilar; la jóven miró hácia allí y vió al paje, el cual deslizó hasta el suelo un cordon de seda, á cuyo extremo habia atada una piedra. Luisa hizo la demanda que aguardase, miró al rededor de sí, cogió un trocito de caña que vió en el suelo, pinchó con un alfiler una de sus venas, y con su propia sangre trazó al respaldo de la carta que se le habia arrojado las siguientes líneas:

«Me trajeron engañada á esta casa; no sé qué va á ser de mí; en nombre del cielo, señora, procurad salvarme.

Luisa.»

Corrió, terminado su escrito, al sitio donde estaba la piedra atada al extremo del cabo que sostenia Aguilar; ató el papel, y el paje tiró del cordon y se apoderó del escrito. Luisa miró de nuevo á la dama del mirador y le envió un beso con la mano.

Por desgracia de Luisa, Ruperta, que por casualidad habia regresado antes de la hora de costumbre, habia observado desde una ventanilla á la jóven cuando ataba la carta al cordon que le arrojaba el paje desde el árbol.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se verá que don Tadeo no cejaba en sus infames propósitos.

Don Tadeo, á fuerza de fatigar su mente á fin de encontrar el medio de desenojar á doña Catalina y ganarse de nuevo su confianza, habia combinado un plan diabólico, del cual debia resultar la perdicion de doña María Lazan, el mismo dia y poco más ó menos á la misma hora en que Luisa por los medios que no ignora el lector, daba cuenta de su triste posicion á la señora duquesa de la Jaridilla.

Don Tadeo se hallaba en su casa en compañía de Simon, con el cual trataba de un asunto interesante al parecer.

Oigámosles:

—Veremos á ver cuál sea el resultado que obtenga el mensajero.

—Francisco sabe muy bien lo que se hace, es un bribon redomado con cara de hombre de bien; estoy seguro de que

se habrá proporcionado el modo de ver y hablar á solas con doña María, y si la letra de la carta que debe entregarle es igual á la de doña Luisa, entonces no hay nada que temer.

—Respecto á la letra, está divinamente falsificada, Simon, tanto que yo al lograr que Luisa escribiera algunos renglones solicitando su libertad, la cual yo le hice creer dependia de la voluntad de un caballero á quien yo servia, á fin de tener muestra de su letra y firma, puedo asegurarte que la carta que mandé escribir á Gasparillo parece escrita por la propia mano de Luisa, pues al cotejar la falsa con la verdadera letra, no hay quien sea capaz de distinguir la una de la otra.

—Entonces todo depende de que doña María se determine á salir sola de su casa.

—El contenido de la carta fingida, no podia ser más apremiante, y si la hija del conde de Lazan ama de veras á Luisa no me extrañará que se determine á acudir á la cita.

—Pues si acude, se divierte.

—Lo que es menester es que acuda; no sabes tú cuánto me interesa conseguirlo.

—Lo sospecho por el afan que demostrais.

—Temo que de conseguir ó no la captura de esa jóven, pueda detender mi futura felicidad.

—¡Diablo!

—Sí, Simon; la persona á quien sirvo está como ya te lo he dicho varias veces, furiosa en contra mia, á consecuencia de haber errado el otro dia el plan que debia poner á su disposicion la persona de la bella hija del conde.

—¿Tanto la odia?

—Infinitamente, á lo que sospecho.

—¿Qué diablos le habrá hecho esa jóven?

—Ni lo sé ni lo quiero saber; eso no me importa nada, lo que sí me interesa y mucho, es no perder el filon que exploto desde hace algun tiempo.

—Tambien me interesa á mí eso.

—Como que puede decirse que te llevas tú la mayor parte.

—Vamos, que no será tanto.

—Puedo asegurarte que yo solo me embolso una pequeñez si se compara con las cantidades que te entrego.

—En primer lugar—contestó Simon con cierta ironía—dudo mucho el que no os quedeis vos mucho más de la mitad de lo que os entrega, y en segundo, yo he de satisfacer con la parte que me entregais á la gente que nos presta su ayuda.

—Veo que no te podria convencer y desisto de procurarlo.

—Sí, haceis bien, seria inútil.

—Mucho tarda Francisco.

—Amigo, él vendrá cuando pueda.

—Sí, no digo yo lo contrario, pero es tanta mi impaciencia que los minutos me parecen siglos.

—Pues no hay más remedio que conformarse.

—Demasiado lo sé.

—Hablando de otra cosa, ¿sabeis que ya pica en historia la desaparicion de García? cuidado que yo he revuelto Madrid entero; pero nada, no hay quién sepa darme razon del tal hombre.

—Quizás haya muerto—contestó sonriendo infernalmente don Tadeo.

—Gran gozo seria el mio á ser eso verdad; pero lo dudo mucho. La mala yerba...

—Sea como quiera, él ha desaparecido de en medio y eso es lo que más nos interesa por de pronto.

—Es verdad; vaya, ese que llama es seguramente Francisco.

Don Tadeo se apresuró á ir abrir la puerta; en efecto, los aldabonazos que habian sonado eran producidos por la mano de Francisco.

—¿Y bien?—preguntó con gran afan don Tadeo al recien llegado.

—Su merced queda completamente servido.

—Has logrado.....

—Sí, Simon; me he arreglado de manera que he visto y he hablado á solas con la jóven doña María. ¡Cáspita! ¡y qué moza tan de rechupete es la tal jembra!

—Al grano, al grano, cuéntame la esencia de la cosa.

—Sepa su merced que para lograr una entrevista, he tenido.....

—Suprime toda la paja, cuéntame tan solo el efecto que la carta ha producido en doña María.

—Corriente, allá voy.

—Explícate, pues.

—Despues de haber leido detenidamente el billete, fijó la dama sus hermosos ojazos en mí, y puedo aseguraros que aquellos ojos son capaces de marear á un santo de piedra.

—Hombre, ¿acabarás con dos mil de á caballo?—dijo don Tadeo completamente exasperado.

—Á mí me agrada dar á cada uno lo que es suyo; si esa moza está retebella, ¿por qué no le he de decir?

—Porque eso no me importa á mí nada.

—Está bien, no se enfade su merced.

—Vamos, continúa.

—Pues, como digo, me miró de arriba abajo con aquellos ojos tan retrecheros, y despues me dijo: «—¿Estais enterado del contenido de esta carta?—Sí, señora, contesté.—¿Y estais dispuesto á ayudar en todo y por todo á mi querida amiga?—Lo estoy.—En ese caso—contestó ella—la salvaremos: aguardadme mañana á las diez de la mañana en la plaza de Afligidos como se me indica en esta carta y juntos iremos á salvar á la pobre Luisa; teneis cara de hombre de bien, conozco perfectamente la letra de mi amiga y sé que nada tengo que temer al seguir sus instrucciones.» Ya lo sabeis todo.

—Dadme un abrazo, Francisco—dijo don Tadeo loco de alegría.

—Creo que he cumplido á vuestra satisfaccion.

—No he de negártelo, y ya verás que no escaseo la recompensa.

—Así lo espero, porque el paso que he dado es muy expuesto.

—¡Bah! no tengas miedo, que nada ha de acontecerte por ello.

—Sin embargo, Simon, ya sabes que tengo alguna cuentecilla pendiente con los señores de gola y tola y no me agradaria en modo alguno el caer de nuevo en sus manos.

—Aquí estoy yo para todo—exclamó con aire de importancia don Tadeo.

—Bueno es saberlo.

—Si mañana acude la jóven al sitio convenido, ya sabes adonde debes llevarla.

—Descuide su merced.

—Simon y yo estaremos observando á corta distancia y os seguiremos hasta el sitio donde debes dejar á la jóven, allí me haré yo cargo de ella y tú habrás ganado lo que se te ha ofrecido.

—Todo eso está muy bien; pero yo quisiera que su merced me hiciera ahora un favor.

—¿Cuál?

—Tengo cierto compromiso de honra y necesito algun dinerillo.

—¿Cómo? ¿cuánto te hace falta?

—Me bastarán dos doblones de oro.

—Helos aquí—dijo don Tadeo entregando á Francisco dos monedas.

—Eres un derrochador, jamás podrás juntar una cantidad decente.

—Mira, Simon, á mí me gusta pasar la vida alegremente, todo eso llevo adelantado por si acaso algun dia me echan el guante y me colocan en sitio donde no pueda distraerme.

—Dice bien Francisco.

—Claro está, el dinero se ha hecho redondo para que ruede.

—Sí hijo mio, sí—dijo don Tadeo golpeándole familiarmente las espaldas á Francisco—dices bien, diviértete, hijo, diviértete y no hagas caso ninguno de lo que te diga Simon.

—¿Hay algo más que hacer?

—Nada—respondió don Tadeo.

—En ese caso, hasta la vista.

—Sé exacto mañana.

—No dejaré de serlo por la cuenta que me tiene.

Don Tadeo acompañó á Francisco hasta la puerta, y despues de cerrarla, cuando aquel hubo desaparecido volvió á entrar de nuevo en la sala donde estaba Simon.

—Este negocio me parece que ha de salirme á pedir de boca.

—No canteis victoria todavía.

—¿Dudas acaso?

—Ni dudo, ni dejo de dudar.

—Te vas volviendo muy desconfiado.

—La experiencia es madre de la ciencia, dicen.

—En ese caso, por razon natural debo tener yo más que tú.

—Sin embargo, veo que os vais volviendo confiado como un mozalvete inocente.

—¿En qué te fijas para creer eso?

—¡Demonio! ¿qué os pasó hace pocos dias? Cuando más segura creíais la victoria, un azar inesperado dió por tierra todos vuestros cálculos.

—Es verdad, pero no todo ha de salir siempre mal.

—Ojalá sea como vos decís.

—Y así será, no lo dudes; tengo gran confianza en ello.

—Pues nada; no falta tanto tiempo para salir de dudas.

—Daria de buena gana cuatro doblones porque estuviéramos ya á la hora convenida y á fin de distraer mi impaciencia

voime á la hostería de Santiago á regalar un tanto mi estómago. Si quieres acompañarme se te convida.

—Aceptado.

—Sí, lo que es tú no desperdicias ninguna de las ocasiones que se te presentan.

—¿Pues á qué estamos? cuando vos me obsequiais, gusto tendreis en ello.

—Así es la verdad.

—Pues entonces, ¿de qué os admirais?

—Yo no me admiro, solo he tenido gana de gastarte una broma.

—Por tal la he tomado.

—Vamos á darnos un gran dia: á ver qué te parece mi plan.

—Sepámoslo.

—Primero: á la hostería de Santiago.

—Aprobado, ¿qué más?

—Segundo: daremos un paseito y á la vuelta de él nos pasaremos por la casa donde tengo encerrada la paloma, á fin de dar mis órdenes á la tia Ruperta.

—Convenido, ¿y despues?....

—Despues..... nos llegaremos á hacer una visitita á la pequeña Andrea y á su buena madre.

—Perfectamente—dijo Simon con alegría.

—En casa de nuestra buena amiga saborearemos algun pastelillo y humedeceremos las gargantas con cierto vinillo añejo que yo me sé.

—Magnífico plan.

—¿Merece tu aprobacion?

—Por completo.

—Pues andando; vamos.

—Vamos.

. . . . . .

. . . . . .

Al siguiente dia, y á las diez de la mañana, una dama llegóse á un hombre que al parecer la estaba aguardando en la plaza de Afligidos; pocas palabras dijéronse en voz baja, y acto contínuo se alejaron de aquel sitio.

Dos hombres que desde oculto sitio habian presenciado lo que acabamos de referir, echaron á andar tras la consabida pareja, y uno de ellos dijo á su compañero en voz baja y con alegre acento:

—De esta vez no se me escapa doña María.

CAPÍTULO XLIV.

Efecto que produjo el mensaje del desconocido.

Verificada, segun ya hemos dicho en otro lugar, la primera cura de Luis en el hospital de la Latina, trasportósele á su casa con el esmero que exigia su estado.

Concha y Joselito acordaron finalmente no decir nada á Paca mientras les fuese posible ir disimulando la verdad; pues no sabian ni de qué modo decírselo, ni aun si obrarian bien en manifestárselo.

Porque uno y otra sabian perfectamente lo mucho que Paca amaba á Luis, y conociéndolo, temian el efecto de una noticia semejante.

El corazon de Paca, como ya en otra ocasion hemos dicho, habia estado hasta entonces vírgen de amores; así era que al despertar de aquella especie de letargo en que habia vivido, amó con toda la violencia de su alma.

Presumia, como ya hemos tenido ocasion de ver, que era amada tambien.

Algunas frases pronunciadas por Luis parecian demostrarle que en el corazon del caballero existia parte del fuego en que ella se abrasaba; pero ni de Luis habia sabido jamás una manifestacion espontánea de sus sentimientos, ni ella tampoco habia procurado con sus coqueterías ó con su astucia provocar de su parte aquella manifestacion.

Sorprendióla aquella noche la tardanza de Concha y de Joselito.

Respecto á Luis, no podia decir lo mismo, porque el caballero iba unas noches, otras no, por impedírselo las atenciones de su posicion.

Lola y Vicente hacia tiempo que habian llegado.

El pintor habia visto á Luis aquel mismo dia, y se habian despedido hasta la noche. En cambio, Joselito, con el cual habia pasado un rato en la botillería de Canosa, le manifestó al separarse de él, que no hacia más que ir á San Cayetano en busca de Concha, y que iba inmediatamente á la casa de su amigo.

En su consecuencia así lo manifestó Vicente, y de aquí el que todos estuvieran impacientes viendo que no llegaban los que se habian anunciado.

Cuando llegaron por fin, no pudo menos de sorprender á todos la expresion que advirtieron en sus semblantes.

Y era natural: la impresion recibida por Concha y Joselito habia sido terrible. En primer lugar, por el peligro que habia corrido el torero, y en segundo por la situacion gravísima en que habia quedado don Luis.

Así fué que su entrada en la habitacion produjo un fuego graneado de preguntas que aumentaban su turbacion.

—Que no tenemos nada—dijo Concha aparentando que se incomodaba á fin de que la dejasen en paz.—Vaya si estais pesados con vuestras preguntas.

—Pues hija, tú dirás lo que quieras; pero lo cierto es que ni tú ni Joselito estais como de ordinario: uno y otro parece

que habeis tenido algun disgusto, y esto se os conoce de un modo tal, que en vano tratais de negarlo.

Generalmente sucede que cuando uno hace más esfuerzos para ocultar una cosa, á no tener muy vivamente desarrollado el arte del disimulo, más fácilmente se vende el secreto y esto precisamente era lo que ocurria á nuestros amigos.

Cuanto mayores esfuerzos hacian para dominarse, más se aumentaba su turbacion, y lo mismo Lola que Vicente y Paca no podian menos de comprender que algo les habia ocurrido, y que este algo no se lo querian decir.

De aquí resultó que la conversacion languidecia, que Paca se mostraba ofendida, que Dolores estaba impaciente, y que Concha y Joselito no sabian de qué modo encontrar un pretexto para marcharse al momento, poniendo así término á una situacion tan violenta.

En este momento presentóse en la casa Campillo, el criado del caballero desconocido que, como sabemos, habia ido de parte de éste á casa de Paca. Preguntó por ésta y despues de haberle entregado la carta que llevaba diciendo que no tenia contestacion, marchóse dejando á la maja sin saber ni de quién era aquella carta, pero temblando cual si presintiera una desgracia.

Quedóse algunos momentos en la misma puerta inmóvil y con la carta en la mano.

Despues entró en la salita donde estaban reunidos sus amigos y siempre dando vueltas al misterioso papel, exclamó:

—No sé por qué tengo miedo de abrir esta carta.

—Pero mujer—dijo Concha—¿por qué no has preguntado de quién era?

—¡Si apenas he tenido tiempo! Marchóse tan pronto que no he sabido ni qué decirle siquiera.

—Vamos, mujer, ábrela—añadió Dolores.

—Si es que me sucede una cosa extraña; tengo deseos de saber qué dice, y sin embargo tengo miedo.

—Pues no eres tú poco miedosa, chica—dijo Lola.

—Feliz tú que eres tan valiente.

—Y al fin y al cabo la carta será de don Luis.

Concha y Joselito se miraron y se estremecieron.

—¿Y para qué me habia de escribir á mí don Luis?—dijo Paca.

—¡Ea, qué demonio!—dijo Vicente—así no hemos de estar toda la noche.

Paca lo comprendió de igual manera, y juzgando que era atencion ridícula la suya, abrió la carta y fijó sus ojos en ella.

Pero desde que leyó las primeras líneas, una palidez extraordinaria se esparció por su semblante, y cuando concluyó quedóse inmóvil, mientras que dos silenciosas lágrimas brillaban en sus ojos y bajaban resbalando por sus mejillas á perderse en el escote de su corpiño de seda.

—¿Qué es eso, Paca?—dijeron sus amigas.

La jóven no pudo contestar.

Tendió la carta á Vicente y el pintor leyó lo que sigue:

«Paca: siento la mala noticia que voy á darte, pero á la verdad vale más que lo sepas antes que despues, y sobre todo que lo sepas por boca de un tan amigo tuyo como yo lo soy.

»Tú amas á don Luis, pero éste, que para nada se cuida de tu amor y que se entretiene con cuantas en él confian, ha sido herido mortalmente esta noche á la puerta de San Cayetano.

»El puñal que le ha herido, por más que parezca que iba dirigido contra diferente persona, era solo para desorientarle; para él únicamente se habia afilado.

»Prefiero decirte la verdad entera á ocultártela como creo que harian algunas de tus amigas. De este modo sabrás en lo sucesivo á qué atenerte.

»Yo velo por tí; ya te avisaré lo que debes hacer.

»Don Luis de Guevara es un bribon y no debe importarte gran cosa su pérdida.»

—¡Miserable y villano debe ser quien ha escrito esto!—exclamó Vicente estrujando la carta de ira.

—Y desde luego revela tener un corazon sumamente infame cuando se goza en dar una noticia semejante—dijo Lola.

—Pero si eso no puede ser verdad.....—exclamó Vicente.

—Vamos, Paca—exclamó Joselito comprendiendo que habia llegado el momento de hablar—lo que esa carta dice no es verdad en el sentido absoluto.

—¿Pero es verdad?—exclamó Paca.

—Ya que lo sabes—repuso Concha—y que has pasado el trago más gordo, ¿para qué te lo hemos de ocultar?

—¿Eso es decir que vosotros?....

—Sí, Vicente; nosotros lo sabíamos, porque lo hemos presenciado.

—¡Lo habeis presenciado!

—Sí.

—¿Y ha sido por venganza de alguna mujer?—preguntó Paca en quien los celos comenzaban á hacer su efecto.

—Me guardaré muy bien de decirlo—repuso Concha.

Y entonces refirieron todo lo que ya saben nuestros lectores, que habia ocurrido á la puerta de la iglesia de San Cayetano.

Con profunda ansiedad y llenos de lágrimas los ojos, fué siguiendo Paca el relato de sus amigos, y cuando llegaron estos al mal pronóstico hecho por los facultativos, rompió á llorar amargamente diciendo:

—Yo únicamente he sido la causa de su desgracia; por venir á verme sin duda le ha sucedido eso; la venganza tal vez de alguna de aquellas damas que le amaban lo ha puesto en este caso.

Vicente habíase quedado pensativo despues que Concha y Joselito hubieron concluido.

El torero no pudo menos de decirle:

—Con que vamos, don Vicente ¿qué opina de esto su merced?

—Hombre, francamente—exclamó el pintor—no veo yo este asunto completamente claro, y no sé qué pensar de esta carta dirigida á Paca sin firma alguna, al poco tiempo de ese suceso, y aludiendo en ella á vosotros sin duda cuando dice que quizás sus amigos se lo oculten.

—Pues es verdad—dijo Concha.

—¿Vosotros habeis hablado con alguien de este particular? —dijo Dolores.

—Mi Joselito no lo sé—repuso Concha—pero yo por mí sí que he hablado, y por cierto que ahora caigo en que no tenia muy buenas trazas que digamos aquel señor.

Y Concha refirió entonces las preguntas que el desconocido la dirigiera, y todo lo demás de que el lector ya tiene noticia.

CAPÍTULO XLV.

Paca se convierte en enfermera de don Luis de Guevara.

—Pues ese hombre precisamente ha sido quién ha escrito la carta que ha recibido Paca—dijo Vicente, una vez que Concha hubo concluido.

—Pero, mujer—exclamó el torero—¿por qué no me enviaste á mí ese caballero con sus preguntas? Ya le hubiese arreglado yo.

—¿Tú? ¡Válgame Dios! ¡Cómo eres tan previsor! ¿Á quién se le podia ocurrir una cosa semejante?

—En fin, el mal ya está hecho, y lo único que podemos evitar es que tenga mayores proporciones, porque, á decir verdad—continuó Vicente—no me da muy buena espina ese indivíduo que no sabemos quién es, que viene á dar á Paca una noticia, no por el solo placer de decirla que Luis está herido, sino para malquistarlo en el caso de que cure, excitando sus celos y haciendo que se separen y riñan dos personas que se aman.

—¿Pero, cómo hemos de reñir—repuso Paca—cuando no hemos tenido explicacion de ningun género?

—Precisamente eso es lo que me prueba la maldad de ese hombre; él cree que las relaciones existen, juzgándolo por lo que Concha le ha dicho, y deseando hacer daño sin duda á Luis, á quién debe aborrecer por causas que nosotros desconocemos, ha obrado de esa manera.

—Pues es cierto—dijo Joselito.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Yo creo que si le viese ahora no le conoceria.

—Pues será menester vigilar mucho á Luis, y yo desde este momento me voy á su casa á instalarme en su cabecera.

Y efectivamente, Vicente lo hizo así.

Acompañó á Lola á su casa, despidióse de Joselito, que le prometió avisar á Ramon de la Cruz y á otros amigos del caballero, y se instaló resueltamente en la casa de su amigo.

Entretanto Paca sufria horriblemente.

Una vez sola con su madre, volvió á leer la carta que Campillo la llevara.

Todo el veneno que en aquellas líneas se encerraba, fuese poco á poco inoculando en su corazon.

Como Vicente habia supuesto muy bien, en aquella carta resplandecia la intencion más perversa que imaginarse pueda.

Aquellas alusiones respecto á otros amores, aquel afan de hacer resaltar, como una venganza de mujer, un hecho que bien pudiera ser casual, y al mismo tiempo demostrando que lo hacia por el bien de ella, eran la prueba más patente de una intencion perversa.

Largas horas llevóse aquella noche llorando amargamente la jóven.

Su pensamiento estaba fijo en Luis.

Desde que le conocia habíale visto víctima en distintas

ocasiones, de asechanzas, de lazos, de ataques, en algunos de los cuales tambien ella se habia encontrado envuelta.

Y estos lazos y estas asechanzas, eran promovidos por la venganza de otras mujeres.

¿Por qué aquella nueva herida no podria ser hija, como decia el anónimo, de una nueva venganza mujeril?

Es verdad que Luis la habia dicho una porcion de veces que ninguno de aquellos amores habia interesado su corazon, que no habian sido más que fuegos fátuos que le habian seducido un momento sin dejar huella alguna tras de sí.

Mas á pesar de esto, ¿no podian ser aquellas frases hijas de un momento de despecho ó quizás de algun cálculo que respecto á ella hubiese podido formar?

Aquella maldita carta estaba sin cesar delante de su vista.

Aquella venganza femenina de que en ella le hablaba, la punzaba dolorosamente.

Sin embargo, ella amaba á Luis con toda su alma.

El anónimo podia hacerla sufrir, pero no podia matar el amor que ella sentia.

Figurábasele verle en el ensangrentado lecho, entregado á mercenarios cuidados, sufriendo horriblemente y buscando á su alrededor con la mirada angustiada y abatida un rostro verdaderamente amigo que le alentase y un acento cariñoso y tierno que le infundiera fuerzas y valor.

Y ante aquel espectáculo que á su vista se ofrecia, lloraba, temblaba, sentia oprimírsele dolorosamente el corazon y no sabia qué hacer.

Horrible noche fué aquella para la pobre Paca.

Amaneció el dia y los primeros resplandores del alba viéronla sentada junto á su lecho, llenos de lágrimas los ojos y pálido y marchito el semblante.

Y conforme las horas habian ido pasando, su inquietud y su zozobra habian ido en aumento tambien.

No podia vivir en aquella mortal angustia.

Necesitaba saber cómo seguia Luis.

—¡Madre mia! ¡madre mia!—dijo estrechando entre sus brazos á la que le diera el sér—si don Luis se muere yo me moriré tambien.

La pobre madre la contempló un breve espacio.

Tambien el llanto corrió por sus mejillas, y dijo á su hija despues de algunos momentos de silencio:

—Vé, hija mia, vé á saber cómo está don Luis.

—Madre, es que estará solo, y no tendrá quien le cuide.

—Cúidale en buen hora—repuso la anciana—págale con tus cuidados el haber sido tu salvador dos veces.

Paca salió precipitadamente á la calle.

No era entonces la maja atrevida y resuelta que andaba despacio contoneándose ligeramente y dirigiendo altaneras miradas á todas partes.

Era la mujer afligida que tiembla por la suerte de una existencia amada, frágil vaso de cristal que el más ligero choque puede hacer pedazos.

Cruzó las calles sin ver á nadie.

¿Para qué queria ver, si llevaba ante sus ojos la imágen de Luis y esta imágen bastaba por sí sola para eclipsar todas las demás que se la pudieran presentar?

Junto al lecho del caballero encontróse á Vicente.

—¡Paca!—exclamó éste al verla.

—¿Ha muerto?—preguntó con voz débil y alentando apenas viendo la cadavérica palidez del herido y que tenia los ojos cerrados.

—No—contestó el pintor.

—¿Vivirá?

—Sí; tal ha sido el parecer de los médicos.

—¡Ay! ¡loado sea Dios!—exclamó Paca, sintiendo su corazon desahogado del inmenso peso que le abrumaba. ¡Bendito seais señor Vicente, bendito seais por el bien que acabais de hacerme!

—Vamos, Paca, calmáos.

—Dejadme, señor Vicente, dejadme que le cuide, dejadme que pueda ser yo la primera que reciba su mirada cuando el cielo le otorgue ese beneficio.

—Pero, ¿estais en vos?

—Pensad que me moriria de pena si no estuviera á su lado.

Vicente no encontró frases que oponer al deseo de Paca.

Precisamente, como la jóven habia presumido muy bien, en la casa del caballero se carecia de los elementos más indispensables para hacer frente á un contratiempo como el que le habia ocurrido.

En los primeros momentos Vicente procuró atender á todo de la mejor manera que pudo.

Pero hacia falta allí la mano solícita y cuidadosa de una mujer.

Hacian falta el desvelo, la cariñosa solicitud de la mujer cuyas delicadas atenciones, cuyo inmenso cuidado jamás llega el hombre á tener.

Vicente comprendió todo lo que podria ganar su amigo con los cuidados y las atenciones de Paca, y cedió finalmente.

La maja quedó instalada junto al lecho del herido, que no tenia conciencia alguna de lo que pasaba á su alrededor.

Poco despues que Paca hubo entrado en casa de don Luis, dos indivíduos hablaban recatadamente á no muy larga distancia del portal de aquella.

—¿Con que esa maja—decia uno de ellos—es la misma á quien le diste la carta anoche?

—Sí, señor.

—¿Y has venido siguiéndola desde su casa?

—Lo mismo que anoche seguí tambien á ese otro don Vicente que no ha salido todavía, segun me habeis dicho.

—Está bien, ahora vigila la casa por si sale la maja é ingé-

niate de manera que puedas adquirirte relaciones dentro de esa plaza.

—¿Y quién vendrá á relevarme?

—Felipe ó yo. Esta noche es preciso averiguar todo lo que anoche combinamos.

—Parece que todavía debo tener algunos amigos por aquí, y quizás sepamos más de lo queremos.

—Te engañas, Campillo—repuso su compañero con acento implacable.— Yo necesito saber mucho de ese hombre, porque cuanto más sepa, más medios podré poner en juego para herirle.

—Teneis razon, averiguaremos cuanto se pueda.

—Yo tambien voy á ocuparme de saber algo en las *Gradas de San Felipe*.

—¡Hola! ¿Vais al *mentidero?*

—Allí se habla de todo y alguien encontraré que conozca á mi don Luis, y me permita prepararle una buena jugada para el caso de que cure de esta.

—Hareis bien, que lo merece todo.

—Guárdate bien de referir la verdad á mi hijo.

—Aun cuando la supiera, señor; el lobezno no reniega de su orígen.

—Vigila, Campillo, vigila; y si por casualidad esa maja no sale de ahí, ya veremos de utilizar eso mismo en provecho nuestro.

Y el padre de Felipe, á quien sin duda deben haber ya conocido nuestros lectores, separóse de su criado tomando la calle adelante, mientras Campillo se acercaba á una fuente inmediata, tratando de trabar conversacion con unas mozas que habian ido á llenar sus cántaros.

Paca pasó todo el dia bien ajena de que de ella se estuviese ocupando nadie.

Toda su atencion, todo su cuidado estaban concentrados en Luis.

Para ella no existia nada en el mundo más que él, y hasta de su propia madre se olvidaba contemplándole.

Cuando el médico llegó por la tarde, preguntóle afanosa su opinion.

Esta fué que el jóven estaba muy grave, pero que no existia peligro inmediato.

Recomendó mucha quietud; que si volvia en sí no se le dejara hablar, y despues de reconocerle la herida nuevamente se retiró.

Vicente aquella noche dejó á su amigo confiado á los cuidados de Paca.

CAPÍTULO XLVI.

Dos rivales.

Paca sufria horriblemente con los padecimientos de Luis.

Sin vacilar hubiera dado una parte de su existencia por mitigar los sufrimientos del herido.

Aquel estado de aletargamiento en que se hallaba, aquella postracion en que le veia sumido la aterraban, y jamás súplicas más fervientes se dirigieron al cielo, que las que brotaban de los pálidos labios de la maja.

En vano Vicente la habia rogado que se entregase al reposo algunos momentos siquiera.

Paca se habia posesionado de la cabecera del enfermo y no habia fuerza ni consideracion alguna que la obligasen á abandonarla.

Vicente compartia con ella los cuidados respecto á Luis, pero el pintor tenia sus obligaciones, tenia sus compromisos que cumplir y no podia estar como Paca con tanta asiduidad cerca del herido.

La maja habia confiado su anciana madre á los cuidados de Concha y de Dolores, y haciendo abstraccion completa de todo, segun hemos dicho, consagróse única y exclusivamente al cuidado de Luis.

Cinco dias iban trascurridos de este modo, sin que el caballero hubiese reconocido nada de cuanto le rodeaba.

La fiebre le consumia, su enfermera se desesperaba viéndole que ni oia ni conocia lo que á su lado pasaba, pero el médico seguia sosteniendo su opinion de que el peligro más inmediato habia pasado ya.

Un dia, como de costumbre, hallábase Paca sentada á la cabecera del herido contemplándole con tanto dolor como desesperacion, y dejando resbalar por sus mejillas aquellas lágrimas que se veia obligada á ocultar cada vez que alguno de los criados penetraba en el aposento.

De pronto parecióla sentir rumor en la habitacion inmediata, y se apresuró á enjugarse los ojos.

Alzóse el tapiz que cubria el hueco de la puerta, y un ahogado grito de sorpresa se exhaló de sus labios.

Doña Catalina de Sandoval estaba en su presencia.

Por un momento, la mirada de aquellas dos mujeres se encontró, y si en la de Paca no habia más que el enojo consiguiente al verse frente á frente de una persona respecto á la cual sabia todo el daño con que habia amenazado á Luis, en cambio en el de doña Catalina resplandecian en su más gráfica expresion, los celos, la cólera, el despecho y la mala voluntad.

Durante un buen espacio, ninguna de las dos dijo una palabra.

Una y otra sabian que amaban á la misma persona, una y otra se encontraban frente á frente junto al lecho del hombre á quien amaban, y las dos estaban midiendo sus fuerzas para el rudo ataque que iban á sostener.

Paca fué quien primero rompió el silencio.

Conoció que su adversaria podria quizás sacar partido de romper el ataque, y se le adelantó, diciendo:

—¿Tendreis la bondad de decirme, señora, qué es lo que se os ofrece en este sitio?

—Para que te conteste es menester saber primero con qué carácter estás en esta casa.

—Presumo que con algun carácter más que vos.

—Te conocí en un tiempo siendo bordadora honrada, ¿por acaso hoy pasaste de manceba de don Luis á ser su enfermera?

Enrojeciéronse las mejillas de Paca, y sus ojos despidieron un fulgor sombrío.

Durante algunos segundos permaneció sin contestar, porque era tal la fuerza de su indignacion, que ahogaba las frases en su garganta.

—¿No sabes qué contestarme?—preguntó con insolencia doña Catalina, viendo el silencio de la jóven.

—Lo que no sé, señora, es de qué manera podré contestar que pueda devolver la ofensa recibida sin que por esto me falte á mí propia como vos lo acabais de hacer.

—¿Acaso tratas de igualarte á mí?

—Guárdeme Dios de tan ruin pensamiento.

El acento con que pronunció Paca estas frases hirió vivamente á su rival.

Habia en él una intencion tal que la dama no la pudo desconocer.

—Me parece que has tomado mucho vuelo desde que te has dedicado á las aventuras.

—Nada de particular tendria, señora, si tal hubiese hecho, cuando tan perfectas maestras existen en la córte.

Doña Catalina se mordió los labios de ira.

—Atrevida te has vuelto, Paca—dijo.

—Os suplico, señora—dijo la jóven desentendiéndose de estas palabras—que penseis que el estado de don Luis es muy

grave, y que pudiera nuestra conversacion serle perjudicial.

—¿Tanto te interesas por él?

—Algo más que vos.

—Se comprende.

—No—repuso Paca herida por el acento que habia usado doña Catalina—estoy segura de que vos no lo comprendeis.

—¿Por qué?

—Porque presumo que sois incapaz de obedecer á un móvil como el que á mí me ha conducido junto á este lecho.

—¿Tratas de hacer un alarde de filantropía intentando encubrir con ella tu verdadero sentimiento?

—No tal, señora; eso no se guarda para nosotras, las mujeres del pueblo.

—¡De veras!

—El disfraz de los sentimientos no es patrimonio nuestro: decimos lo que pasa en nuestro corazon, juzgamos tal y como nos lo dicta nuestra conciencia, y obramos en virtud de nuestros impulsos.

—Luego confiesas.....

—¿Qué?

—Que le amas.

—¿Por qué negarlo?—repuso Paca contemplando á Luis y bajando la voz—le amo como vos, señora; vos, que os encontrais aquí en su mismo aposento, ni le habeis podido amar ni le sabreis amar nunca; le amo con un amor grande, único, impetuoso, ardiente; amor que no tiene otra significacion que sacrificarse por el sér á quién se ama; amor que no tiene límites ni término, que es capaz de todo lo grande y que no concibe la ruindad y la bajeza; amor, en fin, señora, que no está impulsado por el egoismo; amor que no piensa en si será ó no correspondido, pero que en cambio está dispuesto á realizar siempre los más grandes sacrificios. Ese es mi amor, señora; ese es el amor que confieso con orgullo, porque en él no hay nada que me haga bajar la frente.

Trémulo el labio de ira, centelleante la mirada de despecho y agitado el seno por encontradas emociones, estuvo escuchando doña Catalina la franca manifestacion de su rival.

—¿Dónde has aprendido—la dijo—esa manera de describir el amor? ¿en la botillería de Canosa, en la Cazuela del corral del Príncipe ó en las gradas de la Plaza de toros?

—Lo he aprendido, señora, donde vos no podreis aprender nunca: en el corazon; para aprender en él necesitariais en primer lugar tenerlo, y como que de él careceis, es imposible que podais recibir sus lecciones.

—Paréceme que te sobra audacia y olvidas, sin duda, que puedo hacerte pagar muy cara tu osadía.

—¿Y vos, señora, olvidais tambien que no es este vuestro puesto y que careceis de derecho para motejarme?

—¿Y qué derecho es el tuyo en este sitio?

—El de enfermera. No he aspirado ni aspiro á otro. Seis dias llevo velando, sin moverme de aquí, á ese desgraciado á quien quizás la venganza de alguna mujer sin corazon ha puesto en ese estado. Seis dias hace que estoy consagrando mi tranquilidad, mi reposo, mi vida para cuidar al hombre que por dos veces no ha vacilado en arriesgar la suya en defensa de la mia, y podeis estar segura, señora, de que me encuentro dispuesta á permanecer de igual modo hasta que recobre la salud ó hasta que exhale el último aliento. Ved ahora si yo que estoy dispuesta á obrar de este modo, tendré ó no derecho para permanecer aquí y para hablaros como lo hago.

—Perfectamente, mucho tendrá que agradecerte don Luis cuando recobre la salud.

—Ni he pensado en su amor para amarle, ni tampoco he pensado ahora en su gratitud para servirle.

—¡Notable desinterés!

—Vuestra ironía no puede hacerme ninguna mella.

—Pero quizás puedar hacerte mella mi indignacion.

—¿Quién sabe si habré tenido ya ocasion de experimentarla? y ya veis como á pesar de todo me encuentro aquí dispuesta á agradeceros, en nombre de don Luis, vuestra visita y á rogaros que no la prolongueis demasiado, porque los médicos han prohibido que se hable en esta habitacion y hace ya bastante tiempo que estamos hablando.

—¡Es decir que llevas tu osadía hasta el extremo de despedirme de aquí!

—Líbreme el cielo de semejante cosa; pero como supongo que debereis interesaros por don Luis y que interesándoos no habeis de querer su mal y no queriendo su mal habreis de respetar las prescripciones facultativas, creo que no debeis tomar á ofensa lo que acabo de deciros.

—Está bien, no creia encontrarte ni tan alta ni tan audaz; pero no te olvides de que torres algo más elevadas las he destruido al solo impulso de mi voluntad.

—Mal camino llevais, señora, porque yo suelo ceder alguna vez á la súplica, pero jamás á las amenazas.

—Es que mis amenazas se encuentran plenamente justificadas.

—Ignoro á que pueda referirse esa justificacion; pero de todos modos vuelvo á repetiros, señora, lo que antes os dije; considero este como mi puesto legítimo y digo legítimo porque es muy natural que trate de prestar mis auxilios á quien por mí se ha sacrificado dos veces, á quien cuando yo tal vez por las intrigas ó la injusta venganza de alguna amiga vuestra me encontraba en grave peligro, no vaciló en exponer su existencia por salvar la mia: por lo tanto ni todas vuestras amenazas, ni todas vuestras súplicas, ni aun las mayores violencias podrian hacer que abandonase este lugar, mientras que no se encuentre restablecido ó muerto el caballero á quien sirvo.

—¿Y si yo quisiera ocupar ese lugar, y si yo que como tú ó tal vez más que tú me creo con mayores derechos quisiera ha-

cerlos valer y te arrojase de aquí como te mereces, ¿qué dirias entonces?

—Que no me marcharia tampoco.

—¡Paca!

—Esa es mi última resolucion, señora.

—Mira lo que haces, que mi cólera puede conducirme tal vez donde no quiero llegar.

—Llegad en buen hora, pero estad segura de que no os temo, y no os temo en primer lugar porque está la justicia de mi parte, porque mi pasado, señora, al revés de lo que sucede en el de algunas á quienes vos conoceis bastante, no existe mancha alguna, porque yo soy completamente libre para obrar como mejor me plazca, mientras que vos no lo sois, y en fin porque os juzgo algo más apegada al bienestar de que disfrutais para ir á arriesgarle por un hombre que vos misma sabeis que no os ama.

—¿Con que tú sabes todo eso?—dijo doña Catalina silbando materialmente cada una de sus palabras.

—Vos debeis saberlo mejor que yo.

—Pues bien, jugando la posicion como tú dices resuelta y dispuesta á todo, yo te demostraré que no me dejo ultrajar impunemente.

—Podeis obrar como os plazca.

La calma y la serenidad de que estaba alardeando Paca, irritaban con mayor violencia á doña Catalina.

La maja comprendia que habia llegado el momento supremo de su existencia, y procuraba luchar con las mayores ventajas posibles.

—Yo te juro que á despecho tuyo ocuparé yo ese lugar.

—Y yo os juro á mi vez, señora, que aun cuando tuviera que recurrir al ministro, ó aun cuando tuviera que hablar al monarca en persona, vos que tal vez habeis sido la misma que habeis atentado contra su existencia, no os quedareis aquí.

Estas últimas palabras acabaron de exasperar á doña Catalina.

Dió un paso con ademan amenazador hácia la maja á la par que decia:

—¡Oh! miserable mujer! yo te aseguro que te has de acordar de mí.

—Tened cuidado, señora—repuso Paca con una calma extraordinaria—don Luis se encuentra muy grave, y los médicos han prohibido que se le moleste: no me obligueis á que tenga que obrar de otra manera.

Doña Catalina furiosa, doblemente irritada por lo mismo que no habia conseguido vencer á aquella indomable voluntad, salió de la estancia murmurando:

—No me engañaba el anónimo que he recibido; esa mujer se ha apoderado de él por completo y se cree dueña de todo; pero ¡ay! de ella y ¡ay de él tambien si es que llega á salvarse!

Paca, á su vez, al convencerse de que doña Catalina habia salido ya de la casa dejóse caer de rodillas, junto al lecho del herido, y elevando sus ojos al cielo exclamó:

—¡Madre mia! ¡madre de mi alma! ¡tú que eres el consuelo de los que sufren y el alivio de los que lloran, mira mi llanto madre mia, mira los peligros que me amenazan, y ten piedad de mí!

Cuando vino Vicente y le refirió lo ocurrido, el pintor no pudo menos de indignarse aconsejándola que por ningun estilo permitiera que aquella dama cuidase en lo más minimo de don Luis.

CAPÍTULO XLVII.

Padre é hijo.

Desde el momento en que el conde de Lazan tuvo noticias de la desaparicion de su hija, habia comprendido que la jóven habia sido víctima de alguna trama infernal; conocia demasiado á María para suponer ni por un solo momento que por su propia voluntad se habia alejado de la casa paterna.

Como debe suponerse, hizo el conde cuantos esfuerzos le sugirió la imaginacion á fin de poder averiguar el paradero de su hija, pero todo fué inútil; nada, absolutamente nada le fué dado averiguar.

Pasadas veinte y cuatro horas desde que se notó la desaparicion de María, el conde determinó poner en conocimiento del vizconde del Juncal el triste acontecimiento que le sumia en la desesperacion, y le rogaba se interesase por tratar de adquirir alguna noticia que pudiera darles luz respecto al sitio en donde podia hallarse la jóven.

Al siguiente dia de haber escrito al vizconde, obtuvo de ésta una contestacion que anonadó al desdichado conde, y para mayor desgracia recibió, al par de la del vizconde, una carta de Floridablanca, cuyo breve y sério contenido acabó de llenar de amargura el alma del afligido padre.

El contenido del billete que le dirigió el vizconde, era el siguiente:

«Señor conde: poco antes de recibir la carta que me habeis mandado, tenia ya noticias de la desaparicion de María.

»Durante algunas horas he reflexionado profundamente.

»He aquí el resultado de mis reflexiones:

»Primero María se negó á hacerme feliz, concediéndome su mano; despues estuvo á punto de ser víctima de un atentado cerca de la iglesia de San Millan; cuando menos lo esperaba, me anunciásteis que vuestra hija espontáneamente se dignaba aceptarme por esposo; noticia que ella misma me confirmó, y últimamente, cuando yo creia que estaba cercano el dia de mi completa ventura, María desaparece.

»Dejo á vuestra consideracion el calcular el efecto que tal noticia puede haberme producido.

»Completamente convencido de que aquí se encierra un misterio impenetrable para mí, me veo en la dura, pero imprescindible necesidad de manifestaros que abrigo el convencimiento íntimo de que he sido durante algun tiempo víctima de una superchería, de la cual nunca pude creer capaz á quien como vos se enorgullece con el honroso título de caballero.

»Toda relacion entre nosotros queda rota á contar desde este momento, y bendecid á Dios porque en esta ocasion no os pida cuenta de vuestra incalificable conducta.

El vizconde del Juncal.»

La carta del ministro decia así:

«Señor conde: deploro el triste acontecimiento de que os

lamentais, y lo deploro tanto más, cuanto que desde ahora considero ya de todo punto imposible, que en ningun caso mi sobrino pueda enlazarse ya con vuestra bella y desgraciada hija.

»Queda vuestro,

Floridablanca.»

En el momento en que acaba de leer ambas cartas, presentamos al conde de nuevo á los ojos del lector.

Un rayo que hubiera caido cerca de él no le hubiera causado el terrorífico efecto que en su ánimo produjo la lectura de los dos billetes.

Apoyados ambos codos sobre una mesa y escondiendo la frente entre sus manos permaneció largo rato. Su cabeza era un volcan; acumulábanse en ella multitud de sucesos pasados y presentes, y tal era la confusion de sus ideas, que hubo momentos en que temió con justa razon que se le extraviara el juicio.

Al ruido que hizo su hijo Cárlos al penetrar en su estancia, levantó el conde la cabeza; estaba horriblemente pálido.

—Y bien, padre, ¿qué habeis sabido?

—¿Yo?....

—Vuestro semblante pálido y descompuesto anúnciame el estado de vuestra amargura.

—¡Ah! no; no te es dado comprenderlo bien.

—¿Qué nueva desdicha tenemos que lamentar?

—Lee—dijo el conde con voz apenas perceptible alargando las dos cartas á su hijo.

Conforme Cárlos iba leyendo la misiva insultante del vizconde, en su rostro se reflejaba la terrible indignacion que le dominaba.

—¡Oh!—exclamó tirando sobre la mesa la carta—este hombre supone.....

—Afirma que le he engañado villanamente—contestó el conde.

—Tal afirmacion pudiera costarle la vida—dijo el jóven cuyos ojos despedian rayos de indignacion.

—Lee esta otra carta.

No bien Cárlos hubo hecho lo que se le mandó, cuando se dejó caer abatido sobre un sillon, exclamando:

—Comprendo hasta donde alcanza vuestro infortunio.

—Hay con menos, motivo á volverse loco.

—¡Padre!—replicó el jóven profundamente conmovido.

—Mi desgracia es cierta.

—Sí, el ministro.....

—El estilo de su carta lo manifiesta claramente; mi favor ha concluido, y si además el vizconde reclama ahora sus derechos á la fortuna que durante tanto tiempo me ha disputado, nuestra ruina es completa.

—¿Será acaso tan villano?....

—No sé lo que hará, pero todo lo temo.

—¡Qué cúmulo de desventuras!

—¡Oh! si te fuera dado adivinar mis sufrimientos, te horrorizarias; bien estoy ahora pagando mis extravíos juveniles; la justa mano de la Providencia castiga oportunamente mis faltas; la vida que arrastro desde hace algun tiempo es un infierno; golpe tras golpe, desdicha tras desdicha se suceden con una rapidez increible; mis fuerzas se agotan; temo que no me sea dado resistir tan duros embates muchos dias más.

—Por Dios, padre mio, no desespereis.

Cárlos estaba profundamente conmovido; la afliccion de su anciano padre habia traspasado de dolor su filial corazon.

—¡Que no desespere! ¿qué recurso puede ya quedarme habiendo perdido por último la gracia del rey?

—Quizá se halle algun medio para reconquistarla nuevamente.

—Ninguno veo.

—Lo que vos no pensais puedo pensarlo yo.

—Ha de serte imposible, hijo mio.

—¡Quién sabe!

—¿A qué mano deberé la desaparicion de tu hermana?

—¿No podeis calcularlo?

—No.

—Los emisarios que habeis expedido.....

—Hasta ahora nada han conseguido.

—¡Oh! Todo esto es muy extraño; primero la desaparicion de Luisa, luego la de mi hermana; no hay duda, ambas son víctimas de la venganza de una misma persona.

—No lo dudo.

—¡Y no sernos dado coger un cabo del hilo!

—¿Quién es capaz de adivinar de dónde nace la intriga causa hoy de mi completa desdicha?

—Poco he de poder ó al fin he de averiguarlo.

—Por mi parte me hallo incapaz de intentarlo.

—Dejadlo á mi mano.

—García tambien ha desaparecido, él podia haber adquirido datos que quizá nos dieran alguna luz.

—¿Y no sabeis dónde se puede hallar á ese sugeto?

—Ya mandé buscarle.

—¿Y no se le ha encontrado?

—No.

—Pues bien, ya veré si yo por mí solo puedo remediar tanta desventura.

—Nada has de lograr; mi felicidad consiste en la muerte.

—Desechad tan tristes ideas.

—Hace ya largo tiempo que estoy apurando la copa del dolor, y este último golpe me encuentra ya sin ánimo para resistirle.

—Es menester, pues, no desalentarse.

—Antes de mucho aguardo recibir otra fatal nueva.

—¿Qué nueva desdicha temeis?

—Una órden de destierro.

—¿Creeis que el rey?....

—Todo lo crea ya; y si acontece lo que preveo, nuestra ruina es inevitable. ¿Hasta cuándo, Dios mio, ha de durar mi suplicio? ¿Habré de legar á mis hijos por toda herencia la deshonra y la miseria?

De los ojos del jóven Cárlos se escaparon algunas lágrimas al oir las exclamaciones sentidas del autor de sus dias; á costa de su sangre toda, hubiera deseado en aquel instante mitigar el dolor en que se hallaba sumido su anciano padre.

—Padre, fiad en mí; á vuelta de los muchos disgustos que haya podido daros, procuraré en esta apurada y triste ocasion hallar el modo de mitigar en lo que me sea dado vuestras terribles angustias.

—¿Qué podrás tú, desdichado?

—No tengo la pretension de hallar un remedio suficiente á curar vuestros sufrimientos morales.....

—Unicamente Dios—interrumpió el conde con acento triste—pudiera hacerlo; pero le ofendí demasiado y no es dable que su severa justicia se ablande en sus rigores para conmigo.

—Dios es infinitamente bueno y suele apiadarse del que sinceramente se arrepiente de sus faltas.

—¿Acaso puede existir un hombre que esté más arrepentido que yo de mis pasados extravíos?

—No desconfieis pues, si es así, de alcanzar un dia el celestial perdon.

—Así sea—exclamó el conde derramando amargas lágrimas.

—Así, padre, llorad, el llanto calma las penas.

—¡Ah! hijo, ya mis ojos están escaldados de tantas lágrimas como han vertido.

—Dichosos aquellos, padre, á quienes es dado desahogar las penas de su corazon vertiendo por sus ojos copioso llanto.

—Yo he apurado ya el mio; apenas me quedan lágrimas que derramar.

—Procurad tranquilizaros.

—En vano será que lo intente.

—Lo que Dios haya dispuesto, aquello ha de ser; ¿á qué, pues, afligiros de un modo tal?

—Es que la conciencia, juez invisible, pero severo, que se agita en el sér de los mortales, tortura mi alma sin piedad, y ni de noche ni de dia dejo de oir su acusadora voz.

—Sois exagerado en extremo.

—Cárlos, presérvete Dios de colocarte en situacion igual á la mia.

Cárlos guardó breve silencio; contempló tristemente á su padre que escondia su abrasada frente entre sus heladas manos, lanzó un profundo suspiro, se levantó del sillon en que estaba sentado y aproximándose al conde le dijo triste y cariñosamente:

—Lo que sea de vos, padre mio, será de mí.

—¡Dios te lo premie, Cárlos!—dijo el conde alargando su diestra al jóven, el cual la tomó y besó con profundo respeto.

—Adios.

—¿Dónde vas?

—Á ver si encuentro camino que nos conduzca al fin al puerto de salvacion.

—Trabajo inútil, para mi mal no existe ya remedio alguno.

—En mí está el intentar buscarlo, y eso he de hacer constantemente y desde este momento.

—Haz, pues, tu voluntad; yo nada espero.

Cárlos saludó á su padre y se retiró.

CAPÍTULO XLVIII.

Cárlos se presenta ante la duquesa de la Jaridilla.

Al salir del aposento de su padre, el vizconde entró profundamente pensativo en el suyo.

—¿Qué hacer, cómo parar el golpe que nos amaga? ¿á quién dirigirme á fin de que interceda por nosotros con el rey? El vizconde del Juncal ha inferido á mi padre una doble ofensa; si dejándome llevar del impulso de mi corazon busco á ese hombre y lavo en su sangre el insulto con que ha mancillado nuestra honra, ¿no será abrumar más las penas que afligen ya al desventurado autor de mis dias?

Guardó silencio largo rato, y al fin, como iluminado por una súbita y feliz idea, exclamó:

—¡Ah! ¡qué rayo de luz! la duquesa de la Jaridilla.....

Ella goza de gran favor en el ánimo de nuestro soberano y tambien Floridablanca aprecia mucho á esa noble dama. Indudablemente la duquesa debe estar terriblemente

prevenida en contra de mi padre, pero existe entre ambos un vínculo, Luisa puede ser nuestro ángel de salvacion. No hay que vacilar, por violento que me sea dar semejante paso, no veo otro camino en la situacion presente. Vamos, pues, á ver á la señora duquesa de la Jaridilla.

Formada su resolucion, no se detuvo Cárlos á meditar las consecuencias que pudieran surgir de la entrevista que anhelaba tener con la noble dama.

Con apresurado paso se dirigió el afligido mancebo hácia el palacio de la señora duquesa de la Jaridilla; una vez en él entró resueltamente y dirigiéndose á un paje, que no era otro que Aguilar, le dijo:

—Necesito indispensablemente hablar á la señora duquesa.

—El paje, que conocia aunque solo de vista al jóven, le contestó:

—¿Ignorais, acaso, que mi señora ahora no recibe á nadie?

—No lo ignoro.

—Entonces, señor vizconde, no extrañareis que bien á pesar mio, me niegue á anunciaros.

—¡Oh! si supiérais de cuanto interés es lo que tengo que decir á la señora duquesa, indudablemente os apresurariais á complacerme.

—No dudo que os sea necesario verla, pero.....

—Quizá ella misma sea la más interesada en oirme; se trata de una jóven á quien vuestra señora no puede ménos de estimar en mucho.

Aguilar creyó por instinto que se trataba de la jóven prisionera, así es que contestó:

—Eso varia de aspecto; voy á anunciaros á mi señora: aguardad aquí.

Grande fué la sorpresa de la señora duquesa cuando su paje favorito la anunció el deseo manifestado por el vizconde, y con enojado acento, díjole á su paje:

—¿No sabes que á nadie recibo?

—Lo sé, señora.

—Entonces, ¿á qué anunciarme tal visita?

—Es, señora, que el vizconde viene profundamente conmovido, y manifiesta ser de gran interés lo que ha de revelaros.

—¡Á mí! dijo la duquesa entre desdeñosa y admirada.

—Eso me ha significado.

—¡Es verdaderamente extraño!

—¿Le diré, pues, que no podeis recibirle?

—No; hazle entrar.

El paje se retiró.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Cárlos con afan en cuanto vió á Aguilar.

—La señora.....

—¿Se niega á recibirme?

—No.

—¡Ah!—exclamó respirando con cierta satisfaccion el demandante.

—Bien podeis creer que sois una excepcion.

—Nunca podeis figuraros cuánto agradezco vuestra solicitud.

—Seguidme—dijo Aguilar.

Á los cortos momentos despues se hallaba el vizconde en presencia de la severa dama.

—Perdonad, señora, el que me haya atrevido á turbar la soledad á que vivís entregada.

—Sentáos, caballero, y expresadme á qué debo el honor de vuestra visita.

Cárlos saludó y tomó asiento á corta distancia de la duquesa.

—Señora, aunque sin ningun título á vuestros ojos que pueda justificar lo suficiente el paso que vengo á dar.....

—Serenáos, caballero; estais, por lo que veo, tristemente afectado.

—No puedo negarlo.

—¿En qué puedo serviros?

—Podeis ser el ángel salvador de mi familia.

—¡Yo!—dijo la duquesa palideciendo.

—No ignoro que teneis motivos de queja contra mi padre.

—Si eso sabeis, ¿cómo solicitais gracia alguna de mí?

—Porque sé hasta donde raya vuestra bondad.

—¿Creeis que sea tanta, que pueda olvidar las ofensas que se me infieren?

—Los ángeles no conocen la venganza.

—Desgraciadamente soy una simple mortal como cualquiera otra, y por lo tanto me hallo sujeta á las imperfecciones humanas.

—Vuestro corazon es noble y generoso.

—Mi corazon está hecho pedazos dentro de mi pecho.

—Compadeceos de las desgracias que nos afligen, que son muchas, y evitad la que nos amenaza cercana; el enojo del rey.

En breves y sentidas frases refirió Cárlos la desaparicion de María y el contenido de las cartas de Floridablanca y del vizconde.

La duquesa le oyó atentamente y en cuanto el jóven hubo terminado su triste narracion, dijo:

—Duéleme de lo que acontece á la hermosa María y si estuviera en mi mano significaros donde se halla, lo haria muy gustosa; respecto á lo demás ¿qué quereis que os diga?

—Noble duquesa, vos podeis desenojar al ministro; grande es vuestro valimiento.

—¿Pretendeis que vaya á interesarme por el hombre al que tantos pesares debo?

—Señora, es mi padre.

—Su castigo es justo.

—Pero es mi padre—dijo el jóven de cuyos ojos se desprendieron algunas lágrimas.

La duquesa estaba conmovida.

—El, siquiera tiene un hijo cerca de sí—exclamó la dama con melancólico acento.

—Quizá Dios os conceda en breve igual ventura.

—¿Qué quereis decir?

—Que mi padre.....

—¿Otra vez el conde?

—El conde ha buscado ansioso á cierta jóven á quien deseaba colocar á vuestro lado para que de ella recibierais el cariño á que sois acreedora.

Cárlos, comprendiendo que no hay madre que no desee ardientemente hallar, si lo ha perdido, el fruto de sus entrañas, insistió en favor de su padre á fin de interesar á la duquesa en su pró.

—¿Y qué resultado dieron las pesquisas?—preguntó la dama con visible afan.

—El de encontrar á la jóven á quien se buscaba.

—¿Decís?—replicó con creciente interés la duquesa.

—Digo la verdad.

—¿Y por qué, pues, no está aquí?

—La jóven de quien se trata se hallaba algo indispuesta; estuvo en mi casa durante algunos dias; repuesta al fin, empezó á acudir con mi hermana al templo, y.....

—Continuad.

—Hace unos doce dias que ha desaparecido é inútilmente hemos hecho cuanto nos ha sido dable para encontrarla.

—¡Es extraño!—dijo la duquesa cuyo corazon latia con violencia.

—Señora, os he dicho la verdad. Pero ¿qué teneis? estais profundamente conmovida. ¿Os hallais indispuesta?

—¡Oh! no; escuchad.

—Decid, señora.

La dama contó cuanto sabia respecto á la prisionera que vivia encerrada en la casa cercana.

—¿Está aun en esta casa?—preguntó Cárlos.

—Ayer por lo menos estaba; pero á contar desde el dia en que mi paje le arrojó la carta no baja al jardin; se conoce que solo la permiten asomarse al balcon que cae á él. Yo no me he atrevido á dar parte á la justicia por temor á que sus secuestradores cometieran con ella alguna infamia al verse descubiertos, y esperaba hallar el medio de poder salvarla sin exponer su existencia.

—¿Se divisa el balcon de que me habeis hablado desde vuestro mirador?

—Perfectamente.

—¿A qué horas suele estar en él esa jóven?

—La mayor parte del dia.

—¿Teneis inconveniente en que yo la vea?

—Os lo iba yo á suplicar.

—Entonces pronto sabremos si el corazon me engaña.

—¿Suponeis? dijo la duquesa con emocion.

—Supongo que sea Luisa; la jóven que mi padre anhelaba presentaros.

—¡Dios mio!

—Sí, esa es mi creencia.

—Si fuera ella.....

—Fiad en mí, que yo la salvaré.

—Seguidme, vizconde.

—Vamos, señora.

—¡Oh! apenas puedo sostenerme en pié; me es imposible el dar un paso.

—Si os dignais mandar que se me guie al sitio conveniente, iré sin vos; y al punto que me cerciore de si mi creencia es ó no cierta vendré á daros cuenta de ello.

—Sí; eso es lo mejor.

La duquesa tiró de un llamador y no tardó en acudir Aguilar á su llamamiento.

—¿Qué ordenais, señora?

—Aguilar, guia al señor vizconde al mirador.

—Está muy bien.

—Indícale el balcon de la jóven cautiva.

—Así lo haré.

—Yo, señor vizconde, aquí quedo, esperando vuestra vuelta.

—Tan pronto como haya visto á la jóven me pondré á vuestras órdenes.

El vizconde y Aguilar salieron del salon y se dirigieron al mirador apresuradamente.

El paje llegó arriba mucho antes que el vizconde; éste le preguntó:

—¿Está en el balcon?

—Sí, llorando como siempre—contestó Aguilar.—Mirad, dijo indicando con el índice de su derecha mano—allí, señor vizconde.

Siguió Cárlos con los ojos el sitio que le indicaba Aguilar é instantáneamente sus labios murmuraron:

—¡Luisa!

CAPÍTULO XLIX.

Cárlos se compromete á salvar á Luisa.

—¿La conoceis, señor vizconde?

—¡Oh! mucho.

—Tan hermosa y tan desgraciada como parece.

—Lo es más de lo que podeis imaginar—contestó con emocion el vizconde.

—De buena gana arriesgaria mi vida por salvarla.

—Quizá os recuerde la promesa.

—Cuando querais, siempre que no se oponga á ello la señora duquesa.

—Yo os prometo que no ha de oponerse.

—Tal creo, porque manifiesta gran interés por esa jóven.

—Alguno más tendrá ahora.

—¿Bajamos ya?

—No.

—¿Qué aguardais?

—El momento en que dirija aquí sus ojos para que advierta mi presencia á fin de significarla que yo sé dónde está.

—¡Pobrecilla! Eso quizá la dé alguna esperanza. ¿Qué mirais?

—Calculo la altura de la tapia.

—Mucha es.

—Por mucha que sea, no me arredra.

—Mirad.

—Luisa tenia en aquel momento la vista fija en el mirador; en cuanto reconoció á Cárlos sintió vivísima emocion. El vizconde por medio de algunas señas procuró hacerla entender que tuviese confianza en él. La jóven no contestó á ninguna de sus señas. Cárlos la saludó, y dijo á Aguilar:

—Ya me ha entendido, estoy seguro de ello.

—No ha contestado á ninguna de las señales que habeis hecho.

—Quizá dentro de la habitacion hay alguien.

—Tal vez la pícara vieja que de cuando en cuando se asoma con ella al balcon..

—Algo de eso debe ser.

—¿Y cómo indicarle el dia en que debe estar preparada?

—Muy fácilmente.

—No lo atino, porque si se le arroja una carta, la persona que haya en la sala lo advertirá.

—Hay un medio para evitar eso.

—¿Cuál?

—¿Conoceis algun pintor?

—Más de uno.

—Id inmediatamente en busca de uno, y en una tira de papel blanco de unos cuatro palmos de largo por tres de ancho, encargadle que ponga en letras bastante grandes, para que ella pueda distinguirlas las siguientes palabras:

«Luisa, esta noche á las doce, dejad los postigos entornados.»

—Entiendo.

—Esa es obra de pocos minutos.

—Indudablemente.

—En cuanto el letrero esté concluido os venís aquí y procurais aprovechar un momento en que la jóven fije la vista en este sitio á fin de enseñarle.....

—Entendido.

—Eso ha de ser hoy mismo.

—No he de tardar media hora en hallarme aquí de vuelta.

—Vamos, pues, á ver á la señora duquesa.

—Sí, y aprovecharé la ocasion de pedirle permiso para ir á casa del pintor.

—Vale más que no perdais el tiempo, yo he de hablar á solas con la señora duquesa y entretanto vos teneis tiempo de volver con el letrero.

—No tengo inconveniente en complaceros.

El vizconde y Aguilar abandonaron el mirador, el segundo fuése á cumplir el encargo que se le hiciera y el primero entró en la habitacion de la señora duquesa.

—¿Qué hay?—preguntó la noble dama con marcado interés.

—Es ella, señora.

Al oir tal respuesta la duquesa que se hallaba de pié, vaciló y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillon por temor de caer sobre el pavimento. Cárlos se aproximó á ella, y cariñosamente la dijo:

—Valor, señora.

—¡Dios mio! ¿La habré hallado al cabo y no me será dable estrecharla entre mis brazos? ¿Cómo salvarla? ¿De qué medio valerme para conseguir su libertad?

—Es sumamente fácil, señora.

—No tanto como imaginais.

—¿En qué fundais vuestros recelos?

—¿Quién nos dice que esa casa no tenga alguna salida se-

creta, de la cual se valgan las personas que aguardan á mi..... á esa niña—se apresuró á decir la duquesa—en el momento en que vieren entrar gentes extrañas en su morada? ¿Quién nos asegura que no se la llevarán á donde jamás me fuera dable dar con ella?

—Justos son estos temores.

—Ya veis, pues, si tengo razon para dudar en la eleccion del medio que emplear se deba para salvar á esa desgraciada.

—Me atrevo á rogaros que dejeis á mi cargo ese negocio.

—¿Vos intentareis?....

—Rescatarla.

—¡Oh! si eso hiciérais.....

—Eso haré y, ó la salvaré, ó perderé la vida en la demanda.

—Accion tan noble y generosa bien vale de mi parte un sacrificio.

—¿Cuál, señora?—preguntó Cárlos con vivo interés.

—¿Qué habeis solicitado de mí?

—¿Será posible que condescendais?....

—Vuestro generoso ofrecimiento me obliga á ello.

—¡Oh! señora, mi gratitud será eterna.

—No será menor la que os deba yo á vos si conseguís el noble objeto que os habeis propuesto.

—No se han de pasar muchas horas sin que sepamos á qué atenernos.

—¿Cuándo intentareis salvarla?

—Esta noche.

—¿Por qué medios?

—¿Supongo no tendreis inconveniente en que vuestro paje me preste su ayuda?

—¿Cómo he de tenerlo estando yo tan interesada en ese asunto?

—Entonces, fiad en mí.

—¿Pero no podeis explicarme vuestro plan?

—No le tengo aun del todo formado; solamente me es dado deciros que á las once estaré aquí; vuestro paje y yo penetraremos en el parque, y desde él, con la ayuda de Dios primero y con mi ingenio y mi valor despues, se hará lo demás.

—Meditad mucho, no sea cosa que vayais á perderos sin salvarla.

—Es demasiado noble la causa que defiendo para que dude del éxito de mi tentativa.

—Mucho os deberá vuestro padre de hoy en adelante.

—A vos, señora, no á mí.

—A vos, á vos tan solo; lo que yo estoy dispuesto á hacer ¿por quién lo haré?

—Lo hareis porque teneis un noble corazon.

—No me supongais mejor de lo que soy; el interesarme como lo haré en favor del conde, se deberá solo al servicio que espontáneamente os habeis brindado á hacerme.

—Hasta la noche pues, noble señora.

—Quiera el cielo ayudaros, generoso jóven.

Cárlos se inclinó respetuosamente, y con el corazon lleno de júbilo y de esperanza se separó de la noble duquesa de la Jaridilla.

CAPÍTULO L.

Dónde habia ido á parar María de Lazan.

En medio del profundo disgusto que reinaba en casa del conde de Lazan, recibió éste una carta en que se le decia lo siguiente:

«Conde: si recuerdas la carta que no hace muchos dias te se dirigió, comprenderás perfectamente de dónde ha partido el golpe que te hiere.

»No busques á tu hija, porque serán inútiles tus diligencias; y el dia en que la encuentres, estoy segura que te ha de pesar el haberla encontrado.»

—¿Qué quiere decir esto, Dios mio!—exclamó el conde despues que hubo leido la carta que acabamos de mencionar.—Precisamente en los momentos más amargos de mi vida vienen á desplomarse sobre mí todas las calamidades. Todos los extravíos, todos los errores de mi vida pasada parece que se han dado cita para hacerme tocar las consecuencias hoy,

cuando más agobiado me encuentro. Esta hija de Fuentidueña, este nuevo espectro de un pasado que yo deploro, hoy que ya no tiene remedio, ¿quién es? Si mal no recuerdo, el conde no tuvo ningun hijo. ¿Si entonces me lo ocultarian y el difunto conde legaria esta venganza á su heredera? No sé qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer.

Y el conde, abismado en sus reflexiones, sepultó la cabeza entre sus manos permaneciendo así un largo espacio.

La desaparicion de su hija le habia realmente anonadado.

En brevísimo espacio, se le habian juntado tantas contrariedades, que habia momentos en que realmente desfallecia bajo el peso del dolor.

Cuando esperó en vano el regreso de su hija, cuando los criados le dijeron que la habian conducido á la calle de Leganitos, que habia descendido de la silla de manos diciendo que la aguardasen, y que sin embargo no habia vuelto, de la misma manera que habia sucedido con Luisa, el dolor de aquel padre no conoció límites.

Y fué necesario que su hijo agotase todas las reflexiones y le infundiese todas las esperanzas imaginables para que fuera, sino tranquilizándose, alentándose un poco por lo menos.

Despues recibió el nuevo golpe de parte del futuro esposo de su hija, y de parte tambien del mismo Floridablanca.

Aquellos dos raptos verificados en tan pocos dias y llevados á cabo con una audacia tan extraordinaria no pudieron menos de excitar la atencion de las autoridades, y pusiéronse en juego todos los elementos que la administracion de justicia en aquella época tenia á sus alcances.

Pero desde el momento en que Floridablanca manifestó al conde, como sabemos, su desabrimiento, juzgando tal vez la desaparicion de María como un subterfugio para eludir un matrimonio que á la jóven habia repugnado al principio, las pesquisas de la autoridad disminuyeron, y el conde se vió obli-

gado á hacer uso de sus propios recursos para buscar á su hija.

Entonces fué cuando Cárlos, viendo el abatimiento de su padre, se dirigió á la duquesa de la Jaridilla del modo que hemos visto en otro lugar.

Antonio se portó en aquellas circunstancias del modo que era de esperar, dada la nobleza de sus sentimientos.

No vió las faltas cometidas por su padre, no recordó lo que el vizconde habia hecho con Luisa, no vió más que el dolor de ambos, y sin descuidar el seguir dando pasos para encontrar á ésta, ayudóles activamente en sus pesquisas respecto á María.

Marchóse inmediatamente á ver á Azucena.

Pero García no habia parecido por su casa hacia muchos dias, y nada pudo saber por aquel lado.

Al mismo tiempo, supo Antonio por Joselito y por su amigo Ramon de la Cruz la desgracia que le habia sucedido á don Luis, y en semejante cúmulo de desgracias no sabia realmente, ni á cuál atender, ni qué medio encontrar para atenuarlas.

¿Cuál habia sido entretanto la suerte de María?

Nuestros lectores recordarán que sin desconfianza de ningun género habia ido siguiendo á la persona que se le presentó para conducirla hasta el punto en que Luisa se hallaba.

En su afan de contribuir á tranquilizar á su padre, y quizás á contribuir á que su hermano devolviese á la jóven el cariño á que ella se creia con tan legítimo derecho, no calculó que era muy extraño que Luisa la escribiese una carta para que fuese á buscarla, cuando si habia medio para que ella entrase en su prision, con mayor motivo debia haberle para que ella hubiese salido.

Nada de esto pudo pensar, ofuscaba su corazon el deseo; y en su consecuencia, sin desconfiar, sin comprender toda la importancia del paso que iba á dar, ni apreciar las conse-

cuencias que iba á tener, siguió á su conductor, sin comprender que se alejaban de la calle de Leganitos, que atravesaban otras de peor especie, doblemente amenazadoras en aquella época, hasta que finalmente se detuvieron ante un caseron destartalado, de agrietadas paredes y de repugnante aspecto, á cuya puerta llamó de un modo particular el indivíduo que la acompañaba.

—¿Es aquí donde está Luisa?—preguntó la jóven á su compañero.

—Sí, señora; pero ruego á vuestra merced no pronuncie en estos momentos ese nombre, porque nos es preciso ahora adoptar una porcion de precauciones.

—¿Pero la encontraremos?

—¡Silencio!

En este momento abrióse la puerta de la casa.

Un indivíduo, de aspecto un tanto repulsivo, apareció en ella.

El que acompañaba á María cruzó algunas palabras en voz baja con él, y el paso quedó franco para la jóven.

Cruzaron el ancho zaguan, perdiéronse por un corredor estrecho, largo y débilmente alumbrado, franquearon una puerta que en el fondo habia, cruzaron despues varias habitaciones, y finalmente llegaron á una pequeña cámara modestamente amueblada en la cual dijo á María su compañero:

—Sírvase vuestra merced esperar, que voy en busca de la persona que os aguarda.

Y el desconocido abandonó el aposento. Cerróse la puerta tras de él, y María quedóse sola.

Entonces sintió que por su mente cruzaba algo de extraño; un relámpago de desconfianza que la impulsó sin saber cómo á dirigirse á la puerta por donde habia entrado y á la otra por donde su guia habia desaparecido.

Ambas estaban cerradas por fuera.

La ligera sospecha que habia brotado en la mente de la jó-

ven, creció de un modo tal en breves segundos, que cubrió su rostro de mortal palidez y heló de espanto su corazon.

Durante algun tiempo permaneció inmóvil; no se atrevia ni aun á respirar al objeto de percibir el más leve rumor que pudieran hacer en la vecina estancia.

Pero aquella casa parecia la mansion del silencio.

Nada se percibia en ella, ningun rumor llegaba á los oidos de la jóven, y aquella extraña quietud aumentaba todavía su terror.

La habitacion en que se encontraba estaba muy modestamente amueblada, segun hemos dicho; pero no carecia tampoco de lo más indispensable.

Sobre una mesa habia algunos fiambres, en los cuales no reparó la jóven á su entrada en el aposento, pero que despues al recorrerle advirtió, probándole con esto, que se habia pensado sin duda en hacer de aquella estancia su prision.

Durante toda la noche la jóven permaneció atenta, temblando de miedo y no pudiendo comprender la suerte que le estaba destinada.

Dejando á un lado el propio temor, pensaba en el inmenso disgusto de su padre, en el trastorno que podria haber en su casa, reciente todavía la desaparicion de Luisa que tanto disgusto habia ocasionado.

A la madrugada rindióla el sueño algunas horas.

Sentada habíase quedado en una silla, cuando ligero rumor que hizo la puerta al abrirse, la despertó.

El mismo hombre á quien habia visto la noche anterior franquearle la puerta de la calle, se presentó á su vista.

Levantóse inmediatamente, y corrió hácia él, diciéndole:

—¿Dónde estoy? ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué me habeis dejado encerrada aquí?

—¡Callemos, señora!—le dijo aquel hombre tratando de suavizar la aspereza de su acento—estais aquí porque así ha convenido á las personas que os trajeron: nada temais, porque

MARIA

no se trata de haceros daño alguno, pero debo deciros, por vuestro propio bien, que os resigneis con vuestra suerte, que comais, pues ya veo que no habeis tocado los manjares que os habia dispuesto, y que tengais paciencia hasta el dia en que os pongan en libertad.

—¿Pero con qué derecho me tienen aquí? ¿Quién me ha traido aquí?—preguntó María á quien las frases de su carcelero tranquilizaban muy poco.

—Siento no poder contestaros á esas preguntas; pedidme cuanto querais y yo pueda daros; pero no me pregunteis nada respecto de las personas á quienes obedezco.

—¿Y no comprendeis que el dia en que llegue á descubrirse dónde estoy, vais á correr grave peligro? ¿Creeis acaso que mi padre y mi hermano no han de hacer diligencias para encontrarme?

—Esas no son cuentas mias, señora.

—Si me pusieseis en libertad, si me llevaseis al lado de mi padre, podeis contar desde luego con que habriais hecho vuestra suerte.

—Prefiero no hacerla y obedecer á quien me manda, y puesto que nada quereis, y hablar de estos asuntos no me conviene, el cielo os guarde, señora.

Y el carcelero salió, dejando á María llena de mayores inquietudes, y mucho más preocupada por la suerte que iba á correr.

CAPÍTULO LI.

Amor de viejo.

Aunque el lector habrá sospechado ya á qué obedecia la prohibicion que á Luisa se le habia impuesto de no salir de su aposento, no estará de más que digamos cuatro palabras sobre el particular.

Cuando la vieja carcelera de la jóven vió á don Tadeo, le contó cuanto habia visto.

Recuérdese que Simon y don Tadeo, despues de haber hablado con Francisco, y haber adquirido la certeza de que la hija del conde de Lazan caeria en breve en su poder, habian dispuesto celebrar la noticia yéndose á comer á la hostería de Santiago.

Terminado el opíparo banquete, los dos camaradas fuéronse á dar un paseo, y cuando de darlo regresaban, llegáronse á la casa en donde estaba encerrada la pobre jóven.

Apenas supo don Tadeo lo que habia ocurrido aquella tarde, dijo:

—¿Esas tenemos? Pues se acabó el paseo.

—Muy bien hecho—gruñó la vieja.—Cuantas más contemplaciones gasteis, peor que peor.

—Por ahora queda prohibido que salga de su habitacion, y de aquí á unos dias, ya buscaré yo nuevo alojamiento para esa paloma.

—En no dejándola salir del cuarto, no hay cuidado.

—Es verdad, porque desde el balcon no puede comunicarse con nadie.

—No entiendo por qué no habeis mandado fuera de Madrid á la cautiva—dijo Simon.

—Yo me entiendo, amigo mio.

—¿Qué ventajas os proporciona el guardarla? Gastos únicamente.

—¿Querias que la soltara y que por ella se supiese lo que á mí no me conviene que se sepa?

—En ese caso, amigos teneis que habitan lejos de la córte y les podiais haber obsequiado mandándoles á esa muchacha.

Los ojos de don Tadeo brillaron de un modo singular.

—¡Eso, nunca!

—¡Canastos! Cualquiera diria que la moza os ha flechado, segun el interés que por ella pareceis tomaros. ¡Ja, ja, ja! Tendria que ver.

—Mira, Simon; el vino que has bebido se te ha subido á la cabeza, y dices cosas que no tienen piés ni cabeza.

—Pues apostaria cualquier cosa á que no me he equivocado.

—Ba, ba, dejemos eso; aguárdame aquí.

—¿Vais á ver á vuestro pimpollo?

—Voy á donde quiero.

—Está bien; aquí quedo aguardando.

Don Tadeo se dirigió á la habitacion que ocupaba Luisa.

En cuanto la jóven le vió entrar, corrió hácia él, y le preguntó:

—¿Traeis alguna nueva feliz para mí?

—Antes por el contrario, me veo precisado á daros un pequeño disgusto.

—¡Dios mio! ¿Qué nueva desgracia?....

—De ella vos teneis la culpa.

—¿Yo?

—Vos misma.

—Explicáos.

—Solicitasteis y obtuvisteis permiso de poder pasearos algunas horas durante el dia por el pequeño jardincillo que hay en esta casa.

—Es verdad—contestó la jóven temblando.

—¿Y qué uso habeis hecho del permiso que os concedí?

—Yo.....

—Tened entendido que lo sé todo.

—¡Dios mio!

—No falta quien os ha visto atar un papel al extremo de un cordon.

Luisa estaba más muerta que viva.

Don Tadeo la devoraba con la vista.

—Bien comprendereis que despues de haber abusado así de mi confianza, me veo en la necesidad de prohibiros que bajeis más al jardin.

—Pero ¿hasta cuándo ha de durar mi cautiverio?

—Eso dependerá en parte de vos misma.

—¿De mí?

—Como lo oís.

—¿Qué debo hacer, pues?

—Ser amable.

—No os entiendo—dijo Luisa con cierto temor que no acertaba á explicarse.

—¿No me entendeis?

—No por cierto.

—Me explicaré, pues.

—Espero que nada que no deba oir me direis.

—Creo que no habrán pasado desapercibidas á vuestros ojos las finezas que os he dispensado; ¿no es así?

—Y..... ¿qué quereis darme á entender con eso?—contestó la jóven dando un paso hácia atrás.

—Quiero decir que estais amenazada de un gran peligro, que vuestra vida corre riesgo y que yo solo puedo salvaros.

—Pues bien, tened piedad de mí.

—Ya os he dicho que eso depende de vos.

—Pero ¿qué habeis querido significar?

—He querido decir que es necesario, si quereis salvaros, que seais mia.

Luisa lanzó un grito de horror.

—¡Ah! callad, callad; sois un infame.

—Soy un hombre que quiere salvaros.

—No continueis, no quiero escucharos.

—Pero como aquí mando yo, tendreis que atenderme mal que os pese.

—Habeis arrojado al fin la máscara con que encubriais vuestro rostro.

—Sí; me ahogaba con ella, mejor es que me conozcais tal cual soy.

—¿Pero en qué he podido yo ofenderos para que así conspireis en mi daño?

—No resistais á mis deseos y nada tendreis que temer.

—Antes la muerte.

—Reflexionadlo bien.

—Huid, apartáos de mi presencia.

—No; que habeis de escucharme.

—¿Para qué perder el tiempo?

—Os interesa oirme.

—Decid, pues, lo que gusteis.

—Segun tengo entendido, amais mucho á doña María de Lazan.

—¿Qué quereis darme á entender?—preguntó Luisa sobresaltada.

—Que estais destinada á correr la suerte que ella correrá.

—Y es.....

—Mañana vuestra amiga quedará en mi poder.

—No lo creo.

—Haced lo que gusteis, pero yo os fio que la hermosa doña María mañana estará bajo mi dominio, y cumpliendo con las órdenes que tengo, pasado mañana la aristócratica jóven pasará á ser la alegría de un lupanar ¿comprendeis?

—Comprendo que la infeliz María es víctima de una infame maquinacion, pero en vano se querrá vencer su virtud.

—¡Ja, ja, ja! buen caso harán de su virtud las gentes de que se verá rodeada; de grado ó por fuerza, sucumbirá á manos de los libertinos á quienes será entregada; no tengais duda de ello.

—¡Es posible tanta infamia!

—Ahora bien; si vos no accedeis á mis ruegos, tendreis el mismo porvenir.

—¿Y no temeis que al fin se descubran vuestras maldades?

—Tengo bien resguardadas las espaldas.

—Si los hombres no, Dios sabrá castigaros.

—Dios no se ocupa de lo que aquí abajo ocurre.

—¿No teneis, pues, temor á nada?

—Ni tengo por qué tenerlo.

—¿Tan endurecido está vuestro corazon?

—Mi corazon solo sabe palpitar de emocion cuando estais cerca de mí.

—Huid, huid de mi presencia; me causais horror.

Luisa estaba trémula, estaba convulsa, se sentia desfallecer.

—Sí, voy á marcharme.

—Hacedlo cuanto antes, por Dios os lo pido.

—Más que eso haré.

—¡Dios mío, Dios mio!—exclamó la triste jóven cubriéndose el rostro con las manos.

—Tres dias teneis de plazo para decidir de vuestra suerte, y hasta que venza el plazo no volveré á presentarme á vuestra vista.

—Será inútil que volvais.

—Pues volveré, tenedlo entendido.

—Yo no he de prestar oidos á vuestras vergonzosas proposiciones.

—Peor para vos, porque en ese caso ya os he dicho la suerte que os espera.

—Confio en Dios.

—Meditad bien, ya os lo he dicho; tres dias teneis de plazo.

Sin añadir una palabra más, don Tadeo abandonó aquel aposento y se dirigió al sitio donde le aguardaba Simon.

En cuanto Luisa se vió sola se postró de hinojos, y derramando un mar de lágrimas, se puso á orar con fervor.

En cuanto don Tadeo llegó al sitio donde habian quedado aguardando Simon y Ruperta, le dijo á esta última:

—En cuanto salgamos, sube al aposento de la prisionera, y despues de dejarle las provisiones necesarias para acabar el dia de hoy, cierra de nuevo la puerta y no aparezcas por allí hasta mañana por la mañana á la hora en que debas llevarle nuevas provisiones, ¿lo entiendes?

—Está bien.

—Cuida de no contestar á ninguna de las preguntas que te dirija, sean las que quieran.

—Así lo haré, perded cuidado.

—En tí confio.

—Podeis tener confianza, que no han de ablandarme á mí los lloriqueos de esa melindrosa.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿Vamos?

—No deseo otra cosa - contestó Simon.

—Pues andando.

Los dos bribones uno en pos del otro salieron á la calle.

—¿Sabeis, amigo don Tadeo, que habeis bajado con el semblante descompuesto? ¿qué os ha ocurrido allí arriba?

—Nada de particular.

—A mí con esas.....

—¿Qué quieres que me haya ocurrido?

—Lo sospecho.

—¿Qué sospechas?

—Lo que os he indicado antes de que subierais á ver á vuestra.....

—Chit! habla bajo que alguno pudiera oirte.

—Pues bien, como os decia, presumo que esa moza os ha hecho tilin.

—¿A qué negártelo? es verdad.

—¿Veis como yo decia bien? y qué, ¿no consiente?

—Se resiste.

—Pues venced su resistencia.

—¡Oh! no ha de escaparme, yo te lo prometo.

—De ello me alegraré.

—No hablemos de eso más.

—Convenido; apretemos el paso porque estoy deseando llegar á casa de Andrea.

—Sospecho que tambien tú has caido en las redes del amor; la madre y no la hija es la que tú deseas ver.

—Franqueza por franqueza; es verdad.

—Te doy la enhorabuena porque es mujer que vale cualquier cosa y esa es plaza fácil de conquistar.

En esto llegaron á la puerta de la casa que ocupaban las mendigas de San Cayetano.

—Ea! para arriba.

—Subamos pues.

CAPITULO LII.

Aparicion inesperada.

Cuando Cárlos salió del palacio de la duquesa de la Jaridilla, fuése en derechura á su casa, y una vez en su aposento, llamó á su ayuda de cámara á fin de encargarle le proporcionara en el término de cuatro horas y costasen lo que costasen, ciertos objetos que el vizconde juzgaba necesarios para procurar la evasion de Luisa.

El ayuda de cámara, que era mozo listo y que en más de una ocasion habia proporcionado á su señor los útiles necesarios para llevar á cabo empresas por el estilo de la que ahora se trataba, ofreció á Cárlos que antes de la hora que le habia señalado, quedarian en su poder los objetos pedidos.

Por su parte, Aguilar, el paje de la duquesa, habia hecho cuanto el vizconde le encargara, y una vez en su poder el letrero que se le habia pedido, voló hácia el palacio, y una vez en él, informó á la señora duquesa del encargo que el vizcon-

de le habia hecho, preguntándole si ella estaba conforme en que obedeciera.

Otorgada la vénia de la duquesa, Aguilar subió al mirador, y espiando el momento oportuno, extendió el letrero de modo que la jóven Luisa pudiese hacerse cargo del escrito.

Una vez convencido el paje de que la cautiva quedaba enterada de lo que la convenia saber, abandonó el mirador, y se dirigió de nuevo al aposento de su señora.

—He cumplido mi encargo.

—¿Crees que se habrá enterado?

—No me cabe duda de ello.

—¿Te ha significado por medio de alguna seña?....

—Sí, aunque apenas se ha movido; se conoce que tiene mucho miedo; indudablemente está muy vigilada.

—¡Infeliz!—exclamó la duquesa lanzando un profundo suspiro.

—¡Quiera el cielo que el señor vizconde logre el noble objeto que se ha propuesto!

—Tiemblo á pesar mio.

—Poco tiempo se ha de pasar para salir de dudas.

—En cuanto el señor vizconde llegue, ponte á su disposicion, y proporciónale todo aquello que te pidiere.

—Está muy bien, señora duquesa.

—Si por acaso el vizconde deseara hablarme, introdúcelo al momento en mi habitacion.

—Así lo haré.

—¿Crees que alguien además de la jóven haya podido ver el letrero en el momento en que lo has extendido en el mirador?

—Creo que únicamente ella lo ha visto.

—¡Dios lo quiera! Retírate.

El paje obedeció; la duquesa quedó abismada en sus reflexiones.

. . . . . .

. . . . . .

Las once acababan de dar en el reloj de la vecina iglesia, cuando don Tadeo penetraba en la misteriosa casa donde estaba encerrada la desdichada Luisa.

—Durmiendo me estaba ya, de modo que no sé cómo he acertado á oir vuestra seña; si tardais un poco más, de fijo que no os oigo y teneis que volveros sin entrar.

—Pues me hubiera divertido.

—¡Qué quereis! Tengo el sueño muy pesado, y como me levanto tempranito, al sonar las diez de la noche los ojos se me cierran á mi pesar; hoy, como sabia que habiais de venir, he hecho un esfuerzo; pero ya no puedo tenerme en pié.

—Dame la llave.

—Aquí la teneis; seguramente vuestra paloma estará dormida—dijo sonriendo la repugnante vieja.

—Está bien. Te advierto que es necesario que estés muy alerta.

—¡Cómo, señor! ¿No quereis dejarme descansar? Reparad que mis fuerzas se agotan, que soy vieja, y.....

—Tienes más malicia y más pecados que el mismo Satanás tu patron—repuso don Tadeo con una entereza superior á su aspecto y á sus años. ¡Ea! basta de gazmoñerías, y á vigilar para cuando vengan cuatro buenos mozos acompañando á Simon, y á los cuales debes colocar cerca, muy cerca de la cámara de ese pimpollo.

—Pero.....

—Ya lo has oido.

—Y decidme, señor—repuso la vieja con tembloroso acento—¿tardarán mucho Simon y sus compañeros?

—Tras de mí venian.

El rostro de Ruperta expresó la satisfaccion que le causaba la noticia.

—En ese caso, lo mejor será que no cierre la puerta.

—Haz lo que quieras.

—Siempre me evita un trabajo.

—En cuanto lleguen.....

—Haré lo que habeis dicho.

—Despues te vas á dormir, y oigas lo que oigas, aunque la casa se hunda, no salgas de tu cuarto.

—Perded cuidado, que en cuanto me tienda, aunque el mundo se desplome no he de levantarme.

—Eso es lo que debes hacer.

—Eso es lo que haré.

—¿Nada te ha preguntado al llevarle la cena?

—Nada; como de costumbre, llora, gime y apenas prueba bocado.

—Pues esto ha de acabarse.

—No deseo yo otra cosa.

—Quedarás complacida.

La vieja se dirigió hácia la puerta, y don Tadeo al aposento de Luisa.

La desdichada jóven habia comprendido perfectamente el sentido de las palabras estampadas en la tira de papel que el paje le mostró desde el mirador, y esperaba con impaciencia la hora indicada.

El más leve rumor que llegara á sus oidos era lo muy suficiente para que su corazon latiera apresuradamente.

No podia, por más que en ello habia pensado, calcular cómo le seria fácil llegar hasta el balcon á la persona que en su ayuda debia acudir; y que era por el balcon por donde pensaba penetrar no le quedaba duda, puesto que se le encomendaba que no lo tuviera cerrado, y sí solo entornado; Luisa habia cuidado de cumplir el tal encargo.

Rezando se hallaba por el buen éxito de su salvacion, cuando le pareció percibir cierto rumor de pasos en la antesala.

Contuvo la respiracion, y no acertó á levantarse del suelo en el que se hallaba postrada de hinojos.

Cuando oyó el ruido producido por la llave al girar en la cerradura, Luisa estuvo á punto de morir de miedo, y este se

aumentó cuando al abrirse la puerta vió aparecer en su umbral la repugnante figura de don Tadeo.

—¿Estais implorando el favor del cielo?

—¿A qué venís á estas horas?—dijo la jóven temblando.

—A advertiros que hoy espira el plazo que os dí.

—Tiempo teneis mañana de enteraros de mi respuesta.

—Soy hombre que gusto de cumplir lo que ofrezco.

—Retiráos; mañana os escucharé.

—Vengo sumamente cansado y paréceme justo descansar durante algunos minutos.

Luisa no acertaba á hablar, el miedo anudaba la voz en su garganta.

Don Tadeo tomó asiento tranquilamente.

—¿Recordais lo que os dije respecto á María?

—¿Qué?—preguntó afanosamente la jóven.

—A estas horas, la bella hija del conde de Lazan habrá ya colmado la felicidad de unos cuantos libertinos afortunados.

—¡Qué horror!—exclamó Luisa cubriéndose el rostro con los manos.

—Podeis creer que os digo la verdad.

—¡Imposible, imposible!

—No dirán otro tanto aquellos á quienes habrá favorecido con más ó ménos resistencia.

—¡Pero eso es inícuo!....

—Y lo mejor del caso es que ya no es posible salvarla.

—¿Y qué os habia hecho esa infeliz jóven para perderla tan inhumanamente?

—A mí, nada.

—¿A qué entonces tal crueldad?

—No soy yo quien la ha ordenado.

—¿Quién ha sido pues?

—Eso no os lo puedo yo decir.

—Cuando el señor conde se entere de la villanía que habeis cometido.....

—Ya os dije hace tres dias que tenia las espaldas bien resguardadas.

—Yo creo que voy á volverme loca, ¡Dios mio!

—No hay para tanto.

—¿Creeis acaso que tengo el corazon de piedra?

—No creo tal, pero vos no teneis motivo para quejaros.

—¡Que no tengo motivos!

—No; lo repito.

—¿Osais decir?....

—Comparad vuestra situacion con la de la hija del conde.

—¡Mi situacion!—dijo con melancólico acento Luisa.

—Desde que estais en mi poder he procurado que se os guarde todo género de atenciones.

—Yo os lo agradezco, creedlo.

—He procurado evitar que se fulminara en contra vuestra una sentencia cruel.

—Dios os lo recompensará.

—Calculad lo que seria de vos á estas horas.

—¡Oh! no existiria ya.

—Sí existiríais, pero ¿cómo, y en dónde?

—Yo hubiera muerto antes de cubrirme de infamia.

—¡Bah!—exclamó aquel viejo cínico.

—Y lo mismo hará María.

—No lo creais.

—¿Qué mujer que se estima en algo no sabe defenderse cuando de su honor se trata?

—¿Cómo defenderse donde se halla?

—Cómo, no lo sé; pero de seguro que se habrá defendido.

—Para tenerse que rendir á discrecion.

Los ojos del malvado viejo brillaban de un modo infernal al posarse sobre la hermosa jóven.

Luisa imploraba interiormente el celestial favor.

De cuando en cuando y disimuladamente miraba hácia el balcon.

—Y bien, ¿habeis meditado ya?

—¡Meditar! ¿Sobre qué?

—Sobre lo que os dije la última vez que os ví.

—Yo no pude creer que un hombre que me ha demostrado algun afecto pudiera hacerme proposicion que á mi honra atentara.

—Pues hablé muy formal, y así me pareció que lo entendíais.

—Creí que habríais reflexionado mejor, y os habríais apiadado de mí.

—Cuando á mi edad se apasiona un hombre, no reflexiona.

—No es posible que vos.....

—Pues lo es; desde el punto y hora en que os ví, sentí penetrar en mi corazon el fuego de un desatentado amor, y á contar desde aquel instante vos sois mi único pensamiento; en vos nada más pienso de noche y de dia, y antes que perderos, seria capaz de cometer mil crímenes.

Júzguese el terror que escuchando tales palabras experimentaria la desvalida jóven.

—¡Oh! ¡Tened piedad de mí!—dijo juntando ambas manos en actitud suplicante.

—¿Por qué no la tienes de mí?

—No os acerqueis.

—¿De qué te vale resistir?

—Apartáos, digo.

—He venido resuelto á que sucumbas, y sucumbirás.

—Daré voces.

—Serán inútiles; estamos solos, nadie te oirá.

—¡Vírgen pura, valedme!

—Ni Dios, ni el diablo, han de arrancarte de mis brazos.

Don Tadeo avanzó hácia Luisa; ésta, despavorida, sintió que le faltaban las fuerzas, quiso hablar, no pudo conseguirlo, y al intentar dar un paso para huir de don Tadeo, cayó desvanecida.

El infernal viejo se sonrió diabólicamente, y al ir á levantar á la jóven entre sus brazos, exclamó:

—De grado ó por fuerza serás mia.

—Todavía no—dijo una enérgica voz.

Don Tadeo volvió asombrado la vista hácia el punto de donde aquella partia, y se quedó mudo de espanto al ver en el balcon á un jóven que con el semblante demudado, le miraba con marcado enojo.

Era don Cárlos de Lazan, como ya lo habrá presumido el lector, el que tan á tiempo acudia á salvar á Luisa.

CAPÍTULO LIII.

La duquesa de la Jaridilla y el conde de Lazan.

Han pasado seis dias de los sucesos narrados en los capítulos anteriores, dias llenos de peripecias y de acontecimientos que han ejercido en nuestros personajes una influencia extraordinaria.

En primer lugar debemos decir que el vizconde don Cárlos de Lazan no habia vuelto á presentarse en su casa.

No habia revelado á su padre ni el paso que habia dado respecto á la duquesa, ni el descubrimiento que de Luisa habia hecho.

Así era que habia salido de su casa sin prevencion de ningun género; por lo tanto, al conde en los primeros momentos no se le ocurrió el que pudiera haberle sucedido nada.

En cambio la duquesa de la Jaridilla no estaba en el mismo caso.

De su casa habia partido la expedicion para libertar á la

jóven; ella misma, llena de ansiedad y de inquietud, estaba esperando en la puerta que daba al jardin tratando de preguntar á cada uno de esos mil rumores de la noche, cuando llegaba Luisa.

Pero las horas trascurrieron, y ni la jóven ni su salvador se presentaban.

¿Qué habia ocurrido? Aguilar tampoco parecia, y un silencio de fatídico agüero reinaba por todas partes.

Algunas horas trascurrieron.

La duquesa llegó á sentir miedo.

Llamó entonces á varios de sus criados y les dió órden de que escalasen la tapia y vieran si podian entrar en la casa inmediata.

Resuelta á todo para calmar la impaciencia que la devoraba, aceptaba de antemano las consecuencias que pudiera tener el paso que trataba de dar.

Los criados se armaron, tomaron las precauciones que el caso requeria, y escalaron la tapia.

Pero con gran sorpresa suya les fué imposible forzar ninguna de las puertas, ni ventanas ó balcones que daban al jardin de la casa, objeto de sus afanes.

No se oia el más pequeño ruido dentro de ella; puertas y ventanas parecian estar completamente barreadas por la parte interior, segun la resistencia que oponian, y la duquesa no juzgó prudente por estilo alguno aumentar su violencia entrando en la casa de aquel modo.

Imposible nos fuera describir exactamente las angustias y el tormento que durante aquella larga noche pasó la ilustre dama.

Los primeros resplandores del alba sorprendiéronla sin haberse recogido todavía en el lecho.

Habian sido vanos sus esfuerzos para conseguir averiguar por la parte exterior á qué casa pertenecia aquel jardín, aquel pabellon y aquella fachada que estaba lindando con la suya.

Precisamente todas eran casas mezquinas y pobres habitadas en su mayoría por gente maleante, muy poco comunicativa, que se prestaban poco para responder á las preguntas que se les hacian.

Cuando la duquesa juzgó que era hora conveniente, escribió una carta al conde de Floridablanca, y poco tiempo despues recibia la visita de un alcalde de casa y córte, al cual acompañaban varios alguaciles.

El conde ponia á su disposicion todos aquellos representantes de la autoridad á fin de que procediese á un registro minucioso de aquella misteriosa casa, penetrando en ella por la medianía del jardin.

Efectivamente, los alguaciles escalaron la tapia, y como que ya estaban en otras condiciones y tenian otro fuero, violentaron puertas y balcones; pero todas sus pesquisas fueron inútiles.

La casa estaba completamente vacía.

Ni Luisa, ni Cárlos, ni el paje Aguilar se encontraban en ella.

¿Dónde habian ido á parar? ¿Qué habia sucedido allí?

Los alguaciles y el alcalde, registrando minuciosamente la casa, encontraron la comunicacion que tenia con la de otra calle; pero tampoco se pudo dar con el vecino que ocupaba la habitacion intermediaria.

Misterio era aquel impenetrable que llenó de espanto á la duquesa.

Durante algun tiempo, no supo qué resolver.

Finalmente dió órden á sus criados de que preparasen la silla de manos, y momentos despues se hacia conducir á la casa del conde de Lazan.

Este se encontraba á la sazon algo preocupado con la tardanza de su hijo.

Como que Cárlos no estaba en el mismo caso que María y Luisa, y no era tampoco la primera vez que sucedia que de-

jase pasar en claro una noche de ir á su casa, no le llamó la atencion el que al preguntar por él aquella mañana le dijeran sus criados que no habia ido en toda la noche.

Sin embargo, no dejaba de sorprenderle que habiendo demostrado tanto interés por Luisa, y estando afectado por la pérdida tan reciente de María, se permitiera las diversiones á que suponia habia de estar entregado para faltar de aquella manera.

Órden acababa de dar á sus criados, para que en el momento de llegar le avisaran, cuando se le anunció la llegada de la nobilísima duquesa de la Jaridilla.

Al escuchar este nombre el conde, á pesar del dominio que sobre sí tenia, y á pesar de los dolores que habia sufrido, sintió algo en su corazon, que al agitar su mente prodújole un desvanecimiento que hizo necesarios algunos momentos de reposo antes de contestar.

Procuró reponerse cuando le fué dable, trató de amortiguar en su pensamiento los recuerdos que de otras épocas le ocurrieron, y presentóse en la cámara donde se hallaba la duquesa, si no tranquilo, por lo menos en disposicion de hacer frente á la entrevista que se le habia anunciado.

—Señor conde—dijo la duquesa sin darle tiempo á que él pronunciase una palabra—por más extraño que os parezca que al cabo de tantos años de silencio y de incomunicacion con vos, venga á romperlo ahora de una manera tan extraña, podeis creer que no he podido pasar por otro punto.

—No es, señora, lo que me extraña el que hayais venido á romper este silencio; que tales tiempos corremos y tales desdichas han llovido sobre mí, que hasta mis mayores enemigos debieran compadecerse de mí. Pero lo que sí me extraña y no acierto á comprender es que la noble duquesa de la Jaridilla haya querido honrar mi casa, habiéndome bastado para que yo fuese á la suya el envío de un sencillo mensaje.

—Es que mi impaciencia no reconocia término.

—¡ Vuestra impaciencia!

—Decid, conde, ¿ha venido vuestro hijo?

—¿Qué quereis decir, señora? ¿Acaso le ha sucedido algo á mi hijo?

—¿Pero ha venido desde ayer?

—No, señora.

—¡ Ay conde, conde! ¡ Cuán caras estamos pagando las pasadas locuras!

—Pero ¿ qué quereis decir, señora? Explicáos por piedad.

—Vos estais pagando con la pérdida de vuestra hija María los pasados errores; yo con la pérdida de mi pobre Luisa estoy pagando tambien los extravíos de mi juventud.

—¿Qué habeis dicho, señora? ¿Cómo sabeis que vuestra hija?....

—Ya sé que vos no habeis tenido la culpa de esa desaparicion, ya sé que habeis hecho cuanto de vuestra parte ha estado para recobrarla; pero la fatalidad nos persigue, y está visto que no podemos luchar con ella.

—Pero permitidme que me asombre, señora; si yo no he hablado con nadie sobre ese particular, y menos en el sentido del parentesco que os unia con Luisa, ¿cómo es posible que sepais lo que yo mismo habia ignorado hasta hace poco?

Entonces la condesa respondió, refiriendo al conde todo cuanto saben ya nuestros lectores: primero, en lo referente á la simpatía, hija del primer momento en que conoció á Luisa, y despues lo que pasó desde el momento en que Cárlos se presentó en su casa.

El asombro del conde no conoció límites.

Pero este asombro se trocó en profunda amargura y desesperacion cuando supo que su hijo habia desaparecido en aquella misteriosa casa.

—¿Con que tambien mi hijo?—gritaba aquel padre con desesperado acento.—¿Qué es lo que se han propuesto esos miserables, que me persiguen con tanto rigor? Confesad, señora,

que si faltas puedo yo haber cometido, es muy duro tambien el castigo que por ellas se me impone; mi hija perdida, deshonrada tal vez; mi hijo muerto quizás, ¿quereis decirme, señora, si por acaso hay en el mundo una suerte más desdichada que la mia?

—Sí que la hay, conde. ¿Olvidais acaso la suerte á que á mí me condenasteis?

—Por piedad, duquesa, no aumenteis más mis dolores con vuestras reconvenciones.

—No trato de hacerlo; pero os quejais, y á vuestras quejas tengo forzosamente que oponer las mias. ¿Sabeis la suerte á qué me habeis condenado? ¿Sabeis que del miserable abuso que hicisteis de mi hermosura nació toda la série de tormentos que vienen devorando mi existencia más de veinte y tres años? ¿Qué habeis hecho de mi vida, señor conde? Condenarla á una perpetuidad de angustias, llorando siempre la suerte de unos hijos á quienes apenas he conocido, y viéndome obligada á encerrarme en lo más retirado de mis habitaciones para que nadie pueda advertir el profundo dolor que me tortura á mí, á quien por tantos títulos debiera el mundo considerarme feliz y satisfecha!

—Todavía podeis serlo—repuso el conde con voz sorda—si habeis perdido una hija, teneis en cambio la seguridad que os queda vuestro hijo.

CAPÍTULO LIV.

Continuacion del anterior.

Las últimas palabras del conde produjeron un efecto extraordinario en la duquesa.

Fijó una mirada asombrada primero y anhelante despues en su interlocutor, y le dijo:

—¿Qué habeis dicho? ¿qué habeis hablado de mi hijo?

—Que vive, que yo le he reconocido, y que vos podeis ser dichosa mientras que yo eternamente debo ser desgraciado.

—Pero ¿estais en vos, conde? ¿Dónde está mi hijo? ¿Cómo sabiendo que mi hija y mi hijo vivian no me lo habeis dicho antes? ¿no comprendiais que todo os lo hubiera perdonado por semejante noticia? ¡ay conde! veo que á pesar de los años trascurridos, la maldad ha echado profundas raíces en vuestro pecho, y todavía quereis vengar el desden y el desamor de otro tiempo.

—No tal, duquesa, juzgaisme apasionadamente todavia. He sufrido ya demasiado para ser perverso como suponeis; si no os habia hablado de vuestros hijos, es porque á la una qneria devolvérosla ya completamente feliz, y en cuanto al otro, no ha tenido tiempo de poder pensar ni aun en sus padres tratando de descubrir el paradero de sus hermanos.

—Pero si está aquí mi hijo, ¿por qué no le llamais? ¿No estais comprendiendo que tengo necesidad hoy más que nunca de un cariño y de un afecto que me compense el de esa hija á quien apenas he podido ver?

—No está en mi casa, señora.

—¿Que no está en vuestra casa?

Y la duquesa fijó sus asombrados ojos en el conde.

—No ha querido deber nada á su padre—repuso éste con amargura.

—¿Pero no le habeis abierto vuestros brazos?

—Ha vacilado en arrojarse á ellos.

Habia tanta amargura en estas palabras, que la duquesa de la Jaridilla no pudo menos de sentirse conmovida.

Y respetando un dolor que comprendia, aun cuando felizmente no lo habia experimentado, aun permaneció algunos momentos en silencio.

Despues, viendo que el conde permanecia callado, le dijo:

—¿Dónde vive mi hijo, quiero decir—prosiguió interrumpiéndose—nuestro hijo?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignorais y sois su padre?—exclamó la duquesa sin poderse contener.

—No ha querido decírmelo jamás, pero hoy vendrá, como de costumbre, y aun cuando abrigo la seguridad de que al saber la desgracia de Cárlos querrá tambien lanzarse en su busca, sin embargo, yo os prometo que irá á vuestra casa.

—Pero decidme. conde, ¿puede nuestro hijo mirar frente á frente á sus padres sin verse obligado á bajar la vista?

—Precisamente en eso estriba su fuerza.

—Entonces no tengais cuidado, yo le haré que os ame y os respete.

—¡Amarme! ¡respetarme! no, duquesa, he llegado al triste caso de ser un objeto indigno de respeto y de cariño. Solo, sin hijos, sin una sola persona que por mí se interese, en nada espero y en nada tengo confianza.

—Sin embargo, el dolor es digno de respeto y yo os juro que os compadeceré siempre.

—¡Compasion!.... eso es lo único que podré merecer á las personas que más quieran hacer por mí; ya veis, señora, si debe ser divertido mi estado.

—Siento no poder daros más que compasion, porque al padre que me devuelve á mi hijo quisiera concederle, sino cariño, porque los méritos vuestros fueron bien pobres para conseguirlo en otro tiempo, al menos una amistad bastante á satisfacer esa necesidad de afecto en que os hallais; pero no debeis quejaros porque ni aun esa amistad pueda concederos si recordais que con vuestra criminal accion me pusisteis á merced de un hombre que, dueño de mi secreto, tenia un arma siempre contra mí; que á ese hombre, por uno de esos arcanos profundos que hay en el corazon, llegué á amarle más tarde y que vos disteis muerte á ese hombre ante mi propia vista.

—¡Oh! duquesa, duquesa, ¿para qué recordarme ese pasado ahora?

—Para que comprendais que en medio de vuestra soledad no puedo daros más que el cariño de vuestro hijo.

—Gracias, señora, gracias por lo que tratais de hacer por mí.

La duquesa contempló durante algunos segundos á aquel anciano, más encorvado y más encanecido que por el peso de los años, por los dolores que de poco tiempo antes le venian afligiendo, y le dijo con voz conmovida:

—Valor, conde; no desespereis, que ¿quién sabe todavía si al encontrar á vuestra hija la encontrareis digna de vos y con su cariño llenareis ese vacío de que hoy os lamentais?

—¡Dios lo quiera!

—Os encargo—dijo la duquesa disponiéndose á marchar que me envieis á vuestro hijo con un pretexto cualquiera, si es que directamente no quiere ir.

—Estad cierta de que irá.

—¿Cómo se llama?

—Antonio.

—Pues enviádmele, conde, enviádmele y yo os prometo devolvéroslo completamente transformado.

Cuando la duquesa de la Jaridilla hubo salido de la casa del conde de Lazan, quedóse éste murmurando con la expresion del más profundo dolor:

—¿Con que es decir que todos han de ser más dichosos que yo? He perdido á mi hija; he perdido á esa otra hija que hubiera sido feliz con Cárlos, y finalmente he perdido á éste tambien, y cuando como única esperanza iba á refugiarme en el amor de Antonio, viene á quitármelo tambien su misma madre. ¿Qué va á ser de mí, Dios mio, qué va á ser de mí?

Buen espacio llevóse así el conde, cuando de pronto un criado, penetrando en el aposento, llamó su atencion.

—¿Qué quieres?—preguntóle su amo alzando la cabeza.

—Señor, un mercader flamenco dice que quiere hablar con usía.

—¿Un mercader flamenco?

—Trae diversas telas y otros objetos de su comercio.

—Váyase en paz el buen mercader, y valiérate más tener mayor entendimiento para comprender que no es mi estado para ocuparme en la compra de paños ni tonterías.

—Es que me ha manifestado que no viene para que usía le compre nada, sino porque tiene que hablar de un asunto importante.

—¿Eso dijo?

—Sí, señor.

—Hazle entonces que llegue; ¿quién sabe si me traerá alguna noticia que pueda regocijarme?

Salió el criado y un momento despues, un indivíduo de rostro un tanto bravío, cerrado de barba y cubiertos los ojos por unos anteojos verdes, vistiendo con sencillez aun cuando con gran limpieza, penetró en el aposento haciendo cortesías y reverencias.

—¿Dices que tienes que hablarme de un asunto importante?—le preguntó el conde al verle.

—Sí, señor—repuso el mercader con marcado acento extranjero—y si usía me da licencia.....

—Desde luego. Vete—prosiguió el conde dirigiéndose al criado que acompañaba al mercader.

Una vez solos, dijo éste:

—Señor conde, yo sé, y por ello siento gran pesar, que usía ha sufrido en poco tiempo una porcion de desgracias.

—Públicas son y nada tiene de extraño que haya llegado á tu noticia.

—Es que mis noticias tal vez las ignora el señor conde.

—No te comprendo.

—Usía conoce el dolor que le hiere, pero desconoce el orígen.

—¡Cómo!

—Que no sabe de dónde ha partido la mano que le ha dado el golpe.

—¿Y acaso la conoces tú?

—Sí, señor.

Y tanta conviccion habia en el acento del mercader al pronunciar estas palabras, que el conde no pudo menos de sentirse lleno de asombro.

—¿Y cómo has podido tú penetrar en los secretos de mi vida?

Téngase presente que el conde, en virtud de las cartas anónimas que habia recibido, juzgaba que las injusticias que le habian sobrevenido eran consecuencia del odio de la heredera del conde de Fuentidueña.

De aquí que le sorprendiera doblemente la afirmacion del mercader.

—La casualidad—repuso éste—ó tal vez la misma Providencia, que no ha permitido sin duda que el crímen quede impune.

—Explícate.

—El autor del robo de vuestra hija, señor, ha sido un hombre.

—¡Un hombre! ¿Estás en tí?

—Se lo juro á usía.

—Pero ¿cómo ha de ser un hombre cuando yo he recibido un anónimo en que una mujer?....

Y el conde se detuvo comprendiendo que iba á descubrir lo que sin duda ignoraba su interlocutor.

Pero éste habia comprendido sin duda.

En el primer momento quedóse un tanto desconcertado, pero al escuchar las últimas palabras sonrióse, y dijo:

—Ya lo sé, señor, ya lo sé; han dicho á usía que es consecuencia de una venganza mujeril.

—Cierto.

—Pues eso es una farsa para desorientar á usía. Vuelvo á repetirle que ha sido un hombre, y precisamente lo sé porque tuve ocasion de asistir en sus últimos momentos á uno de los que la robaron, y el cual murió pidiendo perdon á Dios de todos sus crímenes.

—¿Y sabes dónde está mi hija?—preguntó el conde con voz anhelante.

—Eso no lo sé, pero conozco al raptor, y usía puede encontrarle por un medio.

—¡Oh! ¡Su nombre, pronto su nombre!

—Precisamente usía le ha abierto su casa y su corazon; usía le habia protegido, y el miserable ha abusado de un modo infame de esa confianza.

—¿Pero estás cierto de lo que dices?—preguntó el conde que no pudo menos de estremecerse á la idea que le habian sugerido las palabras del mercader.

—Demasiado, por desgracia.

—Pero sepamos ese nombre.

—Creí que con lo que antes indiqué hubiese usía caido en ello. Ese miserable es don Luis de Guevara.

—¡Don Luis! Cuidado, cuidado lo que dices.

—Os lo juro, señor.

—¡Oh! miserable, yo te prometo, que si es verdad lo que acabas de decir, su vida.....

—En grave peligro se halla, y no podeis por el momento, tomar la venganza que querais.

—¿Qué dices?

—Que por efecto de una venganza mujeril, consecuencia del rapto de vuestra hija, don Luis cayó herido gravemente de una puñalada la misma noche, y el criado que le acompañaba cayó tambien por defenderle. De sus labios moribundos recogí esta confesion que os hago, y que no he podido venir antes á hacérosla porque la ronda me cogió y harto me ha costado poder probar mi inocencia.

—Ahora recuerdo que he sabido que don Luis estaba herido. ¡Miserable cien veces! Cuando yo le he franqueado mi casa, mi cariño, mis influencias, todo, todo, y pagarme de esa manera..... Yo le arrancaré ahora mismo el secreto.....

—Permitidme, señor, que os diga que nada podreis adelantar ahora.

—Nada me digas.

—La fiebre le devora; un delirio horrible perturba su razon hace muchos dias, y todo vuestro empeño será inútil para alcanzar lo que deseais.

—Pero ¿y mi hija?

—Si nada podeis saber, ¿qué adelantais con encender más vuestra cólera.

El conde comprendió que el mercader tenia razon.

Además, estando don Luis en el estado en que se hallaba, no habria podido ver á la jóven, y por lo tanto, el peligro que para la honra de ésta pudiese haber habido en otro caso, no existia.

El mercader, por su parte, se esforzó en calmarle, haciéndole comprender que no por dilatar su venganza debia dejar esta de ser más segura, y satisfecho sin duda del buen éxito de su mision, salió poco despues del aposento del conde.

CAPÍTULO LV.

Donde se explican algunas cosas que al lector le habrán parecido un tanto confusas.

El mercader recogió sus paños, que habia dejado en la antecámara del conde, y salió á la calle murmurando con acento lleno de satisfaccion:

—Pues señor, mis propósitos van realizándose mejor de lo que me imaginaba. De tal manera estoy sembrando de abrojos el camino que ha de recorrer don Luis, que si sale de esta yo le juro que no ha de escapar á mi venganza.

Y apresuró el paso y en breve tiempo fué á ganar la casa en que vivia.

Apenas entró en ella, arrojó la peluca y los anteojos que daban nuevo aspecto á su semblante, y volviéndose á su criado que á pocos pasos de él contemplaba su trasformacion, le dijo:

—Vamos, Campillo, paréceme que debemos estar de enhorabuena.

—¿Acaso habeis adelantado algo, señor?—preguntóle Campillo.

—Vengo de casa del conde de Lazan.

—¿Y le habeis visto?

—Lástima fuera que no le hubiese visto. Ya es sabido que cuando me propongo una cosa la realizo de un modo ú otro. A nadie como á ti, le consta si en estas circunstancias ha ido saliendo al pié de la letra todo cuanto yo queria.

—Y lo más grande es que vais á realizar vuestra venganza cuando menos lo esperabais.

Nuestros lectores deben haber reconocido ya en el mercader flamenco que habia estado en casa del conde de Lazan, al desconocido que sorprendiendo la confianza de Concha sacóle respecto á Luis todas las noticias que le convenian.

El odio de este hombre hácia la familia de nuestro amigo y por lo tanto contra éste, era extraordinario.

Habíase manifestado desde el momento en que en uno de los capítulos anteriores le vimos contar á su hijo, á su modo, la historia orígen de su venganza, y en todos los actos que habian ocurrido posteriores á aquel suceso.

Merced á una astucia superior, y secundado poderosamente por su hijo y Campillo, habia llegado á descubrir, no solo todas las relaciones que tenia el jóven en Madrid, sino algunos de los incidentes que le habian ocurrido últimamente.

Empleó hábilmente el soborno, y supo que antes era muy amigo del conde de Lazan; que de pronto dejó de ir á su casa; que María habia estado á punto de caer en manos de unos malhechores á quienes dispersó el vizconde del Juncal; que éste habia pedido la mano de la jóven, y finalmente, sino en todos sus detalles, en globo al menos, fué sabiendo lo suficiente para utilizarlo en beneficio de sus planes.

Al mismo tiempo tambien averiguaba sus relaciones con el marqués del Alcázar, y más que todo las que le unian con doña Catalina.

De igual manera tambien supo que habia frecuentado mucho la casa de los condes de Santillan, y que la condesa repentinamente se habia retirado al convento de las Salesas Reales, y que el conde estaba desesperado.

Respecto á Paca ya sabia todo cuanto necesitaba, porque Concha con la mayor inocencia del mundo se lo habia dicho.

De todo esto formó su composicion.

En su consecuencia, escribió al vizconde del Juncal una carta, en la que le decia que aquella desaparicion de María no habia sido más ni menos que una añagaza de que se habian valido el padre y la hija, de acuerdo con don Luis de Guevara, para romper aquel matrimonio.

El vizconde se irritó al ver un proceder tan indigno, máxime cuando él se habia portado tan noblemente, y se dirigió en seguida al conde de Floridablanca, su tio, siendo resultado de esta conferencia las dos cartas que vimos recibió el conde de Lazan en uno de nuestros capítulos anteriores.

Despues de esto, enterado el desconocido, como ya hemos dicho, de la existencia que llevaba doña Catalina, y ganando como ganó á uno de sus pajes favoritos, envióle una carta anónima tambien, en la que le decia que cuidando á don Luis y velándole cariñosamente hallábase una mujer muy amada del caballero.

Los celos de la dama irritáronse fácilmente con aquella carta, y la escena que habia mediado junto al lecho de don Luis, y de la cual en otro lugar nos hemos ocupado, fué la consecuencia inmediata de ello.

El desconocido sabia perfectamente todo lo que acontecia entre aquellos personajes, porque habia ganado precisamente á uno de los criados del caballero, y por él estaba al tanto de todo.

Sabia la opinion de los facultativos, y en su consecuencia juzgó muy conveniente, para acabar de comprometer á Luis,

ir á ver al conde de Lazan y dar el paso que nuestros lectores han tenido ocasion de ver en el capítulo anterior.

Dadas estas explicaciones, pueden comprenderse muchas de las escenas que llevamos expuestas, escenas que debieron necesariamente aparecer un tanto confusas cuando se carecia de los antecedentes necesarios.

El desconocido, despues que se hubo despojado de su traje de mercader flamenco, dijo á su criado:

—Lo único que siento es no poder saciar en el padre mi venganza del modo que espero satisfacerla en el hijo.

—Sin embargo, señor, créome que harto satisfecho podeis estar, porque lo que es el padre no ha de vivir muy contento viendo á su hijo desesperado.

—No es lo mismo, Campillo.

—¿Y si por casualidad todos esos trabajos que habeis hecho y estais haciendo no os diesen el resultado que apeteceis? ¿y si en la demanda que habeis emprendido os alcanzase una derrota?

—Siempre me quedariais tú y Felipe, y éste estáte seguro que sin vacilar clavaria su puñal en el corazon de don Luis.

—¡Señor! ¡Ved qué es horrible lo que decís! Don Felipe convertirse en asesino de su.....

—Silencio—repuso el desconocido mirando atentamente á todas partes—¿para qué le he estado yo criando y nutriendo su venganza más que para cuando llegue ese caso?

—Pero.....

—Véte, Campillo, basta ya y ponle coto á tu lengua para que nunca pueda saber Felipe lo que aquí hemos hablado.

El criado inclinó humildemente la cabeza y salió del aposento, mientras el desconocido se sentaba en una silla, dedicándose á poner en órden algunos papeles que habia sacado de uno de sus bolsillos.

CAPÍTULO LVI.

Donde se prueba que don Tadeo era un hombre previsor.

Dejamos en uno de nuestros capítulos anteriores á don Tadeo sorprendido por la súbita aparicion de Cárlos de Lazan.

Pero esta sorpresa le duró bien poco.

Retrocedió disimuladamente hácia la puerta de entrada, ligero como el relámpago sacó la llave de la cerradura, salió á la antecámara y cerró por la parte de afuera.

En cuanto se vió libre, llevóse un pequeño silbato á los labios, silbó de un modo particular y no tardaron en acudir Simon y sus camaradas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Simon.

—Hay que asegurar á un hombre que está ahí y ha entrado por el balcon ¿Venís armados?

—Como que al oir la seña hemos comprendido que debíamos prevenirnos.

—Pues adentro, no sea cosa que los pájaros nos vuelen.

Don Tadeo abrió la puerta.

Simon y los suyos penetraron por ella en el aposento de Luisa y encararon sus armas al pecho de don Cárlos que sostenia entre sus brazos el desfallecido cuerpo de la jóven.

—¡Alto!—gritó Simon con opaco acento.

—¡Miserables!—exclamó Cárlos cuyos ojos desprendian rayos de ira.

—Desarmadle, y al menor movimiento que haga, dadles muerte á los dos.

Mientras que Simon cumplia la órden de don Tadeo, los otros cuatro bribones no cesaban de apuntar á la jóven pareja.

Don Cárlos solo llevaba espada, y con ella no podia intentar la defensa; así, pues, no pudo poner resistencia.

—Átale ahora.

—¡Vive Dios!—dijo el jóven con colérico acento.

—Pronto, ú haced fuego.

Simon ató perfectamente las manos del vizconde.

No bien habian acabado esta operacion, cuando Aguilar, creyendo que tal vez á don Cárlos no le seria posible colocarse en la escala para descender con Luisa si alguien no le prestaba su ayuda, se decidió á trepar al balcon bien ajeno de lo que arriba estaba pasando.

Apenas el jóven llegó á cabalgar sobre la barandilla de hierro, cuando fué advertida su presencia por don Tadeo, el cual dijo señalándole:

—¡Agarradle!

No le fué posible ya huir al valeroso paje, y comprendiendo que la resistencia era inútil, se rindió.

—Atadle tambien.

—No creais, canalla, que tiemblo; juro á Dios, que á no ser porque una espada no es suficiente á defenderse de cinco bocas de fuego.....

—Bien, bien ya creemos que eres valiente.

—Viejo zorro, si en vez de trabucos empuñarais espadas, ya os hubiera dicho si era valiente ó cobarde.

—¡Ea, listo!—dijo Simon despues de haber atado al paje.

—Cierra el balcon.

Simon, despues de recoger la escala de cuerda que pendia de la baranda, cerró el balcon.

—¿Qué más hay que hacer?

—Ven y tú tambien, Zurdo; vosotros quedaos aquí vigilando.

Simon y el Zurdo salieron del aposento en pos de don Tadeo.

—Simon, es de todo punto necesario que salgamos todos de aquí antes de un cuarto de hora; tú, Zurdo, inmediatamente vé á casa del tio Roque y que traigan cuanto antes dos literas y que venga para conducirlas gente de la nuestra.

—Perded cuidado.

—Tienes buenas piernas y por eso te he elegido á tí.

—Ábranme la puerta.

—Agarra ese candil y baja.

Llegados al zaguan, don Tadeo abrió la puerta.

Cuando vuelvas habrá aquí uno esperando; da tres golpes de aquella manera sobre la puerta.

—Entendido—dijo el Zurdo.

Y se lanzó á la calle.

—Comprendes, Simon, que hay que temer.....

—Desde luego, cuando los que esperan á la gente que hemos preso arriba se cansen de esperar, es fácil que den parte y allanen esta casa.

—Eso mismo he calculado.

—¿Y adónde hemos de ir?

—A la venta de Langosta.

—Despues de la ocurrencia del otro dia, aquella casa es sospechosa á la justicia.

—Pues ahora, menos que nunca creerán que se ha llevado allí á nadie.

—Eso es verdad.

—Conviene que te adelantes y prevengas al viejo.

—Larga es la caminata, pero veo que no hay otro remedio.

—Vé á buen paso, porque antes de quince minutos presumo que estarán las literas aquí é inmediatamente echaremos á andar; afortunadamente la gente que habita en este callejon es de aquella que no extraña nada.

—Por eso busqué la casa en este sitio; además, á estas horas no es fácil que haya nadie asomado á los balcones.

—Lo menos tenemos una hora á nuestra disposicion, porque algun rato han de esperar los que aguardan el resultado de la evasion, y entre dar aviso y una cosa y otra, ¿qué menos que una hora?

—Sin embargo, hareis bien en abandonar la casa cuanto antes.

—En cuanto estén aquí las literas.

—¡Ah! bueno será que digais á Tomasillo que coloque un pañuelo en la boca de los presos, no fuera cosa que empezaran á dar voces una vez en la calle.

—Sabe Tomasillo.....

—Divinamente; no hayais miedo que se ahoguen; empapa los pañuelos con cierto líquido que lleva siempre consigo en un frasquito, y no hay cuidado.

—Anda ya, Simon.

—Dejadme subir por la capa.

—Llévate la luz, y no te detengas.

En menos de un minuto volvió á aparecer con la capa encima de sus hombros.

—¡Ea! adios.

—Adios.....

Simon se lanzó á la calle, y don Tadeo, despues de cerrar la puerta, se dirigió al aposento donde le esperaba su gente.

—Tomasillo—dijo al entrar.

—Presente—contestó con atiplada voz uno de los corifeos.

—Me ha dicho Simon que pones los pañuelos.....

—¡Ah! sí; ya sé.....

—Cuida no se ahoguen.

—No hay cuidado, los preparo con ciertas gotas que yo me sé.

—Está bien.

Esta conversacion la sostuvo don Tádeo con Tomasillo en voz baja.

Luisa hizo un movimiento.

—Rociadle el rostro con algunas gotas de agua—ordenó don Tadeo.

El mismo Tomasillo se apoderó de una botella llena del líquido mencionado que habia sobre la mesa y roció el rostro de la jóven; pocó tardó ésta en lanzar un suspiro y abrir los ojos.

—¿Dónde estoy?—exclamó con voz desfallecida.

—Á mi lado, pimpollo.

—¡Ah!—dijo la infeliz cubriéndose el rostro con las manos.

Don Tadeo habló por lo bajo con uno de aquellos bandidos que en el acto salió de la habitacion. Despues el vejete dirigióse de nuevo á Luisa y sonriendo con malignidad infernal le habló de esta manera:

—Ahí tienes á tus apuestos salvadores, míralos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Estos, como cuantos intenten salvarte, caerán en mi poder.

—¡Ah! miserable—contestó don Cárlos rugiendo de cólera y haciendo esfuerzos inútiles por deshacer la ligadura que sujetaba sus manos.

—Sí, sí; forcejea, forcejea, que no has de lograr desligar tus aristocráticas manos.

—¿Y no temes mi venganza?

—Tú eres el que debe temer la mia.

—Yo..... te desprecio.

—¿Me desprecias, eh? Pues aun no sabes todo lo que me debes. Tu hermana.....

—¿Qué?....

—Tu bella y virtuosa hermana.....

—¿Qué quiere decirme tu infame lengua?

—Una cosa que ha de causarte gran placer.

—Prefiero ignorarla.

—No escucheis á ese viejo canalla, don Cárlos—dijo el noble paje.

—Como yo soy el que manda aquí, señor paje brabucon, se ha de hacer aquello que yo quiero.

—Como algun dia tropiece contigo, sapo maldecido, he de aplastarte como á un insecto dañino.

—Creo, señor paje, que eso os será algo difícil.

—Como no me mandes asesinar, confio en poder cumplir algun dia lo que te he dicho.

—Pues aguarda hasta entonces. Ahora bien, señor don Cárlos de Lazan, vuestra noble hermana doña María, está.....

—¿Dónde?—preguntó con afan el jóven.

—En un miserable lupanar á donde se la condujo.

El rostro de don Cárlos se contrajo de horror, y exclamó:

—¡Oh! si tuviera libres las manos, habia de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro.

—No contesteis á esa víbora—dijo el paje.

Luisa estaba deshecha en llanto.

El infernal viejo miraba á sus víctimas recreándose en sus tormentos.

—Estais en mi poder, y nadie os podrá librar de él.

—Eso está por ver.

—¡Pobre paje! pierde las esperanzas.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Pienso que no ha de durarte mucho la que abrigues.

—Piensas muy mal, viejo zorro.

—Cuando te veas alojado en el palacio que te destino, presumo que no brabatearás como lo haces ahora.

—No me asusto yo tan fácilmente, y lo mismo ahora en este sitio que despues en el que sea, no he de cansarme de aplicarte los nombres que te mereces.

—Yo sabré evitarlo.

—Te advierto que no me espanta la muerte.

—Hoy por hoy, me basta con hacerte enmudecer.

—¿Vas á amordazarme?

—Veo que tienes alguna penetracion—dijo sonriendo diabólicamente don Tadeo.

—De un viejo pícaro como tú, todo lo espero.

—¡Tomasillo!

—Presente—contestó el aludido.

—Muéstranos tu habilidad.

—¿A los tres?

—A los tres.

Tomasillo se procuró tres pañuelos, pidiéndoselos al uno y al otro de sus compañeros, sacó un frasquito del bolsillo, y esparramó algunas gotas de su contenido en los tres lienzos.

—¿Por quién empiezo?

—Por el paje, que es el más parlanchin.

Por más esfuerzos que hizo Aguilar, no pudo evitar que Tomasillo colocara un pañuelo en su boca, de modo que le impidiera por completo hablar; don Cárlos y Luisa no dijeron una sola palabra, ni hicieron el más ligero movimiento á fin de impedir á Tomasillo que ejerciera en ellos su habilidad.

Pocos minutos habian trascurrido despues de terminada esta operacion, cuando se dejó oir un agudo silbido.

—¡Ea! ya está abajo lo que nos hace falta; muchachos, apoderaos de esa gente, y seguidme.

Los sicarios de don Tadeo no se hicieron repetir la órden; así es que tardaron muy breve rato en hallarse con los tres prisioneros en el zaguan.

El Zurdo habia cumplido pronto y fielmente el encargo que le diera don Tadeo.

En menos tiempo que se necesita para describirlo, don Cárlos y el paje fueron encerrados en una litera y Luisa en la otra.

—Andando; salid.

Las dos literas, convenientemente escoltadas, fueron sacadas á la calle.

Don Tadeo fué el último en salir, cerró la puerta, embozóse hasta los ojos, y dijo:

—Seguidme.

CAPÍTULO LVII.

El tio Langosta vuelve de nuevo á ser carcelero.

Jadeando de cansancio llegó Simon á la puerta de la venta. Tres fuertes aldabonazos interrumpieron el silencio de la noche.

—¿Quién va?—dijo desde adentro el tio Langosta.

—Abre.

—¿Quién eres?

—¿No conoces ya á Simon?

Breve silencio siguió á esta respuesta; por fin, el ruido que produjo la llave al introducirse en la cerradura significó á Simon que el viejo se determinaba á abrirle.

—Gracias á todos los diablos—dijo al ver franco el portillo.

—Á buena hora te ocurre venir aquí.

—Déjame pasar y cierra.

Al parecer, no de muy buena gana dejó el tio Langosta penetrar á Simon en la tienda, y despues de cerrar la puerta, le preguntó con brusco tono:

—¿Qué se te ofrece?

—¿Qué es eso? ¿Á qué viene ese tono?

—Viene á lo que viene—contestó urañamente el ventero, en tanto que despavilaba la mecha del candil.

—¡Calle! estás pálido, demudado, ¿estás acaso enfermo?

Langosta lanzó una mirada feroz á Simon, y le contestó:

—He estado y estoy enfermo, y dado á los diablos.

—¿Qué te ocurre?

—¡Oh! ¿acaso lo ignoras?

—Déjate de gruñir, y habla; no estoy yo para perder el tiempo.

—Sábete, pues, que me han robado—dijo el tio Langosta derramando dos gruesos lagrimones.

—¡Robado!

—Lo que oyes; los ahorros que habia adquirido á costa de tantos afanes me han sido hurtados.

—¿Y no sospechas quién puede haber verificado el robo?

—Demasiado.

—¿Quién calculas que haya sido?

—¿Quién puede ser mas que tus amigos?

—¡Qué dices!—exclamó Simon admirado.

—Digo que momentos antes de ser sorprendido por los soldados, acababa de ver íntegro mi tesoro; desde que me sacasteis de mi encierro no he abandonado la casa un solo instante, y esta tarde, cerca del oscurecer, fuí á sacar algun dinero, y me hallé desbalijado completamente.

—¿De modo que crees?....

—Creo lo que es natural; á poco de salir los soldados de aquí, viniste tú con tus dos camaradas, y ellos permanecieron en esta casa hasta el momento en que estuve yo en libertad. ¿Quién sino ellos pueden haber sido los ladrones?

—Dices bien.

—¿Y qué me hago yo ahora?

—Tener paciencia y dejarlo á mi mano, que yo averiguaré

lo que haya de cierto en el asunto, y en caso de que tus sospechas sean verdaderas, habrán de devolverte la cantidad robada.

—Sí, por Dios; Simon, hazlo así; porque sino me muero de disgusto.

—Ya sabes que entre nosotros no nos es permitido despojar á un caballero de lo que le pertenece, y una vez probado el hecho, ellos verán de arreglarse á fin de devolverte ese dinerillo.

—Me vuelves el alma al cuerpo.

—Bien, descansa en mí y hablemos de lo que importa.

—Dí lo que quieras, que ya te escucho.

En breves palabras enteró Simon á Langosta del asunto que allí le habia llevado á tal hora.

—¿Estás enterado?

—Sí, pero se me ocurre una dificultad.

—¿Cuál?

—Hombre, ¿no crees tú que despues de haberse sabido lo del encierro de los otros, es muy fácil que la justicia venga á registrar esta casa sospechando que puedan estar en ella esas personas de que me hablas? Pues si yo estoy admirado de que los golillas no hayan venido ya á pedirme cuentas de lo pasado.

—Ahora menos que nunca debes tener recelos.

—Pues mira, los tengo.

—Bien, don Tadeo cuidará de librarte de esos temores.

—Francamente, no me atrevo á hacer lo que me pides.

—Pues mira, si quieres ganarte algunas onzas y hacer de modo que te se devuelvan las que te han birlado, no dejes de aprovechar esta ocasion de servirnos.

—¡Qué remedio! Haré lo que me pides—dijo Langosta lanzando un profundo suspiro.

—Vaya, hombre, deja de gemir.

—¡Qué quieres que haga, si la pena me mata!

—¿No te he dicho ya que nada perderás?

—Sí; échale un galgo al dinero; Dios sabe donde pararán ya á estas horas mis hermosas mejicanas.

—Paren donde paren; ellos procurarán reunirte una igual cantidad, aunque para ello les sea preciso robar al mismo rey.

—Eso me tiene á mí sin cuidado mientras se me devuelvan mis amarillas.

—Se te devolverán; ahorá saca una botella del de Arganda que quiero remojar las fauces.

—Y á propósito, no olvides que has de satisfacerme aun el gasto que hiciste con aquellos canallas.

—Eso te lo abonaré hoy mismo, pero date prisa, que tengo sed.

El tio Langosta desapareció, y al poco rato presentó á Simon una botella llena del vino pedido, y dos vasos.

—Aquí está el mosto.

—¿Y segun parece tambien quieres tú remojar el paladar?

—Hombre, supongo que no tendrás inconveniente en convidarme.

—Bebe todo lo que quieras, que pronto estoy á pagarte el gasto que hagas.

El tio Langosta llenó de vino hasta el borde los dos vasos, diciendo:

—Ya sabes que eres el amigo que más aprecio.

—Mientras te dé á ganar algun dinero.

—Á tu salud—dijo el ventero apurando de un solo trago el contenido de su vaso.

—A la tuya—contestó imitándole Simon.

—Segun me has dicho, esa gente no puede ya tardar.

—Me extraña ya que no estén aquí.

—¿Te parece que nos sirvamos de la misma sala en que estuvieron encerrados los otros?

—No; soy de opinion de que á la jóven la coloques en el cuarto donde estuvo la maja.

—¿Y los otros?

—Los colocas en la bodega.

—¡Demonio!—dijo el tio Langosta abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿No tiene buenos cerrojos la puerta?

—¡Oh! eso sí.

—Pues entonces.....

—Pero hombre, allá abajo van á estar muy mal.

—Vaya para cuando han estado bien.

—Aquello es muy húmedo.

—Mejor, con esto estarán frescos.

—En fin, sea como tú quieras.

—Es el sitio que me parece mejor y más seguro.

—Lo que es de allí, como no se les abra la puerta no es fácil que salgan.

—Pues eso es lo que se pretende.

—De todos modos, bueno será que don Tadeo busque cuanto antes otro sitio donde guardarlos.

—Él verá lo que se hace.

Un prolongado silbido hirió de repente los oidos de Simon, el cual exclamó:

—Ese es D. Tadeo.

—Voy, pues, á abrir el portillo.

El tio Langosta se levantó del asiento que ocupaba y fué á descorrer el cerrojo.

Poco tardó en entrar en la venta el viejo don Tadeo.

—¿Ha ocurrido alguna novedad?—le preguntó Simon.

—Ninguna; tras de mí vienen encerrados en sus literas—contestó el viejo.

—Entonces, asunto concluido.

—¿Has dispuesto ya el sitio donde hay que encerrarlos?—preguntó don Tadeo al ventero.

—De eso acabamos de hablar con Simon.

—¿Qué habeis decidido?

—La jóven se colocará en una habitacion reservada que éste tiene arriba—contestó Simon.

—¿Y ellos?

—Los colocaremos en la bodega.

—¡Magnífico!—repuso el infame vejete, frotándose alegremente las manos.

—Yo decia que allí estarán muy mal.

—Aun quisiera yo que tuvieras un sitio peor donde poder alojarlos.

—Pues peor que la bodega, ni hecho de encargo.

—Allí, pues, acomodaremos á tus nuevos huéspedes.

—Por Dios, don Tadeo, procure su merced sacarme cuanto antes á esa gente de casa, que ya sabe lo que pasó la otra vez.

—Pierde cuidado, que yo me encargo de todo.

En esto llegó la gente que conducia y escoltaba las literas.

El tio Langosta abrió del todo la puerta.

Cortos instantes despues quedaban instalados en la bodega don Cárlos y Aguilar; y en una de las habitaciones del piso superior la desdichada Luisa.

Verificada esta operacion, volvieron á reunirse en la tienda aquellos malhechores.

Los conductores de las literas habian ya desaparecido con éstas.

—Tú, Simon, te quedas aquí con esos tres hasta nueva órden; yo me vuelvo á Madrid en compañía del Zurdo.

—Espero que no tardareis en volver.

—Antes de las diez de la mañana me tendrás aquí; ¡ea! buenas noches.

Don Tadeo y su acompañante el Zurdo se encaminaron de nuevo hácia Madrid.

El ventero atrancó y cerró perfectamente la puerta.

Simon y sus camaradas se acomodaron del mejor modo

que les fué posible en la habitacion que les destinó el tio Langosta.

Luisa, deshecha en llanto, prosternada de hinojos en su encierro, oraba con fervor.

Don Cárlos y Aguilar maldecian de su suerte en el lóbrego calabozo donde yacian sepultados.

CAPÍTULO LVIII.

Giacomo Zarini comienza á comprender que puede llegar su venganza más lejos de lo que pensaba.

Han pasado algunos dias despues de las escenas que acabamos de referir.

Respecto á la situacion de nuestros personajes, no se ha agravado la de los que dejamos en poder de sus enemigos, ni la esperanza ha llegado á dulcificar la de los que estaban desesperados por la carencia de noticias de las personas queridas.

Únicamente dos de los personajes que han representado un papel en nuestro libro podemos decir que se encontraban realmente satisfechos.

Era el uno Paca.

Era el otro el misterioso desconocido á quien hemos visto perseguir con tan rudo encarnizamiento á nuestro amigo Luis de Guevara.

Ambos con aspiraciones diversas y en virtud de sentimientos distintos estaban satisfechos por una razon idéntica.

Esta razon era la mejoría que se advertia en Luis.

Efectivamente, los médicos le habian declarado fuera de peligro.

Es verdad que existia aquel aplanamiento, digámoslo así, aquella falta de sensibilidad que sigue á las grandes crísis; es verdad tambien que muchas horas le duraba el delirio, que existia una debilidad asombrosa que paralizaba las fuerzas del enfermo, suspendiendo, si así puede decirse, hasta sus facultades intelectuales, pero á pesar de esto la ciencia habia dicho que estaba ya fuera de peligro, y realmente la ciencia no se habia engañado hasta entonces.

Hubo algunos momentos en que al entreabrirse sus ojos y al fijarse con asombrada expresion en los objetos que le rodeaban, detuviéronse de un modo especial en el semblante de Paca.

Parecia que aquella mirada expresaba una alegría, una felicidad suprema que hacia estremecerse de gozo á la jóven.

Tal vez queria formular un pensamiento, tal vez algunas frases pugnaban por salir de sus labios; pero su debilidad era tan grande que tornaba á cerrar los ojos mientras que sus labios se agitaban convulsivamente, dejando escapar algunas incoherentes frases.

Paca tenia la conviccion de que habia sido reconocida, y Vicente y Antonio y Joselito y Ramon de la Cruz aseguraban tambien que el caballero conocia ya perfectamente á las personas que rodeaban su lecho.

De aquí que la maja se mostrase más satisfecha llegando á decir á sus amigos:

—Dentro de pocos dias, segun la opinion de los facultativos, entrará en el período de la convalecencia, y desde este momento abandonaré ya esta casa.

—Por ningun estilo—respondió Vicente—por derecho pro-

pio ocupais ese puesto, y hasta que Luis se restablezca del todo no abandonareis esta casa y entonces—proseguia sonriendo de un modo harto expresivo—tengo la presuncion de creer que tampoco saldreis de aquí.

Paca se sonrojaba comprendiendo lo que Vicente queria decir, y formaba el propósito firme de abandonar aquella casa tan pronto como pudiera ya conocer el peligro de sostener una explicacion con el herido.

Por la misma razon que Paca estaba alegre, lo estaba tambien el desconocido.

Ambos, aun cuando por distinto fin, habian deseado ardientemente el restablecimiento del caballero.

El desconocido habíase informado diariamente respecto al estado de Luis, y cada noticia de mejoría que adquiria arrancaba de sus labios una exclamacion de gozo.

—La Providencia—murmuraba con satánica expresion—se pone de mi parte y me le entrega.

Otra persona tambien mostrábase bastante satisfecha con el éxito que iba alcanzando la curacion de Luis.

El conde de Lazan, pues éste era quien tambien se alegraba de la mejoría de nuestro amigo, habia estado en casa del caballero tan luego el mercader flamenco, ó sea el misterioso desconocido, hubo salido de la suya, encontrándose con que realmente habíale dicho la verdad aquel al asegurarle que no habia posibilidad de entenderse con don Luis en aquellos momentos por la grave situacion en que se hallaba.

Paca le recibió, y precisamente en los momentos que él mostraba más irritacion por un estado que contrariaba tan poderosamente sus esperanzas, llegó Vicente.

Paca se apresuró á dejar al conde con el pintor, á quien ya conocia el de Lazan, y entre ambos mediaron palabras bastante agrias, porque el conde se empeñaba en entrar en la habitacion del herido cuando éste no estaba por ningun estilo en disposicion de contestar á las preguntas que se le dirigieran.

Tras de las contestaciones hubieron de llegar finalmente las explicaciones, y al escuchar el pintor la acusacion que á su amigo se le hacia, rechazóla indignado, diciendo:

—¿Y es posible, señor conde, que hayais podido dar crédito á semejante infamia? ¿Tan en poco teneis la honra de don Luis que podais dar crédito á lo que cualquier miserable con mejor ó peor intencion quiera deciros?

—No tal—repuso el conde un tanto más templado—pero uniendo al relato que el mercader me hizo lo que yo ha tiempo sabia, comprendo que el despecho es mal consejero y que ningun otro que don Luis puede llevar á cabo semejante accion.

—Por Dios vivo, señor conde—exclamó el pintor lleno de ira—que si otro que vos se atreviese á inferir semejante inculpacion á mi pobre amigo, no habria de quedar muy bien parado.

—La amistad os ciega, Vicente.

—Y á vos el dolor, señor conde; pues de no ser así paréceme que deberiais conocer lo sincera y digna de respeto que ha sido siempre para mi amigo vuestra amistad y vuestra honra.

—Todo lo ha olvidado para cometer la villanía que os acabo de referir.

—Y que no solamente no creo, sino que os ruego, señor conde, que tampoco lo creais, pues creyéndolo ofendeis al amigo á quien tendisteis vuestra mano.

El acento de Vicente llevaba impresas una sinceridad y una conviccion tan grandes, que el conde casi llegó á dudar de lo que antes creia.

Sin embargo, en aquellos momentos tornó á recordar que su hija le habia amado antes, que aquellos amores se habian desarrollado y sostenido completamente en la sombra, cual si se hubiera tratado de una mala accion, sin que por boca de Luis se hubiese sabido una palabra.

¿Qué de particular tenia que quien habia obrado así, cediendo á un pensamiento ruin de venganza hubiese querido sembrar el llanto y la desdicha en la casa de donde su mismo proceder le alejara?

Así fué que contestó al pintor con algun despego:

—Siendo vos tan su amigo como sois, natural es que le defendais.

—Defiendo la razon, señor conde; que no de tal modo me ciega la amistad, que dejara de ver lo que digno de vituperio es únicamente.

—¿Es decir que no me dejais ver á vuestro amigo?

—Verle podeis en buen hora; mas será inútil vuestro empeño; pues como antes os dije y os dijo tambien esa moza que está cuidándole, desde que le hirieron á mi pobre Luis, no está ni estará en muchos dias para responder á pregunta alguna que se le haga.

El conde salió furioso de aquella casa.

Y no pasó un dia sin que tratara de informarse del curso que seguia aquella herida, que en tan mal hora habia ido á contribuir á que el conde no pudiese arrancar al caballero el secreto que tanto le interesaba.

Así era, que lleno de impaciencia y de alegría al mismo tiempo, recibia las noticias del adelanto que en su estado iba experimentando el herido.

Uno de los dias, coincidiendo, por decirlo así, con el mismo en que Paca habia formado su resolucion irrevocable de abandonar la casa de don Luis tan luego éste se hallase en disposicion de poderse pasar sin sus cuidados, doña Catalina, que tambien habia recibido aquel dia noticias respecto al adelanto que se observaba en el caballero, hizo que preparasen la silla de manos, y á poco se detenia ante la puerta del perfumista Zarini, que acudió solícito á abrir la puerta del vehículo, preguntando á la dama con acento respetuoso:

—¿En qué puedo serviros, señora?

—Necesito hablar contigo—contestó doña Catalina en voz baja.—¿Tienes alguien en la tienda?

—Nadie en este momento.

La dama entonces entró seguida de Giacomo, quien le dijo una vez que hubieron franqueado la puerta:

—Permitidme, señora, que os sirva de guia.

Pasó delante de ella, y llamando á su criado, hízole que ocupase su puesto por si alguno de los parroquianos llegaba, y subió la escalera que separaba la tienda de sus habitaciones particulares.

Una vez en el estrecho corredor donde éstas se hallaban, en lugar de penetrar en el saloncito que al hablar por primera vez de este personaje describimos, dirigióse hácia el fondo del corredor y abrió una pequeña puerta.

—Pasad, señora—dijo á la dama, deteniéndose respetuosamente en el umbral, mientras doña Catalina franqueaba la entrada en el aposento.

Este en nada se parecia al saloncito en que se hallaban los escudos y en el cual Giacomo Zarini era el noble conde de Fuentidueña.

No se veian en las paredes más que vasares conteniendo retortas, crisoles, alambiques, redomas de distintas clases, frascos con espíritus ó esencias y pomitos llenos de pomada ó de opiatas.

En algunas alacenas, cuidadosamente cerradas, conservábanse eficacísimos venenos, segun decia el perfumista; y en una pequeña estantería que habia en uno de los lienzos de pared, se veian varios volúmenes encuadernados en viejos pergaminos, obras todas ellas de inexplicable valor, segun decia Zarini, cuando se trataba de una experiencia nigromántica.

En el centro de la estancia habia una mesa de roble, primorosamente tallada, sobre la cual se veian compases, esferas, pergaminos, etc., y á entrambos lados de la mesa dos

antiguos sillones de alto respaldo con el asiento de baqueta.

Una vez dentro de la estancia doña Catalina y el perfumista, la dijo éste, señalándola uno de los sitiales:

—Servíos tomar asiento, señora.

CAPÍTULO LIX.

Continuacion del mismo asunte.

Doña Catalina contempló curiosamente todos los objetos que la rodeaban, y una vez que se hubo sentado, dijo:

—¿Sabes, Giacomo, que tu casa está completamente llena de misterios? Esta habitacion es distinta de la en que me has hecho entrar otras veces ¿acaso tienes ocupada aquella?

—¿No habeis dicho que mi casa está llena de misterios? ¿por qué os extrañais entonces?

—Es que cuando yo vengo á hablar contigo, necesito que nadie se entere de lo que hablo.

—Paréceme, señora, que os he dado siempre pruebas de una discrecion extraordinaria.

—Sin embargo, una imprudencia.....

—No las he cometido jamás.

—Á nadie más que á tí, le tiene cuenta el no cometerlas.

El perfumista no contestó, permaneciendo durante algunos segundos silenciosos entrambos personajes.

Al cabo de ellos, dijo doña Catalina:

—¿Y esa mujer?

—Precisamente de ella queria hablaros, señora.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Ocurre que estoy arrostrando un compromiso, en el cual, no solamente arriesgo mi fortuna, es decir, el honrado fruto de mi trabajo, sino que tambien arriesgo mi vida.....

—Explícate, porque no comprendo bien lo que quieres decir.

—El conde, señora, es poderoso; el conde ama á su hija y si llega, como llegará un dia ú otro á descubrir la participacion que yo he tenido en la desaparicion de su hija, podeis comprender que no he de quedar muy bien parado.

—Y mi proteccion entonces ¿de qué sirve?

—No basta á veces la voluntad.

—No te comprendo, y bien sabes que me agradan las situaciones bien despejadas, ¿acaso estás arrepentido de servirme? ¿has mudado de opinion ya?—dijo la dama con acento un tanto severo.

—No tengo por costumbre cambiar tan fácilmente, señora; no he hecho más que advertiros de la situacion en que nos hallamos, ó mejor dicho en que yo me hallo, rogándoos que la mediteis con calma y que trateis de sacar pronto de aquí á esta jóven, que francamente, no creo que pueda en realidad serviros para satisfacer vuestra venganza.

—En cuanto á lo primero, es decir, en cuanto á tí pueda referirse, no debes pasar cuidado alguno, puesto que yo velo por tí, y desgraciado del que se atreviera á causarte el menor daño; respecto á lo segundo, ya es distinto y no puedo comprender, vuelvo á decirte, todo ese afan que pareces mostrar hoy, para hacerme que desista de lo mismo que tú me estuviste incitando á hacer, porque al hablarme de lo legítima que

era mi venganza, realmente me incitabas á que la llevase á cabo, y de tal manera has conseguido despertar mi rencor, que yo te juro que el conde de Lazan ha de guardar eterna memoria mia.

—Pero bien, señora, ¿qué objeto os proponeis con tener guardada á esa jóven?

—El de vengarme.

—¿De qué modo?

—Ya lo verás, porque en esa venganza se encierran á la par otras dos.

—¿Otras dos?

—Sí, Giacomo; todo el mundo dice que yo soy omnipotente en la córte; que el favor de que disfruto es tal, que nada se me resiste, y sin embargo, un hombre me ha hecho traicion, una mujer me ha insultado y otra se ha burlado de mí.

El acento con que pronunció estas frases doña Catalina, no pudo menos de hacer estremecer á Giacomo.

Habia en él una amenaza tal, que el perfumista fijó sus ojos en la dama con una expresion que ésta debió comprender, porque dijo:

—¿Encuentras sin duda extraño mi acento? ¿Te sorprendes de que una mujer pueda abrigar tanto odio en su corazon, no es verdad? Eso debe probarte lo grande de la ofensa que todos ellos me han inferido.

—Así lo creo, pero lo que no concibo es cómo las personas á quienes os referís han podido cometer una falta tan grave.

—Todas confiaban en mi indulgencia, todas estaban abusando de mi bondad, y todas creyeron que del mismo modo que les habia perdonado unas injurias, perdonaria las demás.

—¿Y puede saberse, sin temor de ser indiscreto, quiénes son esas personas que tan mal están con su propia tranquilidad?

—¿Por qué no? Nadie mejor que tú sabe todo cuanto yo hice por Gil Perez.

—¿Y os ha engañado acaso?

—Sí, de un modo inícuo, como yo no podia esperar, como no era posible que pudiese creerme jamás.

—¿Es decir que ha roto toda clase de relaciones con vos?

—Sí—contestó con voz sorda doña Catalina.

Zarini no pudo menos de contemplar durante algunos segundos el contraido semblante de la dama, y como si respondiera á su propio pensamiento, hijo tal vez del conocimiento que habia adquirido en aquella muda observacion, murmuró:

—¡Pobre Gil Perez!

—¡Oh! sí—exclamó doña Catalina, que escuchó la frase de su interlocutor y comprendió su verdadero sentido;—¡pobre de él! porque te aseguro que seré implacable.

—¿Y en qué se relaciona Gil Perez con la venganza que tratais de tomar de doña María?

—Nada, no es á él á quien me refiero, es á don Luis de Guevara.

—¡A don Luis!

—A don Luis.

—De ese más que de nadie quiero vengarme.

El arranque con que la dama pronunció estas palabras, la expresion de salvaje energía que les dió fué tal, que Zarini se levantó de su asiento, diciendo:

—Pero señora, ¿estais en vos?

—¿Qué quiere decir eso?—exclamó doña Catalina entre sorprendida é irritada.

—Quise decir—contestó Giacomo tratando de disimular—que me extraña vuestro odio hoy, cuando tanto le amabais ayer.

—Pues, por esa misma razon que le amaba, le aborrezco ahora. Todo cuanto es, todo cuanto fué, lo debe á mí; mi amor sirvióle para crecerse, para elevarse, para alcanzar una posicion cual nunca debió esperar, y sin embargo, ese miserable burló primero mi amor amando á la hija del conde de Lazan,

al mismo tiempo que á doña Isabel de Zúñiga; y finalmente, para hacer más violenta su escena, no ha mucho que se entregaba al amor indigno de una miserable bordadora, á la cual yo misma habia dado de comer muchas veces.

—¡Jesús! ¿así obró don Luis?

—Así; pero mi venganza ha dado ya comienzo, y ninguno de ellos puede escapar.

—¿Y no os valiera más, señora, dar al olvido á los que os ofenden?

—¿Cómo has dicho?

—Dar al olvido á los que os ofenden, ¿acaso con vuestra venganza vais á devolver á vuestro corazon la perdida tranquilidad y ventura?

—Sí.

—Jamás he visto que se adquiera por semejantes medios.

—¡Giacomo!

—Señora, los que así faltan y así olvidan favores recibidos, solo merecen desprecio.

—No.

—Cuanto más trateis de vengaros, mayor importancia les dais.

—¿Es decir que tú quieres que sigan burlándose de mí?

—Líbreme el cielo de tal idea, mas lo que os digo es únicamente por vuestro bien.

—Es un bien que no comprendo, y por lo tanto puedes abstenerte de hablarme más en este sentido.

—La confianza que me dísteis, prestóme atrevimiento para ello.

—Lo mismo don Luis, que las mujeres á quienes ama, que los amigos que le protegen, y que tal vez le han incitado á que así me engañe, todos ellos han de sentir el peso de mi cólera.

De nuevo volvió á estremecerse el perfumista.

El acento con que doña Catalina pronunció las frases an-

teriores vibraba con tal expresion de odio y de venganza, que se comprendia realmente que no habia de retroceder por nada ni por nadie para conseguir la realizacion de sus planes.

A pesar de que él mismo, como habia dicho muy bien doña Catalina, habia contribuido eficaz y poderosamente á despertar los vengativos instintos de la dama, obedeciendo tal vez á interesadas miras, es lo cierto que al escucharla, que al comprender todo lo que habia de amenazador en su acento y el extremo á que podia conducirla aquel irreflexivo afan de venganza, no pudo ménos de temer las consecuencias que de ella podrian resultar.

Unicamente en aquellos momentos en que su mirada penetró, por decirlo así, en el corazon de doña Catalina, fué cuando conoció todo lo de friamente perverso que en él habia, y quizás en lo íntimo de su conciencia se arrepintió de haber impulsado á la dama en una pendiente en la cual él mismo podria resbalar.

Intentó templar su enojo, aun cuando sin oponerse abiertamente á sus proyectos; pero doña Catalina era tenaz en sus propósitos, habia concebido su plan y caminaba derecho á su realizacion sin que consideracion ni temor aiguno pudieran hacerla desistir de él.

CAPÍTULO LX.

Donde volvemos á encontrarnos de nuevo con el desconocido enemigo de don Luis.

Precisamente el mismo dia en que doña Catalina, segun acabamos de ver, estuvo en casa de Giacomo, habíale ocurrido momentos antes un incidente que llamó su atencion y que fué realmente lo que hubo de decidirla á ir en busca del perfumista.

Este incidente fué una carta que recibió, en la cual se la decia lo siguiente:

«Señora, un amigo vuestro, puesto que vos sois enemiga de don Luis de Guevara, se dirige á vos para ofreceros su ayuda, ayuda que no es de despreciar puesto que se trata de un hombre que como vos aborrece y que como vos está dispuesto á agotar todos los medios para conseguir su objeto.

»Nada de cuanto habeis hecho desconozco y, creedme, señora, si como enemigo soy poderosamente terrible, como amigo no tengo precio.

»Un solo detalle bastará para convenceros, tanto de lo que respecto á vos sé, cuanto de lo que puede serviros el que tiene la honra de dirigiros estas letras.

»Estuvísteis no hace muchos dias en casa de don Luis y encontrásteis á su cabecera una mujer que arrogándose derechos que á vos no debieron gustar gran cosa, os irritó con tanto más motivo, cuanto que no hallábais medio para tomar venganza cumplida de aquella mujer.

»Yo, obrando por vos, he preparado vuestra venganza cual vos misma no podíais esperar.

»En estos momentos el padre de don Luis conoce ya su estado, y una vez conocido podeis estar segura de que en estos momentos se encuentra ya en camino para Madrid, y su llegada os presta ancho campo para vengaros de la mujer que os ha ofendido.

»Por este detalle podeis comprender si os conozco y si os puedo servir.

»Esta noche, despues de las ánimas, tendré la honra de pasar á veros. Entretanto, y si lo juzgais conveniente, podeis tomar informes acerca del capitan, vuestro humilde servidor

Martin de Rocamora.»

La lectura de esta carta produjo en doña Catalina sensaciones distintas, sobre las que predominó desde luego la de utilizar á aquel hombre que tan precisos datos le daba, y que demostraba desde luego grandes disposiciones para secundar sus propósitos.

Pero antes de todo y puesto que él mismo se lo indicaba, pensó tomar informes respecto á él.

Porque verdaderamente era un tanto aventurado lanzarse sin preparacion alguna á depositar su confianza en un desconocido.

Porque el paso era sumamente aventurado, y aun cuando

aquel individuo parecia hallarse muy bien enterado respecto á su situacion particular, era preciso andar con piés de plomo.

Ninguno le pareció mejor para darle los informes que ella necesitaba que el perfumista, y en su consecuencia, se dirigió á su casa.

La circunstancia de haberse enredado en otra conversacion, como ya hemos tenido ocasion de ver, y el disgusto que la produjeron las observaciones que aquel le hizo, fueron causa de que entre el enojo y el nuevo órden de ideas que en ella despertaron las palabras de Zarini, se olvidó de lo principal, y regresó á su casa sin haber podido saber quién era aquel extraño capitan que á ella se habia dirigido.

Y llegó la noche, y el marqués del Alcázar, su viejo amante, abandonó sus habitaciones, y poco despues del toque de ánimas, uno de los criados de la dama, entró en el aposento anunciando á su señora la llegada del capitan don Martin de Rocamora.

Llena de curiosidad la dama, apresuróse á hacer que le franqueasen la entrada en sus habitaciones.

La fisonomía del individuo á quien nuestros lectores han visto como simple particular en la calle la noche en que fué herido don Luis, como mercader flamenco en casa del conde de Lazan y con otros disfraces en diversos puntos, habia sufrido otro cambio notable para presentarse en casa de doña Catalina.

Largos mostachos, surcada la mejilla derecha por una profunda cicatriz y mirada descarada y provocativa, tales eran los detalles más esenciales de aquel rostro, que al ser visto por la dama, no fué dueña de dominar cierta impresion de terror.

—Señora—dijo el desconocido, y así debemos calificarle puesto que el nombre y el empleo con que se habia anunciado á doña Catalina eran tan mentidos como el de mercader

flamenco bajo el cual se presentó al conde de Lazan—dispensadme si me atreví á molestaros.

—Nada de eso—repuso doña Catalina con afabilidad, indicando á su interlocutor una silla para que tomase asiento.—No teneis que pedirme perdon alguno, puesto que debísteis comprender estábais perdonado desde el momento en que os franqueaba la entrada de mi casa.

—Pues siendo así, debo suponer que mis servicios deben estar aceptados.

—Todavía no.

—Permitidme que me sorprenda en ese caso.

—No hay lugar para sorpresa alguna, toda vez que yo necesito saber las condiciones con las cuales me prestais vuestra ayuda.

—¡Oh! señora! ¿por qué hablar ahora de eso?

—Porque precisamente es lo primero que debemos hablar.

—Pues aun á riesgo de disgustaros, debo deciros que es lo último en que habria pensado.

—Vos direis lo que mejor os plazca; pero yo haré lo que mejor me convenga.

—Como gusteis.

—Conque, vamos á ver: ¿con qué condiciones venís á mi servicio?

—Imponedlas vos misma.

—Necesito tambien saber en lo que me podeis servir.

—En cuanto vos querais.

—Muy lato es eso.

—Pues toda esa latitud abrazan mis servicios.

—¿Y si yo no necesitara tantos?

—Bien sabeis que los necesitais.

—¿Yo?

—Sí, vos, señora.

Y el desconocido fijó una mirada audaz en la dama.

Ésta sostuvo con firmeza esta mirada, y dijo despues:

—Paréceme que sabeis demasiado, señor don Martin.

—Cuando me conozcais mejor, lo podreis apreciar más.

—Empiezo á tener deseos de ello.

—Ponedlo á prueba.

—¿De qué modo?

—Muy sencillo, preguntándome cualquier incidente de vuestra vida pasada.

—¿Tanto la conoceis?

—Desde que enviudásteis y vinísteis á Madrid.

—¿Y antes?

—Alguna cosa tambien.

—Perfectamente: ¿es decir que habeis procurado pertrecharos para venir á verme?

—Todo ello por serviros únicamente, señora.

—Muchas gracias.

—No las merezco, porque precisamente al serviros voy á servirme yo tambien.

—¡Hola!

—¿Qué quereis? Natural es que uno trabaje para sí.

—¿Y vos quién sois, don Martin?—preguntó doña Catalina mirando fijamente á su interlocutor.

—Ya os lo he dicho en mi carta; un capitan.....

—¿De los ejércitos del rey nuestro señor, ó de aventuras?

—De lo que más os convenga.

—¿Vuestro pasado?....

—Es tan oscuro como el vuestro.

—Mucho decir es.

—Si interrogais á vuestra conciencia comprendereis que tengo razon.

—¿Y vuestro presente?

—La venganza.

—¡La venganza!

—Lo mismo que vos.

—Es que yo tengo motivos.....

—Yo tambien.

—Y vuestra venganza no puede ser idéntica á la mia.

—Pues lo es.

—¿Y se refiere?....

—Á don Luis de Guevara, lo mismo que la vuestra.

CAPÍTULO LXI.

El desconocido llega á imponerse á doña Catalina.

La dama se quedó mirando al desconocido.

—Os repito—dijo éste—que el objetivo de mi venganza es don Luis, lo mismo que os sucede á vos.

—¿Y por qué le odiais?

—¿Por qué le odiais vos?

A esta pregunta, digámoslo así, tan natural, no pudo ménos de quedarse doña Catalina suspensa durante algunos segundos.

La mirada que el desconocido fijaba en ella la turbaba de un modo extraordinario, y por primera vez aquella mujer, acostumbrada á dominar á todo el mundo, hallábase dominada á su vez, ó por lo ménos hallábase muy expuesta á estarlo.

Cuando pudo vencer aquella especie de turbacion, dijo:

—Le odio porque me ha engañado.

—Os ha engañado amando á otras mujeres; pero vos no

habeis tenido en cuenta, señora, que en la situacion en que os hallais, él era verdaderamente el engañado.

—¡Cómo!

—Muy sencillo; ¿no compartíais vuestro cariño entre don Luis y el señor marqués del Alcázar? Pues si vos dabais el ejemplo de semejante dualidad de amor, ¿por qué os extrañais que hiciese don Luis una cosa parecida?

La observacion era justa, y esta justicia precisamente fué lo que irritó á doña Catalina, quien dijo:

—¿Sabeis, señor don Martin, que es un tanto impertinente vuestra observacion?

—Será todo lo que querais, pero es verdadera, señora.

—¿Y si yo os dijese que á pesar de toda esa verdad, no quiero, ni puedo consentir que de ese modo se me engañe?

—Eso ya es distinto; mas tambien debo añadiros, que no sé cómo llevaria el señor marqués del Alcázar ese deseo de venganza, si llegase á conocer las causas de él.

—El marqués del Alcázar no tiene que ver nada conmigo en este asunto, y deseo que no mezcleis más ese título en la conversacion que estamos sosteniendo.

—Como gusteis.

—Don Luis me ha engañado, y tengo necesidad, no solamente de vengarme de él, sino de cuantas personas hayan contribuido directa ó indirectamente á ayudarle en ese engaño.

—Ya veis como yo os he ayudado.

—Hablemos con claridad, caballero, porque francamente no deja de parecerme muy extraño que os hayais dirigido á mí cuando vos por lo visto contabais con medios propios, digámoslo así, para llevar adelante vuestro plan.

—Poco á mi juicio tiene que adivinar eso, señora; dos venganzas reunidas tienen más probabilidades de éxito que no una, y por lo tanto, lógico era que tratase de unirme á vos.

—¿Pero quién os dijo ó cómo supisteis lo que yo intentaba?

—Desengañáos, señora; para que una cosa no se sepa, no hay más que un remedio.

—¿Cuál?

—No hacerla.

—Pero alguien os habrá dicho..... alguno tal vez de los que me han servido.....

—No os molesteis, señora, en averiguar quién me ha dicho ó cómo he sabido lo que á vos se refiere, la cuestion es que lo sé y como lo que sé, me sirve, vengo á vos á fin de que nos unamos.

—¿Y si yo no quisiera?

—El mal seria para vos.

—¡Para mí!

—Ya lo creo, como que perderiais un aliado que os puede servir de mucho.

—Observo que no es la modestia vuestro fuerte.

—Jamás presumí de modesto, señora, porque aquello de que no tengo seguridad me lo callo y únicamente hablo de lo que estoy resuelto á hacer porque cuento ya con los medios para ello.

—¿Y tendreis la bondad de decirme, señor don Martin, cuál es la causa de vuestra venganza respecto á don Luis y hasta qué extremo tratais de llevarla?

—Mi venganza, y permitidme que así os lo diga, señora, obedece á razones más elevadas que la vuestra; en mi venganza hay algo más que el amor propio ofendido, va envuelta en ella una de esas formidables historias de sangre que no pueden satisfacerse mientras quede con vida uno de los individuos de las dos familias enemigas, y por lo tanto, podeis comprender que el extremo donde yo he de llegar es el último á que puede llegarse, es á la muerte de don Luis; pero no la muerte que vos habeis tratado de darle por medio de un solo

golpe y de un solo dolor, la muerte que yo quiero es primero la del alma, la de la honra, la de la estimacion, y la del cuerpo la última de todas.

Tal fué el acento del extraño personaje que hablaba con doña Catalina, tan frio y amenazador fué su lenguaje y tanta crueldad habia en él que la dama se estremeció.

El desconocido que la contemplaba fijamente y cuya mirada parecia perderse en las misteriosas profundidades del corazon de su interlocutora, debió sorprender aquel estremecimiento porque sonriéndose irónicamente, dijo:

—Parece que os han hecho efecto mis palabras, señora.

—Observo que os la dais de adivino ó pretendeis serlo, por lo menos.

—Generalmente, cuando yo tengo una pretension, es porque no se halla lejos la certeza; y en este caso debo deciros que la certeza existe, y que por consecuencia de ella vos en estos momentos estais arrepentida de haberme escuchado, y de haberme dejado conocer vuestros designios.

—¿Y qué diríais si así fuera?

—No os diria más, sino que yo he venido aquí en la seguridad de contar con vuestro apoyo, y que ese apoyo no puede faltarme.

—Mucho asegurar es eso.

—Ya veis si sabré lo que digo.

—Y yo á mi vez, ya que así me provocais, debo aseguraros que llevar la venganza al extremo que vos quereis no lo haré nunca.

—Ya lo pensareis mejor, y conocereis que no os queda más recurso que aceptarme por compañero.

—Es sobrado atrevimiento el vuestro.

—No es más ni ménos que el atrevimiento de una persona que sabe muy bien á lo que se compromete.

—Pues señor mio, con todo vuestro atrevimiento, con todo ese aire de superioridad de que parece tratais de revesti-

ros, y con el cual sin duda os habeis propuesto imponerme, debo deciros que no me agradan vuestros propósitos, y que así como hasta ahora me pasé sin vos, espero pasarme en lo sucesivo.

Y doña Catalina fijó una mirada de triunfo en el semblante de su interlocutor, satisfecha sin duda de la prueba de energía que acababa de dar.

Pero el desconocido la contemplaba sonriéndose.

—¿Lo habeis pensado bien, señora?—la dijo con intencionado acento.

—Yo pienso muy bien las cosas antes de decirlas.

—Pues me parece que en este caso habeis obrado muy de ligero.

—¿Tendreis tambien la pretension de darme lecciones?

—¿Y por qué no?

Y la mirada con que acompañó el desconocido sus palabras estaba tan llena de superioridad, de firmeza y de orgullo al mismo tiempo, que doña Catalina no tuvo otro remedio que bajar la suya.

Sin embargo quiso luchar, y dijo:

—¿Pero es que tratais á la fuerza de imponerme vuestra amistad?

—Tarde lo habeis comprendido.

—¿Con que es verdad? ¿Con que quereis imponeros por medio de la fuerza?

—Señora, ó yo no sé explicarme, ó sois vos muy inocente, ó no entendeis nada en asuntos de esta especie.

—Vuelvo á repetiros lo que antes os dije, pecais por sobra de atrevido, y tentaciones me están dando de haceros pagar un poco caro vuestro atrevimiento.

—Pues procurad dominar esas tentaciones, porque de no, fácil fuera que yo tambien tuviere otras, y podeis estar segura de que las mias habian de haceros bastante daño.

—¿En qué sentido?

—Señora, nos estamos desviando del objeto principal, y francamente esto de perder el tiempo, para quien está acostumbrado á utilizarle, es bastante triste.

—Pero, bien, ¿cuál es vuestro objeto?

—Muy sencillo, ayudaros y que me ayudeis.

—Es decir que me necesitais, es decir que ese tan decantado poder de que habeis estado hablándome, queda reducido liso y llanamente á una demanda de apoyo, que no sé si me será conveniente concederos.

—Veo, señora, que teneis el don de las equivocaciones, y lo siento, porque verdaderamente me es simpático vuestro carácter; pero divagais de una manera tan extraña, juzgais los hechos y las personas de una manera tan rara, que realmente inspira lástima ver que tan bellas disposiciones estén tan mal dirigidas. Os necesito, no os lo niego; pero en cambio vos me necesitais mucho más.

—¿Que yo os necesito? No lo comprendo.

—Figuráos por un momento, y os ruego que esto no lo tomeis más que en el sentido de una suposicion, que un dia me pasa por la cabeza decirle al marqués del Alcázar algo respecto no solo de vuestros amorosos devaneos, sino tambien del uso que habeis hecho de su influencia y de sus relaciones. ¿Qué creeis que haria el marqués?

Doña Catalina se estremeció.

Aquella suposicion era verdaderamente terrible.

En el tiempo que llevaba hablando con el desconocido, no habia caido en que éste pudiera imponérsele de tal modo, que llegase á ser una contínua amenaza para ella.

Sus últimas palabras no la dejaron duda alguna.

Comprendió que aquel hombre iba resuelto á todo, y que ó necesitaba romper abiertamente inutilizándole por completo, ó debia transigir con sus exigencias.

El primer medio parecióle más aceptable, y en consecuencia dijo:

—Pues figuraos, á vuestra vez, ya que en este terreno nos hemos puesto, que yo no creo prudente condescender á vuestros deseos, y que una vez conocido vuestro propósito, procuro inutilizaros no dejándoos que salgais de esta casa. ¿Qué diriais entonces?

—No diria más—repuso el desconocido sin alterarse en lo más mínimo—sino que vos no comprendiais vuestros propios intereses. En primer lugar, porque irritado yo con semejante proceder, haria alguna revelacion al marqués, que no habia de agradaros mucho, y en segundo, porque perderiais un auxiliar que puede serviros de gran cosa. Ya veis como desconoceis por entero vuestra situacion y vuestros intereses.

Doña Catalina comprendió que tenia razon, pero como que ignoraba las exigencias que podria tener, como que no sabia en realidad dónde iba á parar aquel hombre, le dijo:

—Y en el caso de que yo, armonizando mis intereses con mi decoro, me aliara con vos, ¿de qué manera podriais servirme? y ¿de qué modo podria yo serviros?

—Muy sencillamente: yo no necesito de vos más que la impunidad, si así me puedo explicar, para los actos que realice, en mi servicio.

—¿Y tan desinteresado sois que vais a ocuparos en mi servicio única y exclusivamente por el placer de hacerlo?

—Ya os dije antes, que á la par que á vengaros de don Luis, voy á vengarme yo tambien.

—¿Y empezasteis ya?

—Desde luego, y puedo aseguraros que va mi venganza por mejor camino que la vuestra.

—Sepamos.

—Vos habeis recibido de don Luis desdenes que os han llegado al alma, le habeis hecho favores que creísteis le tendrian perpétuamente ligado á vos, habeis sido insultada por una mujerzuela, que colocada junto al lecho del caballero desleal ha creido que era patrimonio suyo aquella casa y aquel

hombre, habeis salido del aposento donde entrasteis arrepentida tal vez de lo que habiais hecho, sin saber qué partido tomar para castigar el desamor del uno y vengar la injuria de la otra.

—¿Y vos podeis darme todo eso?—preguntó doña Catalina con voz anhelante.

—Dentro de poco lo tendreis.

—¿Cómo?

—El padre de don Luis llegará de un momento á otro.

—¿Quién le ha enviado á buscar?

—Yo, pero en nombre vuestro.

—¿En nombre mio?

—Tenia la seguridad de que al fin acabaríamos por entendernos, y no vacilé en ganar tiempo.

—¿Y qué ha de hacer el padre de don Luis?

—Antes que ir á ver á su hijo vendrá á veros, y me parece que sabeis ya demasiado para que deba daros lecciones respecto á lo que habeis de decirle á fin de ganar su confianza, y que sea él quien realmente se encargue de vengaros de Paca.

—Pues en ese caso, ¿para qué necesitais, como decís, mi proteccion?

—Para cuando llegue un caso, como llegará, en el cual se requieran ciertas medidas extremas.

Puede comprenderse perfectamente, que dadas las condiciones en que ambos personajes se hallaban, no tardarian mucho en llegar á un completo acuerdo.

El desconocido salia poco despues de casa de doña Catalina, conforme en otra ocasion le vimos salir de casa del conde de Lazan, demostrando en su semblante todo lo innoble del gozo que sentia.

CAPÍTULO LXII.

Donde el marqués Adelfi encuentra lo que no podia esperar.

Mientras tenian lugar los sucesos que acabamos de relatar á nuestros lectores, Concha y Dolores, hechas dos brazos de mar, como dice nuestro buen pueblo, habian ido á ver á su amiga Paca, la cual, como ya sabemos, estaba cuidando á su don Luis, convaleciente aun de la grave herida que, como ya hemos dicho, recibiera.

Caminaban nuestras dos majas distraidas y sin cuidarse ni en poco ni en mucho de los chicoleos y requiebros de los transeuntes, cuando al atravesar una calle se hallaron sorprendidas por la no muy agradable presencia del marqués de Adelfi.

Por un movimiento instintivo, Dolores aceleró su marcha tomando al mismo tiempo el brazo de Concha, la cual, desconocedora del móvil que obligaba á Dolores á acelerar su paso, la dijo de esta suerte:

—No corras, no tenemos prisa.

—Mira—dijo Dolores.

Y más bien con la vista que con la accion, señaló al marqués, que habiéndola visto ya, aceleraba tambien su paso dirigiéndose al encuentro de aquel par de buenas mozas.

Ni los vestidos que en aquella época se usaban, ni la debilidad propia del sexo femenino, permitia á las que del marqués se escapaban, poner entre ellas y éste la distancia que hubieran deseado, antes por el contrario, el libertino marqués se acercaba cada vez más, logrando por fin alcanzarlas.

—¡Alto, alto ahí!—dijo.

Y con su accion, es decir, extendiendo los brazos, paró á Dolores y Concha.

—¿Qué hay, y qué se le ofrece?—dijo ésta, mirando provocativamente al marqués—es de dia—añadió—y á la luz del sol y en mitad de una calle, ni vos podeis intimidarnos, ni nosotras temer de vos; dejadnos, pues, seguir nuestro camino.

—Una palabra, Dolores—dijo el marqués, sin contestar á Concha.

—¡Vos aquí!—exclamó Dolores.

—Yo aquí—contestó el marqués—y tan enamorado y rendido como siempre. Comprendo—continuó diciendo—que el verme os haya costado sorpresa, pues en efecto, es sorprendente ver en Madrid á quien de Madrid fué desterrado, cuando ménos lo esperaba. Despues que fuí preso por los walonas, recibí la órden de salir de Madrid y de trasladarme á Guadalajara; pero el rey don Cárlos III, ve ya próximo su fin; pronto el príncipe de Asturias será rey, y el poder de Floridablanca y de vuestro don Luis por tanto, se habrá disipado como el humo. Soy, pues, libre—continuó diciendo—y de esta vez juro á Dios que os he de poseer.

—¡Jamás!—contestó Dolores.

—Muy pronto—exclamó el marqués.

Y en sus ojos ardió una llamarada, mezcla de ira y de deseo.

—Deja al señor—dijo Concha—porque á palabras necias, oidos sordos, y nada más necio que el orgullo de estos señores que, infatuados con sus riquezas, piensan que todo se les debe de derecho. Aquí, señor mio—continuó diciendo—no estamos en Italia; aquí somos españoles, y si los italianos, si Esquilache y Grimaldi han podido privar con los reyes, en cambio no han privado con el pueblo, y nosotras, bien lo veis, somos hijas del pueblo, de ese pobre pueblo que, vosotros, los extranjeros, habeis empobrecido y al cual no le habeis dejado más que su honra, quizás porque ésta no tiene valor para vosotros.

Concha, como diríamos hoy, hablando el lenguaje técnico, no se *achicaba* ante el marqués. Concha, personificacion de aquel revoltoso y avieso pueblo bajo, que produjo el motin contra Esquilache, no se intimidaba jamás, y burlona unas veces y bravía otras, nunca el temor la dominaba hasta perder su carácter.

El pueblo español es quizás de todos los pueblos el más indomable, debiendo esta cualidad característica á su energía y á su constancia.

El gran capitan del siglo, el héroe de Italia, de Egipto y Austria, no pudo vencer *el no importa* de los españoles, y sin embargo, la España de Godoy no era ni con mucho, tan bravía y altiva como la de su antecesor Cárlos III.

Los chisperos y manolas de Lavapiés y las Vistillas, del Rastro y el Mundo Nuevo han ido poco á poco perdiendo su carácter, y los que cuando don Ramon de la Cruz y Goya pintaban, el uno en sus sainetes y el otro en sus tapices, valian como ciento, valieron mucho ménos despues, y hoy dia apenas si valen algo, habiendo perdido su carácter especial, su modo particular de ser, que tanto valor les daba.

Concha, como ya hemos dicho, era uno de esos tipos fie-

ros y sin mezcla, una de esas manolas de rompe y rasga, cuya vida aventurera, pero honrada, haciéndolas perder todo miedo, las convertia en inexpugnables castillos de virtud, solo asequibles por el amor y el halago. Amante de un torero, habia llegado por razon de afinidad, á no temer ni aun la muerte, siendo la antítesis y contra-posicion, en cuanto á carácter, de su amiga y compañera Dolores.

Ésta al ver al marqués se habia sorprendido; Concha indignado. Dolores, dulce, tímida, pero honrada, teniendo como tenia una gran virtud, hubiera muerto antes que ser deshonrada por el marqués, al cual, sin embargo, no hubiera nunca injuriado.

Si se nos permite la frase, Dolores, resistente como la piedra, no tenia como ésta, fuerza activa: podia ser labrada, pero no labrar; resistir la acometida ajena, pero no acometer; mientras que Concha, por el contrario, alma elástica, al ser víctima de una accion, desarrollaba en sí, aun contra su voluntad, una reaccion igual y contraria á la presion recibida.

Ante estas dos majas, pues, dulce y tímida la una, enérgica y brava la otra, aunque ambas igualmente honradas, se encontraba, como ya hemos dicho, el libertino marqués Adelfi, el cual procurando desentenderse de la más temible de sus enemigas, se dirigió nuevamente á Dolores, exclamando:

—Un momento no más, un momento, Dolores, porque estoy desesperado y soy capaz de todo, aun contra mi voluntad, contra todos mis deseos; mi corazon no es mio sino vuestro, y mi vida, que arrastro entre lágrimas y desdenes, es un contínuo martirio. Condenado al eterno suplicio de desear inútilmente, mi vida es un purgatorio.

—¡Jesús, María y José!—dijo Concha, riendo alegremente y en tono de completa befa.—Vamos, Dolores, vamos, y mandaremos decir unas cuantas misas para que el señor salga depurgatorio, donde de seguro si está él, no deben estar las ánil

mas benditas. Yo creo que el señor, más que en el purgatorio, debe estar en el infierno, á juzgar, no solo por sus hechos, sino por su cara de condenado.

—Condenado á desear sin poseer, condenado á vivir muriendo eternamente y lleno de desesperacion y de celos—dijo el marqués, dirigiéndose á Dolores.—Pero yo no puedo vivir así—continuó—yo no puedo vivir martirizado incesantemente por vuestro desden, y cuésteme lo que me cueste, os juro que sereis mia. Mucho tiempo hace que os sigo, mucho que sufro, mucho que os amo, y mis sufrimientos es preciso que tengan término y mi amor correspondencia.

—Voy á contestaros por última vez; amo, marqués, y soy amada—dijo Dolores, reflejando en su mirada todo el fuego de su pasion, todo el amor de su alma.

Como esos metéoros que deslumbradores y brillantes vemos atravesar en las noches de estío la azulada y serena bóveda celeste, la pasion de Dolores brilló un momento en sus ojos al decir las anteriores palabras, palabras que despertaron en el malvado corazon del marqués Adelfi, todo un infierno de ira, de odio y de rencores.

—¿Quién detiene el rayo cuando dos nubes se chocan? Os ví y os amé—dijo el marqués, con más rabia que ternura.—La piedra que se desprende de las enhiestas rocas, rueda hasta el fondo del abismo, y rueda fatalmente aumentando en velocidad sin que nada ni nadie logre detenerla, y yo soy esa piedra que desprendida rueda, y rueda fatalmente sin que pueda detenerme ni pararme nada. Á dónde voy no me importa; ¿qué obstáculos tengo que vencer? ¿qué precipicios habré de atravesar? sean los que quieran, no pienso en ellos ni puedo pararme ante los obstáculos, porque la pasion me arrastra, porque estoy loco, y aun sabiendo que el precipicio me espera, corro á estrellarme en él. Amadme, sed mia, y dadme vuestro amor por Dios.

—Perdon por Dios, hermano, que aquí no damos limos-

na—dijo Concha agarrando el brazo de Dolores é intentando continuar su marcha.

—No, no—dijo el marqués extendiendo los brazos y deteniendo así á las dos majas—no, calláos—dijo dirigiéndose á Concha—y oidme, vos, Dolores, aun cuando sea por última vez. Os amo, sufro y todavía vos exacerbais mis sufrimientos. « Amo y soy amada,» me decís, y vuestros ojos brillan al decir vuestros labios la pasion que vuestra alma alberga; ¡cuánto quereis á Vicente! ¡Oh! ¡cuánto le quereis! y ¡cuánto daria yo porque me amarais de ese modo!

—Imposible, marqués; no tengo más que un corazon, y todo él es de Vicente; yo os compadezco; yo, á pesar de lo que me habeis hecho sufrir, á pesar de vuestras infamias, á pesar de los lazos que me habeis tendido no os odio ni puedo odiaros, ¿qué más quereis que haga? sino mi cariño, os doy mi compasion. Dejadme, pues.

—No puedo, no puedo, Dolores—dijo el marqués, y un suspiro se escapó de sus labios, porque el amor hasta en el alma de los malvados es causa de dulces y tiernos sentimientos.—Yo ardo—continuó diciendo, siendo interrumpido por Concha, que exclamó en son de burla:

—¡Agua! agua aquí para apagar el incendio del señor: ¡hombre! ¿quereis dejarnos en paz? ni que fuerais lego de San Francisco, que todo se le vuelve pedir para el convento.

—Pobre porfiado...—dijo el marqués.

—Saca mendrugo—interrumpió Concha—pero no dice el refran si el mendrugo que saca es blando ó duro, y vos, señor marqués, me parece á mí que vais á sacar de todo esto algo que sea muy duro. Pues podia ser la hija de mi madre la que tuviera que aguantaros, que entonces ibais á ver lo que era bueno. Vaya, dejadnos en paz, si no quereis que una manola os enseñe á lo que saben sus manos.

—¡Concha!—exclamó Dolores, deteniendo la hostil accion de su amiga.

—Calla tú y no seas tonta, y ya que tú eres demasiado buena, déjame que te espante las moscas, ó por mejor decir, los moscones; y no lo digo por vos—contestó Concha, señalando, al decir las últimas palabras, al marqués—tú por lo buena que eres debieras llamarte confitura; pero, hija, hazte de miel y te comerán las moscas, sobre todo con estos usías lechuguinos. Vamos, quitad de enmedio y llamad á la otra puerta, porque ésta está cerrada.

—No para todo el mundo, pues, ¡vive Dios! que yo sé, ya que hablais de puertas, que la de vuestra casa está siempre abierta por vos para Joselito y franca para Vicente amante de esta señora, á todas horas del dia y de la noche.

—¡Marqués! ¡marqués!—dijo Dolores—y sus mejillas se colorearon por el rubor, y sus ojos brillaron indignados—eso es infame, marqués, eso es infame; la honra que no podeis manchar con vuestros impuros amores, la manchais con vuestras aun más impuras y criminales palabras. Ni Concha ni yo tenemos amante, y eso harto vos lo sabeis.

—Y aunque lo tuviéramos ¿qué?—dijo Concha interrumpiendo.—Aunque tuviéramos amante ¿qué os importa á vos? ni ¿con qué derecho os meteis en nuestras acciones? ¡Ea! á paseo.

Y tomando el brazo de Dolores, echó á andar resueltamente.

El marqués, por un movimiento instintivo, asió á Dolores por el vestido queriendo detenerla, y tan violenta fué la sacudida, tanta fuerza desplegó el marqués para detener á Dolores, que no solamente se detuvo ésta, sino que dió un paso atrás primero y despues, y vacilante otro viniendo á caer en los brazos del marqués, el cual trémulo, convulso, loco por su pasion y su lascivia, depositó un beso en los labios de la jóven.

Un «¡ah!» de indignacion exhalado por Dolores; un ¡«miserable!» iracundo, pronunciado por Concha y un tremendo em-

pujon dado por un hombre que rápido como el relámpago se lanzó sobre el marqués, fueron el resultado de aquel beso robado á la virtud por la lascivia, á la honradez por el libertinaje.

—Sin duda no habíais contado conmigo, señor marqués—dijo aquel brusco interlocutor del de Adelfi.

Y mientras el marqués se incorporaba y Dolores dirigia una mirada de gratitud á su inesperado salvador, Concha alegre y sonriente, le saludaba y acariciaba con sus ojos porque aquel inesperado salvador de Dolores, aquel brusco y rudo arrollador del marqués, era el corazon, el alma, el pensamiento de Concha, era en fin y en una palabra, el torero Joselito.

CAPITULO LXIII.

De cómo habia llegado Joselito tan oportunamente.

En el momento de terminar nuestro capítulo anterior, hemos visto aparecer á nuestro buen amigo el torero Joselito, poniendo fin con su brusca intervencion á las demasías del marqués Adelfi, y á los sustos y temores de las dos majas.

La oportuna aparicion de Joselito que, como vulgarmente se dice, vino como llovido del cielo, necesita una explicacion y nosotros vamos á dársela á nuestros lectores.

Joselito, aquella mañana, no teniendo cosa mejor en que ocuparse, se habia dedicado á inquirir noticias, y ávido de ellas, habia dirigido sus pasos á casa de don Ramon de la Cruz, ó sea don Ramon el sainetero, como le nombraban en Lavapiés, las Vistillas y el Campillo, campos por regla general de sus sainetes y de sus estudios.

Don Ramon de la Cruz Cano, el inmortal autor del «Manolo,» tragedia para hacer reir ó sainete para hacer llorar; de las

«Comedias de Maravillas,» de «Los hombres solos» y de otras cien joyas literarias, vivió más que humilde, pobre y hasta miserablemente en una de las más desvencijadas casas de la calle de Toledo, sin que su importancia ni su valor menguara á causa de su pobreza.

Simpático al pueblo bajo por sus obras y por su pobreza, era igualmente simpático para los altos y poderosos señores de la córte que admiraban su talento y estimaban su donaire; pudiendo decirse de él como de Goya que eran ambos no solo la personificacion, sino el espíritu de su época, la cual vive hoy para nosotros, más que por la historia, por los tapices y lienzos del pintor, y por las obras del sainetero.

Por razon de su popularidad, pues, por lo muy buscado y muy querido que era, don Ramon de la Cruz Cano á quien todo el mundo hablaba, á quien todos preguntaban y respondian, era una especie de *Correspondencia de España* viva, como diríamos hoy, centro de todas las noticias, pasadizo de todas las conversaciones, eco y eco chispeante y lleno de intencion y gracia de cuanto en Madrid se hacia, se decia ó se pensaba.

Supongamos una *Correspondencia de España* admirablemente escrita, llena de aticismo, de sátira, de gracejo, y desde luego podremos asegurar lo buscada y deseada que seria, y don Ramon de la Cruz Cano era esto que suponemos: un ejemplar vivo, pero único y por lo mismo de más valor y más buscado, de todos los cuentos, de todos los chismes, de todas las noticias, hechos, dichos, anécdotas y murmuraciones de la apicarada villa y córte de Madrid.

Por estas razones, pues, don Ramon de la Cruz que á todos conocia, que á todos trataba, que con todos, grandes y pequeños, era afable y cortés, era solicitado por todos, siendo esta misma la razon por la cual nuestro amigo Joselito, ávido de noticias, dirigió sus pasos á casa del popular sainetero, centro el mejor de ellas, y amigo particular de nuestro buen

torero, al cual dispensaba una marcada benevolencia y una franca simpatía.

—Dios te guarde, Joselito—díjole don Ramon afablemente cuando éste entró en su casa—¿qué tal y cómo van Concha, Dolores y nuestro buen amigo Vicente?

—Concha y Dolores bien—le contestó el torero—en cuanto á Vicente, el demonio me lleve si le veo, ni le oigo desde que don Luis fué herido. Y á propósito de don Luis, ¿teneis noticias de él?

—Las tengo y buenas—contestó don Ramon.—Su estado mejora, y ojalá que el estado de nuestro Estado estuviera como el de don Luis está.

—¿Con que segun eso, la cosa no marcha bien?

—¿Qué es bien? mal, muy mal—exclamó don Ramon.

—Decidme, decidme algo—repuso Joselito.

—Despues: vamos ahora á buscar á Vicente; en el camino podré contarte algo—dijo don Ramon.

Y tomando su capa, tan noble como los Osunas, pues sino Tellez de Giron, era la tal un giron puro, ambos se disponian á salir, cuando Goya y algunos otros amigos invadieron la no muy extensa habitacion del sainetero.

—Me doy la enhorabuena—dijo éste—al ver en mi casa tanto bueno: sentáos, señores, y decidme qué buen viento os trae. Aquí, don Francisco—añadió señalando al mismo tiempo á Goya una silla junto á la que él ocupaba.

—¿Qué tenemos de Godoy?—dijo Goya sentándose al lado de don Ramon.

—Parece ser que el rey ha tenido á bien desterrar al favorito de su régia nuera—contestó éste.

Antes de continuar ocupándonos de la conversacion tenida por nuestros personajes, debemos hacer una aclaracion histórica. El Godoy que Cárlos III se vió obligado á desterrar para evitar el escándalo de sus relaciones con María Luisa de Parma, esposa del entonces príncipe de Asturias y despues

rey de España con el nombre de Cárlos IV, fué don Luis Godoy, hermano del famoso príncipe de la Paz, que desde simple guardia de Corps llegó á serlo todo en España, merced á las liviandades de María Luisa y á la falta de dignidad del apático rey don Cárlos IV.

Por lo visto, María Luisa de Parma sentia un amor de familia, pues Luis primero y Manuel despues, fueron ambos amantes de la adúltera reina, tormento de su suegro Cárlos III y oprobio de su marido.

Sabido es que la reina María Luisa fué siempre, como princesa y como reina, hostil á Floridablanca, al cual eran muy adictos cuantos en casa de don Ramon de la Cruz se hallaban reunidos, razon por la cual se hablaba de ella con una libertad espantosa.

—¡Decidnos, decidnos lo que sepais!—dijo Goya.

—Cárlos III caza, el príncipe de Asturias imita á su padre, y por no ser menos, María Luisa anda tambien de caza, ó por mejor decir, á caza, aunque con desgracia por ahora, puesto que el rey le ha espantado la res, haciéndola perder el rastro —contestó don Ramon.

—Ella encontrará la pista—dijo uno de los caballeros que con Goya habian entrado.—María Luisa es buena cazadora, y si una pieza se le ha huido espantada por el rey, pronto sabrá hallar otras.

—Dejemos en paz á la primera—dijo otro de los caballeros, visitas de don Ramon—y decidnos, qué dicen de Francia.

—En Francia—contestó don Ramon—dicen el *mon Dieu*, segun habreis oido en el cantar, y hacen bien en decir *mon Dieu* y en llamar á Dios, porque aquello está muy malo.

—¿Qué hay, pues?—preguntó uno.

—No hay, habrá—contestó don Ramon—y lo que habrá en Francia, ni yo os lo puedo decir, ni nadie lo puede prever; pero de todos modos, yo creo que lo que haya habrá de ser algo grande.

—Decís bien, don Ramon—dijo Goya—pero pase lo que pase en Francia, yo creo que los asuntos de nuestros vecinos nos interesan de todos modos algo ménos que los nuestros propios. Los asuntos de la córte no andan muy bien, y la salud del rey anda aun peor que los asuntos de la córte. Se dice que el rey—añadió—anda enfermo y decaido, y si muriera, su heredero, dominado como está por doña María Luisa, podia traernos grandes acontecimientos, y la muerte del rey ser causa de grandes males.

—No lo creas—dijo uno—el rey ha recomendado á su hijo que siga teniendo por ministro á Floridablanca, y mientras Moñino continúe gozando la privanza, no andaremos mal del todo.

—Malo es que muera el rey—dijo don Ramon.—La princesa de Asturias odia á Floridablanca, y buena prueba es de ello que el marqués Adelfi está ya libre, habiéndosele visto en Madrid.

—¡En Madrid el marqués Adelfi!—exclamó Joselito mezclándose por primera vez en la conversacion.

—Sí, en Madrid—le contestó don Ramon.

—Lo siento por Dolores—volvió á decir el torero—y lo siento con tanta más razon, porque si el marqués continúa en sus propósitos y vuelve á las andadas, va á haber algo sério. ¡Mala peste de extranjeros, y que no se los llevaran á todos los demonios!

—Amen—dijo don Ramon—aunque por ahora no corren esos vientos. Cárlos III se va, el príncipe don Cárlos, ó por mejor decir, su esposa doña María Luisa, viene, y con ella, viene tambien el de Adelfi, su paisano y su gran amigo.

—¡Dios los cria y ellos se juntan! Pues tan bueno es el uno como la otra—dijo Joselito añadiendo á continuacion—pues yo, por lo que pueda tronar, voy á buscar á Vicente y á decirle que el marqués ha llegado, para que esté á la mira y vea lo que se hace.

—Espera—dijo don Ramon deteniendo al torero—yo tambien tengo que ir hácia casa de don Luis; no faltará alguno de estos señores que quiera acompañarnos.

—Yo soy de la comitiva—dijo Goya.

—Y yo.

—Y yo—añadieron casi á un tiempo dos de los caballeros.

—Entonces vamos todos—dijo don Ramon—y dispensadme, señores, si abrevio la honra que me haceis al abreviar vuestra visita. La liegada á Madrid del marqués Adelfi que, como todos sabeis, es un gran libertino, puede interesar grandemente á Vicente, cuya novia, la Dolores, es objeto de las constantes asechanzas del marqués, y yo debo prevenir á aquél.

—Prevenidle, que hareis bien—dijo Goya—y vámonos todos hácia allá, con lo cual tendremos noticias de la herida de don Luis.

—Yo puedo ir solo—dijo Joselito—y yo os daré noticias.

—No, vamos todos. Estos señores, á no dudar, habrán de ir á las gradas de San Felipe, y pues de camino nos coge, tú nos acompañarás á todos y todos te acompañaremos.

Don Ramon de la Cruz y sus visitantes echaron á andar dirlgiéndose hácia las gradas de San Felipe y de paso á casa de don Luis, sin que por el camino la conversacion fuese ménos política ni ménos libre que lo habia sido en casa del afamado sainetero, el cual, en la calle, decia así á sus amigos, continuando la interrumpida conversacion:

—Buenas cosas va á haber en España en cuanto el rey don Cárlos muera.

—Vos debíais ser ministro—dijo uno de los caballeros á don Ramon—nadie mejor que vos—añadió—conoce á nuestro pueblo, y nadie mejor por tanto para guiarle y dirigirle.

—Bien se está San Pedro en Roma—contestó don Ramon—yo, si algo valgo es como sainetero, y para ser ministro es preciso saber hacer comedias, y aun diré que tragedias algu-

nas veces. Mi mision es hacer reir dejando que Floridablanca, el rey, los príncipes, los ministros y los cortesanos hagan llorar á los españoles, y á lágrima viva por cierto.

—Bien podríais decir que á lágrima muerta—dijo Goya—porque esto huele á muerto, y muerta está ya nuestra pobre nacion.

Al decir estas palabras Goya, el grupo de nuestros conocidos se encontraba frente por frente á casa de don Luis, y Joselito dirigiéndose á don Ramon decia:

—Yo, don Ramon, puedo subir, y si estos señores no quieren molestarse, yo traeré noticias suyas.

—Pues anda—dijo don Ramon—y vuelve presto, trayéndote, si don Luis está mejor, á Vicente, porque yo tengo que hablarle. No subiremos todos—añadió—porque algunos de estos señores no tratan á don Luis, y la visita por tanto podria ser inoportuna. Vé tú, vé y vuelve pronto, que aquí te esperamos todos.

Joselito desapareció entrando en casa de don Luis, y don Ramon de la Cruz, Goya y sus amigos continuaron en la calle esperando á Joselito y hablando de política, porque la política es, ha sido y será la eterna comidilla de los españoles.

Dejémosles conversar tranquilamente, y esperemos el momento en que nuestro torero, despues de haber hablado á Vicente y saludado á don Luis, vuelve á aparecer en escena seguido del amante de Dolores.

Pero esto requiere un capítulo aparte.

CAPÍTULO LXIV.

Continuacion del anterior.

Una maja, una de esas majas, admirables tipos, que viven aun, y virán eternamente en los tapices de Goya, pasó en el momento que tomamos nuestra relacion, por delante del grupo formado por los que esperaban á Joselito, llamando la atencion de todos y arrancando á don Ramon uno de esos picarescos chicoleos propios y característicos de nuestro buen pueblo bajo.

—Todavía—dijo Goya á don Ramon—sois pecador, y pecador impenitente.

—¿Qué quereis?—contestó éste—soy flaco, bien lo veis, y no es extraño que tenga alguna flaqueza; la carne me seduce por hambriento y mal alimentado, y á fuerza de vivirlo mal en la tierra, nada tiene de particular que quiera un cacho de cielo, y me parece que la maja que acaba de pasar es un soberbio cacho.

—Por lo visto, vos nunca saldreis de entre esa gente á la cual dedicásteis vuestras obras, vuestro talento y vuestro génio.

—Y hasta mi alma—repuso don Ramon.—Una maja idolatro porque las majas, como dice nuestro cantar, que ya conocereis, corresponden con todas sus circunstancias, y en las usías son las correspondencias falsas y tibias.

—Esa, esa es la verdad, don Ramon—dijo Joselito, presentándose en escena seguido de nuestro amigo Vicente—creo que decís verdad, y ¡vivan los manolos y manolas y las gentes de circunstancias, y no las que son filis y para nada valen!

Sin contestar al torero, don Ramon tendió la mano á Vicente, el cual se habia quitado el sombrero al llegar al grupo, diciendo cortés y afablemente:

—Dios guarde á ustedes, señores.

—Bien venido seais—dijo Goya—y bien venido seais doblemente si traeis buenas noticias. ¿Cómo está don Luis?

—Mejor de dia en dia, pues aunque su herida fué grave, Dios y la Vírgen de la Soledad nos le han sacado en bien para consuelo de sus amigos y para mal de algun pícaro—contestó el amante de Dolores, cuyo rostro, ceñudo y nada tranquilizador, anunciaba á las claras que Joselito le habia enterado ya del regreso á Madrid del malvado marqués de Adelfi, su rival, desdeñado, es cierto, pero no ménos temible ni ménos odiado por Vicente.

—¿Con que don Luis está mejor?—preguntó de nuevo Goya.

—Mejor, sí señor, mejor, ó hablando más propiamente, bien ya—volvió á contestar Vicente.

—Continuemos, pues, nuestra marcha hácia las gradas de San Felipe—dijo don Ramon.

Éste, Goya, Joselito, Vicente y los caballeros amigos de Goya y don Ramon emprendieron la marcha hácia el famoso

mentidero de San Felipe, centro de los desocupados, ociosos y maldicientes de Madrid, desde algunos siglos hace.

El famoso mentidero, ó sean las gradas de San Felipe, donde estaban las antiguas covachuelas, era en efecto el punto de reunion donde desde la época de Felipe III y aun antes, se comentaban cuantos sucesos ocurrian en la noble villa y córte de Madrid, pues en aquellos tiempos en los cuales la prensa no existia, las malas lenguas, la gente aviesa que no podia escribir, propalaba sus epígramas, sus sátiras y noticias en el famoso mentidero donde siempre habia un gran auditorio.

El periodismo de hoy, las tertulias y los casinos han hecho inútiles ya las gradas de San Felipe, las cuales han dejado de ser, siendo sustituidas como centro de murmuracion por los cafés, periódicos y casinos y habiéndose levantado en sus solares la casa de Cordero y el ministerio de la Gobernacion.

Al lugar que hoy es Puerta del Sol, se dirigian, pues, nuestros amigos, cuando Joselito que marchaba el primero de la reunion conversando con Vicente, que un poco más atras pero á muy corta distancia le seguia, vió el beso que el impuro marqués de Adelfi depositó en los purísimos labios de Dolores.

Rápido como el relámpago, veloz como el pensamiento nuestro torero, como ya hemos dicho, repelió viva y rudamente al marqués, el cual rodó por los suelos sin poderse valer, mientras Joselito le increpaba por su accion, y las dos majas sonreian con gratitud la una y con amor la otra á nuestro animoso torero.

El marqués Adelfi, arrollado por la brusca acometida de su contrario, revolviéndose vivamente lleno de ira y desnudando la espada sediento de venganza, se dirigió contra Joselito, el cual le esperaba tranquilo y sin inmutarse.

—Venid, venid—le decia con una sangre fria irritante.

Y arrollándose la capa al brazo y desenvainando un pe-

queño puñal se disponia á defenderse del marqués, cuando Vicente que interpelado por don Ramon de la Cruz se habia vuelto para contestarle quedándose por tanto un poco detrás de Joselito, pero que sin embargo habia visto la accion del marqués, llegó en socorro de nuestro torero, acometiendo al de Adelfi por la espalda y enviándole á rodar por segunda vez y á considerable distancia, merced á un soberbio empellon.

—No, tú, no, Joselito—dijo—yo soy quien debe castigar la audacia de ese miserable, que si hasta ahora ha escapado á mi indignacion, juro á Dios que hoy no le sucederá lo mismo.

Por segunda vez el marqués volvió á incorporarse, pero cambiando de objeto, dirigióse espada en mano contra Vicente, que inerme pero animosamente le esperaba.

Un ¡ay! escapado de los labios de Dolores, un ¡asesino! dicho con más ira que indignacion por Concha y un tremendo terno de Joselito, sonaron al mismo tiempo y mientras el valiente torero deseando evitar un asesinato y salvar á Vicente, se interponia entre éste y el marqués.

Lo que acabamos de referir, tuvo lugar en un segundo, á pesar de lo cual don Ramon de la Cruz, Goya y sus amigos que habian visto correr á Joselito primero y á Vicente despues, llegaron al sitio de la accion antes que la escena terminara.

Oportuna fué su llegada y útil su presencia, pues Goya, que conocia al marqués, le dijo severamente:

—Reportáos, señor marqués, reportáos, porque no es noble ni digna vuestra accion; vuestro contrario está sin armas, y vuestra espada que brilla desnuda en vuestra mano, mas que una amenaza para él, es un oprobio para vos.

—He sido insultado—contestó el marqués—he sido villanamente acometido por la espalda y cobro mi deuda y vengo mi ofensa como puedo. Si el señor en vez de espada solo sabe manejar el pincel y los colores, peor para él.

—Ved lo que decís, marqués—díjo Goya en cuyos ojos brilló un relámpago de ira—ved lo que decís, ó por mejor decir ved con quien hablais, porque yo soy quien os habla, y yo, señor marqués, manejo los pinceles sin que esto me impida tener la espada en la mano y no como vos, como vos ahora enfrente de un hombre sin ella, sino enfrente de su contrario, cara á cara y hierro contra hierro.

Joselito, en el momento que vió á su amigo Vicente defendido por la presencia de Goya y sus amigos, cogiendo del brazo á las dos majas y echando á andar, les dijo:

—Venid, venid conmigo las dos, y no os dé cuidado por lo que pase.

—¿Pero y Vicente?—dijo Dolores entre un triste suspiro.

—Vicente, ahora no; pero cuando Dios quiera, que debe querer pronto, matará al marqués. No temais, pues, que un buen mozo español no puede morir á manos de un petimetre extranjero, sobre todo, cuando vale tan poco como el marqués Adelfi vale. Venid, pues—volvió á repetir Joselito.

—¡No, no, por Dios!—replicó Dolores.

Y dos lágrimas, dos purísimas lágrimas surcaron sus blancas y rosadas mejillas.

—No seas tonta—dijo Concha tratando de convencer á su amiga—vente y no tengas cuidado, pues no le arriendo la ganancia al extranjero, como se descuide con Vicente. Don Francisco Goya es todo un hombre, y tú sabes bien, que tu novio es para él como su hijo. Ven—añadió.

Y más bien arrastrando que guiando á Dolores, desapareció con ésta, doblando la inmediata esquina mientras Joselito que escoltaba á las dos majas, siguiendo á dos pasos de ellas, decia para sus adentros:

—No, lo que es el italiano no vuelve á amenazarme á mí, porque en cuanto yo deje á éstas, le busco para darle una estocada que ni las de Pepe-Hillo ó Costillares.

En tanto, y mientras el diálogo anterior habia tenido lugar

entre las dos majas y nuestro torero, en la calle, entre Goya, Vicente y el marqués Adelfi tenia lugar una escena interesantísima presenciada por don Ramon de la Cruz y sus amigos, los cuales, si bien interesados por Vicente, no se encontraban parte en la contienda.

—¡Sois un miserable, marqués; sois un miserable! ¡Y vive Dios, que ya es tiempo que ponga coto á vuestras demasías!—decia el novio de Dolores; el cual, centelleante la mirada, pálido el semblante y demudado el rostro por la ira, que no por el temor, aparecia soberbio, magnífico y hermoso como un arcángel.—Habeis—añadió—perseguido á la que yo amo con asechanzas solo de un rufian, la habeis ofendido, habeis llegado á manchar su rostro con vuestro impuro aliento, y esto, ¡ira de Dios! os va á costar la vida, no por celos, no porque yo tema que Dolores llegue á amaros, sino porque sois un gusano miserable que con vuestra impura baba manchais cuanto tocais, y yo voy á aplastaros con el pié para que no volvais á manchar la purísima corola de ninguna hija de España. Un inmundo gusano, es siempre un peligro para las bellas flores, y vos, como todos los extranjeros, de la córte sois los impuros gusanos que habitais el jardin de España, pretendiendo manchar con vuestras impurezas las rosas de nuestras hermosas españolas. ¡Ladrones de honras, destruís las ajenas por envidia, porque no teniendo honra propia, no podeis apreciar la ajena!

—Hablais más que haceis, ¡y por la madona! que si esgrimiérais la espada como esgrimís la lengua, seríais un adversario harto temible. Afortunadamente veo que moveis con más facilidad la lengua que las manos—dijo el marqués dirigiéndose á Vicente; el cual dió un paso hácia el de Adelfi, con intencion sin duda de probarle que sabia manejar las manos tan bien como la lengua.

Por un movimiento rapidísimo, Goya se interpuso entre los dos contendientes, exclamando:

—Esto se arregla de otro modo, marqués; supongo que tendreis dos amigos que esta tarde quieran acompañaros hasta la Casa de Campo; dáos un paseo por allí, y en el mismo lugar nos encontraréis, pudiendo convenceros, por vos mismo, de que mi amigo el pintor, como todos los pintores, ó por mejor decir, como todos los españoles, dejamos volar las manos con más facilidad que las palabras.

—Entiendo—dijo Adelfi—y os prometo que me encontrareis esta tarde en la Casa de Campo, esperando únicamente me digais á qué hora tendré el gusto de veros.

—A las cinco—contestó Goya—esperadnos junto á la fuente de la entrada, y desde allí iremos reunidos á un lugar que yo conozco, y que me parece muy á propósito para el objeto que deseamos.

—¡Está bien, y hasta las cinco!—dijo el de Adelfi.

Y saludando á Goya y á los demás que con él estaban, tomó la calle arriba, doblando luego una esquina inmediata.

CAPÍTULO LXV.

De como un pillo sale al fin definitivamente de escena, y de como la providencia se puso de parte de Luisa y del vizconde.

El duelo concertado en el capítulo anterior, entre el marqués Adelfi y el novio de Dolores, tuvo lugar aquella misma tarde.

Vicente habia atravesado de una estocada al marqués, que quedó tendido en el campo, siendo conducido ya cadáver á Madrid, por dos amigos suyos.

Contra lo que generalmente sucede, la razon y la honradez habian vencido á la sin razon y el libertinaje, y el valor sereno puesto á raya á la habilidad y maestría.

Vicente habia matado á su contrario, en lo cual no se perdió nada. Una estocada más y un pillo ménos; dicho lo cual á guisa de oracion fúnebre del marqués, cuyas livianas aventuras terminaron de este modo, sigamos el relato de nuestros principales personajes.

Tiempo hace ya que no nos hemos ocupado de Luisa y del

vizconde de Lazan, los cuales fueron conducidos, como nuestros lectores recordarán, á la taberna, ó por mejor decir, á la cueva de ladrones y secuestradores que con el título de taberna, poseia el tio Langosta junto á la famosa puerta segoviana, entrada del primitivo Madrid ó sea del Madrid viejo.

Luisa y el vizconde se habian perdido para sus familias y amigos, y aun cuando una y otros por su parte, y los agentes de Floridablanca por la suya habian hecho todo género de pesquisas para encontrar á nuestros dos amantes, las pesquisas habian sido inútiles, y vanos y sin ningun resultado los pasos dados para descubrir tanto el paradero de éstos, como el de la hermosa María, hija del conde de Lazan.

Todo habia sido en vano. Dádivas, exploraciones y diligencias se habian hecho inútilmente, y ni las dos bellas ni el galan parecian.

Antonio, aquel pobre niño abandonado, que criado con ella sirvió á un tiempo de hermano y padre á la rendida amante del vizconde de Lazan, estaba desesperado por la desaparicion de Luisa, cuyo paradero se habia jurado á sí mismo descubrir.

Una tarde, precisamente dos dias despues de la muerte del de Adelfi, Antonio que, al azar y sin rumbo ni direccion fija, vagaba preocupado por las calles, buscando en su intranquila imaginacion un indicio que le guiara en la empresa de encontrar á la que tan fraternalmente queria, oyó dos palabras sueltas, que fijando su atencion le obligaron á pararse y á escuchar, poniéndole desde luego sobre la pista que buscaba.

—Ni ella ni el vizconde se nos escaparán—decia el tio Langosta dirigiéndose á un personaje al cual Antonio no conòcia y que era don Tadeo.

Las palabras del tio, sacaron á Antonio de su preocupacion y despertaron su curiosidad, sobre todo cuando mirando á quien tal habia dicho, nuestro jóven reconoció en el autor de estas palabras, al famoso tabernero, cuya conducta y fama

no eran de las mejores y en cuya taberna sabia Antonio muy bien que en otra época habian sido secuestrados Vicente y Joselito.

Nuestro jóven, procurando no llamar la atencion del viejo y receloso tio Langosta ni de su interlocutor, trató sin embargo de escuchar lo que hablaban, pudiendo oir algunas otras palabras sueltas, las cuales confirmaron sus sospechas y presentimientos.

—Mira que el conde de Lazan es muy amigo de Floridablanca y puede mucho—decia el interlocutor del tio Langosta dirigiéndose á éste—y que si el vizconde llega á escapársenos, vamos á tener que sentir.

—No se nos escaparán—contestó el tabernero—ni tampoco la Filis que tengo en casa y que no hace mas que llorar todo el dia.

Antonio, que habia oido las anteriores palabras, no dudó ya de lo que se trataba y seguro de que Luisa y el vizconde se encontraban en poder de aquel par de miserables, resolvió librarlos de sus manos.

¿Cómo conseguir esto? Antonio necesitaba saber dónde y cómo se encontraban los dos amantes, y continuó escuchando.

—Me parece á mí—decia el tabernero—que la chica os ha vuelto el juicio, y como yo sé como las gastais, me temo que no salga libre de vuestras manos.

—No saldrá, Dios mediante—contestó don Tadeo.—Esa jóven es una yema en confitura, y yo como soy ya viejo, soy goloso, y me gusta mucho el dulce.

—No la habeis probado aun y ya os relameis de gusto solo al pensar en ello—dijo el tio Langosta.

—La boca se me hace agua—respondió don Tadeo mientras Antonio sin poderse contener, y de un salto se colocó entre nuestros dos personajes.

Sorprendidos éstos callaron al notar la brusca presencia

de Antonio, y éste que si bien no pudo evitar su movimiento instintivo, comprendió en seguida que no era aquella la ocasion de castigar como hubiera deseado la liviandad y las infames palabras de don Tadeo, reprimió su ira y pasó de largo sin castigar la audacia del viejo y sin decir nada ni á éste ni al tabernero, deteniéndose sin embargo á observarlos á ambos desde una distancia conveniente.

—¿Qué mosca le habrá picado á ese?—dijo don Tadeo al ver la brusca accion de Antonio.—¿Habrá oido algo?

—Creo que no—contestó el tabernero, que fija su mirada en el jóven, decia entre dientes—creí que era; pero no, no es.

—¿Quién?—le preguntó don Tadeo.

—Nadie; no es quien yo pensaba—contestó el tio Langosta echando una última mirada á Antonio, y luego volviéndose á don Tadeo añadió:—sigamos en nuestros negocios.

Los dos tunantes continuaron bastante tiempo aun en amigable y animada conversacion, siendo observados por Antonio, el cual, gracias á la Providencia, se vió sorprendido por un auxiliar inesperado.

Nuestro buen amigo el torero Joselito, que alegre como unas pascuas se dirigia á casa de Concha, tropezó por casualidad con nuestro jóven, al cual se dirigió diciendo:

—¡Hola, don Antonio! Parece que estamos á la espera.

—¡Bien venido, Joselito; porque vas á serme útil!—le contestó nuestro jóven.

Y en dos palabras puso al torero al corriente de lo que sucedia, acabando por señalarle el grupo que don Tadeo y el tio Langosta formaban.

Joselito, que como nuestros lectores recordarán, tenia con éste una cuenta pendiente, la de su detencion en la taberna, hubiera de buena gana saldado su débito administrando al viejo tabernero una vuelta de cachetes; pero Antonio le detuvo temeroso de perder la ocasion que de salvar á Luisa se le presentaba.

Contenido por Antonio, aunque á duras penas, nuestro torero, ambos permanecieron en acecho, hasta que por fin, el tio Langosta y don Tadeo echaron á andar, y tras ellos, á larga distancia y recatándose convenientemente, sus acechantes Antonio y Joselito.

Unos iban en pos de otros.

Delante los dos criminales viejos, y detrás, y á la larga, nuestros jóvenes amigos, continuaron hasta la Puente Segoviana, donde don Tadeo y el tio Langosta se separaron, no sin que el primero dijera antes al segundo:

—Quedamos en que esta noche saldrás del cuidado de la chica. Ahí van esas nueve onzas, y esta noche te entregaré lo restante.

Y al decir esto, puso en manos del tabernero nueve de esas entonces nuevas y relucientes medallas de Cárlos III, que hoy vemos con dificultad, y que apellidamos peluconas.

Guardóse las onzas el tio Langosta, no sin que Antonio y Joselito vieran la operacion y pudieran escuchar las siguientes palabras que dijo el tabernero:

—Os espero esta noche, y en dándome lo convenido por haberla guardado y mantenido tantos dias, podreis llevaros la moza. Ahí tenemos la silla de manos en que vino, y pagando, por supuesto, no han de faltaros ni cuatro robustos gallegos que la lleven, ni otros cuatro buenos mozos que la escolten; no haga el diablo que vaya á escaparos en el camino.

—No se me escapará—contestó don Tadeo.

Y tomando la calle de Segovia arriba se dirigió hácia Madrid, mientras el tio Langosta, tranquilo, ó por mejor decir, alegre y satisfecho, se metia en su taberna.

Antonio y Joselito discutian en tanto sobre lo que habian de hacer, lo cual no dejaba de ofrecer dificultades.

Entrar en la taberna como Antonio queria, era sin duda una temeridad, pues, sobre que la morada del tio Langosta era el centro habitual de toda la gente brava y mal andante

de Madrid, su dueño no era hombre que se asustase fácilmente, y Antonio y Joselito además no tenian arma alguna.

—Nos van á aporrear—decia el torero—sin que consigamos nada, porque el tio Langosta tiene siempre á su alrededor quien salga por él y le guarde las espaldas.

—Tienes razon—contestó Antonio—yo estoy loco y no sé ni lo que digo ni lo que hago. Piensa tú lo que hemos de hacer, y Dios quiera que encuentres un medio de rescatar á Luisa.

Antonio y el torero callaron, y éste, despues de rascarse dos ó tres veces la cabeza y de pensar un rato, dijo al fin con tono alegre:

—¡Pues, eso es!

—¿Y qué es eso?—le preguntó Antonio.

—Eso es lo que hemos de hacer, y lo primero que hemos de hacer es quitarnos de aquí en medio. Demos la vuelta á la esquina, no vayamos á ser vistos por los de la taberna y á excitar sus sospechas.

Y diciendo y haciendo, Joselito echó á andar, sin ver si Antonio le seguia.

No bien nuestros amigos estuvieron en sitio á propósito, Joselito se detuvo, y sin esperar á ser interpelado, siguió diciendo de esta suerte:

—Si hubiéramos entrado en la taberna, sobre que nos hubieran molido los huesos, nada hubiésemos conseguido, y es preciso que ese par de bribones no se rian de nosotros. Yo conozco aquí cerca una buena mujer que tiene cinco hijos, y esos cinco y esa buena mujer, nos van á servir admirablemente para lo que yo quiero, que es vigilar la taberna sin que puedan infundir sospechas. Yo, pues, voy á levantar mi ejército de acechadores, los cuales, si Luisa sale, si como parece ser tratan de llevársela en una silla de manos, seguirán á los que la lleven y sabremos donde pára. Si no sale, mejor, porque entonces no hay que andar tanto. Idos, pues—

añadió—id y traeos unos cuantos walonas y yo respondo de que rescataremos á Luisa.

—¿Pero, y si ese viejo—dijo Antonio—vuelve antes que le esperamos y quizás?...

—Sé lo que vais á decir y no hay cuidado; ese viejo no entrará en la taberna, á no ser que antes me haya matado á mí, y no es el hijo de su madre el que pueda mandarme al otro barrio. Corred pues, que por aquí estamos seguros y yo me encargo de todo.

—Me salvas más que la vida—exclamó con efusion Antonio y estrechando la mano del torero.—¿Con qué podré yo pagarte?—añadió.

—De eso ya hablaremos luego; ahora lo importante es que andeis ligero y no perdamos el tiempo.

—No le perderemos—contestó Antonio.—Voy á ver á Floridablanca, voy á traerme cuantas autoridades y cuantos soldados sean necesarios para sorprender y castigar á estos hediondos y empedernidos criminales, y para salvar á mi querida Luisa.

—¡Así sea, y Dios lo haga!—exclamó el torero echando á andar hácia una de las casuchas inmediatas al puente de Segovia, mientras Antonio, más que corriendo, volando se dirigia hácia Madrid.

Dejemos correr á nuestro jóven, y sin seguir á Joselito veamos el resultado de las diligencias de éste.

Cuatro ó cinco chiquillos desharrapados seguidos de una vieja desgreñada y tan exhausta de ropas como de carnes, aparecieron en la puerta de la casa en la cual entrara Joselito, sentándose la vieja sobre una piedra que al lado de la puerta habia y poniéndose á jugar los chicos en torno de la taberna del tio Langosta.

Desde una de las ventanas de la casa, además, Joselito viéndolo todo pero sin poder ser visto, acechaba, ojo avizor, la famosa taberna en la cual hubiera sido completamente impo-

sible que hubiera entrado ni salido nadie sin que los chiquillos, la vieja ó Joselito lo notaran.

La taberna, pues, estaba vigilada, y vigilada perfectamente.

¿Lograrian, sin embargo, nuestros amigos su intento?

¿Llegarian á salvar á Luisa?

En montería no basta levantar la pieza; es preciso rematarla, y nuestros amigos aun cuando estaban sobre la pista de un crímen, ni tenian á todos los criminales en la madriguera, ni estaban seguros de que en ella se encontrara Luisa objeto de las investigaciones de los unos y prueba y cuerpo del delito de los otros.

Don Tadeo, además, podia llegar de un momento á otro á la taberna, y á pesar de que Joselito habia prometido á Antonio que no llegaria á entrar, tales podian ser las circunstancias, tal el acompañamiento que don Tadeo trajera, que nuestro torero no pudiera evitar que el repugnante viejo realizara tal vez un nuevo crímen.

Los dados, pues, estaban sobre la mesa.

¿Ganarian la partida don Tadeo y el tio Langosta? ¿La ganarian, por el contrario, Antonio y Joselito?

Veamos el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXVI.

De como Antonio logró al fin salvar á Luisa.

La noche se venia encima á pasos agigantados.

Madrid, cuyo alumbrado público de hoy no es de los mejores, merced al retraso con que el ayuntamiento paga á la empresa del gas, apenas si en la época á que nos referimos tenia algun alumbrado, y esto gracias á Sabatini el de los carros y el de los faroles.

Joselito, que llevaba ya algunas horas acechando desde la ventana la taberna del tio Langosta, dejó su observatorio lanzándose en medio de la calle, y dando la órden de retirada á la desgraciada vieja y á los desharrapados chiquillos, que habia colocado como exploradores, escuchas y centinelas, al rededor de la sospechosa taberna.

Pasó todavía un largo rato, antes de que nuestro torero convertido todo él en ojos, viera bulto alguno que entrara ó saliera de la taberna, pero al fin sus ojos, acostumbrados ya

á la oscuridad, distinguieron un grupo de cinco personas que, apareciendo en lo alto de la calle de Segovia, bajaban en direccion al puente.

Apartóse nuestro torero á un lado, y pegándose á la pared de una de las casas, dejó pasar á los del grupo, reconociendo en uno de ellos á don Tadeo, al cual habia visto por la tarde en compañía del tio Langosta.

—¡Diablo!—dijo para sí nuestro torero—van á la taberna y yo no puedo evitar el que don Tadeo entre. Ellos son cinco y yo uno, y si entro en contestaciones con ellos me van á quitar de en medio sin que pueda conseguir nada. ¡Por vida de Dios, cuánto tarda Antonio!

Mientras esto pensaba Joselito, don Tadeo y sus acompañantes entraron en la taberna y nuestro torero resuelto á intentarlo todo, acudia de nuevo al auxilio de la vieja y los chiquillos á los cuales llamó, acudiendo todos inmediatamente.

—Mirad, hijos—les dijo—mirad esos hermosos cinco pesos que os regalo, ofreciéndoos otros cinco más, si me servís como Dios manda. Yo voy á entrar en la taberna y puede ser muy bien que no vuelva á salir, pero salga ó no, voy á deciros lo que teneis que hacer si quereis ganaros otros cinco duros.

La vieja, con avara prontitud, cogió el dinero que Joselito tenia en la mano, y vieja y chiquillos, igualmente conmovidos por la metálica elocuencia del torero, exclamaron casi á un tiempo:

—Y ¿qué hemos de hacer? ¿Cómo hemos de serviros? ¿Qué teneis que mandarnos?

—Quiero mandaros que observeis bien la taberna; quiero que si sale una silla de manos, la sigais, averiguando en dónde pára, y quedándoos uno de vosotros de centinela por si volvieran á sacarla del primer punto donde la lleven. Esto quiero que hagais, y como pudiera suceder muy bien que no os vuelva á ver, quiero que si viene un caballero con algunos

alguaciles ó soldados, le preguntais si se llama don Antonio, y si os dice que sí, que le digais á él cuanto hayais visto y observado.

—Así se hará—contestó la vieja á Joselito.

—Está bien, madre—repuso el torero—pero oiga usted aun. Cuando venga ese amigo mio con el alcalde y los walonas, dígale su merced, que yo he entrado en la taberna, y le encargo que le diga esto, porque quién sabe lo que á mí puede sucerme. Si estando yo dentro sale la silla de manos, que los chicos la sigan, y cuando ese amigo venga que le digan á dón de la han llevado, y que le enseñen el camino.

—¿Teneis algo más que mandarnos?

—Nada más que esto, aunque si no volveis á verme, os ruego le digais tambien á ese amigo que vendrá, dónde y cuándo me he perdido.

Y diciendo esto, nuestro torero se dirigió hácia la puerta de la taberna, la cual estaba ya cerrada á piedra y lodo.

Una, dos, tres, hasta cuatro veces llamó inútilmente nuestro torero, sin que nadie acudiera á su llamamiento, ni diera contestacion á sus repetidos golpes.

—Pues, ó me abren ó echo la puerta abajo—decia aporreando de nuevo la puerta con más fuerza—porque yo estoy decidido á entrar y entraré, pese á todos los demonios del infierno.

—¿Quién va?—dijo en este momento y desde adentro una voz dura, ágria y desabrida que olia de cien leguas á voz de maton ó de bandido.

—Abrid—contestó Joselito con imperativo acento.

—A estas horas bien sabeis que está prohibido—volvió á replicar el de adentro—y que no se puede abrir; pasad, pues, de largo, y dejadnos dormir en paz.

—Abrid os he dicho, ó echo la puerta abajo.

—Echadla si podeis—replicó la voz de dentro—pero os advierto que es muy fuerte, y que si continuais no dejándonos

dormir con vuestros golpes, me vais á obligar á meteros una bala en la cabeza. ¡Ea, idos, y buenas noches!

Joselito, á pesar de estas palabras y de la amenaza que envolvian, siguió aun un largo rato aporreando la puerta de la taberna, hasta que cansado al fin, exclamó con desaliento:

—¡Nada! no puedo entrar. Nada puedo hacer, y quién sabe mientras yo me canso inútilmente, lo que dentro pasará..... ¡Don Tadeo es capaz de todo, y Antonio no acaba de venir!

Y diciendo estas palabras, nuestro torero soltó un solemne y redondo taco, y como una fiera enjaulada se puso á dar vueltas alrededor de la taberna, tal vez buscando un punto cualquiera, una tapia ó una ventana por donde penetrar en ella.

En una de las vueltas y revueltas que Joselito daba, su oido percibió ó creyó percibir un grito que le llenó de espanto, aumentando su desesperacion y su agonía.

Hemos dicho que Joselito oyó ó creyó oir un grito, y hemos dicho mal, porque efectivamente, dentro de la taberna, inmenso, infinito, lleno de angustia y desesperacion habia sonado uno de esos ayes del alma, uno de esos gritos que, última expresion de un alma que se rompe, no se borra jamás de la memoria del que una vez llega á oirlos.

¿Qué causa tenia aquel grito? ¿Qué pasaba dentro de la taberna?

Nuestro torero se lo figuraba aunque no lo sabia, y nosotros vamos á decírselo á nuestros lectores.

En una sala subterránea de la taberna, en una especie de calabozo infecto, Luisa, pálida, agitada, trémula por la ira y el horror, rechazaba las ofertas, seducciones y amenazas del libertino y repugnante don Tadeo.

—¡Muerta sí, pero vuestra jamás!—decia valientemente la jóven, apoderándose al mismo tiempo de un afilado cuchillo que sobre una desvencijada mesa se veia, y que sin duda para partir el pan y los demás alimentos habia dejado sobre ella el

tio Langosta.—No os acerqueis; no me toqueis, porque os juro que si bien no os heriré ni verteré vuestra sangre, verteré la mia en cambio—añadia Luisa.

Y sus ojos reflejaban el entusiasta ardor de los mártires.

—Yo no quiero llegar al crímen; la idea de asesinaros me espanta, pero no la de defenderme, y si para defenderme de vos; si para ser digna del que amo me obligais á matarme, caiga sobre vos mi muerte, y caigan sobre vos y gota á gota toda mi sangre, todas mis lágrimas, todas mis amarguras y dolores.

—¡Oidme, Luisa!—dijo don Tadeo suspirante.

—¡No, no quiero oiros! Sois infame, y vuestra infamia me mancha aun con sus palabras. ¡Idos; no puedo más; estoy cansada de sufrir, y antes que prolongar este martirio, antes que sufrir un momento más vuestra odiosa y repugnante presencia, os juro que me mataré! Retiráos, pues, y retiráos pronto, si no quereis que me mate—dijo nuestra jóven.

Y tal era su ademan, tal la irrevocable resolucion de morir que en su acento y en sus ojos revelaba, que don Tadeo retrocedió medroso.

—¡No, no, por Dios, ya me iré!—dijô aterrorizado.

Y dió dos ó tres pasos hácia la puerta, á la cual no llegó sin embargo.

—Estoy lejos de vos, no teneis por qué temer. Oidme, pues—añadió don Tadeo despues que instintivamente se hubo acercado á la puerta de la habitacion—yo os amo, Luisa, y os amo más, mucho más que el vizconde os amaba. Yo seré vuestro esclavo; yo os haré mi mujer; yo os daré cuantas riquezas deseeis, pero amadme por compasion.

—Yo no puedo amar más que al vizconde—contestó Luisa.—Mi alma es suya, suyos mi voluntad y mi pensamiento, y tras de él se lanza esclavo mi enamorado corazon.

Una idea siniestra, una de esas ideas traidoras y fementidas que harian honor á Judas, atravesó en aquel instante por

el pensamiento de don Tadeo, obligándole á sonreir gozoso, y á pronunciar entre dientes estas palabras:

—Si se desmayara al decírselo...—esto balbuceó don Tadeo.

Luego, levantando la voz y dirigiéndose á Luisa, añadió:

—Amais mucho al vizconde, y me dais lástima, ¡pobre niña! Me habeis hecho comprender lo inmenso de vuestra pasion, y yo, que estaba desesperado, que os amo tanto como vos amais al vizconde, no quiero haceros sufrir más; no quiero aumentar vuestra desgracia, tan grande y aun mayor que la mia, y voy á devolveros vuestra libertad porque ya no puedo tener celos. Amais al vizconde, es cierto; pero el vizconde no os ama ya.

—¿Que no me ama él?—exclamó Luisa.

—Los muertos no aman—contestó don Tadeo.

Y mientras la jóven, que creyó la fatal noticia, sentia afluir á sus ojos el llanto, y agonizante y desfallecida caia sobre una silla que estaba al lado de ella, don Tadeo, como el tigre que se lanza hambriento sobre la codiciada presa, impetuoso se arrojó sobre la jóven, murmurando:

—Os he desarmado y sois mia.

Un ¡ay! un ¡ay! infinito sonó entonces, llegando á los oidos de nuestro torero, y al mismo tiempo á los de Antonio, que seguido de un alcalde y de un respetable número de walonas, llegaban en aquel momento á la puerta de la taberna.

—¡Abrid en nombre del Rey!—dijo el alcalde llamando por tres veces y repitiendo otras tres las mismas sacramentales palabras sin recibir contestacion alguna.

Razon por la cual el representante de la ley y de la autoridad mandó echar la puerta abajo.

A la voz de *abrid en nombre del Rey*, el tio Langosta y los que dentro de la taberna estaban, atentos únicamente á su salvacion y viendo el pleito mal parado, no se cuidaron de avisar á don Tadeo, y cuidadosos de sí mismos únicamente y buscando una salida, se dirigieron hácia un corralito que la

taberna tenia, cuya tapia saltaron en un momento, escapando despues de la autoridad como alma que lleva el diablo.

Joselito, que por una casualidad, la de haberse retirado de la puerta mientras la autoridad llamaba á ella, vió la huida de los miserables bandidos que en la taberna estaban, y que reconoció en uno de los que saltaban las tapias al tio Langosta, con el cual tenia una cuenta pendiente, como nuestros lectores recordarán, echó á correr en pos del viejo, sin cuidarse para nada de lo que pudiera suceder ó hubiese sucedido en la taberna.

—Llegó la mia—decia corriendo á todo correr detrás del tio Langosta, el cual notando que le seguian, aceleraba aun más su ya muy precipitada marcha.

Dejemos al viejo bandido y á nuestro buen torero correr uno en pos del otro, y volvamos á la taberna.

En el momento en que don Tadeo precipitándose sobre Luisa, exclamó, como ya hemos dicho, *os he desarmado, sois mia*, la puerta de la taberna era abierta por la autoridad, y Antonio, el alcalde y los walonas entraban en aquel sombrío antro de la desmoralizacion y del crímen.

Los quejidos y ayes de dolor de Luisa, sirvieron á sus salvadores de guía, y cuando don Tadeo, brillante la lúbrica mirada, secos por la emocion los lascivos labios, se disponia á deshonrar á Luisa, la cual tras una breve pero desesperada lucha yacia desmayada, Antonio, el alcalde y los walonas, entraron en la habitacion.

Luisa, pues, estaba salvada y pura y sin mancha su honra.

CAPITULO LXVII.

La doble vida.

Bien ajena estaba Paca de lo que respecto á ella habian estado tratando doña Catalina y el misterioso enemigo de don Luis.

Para ella, como ya hemos dicho varias veces, no habia más existencia, no habia más goce, no existia otra aspiracion que la de la curacion de Luis.

Por consagrarse exclusivamente á ella lo habia sacrificado todo; habia abandonado su casa, habia dejado á su madre; habia renunciado hasta á la amistad y al afecto de sus amigas.

Toda su existencia estaba concentrada en aquel lecho donde Luis habia pasado dias tan terribles.

Felizmente el estado del jóven habia mejorado de un modo notable.

Precisamente en el dia que vamos hablando los médicos habian declarado al caballero fuera de peligro.

Unicamente su curacion completa era cuestion de tiempo.

Una convalecencia más ó ménos larga y un gran esmero era todo lo que exigia el estado del herido.

La dicha inundaba el corazon de Paca; aquella noticia habia devuelto, sino el color á sus mejillas, porque las continuadas vigilias y los padecimientos se lo habian arrebatado, por lo menos una tranquilidad y una especie de bienestar desconocido hasta entonces para ella inundaba su pecho.

Sentada, como de costumbre, á la cabecera del lecho de Luis, espiaba con afan el momento en que el caballero abriese los ojos.

Los médicos habian ordenado una medicina para realentar sus perdidas fuerzas, y esperaba impaciente ver el resultado que se le anunciara.

Momentos antes habia salido Vicente con Joselito que habia ido á buscarle al objeto de dirigirse á las Gradas de San Felipe, segun dijimos en el capítulo anterior, y la joven habíase quedado más satisfecha, porque podia con más libertad dar libre curso á su pensamiento.

Rato hacia que Paca estaba sola.

Luis dormia con una tranquilidad que hacia mucho tiempo que no disfrutaba, cuando de pronto un violento ruido que produjo sin duda la torpeza de algun criado en un aposento inmediato le despertó bruscamente y sus ojos se dirigieron llenos de asombro de un punto á otro de la estancia, fijándose definitivamente en Paca, con una expresion de felicidad extraordinaria.

La jóven, al sentir el ruido y al ver el efecto que en Luis habia producido, no pudo menos de decir:

—¡Jesús, qué torpeza!

Y fué á levantarse para reprender al criado que la cometiera.

Pero Luis hizo un movimiento y con acento un tanto débil, la dijo:

—Paca ¿dónde vais?

Detúvose la maja y un vivo carmin coloreó sus mejillas.

El acento del jóven la habia hecho estremecer.

—Voy—dijo—á ver quién ha hecho este ruido.

—Dejadle—repuso Luis—yo le bendigo, puesto que al despertarme me ha permitido veros.

—Callad, señor.

—¿Por qué?

—No debeis fatigaros hablando.

—Si no me fatigo.....

—El médico me tiene encargado que no os deje hablar.

—¡Malhaya el médico que así trata de tiranizarme!

—¡Oh! no tal, por el contrario, señor, bien haya el médico que así os ha curado.

—No, Paca; más que el médico estoy en que me curaron vuestros cuidados.

Paca se rúborizó.

—Vuelvo á suplicaros, señor—dijo con tembloroso acento—que no hableis.

—¿Sabeis lo que me pedís?

—Yo no hago más que trasmitiros la órden que se me ha dado.

—Pues cumplido vuestro encargo, no tiene ya porque preocuparse vuestra conciencia.

Y el herido trató de sonreirse.

Paca permaneció inmóvil.

Verdaderamente, en el estado en que se hallaba, era lo único que podia hacer.

—Luis prosiguió, viendo su inmovilidad:

—Pero ¿qué es eso, Paca? ¿Acaso estais ofendida conmigo?

—¡Oh! no!—exclamó vivamente la jóven.

—Entonces ¿por qué no venís? ¿por qué os alejais de mí? ¿me profesais rencor porque desatiendo las prescripciones facultativas?

—Eso, justamente—repuso la jóven utilizando aquel pretexto para justificar su turbacion.

—Pero considerad que precisamente el médico no ha tenido en cuenta sin duda que la mejor medicina que para mí existe no es la que en la botica pueden hacer.

—Pues ya veis como esa es la que os ha curado.

—Estais en un error.

—¿Cómo?

—Lo que á mí me ha curado han sido vuestros cuidados, vuestras atenciones, y vuestro afecto.

De nuevo tocóle á Paca ruborizarse, estremecerse, y de nuevo sintió vehementes deseos de alejarse de allí.

Porque estaba viendo que sin quererlo ella misma, á pesar de todos sus esfuerzos y contra toda su voluntad iba á dejar entrever el secreto que guardaba en su corazon.

Pero á pesar de esto, carecia del valor necesario para romper por todo y salir de allí.

Parecia que en aquella habitacion habian echado raíces sus piés.

Hubiera deseado evitar que el instante de la expansion del agradecimiento la hubiese pillado sola, pero como hemos dicho, Vicente se habia marchado y la jóven no tenia otro remedio, que afrontar por completo aquella situacion, ó evitarla alejándose de allí.

Luis no pudo ménos de apercibirse de la especie de indecision que en la jóven se advertia.

Luis hacia dias que venia observando á Paca.

Es verdad que le estaba prohibido el hablar, pero en cambio, aun cuando aparentaba dormir en muchas ocasiones entreabria los ojos y no dejaba de sorprenderle la tristeza que advertia en la jóven, las lágrimas que algunas veces surcaban sus mejillas, y sobre todo aquel cuidado que ponia en todo lo que á él se referia.

El afecto ó la simpatía que el caballero habia experimenta-

do respecto á Paca y de lo cual nos hemos ocupado varias veces, fué tomando mayor cuerpo, resultando de aquí que deseó ardientemente el momento en que la prescripcion facultativa dejara de tener tanta fuerza sobre él para poder demostrar á la jóven el verdadero estado de su corazon.

¿Cómo se explicaba, visto el afan y la cariñosa solicitud anterior, aquella especie de desvío con que la jóven le trataba en aquellos momentos en que más que nunca debia estar satisfecha por su restablecimiento?

Luis, á pesar de que todavía su estado no le permitia sostener una conversacion importante, resolvió averiguarlo.

—Paca—dijo despues de algunos momentos de silencio—¿tendreis la bondad de volver á ocupar, aun cuando no sea más que por breves momentos, el sitio en que tantas veces os he visto aquí á la cabecera de mi lecho?

—Tengo que hacer algunas diligencias—repuso la jóven—tan luego haya cumplido ese encargo, volveré.

—Dejad para luego lo que tengais que hacer, y venid aquí; tengo necesidad de hablar con vos.

—¿Pues no estais hablando?

—¿Acaso me negaréis, estando mejor, lo que me concedísteis cuando enfermo?

La maja no pudo, ni encontró medio de continuar rechazando la demanda del caballero.

Trémula, vacilante, sin poder ocultar la agitacion que experimentaba, fué á sentarse en la silla en que durante tantas noches y tantos dias habia estado rogando fervorosamente al cielo que tuviese piedad de su dolor, y la concediese la vida de aquel hombre.

—Decidme, Paca—dijo Luis al cabo de algunos momentos—¿quereis explicarme por qué bendicion de la suerte os he encontrado junto á mi lecho al recobrar la vida?

—Era deber mio, venir aquí, sabiendo que vos necesitabais cuidados y socorros.

—Pero ¿cómo lo supísteis? ¿Quién os dijo?....

Paca refirió en breves palabras lo que ya saben nuestros lectores.

Luis, dijo entonces:

—¡Cuánto tengo que agradeceros! abandonar vuestra casa, los cuidados de vuestra madre, todo, por consagraros al trabajo de velar por un pobre herido cuya vida, creedlo, Paca, será corta para pagaros lo que habeis hecho por ella.....

—Os suplico, señor—dijo Paca con voz conmovida—que tengais la bondad de callar: vuestro estado no es todavía tan satisfactorio como fuera de desear y no conviene que hagais abuso alguno de vuestras fuerzas.

—Vuelvo á repetiros lo que os dije en otra ocasion: el mejor alivio que existe para mí es el veros á mi lado y presumo que más que los apósitos y vendajes que se han puesto en mi herida me han curado las lindas manos que los colocaban.

Y don Luis trató de coger las de Paca intentando llevarlas á sus labios.

Pero la maja se apresuró á retirarlas.

—Si así continuais—dijo—vos mismo me obligareis á que me aleje.

—¡Oh! no, eso fuera darme la muerte, despues de haberme dado la vida y no creo que trateis de ser tan cruel.

—¡Oh! no—repuso Paca como arrastrada á pesar suyo por aquel acento tan querido.

Luis la contempló durante breves segundos.

La mirada de Paca tropezó precisamente en aquel momento con la de Luis.

Y sin duda no pudo resistir aquel choque, porque con el rostro encendido y agitado el seno apresuróse á bajar los ojos, temerosa quizás de que en ellos pudiera verse más de lo que ella queria.

Sin embargo, Luis habia ya visto.

Su corazon palpitó con mayor rapidez.

—Paca, amiga mia—dijo despues de algunos momentos; es necesario que tengamos una explicacion; hace mucho, muchísimo tiempo que están vagando por mis labios frases en las que va envuelta una pregunta que por un exceso de delicadeza no me he atrevido á formular; ¿creeis poder contestarme con la franqueza que yo necesito?

—No comprendo.....

—Si vuestro corazon no se muestra dispuesto á comprender, será difícil; sin embargo, tan explícito ha de ser mi lenguaje, tan clara la pregunta, que estoy seguro no habeis de encontrar dificultad para contestar, por poco que vuestro corazon se halle dispuesto á hacerlo.

Paca comprendió que el momento del peligro habia llegado.

Entre dos corazones predispuestos ya para unirse, establécese cierta especie de comunicacion misteriosa de percepcion que permite adivinar, si así podemos expresarnos, lo que cualquiera de las dos personas piensa ó va á decir.

Paca adivinaba lo que Luis intentaba decirla, y como carecia de fuerzas para resistir, y por otra parte tenia muy en cuenta la diferencia de posiciones que entre ambos mediaba, y era sobradamente altiva y honrada para descender á convertirse en querida de Luis, habia deseado evitar que llegase aquel momento.

Luis continuó:

—Paca, es preciso que me seais franca: ¿amais á alguien?

Á semejante pregunta la turbacion de Paca aumentó con mayor violencia, y con voz trémula dijo:

—No sé por qué me preguntais....

—Es verdad; no he debido preguntaros, he debido principiar yo por hablaros.

—No hagais tal, señor; ved que podreis empeorar vuestro estado y doliérame en el alma que pudieran decir que por mi culpa...

—Culpable fuerais si no me dejarais hablar; mas como precisamente debe ser muy breve, tanto mi pregunta como vuestra contestacion, os suplico que me dejeis hablar, yo os prometo que despues callaré cuanto querais.

—Pero....

—Dejadme que acabe de hablar; decid, Paca; ¿teneis fe en mis palabras?

—¡Oh! mucha—contestó la jóven casi maquinalmente.

—Pues bien, os amo con toda mi alma.

—¡Oh!...

Y la maja se llevó entrambas manos al rostro cubriéndosele para evitar que pudiera verse en él todo el efecto que aquella declaracion habia producido.

—¿Os he ofendído acaso?—prosiguió Luis con dolorido acento—¿no existe en vuestro corazon un lugar para mi pobre amor? responded, Paca; prefiero una contestacion que me dé la muerte á un silencio desdeñoso que me cause la desesperacion.

—Ni lo uno ni lo otro—repuso Paca arrastrada por la magia de aquel acento.

—Entonces....

—Pues bien, don Luis—repuso la jóven, incapaz de contenerse por más tiempo—os amo; ignoro si este amor será mi eterna desesperacion ó mi ventura, pero lo que sí puedo aseguraros desde luego es que jamás, á pesar del amor que os tengo, llegaré á ser vuestra manceba. Ahora ya sabeis lo que yo queria dejar encerrado en el fondo de mi pecho: haced de ese amor el uso que os plazca, pero no perdais de vista que si no he nacido para ser vuestra esposa, menos he nacido para ser vuestra querida.

Iba á replicar don Luis, cuando abriéndose de súbito la puerta del aposento apareció en él un caballero á cuya vista exclamó don Luis con acento indefinible:

—¡Mi padre!

CAPÍTULO LXVIII.

El padre de don Luis.

La severa figura del padre de don Luis, sin que Paca pudiera explicarse la razon, le produjo una impresion extraordinaria.

El anciano, porque así era y de fisonomía grave y altiva, al aparecer en la puerta de la alcoba de su hijo, frunció terriblemente el entrecejo y se detuvo, fijando su mirada tanto en la maja como en su hijo.

Don Francisco de Guevara habia recibido un dia, ocho antes de su llegada á Madrid, una carta concebida en los siguientes términos:

«Don Francisco: cuando recibais esta ponéos en marcha al punto, si quereis evitar grandes males á vuestro hijo.

»Herido, aun cuando ya por fortuna fuera de cuidado, la persona, causa de su herida, se halla á su cabecera, sin querer comprender que su sola presencia ha sido y será la que

nuevas desgracias, sobre las que ya ha sufrido, haga caer sobre él.

»Merced á esos amores indignos, á esa union tan inconveniente ha conseguido enemistarse y romper con todas las personas de la córte, que se habian interesado por él hasta el punto de alcanzarle una posicion como no podia esperarla.

»Hasta el mismo monarca al saber lo que sucedia, le ha retirado su proteccion.

»Y sin embargo, don Luis sigue ciego y su manceba apenas se separa de él.

»Vuestra presencia solamente puede poner término á una situacion que á todos está perjudicando notablemente.

»Si venís á Madrid, como no dudo, en vista de esta carta, dirigíos inmediatamente y antes de ir á vuestra casa, á la de doña Catalina de Sandoval que habita en la plaza del Cordon, y en cuyo nombre os escribo y adquirireis mayores detalles que podrán serviros para la entrevista que despues habeis de tener con vuestro hijo.

»Es preciso cortar el mal de raiz, y únicamente vos podeis hacérlo.

»Vuestro humilde servidor que os besa las manos,

Alvaro Gonzalez.»

Fácilmente se puede comprender el efecto de semejante carta en un carácter como el de don Francisco.

Inmediatamente hizo sus preparativos de marcha, y acompañado de un criado, cuatro horas despues tomaba el camino de la córte.

Una vez en Madrid, en virtud de lo que en la carta se le decia, dirigióse á la plaza del Cordon.

Doña Catalina, prevenida ya en virtud de la carta que conocemos, carta escrita por el misterioso enemigo del jóven caballero, dió á don Francisco tales noticias respecto á su hijo, que el anciano apenas podia creerlas.

—No os imagineis, señor—decia doña Catalina—que provenga de él todo el mal; esa mujer es perversa.

—Desengañáos, señora—repuso el anciano—que si mi hijo no hubiese olvidado por completo todo lo que debe á su nombre, de nada hubiesen podido servir las malas artes de esa mujer.

—Vuestra edad y vuestra experiencia deben haceros comprender la influencia que ejercen los encantos de una mujer en la gente moza y enamorada, y si esos encantos se encuentran en un cuerpo cuya alma es completamente perversa, no culpareis tanto á vuestro hijo.

—Quereis disculparle, y francamente, señora, no merece disculpa.

—La verdad es que bien caro ha pagado su amor y me parece que sobrado castigo ha tenido con los lances en que ya se ha encontrado por causa de él.

—Tuviera más cabeza y no se olvidase de tal modo de quien es, y no hubiese tenido que lamentar todos esos percances á que os referís, pero yo os prometo que pondré término á todo eso.

—Una cosa debo rogaros.

—Decid.

—Que no digais á don Luis por dónde habeis sabido las noticias que os he dado.

—Y harto favor me habeis hecho comunicándomelas, y no comprendo por qué mi hijo.....

—Entre vuestro hijo y yo, han mediado algunas cuestiones referentes precisamente á eso mismo, y no quisiera que pudiese nunca achacar á venganza lo que únicamente es por su bien.

—Comprendo vuestras razones.

—Mi deseo único es que don Luis, como ya os he dicho, adelante y prospere, para lo cual hice cuanto de mi parte estuvo.

—Y que yo os agradezco en el alma, señora.

—Don Francisco salió de aquella casa desesperado.

Jamás hubiera podido creer que se viese obligado á oir lo que doña Catalina le habia dicho respecto á su hijo.

Así fué que con aquella disposicion de ánimo llegó á su casa y como que precisamente la primera persona á quien vió allí era la misma de quien le habian hablado, acentuóse mucho más la severidad de su rostro, y cuando su hijo viendo su silencio y su inmovilidad, le dijo:

—¡Padre mio! ¿qué teneis que tan ceñudo os miro cuando habeis venido á darme la grata sorpresa de vuestra presencia?

—Poco debe importarte lo ceñudo de mi rostro, cuando tan bien acompañado te encuentro.

Y estas frases de don Francisco fueron pronunciadas con una entonacion y un ademan tan desdeñoso, si así podemos expresarnos, que á la vez que el rostro de Paca se enrojecia de vergüenza, el semblante de Luis, no podia ocultar cierta expresion de disgusto que no pasó desapercibida para el anciano, obligándole á decir:

—No era esta la compañía con que creí encontrarte, y no me extraña el estado en que te hallas, desde el momento en que te veo con quien te tratas tan íntimamente.

—¡Padre mio!....

—Reparad, señor—dijo Paca haciendo un esfuerzo para dominar el efecto que estaban causándole las palabras del anciano.—Reparad, señor, repito, que el estado de vuestro hijo inspira temores todavía á los médicos.

—Nada os he preguntado—dijo secamente don Francisco—y como que ignoro el derecho y la posicion que ocupais junto al lecho de mi hijo, me creo excusado de contestaros.

—Padre—se apresuró á decir don Luis ofendido por las palabras del anciano—Paca, que así se llama esta jóven, ha sido el ángel que ha acudido solícito á cuidarme, cuando pre-

cisamente más necesitado estaba; en su conducta no hay nada reprochable; en la mia tampoco existe nada, ni de que tenga que arrepentirme, ni de que tenga de avengonzarme.

—Valiérate más en vez de hacer defensas que nadie te exige y que á nada conducen, haber pensado mejor el medio de evitar el mal que sufres; tal vez si así hubieras pensado, no te encontrarias en la situacion en que te hallas, y esta jóven, como tú dices, no tendria necesidad de hallarse á tu cabecera.

—Señor—repuso Paca alzando con altivez la frente—jamás hubiera podido imaginarme que al acudir en pos de una desgracia, al tratar de prestar mis auxilios á un caballero que sufria y que se encontraba falto de familia, falto de amigos en esas horas del dolor, no creia, repito, que su padre me hubiese hecho escuchar frases tan crueles como las que han llegado á mis oidos. Yo tenia con don Luis contraida una deuda de gratitud—prosiguió Paca con mayor firmeza—don Luis me habia salvado la vida y la honra en momentos dolorosos para mí; ¿no tenia yo acaso el deber de acudir á su lado en el momento en que se hallara necesitado de mis auxilios? ¿No debia sacrificar mi vida, si preciso fuese, por salvar la suya?

—Valiera más que antes no la hubiérais comprometido—repuso don Francisco severamente.

—¡Cómo! ¿qué quereis decir?

—Basta ya de frases inútiles. Hoy me encuentro yo al lado de mi hijo, y no necesita otros auxilios que los mios: podeis por lo tanto abandonar esta casa, en la que quizás fuera mejor no hubiérais entrado jamás.

Y el anciano, que habia ya entrado en el aposento, señaló á Paca con un ademan la puerta.

La jóven sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Era tan inesperado, tan nuevo, digamoslo así, lo que la sucedia, que apenas si podia darse cuenta de aquellas palabras.

Luis no pudo contenerse.

—¡Padre!—exclamó—ved lo que decís, que Paca no ha dado lugar á que así se la califique y yo sé por otra parte respetar el nombre que llevo. Ignoro quién pueda haberos dado esas noticias que así os obligan á hablar, pero debeis tener en cuenta, señor, que siquiera por lo que esa pobre jóven ha hecho en pró de vuestro hijo, no es justo que así salga de esta casa.

—¿Y qué es lo que ha hecho? Valiera más que nunca la hubieras conocido y no habrias tenido que sufrir el desden de los que te han protegido ni yo el dolor de saberlo. Salid, señora—prosiguió cada vez con más dureza dirigiéndose á Paca—vuestra presencia aquí es innecesaria.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó la maja desecha en llanto.

—Padre, ¿quereis verme morir de dolor?

—Quiero salvar tu honra y tu decoro.

—Ya me marcho señor, ya me marcho—dijo Paca con acento tembloroso—pero por el bien de vuestro hijo, no por el mio, os ruego no aumenteis vuestros rigores ni os mostreis tan duro con él.

Y la jóven al pronunciar estas palabras arrojando á través de sus lágrimas una última mirada sobre Luis, abandonó el aposento.

—¡Padre mio!—dijo el caballero con arranque á la par que la maja desaparecia—la ausencia de esta mujer será mi muerte.

—Su presencia te la estaba causando y no solamente hacia eso sino que tambien te perjudicaba por razones que no son para este momento el explicarte.

—Cuanto digais, señor, no puede compensar la pena que acabais de causarme.

—¡Ingrato! y eso le dices á tu padre que apenas ha tenido noticia de tu situacion se á apresurado ha venir á tu lado?

Semejantes palabras contuvieron por el momento todas

las frases que estaban á punto de brotar de los labios de don Luis.

Sin embargo, el recuerdo de la escena que acababa de suceder no se borró de su pensamiento y decidió aprovechar el primer momento que creyera oportuno para disuadir á su padre de la equivocada idea en que estaba respecto á Paca.

CAPÍTULO LXIX.

Donde el conde de Lazan recibe dos alegrías.

Lleno de satisfaccion se mostraba Antonio por haber contribuido tan eficazmente á la libertad de Luisa y del vizconde.

Éste, especialmente, abandonó desde el primer momento de su libertad la actitud fria y reservada en que siempre habia permanecido respecto á Antonio, y tendiéndole su mano, le dijo:

—Gracias, hermano; el servicio que acabas de hacerme no se borrará jamás de mi corazon; desde este momento han desaparecido todas las razones que habian impedido mi matrimonio con tu hermana. Justo es que, puesto que tú has arriesgado tu vida para devolvernos la libertad, yo á mi vez la arriesgue tambien para dar á Luisa el nombre á que tanto derecho tiene.

—No os comprendo, señor vizconde—dijo Antonio sorprendido por las palabras de su hermano.

—¿No quieres tutearme? ¿Todavía me conservas rencor cuando yo te abro mis brazos? ¿No quieres arrojarte en ellos porque me juzgas indigno de tí?

—¡Oh! no.

—Pues entonces.....

—Me he propuesto permanecer en la misma esfera en que me hallo. Oscuro, nadie podrá decir jamás nada que pueda empañar mi honra; brillando mañana á vuestro lado, aun cuando vuestro padre me reconociera, todo el mundo tendria derecho á motejarme como bastardo.

El vizconde no supo qué contestar por un momento.

Razon era la que su hermano acababa de darle, pero deseando desvanecerle aquella idea, le dijo:

—No será el primer ejemplo que de esto hay en el mundo.

—Y porque otros prefieran á su estimacion el brillo de una posicion ménos verdadera que la adquirida por el trabajo y los sufrimientos, ¿creeis que debo yo obrar como ellos?

—En fin, Antonio, no discutamos ni hablemos más de eso. Aun cuando yo acepte las razones que me das, aun cuando yo juzgue que quizás obras bien obrando así, no puedo ni quiero permitir por ningun estilo que dejemos de considerarnos como hermanos.

—¿Acaso no he procedido yo como tal?

—No habrás procedido del todo sino abandonas ese *vos* tan enojoso como fuera de lugar.

—Pues bien, le abandono, pero no me exijas nada más.

—Gracias, hermano, gracias y cree que aun cuando me hayas podido juzgar como un aturdido y como un libertino sin fe y sin conciencia, motivos poderosos de un falso honor, si así puedo expresarme, me impidieron obrar de otra manera.

—He ahí una cosa que no puedo comprender.

—Pues en ello está realmente la clase de mi conducta respecto á Luisa, especialmente en este último periodo.

—No te entiendo.

—Hace tiempo pertenezco á esa asociacion de jóvenes de buen humor, alegres más que corrompidos, que se denominan «Los Caballeros del Amor.»

—¿Qué estás diciendo? Así me explico que mi pobre Luisa hubiera de sufrir tanto al ver que la habias abandonado. Esa sociedad no tiene otro objeto que la perdicion de las pobres mujeres que cometen la locura de dar crédito á las frases de cualquiera de sus individuos.

—No, Antonio; el vulgo ha formulado cargos contra esa sociedad, le ha prestado multitud de formas que por lo regular todas se alejan de la verdad.

Y el vizconde en breves palabras refirió á su hermano el objeto y la tendencia de la asociacion, tal como nosotros la hemos descrito en los primeros capítulos de nuestra obra.

—Pero con todo eso—dijo Antonio cuando su hermano hubo acabado de hablar—no veo el por qué de tu conducta en los dias que han precedido á tu prision, sabiendo ya que Luisa pertenecia á una familia tan distinguida.

—Una sola palabra te lo explicará.

—Dí.

—El individuo perteneciente á la sociedad, que se casa, tiene que batirse con los demás hasta que, ó quede herido gravemente ó muera.

—¿Pero estás en tí?

—Juzga tú ahora si es prudente que yo quiera condenar á mi esposa á una viudez tan inmediata á nuestra boda.

Antonio quedóse sin saber qué decir.

Verdaderamente la situacion era bastante difícil.

Todo este diálogo habian ido sosteniéndole nuestros dos amigos en voz baja, mientras escoltaban la silla de manos que conducia á Luisa.

Cuando terminaba el vizconde su relato, hallábanse casi á las puertas de la casa del conde de Lazan.

Antonio habia de subir antes á prevenirle la salvacion de

su hijo, pues en el estado de excitacion en que se hallaba, cualquiera impresion fuerte le hubiera sido perjudicial tal vez.

—Cuidado, Antonio—le dijo el vizconde—que revelesá nuestro padre una sola palabra de lo que te acabo de decir.

—No tengas cuidado, presumo que esto habia de serle muy doloroso.

—El mismo favor te pido para con Luisa. Evitémosles todos los dolores que podamos.

—Tienes razon.

Y Antonio separóse á poco del vizconde y de Luisa, subiendo á las habitaciones de su padre.

El conde estaba, como de costumbre, pensando en sus hijos.

Y toda su ira, todo su profundo dolor recaian sobre don Luis, el cual, segun las frases del desconocido, era el verdadero causante de su desgracia.

Su impaciencia por encontrarle en disposicion de poder contestar á sus preguntas, era inmensa.

Todos los dias enviaba á preguntar por su estado, experimentando una gran satisfaccion, segun dejamos ya expuesto en otra parte, ante las noticias de su mejoría.

En este estado le encontró su hijo.

Inmediatamente preguntóle como de costumbre:

—¿Has sabido algo?

—No vengo tan desorientado como otros dias—repuso el jóven.

—¿De veras?—exclamó el anciano vivamente.

Y levantándose con precipitacion, prosiguió aproximándose á su hijo:

—¡Habla, Antonio, habla por piedad! ¿Qué has sabido?

—Estoy sobre la pista del sitio en que se hallan Luisa y mi hermano.

—¿Y María?

—En cuanto á esa, nada puedo deciros, señor.

—¡Oh! ¡Sabe Dios dónde el infame la tendrá escondida!

—Padre, permitidme que os diga que es obrar con sobrada ligereza juzgar á don Luis capaz de semejante infamia.

—¿Pues quién sino él puede haber tenido valor bastante para deshonrar mis canas y llenar de luto mi corazon?

—¿Quién sabe? Los mismos tal vez que se han apoderado de Luisa y del vizconde.

—¿Sabes quiénes son!

—Presumo que sí.

—Lo presumes ¿y no has ido ya en su busca? ¿y les has visto?

—Sí, señor.

—Pero ¿y mi hijo?

—Tambien le he visto.

—¿De veras?

—Y á Luisa tambien.

—¡Oh, corramos, corramos en su busca!

—Calmáos; os suplico que no obreis con tanta precipitacion.

—¡Que no vaya con precipitacion! ¿Pues tú sabes los dias tan amargos que yo he pasado?

—Los he juzgado por los mios.

—¿Y por qué no he de ir en busca de mi hijo?

—Porque él mismo se dirige hácia aquí.

—¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho? ¿Quién le habia retenido la noche en que trató de salvar á Luisa?

Todas estas preguntas fueron hechas con tanta rapidez y todas eran tan distintas, que Antonio apenas pudo decir más que:

—Ya vendrá, señor, y él os lo podrá explicar mejor que yo.

Esto no podia satisfacer la impaciencia del conde.

Asi fué que cogió á su hijo por el brazo y le dijo:

—Vamos, vamos en busca de mi hijo.

Entonces Antonio le confesó que ya estaba en su casa, y momentos despues el conde abrazaba con efusion á Cárlos y á Luisa.

—¿Pero y tu hermana? y tu hermana á quien ese miserable retiene sin que podamos saber dónde?—dijo el conde pasados los primeros trasportes.

—¿Quién?—preguntó Cárlos, al cual nada le habia dicho su hermano respecto á la creencia en que estaba su padre.

—Don Luis, ese miserable á quien yo franqueé mi casa y que me ha pagado robándome mi hija.

—¿Pero qué estais diciendo?

—Hermano—exclamó Antonio—nuestro padre dando crédito á un mercader que sabe Dios quién será, acusa á don Luis de Guevara de semejante infamia.

—Tengo pruebas.

—¡Pruebas!—exclamaron admirados los dos jóvenes.

—Pruebas, sí, ayer mismo recibí un aviso misterioso que supongo debe ser de ese mismo mercader, aviso en el cual se me dice que tal vez dentro de poco pueda anunciarme el lugar en que mi hija se encuentra, lugar sin duda donde hizo don Luis que la condujesen.

—Pero eso no quiere decir que realmente fuese don Luis el autor de semejante secuestro, y sino, bien estais viendo que ni mi hermano ni Luisa lo fueron por don Luis.

—Nada tiene que ver lo uno con lo otro. Esto ha podido ser muy bien la jugada de algunos miserables, mientras que lo de mi hija ha sido realmente obra de don Luis, y como te he dicho ya en otras ocasiones, esto tiene su explicacion en el despecho que ha debido sentir al tener noticia del próximo casamiento de María.

—Tal vez tengais razon, padre—dijo Cárlos—y no puedo comprender cómo hayais podido dejar que pasase tanto tiempo sin cruzar el rostro del villano que así nos ha ofendido.

El conde refirió entonces á su hijo el estado en que se ha-

llaba don Luis; mas como que las últimas noticias que se habian recibido respecto á la salud del jóven eran ya más favorables, Cárlos, con la impetuosidad de mozo y con el dolor que sentia por el largo cautiverio de su hermana, incitó á su padre á que le siguiese.

Precisamente en aquel momento penetró un criado en el aposento con una carta que entregó al conde, diciendo:

—Esto ha traido para usía un hombre á quien no conozco.

—¿De parte de quién?

—No ha querido decírmelo, y únicamente me ha encargado que se la entregase á usía inmediatamente.

El conde miró el sobre de aquella carta entonces, y dijo:

—Á propósito: algun aviso sin duda de mi mercader flamenco.

—Alguna nueva impostura—repuso Antonio.

—No seas así, hermano—dijo el vizconde— nadie más que yo ha querido á Luis; pero veo que no está desprovisto de fundamento lo que dice nuestro padre.

Entretanto el conde habia abierto la carta y una exclamacion de alegría se exhaló de sus labios al enterarse de su contenido.

—¿Qué es eso, padre?—preguntó vivamente el vizconde—¿qué dice ese papel?

—Oid.

Y el conde leyó lo siguiente:

«Señor conde: una casualidad ha hecho que pueda descubrir el paradero de vuestra hija.

»Sin embargo, dejadme que os lo calle hoy, porque tengo un verdadero interés en que el dia que os lo diga, pueda sin riesgo alguno llevaros hasta donde se encuentra.

»Básteos saber por el momento que se encuentra perfectamente y que no corre peligro alguno, pues don Luis, á pesar de seguir mucho mejor de su herida, no se halla todavía

en disposicion ni de salir á la calle, ni aun de abandonar el lecho.

»Una noticia debo daros por lo que pueda conveniros.

»El padre de don Luis ha llegado á Madrid, y su primera medida ha sido separar del lado de su hijo á la manceba que se habia aposentado en su casa.

»No dejeis de estar prevenido para el momento en que recibais mi aviso, pues os aseguro que segun lo que me imagino, será menester que correspondais inmediatamente á la llamada de mi carta.

»Vuestro servidor más humilde y más respetuoso.

El mercader flamenco.»

CAPÍTULO LXX.

El aviso del mercader.

Las afirmaciones que en la carta de que hablamos en otro lugar, se hacian respecto á don Luis, arrancaron más de una exclamacion de cólera al vizconde, que, segun hemos tenido ocasion de ver, no encontraba desprovista de fundamento la creencia de su padre respecto á que fuese Luis el autor del secuestro de su hermana.

Antonio comprendió que, obcecados como se hallaban su padre y su hermano, nada adelantaria contradiciéndoles, y aun como sucede en muchos de estos casos, hubo momentos en que creyó que real y positivamente podria haber sido Luis el autor de aquella felonía, toda vez que con colores tan verdaderos y con acento de tan profunda conviccion, lo aseguraban el conde y su hermano.

Dias despues de estos sucesos, Antonio hablaba con Vicente de este asunto, y el pintor le aseguró, bajo su honrada pa-

labra, que estaba seguro, segurísimo de que Luis no era el autor de aquella infamia.

Y la afirmacion de Vicente no podia ser sospechosa para Antonio, conocida como le era la amistad que á entrambos les unia.

Con aquella prueba, digámoslo así, de lo mismo que él en distintas ocasiones habia defendido, se fué aquel dia nuestro amigo á la casa de su padre con el propósito de manifestárselo.

Pero ya era tarde.

Cuarenta y ocho horas hacia que el conde y Cárlos, sabedores de que el médico habia ya permitido á don Luis que abandonase el lecho, no pudiendo dominar por más tiempo su impaciencia habíanse dirigido hácia su casa.

La escena que entre el conde y su hijo y don Francisco medió, fácilmente pueden imaginársela nuestros lectores.

Duramente increpado don Luis por el vizconde, de nada le sirvió que se alzase indignado contra la acusacion de que era objeto.

Se le hacian cargos por sus amores primitivos con doña María, y hasta se justificaba el secuestro de ésta con el despecho de que naturalmente debia hallarse poseido desde el momento en que se le habia prohibido, aun cuando con mucha política, la entrada en aquella casa.

Don Francisco tomó, como era lógico, la defensa de su hijo, máxime cuando habian mediado ya explicaciones entre él y don Luis, en virtud de las cuales habíase modificado notablemente la apreciacion del anciano respecto á las acciones de su hijo.

Las negativas de uno y otro no sirvieron más que para producir mayor irritacion en los que ofendidos se creian, y de aquí que quedase aplazado un lance de honor para cuando don Luis se hallase en disposicion de manejar la espada.

Por lo tanto, la llegada de Antonio diciendo lo que Vicente

le asegurara, no fué suficiente á evitar el daño causado ya.

Sin embargo, algo modificó el pensamiento del conde.

¿Podria mentir con tanto descaro un cumplido caballero como era Luis, y hacerse además su padre, á quien habia tenido siempre por un hidalgo, pobre es verdad, pero sumamente honrado, solidario de la infamia cometida por su hijo?

Habia además otro amigo, honrado tambien, que lo afirmaba, y la verdad era que la única prueba que existia eran las aseveraciones de aquel mercader flamenco á quien él no conocia, y que se habia presentado en su casa sin que nadie pudiera saber el verdadero objeto que le llevaba á ella.

De este modo fueron pasando los dias.

Durante ellos, estuvo esperando la noticia que le habia ofrecido la carta del mercader, y ni esta noticia llegaba ni se sabia por ningun otro conducto lo que habia sido de María.

Diariamente enviábanse recados por el conde y por su hijo, á fin de saber los progresos que iba haciendo la curacion de Luis, y precisamente en el dia que vamos hablando el vizconde recibió noticias directas de don Luis que le manifestaba, que habiendo podido salir ya á la calle, se hallaba por completo á su disposicion.

Lleno de alegría recibió aquel recado el vizconde. Precisamente era uno de los asuntos que trataba de dejar resueltos antes de su matrimonio, para el cual estaba practicando todas las diligencias necesarias.

Disponíase ya para elegir las personas que habian de apadrinar el duelo, cuando su padre entró en sus habitaciones con una nueva carta que habia recibido del mercader flamenco concebida en los términos siguientes:

«Señor conde:

»El momento tan vivamente deseado por mí ha llegado al fin.

»Sé dónde se encuentra vuestra hija, conozco la hora en

que don Luis trata de verla esta noche, y estoy dispuesto á conduciros á presencia del uno y de la otra, á fin de que eviteis la consumacion de un crímen, castigando cual se merece al agresor.

»Á las ocho de esta noche, estad vos solo en la plaza de Afiigidos, y á la persona que se os acerque diciéndoos «mercader flamenco» contestádle únicamente «el conde de Lazan.»

»Entonces esta persona os dirá, «seguidme» y podreis seguirle sin recelo alguno porque os conducirá hasta el lugar que deseais.

»En cuanto á vuestro hijo, que se halle prevenido tambien en el mismo sitio, dispuesto para lo que pueda ocurrir, pero que no os acompañe, porque tal vez echase á perder todo nuestro plan su presencia.

«Si llega el momento de necesitar su auxilio, siga sin recelo alguno á la persona que se presente y le diga «seguidme en nombre de vuestro padre.»

»De este modo vereis que he cumplido mi palabra devolviéndoos la ventura que os han arrebatado.

»Quedo esperando el momento en que pueda daros de palabra mi parabien más completo, rogando á Dios por vuestra dicha.

El mercader flamenco.»

La lectura de esta carta modificó, como era consiguiente, los propósitos del vizconde, aplazando su venganza para el momento oportuno.

Luisa, lo mismo que Antonio, no creian que Luis tuviese participacion en aquel asunto, y cuando éste tuvo noticias de lo que se preparaba para aquella noche, se decidió á seguir á su padre y á su hermano, á fin de evitar, si le era posible, la desgracia que preveia.

Llenos de impaciencia, padre é hijo esperaban la hora convenida.

Y algun tiempo antes de que ésta llegase, hallábanse ya en la plaza de Afligidos espiando afanosamente todas las boca-calles inmediatas por si podian distinguir á la persona que se les anunciaba en la carta recibida por la mañana.

Cuando sonaron los toques de ánimas en todas las iglesias de Madrid, el conde y su hijo distinguieron un bulto que apareció por una de las calles inmediatas y que fué acercándose cautelosamente hácia donde ellos estaban.

El conde se separó de su hijo y se adelantó hácia él, diciéndole:

—Buen amigo, ¿es á mí á quién buscais?

—«El mercader flamenco»—murmuró el recien llegado en voz baja:

—«El conde de Lazan»—contestó inmediatamente el padre de María.

—Pues seguidme.

Y el que acababa de hablar púsose en marcha, mientras el conde á su vez le decia á su hijo:

—No te muevas de aquí.

—Impaciente esperaré el momento en que pueda creerse necesario mi concurso.

Y el conde siguió á su guía que presto se internó por una de las boca-calles que desembocan en la mencionada plazuela.

Poco despues habian cruzado dos ó tres callejuelas más, hasta que finalmente se detuvieron ante una casa de mezquina apariencia al lado de la cual, ó muy próxima por lo ménos, estaba la que habitaba el perfumista Giacomo Zarini.

—¿Es aquí dónde se halla mi hija?—preguntó el conde á su silencioso guia.

—Ignoro lo que me quereis decir—repuso éste.—Yo no hago más que cumplir la órden que se me ha dado y no sé nada más.

El conde se dejó guiar por el interior de aquella casa, de la misma manera que lo habia hecho por la calle, y de este mo-

do atravesaron algunos corredores, hasta que penetraron en un pequeño salon circular que tenia cuatro puertas.

Viendo la apariencia de la casa, jamás hubiera podido creer el conde que tuviese tanto fondo.

Durante el espacio que tardaron en recorrer los corredores y habitaciones que separaban el salon en que habia entrado de la puerta de la calle, hubo el conde de manifestar su extrañeza por lo largo del camino que recorrian; pero su guía permaneció mudo, sin demostrar siquiera ni aun que hubiese oido las palabras del conde.

Llamó la atencion de éste aquel prolongado silencio, y al verse en la habitacion de que hemos hecho mérito, solo y sin la persona á quien precisamente iba buscando, no pudo ménos de decir:

—Pero y mi hija, ¿dónde está?

—Vuelvo á repetiros, señor — repuso el guía — que no sé nada de lo que me preguntais, y únicamente puedo deciros que este es el sitio en que debeis esperar.

—¿A quién?

—No lo sé.

Y el guía, saludando al conde, salió del aposento.

Éste sintió aumentarse su inquietud.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó.

Y temiendo alguna celada, aseguróse de si su espada podria salir fácilmente de la vaina, y principió á recorrer el aposento enterándose de si todas las puertas que en él habia estaban ó no cerradas.

De pronto parecióle percibir varios rumores hácia distintos lados del salon.

Detúvose y á poco se abrieron tres puertas, y tres personas diferentes aparecieron en ellas.

Eran estas doña Catalina de Sandoval, el perfumista Zarini y el mercader flamenco, ó sea el implacable perseguidor de Luis.

CAPÍTULO LXXI.

Donde Zarini se muestra tal como es.

Un grito de sorpresa estuvo á punto de brotar de los labios del conde.

La reunion de aquellas tres personas era tan inesperada, tenia tan poco que ver con el asunto de que se trataba, que no podia darse cuenta del objeto que aquella reunion pudiera tener.

Doña Catalina iba cubierta con un velo; mas á pesar de que el conde en los primeros momentos no pudo ver bien su semblante, comprendió desde luego que no era aquella su hija.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó al cabo de algunos segundos, viendo que ninguno de los personajes allí reunidos le decia una palabra.

Y volviéndose al mercader, prosiguió:

—¿No me habiais dicho que aquí encontraria á mi hija?

—Y la encontrareis—repuso el interpelado—que yo jamás falto á mis palabras.

—Pero, ¿cuándo? ¿cómo?—prosiguió el conde con impaciencia.

—Eso dependerá—dijo doña Catalina—del tiempo que tardemos en terminar nuestra entrevista.

—Nuestra entrevista.....

—Sí por cierto. ¿Sabeis, señor conde de Lazan, quién soy yo?

Y doña Catalina levantóse el velo que cubria su rostro.

—Me parece, señora, que más de una vez he tenido la honra de saludaros.

—¿Y es ese todo el recuerdo que de mí teneis?

—¿Qué otro puedo tener?

—Habíame parecido que deberiais, recordando vuestros tiempos pasados, tener un poco más de memoria.

—No me parece que he venido aquí, señora, para estar haciendo inútiles excursiones hácia el pasado. He venido en busca de mi hija, segun se me ha prometido, y no acierto á comprender el motivo de esta reunion.

—Zarini—dijo doña Catalina dirigiéndose al perfumista—recuérdale al señor conde, ya que es tan frágil de memoria, quién soy.

—Os he dicho, señora, que ya os conozco—repusó el de Lazan con impaciencia.

—Es—dijo Zarini—que doña Catalina de Sandoval, es al mismo tiempo la única, la absoluta heredera tanto en la venganza, como en los bienes del conde de Fuentidueña.

—¡Ah!

—Y el conde no pudo decir más.

Aquella revelacion le dejó aterrado.

La presencia de aquella mujer en tales momentos envolvia, por decirlo así, una amenaza tan grande, que aun cuando el conde no podia definir á qué se referia, la verdad era que

sentia oprimírsele el corazon bajo la presion de un dolor desconocido.

—Paréceme, señor conde—dijo doña Catalina—que habeis recordado ya...

—Pero tambien me parece, señora, que no era este el momento más oportuno para haber evocado semejantes recuerdos. Jugar con el dolor de un padre, tomar como pretexto para atraerle aquí la angustia y la amargura que le devoran, no es ni puede ser nunca, por más que creais que mi proceder de otro tiempo para ello os autoriza, la manera más digna de tomar una venganza.

—Es que debeis tener presente, señor conde, que no me he valido de ningun pretexto para haceros venir, es que el pretexto que he usado no es tal pretexto sino que es la verdad.

—¡La verdad! luego mi hija...

—Vuestra hija se encuentra en esta casa.

—¡Mi hija aquí! ¿dónde está? pronto, señora, decidme dónde la puedo hallar y pedidme en cambio cuanto querais.

—¡Pediros! ¿y qué podréis darme vos cuando por el contrario tanto teneis que necesitar de mí?

—¿Qué quiere decir esto? ¿qué intencion es la vuestra? ¿por qué no quereis revelarme dónde se halla mi hija?

—Si os lo he dicho... si se encuentra aquí... pero decidme, señor conde, ¿recordais bien lo que hicisteis con mi padre?

—¡Otra vez, señora!

—Otra vez y ciento, porque ha llegado el momento de cobrar con creces todo el mal que me habeis causado.

—¡Oh! me parece que comienzo á comprender.

—Mucho os ha costado, que prevenido debiais estar ya por mis cartas y sobre todo debiais tener presente que cuando una hija como yo se lanza á llevar á cabo una venganza, es porque ya ha reunido todos los elementos necesarios para ella y ante nada retrocede ni hay consideracion alguna que la haga desistir de su empeño. Dí, Zarini—prosiguió doña Ca-

talina dirigiéndose al perfumista—tú que me has revelado todos los misterios de mi casa, ¿crees que hay razon bastante para vengarme del conde de Lazan?

—Sí, señora—repuso el perfumista con acento ligeramente alterado.

—Vengaos en buen hora, si yo no os niego la justicia de vuestra venganza, lo que os niego es la razon de que en estos momentos hagais nada contra un padre que viene ansioso de encontrar á su hija.

—¿Recordais lo que os dije en una de mis cartas?—preguntó doña Catalina con un acento que no pudo menos de hacer estremecerse á los circunstantes.

—No quiero recordarlo ahora, solo quiero saber dónde está mi hija.

—Pues para eso os he llamado precisamente, para decíroslo.

—¿De veras?

—¿Podeis dudarlo?

—¡Oh! señora! Decídmelo por piedad: ¿dónde está mi hija?

—Como vos supondreis, al tener noticia de lo que con mi padre habeis hecho, al conocer en toda su horrible desnudez la infamia tan espantosa de que habia sido víctima; sentí un afan, un irresistible deseo de venganza que con nada se podia satisfacer; me veia pobre, me veia huérfana, me veia sin nombre, mientras que vos poseíais todo cuanto de derecho me pertenecia.

—¡Oh! ¿Por qué no me dísteis la muerte entonces?

—Porque con vuestra muerte no podia yo satisfacer la sed que me devoraba; porque yo, para vengar los horribles dolores que habia sufrido por vuestra causa, y vengar al mismo tiempo lo que habíais hecho con mis padres, tenia necesidad de haceros gustar dolores tan amargos como los mios; era menester que vuestra agonía guardase una relacion, sino idéntica á la mia, al ménos muy relacionada con ella.

—Pero, ¿dónde quereis ir á parar? ¿No comprendeis, señora, que me estais haciendo morir con esa lentitud?

—Precisamente eso constituye una parte de mi venganza; precisamente deseaba yo veros abatido, desesperado, sufriendo en solo veinte minutos de impaciencia y de espera todo un mundo de angustia y de desesperacion.

—¡Oh! señora! ¡Ved que es horrible lo que estais haciendo!—exclamó el conde con acento desesperado.

—¿Y lo que vos habeis hecho?

—¿Pero quereis decirme por piedad dónde está mi hija? Vosotros que permaneceis inmóviles ahí sin conmoveros por mi dolor, ¿sois servidores de esa dama, ó teneis algo que vengar en mi ancianidad y en mi dolor?

—En vano os dirigís á ellos, conde de Lazan, entrambos me pertenecen, porque entrambos conocen la justicia de mi causa, y en cuanto á tu hija, vas á saber lo que ha sido de ella, y recuerda que te valiera más, mucho más no encontrarla, que hallarla en el estado que la vas á ver.

—¡Dios mio! ¡esto es para volverse loco!—exclamó el conde llevándose ambas manos á la frente lleno de desesperacion.

—Tu hija ha sido robada por mí; tu hija, en estos momentos, habrá sido víctima de las brutales caricias de.....

—¡Calla, calla, miserable mujer!

Y el conde en un arranque de indignacion y de furor tiró de la espada, y fué á lanzarse sobre doña Catalina.

Pero arrojáronse inmediatamente sobre él Zarini y el mercader flamenco, pues así seguiremos llamando al misterioso enemigo de don Luis, y de poco le sirvió la resistencia que opuso.

En un momento quedó desarmado.

—¡Satisfechos podeis estar de vuestra hazaña!—dijo con voz conmovida el conde de Lazan.—¡Y aun os atreveréis á llamaros caballeros! ¡Imposible me parece que tanta ruindad pueda existir ni el pecho de una mujer, ni en el de ningun

hombre, sea la que quiera su condicion! ¡Habeis hecho bien! ¡Habeis llevado á cabo una hazaña de la cual podeis estar orgullosos! ¿Creeis acaso que una mala accion puede excusar otra? Por ningun estilo; si villano fuí yo obrando de manera que pudiese concitar el enojo y el deseo de venganza de esa dama, más villanos fuísteis vosotros consintiendo lo que habeis consentido, y llevando á cabo el desarme de un anciano, y de un padre á quien tan grave ofensa se acaba de inferir!

—¿No quieres ya ver á tu hija?—dijo doña Catalina con irónico acento, sonriéndose con una risa que verdaderamente hacia daño.

—Sí; quiero ver á mi hija aunque no sea más que para maldeciros con mayor fuerza.

—¿Y qué me importan á mí vuestras maldiciones? ¿Creeis acaso que voy á afectarme por ellas? ¿No comprendeis que yo os he estado maldiciendo dia por dia, hora por hora, desde el momento en que supe toda la indignidad de vuestra conducta? ¡Ah! señor conde, todas vuestras frases no pueden afectarme de ningun modo, porque ya presumia que las habia de escuchar, porque me he recreado antes de que este caso llegara con ellas, porque sabia muy bien que habian de ser hijas del inmenso dolor que os torturase.

—¡Pero mi hija!

—Abridle esa puerta, y que llegue hasta donde está su hija.

Y doña Catalina señaló la cuarta puerta que habia en aquella estancia.

—Dejadle que vaya á ver á su hija, si es que doña María, en su desesperacion, no ha sabido ya encontrar un medio para arrancarse la vida.

—¡Oh! ¡Maldita seais!—exclamó el conde en el paroxismo de la desesperacion.

Y se lanzó hácia la puerta que doña Catalina habia señalado momentos antes.

Pero Zarini se adelantó, diciendo:

—Un momento, señor conde, y vos tambien, señora, permitidme un solo momento.

El acento empleado por Zarini; la actitud tan solemne que tomó, el siniestro fulgor que despedian sus ojos, de tal modo llamó la atencion que hasta la misma doña Catalina hubo de quedarse suspensa, murmurando:

—¿Qué quiere decir esto?

—Esto no quiere decir más—repuso Zarini—sino que vos habeis hablado ya y ahora me toca á mí.

—¿Y qué es lo que tienes que decir?—preguntó con altivez doña Catalina.

—Algo que vos no esperais, y por de pronto debo deciros que en verdad no habeis renegado de vuestro orígen.

—¡Cómo!

—Sois tan infame y tan perversa como lo fué vuestra madre.

Y volviéndose hácia el conde de Lazan que al sonido de aquella voz, vibrando de un modo tan distinto de como hasta entonces le oyera, no habia podido ménos de hacer un movimiento de asombro, exclamó con voz fuerte y poderosa:

—Conde de Lazan ¿me reconoces? yo soy el conde de Fuentidueña, yo soy el marido ultrajado por tí, yo soy el hombre á quien tú has reducido á la miseria, y esa mujer que ves ahí, esa que de tal modo te ha insultado, esa á quien tú has maldecido, á quien yo he estado nutriendo por espacio de tantos años en la venganza, esa, conde de Lazan, esa es tu hija.

—¡Oh!—exclamaron á la vez doña Catalina y el conde.

—Largos años—prosiguió el conde de Fuentidueña—he estado guardando mi venganza; pero por fin la he conseguido tan cumplida, tan grande, tan inmensa como habia sido el ultraje. Ahora ya puedes ir al encuentro de tu hija.

Y el de Fuentidueña abrió de un golpe la puerta del aposento.

Entonces una exclamacion de sorpresa brotó de todos los labios.

En el umbral de aquella puerta aparecieron Maria sostenida por el vizconde del Juncal y nuestro amigo don Luis.

Veamos cómo habia podido verificarse la reunion de estos tres personajes.

CAPÍTULO LXXII.

Por qué circunstancia imprevista el vizconde del Juncal descubrió dónde estaba María.

En el momento que comenzamos este capítulo, un grupo de diez ó doce soldados completamente ébrios penetró dando grandes voces en la taberna del *Ojazos,* sita en el barrio de Afligidos y á espaldas de la casa del perfumista con la cual se comunicaba, si bien entre las dos y en comunicacion con ambas, mediaba una casita de pobre y ruin apariencia, construida á la malicia como muchas de aquellos tiempos.

—Vino, vino; aquí, patron—dijo uno de aquellos súbditos de Baco dando un tremendo puñetazo sobre una de las apolilladas mesas, que al recibir el golpe lanzó una nube de polvo.

Un chicuelo, prototipo de impudencia y de descaro, salió al encuentro del grupo, y dirigiéndose al soldadote que tan tremendo porrazo descargara momentos antes sobre la mesa, le dijo insolentemente:

—Vamos á ver, ¿qué hay? siempre será mayor el ruido que

las nueces, y la bulla que el gasto hecho; ¿qué se os ofrece?—añadió.

—Se me ofrece—contestó el soldado—que te traigas al instante media docena de cuartillos del blanquillo de Yepes.

—¿Y para eso tanta bulla?—dijo el chico—media docena de cuartillos para todo un ejército, capaz de beberse el rio Ebro si el Ebro fuera de vino.

—Anda, racimo de horca, anda y tráete lo que he dicho, si no quieres que de una coz te haga yo andar y desandar el camino.

Y levantando el pié quiso acompañar la accion á la palabra, si bien con tan mala suerte, que perdiendo el equilibrio al alzar el pié, y despues de dos ó tres pasos en falso, dió un tremendo batacazo contra una de las mesas.

—El que lo coja, para él—dijo riendo el chiquillo.

Y una carcajada general acogió estas palabras del muchacho, el cual ágil como una ardilla y satisfecho de su habilidad y de su ingenio, se dirigia á servir á los soldados, mientras su brusco interlocutor, el soldadote del puntapié, se levantaba mohino entre la risa y algazara general.

—Ni la del ángel rebelde ha sido mayor caida que la tuya—dijo al soldado que se incorporaba uno de sus compañeros, el cual si bien con poco aprovechamiento habia pisado algunos años los claustros de la Universidad de Salamanca.—El hombre es débil—añadió—y está siempre expuesto á caer en la tentacion.

—Valiente tentacion—dijo otro.—No sabia yo que á las mesas de las tabernas se les llamaba tentaciones.

—A cualquiera se le va un pié—dijo mohino y de mal talante el aludido en el momento en que el chico depositaba sobre la mesa los seis cuartillos pedidos y unas cuantas cazuelas ó vasijas de barro, receptáculos que en la taberna de Ojazos reemplazaban habitualmente los vasos.

El soldadote que habia tratado de sacudir el polvo á *Medio*

diente, así se llamaba el chico, quiso volver á hacerlo, no bien éste dejó sobre la mesa las vasijas; pero sus compañeros se interpusieron y le calmaron.

—Haya paz entre los ruines—dijo el soldado ex-alumno de Salamanca.—Este chiquillo, aquí donde lo ves, es una brava pieza, y por lo tanto, en vez de reñir con él, debes tratar de ser su amigo. Haced, pues, las paces, y sed buenos amigos.

Y diciendo y haciendo, ó por mejor decir, diciendo y cogiendo al chico por el cogote, le levantó á una formidable altura, dejándole caer desde ella en los brazos del soldado, el cual olvidando su anterior resentimiento, le abrazó con tanta fuerza y entusiasmo, que el chico lanzó un ¡ay!

—Ni el de Judas fué peor que éste—dijo Mediodiente respirando con toda la fuerza de sus pulmones no bien se vió libre del soldado.—Si así abrazais á vuestras novias, el demonio me lleve si no las descostillais.

Rieron los soldados de la ocurrencia, y mientras los unos reian y los otros juraban ó cantaban, y todos á porfía daban fin del de Yepes, un caballero entró en la taberna, sentándose junto á una de las mesas inmediatas.

Aquel caballero que habia entrado era un antiguo conocido nuestro, puesto que era don Luis de Guevara, al cual, su amor á Paca y una carta falsa pero firmada por ésta, habian conducido hasta la taberna del Ojazos.

Sentóse, como hemos dicho, nuestro caballero, junto á una de las mesas inmediatas á la que ocupaban los soldados, sin que éstos, entretenidos en beber, reir y blasfemar, notaran su presencia.

—Aquí todo lo que hay es bueno—decia Mediodiente, el cual, excitado por el vino que los soldados le daban y por el placer y risas con que le oian, charlaba hasta por los codos.—Si supierais.....—añadió.

Y nuestro chicuelo, medroso de lo que iba á decir, calló súbitamente.

—Si supierais..... ¿qué?—exclamaron á una dos ó tres soldados.

—Lo que hay aquí, y que aun cuando no se vende es lo mejor que se ha visto.

—¿Y qué es ello?—dijo el soldado leguleyo—¿acaso vino moro?

—Aunque vino, no es vino, ni moro ni cristiano—repuso el chicuelo—sino algo mejor que eso. La taberna del Ojazos—añadió—guarda hoy una cosa que yo me sé, y que bien vale un tesoro.

—¡Habla, habla!—dijeron á coro los soldados, cuya curiosidad estaba ya excitada.

—Más vale callar—dijo el chico.

—¿Cómo que callar? Despues que nos has hecho creer un cuento es preciso que acabes de contarnos, no vayan estos caballeros á figurarse por lo ménos que esta taberna es una cueva donde un mago guarda una princesa encantada.

—Algo hay de princesa—dijo el chico.

—Pues cuenta, hijo, cuenta—repuso el soldado alumno de Salamanca, dando al chico al mismo tiempo un ancho cuenco de vino.

Bebiólo el rapaz, y bajando mucho la voz y en tono misterioso, dijo de una manera casi imperceptible:

—Ahí dentro hay uua mujer oculta.

—¡Que se vea! ¡Que se vea!—prorumpieron á una los soldados poniéndose súbitamente de pié y buscando con ávida mirada el sitio donde aquella una que decia Mediodiente, podia estar oculta.

—Yo os diré dónde está, con tal que no le digais al Ojazos que he sido yo quién lo ha hecho.

—Te lo juramos por nuestra conciencia—dijeron los soldados.

—Mal juramento es, porque no la teneis—contestó el chico—pero sea lo que Dios quiera.

Y echó á andar hácia el interior de la taberna seguido de los soldados, que en revuelta confusion, más bien le empujaban que seguian.

Triste el pálido semblante, llorosos sus bellos ojos, María, la hija del conde de Lazan, se encontraba en una de las habitaciones de la casa, que con comunicacion á ambas, se hallaba situada entre la taberna del Ojazos y la casa del perfumista.

Preocupado su pensamiento, abismado su espíritu en sí mismo, María no sintió el infernal estrépito ni la horrorosa gritería de la ébria soldadesca que á su habitacion se aproximaba, hasta que aquella turba de miserables, completamente borrachos, se presentó ante sus ojos.

—¿Qué buscais aquí? ¿Qué quereis de mí?—dijo María, dando dos ó tres pasos hácia ellos.

Y aquellos miserables, aquellos borrachos, sorprendidos por la espléndida hermosura de María, callaron un momento y retrocedieron un paso.

Nada más fácil que sorprender á una turba. Una palabra, un gesto, una mirada, bastan á veces para detener á las masas, las cuales pueden volver á ser irritadas con igual facilidad por otro gesto cualquiera.

Si se nos permite una comparacion, diremos que las masas y el mar son de igual naturaleza, pues cualquier viento las enfurece y cualquier viento las calma, siendo ambas, masas y mar, igualmente temibles, ciegas y brutales.

Hemos dicho que la soldadesca se sobrecogió un momento ante la incomparable hermosura de María, pero repuestos despues, uno de aquellos furiosos abarcó con su brazo la cintura de la jóven, diciéndola balbuciente:

—Ven, prenda, ven á beber con nosotros, y ya verás lo que es bueno.

—¡Socorro! ¡favor!—gritó María.

Y sus palabras y su aliento quedaron suspensos en sus la-

bios, cayendo desmayada en los brazos del rudo soldadote que abrazada la tenia.

Como sigue la detonacion al fogonazo en un arma de fuego; como el ígneo relámpago sigue al ronco trueno; al grito de María, á las palabras de ¡socorro! ¡favor! por ella pronunciadas, siguió un poderoso ¡ira de Dios! y más copiosa que lluvia torrencial, una abundantísima lluvia de cintarazos, que espada en mano, dejaba caer don Luis sobre aquella chusma ébria.

Volviéronse los soldados.

—¡Á él! —gritó Mediodiente que habia recibido un poderoso cintarazo.

Y todos á un tiempo acometieron á don Luis, el cual de un solo salto se colocó al lado de María, á la cual no reconoció sin embargo, porque hostigado por la soldadesca, ni aun tuvo tiempo para mirar el semblante de la jóven.

—¡Canallas, miserables!—decia don Luis, comenzando á herir con la punta de su espada á sus contrarios, á los cuales hasta entonces no habia administrado más que algunos golpes de plano.—Vais á morir todos.

Y revolviéndose como un leon enjaulado, heria sin piedad ni compasion, mientras la soldadesca arremolinada se defendia y aun trataba de ofender á don Luis, con los bancos y sillas del aposento.

Un estrépito infernal se armó en aquella reducida habitacion y tan grande fué que no solamente llegó hasta la taberna y casas inmediatas, sino que hasta desde la calle era oido llamando la atencion de varios vecinos y transeuntes.

Un caballero que en el momento en que esto sucedia pasaba por la calle, oyó tambien el estrépito, y sea que por su carácter aventurero ó por otra cualquier circunstancia aquello le interesara, se lanzó á la taberna guiándose por el sonido y diciéndose á sí mismo:

—Pues yo he de ver lo que es eso.

Uno contra muchos, don Luis, á pesar de su arrojo y de su valor no podia tener á raya sin embargo á la soldadesca que furiosa y estimulada por el vino, por el ardor del combate y por el olor de la sangre ya vertida, queria á todo trance apoderarse de María.

Sus fuerzas se gastaban en aquella desigual lucha y aun cuando decidido á vencer ó morir hacia prodigios de valor, comprendia con desesperacion que iba á ser al fin vencido.

—¡Animo!—gritó en aquel entonces el caballero que hemos visto entrar en la taberna.—¡Animo!—volvió á decir—que aquí teneis quien os ayude contra esta turba de miserables que muchos en número acometen á un hombre solo.

Reanimóse don Luis con estas palabras, y desnudando su espada el que tal habia dicho, mientras el uno de frente, acometió el otro á sus contrarios por la espalda.

Volviéronse furiosos algunos de los soldados y uno de ellos aquel soldado ex-alumno de Salamanca, reconoció al jóven que en auxilio de don Luis venia.

—¡El vizconde del Juncal! ¡el sobrino del ministro!—exclamó.

Y tanto el que tal dijo como sus compañeros que tal oyeron, pusieron piés en polvorosa.

Dos ó tres heridos y un muerto, María y sus salvadores, don Luis de Guevara y el vizconde del Juncal, quedaban únicamente en las habitaciones.

CAPITULO LXXIII.

Continúan los antecedentes sobre los sucesos anteriores.

Hemos dicho en el capítulo anterior que don Luis habia recibido una carta de Paca, carta que le obligó á dirigirse á la taberna de Ojazos, y en otros capítulos manifestamos que el conde de Lazan y su hijo, juzgando al jóven autor de la desaparicion de María, habian estado en su casa, y exaltados por su misma cólera, habian denostado duramente al herido sin que las razones dadas por el jóven fuesen bastantes á modificar la creencia en que estaban.

Efectivamente, á pesar de que Antonio, como ya manifestamos, habia tratado de hacerles desistir de aquella creencia, padre é hijo, impacientes viendo que pasaban los dias, que nada sabian de su hija, y que el estado de don Luis iba adelantando, presentáronse en su casa una mañana.

Los criados no les pusieron impedimento alguno, y franqueáronles el paso hasta la habitacion en que el jóven conva-

leciente se hallaba sentado en un sillon, teniendo á muy corta distancia á su padre, que al ver al de Lazan y á su hijo, no pudo ménos de inmutarse.

Algo de las presunciones que el de Lazan tenia, habíale dicho don Francisco de Guevara á su hijo y este le habia contestado con una ingenuidad tal, que no dejaba lugar á duda alguna de que aquellas suposiciones eran completamente injusficadas.

La aparicion de ambos, como ya hemos dicho, inmutó algun tanto á don Francisco que temió alguna otra nueva escena inconveniente para su hijo, y deseando evitarla despues de las primeras frases un tanto frias y ceremoniosas que entre ellos se cambiaron, dijo:

—Muy delicada es todavía la salud de mi hijo, y como su cabeza se halla bastante débil, si os place pasaremos á otra habitacion donde podremos con mayor libertad hablar.

—Precisamente el objeto que aquí nos trae—repuso el vizconde—se refiere á vuestro hijo, y con él únicamente debemos entendernos.

—Es que.....

Iba á continuar don Francisco, pero su hijo le interrumpió diciendo:

—Dejadles, padre, dejadles, que puesto que tienen algo que tratar conmigo, justo es que les escuche.

—No pretendo que me escucheis solamente—repuso el vizconde con acritud.

—¿Pues qué pretendeis entonces? — preguntó con alguna altivez don Luis.

—Que me contesteis á las preguntas que voy á haceros.

—Luego ¿se trata de un interrogatorio?

—Como todo crímen lo lleva consigo—repuso el padre de María.

—Señor conde—se apresuró á decir don Francisco—reparad las frases que verteis.

—Todas son todavía pálidas para denostar la accion de vuestro hijo.

—Pero, señores; ¿tendreis la bondad de decirme clara y terminantemente de qué se me acusa?—exclamó don Luis medio incorporándose en el sillon en que estaba sentado—¿persistís todavía en la idea de que yo he sido el raptor de vuestra hija?

—¿Tendreis acaso la cobardía de sostener vuestra negativa?—preguntó el vizconde.

A pesar de la palidez que cubria el rostro de don Luis, advirtióse en él todo el efecto que semejante insulto le causaba.

Un relámpago de ira brilló en sus ojos, y con acento alterado dijo:

—Recordad, vizconde, que habeis sido mi amigo.

—¿Y qué quereis decirme con eso?

—Que vos dijísteis muchas veces que no podíais ser amigo de ningun cobarde y de ningun mal caballero.

—Por esa razon he renunciado á vuestra amistad.

—¡Oh!

Y don Luis hizo un movimiento como si hubiera tratado de arrojarse sobre el vizconde.

—Pero su herida recordóle al punto la imprudencia que trataba de cometer, y mal de su grado volvió á caer sobre el sillon, diciendo:

—Don Carlos: ¿cómo podremos calificar la accion de insultar á un hombre que no puede defenderse?

—No temas, hijo—se apresuró á responder don Francisco—aquí está tu padre que recoge las palabras contra tí dirigidas, y que exige al señor vizconde de Lazan la satisfaccion que nuestra honra ultrajada reclama.

—Justificadas están las palabras de mi hijo—repuso el conde—y ya tuve ocasion de deciros, don Francisco, todo cuanto habia en este asunto.

—Y yo os dije entonces, y os vuelvo á repetir hoy, que no podia creer á mi hijo culpable de semejante infamia.

—¿Pues quién otro puede ser?—preguntó impetuosamente Cárlos de Lazan.

—¿Quién otro?—dijo don Luis.—¿Acaso es á mí á quien toca averiguarlo? ¿He ido yo acaso á acusaros por la herida que á traicion me infirieron? Vosotros sois los que debísteis averiguar quién ó quiénes habian sido los raptores de doña María á quien he respetado siempre lo bastante para mancillar su honor. ¿Qué pruebas teneis para acusarme?

—Pruebas tenemos—repuso el conde.

—¿Dónde están? ¿Quién os las ha dado?

—En primer lugar, vos mismo.

—¡Yo!

—Sí, vos; recordadlo bien.

—No os comprendo.

—¿No os atrevísteis á poner vuestros ojos en mi hermana? – preguntó el vizconde.

—¿Y eso era un crímen acaso? Podria ser una falta excusable con la misma belleza y el candor de vuestra hermana; ambos cedimos tal vez á la simpatía, á la misma intimidad de las relaciones que teníamos desde que yo vine á Madrid, pero hubo un momento en que cayó de nuestros ojos la venda, y yo no he tenido para doña María más que el respeto y la consideracion que debia tenerla.

—Si vos cedísteis, fué obligado por la fuerza.

—¿Por la fuerza?

—Porque mi hermana, cumpliendo sus deberes, mejor que vos cumplísteis con los vuestros, os obligó á separaros de ella.

—Y el despecho—añadió el conde—despecho injusto y á todas luces indigno, os ha movido á dar un paso tan criminal como este.

—Vamos, señor conde, tened la bondad de no hacer tales

afirmaciones; vuelvo á repetiros que nada sé de vuestra hija, y que desearia únicamente encontrarme en disposicion de poder ayudaros en vuestras pesquisas.

—Jamás creí que pudiera llevarse la impudencia hasta el extremo que lo estais haciendo. Responded por última vez, ¿quereis decirnos dónde habeis llevado á mi hermana?

—Señor vizconde—dijo don Francisco cortando la frase con que iba á contestar su hijo—he tenido la honra de deciros que Luis es ajeno por completo á la desgracia que deplorais y que yo deploro tambien, y al afirmaros esto, creed que lo hago con la completa conviccion de que es verdad, y siendo así, habeis de comprender cuánto me estoy violentando para no haber castigado ya, cual debia, vuestro incalificable lenguaje.

—Reparad, don Francisco—dijo el conde que la herida que hemos recibido es muy profunda.

—Pero no tanto que os haga olvidar lo que á nuestra honra se debe.

—Padre—dijo el vizconde—¿vinimos á esta casa á gastar lastimosamente el tiempo en vanas palabras?

—¿Y qué otra cosa queríais hacer?

Y el acento de don Francisco al hacer esta pregunta vibró de un modo tan severo y tan enérgico al mismo tiempo, y su mirada adquirió tan imponente expresion que el jóven no pudo ménos de conmoverse algun tanto.

Pero su conmocion fué breve.

Repúsose al punto, y dijo volviéndose á su padre:

—Padre mio, veo que de momento nada podremos hacer aquí; lo mismo don Francisco que su hijo se han propuesto ocultar el hecho; y como que el uno por anciano y el otro por el estado en que se halla no pueden darnos la única reparacion que necesitamos, esperemos á que don Luis se encuentre en disposicion de manejar una espada, y entonces veremos si tiene valor suficiente para seguir sosteniendo su impostura.

—Callad, vizconde, que aun herido y todo estais poniéndome en el caso de que trate de vengar vuestros ultrajes.

Y don Luis, lívido de coraje, consiguió levantarse del sillon y dar algunos pasos hácia su adversario.

Pero el conde de Lazan se adelantó, diciendo:

—Sosegáos, don Luis; lo mismo mi hijo que yo daremos tregua á nuestro enojo, que fuera indigno de nosotros cruzar nuestra espada con quien apenas puede sostenerse.

—En cambio—repuso don Francisco—yo puedo hacerlo; yo que creo inocente á mi hijo del crímen que le imputais, que sufro y siento arder mi sangre bajo el fuego de vuestros ultrajes, dispuesto me hallo á daros cuantas satisfacciones querais, con tal que pueda vengar las ofensas que nos inferísteis.

—No sois vos el culpable, caballero.

—Lo soy desde el momento en que hago mios los actos de mi hijo y todas las frases que pueden ofenderle.

—¡Don Francisco! el amor de padre os ciega.

—Lo mismo que á vos os ciega la ira, haciéndoos sordo á la voz del honor y de la amistad.

—¿Qué quereis decir?—preguntó el de Lazan.

—Que mi amistad ha sido siempre sincera para vos, que habia creido que conocíais mi lealtad y mi honradez lo bastante para no poner jamás en duda mis palabras, y que cuando así lo habeis hecho es prueba evidente de que he dejado de ser vuestro amigo.

—Si apadrinais á vuestro hijo, si quereis disculpar sus actos ¿cómo es posible que crea en vuestra amistad?

—Salgamos de aquí, padre; salgamos de aquí para que no digan nunca estos señores que nos hemos prevalido de su debilidad para continuar nuestros insultos.

Don Luis habia vuelto á caer en el sillon y en su impotencia para responder cual hubiera deseado á las provocaciones del jóven, contentóse con dirigirle una mirada tan terrible que el vizconde hubo de comprenderla, porque dijo:

—Os comprendo, don Luis; enfrenaré mi enojo hasta que esteis en disposicion de manejar una espada, pero ¡ay de vos si cuando ese caso llegue no os encuentro dispuesto á darme vuestra vida por la honra que nos habeis quitado!

—Tomad la mia cuando gusteis—replicó don Francisco.

—Ya os dije que no es con vos, señor, con quien debo dejar terminado este asunto.

—Cesad, don Francisco—dijo el conde que habia tenido siempre por un modelo de honradez y de lealtad al anciano—y dejemos que vuestro hijo pueda responder cumplidamente á los cargos dirigidos contra él.

—Pero mis palabras no bastan á convenceros...

—De la rectitud de vuestras intenciones, desde luego; mas no de la sinceridad que suponeis en vuestro hijo.

Todavía lleváronse un buen rato hablando sobre aquel mismo tema.

Don Luis, á pesar de que en la situacion en que se hallaba cualquiera excitacion le era perjudicial, no pudo menos de exaltarse en algunos momentos, siendo necesario que su mismo padre le recomendara dos ó tres veces la prudencia y que suplicase al conde de Lazan que se llevase de allí á su hijo que estaba provocando de un modo inconveniente á quien no se podia defender.

Don Luis prometióles que tan luego como pudiera ponerse frente á ellos les daria aviso, y ya hemos visto en uno de nuestros capítulos anteriores que cumplió su palabra y que si aquel encuentro no se habia verificado, fué únicamente á consecuencia del aviso dado por el mercader flamenco de que encontrarian reunidos á don Luis y á doña María, como ya hemos visto.

CAPÍTULO LXXIV.

Qué habia sido de Paca la Salada.

Una vez solos padre é hijo, despues de la escena que acabamos de referir, don Francisco exclamó:

—¡Oh! no pudiera imaginarme que tuviera que escuchar semejantes palabras. Imposible parece que el hijo mio haya podido dar lugar á ellas.

—Padre, podeis estar cierto, que de la acusacion hecha por esos caballeros y de la cual yo os juro que han de darme estrecha cuenta, me hallo completamente libre.

—¿Pero entonces en qué se fundan?

—¿Lo sé yo acaso? No puedo deciros más, sino lo mismo que ya os dije en otra ocasion. Ha tiempo amé á doña María, y ella creyóse tambien sin duda que me amaba; y digo que debió creérselo, porque casi de comun acuerdo, uno y otro desistimos de nuestro amor, pero sin violencia, sin que mediase entre nosotros escena alguna que provocase aquel

rompimiento. Uno y otro comprendimos que habíamos equivocado la amistad que nos unia, con el amor, y al reconocer nuestro error, uno y otro tomamos direccion opuesta.

—¿Pero qué cúmulo de circunstancias son las que pueden haber contribuido para determinar de tal manera una excision semejante?

—Lo ignoro, padre mio. Solo puedo deciros que tengo una porcion de enemigos, enemigos que con entera franqueza os aseguro que no sé cómo se han formado, puesto que no recuerdo haber hecho daño á nadie.

—Eso no importa—repuso tristemente don Francisco.—Hay personas de tan ruin corazon, que no haciéndoles más que beneficios, le pagan á uno solamente con terribles ingratitudes. Yo, desgraciadamente, puedo decir mucho de eso.

Don Luis miró sorprendido á su padre, y no pudo ménos de decirle:

—¿Habeis tropezado con alguno de esos miserables, padre?

—Sí; y me temo que alguno de ellos se mezcle en tu juego, y sea el causante de todo esto.

—¿Qué quereis decir?

—Nada. Yo me encargo de averiguar la verdad. Esa mujer que estaba junto á tu cabecera el dia que yo llegué, ¿quién es? ¿la conoces bien?

Don Luis palideció al escuchar esta pregunta.

Comprendió que su padre se referia á Paca, y hablarle de ella en el sentido en que su padre parecia querer hacerlo, era una cosa superior á sus fuerzas.

Así fué, que se contentó con responder secamente:

—Mucho la conozco, padre.

—¡Pluguiera al cielo—repuso don Francisco—que jamás la hubieses conocido si habia de ser causa de tu desdicha!

—Padre—repuso don Luis con acento al par que respetuoso, firme y resuelto.—Os dije, cuando hablamos de eso el primer dia, que era muy grande la deuda que yo tenia con-

traida con esa mujer. Os dije, que la amaba con todo mi corazon, y os suplicaria que nada más volviéramos á hablar respecto á este asunto.

—¿Pero es acaso á una mujer de su especie á la que tú puedes aspirar?

—¿Qué quereis, señor? el amor no repara en condiciones, y Paca, siendo honrada, vale para mí tanto como la más noble dama.

—Pero.....

—Teniendo en cuenta que si á ella le falta nobleza, con la que á nosotros nos sobra, hay bastante para ennoblecerla.

—¿Es decir que estas resuelto á hacerla tu esposa?

—Ya os lo dije y os demandé vuestra vénia.

—¿Y no comprendes que tal vez esa persecucion de que estás siendo objeto, reconozca por causa ese desdichado amor?

—¿Y qué quereis? ¿que ceda por ese temor á vergonzosos amores ó exigencias indignas? Vamos, padre mio; comprended que más digno soy de vos dando mi mano á una mujer plebeya, pero honrada; á una mujer á quien debeis realmente la vida de vuestro hijo; á una mujer que por él ha perdido hasta su honra, único patrimonio que tenia, comprended que es más digno esto, que no asentir á la vergonzosa pasion de esa doña Catalina ó de cualquier otra dama de su misma estofa, de las muchas que abundan por la córte.

—Tampoco exijo yo semejante cosa; pero el caso es, que sin saber cómo ni cuándo, te encuentro enemistado con lo principal de la córte; que el conde de Lazan y su hijo, que era mi antiguo amigo y que ha sido tu primer protector, es hoy tu encarnizado enemigo; que esa doña Catalina que por buenas ó malas artes ocupa una posicion elevada, tambien es tu enemiga; que el conde de Santillan deja por ahí decir frases que te ofenden y que me hieren, y precisamente estas familias son de las principales; todas ellas han contribuido poco ó mucho á tu elevacion, y ya ves cómo te tratan hoy.

—¿Qué quereis que os conteste á eso? Tal vez el conde tenga motivos para lo que dice de mí, motivos por cierto que en nada pueden lastimar mi honra; pero vuelvo á repetiros otra vez que ni doña Catalina puede quejarse, ni de quejarse tiene motivos el conde de Lazan, pues no solo soy ajeno al rapto de su hija, sino que deseo habérmelas con sus raptores.

—Si desistieras de esa union, tal vez cediese el rigor de los que te persiguen.

—Pero, ¿quién me persigue?

—¿Lo sé yo acaso? ¿Crees que si yo lo supiera, aun cuando viejo y achacoso, no hubiera buscado ya mi espada el camino de su corazon? Pues precisamente eso es lo que me asusta; el que aquí luchamos con lo desconocido; el que no sabemos de dónde viene el golpe que nos hiere.

Don Luis quedóse pensativo algunos momentos.

Se padre le contemplaba en silencio.

Despues alzó el jóven resueltamente la cabeza.

—Es inútil—dijo—no renunciaré á Paca, ante ninguna clase de temores. Los hombres de mi raza, y usted lo sabe perfectamente, padre, no han retrocedido jamás ante el peligro.

Don Francisco inclinó tristemente la cabeza.

Agradábale aquel arranque de su hijo; pero al mismo tiempo temia un funesto desenlace en aquella especie de extraño duelo que estaba verificándose entre Luis y sus misteriosos adversarios.

Ante enemigos francos, desembozados y leales, el anciano no solo no hubiera retrocedido, sino que se habria adelantado hácia ellos, considerando á su hijo como un miserable, si llegaba á volverles la espalda.

Pero en la situacion en que se hallaban, variaban por completo las cosas.

El adversario se envolvia en la sombra.

Tiraba el golpe y escondia la mano, como vulgarmente se dice.

PACA

Era luchar con un fantasma, y esta clase de luchas no las comprendia el anciano caballero.

Así fué que resolvió libertar á todo trance á su hijo, á pesar suyo.

Para esto no habia más remedio que sacrificar á Paca.

Y lógico era que el padre no mirase más que á su hijo en aquella ocasion.

Nada más le dijo; no insistió más sobre el asunto que habia servido de objeto á su conversacion y se ocupó únicamente en averiguar con suma destreza dónde Paca vivia.

No le fué esto difícil, teniendo en cuenta que todos los amigos de su hijo la conocian.

Dos dias despues el noble anciano se presentó en casa de la maja.

Paca, desde que habia salido de casa de Luis, estaba triste y apenada.

Amaba con frenesí, con idolatría á aquel caballero que por ella habia expuesto su vida, y cuando ella queria tener el mérito de haber contribuido única y exclusivamente á su curacion, cuando creia que nadie podria separarla del lecho de aquel hombre tan querido, se encontraba no solo alejada de él, sino que lo habia sido ignominiosamente, cual si hubiese cometido un crímen.

Paca habia salido llorando de casa de su amante, y llorando continuó los dias que desde entonces habian trascurrido.

En vano Concha y Dolores habian tratado de consolarla.

Conocia que en las desfavorables condiciones en que don Francisco se hallaba respecto á ella, difícilmente se le podria atraer á la razon, y realmente no se engañaba.

Joselito y Vicente, Ramon de la Cruz y todos los amigos de don Luis, hablaron á don Francisco en sentido completamente favorable á la jóven, pero nada alcanzaron.

El rostro del anciano permaneció constantemente severo mientras de esto se le hablaba, y únicamente sabia decir:

—Mi hijo ha cometido una locura, de la cual felizmente procuraré salvarle.

Y como se comprenderá, semejantes frases no eran las más á propósito para devolver la calma y la esperanza á la pobre Paca.

Todos los dias, y por todos los medios imaginables, procuraba adquirir noticias del hombre que amaba, y un dia por fin, Vicente pudo decirle que habia encontrado una ocasion en que Luis le dijo:

—Di á Paca que tenga confianza en mí; que el primer dia que salga á la calle, para ella será mi primera visita; y que no haga caso de lo que ha sucedido, porque mi padre está ofuscado.

Paca, á pesar de esto, continuó recelosa, y temiendo siempre un triste desenlace para sus amores.

De este modo pasaba sus dias, cuando una mañana sintió llamar á la puerta de su casa.

Apresuróse á abrir, y una exclamacion de asombro se exhaló de sus labios.

Don Francisco de Guevara estaba en el umbral de la puerta.

—Permitidme que os hable dos palabras—le dijo con severo acento.

—Pasad, señor—murmuró la jóven, presintiendo alguna desgracia.

Y efectivamente, razon tenia en presentirlo.

Don Francisco iba como padre que trata de evitar una desgracia para su hijo.

Pintó con los colores más sombríos á Paca, la situacion en que se encontraba don Luis; las asechanzas de que estaba siendo objeto; y finalmente, que todo esto no reconocia por causa, más que su desatentado amor.

—Y bien, señor; ¿qué quereis que haga?—preguntó la maja con los ojos llenos de lágrimas.

Don Francisco le expresó su angustia y su desesperacion, viendo á aquel hijo, único que tenia, expuesto sin cesar, y temiendo á cada paso por su existencia y hasta por la misma posicion que tenia, toda vez que sus enemigos no se detenian ante nada, y de nuevo volvió Paca á decir:

—Basta, señor; explicadme vuestro deseo y yo os juro que aun á costa de mi felicidad procuraré complaceros.

Don Francisco le significó entonces lo que era menester que hiciera para salvar á su hijo.

Era preciso que renunciase por completo á su amor; pero que esta renuncia, debia ser ella quien la hiciese, pues de otro modo quedaria subsistente aquel amor, orígen ya de tantos disgustos para Luis.

Fácilmente se comprende lo que semejante exigencia costaria á la maja.

Precisamente, lo que se la pedia era superior á sus fuerzas.

No solamente se la exigia que renunciase á aquel amor con el cual habia estado viviendo, sino que tambien se la pedia que fuese ella quien tomase la iniciativa en aquel rompimiento.

Don Francisco no se presentó en aquellos momentos del modo que lo hizo al llegar por primera vez á casa de su hijo.

Por el contrario; mostróse afectuoso, suplicante y apenado, y á sus ruegos, no tuvo valor bastante para resistirse Paca.

Como consecuencia de aquella entrevista, dos dias despues recibió don Luis una carta en la cual su amada le decia, que habiendo reflexionado acerca de las diferencias de posicion que entre ellos mediaba, comprendia que no podian subsistir sus relaciones.

Que ambos, merced á aquellas diferencias, no podian ser los amantes queridos que ella habia soñado tantas veces, y que una vez que él ya estaba bueno y que para nada le hacia falta, procurase olvidarla, que ella á su vez trataria de hacer lo mismo.

Luis no creyó por ningun estilo en la verdad de aquella carta.

Contempló á su padre despues de leerla, y el noble anciano estaba tan poco acostumbrado á mentir que se turbó ante la interrogadora mirada de su hijo.

Este no le dijo una palabra; pero en cuanto encontró ocasion para ello, le dijo á Joselito:

—Díle á Paca que he recibido su carta, y que no creo en ella. El primer dia que salga yo, escucharé de sus labios la confirmacion de esa carta.

Y efectivamente, Luis no dijo más, que revelase el proyecto que habia concebido.

El dia que salió, se dirigió á casa de Paca.

Como que habia tenido muy buen cuidado de que ni Joselito ni Vicente, ni aun su mismo padre supiesen ni el dia ni el momento en que iba á verificar su primera salida, ni Paca pudo evitar el hallarse en su casa, ni don Francisco el que su hijo fuese á ver á la maja.

Puede comprenderse la escena que se seguiria á la presentacion de don Luis.

El jóven le exigió que se ratificase en todo cuanto en aquella carta dijera, y Paca no lo pudo hacer.

La consecuencia inmediata fué que despues de cambiadas aquellas primeras palabras de explicacion, la pasion se desbordó de sus almas, y entregáronse á una de aquellas escenas en que apenas veian, ni pensaban, ni sentian más que en sí y para sí mismos.

Cuando don Luis regresó á su casa, don Francisco le esperaba inquieto.

—Padre—le dijo el jóven—os agradezco lo que habeis hecho; pero sucédame lo que quiera, estoy resuelto á casarme con Paca.

—¿Qué quieres decir?—exclamó el anciano que comprendió lo que habia ocurrido.

—Que he visto á Paca, y la he encontrado tan amante, tan bella y tan pura como siempre.

—¿Pero no reflexionas que de nuevo te lanzas en el camino de las aventuras y de los peligros?

—Iré prevenido constantemente.

—Mira que vas á perder tu posicion; reflexiona que los que hasta hoy te han protegido, han de volverte mañana la espalda.

—No me la volverá el rey, y mientras tenga su favor, impórtame poco de lo demás.

Don Francisco comprendió que seria inútil cuanto dijera á su hijo, y no tuvo otro remedio que inclinar la frente ante aquella resolucion.

De este modo llegaron al dia en que el conde de Lazan y su hijo recibieron el aviso de que encontrarian á doña María en amorosa plática con el caballero don Luis de Guevara.

CAPÍTULO LXXV.

Que termina con un desenlace inesperado.

Veamos ahora por qué causa don Luis, convaleciente, pudo encontrarse en la taberna en aquellos momentos.

Aquella misma tarde habia recibido un misterioso billete, segun dijimos en el capítulo anterior, concebido en estos términos:

«Don Luis: acontecimientos ocurridos despues que habeis salido de mi casa me obligan á veros sin falta alguna esta misma noche.

»Se nos espia, y no podemos vernos ni en mi casa ni en lugar donde nadie nos pueda sorprender.

»Estad despues del toque de ánimas en la taberna del tio Manquito, en el barrio de Maravillas, y Joselito entrará á buscaros cuando convenga que salgais.

»Os lo ruega encarecidamente,

Paca.»

Precisamente Luis habia ido aquella mañana, como de costumbre, á la casa de Paca.

Tres dias hacia que salia á la calle, y sus visitas eran únicamente para la jóven.

Le debia explicaciones por la escena que habia tenido lugar en su casa el dia en que llegó su padre, y por la que despues tuvo lugar en su casa.

Fácilmente se entienden y se disculpan los enamorados, y Luis y Paca se entendieron á las pocas palabras.

Así fué que no dejó de ir á su casa, y por lo tanto hubo de prestar completo crédito á una carta que se referia á la visita hecha por él aquella misma mañana, máxime cuando no conocia la letra de Paca.

En su consecuencia, aquella noche, á la hora convenida, llegó el jóven á la taberna, y ya hemos visto el resultado que tuvo su visita.

Todo ello habia sido obra de su misterioso é incansable perseguidor.

La letra de Paca habia sido hábilmente falsificada, valiéndose para obtener algunas letras de la maja, de multitud de medios á cuál más ingenioso.

A sus fines convenia sin duda la presencia de Luis en aquel sitio, y necesario es convenir en que su plan hubo de salirle á las mil maravillas.

La entrada de los soldados en la taberna, taberna desde luego frecuentada en lo general por gentes de mal vivir, todo habia sido obra del desconocido, así como tambien el miserable que con sus excitaciones y sus noticias habia encendido el lúbrico deseo de los soldados, era una hechura suya.

Mientras habia tenido lugar la entrevista de doña Catalina con el conde de Lazan, el vizconde estábase paseando, como sabemos, por la plaza de Afligidos, donde siguiendo las instrucciones que en la carta recibida aquel dia se le daban, debia aguardar el momento en que se presentasen á buscarle.

Un cuarto de hora despues que su padre se hubo alejado de él, reparó que un jovenzuelo se le aproximaba con precaucion.

Juzgando no fuese algun ratero de los muchos que se aprovechaban de la semi-oscuridad que reinaba por aquellos sitios, adelantóse hácia él y le dijo:

—¿Quién va?

—Uno que os viene buscando—repuso el mozalvete, que no era otro que Felipe, el hijo del desconocido á quien ya en otra ocasion vimos cuando su padre le referia el motivo de su venganza respecto á Luis y á su padre.

Felipe pronunció las frases que ya se le indicaban en la carta, y entonces el vizconde siguióle sin recelo, diciéndole:

—¿Me espera mi padre? ¿Ha encontrado á mi hermana?

—Presumo que se trata de sorprender á don Luis en el momento en que trate de realizar sus infames propósitos.

—¡Corramos!—dijo el vizconde, apretando los puños de coraje.

—No tan deprisa, señor caballero—dijo Felipe—que hemos de escuchar una señal para que subais al puesto en que os aguardan.

—¡Una señal!

—Sí, por cierto; la que nos indique que don Luis ha sido cogido.

—¿Y si no lo fuera, encontraríamos á mi hermana?

—Sí, señor.

—En cuanto al otro miserable, si esta noche no cae en mi poder, ya sé yo dónde encontrarle.

—¡Oh! sí, señor vizconde; herid sin temor tan luego como le halleis, porque no es digno de piedad ni gracia.

El acento con que Felipe pronunció estas palabras vibró de tal modo, á pesar de los cortos años del mancebo, que el vizconde no pudo ménos de mirarle sorprendido.

—¿Y tú qué sabes?—le dijo.

—Es que le conozco, señor.

—¿Le conoces?

—Sí tal, y por cierto que si vos no le matais no ha de faltar quien lo haga.

—¿Quién lo habia de hacer?

—Ya se veria entonces.

—¡Pero, muchacho, me sorprende lo que estás diciendo!

—¿Qué quereis? cada uno tiene sus secretos en este mundo.

—¿Y los tienes tú ya, siendo tan mozo?

—Ahí vereis.

Parte de este diálogo habia tenido lugar á la puerta de la casa donde habia entrado el conde de Lazan.

Cuando el vizconde iba á contestar á las últimas frases de Felipe, resonó un agudo silbido, é inmediatamente exclamó el mozuelo con una expresion indescribible:

—¡Arriba al momento, que el pájaro ha caido ya!

Y guiando á Cárlos, que habia sacado la espada, metióse en el portal, siguiendo el mismo camino que media hora antes habia recorrido el conde.

Aquel silbido fué lanzado por el mercader flamenco, precisamente en el momento en que doña Catalina habia indicado al conde que podia abrir la cuarta puerta del salon y marchar en busca de su hija.

Las últimas palabras pronunciadas por Zarini, revelando el verdadero parentesco que existia entre doña Catalina y el conde, dieron lugar á que el vizconde llegase á la habitacion en que habia tenido lugar aquella entrevista, al mismo tiempo que se abria la puerta, apareciendo María, don Luis y el vizconde del Juncal.

Dijimos ya que la aparicion de éstos produjo una exclamacion de sorpresa en las personas allí reunidas, aumentándose esta, viendo aparecer casi detrás del vizconde de Lazan la severa figura de don Francisco de Guevara, que no pudo me-

nos de detenerse en el umbral de la puerta, asombrado ante el espectáculo que á su vista se ofrecia.

Poco antes, y en ocasion en que don Francisco se hallaba en su casa, habíase presentado un hombre, solicitando con urgencia hablarle.

Una vez en su presencia, le dijo:

—Señor don Francisco, vengo á avisarle para que me siga al punto, si quiere salvar á su hijo.

—¿Qué habeis dicho?—exclamó el anciano caballero levantándose de su asiento como movido por un resorte.

—Que el conde de Lazan y su hijo han tendido una celada al vuestro; que la casualidad ha hecho que haya podido enterarme, y que á la vez que he ido á avisar á algunos de sus amigos, he creido conveniente noticiároslo, por si quereis como padre acudir en su socorro.

—Habeis hecho bien y os lo agradezco, y ¡ay de los miserables si á medios tan indignos han recurrido para vengarse!

Y ciñéndose apresuradamente el espadin, lanzóse á la calle, siguiendo al desconocido y llegando á la casa consabida en el momento que acabamos de ver.

Al ver el vizconde de Lazan á don Luis al lado de su hermana, arrojóse sobre él con tal rapidez, que apenas el caballero tuvo tiempo para dar un paso atrás y sacar la espada.

—Ahí le teneis, herid sin miedo—dijo el desconocido al vizconde.

—¡Miserable!—gritó don Francisco tirando á su vez de la espada, y arrojándose sobre el desconocido.

—¡Oh! ¡don Francisco! ¡don Francisco!—gritó éste con un acento en el cual se advertia todo el odio y toda la rabia concentrada quizás durante un largo período—al fin os encuentro, al fin la aborrecida sangre vuestra y de vuestro hijo voy á verlas correr ante mi vista.

—¡El hechicero de Méjico!—exclamó don Francisco con un acento indefinible.

—Sí, el hechicero de Méjico que ha encontrado al fin la ocasion de vengarse.

—Padre—gritó el mozuelo que sirvió de guia al vizconde—aquí estoy yo para ayudaros.

—¡Bien! hijo—gritó con voz ronca el hechicero, como le habia denominado don Francisco—cumple con tu deber.

Y su espada cruzóse con la de don Francisco, que á pesar de sus años le atacaba valerosamente.

Todo esto que nosotros hemos tardado algun tiempo en referir, habia tenido lugar con una rapidez extraordinaria.

María, al ver á su padre, habíase lanzado á él, y estrechamente abrazados padre é hija, apenas se apercibian de lo que á su alrededor pasaba.

El vizconde del Juncal al ver la accion de Cárlos que no pudo prever, interpúsose entre Luis y Cárlos; mas no pudo hacerlo tan pronto, que la espada de éste no hubiese tocado ya en el hombro de Guevara.

Entonces sucedió una cosa extraña.

Aun cuando la herida habia sido muy insignificante, Luis vaciló, y habria caido al suelo á no sostenerle el vizconde que dijo á Cárlos:

—Ved lo que haceis, caballero; ved que á él debeis la salvacion de vuestra hermana.

—Su perdicion querreis decir—repuso Cárlos lleno de cólera, viendo que se le escapaba la ocasion apetecida.

—Os digo que todos hemos sido víctimas de un error, y por mi fe de caballero os aseguro que don Luis es inocente de cuanto hayais podido pensar, y de cuanto yo mismo he pensado tambien.

El acento con que el vizconde del Juncal habia pronunciado estas palabras, llevaba impreso tal carácter de conviccion, era tan resuelto y tan firme al mismo tiempo, que el vizconde de Lazan no pudo ménos de quedarse un tanto suspenso.

Don Luis se habia desmayado.

La lucha que anteriormente sostuviera con los guardias habia hecho que su herida, mal cicatrizada todavía, se le abriese, y habíase ido sosteniendo hasta aquel momento, merced únicamente á un poderoso esfuerzo de su voluntad.

La brusca acometida de Cárlos obligóle á hacer un movimiento demasiado impetuoso, y esto, más que la ligera herida que le hizo el jóven en el hombro, determinó la caida y el desvanecimiento consiguiente á ella.

Preocupados Cárlos y el vizconde del Juncal con el herido, no se apercibieron de lo que acontecia entre el mercader flamenco ó el hechicero, segun queramos llamarle, y don Francisco, cuando de pronto, un grito que resonó en la estancia, les hizo á todos fijarse en el terrible drama que en el otro extremo del salon habia tenido lugar.

Doña Catalina acurrucada, si esta frase podemos usar, en el rincon opuesto, desde el momento en que el conde de Fuentidueña habia hecho su inesperada revelacion, parecia no ver ni fijarse en nada de cuanto la rodeaba.

Zarini ó el conde de Fuentidueña, habia fijado su atencion única y exclusivamente en el grupo formado por el conde de Lazan y María, y abstraido en sus meditaciones hubiera podido decirse apenas si tenia conciencia del mundo en que vivia.

Así fué que al grito exhalado por don Francisco al caer mortalmente herido, fué cuando tan solo alzó la cabeza vivamente, y rápido como el pensamiento, obedeciendo más que todo á un movimiento instintivo, tiró de la espada, y cayendo sobre el desconocido le atravesó el pecho.

—¡Ah, miserable! Has muerto á uno de los mejores caballeros de España, pero tu crímen no ha de quedar impune.

CAPÍTULO LXXVI.

Dos muertos y una loca.

Digamos antes de proseguir, cómo el vizconde del Juncal despues de la carta que en otro lugar vimos habia dirigido al conde de Lazan rompiendo su compromiso con María, y acusando tanto á ésta como á su padre de haber llevado á cabo una superchería para conseguir de él que renunciase los bienes objeto del pleito que habian sostenido, casándose ella con don Luis, pudo mudar de opinion.

Una vez puestos en fuga los guardias, el vizconde pudo darse cuenta realmente de la situacion y de las personas á quienes habia salvado.

Entonces, recordando el anónimo que habia recibido y en el cual se le decia que el conde y María le habian engañado; que fué lo que dió márgen á su carta dirigida al conde, apresuróse á saludar ceremoniosamente á Luis y á María tratando de salir despues de aquel inmundo lugar.

Pero Luis, á quien su padre habia dicho las prevenciones que contra él abrigaba la casa del conde de Lazan y que posteriormente tuvo ocasion de oir de sus mismos labios las quejas que contra él existian, no quiso desperdiciar la ocasion que se le presentaba para dejar las cosas en el punto que debia.

Así fué que le detuvo y provocó una explicacion.

Ésta, dadas las personas entre quienes mediaba, fué tan completa como podia esperarse.

María explicó en breves palabras todo lo ocurrido; el vizconde á su vez dijo tambien lo de los anónimos que recibiera y la carta que habia escrito al de Lazan, y así pudo explicarse Luis la escena que en su casa habia tenido lugar y las voces que respecto á él circulaban en la córte.

Uno y otro por su fe de caballeros juraron que cuanto habian dicho era verdad y como que el vizconde amaba verdaderamente á María y ésta de su primer amor á don Luis no conservaba más que un recuerdo sumamente débil, no fué difícil que se llegaran á entender.

Despues de esta explicacion que fué breve porque el caso no exigia otra cosa, trataron de salir de allí.

Luis propuso que se buscara una silla de manos, pero pareciéndoles sentir rumor de voces hacia el otro extremo del aposento en que se hallaban, por no salir por la taberna y mucho más habiendo dicho María que aquella misma tarde sus guardias la habian hecho cambiar de domicilio, y que habia ido al sitio á que se hallaba cruzando habitaciones interiores, pusiéronse á buscarlas, y efectivamente dieron con un corredor por el cual dijo la jóven que habia pasado.

Al final de este corredor encontraron una estancia más capaz, y desde ella percibieron más claras y más distintas las voces que ya antes escucharan.

Entonces se acercaron á la puerta.

Trataron de abrirla, pero se convencieron de que estaba cerrada por la parte opuesta.

Intentaron llamar, cuando la puerta se abrió violentamente, y nuestros lectores saben ya lo que ocurrió á su aparicion.

Explicado esto, continuemos nuestro relato.

La mortal herida recibida por don Francisco no habia sido hecha por la espada de su adversario.

Felipe, el hijo de éste, el rapazuelo que habia ofrecido á su padre ayudarle, al ver que éste se encontraba un tanto apretado por la espada de don Francisco, y que la sangre manchaba ya su traje, señal de que la espada del anciano le habia tocado, no vaciló ya, y sacando un puñal, hirióle por la espalda, aprovechándose de un momento de descuido del anciano.

Pero de poco le sirvió su villana accion.

Ya hemos visto que el de Fuentidueña, vuelto en sí por el grito de don Francisco, se apresuró á vengarle, aun cuando las heridas que ya tenia el hechicero de Méjico ó el mercader flamenco, segun queramos llamarle, hubiéranle producido tal vez la muerte, pues solamente por un efecto de su mismo coraje y de su odio hácia don Francisco, puede decirse que estaba sosteniéndose.

Al verle morir, su hijo se arrojó sobre él.

Del mismo modo, el conde de Fuentidueña, el de Lazan y María se aproximaron á don Francisco.

Doña Catalina permaneció inmóvil.

—¿Y mi hijo?—preguntó con voz débil el anciano caballero.

Entonces se fijaron todas las miradas en el grupo formado en la habitacion inmediata por Cárlos y el vizconde del Juncal tratando de hacer que volviese en sí don Luis.

—Ha salido en busca de auxilios—dijo el de Fuentidueña, que se hizo cargo de la situacion y no quiso agravar el dolor del anciano diciéndole la verdad.

—Todo será inútil—dijo con voz cada vez más débil don Francisco—entiendo demasiado en heridas, y sé que la mia es mortal.

Fuentidueña ó Zarini, pues nuestros lectores le conocen ya

por ambas denominaciones, que tambien poseia conocimientos quirúrgicos, no pudo ménos de convenir en que don Francisco tenia razon.

—Decidle á mi hijo—prosiguió el anciano, teniendo necesidad de detenerse á cada palabra—que desconfie de ese hombre con quien acabo de batirme. Es un infame que no merece más que la muerte. La vida de mi hijo estará en peligro mientras ese miserable subsista..... Yo creí..... haberle muerto en Méjico.....

—Nada temais, don Francisco—dijo el de Fuentidueña—yo le he dado el castigo que merecia.

—¡Y yo que le habia creido!—murmuró el conde de Lazan.

—¡Gracias!—dijo don Francisco con voz expirante.—¡Gracias, señor, por haber..... librado..... á mi hijo..... de ese hombre!.... señor conde—prosiguió dirigiéndose al padre de María—tened fe en la palabra de un moribundo..... mi hijo nada..... ha hecho que pueda..... mancillar vuestro..... honor!..... ¡Oh!...

Y el anciano entró en el período de la agonía revolviéndose entre las postreras convulsiones.

—¡Dios mio!—exclamó María cayendo de rodillas.—¡Tened piedad de su alma!

—¿Y mi hijo?....—volvió á murmurar don Francisco abriendo lentamente los ojos.—No le veo..... Cómo..... ha podido dejar á..... su..... padre..... en estos momentos.....

—Pronto vendrá—dijo Fuentidueña terriblemente afectado por aquella escena.

—¡Oh!.... ya no le veré..... ya no le veré más..... me ahogo..... no..... no puedo..... más.... ¡Hijo mio!.... ¡Hijo mio!.... Yo..... yo te..... bendigo!

Y don Francisco abrió la mano cual si tratara de bendecir á su hijo; hizo un esfuerzo para incorporarse, y despues cayó al suelo pesadamente.

Acababa de espirar.

Al mismo tiempo, el misterioso personaje, causa de aquellas últimas catástrofes, agonizaba tambien.

Su hijo y el criado, á quien ya conocemos, y que era precisamente el que habia ido á buscar á don Francisco, le tenia estrechamente abrazado.

—¡Oh! padre!—decia Felipe con voz ahogada por el dolor—¡yo os vengaré!

—¡Sí, hijo!—murmuraba el moribundo con acento en que vibraba una cólera impotente—yo muero llevándome conmigo al padre, gracias á tí, pero queda el hijo.

—Tambien morirá á mis manos.

—Mientras quede uno de esa familia maldita, no descanses..... no des tregua á tu venganza..... pero haz que sea horrible..... no mates de..... una vez.....

—¡Os comprendo, padre, os comprendo!

—Pero, señor—decia el criado con voz suplicante—ved que ya es demasiado lo que habeis hecho.

—Calla, calla.....—le dijo el moribundo encontrando todavía en su acento un poco de energía para hablar á su criado—y por tu vida..... por lo mucho..... que me debes..... ni una palabra..... Tú, hijo mio..... no olvides..... que..... tu padre..... te lega..... su..... venganza..... ¡Ah!.... ¡Qué horrible!.... fuego me devora!

—Yo os juro.....

—Sí, hijo.....—murmuró el herido, aproximando sus labios al oido de su hijo para que nadie pudiera escucharle—véngame..... haz..... que..... don Luis..... muera..... deses.....perado..... ¡Oh! no puedo..... no tengo..... ya..... fuerzas.....

—¡Padre! ¡padre!.. .

Y Felipe trató de incorporar á su padre que volvió á caer con la rigidez de los cadáveres.

. . . . . .

Siguiéronse algunos momentos de silencio.

Durante ellos no se escuchó más que el murmullo produ-

cido por las oraciones que María estaba rezando junto al inerte cuerpo de don Francisco.

Dos horas despues las rondas avisadas oportunamente por el vizconde del Juncal, se hacian cargo de los dos muertos, y don Luis, que habia vuelto ya en sí merced á los auxilios del médico á quien se envió á buscar, era conducido á su casa, habiéndose procurado que ignorase, por el momento al ménos, la suerte de su padre.

Los dos vizcondes no le abandonaron un instante, y el conde de Lazan acompañado de su hija se dirigió á su casa terriblemente afectado por los sucesos de aquella noche.

En cuanto á doña Catalina, que habia permanecido, como ya hemos dicho, acurrucada en un rincon del aposento desde que Fuentidueña la hizo su última revelacion, al dirigirle la palabra y al tratar de sacarla del estado en que se hallaba, lanzó una carcajada histérica, desconsoladora, carcajada que revelaba una perturbacion completa de sus facultades mentales.

Efectivamente, las impresiones que habia experimentado fueron tan violentas que su cerebro no pudo resistirlas.

Cuando la condujeron á su casa y los médicos enviados á buscar la reconocieron, todos estuvieron conformes en su opinion.

Estaba loca.

El conde de Fuentidueña al abandonar sombrío y solo aquella casa, teatro de tantas horribles escenas en tan corto espacio, murmuró con acento indescribible al penetrar en su laboratorio que tenia comunicacion con ella:

—¡Dios mio! ¿habré ido acaso demasiado lejos en mi venganza?

CAPÍTULO LXXVII.

Donde don Luis de Guevara adquiere algunas noticias que le interesan.

Algunos dias habian trascurrido desde la funesta noche en que murió don Francisco de Guevara, y en que doña Catalina perdió la razon.

El conde de Lazan habia recobrado á su hija; habíanse reanudado las relaciones entre ésta y el vizconde del Juncal, y todo parecia caminar prósperamente para aquella familia que tan rudamente castigada habia sido especialmente en sus últimos años.

En cambio, en casa de don Luis todo era desolacion y tristeza.

La muerte de don Francisco, ocurrida en las circunstancias que hemos visto, y que el vizconde del Juncal y el conde de Lazan creyeron de su deber referir al jóven con todos sus detalles, no pudo menos de afectarle, máxime desconociendo aquella venganza que tantos disgustos le habia proporciona-

do hacia algun tiempo, y desconociendo tambien á la persona ó personas de quienes debia recelar.

Porque lo mismo el vizconde que el padre de María hubieron de decirle que el enemigo de su padre habia dejado un hijo que entre la confusion consiguiente á los acontecimientos de aquella noche, habia desaparecido, acompañado de otro personaje que habia asistido á los últimos momentos de su padre.

En vano trataba Luis de recordar algo que hubiese oido á su padre, y que pudiera servirle de indicio para llegar al esclarecimiento de aquellos hechos, que tan misteriosamente se le referian.

En vano más tarde, al hacerse cargo de cuantos papeles y de cuantos documentos existian en su casa solariega, buscó algo que pudiese darle luz sobre lo que tanto anhelaba saber.

Asi fué, que desesperado por la inutilidad de sus esfuerzos, no tuvo otro remedio que tratar de dar al olvido la causa por la cual habia muerto su padre, así como los peligros que á él pudieran amenazarle, toda vez que le era imposible averiguar nada.

Sin embargo, precisamente en los momentos en que el jóven caballero más desesperado estaba por la carencia de un indicio que pudiera revelarle aquel misterio, otros personajes de quienes él nada podia sospechar, estaban precisamente ocupándose de este asunto.

Campillo, el escudero á quien hemos visto recoger el último suspiro del falso mercader flamenco, cada vez más preocupado, salió de la casa en que habia ocurrido la muerte de su señor, conduciendo á Felipe en quien el dolor y la ira apenas le dejaban ver por donde iba.

—¡Oh, noble padre mio!—murmuraba Felipe con acento en que vibraba de un modo poderoso el vengativo afan—yo te juro que completaré tu venganza algun dia. Mucho has hecho tú, quitando la vida al que tanto te ofendió; pero como

que á ese hombre le queda un hijo, yo haré con él lo que tú has hecho con su padre.

—Callad, señor—exclamó Campillo que como ya hemos visto en algunas ocasiones, habia tratado de disuadir á su difunto amo respecto á la prosecucion de la venganza que se propuso realizar—paréceme que más es esta hora de rogar por el alma de vuestro padre mi señor, que no de hacer alarde de vuestros vengativos impulsos; venganza que con verdad os digo, no debeis acometer siquiera.

—Vamos, Campillo—repuso el mozo con ofendido acento —mi padre te reprendia muchas veces por ese conciliador afan de que hacias alarde, y no quisiera yo tener que hacer contigo lo mismo que mi padre.

—Es que yo miraba las cosas de un modo distinto que vuestro padre, y de un modo distinto tambien que las veis vos. Creedme, vuelvo á repetiros; amenguad el enojo que sentís hácia don Luis, y estoy cierto que hareis una buena accion.

—¿Y te atreves todavía á hablar así estando aun caliente el cuerpo de mi padre?

—Sí tal; y vos sabeis que queria á vuestro padre como á un hermano; más todavía, porque le era deudor de la vida; pues cuando á pesar de ese cariño os hablo de esa manera, debeis comprender que tendré razones para ello.

—¿Qué razones son esas?

—No puedo decíroslas.

—¿Por qué?

—Es un secreto que existe entre vuestro padre y yo, y bien sabeis que no he hecho traicion jamás á los secretos de mi señor.

—Está bien—repuso Felipe al cabo de algunos momentos de silencio y de meditacion—tiempo de sobra me queda para pensar lo que debo hacer.

Y tras estas palabras, Felipe penetró en su posada seguido del escudero, quien le dijo:

—Necesitamos recoger cuanto tenemos aquí, y cambiar nuestro domicilio inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque reconciliados el conde de Lazan y el vizconde con don Luis de Guevara, son todos poderosos, y bien pronto podian dar con nosotros.

—Razon tienes; ocultémonos ya que así lo quiere la suerte; pero ¡ay del dia en que yo pueda mostrarme frente á frente á don Luis de Guevara!

Y el acento de Felipe, á pesar de sus años juveniles, respiraba un odio tan grande, que no pudo menos el buen Campillo de estremecerse.

—Yo lo que haré—dijo—será rogar al Todopoderoso para que separe de vuestra mente todo pensamiento de venganza.

—Ruego inútil, Campillo; yo la llevaré á cabo.

El escudero inclinó tristemente la cabeza y siguió á su amo que apresuradamente se puso á recoger algunos efectos.

Poco despues salian de la casa amo y criado.

Alejáronse de aquellos sitios sin decir una palabra y cruzando varias calles fueron á parar á los barrios opuestos al que habian habitado.

Pronto encontraron nueva posada.

Campillo arregló á su jóven amo en una de la calle de Toledo, y allí decidieron esperar los acontecimientos.

Al dia siguiente, Felipe se dirigió á averiguar lo que habia pasado en la casa donde habia muerto su padre, y Campillo una vez solo exclamó:

—¡Señor, es impío lo que va á suceder! mi amo llevó su venganza hasta un extremo que apenas se puede concebir. Yo cometí la imprudencia, llevado de mi gratitud, de prestarle un juramento, juramento inicuo que me veo obligado á callar. Pero yo no quiero, no puedo permitir que suceda esto.

Y el pobre hombre quedóse pensativo un bnen espacio, murmurando despues lleno de ira:

—Nada; no se me ocurre ningun medio para salvar esta situacion que me aterra, no por hoy, sino por mañana, por mañana cuando don Felipe sea hombre y quiera llevar á cumplido efecto la promesa que ha hecho á su padre.

Y otra vez volvió á pensar, y sin duda esta vez debió ser más feliz en su propósito, porque se dió una palmada en la frente diciendo:

—¡Ah, buena idea! Nadie puede aconsejarme más que el conde de Fuentidueña, que anoche estaba tambien en la casa maldita donde mi señor entregó la vida. Él, que tambien impulsado por el demonio de la venganza contribuyó á que se cometieran los crímenes que allí tuvieron lugar, y que en su rostro demostraba que se hallaba arrepentido de lo que habia hecho, él podrá aconsejarme mejor.

Y Campillo, satisfecho con la buena idea que se le habia ocurrido, apresuróse á prepararse para salir.

Y decimos á prepararse, porque murmuró:

—¿Dónde diablos tendré yo ahora aquellos papeles que mi señor me entregó hace tiempo por si acaso moria? Es preciso que los busque, porque el conde no conoce en todos sus detalles la historia sombría de estos sucesos.

Y diciendo así, púsose á registrar la vieja maleta donde guardaba todos sus efectos, hasta que dió con una especie de abultado pliego que guardó cuidadosamente, diciendo:

—Ni aun yo mismo sé el contenido de lo que aquí se encierra; pero segun mi señor me dijo, esta es la verdad de lo que ha pasado, y como que están destinados á entregarse precisamente cuando la catástrofe sea irremediable ya, no dudo que será cierto todo cuanto en ellos se diga. El conde es un caballero prudente y entendido y podrá aconsejarme lo que debo hacer.

Campillo aprovechó los momentos en que su amo estaba fuera de casa, como ya hemos dicho, y se lanzó á la calle.

Resueltamente se dirigió hácia la casa de Giacomo Zarini,

y poco despues se encontraba en presencia del perfumista.

—¿Me conoceis, señor?—le preguntó.

El conde de Fuentidueña se le quedó mirando fijamente, diciéndole despues:

—Sí, estabas anoche al lado de tu amo cuando quitó la vida al noble don Francisco de Guevara.

—¿Y ningun otro recuerdo tiene su merced de mi persona?

—Ninguno—repuso el conde.

—¿No se acuerda su merced del antiguo capitan Armendariz?

—¡Cielos! ¿eres tú su escudero? ¿aquel Campillo que tantos servicios le prestó en Méjico?

—El mismo, para servir á vuestra merced.

—Triste muerte ha tenido tu amo, aun cuando bien merecida por la ruindad de pensamiento que siempre habia tenido. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Vengo, señor, á pediros un consejo. Vos que habiais soñado con la venganza, segun en algunas ocasiones que hablabais con mi señor pude entender, vos que sabiais que mi amo tambien iba tras de ella, podreis aconsejarme lo que debo hacer hoy que él ha muerto y la ha legado á su hijo. Yo conozco esa venganza, es terriblemente monstruosa, y sin embargo no puedo impedirla porque un juramento sella mis labios, y bien sabeis que yo jamás he hecho traicion á mi señor.

Zarini, ó Fuentidueña, segun queramos llamarle, quedóse breves segundos contemplando al escudero.

Su frente se nubló de un modo extraordinario al aludir Campillo á su venganza, y dijo despues:

—Ignoro de qué se trata y no puedo comprender la clase de consejo que me pides. Sabia que tu amo perseguia encarnizadamente á don Francisco de Guevara; me eran conocidas algunas de las ruindades empleadas por él en Méjico; pero á todas mis preguntas sobre las causas que para obrar así le impulsaban, permaneció mudo siempre.

—Por eso, señor, para que sepais de lo que se trata y podais aconsejarme bien, os traigo unos papeles que mi señor me confió tiempo hace.

—Mal guardas el secreto de tu amo—repuso severamente el de Fuentidueña.

—Reparad, señor, que yo no sé lo que en esos papeles se encierra.

—¿No te lo dijo tu amo?

—Díjome únicamente que se los entregase á su hijo, si él moria en el momento en que aquel hubiese dado muerte á don Francisco de Guevara ó á su hijo don Luis.

—Y puesto que don Francisco ha muerto ¿por qué no has cumplido el encargo de tu amo?

—Porque antes de espirar mi señor encomendó á su hijo la continuacion de su venganza; porque me prohibió que dijese una sola palabra; porque mantuvo todos los encargos que me habia hecho, y francamente, señor, yo siento remordimientos qne me atormentan al pensar en lo que va á suceder.

—Sin embargo, tu amo debió tener razones para obrar así.

—Hay venganzas, señor, que parecen justificadas por ofensas graves inferidas anteriormente, pero la de mi señor no estaba en ese caso.

Fuentidueña quedóse pensativo algunos momentos y dijo despues:

—¿Y bien, qué es lo que quieres que yo haga?

—Que leais, señor, esos papeles y puesto que sabeis ya el destino que tienen, que me aconsejeis lo que debo hacer.

—¿Pero has reflexionado que obrando así olvidas por completo el secreto de tu señor?

—Vuelvo á repetiros que yo obro como que ignoro lo que esos papeles contienen; podrá acusárseme de abusar de la confianza depositada en mí, pero cuando os entereis de la verdad, espero que habreis de disculparme.

—Está bien; yo á mi vez te digo que leeré esos papeles y procuraré olvidar su contenido.

Y el conde tomó el pliego que Campillo le entregaba, añadiendo:

—Mucho es lo que exiges, puesto que quieres que te aconseje; sin embargo, en vista de lo que aquí se encierre obraré cual mi conciencia me dicte.

—En vestra prudencia confio, señor, y por eso vine á consultaros.

Poco despues Campillo abandonaba la casa del perfumista.

CAPÍTULO LXXVIII.

El odio de Armendariz.

Una vez que se hubo quedado solo el conde de Fuentidueña, volvió y revolvió entre sus manos el papel que acababa de dejarle Campillo, murmurando:

—¡Oh, qué mala consejera es la venganza! ¡Si yo pudiera evitar ahora las consecuencias de la mia!.... Pero eso es imposible; el mal ya está hecho, y mucho tengo que llorar porque muy grande tambien ha sido la desdicha. Tal vez Campillo haya hecho bien en traerme esos papeles, porque quizás así pueda evitarse una desgracia; pero, verdaderamente, ¿tengo yo derecho á inmiscuirme en los secretos y en los misterios de una familla? No sé si obro bien ó mal en ello, pero la intencion que me guia es noble y generosa, y bien puede disculpárseme la accion en gracia del pensamiento.

El conde llamó á su escudero, y dándole expresa órden de

que á nadie queria ver, púsose á leer aquellos documentos que decian así:

Papeles para entregar á mi hijo don Felipe, el dia en que haya dado muerte á don Luis de Guevara.

Hoy que has realizado ya mi venganza; hoy que me has librado de cualquiera de los dos individuos de esa familia, á quienes quisiera haber hecho sufrir los horribles tormentos por que yo he pasado, quiero que sepas la verdad entera, á fin de que sufras tambien, porque es muy justo que sufras algo siquiera de lo que ha padecido el que por tantos años creiste tu padre.

Campillo te entregará esos papeles, á pesar de los necios escrúpulos que le acometen.

Al fijar tu vista en ellos, el dia en que hayas dado muerte bien á don Francisco de Guevara, bien á su hijo don Luis, estoy seguro que el remordimiento que has de sentir acibarará tu vida por completo, y mi última aspiracion habrá quedado con eso satisfecha.

Basta ya de exordio y entremos de lleno en la cuestion.

Hace años, en un pueblo de Andalucía, vivia un noble caballero que merced á su influencia, á su dinero y á su nobleza atropelló indignamente á un pobre hidalgo que no tenia otros recursos que el modesto destino que desempeñaba.

El hidalgo era mi padre, don Pedro Armendariz.

El noble caballero, don Lúcas de Guevara.

El hidalgo tenia un hijo que llevaba su mismo nombre.

El caballero tenia tambien un hijo que se llamaba don Francisco.

El noble mostróse completamente satisfecho el dia en que supo que habia causado la completa ruina del hidalgo, y que éste se habia visto obligado á salir del pueblo.

Pero no contaba con que don Pedro Armendariz llevaba

un odio profundo en su corazon contra el que habia causado su desgracia, odio que se aumentó al ver que su esposa, profundamente desesperada por las desgracias que les habian sobrevenido, sucumbia bajo el peso de ellas, exhalando su postrer aliento en medio de la mayor miseria.

Entonces hizo un juramento terrible.

Sobre el cadáver de aquella infeliz, juró vengarse cumplidamente de quien tenia la culpa de todo, y supo cumplirlo.

Un dia circuló la noticia de que estaba ardiendo una de las mejores posesiones que tenia el noble don Lúcas de Guevara.

Fueron inútiles todos los esfuerzos hechos para apagar el incendio, y las ruinas de aquella gran hacienda, eran de gran consideracion para la fortuna del caballero.

Poco despues esparcióse la voz por aquella comarca, de que se habia formado una partida de bandidos que andaban saqueando todos aquellos pueblos, sin que hasta entonces se hubiese podido dar con ellos.

Bien pronto, dos de los cortijos de don Lúcas fueron saqueados por los bandidos.

Más tarde, su mismo hijo don Francisco cayó en poder de ellos, y le exigieron por su rescate una suma considerable, que no tuvo otro remedio que entregar el atribulado padre, que no podia comprender cómo se desplomaban sobre él tantas y tan repetidas calamidades.

Un dia, se vió preso; se le habia delatado al Santo Oficio, y se vió en apuros para poderse librar de las iras de aquel terrible tribunal.

Durante el tiempo que estuvo en las prisiones de Sevilla, el resto de sus haciendas habian sido destruidas por el incendio ó por el saqueo; su misma esposa habia caido en poder de los bandidos, que la dejaron de tal modo, que hubo de considerar como un beneficio la muerte que le sobrevino despues.

Don Lúcas creyó volverse loco.

No podia comprender, qué era lo que él habia hecho en el mundo para padecer tan horrible castigo, y cada vez que contenplaba á su hijo, llenábanse de lágrimas sus ojos, considerando el porvenir que le aguardaba.

En cambio Armendariz, enriquecido merced á la nueva vida á que se entregaba, habia enviado el suyo á la Universidad de Salamanca, donde le hacia estudiar, ignorante de lo que hacia su padre.

Por fin, don Lúcas de Guevara no pudo soportar por más tiempo tan repetidas desventuras, y cayó gravemente enfermo.

Cuando estaba en sus últimos momentos, un fraile penetró en su casa y se aproximó á su lecho.

Solicitó quedarse solo con el moribundo, y una vez conseguido esto, alzóse la capucha que cubria su rostro.

Don Lúcas, entre las sombras de la muerte, conoció á su implacable perseguidor.

Armendariz estaba allí, y Armendariz le reveló todo cuanto habia hecho para vengarse de su proceder de otro tiempo.

Trémulo de espanto, escuchó don Lúcas las frases de su enemigo, y no pudiendo soportar aquel relato, cerró los ojos, siendo presa de un accidente que Armendariz creyó mortal, y que le obligó á abandonar el lecho y la casa de don Lúcas.

Sin embargo, éste volvió en sí todavía; pero fué por pocos momentos, y sin tener conciencia alguna de lo que habia sucedido.

Así fué que nadie pudo explicarse qué era lo que habia pasado entre él y el fraile, ni quién era éste.

Don Lúcas murió, y su hijo don Francisco encontróse por toda herencia con las deudas que su padre habia contraido durante su enfermedad.

Pero el jóven no se desanimó; comprendió que no tenia otro remedio que tratar de hacer carrera en el ejército, y

marchóse inmediatamente á la córte, donde consiguió que le hicieran alférez en uno de los cuerpos que á la sazon estaba en la guerra.

Entre tanto Armendariz, alcanzado un dia con su partida por los vecinos de los pueblos ayudados por las tropas destinadas á su persecucion, murió de resultas de las heridas recibidas.

Sin embargo; antes de morir confió á uno de los suyos el encargo de que marchase á Salamanca y entregase á su hijo unos papeles en los cuales estaba consignada su postrera voluntad.

Esta se reducia á recomendarle la prosecucion de su venganza en la persona del hijo de don Lúcas de Guevara, revelándole los motivos que para ello tenia, y al mismo tiempo indicándole dónde encontraria los fondos que habia ido enterrando para el caso de que falleciese.

El jóven estudiante de Salamanca, que con gran aprovechamiento se habia dedicado á la medicina, leyó atentamente aquellos papeles, y formó el propósito de cumplir en un todo con la voluntad de su padre.

Terminó su carrera, recogió el dinero, fruto de los latrocinios de su padre, y tomó lenguas respecto al lugar en que podria encontrarse don Francisco de Guevara.

Este habia adelantado merced á su valor y á sus nobles parientes, y habia marchado á Méjico.

Armendariz no se detuvo un momento.

Hizo sus preparativos, y se embarcó para el mismo sitio.

Dias antes de hacerse á la vela, una noche que se retiraba á su posada en Cádiz, escuchó unos lamentos que partian de una callejuela inmediata.

Como que Armendariz no tenia nada de cobarde, apresuróse á tirar de la espada, dirigiéndose en socorro del que tan lastimeramente se quejaba.

Tres rufianes tenian acorralado á un pobre diablo que no

se podia defender porque estaba herido, y estrechaba convulsivamente entre sus manos una pequeña bolsa de cuero, de la cual trataban aquellos de apoderarse.

Armendariz cayó sobre los rufianes, púsoles en precipitada fuga, y dirigióse al punto en socorro del herido, á quien trasportó en sus brazos hasta una taberna vecina.

El herido era un pobre escudero que se habia quedado sin acomodo, y los tres bribones, que le habian visto sacar la bolsa para pagar el gasto que habia hecho en el figon donde cenara, fueron siguiéndole hasta llegar á aquella callejuela solitaria donde le acometieron, y donde le hubieran muerto indudablemente, á no ser por el auxilio del jóven médico.

Curóle éste la herida, enteróse de todos los detalles que se acaban de referir, y una vez curado, le hizo la proposicion de si queria pasar á su servicio.

Aceptó el agradecido mozo, y desde este momento Campillo no se separó más del jóven don Pedro Armendariz.

Llegaron á Méjico, y como que el médico era una especialidad para cierta clase de enfermedades de la vista, y los españoles que contínuamente estaban llegando á aquel puerto sentíanse atacados todos por esta clase de afecciones, bien pronto la fama de Armendariz se extendió por todas partes.

Sin embargo, él no habia ido á Méjico para curar enfermos únicamente.

Habia ido en busca del objeto de su venganza, y bien pronto supo que don Francisco de Guevara era no solamente de las personas más consideradas en Méjico, sino que hasta se hablaba de que iba á contraer enlace con la hija de uno de los oidores de aquella Chancillería.

Una noche Armendariz fué llamado para asistir á una enferma que se encontraba de suma gravedad.

Esta enferma era doña Inés Perez Sarmiento, hija del oidor don Cristóbal, y precisamente la misma con quien se hablaba de que iba á casarse don Francisco.

La jóven se hallaba enferma de gravedad.

Sin embargo Armendariz se comprometió á curarla, y de tal modo hizo uso de su ciencia, y tanta asiduidad y tantos cuidados empleó, que consiguió salvar la vida á la jóven.

En sus visitas, en sus prolongadas estancias en casa del oidor, vió algunas veces á don Francisco, y no pudo menos de sorprenderle la frialdad con que trataba á una tan hermosísima dama como doña Inés.

Supo que el proyectado enlace era hijo únicamente de una deuda de gratitud contraida por el oidor respecto á don Francisco, el cual habia tenido ocasion de salvarle la vida en una sublevacion de algunos indios del interior, en ocasion que se hallaba entre ellos el padre de doña Inés.

Estudió un poco á la jóven, y vió que en su corazon no habia cariño alguno respecto al capitan; y como que no se explicaba la frialdad é indiferencia de éste, tratándose de una jóven tan bella y que para él representaba una fortuna, trató de averiguar la causa y supo que don Francisco estaba prendado de una preciosa jóven hija del campanero de la catedral, cuyo amor habia conseguido no presentándose á ella con su nombre y categoría, sino como un simple alférez aventurero, llamado Francisco sin otro apellido ni otro patrimonio que el de su valor y su esfuerzo.

Armendariz sintió un gozo cruel cuando supo esto, y cuando tuvo ocasion de ver á la jóven, inmediatamente trazóse el plan que creyó darle mejores resultados en la venganza que proyectaba.

CAPÍTULO LXXIX.

Armendariz toma las formas más á propósito para herir á su adversario.

El campanero de la catedral, era un pobre soldado llamado José, el cual habia quedado ciego á consecuencia de una herida, y á quien se le habia dado, más como limosna que como otra cosa, el cargo de campanero de la catedral.

Su hermosa hija Carlota, único recuerdo que le quedaba de una idolatrada esposa, muerta algunos años antes, era realmente un modelo tanto de belleza como de virtudes.

Don Francisco la vió, se prendó de ella y no queriendo que para nada pudiera entrar en el amor que la jóven sintiese hácia él, la más pequeña parte de egoismo, no quiso hacer ostentacion ni de la posicion que en el mundo ocupaba ni de su nobleza, y con su nombre de pila únicamente y fingiéndose un triste alférez, como hemos dicho, presentóse en la modesta vivienda de José, donde pronto consiguió interesar el

corazon de su hija y captarse la benevolencia y el afecto del anciano soldado.

Si Francisco estaba prendado de Carlota, Carlota amaba con toda la fuerza de su alma á Francisco.

La circunstancia nueva del servicio que habia tenido ocasion de prestar al oidor Perez Sarmiento, y el ser precisamente un lejano pariente de don Frànсisco, el virey que á la sazon habia en Méjico, hicieron que entre éste y el oidor se tratara el matrimonio de Inés y el gallardo capitan, sin tener en cuenta si los corazones de ambos jóvenes habian simpatizado, ni si podrian amarse bastante para ser felices en el nuevo estado que se les destinaba.

En estos momentos fué cuando Armendariz se presentó en escena, dándole la casualidad un papel que representar en medio de nuestros amigos.

Un dia Armendariz, con el pretexto de visitar la catedral de Méjico, entró en la casa del campanero.

Intencionadamente dejóse en ella un álbum donde se veian algunos dibujos de otros monumentos que habia visitado.

Al dia siguiente, con el pretexto de recoger el libro, volvió á la casa de José.

Carlota, con la gracia que la distinguia, apresuróse á devolvérselo, escuchando algunas galantes frases de los labios de Armendariz.

Este prolongó su visita durante un buen rato, so pretexto de la afeccion á la vista que habia privado de ella al anciano soldado.

Cuando encontró una ocasion favorable, puesto que Carlota habia entrado en las habitaciones interiores, dijo Armendariz:

—Me parece que ayer ví salir de vuestra casa á una de las personas más principales de Méjico.

—No sé á quién podeis referiros, señor, porque son tan pocas las personas que aquí vienen, y mucho menos de esa categoría, que no sé de quién podeis hablar.

—Es un jóven oficial.....

—¡Ah! ya caigo: ¿Os referís al alférez Francisco?

—De alférez iba efectivamente, que eso fué lo que me chocó.

—¿Por qué?—preguntó el soldado sorprendido.

—Porque aquel alférez es capitan; y si bien se llama Francisco, como habeis dicho, es el noble don Francisco de Guevara, sobrino del virey de Méjico.

—¡Caballero! Ved lo que estais diciendo.

—Sé siempre lo que digo.

—Pero..... ¿por qué..... siendo la misma persona—exclamó José dolorosamente afectado—me ha ocultado su nombre y su posicion? Vamos, señor, vos sin duda le habreis confundido con algun otro.

—Os aseguro que le conozco bien, y que le ví perfectamente, y ahora siento el haber cometido la indiscrecion de revelar, digámoslo así, su incógnito, cuando él quizas tuviese sus razones para hacerlo. Precisamente le ví hablando con vuestra hija.

—Naturalmente, como que es su prometido, como que me tiene pedida su mano.....

—¡Que os tiene pedida su mano!—exclamó Armendariz con una sorpresa admirablemente fingida—¿pues, y entonces doña Inés Perez Sarmiento?

—¿Y quién es esa señora?

—La hija del oidor de ese apellido, prometida de don Francisco de Guevara.

—¡Oh! imposible!—exclamó con violencia el anciano.

—Tened presente que no he mentido jamás—repuso friamente el jóven médico.

—Pero señor, ¿qué infamia entreveo en todo esto?

Y el pobre José apretábase la cabeza entre las manos, desesperado ante aquel descubrimiento tan inesperado.

—¡Pobre hija mia!—murmuraba.

—Siento, vuelvo á repetiros—dijo Armendariz—haberos dado ese disgusto, y.....

—Por el contrario, caballero, mucho tengo que agradecéroslo, pues tal vez nos hayais salvado de un grave peligro.

—Mas.....

—Os ruego que no os excuseis, porque.....

Y el anciano no pudo proseguir.

Carlota entró en la estancia precipitadamente, diciendo:

—¡Padre! ¡padre! Ya está ahí Francisco.

Armendariz se levantó disponiéndose á marchar.

—Os suplico—dijo el ciego al médico—que permanezcais aquí algunos momentos, si esto no os molesta.

Carlota miró á su padre sorprendida por la severidad que habia en su acento.

—¿Qué teneis, señor?—le dijo.

—Ya lo sabrás cuando llegue el caso—repuso el soldado.

Y dirigiéndose á Armendariz prosiguió:

—¿Quereis hacerme la merced que os he pedido?

—Ignoro que es lo que quereis hacer y sentiria que mis imprudentes palabras hubiesen dado lugar á un disgusto.

—Por el contrario os repito que me habeis hecho un gran favor.

Carlota miraba sorprendida á uno y otro sin acertar á explicarse el sentido de aquellas palabras.

—¿No habias dicho que venia Francisco?—preguntó José dirigiéndose á su hija.

—Le he visto desde la ventana que atravesaba la plaza y ya debe estar cerca.

Y la jóven se aproximó á la puerta de la casa que daba á la calle.

—Es preciso que vuestra presencia acabe de anonadar al culpable—dijo el ciego en voz baja al médico.

—Cómo gusteis—contestó éste.

En este momento Carlota se volvió hácia su padre diciendo:

—Ya esta aquí.

Efectivamente, pocos instantes despues el gallardo capitan don Francisco de Guevara penetraba en la modesta estancia del ciego, fijando una mirada enamorada en la jóven.

Grave, severo, silencioso, el campanero esperó las primeras palabras del jóven oficial.

Carlota, preocupada con la presencia de su amante, no podia ocuparse de otra cosa, por lo tanto no leyó en el rostro de su padre la tempestad que rujia en su corazon.

—Muy buenos dias—dijo Francisco al entrar, inclinando al mismo tiempo la cabeza ante Armendariz al que reconoció inmediatamente.

El jóven, siguiendo sin duda una costumbre ya establecida por mucho tiempo, cogió la mano de Carlota besándola respetuosamente.

Despues acercándose á José le dijo:

—¡Qué! ¿no me decís nada? José, soy yo, Francisco.

—El cielo os guarde, noble caballero—contestó el campanero con gravedad.

—¡Padre!—exclamó Carlota sorprendida.

El capitan retrocedió un paso aterrado.

¿Quién podia haber dicho al anciano la categoría que ocupaba en la alta sociedad de Méjico?

Un momento de silencio embarazoso para todos reinó entre los cuatro personajes.

José lo rompió, diciendo:

—¿Os sorprendeis de que conozca vuestra nobleza? es natural; pero lo que no lo es, para lo que no encuentro calificacion alguna posible es para el proceder que habeis tenido conmigo.

—Pero, padre, ¿qué estais diciendo?

—Calla, hija mia—contestó el campanero que prosiguió dirigiéndose á Francisco—¿por qué el dia que vinisteis á decirme que amabais á mi hija, que habiais resuelto hacerla vuestra esposa, no me añadisteis tambien que erais noble, que

ocupabais una alta posicion en el mundo? Yo entonces os habria contestado lo que debia, y jamás hubierais vuelto á ver á la que no puede llegar á ser esposa de un noble caballero como vos.

—Perdonadme, señor—dijo el jóven con voz balbuciente—yo comprendí desde luego que os opondriais á nuestros amores sabiendo mi posicion y por eso os la oculté; pero ya que se ha descubierto, el caballero don Francisco de Guevara os repite lo mismo que os dijo el alférez Francisco; amo á Carlota y mis juramentos son sagrados siempre.

—Basta, caballero—exclamó el ciego con impetuosidad—¿qué hablais de juramentos, cuando estais para casaros con la hija del oidor don Cristóbal Perez Sarmiento?

—¿Tambien sabeis?.....—dijo Francisco palideciendo de una manera intensa.

—¡Pero, Dios mio! ¿qué quiere decir esto?

Y Carlota al pronunciar estas palabras se dejó caer en los brazos de su padre, llorando amargamente el desengaño que acababa de sufrir.

—Ya veis vuestra obra—dijo José—os creiais que yo ignoraria siempre el proyecto de ese enlace y confiabais en que podriais burlaros impunemente de la hija del pobre ciego.

—¡Señor!.... me ofendeis diciéndome esas palabras.

—Más me habeis ofendido vos.

—Yo os juro que no se verificará ese enlace.

—Y yo no os creo.

—¿Y por qué?

—Nos habeis engañado una vez, y es muy difícil que pueda renovar la confianza.

—¿Pero quién os ha informado?

—Yo, caballero—dijo Armendariz dando un paso hácia Francisco.

—¡Vos!...—exclamó asombrado Francisco—no comprendo el objeto que os habeis llevado en eso.

—Ha sido un impulso de mi corazon, y jamás he resistido ninguno de ellos.

—¿Y sabeis que vuestra intervencion en este asunto pudiera costaros muy cara?

—Pensad, señor don Francisco—dijo el campanero con un acento en que se advertia una dignidad suprema—pensad que estais en mi casa.

—No lo olvidaré, señor—contestó el jóven confundido por la majestad que emanaba de aquel anciano ofendido.

Despues dirigiéndose José hácia el médico, le dijo:

—¿Tendreis la bondad, caballero, de decirme vuestro nombre?

—¿Por qué no? me llamo Pedro Armendariz.

—¿Armendariz decís?—exclamaron á la par el campanero y su hija.

—¿Qué encontrais de extraño en él?—preguntó el médico sorprendido.

—¿Sois ese médico español de quien tantas curas, especialmente en las enfermedades de la vista, se están refiriendo?

—¿Tambien ha llegado hasta vosotros la noticia de mis curaciones?—preguntó sonriéndose Armendariz.

—Como que esas curas van acompañadas de actos de bondad que realmente os enaltecen, nada tiene de extraño.

—Suerte y nada más.

—No por cierto, caballero—dijo don Francisco—no es la suerte solamente; es vuestra habilidad, es vuestra ciencia.

—Y decidme, señor—preguntó anhelante Carlota—¿creeis realmente que la ciencia puede devolver la vista al que una vez la ha perdido?

—Mucho puede al menos.

—¡Dios mio! ¡si me atreviera!....

Y Carlota paseó su mirada anhelante desde su padre al médico, sin atreverse á enunciar su pensamiento.

—¿Á qué os habíais de atrever, jóven?—dijo Armendariz.

—¡Padre mio!—exclamó Carlota abrazando al anciano—¡Si la ciencia hiciera un milagro!....

—¡Carlota! ¿qué quieres decir?

—Yo os lo explicaré.

—No os lo preguntaba á vos, caballero—contestó con dignidad el anciano—y por lo tanto, teniendo en cuenta que esta humilde casa no es vuestro lugar, me atreveria á rogaros que nos hiciéseis la merced de no volver á acordaros de nuestra pobre existencia.

—¡Oh, padre mio! ¡padre mio!—exclamó Carlota, á quien las palabras de su padre habian hecho recordar la verdad de su situacion.

—Reparad, señor José—dijo Francisco—que no me habeis dejado explicarme.

—¿Para qué he de escuchar vuestras explicaciones? ¿qué fe pueden merecerme vuestras palabras, cuando merced á un engaño habeis entrado en esta casa, y sosteniéndole habeis permanecido en ella? Hoy que el desengaño ha llegado, hoy que vuestra conducta se ha visto tal cual es, debeis comprender que vuestra presencia aquí todavía, es un nuevo ultraje que nos estais haciendo.

CAPÍTULO LXXX.

Lealtad contra falsía.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio las cuatro personas reunidas en la modesta habitacion del ciego.

Francisco contemplaba tristemente, tanto al anciano como á su hija, mientras que Armendariz se recreaba en aquella situacion creada únicamente por él.

Su mirada estaba devorando, si así podemos expresarnos, los encantos de Carlota.

Habia momentos en que el impuro fuego del deseo ardia en aquella mirada, fuego que la fuerza de voluntad dominaba instantáneamente, impidiendo que de él se apercibieran las dos únicas personas que podian verlo.

¿Por qué Armendariz era tan ruin en sus pasiones, como grande en sus conocimientos?

El deseo de venganza contra Francisco, era vehemente,

poderoso; pero al mismo tiempo, con una astucia superior á todo encarecimiento, sabia dominarle de manera que nadie pudiese comprenderlo.

Desde el momento que supo que estaba tratado el enlace del capitan con doña Inés Perez Sarmiento, propúsose estorbarlo.

Y como comprendió en la frialdad de entrambos, frialdad verdaderamente sorprendente tratándose de dos personas próximas á casarse, que algo debia mediar en aquello que era necesario averiguar, se propuso utilizarlo en beneficio propio, y para los fines que conocemos.

En su consecuencia, á la par que trataba de averiguar el orígen de aquella frialdad por parte de Francisco, procuró hacerse un lugar en el corazon de doña Inés, y lo consiguió.

La hija del oidor, sentia hácia el médico que la habia salvado la vida, una gratitud extraordinaria.

Así que no fué difícil trocar aquella gratitud en amor.

Sin embargo, Inés no habia ocultado al médico los compromisos que la ligaban con Guevara; pero compromisos contraidos por su padre, y en los cuales para nada entraba su corazon.

Armendariz, para quien el amor de doña Inés representaba únicamente una posicion, la prometió remover de tal modo el obstáculo que podia oponerse á su cariño, que no les volviese á molestar más.

Pero la jóven le rogó que no tratase de emplear el rigor, prometiéndole hablar á su padre y romper un compromiso que no habia de hacer más que su infelicidad.

Seguro por esta parte, Armendariz averiguó, como ya hemos dicho, los amores de Francisco con Carlota; vió á la jóven y la lubricidad de su pasion excitóse ante aquellos encantos jurándose á sí propio, llegar á poseerlos algun dia, no tan solo por vengarse de Guevara, sino tambien para satisfacer su sensualidad.

Para esto era preciso mucha astucia, mucha calma y mucha prudencia, y el médico poseia gran dósis de cada una de estas cualidades.

Conocidos ya los propósitos y la situacion en que Armendariz se hallaba, podremos comprender mucho mejor todo lo que va á seguirse.

Dijimos que las últimas palabras del ciego, habian causado profunda impresion en las personas allí reunidas.

Carlota, apoyada la pura frente sobre el pecho de su padre, al cual tenia abrazado, lloraba silenciosamente.

—¡Oh, caballero! ¿qué es lo que habeis hecho?—exclamó don Francisco dirigiéndose á Armendariz.

—Decid más bien—repuso el anciano—que vuestra conducta es únicamente la que os ha puesto en ese caso.

—Estais condenándome sin oirme, señor.

—¿Y qué necesidad tengo de oiros? ¿Acaso vuestros hechos dejan de hablar con sobrada elocuencia?

—¿Y qué sabeis de mis hechos?

—Lo bastante para rogaros de nuevo que os alejeis de aquí.

—Pero.....

—¡Padre! ¿por qué no le dejais que se explique?

Y Carlota alzó sus ojos llenos de lágrimas hácia el anciano, cual si éste hubiese podido contemplar la afliccion que se retrataba en ellos.

—Carlota, calla, que no es prudente muestres tu dolor delante del hombre que le ha causado.

—Bien sabe el cielo—exclamó don Francisco—que daria mi vida entera por evitar una lágrima de esos ojos tan queridos.

—Pues francamente—contestó Armendariz con frialdad—mal se concibe ese sentimiento, al lado de lo que habeis hecho.

—¡Caballero!

—Yo ignoraba vuestra conducta en esta casa—prosiguió Armendariz.—Os habia visto alguna vez en casa de doña Inés, y al veros aquí ayer casualmente, hoy he preguntado por vos; os he dado vuestro verdadero nombre, he dicho la situacion en que os hallábais respecto á doña Inés, y bien sabe el cielo que deploro en el alma la pena que he causado á ese noble anciano y el profundo dolor de que se halla poseida su hija.

—¿Es decir que vos encontrais censurable mi conducta?—preguntó don Francisco.

—¿Y quién no ha de encontrarla?—exclamó impetuosamente José—cualquiera que sepa lo que habeis hecho, no podrá ménos de considerar como una infamia el haber abusado de la situacion de un pobre ciego y de la inocente credulidad de su hija.

—¡Padre, por piedad!—exclamó Carlota temerosa de la cólera que vibraba en las palabras del anciano.

—Á ser cierto todo—contestó el capitan alzando fieramente la cabeza—razon tendriais.

—¿Y no lo es acaso?—preguntó el ciego.

—¿Tendriais valor para desmentirme?—preguntó Armendariz.

—Escuchad dos palabras—dijo don Francisco despues de algunos momentos—y escuchadlas vos tambien, José. Ayer por la mañana estuve á ver á Inés, á la cual encontré sola, y tuve una larga conferencia con ella, y recíprocamente nos revelamos el estado de nuestros corazones.

—¿Qué decís, caballero?—preguntó vivamente Armendariz.

—Ella me dijo que os amaba, así como yo tambien le dije que mi corazon no guardaba para ella más que una amistad sin límites.

—¿Es verdad eso, Francisco?—preguntó la hija del campanero fijando sus ojos, en los que brillaba una lágrima, en el semblante del jóven.

—Sí, Carlota; le dije que te amaba, que solo á tí podria amar en el mundo, y que á pesar de cuantos esfuerzos hicieran, estaba resuelto á no ser su esposo. Entonces, y puesto que ya conocia el nombre de la persona á quien amaba doña Inés, me hice un deber de buscarle para decirle como os digo ahora: Armendariz, vos poseeis el corazon de la hija de don Cristóbal Perez Sarmiento; pero como no sois noble, si no soy yo, cualquier otro os arrebatará mañana ese tesoro. En este caso, hagamos un pacto. ¿Veis ese anciano? ahí teneis al padre de la que ha de ser mi esposa. Haced uno de esos milagros que aprendisteis en el estudio de la ciencia, devolvedle la vista y os juro que iré á echarme á los piés del rey para decirle: Señor, dadme un título de nobleza para el hombre que, inspirado por Dios, ha devuelto la vista á uno de sus semejantes; y tenedlo por muy seguro, Armendariz: el rey me concederá esa gracia, y podreis ser entonces el esposo de doña Inés. Esta es la alianza que os ofrezco, ¿quereis aceptarla?

Habia tanta sinceridad en el acento de don Francisco; respiraban tanta franqueza y lealtad sus palabras; era tan atrevida, tan buena, tan generosa su proposicion, que por un momento nadie pudo decir una palabra.

La emocion embargó todas las lenguas, y tanto José como su hija no pudieron hacer otra cosa más que admirar el proceder de don Francisco.

Carlota fué la primera que rompió aquel encanto que les embriagaba, y se abrazó de nuevo á su padre, exclamando:

—¡Veis, padre, qué mal habriais juzgado á Francisco!

En cuanto al médico, fingiendo una emocion que no sentia, se acercó al hijo de don Lúcas de Guevara, y tendiéndole la mano, le dijo:

—¿Teneis algun hermano, caballero?

—Soy el único descendiente de mi familia—repuso aquel.

—Y yo tambien soy solo, ¿quereis aceptar mi fraternal cariño?

—¡Oh! sí, desde luego.

Y los dos jóvenes se abrazaron con efusion.

—¿Con que, os comprometeis á devolver la vista á este anciano?—preguntó Francisco á Armendariz.

—Sí, ahora me voy á estudiar de nuevo, evocaré todos los recursos de la ciencia, y dentro de ocho dias vendré completamente confiado en Dios, para arrancar de los ojos del pobre ciego la venda que le impide ver la luz.

—¡Dios mio! ¿será posible?—murmuró José.

—Ya lo oís, padre mio—dijo Carlota—dentro de ocho dias.

—Dentro de ocho dias estaré á vuestro lado, confiando en Aquel que todo lo puede; hasta entonces tened confianza, y sobre todo haced un acopio de valor para que no vacile en el momento supremo vuestra firmeza.

—¿Os vais ya?—preguntó Francisco á Armendariz.

—Sí—le contestó éste.

—Y yo tambien—dijo Francisco—voy á casa de don Cristóbal á participar á doña Inés todo cuanto ha ocurrido, digo, si es que mi buena Carlota no me lo impide.

—Ahora no tendrá celos—dijo Armendariz sonriéndose.

—Nunca los he tenido—contestó la jóven con sencillez—y ahora desde luego que los tendria mucho ménos.

—Desearia—dijo José dirigiéndose á Francisco—que antes de marcharos me perdonarais algunas de las palabras que os he dicho, pero en mi afecto de padre creo que cabe alguna disculpa.

—No me digais eso—contestó Francisco—tuvisteis razon en cuanto me dijisteis porque yo os habia engañado; pero ya sabeis tambien la razon que á ello me impulsaba; yo amo á Carlota, la he amado desde que la ví, porque la pureza de ángel que resplandecia en su rostro era la pureza de ángel que yo habia soñado para la mujer que fuera mi esposa; porque yo no he amado nunca los títulos, yo no he buscado en la mujer más que la honradez, la virtud, y la pureza, y Carlota reune

esas tres cualidades en un grado eminente; la he amado porque yo buscaba un ángel, y ángel la he visto cuando estaba á vuestro lado calmando con sus dulces palabras vuestras horas de martirio; sí, Carlota—prosiguió el jóven dirigiéndose á la huérfana y estrechando sus manos con efusion—te amo porque debo amarte, porque existe una obligacion para amar todo lo noble, todo lo hermoso; porque hay un sentimiento inexplicable en mi alma que me impele hácia tí, porque Dios ha puesto en el corazon una fibra que se estremece al ser herida por la mirada de una mujer, y esa mujer es la que la Providencia ha destinado para que sea nuestro ángel de consuelo, y siendo este amor que yo experimento una emanacion del cielo, imposible es que se borre nunca.

—Gracias, Dios mio!—murmuró con una expresion inefable la jóven.

—¡Benditos seais, hijos mios!—murmuró el anciano tendiendo sus manos como si tratase de bendecir á los jóvenes.

—Ahora quedad con Dios, y hasta mañana.

—¿Tan pronto te vas?—dijo Carlota fijando sus ojos en su amante.

—Ya sabes que es preciso.

—Bien, anda con Dios; pero no dejes de venir mañana.

—¿Crees acaso que estoy satisfecho lejos de tí?

Armendariz estaba excesivamente violento.

Aquella inesperada revelacion hecha por Francisco, acababa de destruir todo el plan que habia formado.

Sin embargo, se habia captado la confianza del jóven capitan, y esto era ya un gran adelanto para sus ulteriores proyectos.

Habíasela granjeado al mismo tiempo para satisfacer su ambicion, y como que en su corazon todo era ruin y mezquino, no vaciló en utilizar cuantos beneficios pudieron provenirle del jóven á fin de poderle herir precisamente con las mismas armas que él le facilitara.

CAPÍTULO LXXXI.

El doble juego de Armendariz.

Aquella noche Armendariz hablando con su amada le refirió la escena que habia tenido lugar en casa del ciego, y ella á su vez le corroboró lo que Francisco le habia manifestado por la mañana.

Uno y otra tributaron grandes elogios al caballero, y doña Inés manifestó al médico, que habia dado ya algun paso respecto á su padre, en el sentido que le indicara.

El oidor, que amaba á su hija con delirio, no habia encontrado más razon para oponerse que la del compromiso contraido con don Francisco, y la falta de nobleza por parte de Armendariz.

Pero una y otra razon debia vencerla el capitan Guevara, puesto que habia ofrecido al médico, si conseguia devolver la vista el anciano, impetrar él mismo del monarca la nobleza para el que tan señalado milagro habria hecho.

De aquí que nuestros amantes se sintiesen aquella noche más que otra alguna halagados por la esperanza.

Cuando Armendariz se retiró de casa de su amada, no pudo menos de murmurar:

—No creí yo haber adelantado tanto en tan poco tiempo. Verdaderamente la fortuna me favorece, y si no llega una mala hora para mí, estoy seguro que el tal don Francisco ha de pagarme con creces todo lo que su padre hizo al mio.

Y llegó á su casa, y como de costumbre Campillo le esperaba en ella.

—¡Bravo, Campillo!—exclamó al verle—nuestros negocios caminan viento en popa, y necesario es concluir de herir á ese hombre en mitad del corazon.

—Pues heriremos, si á su merced le place así—repuso el criado.

—Doña Inés me ama y será mi esposa; pero tengo necesidad tambien de arrebatarle la que ha de serlo suya.

—¡Cómo!

—Sí, la hija de ese ciego ha encendido tambien en mi pecho devoradora pasion, y no solamente por venganza, sino por impetuoso deseo me he propuesto que sea mia.

—¿Y de qué modo?

—Apoderándome de ella.

—¡Señor!

—Te encargo de buscar á los tunantes que han de robarla, que por cierto no faltan por aquí, y de buscar una casa lejos, bastante lejos de Méjico, donde poderla ocultar.

—Plácenme tan poco semejantes comisiones, que únicamente por ser vos quien sois y porque os debo la vida, préstome á complaceros.

—Se agradece, señor Campillo; porque realmente el servicio que me haceis es grande y no se cómo pagárosle.

—Siendo feliz despues de haberos vengado de los que os ofendieran.

—Pues quedamos en que te encargas de todo.

—Trataré de serviros y me valdré para ello de aquel tunante á quien curasteis no ha mucho, y que segun dijo tenia varias causas pendientes.

—Obra como quieras en todo y por todo—díjole su amo.

Cuatro dias despues hallábanse nuevamente reunidos en casa del ciego Armendariz y Francisco.

La amistad que unia á los dos jóvenes desde el dia de su explicacion, iba en aumento.

Francisco, con motivo de las atenciones del servicio, no habia podido ir á ver á Carlota más que una vez.

La pobre jóven, á pesar de que habia dicho que no tendria celos de doña Inés, era imposible que estuviese tranquila habiendo llegado las cosas hasta el punto que ya conocen nuestros lectores.

La presencia del jóven oficial tranquilizó por completo á la hija del campanero.

Al mismo tiempo Armendariz tambien le causaba una alegría inexplicable.

La dijo, que habia pasado aquellos dias estudiando, y que abrigaba la íntima conviccion de que la ciencia guardaba todavía remedios para devolver la vista al pobre anciano; por lo tanto, que tuviese esperanza, que habia escrito á un pueblo del interior, pidiendo unas yerbas que le hacian falta, y que tan luego como se recibieran, que habia de ser dentro de seis ú ocho dias, practicaria la operacion que habia de volverle la vista al pobre José.

Semejante noticia, como se comprenderá perfectamente, llenó de alegria á toda la reducida familia de la catedral.

Y las horas trascurrieron demasiado rápidamente para los amantes que estaban embebidos en su dicha, y para nuestro médico que, ora hablando con el campanero, ora contemplando á los jóvenes, se encontraba combinando por completo el plan que habia de poner en su poder á la jóven.

Pero como que cada uno tenia sus obligaciones particulares, por muy penoso que les fuera el separarse de aquella familia, hácia la cual, aunque muy distintas, sentian los dos grandes afecciones, no tuvieron más remedio que despedirse, citándose unos y otros para el dia inmediato, en que de nuevo se repetirian las mismas esperanzas y las mismas protestas de cariño.

—¿Me acompañais, Armendariz?—preguntó Francisco al médico disponiéndose á dejar la casa del ciego.

—Segun hácia donde os dirijais.

—Yo voy al palacio del virey, está mi compañía dando la guardia en aquel sitio, y uno de mis criados me espera á algunos pasos de aquí con el caballo dispuesto; pero si quereis, podremos llegar hasta mi casa y tomaremos otro caballo para vos.

—Mil gracias, milord; tengo que ir al otro extremo donde tambien creo que hay una pobre mujer que necesita de mis auxilios.

—En este caso, no quiero deteneros: vuestra mision es altamente noble y grande para que yo trate de impedir que la cumplais por cualquier estilo que sea.

—Si no fuera por eso, desde luego que tendria sumo gusto en acompañaros.

—Quiere decir, que será otra vez.

—Con que, Carlota—dijo Armendariz dirigiéndose á la jóven—os dejo, y es posible que no os vea durante algunos dias.

—¡Cómo!—exclamaron á la par Francisco, Carlota y José.

—Mañana regularmente marcharé á un pueblo cercano de aquí, donde quiero hacer otra operacion. Me detendré lo menos cuatro dias, de modo que llegaré á tiempo para recibir las yerbas que necesito, y pediré al cielo la ayuda que he menester para devolveros la vista.

—¡Oh! ¡cuánto tendré que agradeceros!—exclamó el campanero con efusion.

Armendariz trató de evadirse á las pruebas de afecto y de agradecimiento que aquella familia trataba de tributarle.

—Así fué que dirigiéndose á Francisco, le dijo:

—¿Os venís, amigo mio?

—Sí, vámonos.

Y el oficial se acercó á Carlota, imprimió sobre la pura frente de la jóven un ósculo tan puro como ella, y despues de haberse despedido de José, se dirigieron hácia la puerta de la casa.

—Padre mio—dijo la jóven—¿quereis que acompañe á Francisco, como en otras ocasiones lo he hecho?

—¿Y por qué no, Carlota? Anda, hija, y vuelve pronto que Francisco tambien tiene que hacer.

Y tras estas palabras del campanero, Armendariz y los dos amantes abandonaron el techo que hasta entonces les cobijara.

Una vez en la calle, el médico se dirigió hácia uno de los extremos de la plaza, mientras que Carlota y Francisco se dirigian hácia el opuesto, donde estaba el escudero de quien el jóven habia hablado.

Allí cambiaron ambos amantes una última palabra de amor.

Despues Francisco montó á caballo, y desapareció perdiéndose á poco entre las revueltas calles que formaban entonces aquel barrio de Méjico.

Precisamente en estos momentos, mientras la jóven estaba embebida en su conversacion con Francisco, dos hombres penetraban en la casa del campanero.

A pesar de ser una plaza el sitio adonde daba la puerta de la habitacion del ciego, era muy poco concurrido, tanto por estar en uno de los barrios más apartados, cuanto por estar lloviendo á la sazon.

Si el campanero hubiese tenido vista, de seguro que al fijarla en aquellos dos hombres se hubiera estremecido.

Su mirar torvo, lo heterogéneo de sus trajes y armas y lo siniestro de sus cataduras, nada bueno auguraban y predisponian muy poco en su favor.

Sin embargo, por más precauciones que trataran de usar, José percibió algun ruido, y preguntó:

—¿Quién va?

—Servidor—contestó uno de ellos, mientras el otro á una indicacion de su compañero desaparecia por las habitaciones interiores.

—¿Y qué se os ofrece?—preguntó el ciego al que le habia saludado.

—Que tuviérais la bondad de contestar á una pregunta que he de haceros.

—Decid, y si puedo aliviaros, lo haré con mucho gusto.

—¿No sois vos el encargado de la limpieza de la Catedral?

—Sí señor, aun cuando, como comprendereis, la falta de la vista no me permite hacerlo; pero mi hija cuida de subsanar esta falta de su padre.

—Lo mismo da para mi objeto.

—Decid cuál es.

—Se trata de un objeto que ha debido quedarse olvidado ayer, junto á uno de los altares de la Catedral.

—Nada me ha dicho mi hija.

—Pues es extraño, porque mi señora me ha dicho que se lo dejó aquí.

—Tal vez no haya reparado en él. Ahora vendrá, y podreis acompañarla si gustais.

—Pronto—dijo en esto el hombre que estaba hablando con José, dirigiéndose hácia el interior por donde habia desaparecido su compañero.

—¡Qué!—preguntó el ciego á quien habia sorprendido aquella frase.

—He dicho que pronto tiene que ser, porque tenemos prisa.

El individuo que hablaba con José habia visto por la ventana que daba á la plaza, que Carlota regresaba hácia su casa, y avisó á su compañero á fin de que no le sorprendiese.

Éste se presentó en seguida, y mostró á su amigo los moldes que habia tomado en cera de alguna de las cerraduras.

Á tiempo salió, porque un momento despues entraba Carlota.

Saludó á los desconocidos, y dijo volviéndose á su padre:

—Padre, ¿qué desean estos señores?

—Vienen á reclamar un objeto que dicen se ha dejado una señora junto á uno de los altares.

—¿Qué clase de objeto es?—preguntó Carlota.

—Un pañuelo bordado.

—No lo he visto.

—Pues mi señora asegura que aquí se quedó.

—Vuestra señora podrá decir lo que tenga por conveniente, pero yo puedo aseguraros que esta mañana mismo recorrí toda la iglesia tan luego se hubo cerrado la puerta, he mirado como tengo de costumbre por todas partes, y nada he visto.

—Muy extraño es.

—¿Os atreveriais á suponer que os lo ocultábamos?—exclamó el anciano soldado á quien ya comenzaba á impacientar la persistencia del criado.

—Yo no os digo eso.

—Tal vez vuestra ama le haya perdido en otra parte, y crea que se lo dejó aquí.

—En fin, yo con decir lo que me habeis manifestado, he cumplido mi encargo.

—Así debe ser.

—Vaya, guárdeos el cielo, y no tengais tan mal genio, buen anciano.

—Cuando me parece que se duda de mí, justo es que me incomode.

Los dos hombres salieron de la habitacion de José, y Carlota no pudo ménos de decir cuando se alejaban:

—¡Jesús, padre! si vierais qué fachas tienen los dos.

—¿Quién sabe si serán algun par de bribones que pensaban recoger alguno de los objetos que tenemos aquí depositados? Pero yo les aseguro que ciego y todo.....

Y el ciego completó su frase con un ademan sobradamente enérgico para una persona de su edad y estado.

Entretanto los dos hombres habian salido á la plaza, y lejos ya de la casa exclamaron:

—La primera parte nos ha salido bien.

—¿Sacaste el molde de la puerta de la espalda?

—Sí; aquí está.

—¿Y te has orientado sobre la disposicion de la casa?

—Seria capaz de andar por ella á ojos cerrados.

—De modo que merced á esa puerta.....

—Podremos llegar á la habitacion de la muchacha sin que nadie, ni ella misma se aperciba.

—Perfectamente.

—Por supuesto que todo debe hacerse al amanecer, porque aun cuando esa puerta da á un sitio poco transitado, el diablo podria hacer que pasase alguien, y.....

—Pues es natural, hombre, es natural; ¿cómo quieres que de dia nos propusiera Guzman que verificásemos el rapto?

—Es que Guzman tiene cosas muy peregrinas.

—Pero nosotros somos los que exponemos el pellejo y poco importa lo que él diga.

—Cierto.

—Con que ahora lo primero de todo es que nos haga esa llave.

—Y despues á cobrar la primera cantidad por nuestro trabajo.

—Y luego á la *pulpería* del Rubio á gastarlo con nuestras mozas, ¿no es así?

—Hasta que finalmente nos cuelguen por haber sido imbéciles.

—¡Bah! ¡alguna vez hemos de morir!

Y se encogió filosóficamente de hombros el que acababa de pronunciar las anteriores palabras y siguió á su compañero por la calle adelante.

CAPITULO LXXXII.

Algunos antecedentes sobre Guzman y sus compañeros.

Don Gaspar de Guzman, como pomposamente se hacia llamar el individuo á quien habian aludido los dos bribones que habian estado en casa del ciego, era un jugador de mala ley, un espadachin de primera, un rufian con ínfulas de caballero, y en resúmen un miserable cuyos dados estaban siempre preparados para hacer todas las fullerías posibles, y cuyo puñal se hallaba á merced del que le pagaba mejor.

Perseguido siempre por la justicia, él más listo que ella, la habia burlado constantemente.

Sin embargo, una noche se vió en grave aprieto.

Habia hecho una herida sobradamente profunda á un caballero; la ronda que andaba en acecho se lanzó tras él, y precisamente iba corriendo perseguido por ella, cuando encontró á Armendariz que iba á abrir la puerta de su casa.

Verle, concebir la idea de entrar en el portal, y arrojarse á ejecutarla, fué todo cosa de un momento.

Pero habia tropezado, como vulgarmente se dice, con la horma de su zapato, y al tratar de acometer al médico, sintióse sujeto con tal violencia por la muñeca, que exhaló un grito de dolor y soltó la espada que llevaba en la mano.

—¡Ira de Dios!—exclamó con voz sorda.—Me habeis vencido; pero no importa, salvadme, me vienen persiguiendo; si me salvais la vida, os juro que será vuestra siempre.

Armendariz, que era perspicaz, comprendió al punto el partido que podia sacar de aquel bribon.

Abrió la puerta, y empujándole hácia dentro le dijo:

—Cuidado, amigo, que conforme tengo el puño, tengo los ojos, y os dejo seco de un tiro si tratais de hacer algo.

Y bajándose y recogiendo la espada de Guzman y sacando un pistolete que montó en seguida, entró en el portal, cerró la puerta y dejó dentro al bandido.

A tiempo lo hizo.

En aquel momento aparecieron los alguaciles por el otro extremo de la calle.

Armendariz hizo que el rufian subiese á su habitacion.

Estuvo examinándole á placer, y sin duda comprendió que le serviria, porque despues que le hizo cenar y tranquilizarse, engolfóse con él en una conversacion que duró hasta cerca de amanecer.

Guzman le ofreció su cooperacion, y á la mañana siguiente, no atreviéndose á salir, quedóse allí mientras Armendariz iba á tomar lenguas sobre lo ocurrido la noche anterior.

La autoridad estaba buscando á Guzman; pero de tal modo supo disfrazarle Armendariz, que pudo salir por la noche á buscar los dos individuos que le hacian falta en el negocio del médico.

Muy pronto desapareció entre el intrincado laberinto de callejuelas del arrabal; pero se conoce que era muy práctico

en aquel terreno, porque sin detenerse, sin vacilar en ninguna calle, atravesó una porcion de ellas, deteniéndose finalmente delante de una puertecilla baja, estrecha y carcomida, á través de la cual se oian gritos, vóces, carcajadas y juramentos, formando un conjunto que nada tenia de tranquilizador ni de agradable.

Guzman estuvo escuchando algunos segundos junto á aquella puerta, y al cabo de ellos, exclamó:

—¡Cómo se divierten los chicos! su alegría se exhala de una manera un poco enérgica, pero en cambio, siempre tienen su brazo y su bolsa á disposicion de sus amigos; entremos; vamos á sorprenderles en medio de sus placeres.

Entonces, Guzman dió dos golpes, guardando cierto intervalo del uno al otro, en la puerta de aquella casucha.

Y la llamamos así, porque darle el nombre de casa á aquel mezquino amasijo de argamasa y piedra, seria hacerla demasiado favor.

No tenia más que un piso, y estaba casi completamente arruinado.

Es verdad que tampoco tenia mucho que envidiar á las otras casas subvecinas.

En la época de que vamos hablando, el arrabal era un hacinamiento confuso de riqueza y de miseria, de vicio y de corrupcion, de hipocresía y de infamia.

Allí vivia esa clase de perdidos que vistiendo un traje raido y sufriendo toda clase de privaciones, acumulan hora por hora, una moneda, á las que ya guardan en sus arcas.

Los comerciantes de mala ley, las mujeres de vida alegre y los hombres que teniendo cien oficios distintos no tienen uno conocido, acababan de poblar aquel inmenso cuartel de Méjico.

Como consecuencia de la clase de gentes que allí habitaban, *las pulperías,* los figones y las mancebías, abundaban extraordinariamente.

Allí habia sus tiendas especiales; tenian sus costumbres particulares, y eran, por decirlo así, un nuevo pueblo adherido á la ciudad.

Al penetrar en aquellas calles, se advertia todo lo deforme, todo lo asqueroso, todo lo repugnante de la poblacion que allí se animaba.

De los portales de aquellas casas se exhalaba un ambiento fétido y nauseabundo que ahogaba la respiracion.

Allí no habia más que vicio y maldad, y éste se aspiraba, se tocaba, por decirlo así, segun lo densa que era la atmósfera que habia en todo aquel arrabal.

Tal era el sitio donde habia penetrado Guzman, y donde tambien penetraremos nosotros en su seguimiento.

A poco de haber llamado el aventurero, una voz bronca, gutural y avinada, preguntó desde dentro:

—¿Quién va?

—¡Eh! abre con mil diablos, si no quieres que te muela los huesos.

Inmediatamente se abrió la puerta de aquella casa.

Nosotros, que nos hemos propuesto ya seguir al jugador y aventurero Guzman en toda su carrera, avanzaremos tambien trás él, pero tendremos que detenernos en el dintel de aquella puerta, porque nos será completamente imposible dar un paso.

Los gases contenidos en una estancia infinitamente pequeña para el número de personas que contenia, se agolpan hácia el punto de salida que se les ofrece, y chocando en nuestro semblante, nos hace impracticable el paso.

Sin embargo, haremos un esfuerzo, y penetraremos en aquella cloaca.

La densidad de la atmósfera que allí reina, nos impedirá por un momento ver nada absolutamente; pero poco á poco nuestros ojos se acostumbrarán, y podremos distinguir el interior.

Es este una especie de salon, cuyo techo cubierto de hollin, está cruzado por algunas vigas viejas, negras, carcomidas y tortuosas, en las cuales hay colgado una especie de candil de hierro con dos mecheros, el cual esparce una débil y moribunda claridad en aquella estancia, dándole un aspecto aterrador.

Casi tan negras como el techo se ostentan las paredes, en las cuales se ven trazados, tal vez con las puntas de los puñales ensangrentados todavía, refranes obscenos, palabras groseras y escandalosas, ó pensamientos hijos de la horrible fantasía de las personas que los han trazado.

El pavimento de aquella reducida sala, guardaba una completa armonía con el desmantelado techo y las ruinosas paredes.

Por todo el rededor de aquel salon, corrian unas especies de tablones, muchos sotenidos por gruesos piés de madera, fuertemente clavados en el suelo.

En el centro de la estancia, se distinguia una copa de hierro, en la cual se quemaba una gran cantidad de paja, y en uno de los extremos habia un mostrador lleno de vasos de estaño y de jarros para contener el vino, el ron ó el aguardiente que pidieran los consumidores.

Aquella casa era *pulpería, mancebía,* casa de dormir, y constantemente tenia establecidas las mesas de juego.

Aquel era el templo donde el vicio recibia un culto constante.

Los sacerdotes y sacerdotisas de aquel templo, eran tan repugnantes como la deidad á quien adoraban.

Al penetrar nosotros en aquel antro, nuestras miradas necesariamente habrán de vagar de un punto á otro.

Si recorriésemos aquellas mesas, nuestro corazon se oprimiria dolorosamente.

Veríamos entre la sociedad que las rodea una porcion de mujeres á quienes la desgracia ha tocado con su dedo maldito.

¡Qué mujeres, Dios mio!

La belleza de la forma, la pureza de los contornos, todo ese perfume casto y espiritual que demuestra la virginidad del alma y de la materia en la mujer, todo estaba allí completamente borrado, nada existia. Rostros marchitos casi, cuando empezaban á colorearse con las rosas de la juventud, labios que aun no habian concluido de pronunciar una palabra infantil, y ya se plegaban á impulso de una contraccion nerviosa, para pronunciar una asquerosa palabra, horrible y totalmente repugnante.

Todo cuanto el vicio ha podido crear de más deforme, todo estaba allí reunido.

Al rededor de una mesa, se veia media docena de hombres con los trajes tan rotos, que apenas merecian de tales el nombre, y manchados de cerveza ó de licores, que retratada en sus ojos la codicia y presa de una fiebre aniquiladora que siempre se apodera del jugador, contemplaban constantes el cubilete en que agitaba los dados uno de ellos.

Más allá otro grupo combinaba un robo, ó tal vez pensaba en algun asesinato.

En otro lado..... ¿pero á qué ocuparnos en describir grupo por grupo, los que llenaban aquella asquerosa estancia?

Ya hemos dicho que todo cuanto de asqueroso, todo cuanto de repugnante pudiera tener el vicio, todo estaba daguerreotipado allí.

Y para hacer más doloroso aquel repugnante cuadro, aquellas mujeres medio embriagadas las unas, ó ébrias ya del todo las otras, se dejaban caer por el suelo ó se reclinaban sobre los hombros de sus compañeros que pagaban sus caricias repeliéndolas bruscamente.

Guzman contempló durante algunos segundos aquel cuadro.

Varias cabezas se volvieron hácia el recien llegado, expresando en las miradas que se le dirigian, bien la ira ó el temor,

bien la satisfaccion de encontrar un rostro conocido cuando temian otra cosa.

Á pesar de lo bien disfrazado que iba Guzman, los ojos de aquellas gentes, cuando no estaban cerrados por la embriaguez, tenian condiciones muy especiales.

Sabian traspasar todos los disfraces y desmenuzar todas las formas.

Así fué, que hubo algunos que le reconocieron al cabo de un segundo de observacion.

Entre ellos, uno se levantó y corrió hácia él.

—¿Qué diablos vienes á hacer aquí?—le dijo.

—¡Toma! visitaros—contestó con calma Guzman.

—Pero ¿no comprendes que tu asunto de anoche ha hecho mucho ruido, y el virey ha dado órden de que te presenten muerto ó vivo?

—Trabajo le mando.

—Siempre serás el mismo; imprudente hasta la exageracion.

—Yo tengo confianza en mí y en vosotros.

—Demasiada.

—Ninguno habeis de venderme.

—Aquí hay de todo, Guzman, ya lo sabes.

—Sin embargo, el interés aquí como en todas partes es lo primero, y á todos os interesa el que yo viva.

—Desde luego, y si alguno te ofendiera.....

—Ya lo sé—contestó Guzman estrechando la mano del que acababa de hablarle—eres un buen amigo y te agradezco tu interés; por tu propio bien te aconsejo yo á mi vez, que no te muevas de aquí esta noche.

—¿Por qué?—preguntó el que acababa de hablar, con tembloroso acento.

—Porque corren malos aires para tí, Moscardon. Lo dicho, quédate y no salgas; sigue bebiendo en tu mesa y no llamemos la atencion.

Moscardon, puesto que ya sabemos que así se llamaba el que se tomaba tanto interés por Guzman, se alejó volviéndose hácia su mesa.

Pero en el mismo instante levantóse otro individuo, y aproximándose á Guzman, le dijo:

—¿Qué te ha dicho Moscardon?

—Me ha ofrecido su amistad.

—Pues no te fies de él.

—¿Por qué?

—Porque esta mañana le he visto yo salir de la casa del oidor Perez Sarmiento.

—Me lo figuraba.

—El Moscardon es un tuno.

—Pues ya sabes lo que acostumbro yo hacer con ellos.

—¿Es decir que me das permiso?....

—Para todo, con tal que no hagais ruido.

—Ya le buscaré yo cuestion.

—No, mientres esté yo aquí. Despues que haya salido, obra como te parezca.

—Es que yo quisiera castigarle delante de tí.

—No me conviene. Podria sobrevenir alguna ronda.....

—¡Chico! ¿cómo tan prudente?

—Necesidad obliga.

—Eso es otra cosa. Tú sabras lo que te haces.

—¡Y vaya si lo sé! Como que te mando que te retires inmediatamente, porque estamos llamando la atencion.

—Como que todos te hemos conocido.

—Pues haced como si no me conocierais.

Separóse el bandido ante una indicacion más enérgica hecha por Guzman, y éste volvió á quedarse inmóvil algunos momentos.

CAPÍTULO LXXXIII.

Los amigos de Guzman.

Las palabras que le habia dicho el segundo bandido, nublaron por algunos momentos la frente del rufian.

—Siempre he de tropezar con algun traidor—murmuró.

Despues, volvió á pasear su mirada penetrante sobre todos los rostros que podia distinguir desde el sitio en que se hallaba, y volvió á decir:

—Y mientras no haya más que eso, tal cual. Pero, ¿quién me asegura que no hay otros?

Despues se dirigió hácia el dueño de la pulpería.

Era este un mestizo deforme de cuerpo y de avieso y patibulario semblante, el cual, aun cuando hizo un gesto de disgusto al oir su voz, saludóle afablemente, al ver que á él se dirigia.

—¿Están Roberto y el Diablo?—le preguntó.

—Sí, señor Guzman, pues no faltaba más que mis favore-

cedores predilectos no hubiesen venido—contestó el Moreno con una voz tan falsa como su rostro, y arrojando sobre Guzman una mirada más falsa todavía.

—¡Hola!... ¡qué amable estás esta noche, Moreno! se conoce que te ha enseñado Roberto á tener modos.

Los ojos del Moreno lanzaron un relámpago de cólera.

Guzman aparentó no verlo, y dió algunos pasos para dirigirse hácia donde estaban sus amigos.

—¿No quereis tomar alguna cosa, señor Guzman?—le dijo el Moreno al verlo.

—¡Ah!.... sí, mándame un jarro de aguardiente, que hace un frio esta noche!....

Y Guzman, despues de haber apartado con los piés á dos mujeres que estaban tendidas cerca de la copa de hierro, se dirigió á uno de los ángulos de la estancia.

Allí se veian cuatro hombres que jugaban con frecuencia y bebian en la misma proporcion que jugaban.

Junto á ellos habia dos mujeres.

Uno de ellos iba á tirar los dados cuando Guzman se acercó á la mesa.

—¡Juego!....—dijo éste.

Todos se volvieron precipitadamente, exclamando:

—¡Guzman!

—¡Toma, hermoso!—le dijo una de aquellas mujeres ofreciéndole un vaso de ron—toma, tendrás frio y esto te dará calor.

—No quiero, hermosa—le contestó nuestro hombre fijando su vista en los dados, al par que arrojaba una moneda sobre la mesa.

—Ven, siéntate junto á mí—le dijo otra mujer pasando su brazo al rededor de su cintura.

—¡Quita, mujer!—la contestó rechazándola bruscamente.

—Seis—dijo entonces el que tenia el cubilete despues de haber contado los puntos que marcaban los dados.

—Mal punto tienes.....—dijo Guzman.

—Ahora yo.

—Tira, Roberto.

—Nueve—repuso éste despues de haber arrojado los dados.

—Anda, Roberto.

Este cogió á su vez el cubilete y lo agitó, exclamando despues que vió lo poco que habia sacado.

—¡Diablo de suerte!

—Vamos á ver yo—dijo Guzman.

—Mira—le interrumpió una de las mujeres—si ganas, me prestarás un ducado; quiero beber aguardiente, y Roberto dice que es muy caro.

—Y á mí me darás otro para comprar tortas.

—¡Eh! silencio—gritó el aventurero tirando los dados.

—¡Cuatro!—exclamaron todos.

—He perdido—dijo friamente Guzman—otra vez ganaré.

—¡Hombre!..... jamás te he visto con esta calma—dijo Roberto.

—¿Qué quieres? me he hecho filósofo.

—¡Bravo!.....

—Aquí teneis vuestro aguardiente, señor Guzman—dijo en esto el Moreno poniendo sobre la mesa un vaso descomunal.

—¡Gracias, amigo Moreno, gracias!

—¿No quieres jugar más?

—No, Diablo, ni tú tampoco

—¿Cómo?

—Tú y Roberto me perteneceis esta noche.

—¿Qué es eso?—gritó una de las mujeres que les acompañaban, con el rostro encendido por el ron y la ginebra que habian trasportado á su estómago—¿quieres llevarte á nuestros maridos?..... pues no lo conseguirás, ¿no es cierto, Diablo?..... tú no irás.....

—Vamos, menos charla; ya sabeis que no me agrada.

—Es que no te lo llevarás.

—Mejor, buscaré á otros—dijo con indiferencia Guzman.

Y dió algunos pasos para retirarse.

Entonces Roberto se volvió hácia él, diciéndole:

—¿Pero te vas á marchar?.....

—Sí—contestó friamente Guzman.

—Es decir que ya no representamos nada absolutamente...

—Quien no representa nada para vosotros, soy yo.

—No digas eso.

—No le hagais caso—dijo una de las mujeres—eso es para comprometeros más.

—No teneis la culpa vosotras—dijo Guzman con desden—sino los hombres que se empeñan en sostener á semejantes víboras.

Las dos mujeres se dieron por ofendidas con aquellas palabras.

Y aun trataron de levantarse sobre Guzman, y lo hubieran hecho á no haberlas detenido Roberto y Diablo.

—¡Nos ha llamado víboras!...—gritó la una.

—¡Nos ha insultado!...—ahulló la otra.

—Pues aun no os he dicho todo cuanto mereceis.

—¡Ea!—dijo Roberto—dejad á los hombres que despachen sus negocios.

—No queremos—exclamaron las dos especies de serpientes—nos habeis ofrecido aguardiente y lo queremos.

—¡Al infierno las habladoras!—añadió Guzman.—Vaya, vaya, os veo muy entretenidos, y á mí me corre mucha prisa...

—¿Pero qué es ello?—preguntó el Diablo.

—¿Para qué os lo he de decir, si no me habeis de prestar ayuda?

—Sin embargo.....

—Nada, pasad buena noche y con tal que esteis al lado de esos demonios de mujeres, ¿qué os importa que vuestro amigo se halle en una situacion apurada?

—¡Hombre, no digas eso!

—No le hagas caso, marido—dijo una.

—Dejadle que se marche—añadió la otra.

Los dos hombres, á pesar de estas palabras, estaban dispuestos á seguir á su amigo, y lo hubieran hecho á no haber proseguido aquellas diciendo:

—La noche está muy fria, y mejor estamos aquí.

—Pero ya ves—dijo Roberto á la que tenia á su lado—si hay alguna utilidad.....

—¿La gastarás conmigo?

—¡Quién lo duda!

—Os equivocais—dijo Guzman, á quien no se le habia escapado nada de aquella escena—no hay utilidad.

—Entonces, déjale—dijo una.

—¡Justo, justo; que se vaya y que venga el ron!—gritó el Diablo.

—¡Bravo!—murmuró Guzman con expresion de infinito desprecio—sois unos hombres.....

—¡Guzman!

—Os lo vuelvo á repetir; puesto que para vosotros nada significa la amistad, desde ahora mismo rompo.

—¿Qué quieres decir?—exclamaron los dos perdidos á la vez.

—Que no sois mis amigos.

—¿Por qué?

—Porque me veis en un peligro, y valen más para vosotros los abrazos y las caricias de esas miserables criaturas, que su amigo.....

—¡Nos llama miserables!....—gritaron las dos mujeres al mismo tiempo que se iban á lanzar sobre Guzman.

—¡Eh!.... ¡fuera de ahí, mujeres ó demonios!—dijeron á la vez Roberto y el Diablo.

Y al mismo tiempo las repelieron de una manera tan brusca que fueron á caer contra la mesa.

Inmediatamente se acercaron á Guzman.

—Y bien, ¿qué quereis?—les dijo éste.

—Nos has dicho palabras.....

—Que estoy dispuesto á sostener—contestó Guzman con altanería.—No me ha gustado jamás echar en cara los beneficios que he hecho, pero debo deciros que mi comportamiento para con vosotros ha sido muy distinto.

Lo mismo Roberto que su compañero, al escuchar las palabras de Guzman, llevaron instintivamente sus manos á las empuñaduras de sus puñales.

Sus ojos resplandecieron de cólera, y sus feroces semblantes se revistieron con tintes más sombríos aun.

Pero aquello no fué cosa más que de un momento.

Roberto apagó el brillo de sus ojos, y dijo tendiendo una mano á Guzman:

—Somos amigos; vamos donde quieras.

Guzman apretó aquella mano entre las suyas y no dijo una palabra.

—Yo tambien te seguiré—dijo á su vez el Diablo.

—Pues bien, venid conmigo.

—¿Pero dónde vamos?

—¿No teneis confianza en mí?

—Sí, hombre, sí.

—Pues entonces, ¿á qué esas vacilaciones?

—Nada, vamos contigo donde quieras.

Guzman, seguido de sus compañeros, salió de la pulpería.

Aquel repentino cambio, aquella paz realizada tan inoportunamente, no pudo menos de llamar la atencion de los constantes comensales de la pulpería.

Especialmente el Moreno lo sintió más que ninguno.

Guzman, el Diablo y Robèrto, eran entre toda la canalla que allí se reunia, los que llevaban la voz.

Nadie se atrevia á decirles una palabra.

Representaban la fuerza, y ya se sabe que los malvados no respetan otra ley que aquella.

Así era que ver á los tres gefes de toda aquella toifa de bribones estar á punto de llegar á las manos, era un espectáculo curioso por demás.

El Moreno especialmente, lo observaba todo con profunda atencion.

Y aun debemos decir, que esperaba lo que á su juicio iba á suceder con extraordinaria alegría.

Segun su cálculo, iba á tener lugar una riña.

Y una riña entre aquellos tres valentones, necesariamente habia de ser sangrienta.

Esto representaba para él, algun cadáver, quizá algun herido.

Porque eran sus enemigos los tres.

Bebian y comian lo mejor de su casa, y le pagaban á golpes.

Es verdad que cuando habian ganado al juego, derramaban el dinero á manos llenas.

Y en esta lluvia, una parte y no pequeña, alcanzaba al tabernero.

¡Pero esto sucedia tan pocas veces!....

Así era que pedia al cielo con todo el fervor de su alma, que se batiesen, y que murieran ya que no los tres, dos por lo menos.

Pero contra todos sus deseos, nada de lo que él esperaba sucedió.

Los tres hombres se reconciliaron, y salieron de la pulpería, segun hemos visto, mientras que el Moreno quedábase mirando con desconsolados ojos al cielo, murmurando entre dientes:

—¿Qué daño habré hecho yo para que el cielo me castigue no dejando que esos hombres se maten entre sí?

CAPITULO LXXXIV.

La realizacion del rapto.

Una vez que los tres bandidos se encontraron en la calle, Guzman, dirigiéndose á sus compañeros, les dijo:

—La verdad es, amigos mios, que me he mostrado bastante duro con vosotros.

—¿Quién se acuerda ya de eso?—repuso el Diablo.

—Era necesario que obrase así.

—Ya se ve; como que nos habíamos olvidado de nuestro compromiso—añadió Roberto.

—En cambio yo no lo he olvidado nunca.

—Tienes razon.

—Siempre que me habeis necesitado he estado junto á vosotros.

—Sí, sí, es cierto.

—Pues bien; la única vez que he tenido necesidad de buscaros no os he encontrado más que á fuerza.....

—Olvida eso, Guzman.

—Sea; lo olvido y allá va mi mano.

Y Guzman tendió su mano que los otros estrecharon con efusion.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que me ayudeis.

—¿Á qué?

—Á salvarme.

—¿Á salvarte?—exclamaron los dos hombres asombrados.

—Sí.

—¿Pues qué te sucede?

—Estoy perseguido; me he podido escapar, gracias á mi ligereza y á mi suerte.

—¿Qué estás diciendo?

- La verdad.

—¿Pero qué has hecho?

—Si no hubiéseis estado tan alejados de mí lo sabríais; eso prueba vuestro interés por mí. Cometí una torpeza con uno y me persiguen.

—¿Segun eso te reconocieron?—preguntó Roberto, que como su compañero no habia podido ménos de sentir toda la fuerza del reproche de su amigo.

—Justamente.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? ¿De qué manera te podremos salvar?

—Ayudándome.

—¿Á qué?

—Á robar á una mujer.

Los dos bandidos se quedaron mirando á Guzman como si no le hubiesen comprendido bien.

Efectivamente que se necesitaba toda la audacia de aquel hombre para atreverse á pensar en un robo, cuando tenia, por decirlo así, un pié puesto ya en la primera grada del cadalso.

Así fué, que á sus compañeros no pudo ménos de sorprenderles aquella extraña proposicion.

Y al sorprenderlos les llenó tambien de una admiracion profunda hácia el hombre que tenia tan firme la cabeza, á pesar de tenerla tan comprometida.

Guzman los contemplaba sonriéndose, y al cabo de algunos segundos les dijo:

—¿Qué os parece mi idea?

—¡Hombre!.... tú tienes ganas de chancearte sin duda.

—No lo creais; hablo con toda formalidad.

—Pero ¿estás decidido á que ese rapto se lleve á efecto?

—Sí; ¿no os digo que es mi salvacion?

—No te comprendo—dijo el Diablo.

—Ni yo tampoco—añadió Roberto.

—Esa mujer es mi ángel tutelar; pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y quizás cuando lleguemos ya sea tarde.

—¿Pero nos explicarás?....

—La mujer que vamos á robar nos servirá de rehenes para asegurar mi vida.

—¿Pues quién es?....—preguntó Roberto.

—Una pobre muchacha.

—Vamos, tú quieres burlarte—dijo el Diablo.

—Si lo tomais de esa manera.....

—No te incomodes.

—Os empeñais.....

—No es que nos empeñamos, pero hay cosas que sorprenden; tú mismo lo conocerás así. ¿Cómo es posible que podamos creer nosotros que de una mujer tan insignificante pueda depender tu salvacion?

—Ya lo vereis, y estoy seguro que quedareis satisfechos.

—En fin, sea lo que tú quieras.

—¿Estais dispuestos á seguirme?

—Hombre, no sé á qué vienen esas dudas, cuando puedes estar convencido de la verdad de cuanto te hemos dicho.

Entonces Guzman condujo á sus compañeros cerca de la casa donde vivia José, explicándoles lo que de ellos necesitaba.

Fácilmente se comprende que al saber lo mismo Diablo que Roberto la humildad de clase á que pertenecia Carlota, su sorpresa habia de ser extraordinaria.

¿Cómo era posible que la pobre hija de un campanero á quien por caridad le habian confiado el puesto que ocupaba, pudiera servir de garantía para el perdon de Guzman?

—¿Pero hombre, estás en tu juicio?—preguntó el primero. —¿De qué apuros va á sacarte esa muchacha?

—¿Qué sabeis vosotros?

—No comprendo las razones que tengas; pero, francamente, eso de exponernos á tener un percance sin que te resulte un beneficio positivo, es menester meditarlo.

—Pero si os pago, cabezas malditas, ¿por qué gruñir tanto?

—Mira, Guzman, aquí no se trata de que pagues ó dejes de pagar; si es por servirte, lo mismo éste que yo, nada te queremos interesar; pero.....

—¿Pero qué? Acaba.

—Que esa mujer, ¿cómo es posible que pueda contribuir poco ni mucho á tu salvacion?

—Muy sencillo.

—Explícate—dijo Roberto.

—Eso es, habla y nos convenceremos—añadió el Diablo.

—Figuráos que esa muchacha es muy linda.

—¿Y estás prendado de ella acaso?

—Callad, imbéciles, ¿os creeis que Guzman desciende á semejantes debilidades?

—Hombre! creo que tú serás como los demás.

—Estais en un error. Yo, á Dios gracias, no me enamoro más que de una onza de oro.

—Pues entonces.....

—Entonces, hay un galan que está prendado de la donce-

lla; tiene valimiento cerca del virey, y puede conseguir mi perdon.

—Eso es otra cosa.

—Pero..... Guzman, ¿tú has tenido en cuenta que esos señores suelen muchas veces ofrecer lo que despues no cumplen?

—Este lo cumplirá.

Tan resuelto fué el acento con que Guzman pronunció estas palabras, que sus dos compañeros no pudieron menos de inclinar la cabeza, diciendo:

—Pues chico, tú sabrás lo que haces.

—De sobra que lo sé.

—Dispon cuando se ha de verificar ese rapto.

—Lo más pronto posible.

—¿Quieres que vayamos esta noche?

—No. Es menester realizarlo dejando la menor huella posible.

—Entonces tú dirás cómo.

Guzman se lo explicó y á consecuencia de estas explicaciones, fué la entrada de los dos bandidos en casa del ciego, bajo el pretexto que vimos en otro lugar, pero realmente para tomar los moldes de la cerradura de la otra puerta y enterarse de la disposicion de la mezquina casa.

Bien ajenos estaban, lo mismo José que su hija, del golpe que contra su dicha se preparaba.

Una vez hecha la llave y todo dispuesto, dos dias despues de aquel en que Armendariz habia dicho que se marchaba fuera de Méjico, Carlota que se habia despedido de su padre confiada en el porvenir que precisamente aquel dia más que nunca se lo habia pintado risueño y agradable su amante, retiróse á su habitacion y recogióse en el lecho entregándose á uno de esos sueños de felicidad, propios de la cándida y hermosa juventud.

José, á su vez, halagado por la esperanza que Armendariz

habia derramado en su corazon, y por la dicha de su hija, durmióse tranquilamente.

Próximamente á la madrugada, abrióse silenciosamente la puerta que daba á la parte más solitaria del sitio en que se alzaba la catedral, y el Diablo y Roberto penetraron en el interior de la casa.

—Abre un poco la linterna—dijo el primero al segundo con recatado acento—no sea que haga el diablo mi patron que tropecemos y se despierten los pájaros.

—¿Sabes cuál es el cuarto de la muchacha?—preguntó Roberto.

—Sígueme y calla.

Los dos bandidos penetraron por un largo corredor, al final del cual estaban, la una frente á la otra, las habitaciones del padre y de la hija.

Andando cautelosamente convenciéronse primero de que el ciego continuaba roncando, y despues entraron en el cuarto de la jóven.

A tientas llegaron hasta el lecho, y entonces Roberto, á la par que abria la linterna para ver la operacion que iba á practicar, puso un pañuelo á manera de mordaza sobre la boca de la jóven.

Ésta, al verse sorprendida de súbito por la luz, abrió los ojos; mas el grito de espanto que fué á exhalar quedó ahogado por la mordaza de Roberto.

Toda resistencia era completamente inútil.

Las fuerzas de Carlota eran impotentes para medirse con las de aquellos dos bribones, y bien pronto el terror y la ira produjéronle un desmayo que facilitó en gran manera la tarea de aquellos.

Pocos momentos despues Carlota se hallaba encerrada en un carruaje al lado de Guzman.

Durante un buen espacio la jóven continuó desmayada, sin que su raptor hiciera diligencia alguna para socorrerla.

Felicitábase por aquel desmayo tan oportuno, que hacia ménos comprometida la situacion.

Una vez fuera de la ciudad, cuando apenas principiaba á amanecer, murmuró el bandido:

—Pues señor, terminó felizmente la primera parte de mi empresa; veremos cómo concluye la segunda.

Y sacando la cabeza fuera de la ventanilla, dijo á Roberto, que iba guiando el carruaje:

—Pára un momento, Roberto, y vamos á quitarle á esta buena moza el pañuelo, que ya no es necesario.

Detúvose el carruaje, y Roberto y su compañero descendieron del pescante, y abriendo la portezuela ayudaron á su amigo en la comprometida empresa de quitar la mordaza á la jóven.

Y decimos comprometida, porque si daba la casualidad de que la jóven recobrase el conocimiento al mismo tiempo de quitarle el pañuelo que hacia el oficio de mordaza, y comenzaba á gritar, era fácil que los vendedores de las inmediaciones que en aquellos momentos se dirigian á la capital, se apercibiesen de ello, y en este caso pudieran pasarlo mal.

Sin embargo, era menester hacerlo, porque Guzman, á la débil claridad del crepúsculo, habia advertido el encendido color del rostro de la jóven y la dificultad de su respiracion, y temió que pudiera sobrevenirle algun grave accidente.

—No tengais cuidado—dijo á sus compañeros que manifestaron aquellos temores.—Todavía tardará algunos minutos en volver en sí, y con que apreteis un poco y podamos entrar por esa vereda que hay á la derecha, en poco tiempo nos hallaremos en el bosque, y entonces que nos echen un galgo.

—Pues, manos á la obra.

Efectivamente, quitaron el pañuelo de la boca de Carlota, que exhaló un suspiro de bienestar, y el carruaje partió inmediatamente con mayor rapidez.

A poco entraron por la vereda indicada por Guzman, y fe-

lizmente ganaron el bosque al mismo tiempo que Carlota volvia en sí.

—Pues, señor, llegó el momento de la gran escena—dijo Guzman, observando los primeros movimientos de la jóven. —Afortunadamente, aquí me importan ya muy poco sus gritos.

Carlota abrió los ojos, y su mirada atónita fijóse en el interior del carruaje.

Despues por un movimiento puramente maquinal, trató de lanzarse fuera de él.

Pero la mano de Guzman la detuvo, diciéndole:

—Cuidado, niña; de aquí no se sale con tanta libertad.

Carlota lanzó un grito de terror.

No se habia apercibido de aquel hombre que iba al lado de ella, y al escuchar su voz, y al sentir el contacto de sus manos se estremeció, y exclamó con voz trémula:

—¡Dios mio! ¿Dónde estoy? ¿Qué quereis hacer de mí?

—Muchas preguntas son esas para contestaros de un modo que os pueda satisfacer.

—Pero, ¿quién sois vos? ¿Por qué me habeis sacado de mi casa?

—El quién yo sea, debe importaros muy poco; y respecto á todo lo demás, tiempo de sobra tendreis para saber la suerte que os aguarda.

—¿Pero, y mi padre?

—Vuestro padre sabrá oportunamente dónde estais, y tened por muy cierto que ya se consolará.

—¡Oh!—exclamó Carlota, rompiendo á llorar amargamente.—Yo no quiero ir con vos. Dejadme salir de aquí.

Y la jóven volvió á querer lanzarse sobre la portezuela del coche.

Pero otra vez Guzman que no la perdia de vista, la contuvo diciéndola:

—Vamos, niña, sed razonable, y mirad que vuestro traje

no es el más á propósito para andar por esos caminos y á estas horas.

La jóven se apercibió entonces de la ligereza de su traje, y que para cubrir su cuerpo la habian envuelto los bandidos con sus capas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuró cubriéndose el rostro con las manos y llena de vergüenza.

Pero de súbito reaccionóse poderosamente, y antes de que Guzman pudiera impedirlo, sacó el cuerpo por la ventanilla, gritando con acento desconsolador:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Pero en aquel momento se detuvo el carruaje.

Habian llegado al punto de su destino.

Carlota, á pesar de su resistencia y de sus gritos, quedó encerrada y perfectamente segura en el interior de una casa situada en lo más espeso del bosque, casa ignorada tal vez por efecto de la posicion que ocupaba y de lo poco frecuentados que eran aquellos contornos.

CAPÍTULO LXXXV.

Cómo recibió Francisco la tremenda noticia.

Puede presumirse perfectamente la profunda sorpresa que se apoderaria de José, cuando á la mañana siguiente, vió que se habia despertado sin que fuese su hija la que como de costumbre entrase en su habitacion á hacerlo.

En el primer momento creyó que estaria indispuesta, y esta creencia fué tomando alarmantes proporciones al ver que por más que la llamaba no le respondia.

Arrojóse del lecho; vistióse apresuradamente, y lleno de mortal inquietud, entró en el cuarto de su hija.

Aproximóse á su lecho; principió á tentar, y advirtió el desórden en que se hallaba; mas no pudo encontrarla por ninguna parte.

Todavía la esperanza le sugirió un medio para calmar momentáneamente la angustia que le consumia.

Creyó que habria ido á hacer la compra como tenia por

costumbre todas las mañanas despues que él se habia levantado, que volveria pronto y que todo ello no pasaria de una falsa alarma.

Mas trascurrieron las horas y Carlota no parecia.

Entonces el pobre ciego salió á la calle; dirigióse á las tiendas donde solia comprar su hija, visitó á las personas á quienes conocia, y en todas partes hubo de alcanzar la misma contestacion: Carlota no habia parecido por allí.

Entonces regresó á su casa.

Tal vez durante su ausencia, la jóven hubiera regresado.

Pero esta esperanza se desvaneció bien pronto.

No habia vuelto su hija.

Entonces el dolor y la desesperacion del anciano, no conocieron limites.

—¡Carlota! ¡hija mia! — exclamaba el pobre ciego con acento desesperado y sollozante.—¿Qué ha sido de tí? ¿Dónde estás que no respondes? ¿Me has abandonado acaso? ¿Tan cruel has sido que no has vacilado en llenar de amargura y de dolor el corazon de tu padre? responde, hija mia; responde por piedad, ¿dónde estás?

Pero nadie respondia á los lamentos del anciano.

Apenas si alguno de sus vecinos ó de sus conocidos se presentaba en aquellos momentos á deslizar algunas palabras de esperanza en su oido, marchándose despues, y dejándole solo con su profundo quebranto.

Hubo un momento, en que el pobre hombre creyó que Francisco habia sido el raptor de su hija.

Y cogiendo su baston, dispúsose á dirigirse á la posada que habitaba, ó al cuartel, ó al mismo palacio del virey, hasta encontrar al que de tan indigna manera le engañara.

Pero en seguida se desvaneció aquella sospecha.

No era posible que Francisco que con tanta franqueza y lealtad le habia hablado, que tan noble y tan generoso se mostrara, fuese á cometer una accion tan vituperable.

Tornó á dejarse caer abatido en la silla de donde momentos antes se levantara, y allí permaneció hasta que la voz del mismo Francisco vino á sacarle de su desdichada situacion.

—Buenos dias, José—dijo el capitan entrando en el aposento como de costumbre.

—¡Ay! hijo mio—exclamó con dolorido acento el ciego—¡qué desgraciados somos!

—¿Qué es eso, José? ¡llorais! ¿qué advierto en vos que sin saber por qué está llenándome de angustia? ¿Dónde está Carlota?

El anciano rompió á llorar como un niño.

—¡Hablad por piedad! ¿Dónde está Carlota?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No. Tan desesperado estoy que he llegado hasta á dudar de vos.

—¡De mí!

—Sí, hijo mio; sí. Cuando me he levantado hoy ya no estaba Carlota en casa.

—¿Y no habeis oido nada que os pudiera revelar?....

—Nada.

—¡Pero Dios mio! ¿qué quiere decir esto?—exclamó Francisco á quien el dolor comenzaba á oscurecer la razon.

—Eso es lo que yo estoy preguntándome desde que ha amanecido y para lo cual no he encontrado todavía respuesta.

—Pero algo habrá que nos pueda dar alguna luz sobre lo ocurrido.

—No, no hay nada. Desde que me he levantado ya no encontré á Carlota en su habitacion.

—Es decir que se habia marchado antes de que vos os levantáseis.

—Sí; pero lo más extraño es que la puerta estaba cerrada.

—¡Cómo!

—Sí, cerrada.

—¿Pero tambien lo estaba la que da al lado opuesto de la plaza?

—No he reparado en ello. Venid, don Francisco, venid y quizás vos podais apreciar de distinto modo que yo, lo ocurrido.

Y el anciano, seguido de Francisco, se dirigió hácia la puerta por donde efectivamente habian salido los raptores de Carlota.

Pero merced á la llave de que estos iban provistos, y cuyo molde, como sabemos, tomaron el dia que estuvieron en la catedral á reclamar aquel objeto perdido por una dama, pudieron cerrar la puerta perfectamente.

—Ya veis que nada se encuentra por aquí que confirme nuestras sospechas, ¿no es verdad?—preguntó el ciego al caballero.

—Llevadme al cuarto de Carlota.

El ciego hizo lo que Francisco deseaba, y apenas hubo entrado en él exclamó:

—¡Pues si están aquí las ropas de Carlota!

—¡Cómo!—dijo José.

—Ya lo creo, ¿qué quiere decir esto? en esta habitacion se advierte el desórden consiguiente á una lucha, no fuerte, pero que ha debido durar algunos momentos. ¿Y nada habeis oido?

—Nada, ¿no lo estais oyendo?

—Carlota ha sido robada.

—¿Pero por dónde han salido sus raptores?

—Eso es lo que vamos á ver.

Y Francisco púsose á observar detenidamente todos los objetos que le rodeaban.

Salió del cuarto de Carlota y se fijó en el suelo.

—Aquí hay huellas que no son de Carlota—dijo.

—¿Qué direccion siguen?—preguntó afanosamente José.

—Se confunden y se pierden, y no puedo acertar..... ¡Ah! —prosiguió Francisco deteniéndose ante un objeto que acababa de llamar su atencion.

—¿Qué habeis visto?

—Aquí hay un pequeño fragmento de capa. Sin duda se enganchó en este clavo, y en la precipitacion con que iban los raptores, tiraron de ella, sin cuidarse de que dejaban este indicio.

—Pero la direccion que estais siguiendo, es la de la puerta que da al otro lado de la plaza.

—Pues por aquí es por donde han salido.

—¿Pero cómo, si está cerrada?

—¿Y no sabeis que hay llaves que abren todas las puertas?

—¿Y quién puede haber robado á mi hija?

—Eso es lo que necesitamos saber, y yo os juro que lo sabremos.

—¡Oh! sí, sí, corred! Dios mio, ¿por qué no tendré yo vista para poder auxiliaros en vuestras indagaciones?

—No tengais cuidado; yo basto para todo.

Pero desgraciadamente no sirvió de nada la voluntad á don Francisco.

En vano su tio el virey puso en movimiento todos los grandes elementos de que podia disponer.

Carlota no parecia.

Nadie la habia visto.

El robo se habia verificado con tanta discrecion, que no hubo persona que, á pesar de la crecida recompensa ofrecida á quien diese algun indicio, pudiera darle positivamente.

Don Francisco estaba desesperado.

Cada dia iba una multitud de veces á la Catedral, á participar al ciego lo inútil de sus pesquisas, y á ver si éste habia adquirido por casualidad alguna noticia que pudiera servirle de guía.

Pero nada absolutamente podia adelantarse.

Un misterio profundo envolvia la desaparicion de Carlota.

—¡Oh! la vista, la vista!—exclamaba sin cesar José.—Si yo la tuviera, yo la encontraria. Es necesario que aviseis á vuestro amigo; él me ofreció dármela, y quiero que cumpla su promesa.

—Segun dijo, hoy debe llegar.

—¡Oh! vedle, vedle, y que venga al punto!

Efectivamente, Armendariz llegó aquel dia á Méjico.

Conforme habia ofrecido don Francisco, se dirigió inmediatamente en su busca.

—Amigo mio—exclamó arrojándose en los brazos de su amigo—estoy desesperado; Carlota ha sido robada.

—¿Estais en vos?—exclamó el traidor con una sorpresa admirablemente fingida.

—Sí que lo estoy, por desgracia.

—¿Pero estais seguro de que Carlota ha sido robada?

—Vos mismo os convencereis de ello cuando podais en realidad apreciar los detalles en que yo me he fijado.

—Pero explicáos.

Don Francisco refirió á su amigo lo que habia observado, y terminó su relato diciéndole:

—Ahora venid conmigo, porque aquel pobre padre está lleno de angustia y desesperacion.

—Lo comprendo. ¿Pero qué ha hecho vuestro tio? ¿Es posible que teniendo á su disposicion tantos medios, no se haya podido descubrir el paradero de esa jóven?

—Nada absolutamente.

—Vamos, valor, amigo mio, valor—dijo Armendariz estrechando la mano de Francisco—ahora estoy junto á vos y yo os juro que uniremos nuestros esfuerzos para encontrarla.

—¡Cuán noble y generoso sois!—exclamó Francisco verdaderamente afectado por las palabras de su amigo.

Armendariz estaba haciendo violentos esfuerzos para dominar la profunda alegría que sentia.

Adivinaba el dolor del jóven, comprendia muy bien su inmensa desesperacion y con ella se recreaba, y su perverso corazon se estremecia de gozo.

Francisco le llevó consigo á casa del viejo.

Apenas José supo que estaba allí, le dijo:

—¡Señor doctor, por piedad, devolvedme la vista!

—Calma, amigo mio, calma—repuso Armendariz—recobrareis la vista pero es menester que calmeis esa agitacion que os devora.

—¡Calmarla! ¿Y sabeis con qué se puede calmar únicamente?

—Con lo que no está en nuestra mano poderos dar, ya lo sé; pero por lo mismo es preciso que pongais de vuestra parte cuanto sea posible.

—Yo quiero encontrar á mi hija.

—Nosotros tambien.

—Sin embargo, ¿quién podrá hacerlo con más afan que su padre?

—Perdonad, José; no os dejeis cegar por el dolor, ¿creeis acaso que yo no habré hecho cuanto posible fuera para develvérosla?

—Harto lo sé; no lo digo por vos; no tomeis por ofensa mis palabras.

—Vuelvo á recomendaros la calma, porque de ese modo, estoy seguro que no haceis más que empeorar vuestro estado.

—¿Podeis darme la vista?

—Con la ayuda de Dios, creo que sí.

—Pues entonces invocadla como yo la invocaré tambien y rasgad esta venda que me impide marchar en busca de mi pobre hija.

—Debo advertiros una cosa—dijo Armendariz despues de algunos momentos de reflexion.

—¿Qué?

—Que en el estado general de irritacion en que os hallais, pudiera seros fatal esa operacion.

—¡Doctor!

—Sí, amigo mio—prosiguió éste dirigiéndose á Francisco que habia pronunciado la anterior exclamacion lleno de temor—no me atreveria á responder de una operacion llevada á cabo en semejantes condiciones.

—Ya lo oís, José—dijo Francisco—es preciso que tengais calma y reflexion.

—Pero mi hija está reclamando mi auxilio—exclamó el pobre ciego con acento desesperado.

—¿Y acaso creeis que con vuestro ardiente anhelo vais á conseguir mejorar su estado?

—Ya lo sé, ¿pero quién puede evitar esto tratándose de una hija querida?

—En ese caso, no penseis en recobrar la vista.

—¡Oh! tened piedad de mí.

—Por lo mismo que la tengo, por lo mismo que me afecta doblemente vuestro estado, no quiero, no debo acceder á lo que me pedís.

—¡Oh!

—Vamos, José, no os desespereis de ese modo, por el mismo cariño que profesais á vuestra hija, por ese mismo afan que teneis de poderos consagrar á su encuentro, procurad serenaros para que Armendariz pueda operar con seguridad.

—¿Cuántos dias podré tardar en ver?—preguntó el ciego al cabo de algunos momentos de reflexion.

—Segun sea el estado general. Si estais tranquilo y obedeceis ciegamente mis prescripciones, es cuestion de seis dias.

—¡Seis dias aun!

—Y si continuais así, entonces de nada respondo.

—Pues bien, emplead toda vuestra ciencia y dadme la vista. Yo os respondo que permaneceré resignado.

—Eso es lo que debeis hacer—dijo Francisco.

—De esa manera ya podremos entendernos mejor—repuso Armendariz tomando el pulso al ciego, aun cuando ya veo que no es vuestra resolucion tan firme como quisiera.

—¿Por qué?

—Porque estais agitado todavía.

—Y lo estaré mientras no encuentre á mi hija; ea, señor doctor, á muerte ó á vida, haced la operacion.

Armendariz miró á Francisco como dudando respecto á lo que habia de hacer.

El capitan á su vez mostróse vacilante y temeroso, y dijo:

—Amigo mio, obrad en todo como os dicte vuestra conciencia.

—¡La vista! ¡la vista!—volvió á gritar el ciego, con acento tembloroso por el llanto.

—Pues bien, os la daré; pero conste que os he avisado antes de lo que puede aconteceros.

—¡Oh! ¡gracias!—exclamó con efusion el anciano.

Armendariz prometió entonces volver dentro de poco, pues necesitaba algunas drogas, indispensables para los preliminares de la operacion, y salió de la casa de José.

CAPÍTULO LXXXVI.

Una operacion desgraciada.

Una vez Armendariz fuera de la casa de José, su semblante brilló con una expresion de satánico placer y murmuró con indefinible acento:

—Por fin, voy á principiar á saborear mi venganza. Carlota quedará sola en el mundo, Francisco me impulsará á que lleve á cabo esa operacion en que José perderá la vida, y su hija sabrá que ha sido por él, y despues que tenga destrozada el alma y deshonrado el cuerpo, se la dejaré á Francisco para que sea su eterno remordimiento y su constante pesadilla. ¡Oh! padre mio, yo te aseguro que ha de vengarte dignamente tu hijo.

Y cada vez más lleno de satisfaccion, cada vez más seguro de aquel éxito respecto al cual tanto habia calculado, llegó á su casa y Campillo no pudo ménos de sorprenderse al ver su alegría.

—Sí, Campillo—contestó á su escudero que le contemplaba asombrado.—Estoy próximo á ser feliz; creo que pronto, muy pronto, saborearé por entero mi venganza.

—Cuidado, señor; no os dejeis alucinar por apariencias que mañana pudieran quedar defraudadas.

—No tengas cuidado. ¿Ha venido Guzman?

—No señor; pero ha enviado á uno de los suyos.

—¿Y qué dice?

—Que todo marcha perfectamente.

—¿De modo que la doncella?....

—Va estando algo más resignada.

—Así debe hacer, porque de otro modo, el mal seria para ella.

—Pero, ¿cuándo vais?....

—No te impacientes, Campillo; ya llegaré. Es menester que no deje obstáculos á mi espalda.

El escudero miró con asombro á su señor, pero como éste se alejó de su lado sin añadirle otra palabra, no juzgó conveniente hacerle más preguntas.

Armendariz entró en su pequeño laboratorio, y durante algun tiempo estuvo ocupándose en confeccionar algunos colirios de que habia de hacer uso en la operacion que proyectaba.

En esta ocupacion le sorprendió la llegada de Francisco.

El jóven, puesto en cuidado por las palabras del médico, fué á su casa tan luego encontró medio de separarse de José.

No habia podido hacer desistir al anciano de aquel vehemente deseo de recobrar la vista.

La carencia de noticias que habia respecto á Carlota, era un poderoso aliciente para que á todo trance quisiera hallarse en disposicion de marchar en busca de su hija.

Mientras la ciencia le habia dicho que era imposible que volviese á ver, habia lamentado su suerte, pero estaba resignado con ella.

Mas desde el momento en que con un fin tan perverso como el que ya conocemos, se le habia hecho concebir la esperanza de recobrar aquel órgano tan importante, el buen hombre se sentia consumido por una impaciencia abrumadora, y no habia reflexion ni consideracion bastante poderosa para hacerle desistir.

Con esto habia contado Armendariz.

Pero Francisco, comprendiendo que positivamente podia encerrarse un grave peligro para el anciano, quiso consultar antes con el médico y el amigo, y en su consecuencia penetró en la casa de éste.

—Casi tenia la seguridad de que vendriais—díjole Armendariz al verle.

—¿Por qué?

—Porque interesándoos por la salud de ese pobre anciano, mis palabras han debido llamar vuestra atencion.

—Es verdad.

—Mi deber me obliga á ser franco siempre.

—¿Es decir que creeis?....

—Que en el estado en que José se halla, es un tanto aventurada la operacion.

—¿Pero puede resultar grave peligro para su existencia?

—Ya lo creo; puede perderla.

—¡Oh!

—Ya veis si es menester que yo decline toda mi responsabilidad. En circunstancias normales, es decir, estando ese hombre tranquilo, respondo de salir airoso; pero de otra manera, no sé lo que resultará.

—¿Y quién le hace desistir de esa idea?

—Grave es el compromiso.

—Porque en el estado en que hoy se encuentra, si se le dice que no se hace, quizás sea peor.

—Bien pudiera ser.

—¿Y qué hacemos, amigo mio? ¿qué hacemos?

—No lo sé. ¿No se sabe nada de Carlota?

—¡Qué se ha de saber! Parece materialmente que se la ha tragado la tierra; porque mi tio ha puesto en movimiento á toda la policía de Méjico; ha enviado expresos á todas partes para que se vigilen los caminos y se detenga á toda persona que pueda parecer sospechosa; pero hasta la fecha, cuantas diligencias han practicado, han sido ineficaces.

—Mucha desgracia ha sido.

—Y tanto. No podeis imaginaros lo que yo daria por conocer al autor de tan infame crímen.

—Ya podeis estar seguro—repuso hipócritamente Armendariz—que si yo le conociera, habriais quedado completamente vengado.

—Gracias, amigo mio; no esperaba menos de vos.

—Tanto me afecta vuestra desdicha, podeis creerlo, como si á mí mismo me sucediera.

—Horrible es, amigo mio, y os aseguro que no saben los autores de esa infamia todo el daño que me han hecho.

—¡Quién sabe si en el momento que menos podamos pensar, nos encontraremos con la que tanto amais!

—Sin embargo, tal vez la encuentre en un estado, que se haya hecho completamente imposible para mí.

—¡Oh! no digais eso.

Todavía continuaron algun tiempo hablando de esto, hasta que finalmente dijo otra vez Armendariz:

—Con que vamos á ver, Francisco ¿qué hacemos respecto á José?

—Lo ignoro.

—Ved que yo no quiero afrontar por mí solo toda la responsabilidad que consigo lleva la operacion de que se trata.

—Pues yo no sé qué aconsejaros. Si se le dice á José que no se le puede hacer, es fácil ocasionarle la muerte.

—¿Y si por desgracia la operacion da un funesto resultado?

—¡Callad!

—Yo debo ponerme en lo peor.

Los dos jóvenes quedáronse profundamente pensativos, siendo verdadera en Francisco la zozobra, la inquietud y la duda que esperimentaba; mientras que por el contrario en Armendariz era completamente fingida.

Despues de algunos momentos de permanecer en este estado, Francisco alzó la cabeza, y dijo:

—Armendariz, amigo mio; hagamos una cosa.

—Decid.

—Vamos á ver á José nuevamente; hablémosle, ó mejor dicho, habladle vos con esa misma franqueza que me habeis hablado; significadle vuestros temores, y veamos si mis razones de amigo, y las vuestras de médico, consiguen hacerle desistir de su propósito.

—Me parece que será inútil vuestro deseo.

—Lo hemos de intentar todo antes de aventurarnos en esa operacion peligrosa.

—Decís bien. No me opongo á vuestro deseo; marchemos.

Efectivamente, pocos momentos despues los dos jóvenes dirigíanse nuevamente hácia la casa de José.

Éste se hallaba al cuidado de una anciana.

Cada dia que pasaba hacíasele más grande, más imperiosa, más exigente, si así podemos expresarnos, la necesidad de ver á su hija.

Y esta necesidad, desde el momento en que Armendariz le hubo dado esperanzas de recobrar la vista, convirtióse en un deseo tan ardiente, tan impetuoso, que no vivia, no sosegaba, y cualquier persona que entraba en su casa parecíale que habia de ser el médico que iba para devolverle la vista.

Habíale dicho Armendariz que en el estado de excitacion en que se hallaba era sumamente aventurada la operacion.

Y procuraba tranquilizarse y no podia conseguirlo, porque la impaciencia, la inquietud, la angustia le dominaban.

En este estado llegaron Armendariz y Francisco á su casa.

Al rumor que produjeron al entrar, alzóse vivamente del sillon, y exclamó:

—¿Quién es?

—Tranquilizáos, José; somos nosotros—contestó Armendariz.

—¡Ah! ¿sois vos, señor doctor? ¿Venís dispuesto á arrancar esta maldita venda que cubre mis ojos?

—Calma, amigo mio—dijo Francisco, que no podia ménos de sentirse dolorosamente afectado ante la impaciencia y el dolor del anciano.

—No me hableis de calma—contestó éste—no me hableis de sosiego desde el momento en que permanezco ciego, y mi pobre hija no ha parecido.

—Pues, precisamente por esa misma operacion os recomiendo la tranquilidad y el reposo; precisamente para asegurar el éxito de ella os exijo de nuevo la quietud.

—¿Quereis callar?

—Haced lo que os dice Armendariz; ved que de otra manera esa misma esperanza, que todos tenemos, no tendrá otro remedio que desvanecerse.

—¡Que desvanecerse! ¿Por qué?

—Porque no me atreveré á operar en la situacion en que os hallais.

—¡Pero no habiais dicho!....

—Que os devolveria la vista.

—¿Y no lo hareis?

—No, continuando como estais.

—Decid que teneis miedo, decid que desesperais del resultado, que vuestra ciencia es impotente para devolverme la vista, que habeis querido entretener mi esperanza para desvanecerla despues, decid..... pero, ¡Dios mio! estos hombres no tienen entrañas, ¡jugar con el dolor, con la desesperacion de un padre!....

Y el pobre anciano dejóse caer abatido sobre el sillon cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Vamos, José, no desespereis así—dijo Francisco—Armendariz tiene confianza, pero es menester que le ayudeis, porque de continuar en esa mortal agitacion correis grave peligro.

—¿Pero decís que tiene esperanzas?

—Sí.

—Entonces qué me importa la muerte si he podido ver lo bastante para encontrar á mi hija?

—Es que el peligro es más inmediato—repuso el médico.

—¡Y qué me importa! no habladme de peligros, ni decidme nada que pueda obligarme á desistir de esa idea que vosotros mismos hicísteis nacer en mí.

Efectivamente, en vano fueron todos los esfuerzos hechos para hacerle desistir de aquella idea, de aquel propósito.

Armendariz regocijábase interiormente de aquella decision y finalmente fingió ceder á la exigencia del anciano, diciendo á Francisco, cuando salieron momentos despues:

—Mucho dudo que me salga bien; por la primera vez en mi vida tiemblo ante el resultado de esta operacion; pero suceda lo que quiera tengo la conciencia tranquila toda vez que le he dicho lealmente mi opinion.

Al dia siguiente Armendariz principió á operar á José.

Dos dias más tarde comenzó este á ver alguna cosa.

Felicitábanse Francisco y el buen anciano por el éxito alcanzado; pero Armendariz moviendo la cabeza, decia al jóven capitan:

—No tengamos confianza, amigo mio; yo no tengo ninguna, la fiebre devora á ese pobre hombre y esa fiebre es precisamente el peor enemigo que tengo.

Y la prediccion de Armendariz se cumplió por desgracia.

Conforme pasaban los dias, aumentaba la impaciencia del anciano.

Y al aumentar su impaciencia crecia más violentamente la fiebre; y finalmente, al sexto dia, cuando habia conseguido recobrar la vista, declarósele con tal intensidad una congestion, que en breve espacio fueron inútiles todos los auxilios de la ciencia, y el pobre anciano falleció pocas horas despues.

CAPÍTULO LXXXVII.

Donde Armendariz tropieza con una decepcion.

Profundamente disgustado quedó Francisco ante el funesto desenlace que habia tenido la operacion de José.

Y era mayor su disgusto, porque realmente él habia sido quien instigó á Armendariz para que llevase á cabo la operacion, toda vez que éste, con un maquiavelismo superior á todo encarecimiento, no hizo más que oponer obstáculos á fin de excitar los deseos con más vehemencia.

De aquí que Francisco, al ver el estado en que el anciano se ponia por efecto de las negativas del médico, no tuvo otro remedio que insistir á fin de que complaciera á José, ocasionándole, como él mismo decia, la muerte.

Armendariz, á su vez, en vano hacia esfuerzos para dominar su alegría.

Su propósito habíase realizado en todas sus partes, y la muerte del ciego no fué debida al estado de irritacion, digá-

moslo así, en que se encontraba, sino á las medicinas preopinadas por él, las cuales determinaron la congestion que le llevó al sepulcro.

Sin embargo, delante de Francisco procuró siempre ocultar aquella alegría tan indigna.

Aparentaba una tristeza y un disgusto iguales á los que sentia el capitan, y de este modo ganábase doblemente sus simpatías.

Al dia siguiente de haber tenido lugar la muerte de José, hallábase Armendariz en su posada, saboreando, digámoslo así, las angustias y las torturas que habia de sufrir el capitan en el momento en que supiese la verdad, cuando entró Campillo, y le dijo:

—Señor, ahí fuera está quien quiere veros.

—¿Quién es?

—Paréceme que se trata del bribon de Guzman.

—¡Hola, qué novedades ocurrirán!

—A mí me ha parecido que era él.

—Díle que entre.

Salió el escudero, y pocos momentos despues Guzman se encontraba en el aposento.

El doctor fijó una mirada ansiosa en el rostro del bribon, y le dijo:

—¿Qué sucede, Guzman?

—No teneis que alarmaros—repuso éste con calma—la moza está completamente tranquila.

—Entonces, ¿á qué vienes?

—Ya lo sabreis.

—¿No ha sabido nada absolutamente de la muerte de su padre?—preguntó el doctor bajando la voz y mirando fijamente á Guzman.

La sorpresa que éste experimentó revestia un carácter tal de sinceridad, que el doctor no pudo dudar respecto á su ignorancia.

—Efectivamente, Guzman no tuvo noticia alguna de lo ocurrido en la casa del ciego.

Desde el dia en que sus compañeros robaron á Carlota, nada habia sabido, permaneciendo consagrado únicamente al cuidado de la jóven.

De aquí que aquella noticia le sorprendiera de un modo extraordinario.

—Pero explicadme cómo ha sido esto—dijo.

—¡Toma! muy sencillo: que ha muerto.

—¿Pero de pena?

—No; quiso recobrar la vista, y á pesar de mis observaciones, no tuve otro remedio que complacerle.

—¿Y murió de la operacion?

—Sí.

Guzman miró profundamente al doctor.

Con aquella mirada queria penetrar no solamente el fondo de su pensamiento, sino hasta lo más profundo de su alma.

Armendariz no pudo resistir aquella tenaz mirada.

Y de mal talante, le dijo:

—Con que, vamos á ver, explícame á qué has venido.

Guzman se sonrió ligeramente mostrando aquella sonrisa que habia comprendido la verdadera causa de la muerte de José, y contestó:

—He venido para que hablemos.

—¡Para que hablemos!

—Sí señor.

Y tan resuelto fué el acento con que el bandido pronunció estas palabras, que Armendariz no pudo menos de ponerse en guardia adivinando ó presintiendo alguna exigencia por parte de su cómplice.

—Vamos á ver, ya te escucho—le dijo.

—¿Recordais perfectamente los términos de nuestro contrato?—preguntó Guzman despues de algunos momentos de silencio.

—¿Por qué me haces esta pregunta?

—Servíos contestarme primeramente.

—Pero.....

—¿Los recordais?—volvió á insistir el bandido.

—Bien, sí; los recuerdo.

—¿Estais satisfecho de mí?

—¿En qué sentido?

—En el de haber cumplido con mi deber.

—No comprendo el objeto de tal pregunta.

—Necesito vuestra contestacion categórica.

—Nadie mejor que tú, puede saber si has cumplido lo que me ofreciste.

—Yo soy un hombre que tengo conciencia á mi manera, y á lo que me comprometo lo cumplo siempre.

—Así me gusta.

—A mí tambien me gusta que cuando yo cumplo, se obre conmigo de igual manera.

—¿Tienes alguna queja de mí?

—Tal vez; por eso os pregunto si recordabais las condiciones de nuestro contrato.

—¿Otra vez con el contrato? Vamos, Guzman, estás de sobra pesado y no me place de ningun modo hablar tanto del mismo asunto.

—Pues lo siento por vos.

—¿Cómo?

—Porque aun cuando os moleste, he de insistir en ello.

—Mas.....

—Permitidme que os recuerde lo que sin duda habeis olvidado ya.

—¿No te he pagado religiosamente?

—Me pagasteis en dinero.

—¿Y qué más quieres?

—Que no era eso lo convenido y bien veis que os habeis olvidado de lo más esencial.

—¿Y qué es lo esencial?—preguntó con acento un tanto irónico Armendariz.

—Lo esencial es, que dijisteis que me salvariais la vida, es decir, que me alcanzariais el perdon en cambio del servicio que os iba á prestar.

—¿Y no te la he salvado evitándote en los dias que te tuve en mi casa el que cayeses en manos de la justicia?

—No, porque me persiguen.

—Cuenta tuya será desde pasado mañana el evitar ese peligro.

—¿Es decir que desde pasado mañana ya no me necesitais?

—No.

—Luego únicamente mientras os he servido me habeis guardado la vida, no por mí sino por la cuenta que os traia.

—Ciertamente, y necio fuiste en creer otra cosa.

—Está bien.

El acento con que Guzman pronunció estas palabras, llamó la atencion de su interlocutor.

En él vibraba más que el convencimiento, el despecho, la resignacion forzada, la fuerza de unas circunstancias que le obligaban á callar cuando hubiera deseado destrozar á la persona que acababa de destruir su esperanza.

Armendariz le contempló en silencio algunos segundos.

Adivinó parte de la tempestad que rujia, y tratando de desvanecerla, dijo:

—El haberte evitado el peligro más inmediato, representa ya la salvacion de tu vida que yo te ofrecí.

—No por cierto, lo que representa es el servicio que os estuve haciendo.

—Sea como quiera. Ese servicio te lo he pagado de un modo y de otro; mas para que no creas que dejo de ser agradecido y que no doy más todavía de aquello que ofrezco, ahí tienes y desde pasado mañana en que yo iré á hacerme cargo

de la cándida paloma que tienes enjaulada, quedas en libertad de obrar á tu antojo.

—Libertad que quizás me conduzca á las manos de los que me persiguen.

—Con dinero se sale de todas partes, y aquí tienes cincuenta onzas que harán cegar á todos los alguaciles de la Chancillería de Méjico.

Y al decir estas palabras, Armendariz sacó de un cajon de la mesa la cantidad expresada que puso en manos de Guzman.

Guardóla éste y dijo:

—Gracias, y me alegro de que me hayais hablado así; ahora ya sé á qué atenerme.

—¿Y vuelves á hacerte cargo de Carlota?—pregunto Armendariz, viendo que Guzman se levantaba de su asiento disponiéndose á marchar.

—Sí, señor, hasta el último momento cumpliré lo que he prometido.

—No me negarás que obro del mismo modo.

—A vuestra manera.

Armendariz volvió á mirar á su interlocutor, el cual, afectando la mayor indiferencia, despidióse del médico.

Éste quedóse pensativo tan luego como el bribon se hubo marchado, hasta que de repente, ocurriéndosele sin duda una idea, llamó á Campillo y le dijo:

—¿Sabes que estoy temiendo una cosa?

—¿Qué es, señor?

—Que Guzman me va á hacer traicion.

—¿En qué os fundais?

—En que no está contento con lo que hice por él.

—¿Y qué pensais hacer?

—Ponte en camino al momento, y marcha al sitio donde se encuentra Carlota.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ver si Guzman ha llegado ya, y si no está en su sitio espérale hasta que vuelva.

—Y en este caso ¿qué debo hacer?

—Tienes sobrado talento para comprender al verle, si realmente viene de hacernos traicion.

—Mucho esperais de mí.

—Te conozco bien.

—¿Y si sospecho que os vende?

—Mata sin piedad ni gracia, Campillo—repuso con acento feroz el médico—es menester salvarnos á todo trance, porque yo necesito vengarme.

—Está bien—repuso Campillo con acento de disgusto—quedareis servido.

—Vete, Campillo, vete, y pon en tu mirada toda la perspicacia que necesitas. El padre de Carlota ha muerto; pasado mañana Carlota quedará muerta tambien para ese hombre.

Campillo contempló á su señor con cierta expresion de dolor y de compasion, y salió del aposento.

Poco despues marchaba hácia el lugar donde ya saben nuestros lectores que estaba encerrada Carlota.

Cuando él llegó, Guzman hacia poco que habia llegado.

Campillo nada encontró que le hiciera concebir sospecha alguna.

El bandido á su vez mostróse sorprendido por la llegada intempestiva del escudero de Armendariz; mas éste procuró encontrar un pretexto que justificase su visita.

Despues regresó á Méjico.

El doctor quedó completamente tranquilo.

Todo el siguiente dia lo empleó en acompañar á Francisco y en dar algunos paseos, por si se podia encontrar á Carlota.

Al inmediato pretextó tener que salir á visitar á un enfermo en las cercanías de la capital.

Pero donde se dirigió fué á la quinta donde estaba Carlota.

Mas con gran sorpresa suya, encontróse las puertas abiertas y completamente deshabitado el edificio.

Una exclamacion de cólera brotó de sus labios, y una vez convencido de que ni Carlota ni sus guardianes estaban allí, volvió apresuradamente á Méjico.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Qué habia sido de Carlota.

Guzman, aun cuando habia ocultado admirablemente su disgusto, la verdad era que salió furioso de casa de su cómplice.

Armendariz le engañaba de un modo grosero é indigno.

Le habia prometido salvarle la vida si le ayudaba, y una vez que él le sirvió, es decir, una vez que el médico hubo conseguido realizar sus propósitos con su ayuda, procuraba eludir el compromiso contraido, merced á una sutileza de mala ley.

Porque decir y escudarse con que él ya habia salvado la vida de Guzman durante aquellos dias, era una manera de eludir el compromiso bastante equívoca, y Guzman que habia podido apreciar realmente el servicio que prestara al médico, sintió por completo el chasco sufrido.

El bandido habia sido previsor, felizmente.

Usando la astucia unas veces y preguntando directamente otras, supo, si no con todos sus detalles, con los bantantes al menos para formar opinion, que el médico odiaba á Francisco y que el rapto de Carlota no obedecia más que á este mismo odio.

Y supo quién era Francisco y su posicion en Méjico.

Y hubo momentos en que teniendo en cuenta la gran amistad que reinaba entre Armendariz y el capitan, supuso fundadamente que este podia ser el medio de que aquel se valiera para conseguir su perdon.

Pero al ver que sus esperanzas habian quedado defraudadas, y que Armendariz daba muestras con ello de una insigne mala fe, formó á su vez el propósito de vengarse cumplidamente.

Y cuando salió á la calle no pudo menos de murmurar:

—Yo te juro que te has de acordar de mí.

Hubo momentos en que se detuvo indeciso en el camino que habia de tomar.

Pensó quedarse en Méjico algunas horas, para llevar á cabo el plan que concibiera.

Mas despues se dijo que no era conveniente, pues tal vez Armendariz sospechando algo de él, le hiciera seguir con el propósito de conocer sus intenciones.

Como se ve, Guzman habia apreciado perfectamente el modo de pensar del médico.

Por más que él habia disimulado el despecho y la profunda cólera que sintiera al verse defraudado en su esperanza, Armendariz podia haberse apercibido, y en este caso desconfiar de él, seguirle y desbaratar su venganza.

Esta idea le detuvo.

Y sin desistir por eso de su vengativo empeño, volvió al punto donde se encontraba Carlota; y entrando en su habitacion escribió algunas líneas en un papel, y llamando á Roberto le dijo:

—Roberto, es menester que hagas uso de toda tu astucia.

—No te comprendo—repuso el aludido.

—Vas á marchar á Méjico.

—¡Que me place! Precisamente esa víbora como tú llamas á mi mujer estará desesperada con mi ausencia.

—Es menester que no la veas.

—¿Cómo?

—Lo que te digo. Nadie debe saber que estás en la ciudad y sin que pueda comprenderse de dónde ni cómo llega esta carta, es preciso que obre en poder del capitan don Francisco de Guevara antes de tres horas.

—¿Tanto te interesa?

—Como que va en ello mi vida.

—¡Diablo! entonces sí que es grave el asunto.

—Ya tú ves.

—Te prometo que la carta quedará entregada tan luego llegue yo á Méjico.

—Te encargo una cosa, Roberto.

—¿Cuál?

—Que no entres en ninguna *pulpería.*

—¡Demonio! ¿y si se me seca el gaznate?

—Te aguantas ó vienes á remojarlo á este sitio.

—Dura es la condicion.

—Pero la cumplirás porque yo lo quiero.

—Está bien.

En este momento y cuando Roberto iba á salir para cumplir el encargo de Guzman, llegó Campillo que, como sabemos, iba enviado por su amo.

Guzman presumió inmediatamente la verdadera mision que llevaba, y esto le hizo desear con mayor vehemencia realizar su venganza.

Bajo un pretexto hábilmente buscado, hizo salir á Roberto sin que se excitasen las sospechas de Campillo.

Pocas horas despues regresaba éste, diciendo que su mi-

sion habia quedado cumplida y la carta entregada al capitan.

Francisco se hallaba precisamente en uno de esos momentos más desesperados cuando recibió el misterioso papel que le enviaba Guzman.

Éste estaba concebido en los siguientes terminos:

«Señor capitan:

»Habeis perdido una mujer á quien amabais. Víctima de un lazo grosero os la han arrebatado; pero todavía podeis recobrarla.

»Para esto estad mañana á las cinco de la tarde en el bosque de cocoteros á la derecha del camino de las tres cruces en la plazoleta donde está el manantial que ya conoceis.

»Ni á vuestro mejor amigo reveleis el contenido de esta carta; ni aun á vuestro padre si viviera deberíais hacerlo, va en ello la salvacion de la mujer que amais.

»No dejeis de cumplir lo que se os pide y estad cierto que volvereis á ser feliz.

Un amigo que os quiere.»

Fácilmente se comprende el efecto que semejante carta produciria en el jóven.

Hubo un momento en que pensó correr al encuentro de su amigo Armendariz y mostrársela.

Felizmente recordó lo que se le ordenaba y supo contenerse y no quiso ver en todo el dia al médico á fin de evitar aquel peligro.

Al dia siguiente á la hora convenida estaba en el bosque.

Miró por todas partes y no vió á nadie en el sitio que se le indicaba.

Sentóse sobre un tronco y así permaneció algunos minutos.

De pronto sintió un ligero ruido á pocos pasos de él.

Alzó la cabeza y vió delante de sí á Guzman.

El jóven le habia visto algunas veces en Méjico y conocia sus hazañas, así fué que en el primer momento trató de lanzarse sobre él.

Pero el bandido iba prevenido ya.

Sacó una pistola y apuntando al jóven, le dijo:

—Ya veis; estoy prevenido. Habeis recibido mi carta por lo que veo.

—¿Dónde está Carlota?—preguntó Francisco inmediatamente.

—De ella vengo á hablaros.

—Quiero verla.

—De eso mismo trato yo tambien—le contestó Guzman con una calma admirable.

—Pues, vamos.....

—¡Eh! ¡alto! señor mio, no vayais tan de prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Antes tenemos que hablar los dos.

—¡Hablar los dos!.... ¿y de qué?

—De Carlota.

—¿Y qué tienes que decirme respecto á ella? ¡Oh!.... no sé cómo me contengo.....

—Más perderiais vos que nadie; para que Carlota os sea devuelta, es necesario que yo me presente á mis compañeros sano y salvo, y además.....

—¡Miserable!....

—Seré todo lo miserable que querais, pero si antes de que anochezca no he vuelto al sitio en que están esperándome, mañana es muy posible que solo encontreis el cadáver de Carlota.

—Oh!....

—Ya veis como tenemos necesidad de hablar despacio, y por esta razon elegí este sitio; parece que la naturaleza le ha dispuesto para entrevistas de esta especie.

—Acabemos de una vez, ¿qué quieres?

—Poca cosa.

—¿Qué es?

—Mi perdon.

—¡Tu perdon!.....—exclamó Francisco con un acento extraño—quieres tu perdon cuando el virey daria parte de su fortuna por tu vida!.... ea, no pienses en eso.

—¡Pse!.... ¿y vos cuánto daríais por la vida de Carlota?

—La mia propia.

—Eso es magnífico—dijo Guzman con calma—pero no es un salvo-conducto para mi cabeza.

—¡Con que es decir!.. .

—Que, ó me salvais la existencia ó perdeis la de Carlota.

—¡Calla!....

—Como querais.

El jóven estaba aturdido.

Aquellas condiciones impuestas para salvar la vida de su amada eran terribles.

¡Cómo iba á presentarse al virey á pedirle que perdonase al miserable de Guzman!

Esta salvacion era imposible.

El virey jamás accederia á ella.

Y si no accedia, la muerte de su amada era inevitable.

Y nada podia hacer contra el hombre que iba á ser el asesino de la mujer que idolatraba.

La muerte de él, era la señal de la muerte de ella.

Así era que nuestro pobre amigo se encontraba en una situacion desesperada.

Y sus pasos vagaban de una parte á otra sin saber qué hacer ni qué pensar.

Entre tanto el tiempo se pasaba y era preciso resolver.

Guzman contemplaba á Francisco, y sin duda no debió satisfacerle mucho el silencio del jóven, porque le dijo:

—Con que vamos, ya habeis escuchado mi proposicion, ¿qué respondeis á ella?

—Pero no temes...

—Ya os he dicho que no temo nada absolutamente, y por lo tanto creo sea completamente inútil el que os molesteis en decirme nada, toda vez que me parece que os he dicho con harta claridad la única manera posible de que volvais á ver á vuestra amada.

Francisco, como se comprenderá muy bien, se hallaba en una de esas situaciones en las cuales no sabia qué hacer.

Guzman, por otro lado, se impacientaba, pues comprendia que muy fácilmente pudiera desbaratarse todo su plan si el tiempo transcurria y no habia podido conseguir el perdon que deseaba.

Así fué que volvió á repetir:

—¿Quereis contestarme?

—No puedo acceder á lo que quereis—repuso el jóven despues de haber hecho un esfuerzo tal vez demasiado penoso.

—En ese caso me veré precisado á que se lleve á efecto lo que os he anunciado.

Francisco no vaciló.

La prueba á que se le estaba sujetando era demasiado terrible y no pudo resistirla más.

—¿Cuándo podré ver á Carlota?—preguntó.

—Cuando me traigais el perdon firmado por vuestro tio—contestó con frialdad el bandido.

—Es decir que tú la has robado para poder imponerme condiciones, para salvar tu vida que se encuentra tan gravemente amenazada ¿no es así?

—Creedlo de ese modo si así os place.

—¿Cuándo recobraré á Carlota?—volvió á preguntar Francisco, á quien aquella escena estaba mortificando extraordinariamente.

—Tan luego entregueis lo que os he pedido.

—¿Quién me responde de que cumplirás?

—Mi honra de bandido.

Un tanto equívoca era la promesa, pero Francisco no tuvo otro remedio que conformarse con ella y saliendo del bosque montó en el caballo que habia dejado á la entrada de él en poder de su escudero y tomó precipitadamente el camino de Méjico.

Gran trabajo costó á Francisco alcanzar lo que deseaba.

Se trataba de un famoso criminal y fué necesario que el jóven agotase todos los recursos de su elocuencia para decidir al virey á perdonar á Guzman.

Una vez que el jóven tuvo en su poder aquel documento, apresuróse á marchar al sitio convenido y una vez allí, Guzman cumpliendo su palabra entregó á Carlota.

Por esta razon Armendariz al dia siguente encontróse totalmente vacía la casa del bosque.

CAPITULO LXXXIX.

Donde Armendariz se ve obligado á aplazar su venganza.

Como una bomba cayó Armendariz en su casa, al regresar de su desdichada expedicion.

Lleno de esperanzas, forjándose en su imaginacion cien proyectos para el porvenir, recreándose con la idea de los dolores que iba á ocasionar á su enemigo, habia llegado al bosque.

—Voy á principiar á ser feliz.

Así habia dicho á Campillo al salir de su casa.

El escudero no pudo ménos de contemplarle lleno de dolor.

Porque le repugnaba aquella venganza que tan temibles huellas habia de dejar.

Y quedóse pensativo, deplorando la escena que presentia, y más aun el profundo abismo que se iba á abrir entre aquellos dos jóvenes que parecian unidos por esa amistad tan sincera, en el momento en que llegara á descubrirse la verdad.

Y de tal modo se absorbió en la série de reflexiones que á cada paso iban ocurriéndosele, que pasaron algunas horas antes que el buen Campillo se apercibiera de que estaba todavía en las habitaciones de su señor.

Iba á salir de ellas, cuando el doctor se presentó á su vista.

Al verle, no pudo menos de exhalar un grito de sorpresa.

Efectivamente, razon habia para ello.

Armendariz expresaba en su rostro la furiosa borrasca que en su espíritu habia.

La palidez, la convulsiva agitacion de sus miembros, la ira y el despecho que en su mirada brillaba, daban á su aspecto un tinte especial que hacia daño.

—¿Qué teneis, señor?—preguntó Campillo.

—¡Oh! ese hombre ha hecho lo que me temia!

Y el acento de Armendariz era ronco y temible al decir estas palabras.

—¿Qué hombre?—preguntó Campillo presintiendo que algo extraño habia pasado.

—¡Quién ha de ser, imbécil! Guzman.

—¿Pues qué ha hecho?

—Valiérate más haber cumplido mejor ayer con el encargo que te dí.

—No sé de qué podais tener queja.

—De todo.

—No os entiendo.

—Si tú, en vez de contentarte con juzgar por las apariencias, hubieses observado con detencion y te hubieses quedado allí, algo habrias podido responder.

—¿Pero de qué?

—De lo que ha pasado. ¡Ah! pero yo le juro!....

Y Armendariz se puso á pasear por el aposento.

Campillo le contemplaba sin atreverse á hacerle pregunta alguna.

El médico, en breve se dejó arrastrar por la cólera que sentia.

Y olvidándose, sin duda, dónde y delante de quien estaba, exclamó:

—¡Y pensar que ayer mismo le tuve al alcance de mi mano y le dejé escapar!..... ¡Oh! pero yo le encontraré aun cuando se esconda en el centro de la tierra! Pero, entretanto, yo he quedado burlado. ¡Burlado yo! yo que tan bien lo habia calculado todo!

—¿Qué decís, señor?—preguntó Campillo que al escuchar las últimas palabras comenzó á adivinar.

—Que es preciso que al punto busques á Guzman.

—¿Con qué objeto?

—Con el de matarle.

—¡Señor!....

—Obedéceme y no trates de hacerme desistir de mi propósito.

—Pero ved, señor, que puede cegaros la ira del momento; que quizás sean injustificadas vuestras sospechas, que.....

—¿Acabarás, con mil diablos que te lleven?—repuso Armendariz, cuya cólera estallaba con violencia.—No hay apariencias que valgan; no hay sospechas injustificadas; no hay más que una verdad completa, y esa verdad es que Carlota ha desaparecido de donde estaba.

—¿Qué decís, señor?—exclamó sorprendido Campillo.

—Que no hay nadie en la casa del bosque.

—Pero Guzman ....

—Ese miserable ha debido tener la culpa de todo. Ese me ha hecho traicion porque no he querido pedir al virey el perdon de su crímen.

—Mas ¿en qué sentido creeis que puede haberos hecho traicion ese hombre?

—¿Y qué sé yo? Únicamente puedo apreciar el hecho, no las formas ni el plan que ha seguido.

—¿Y no habeis ido á la casa de esa jóven?

—¿Cómo á su casa?

—A la de su padre, es decir, donde vivia.

—¿Para qué?

—Por si estaba en ella.

—¡Qué necio eres! ¿Crees acaso que Guzman habrá dejado libre á Carlota?

—Entonces.....

—Lo que habrá hecho habrá sido ocultarla en cualquier parte, á fin de hacer de ella el arma con que tratará de amenazarme para que le consiga su perdon.

—Teneis razon.

—Por eso te he dicho que le busques.

—¿Y dónde?

—Cuenta tuya es esa.

—Pero si vos suponeis que se habrá ocultado en algun sitio ignorado por nosotros.....

—El mérito está en descubrirlo.

—Lo intentaré.

—Hazlo al punto.

—¿Y no se os ha ocurrido una cosa?

—¿Qué?

—Si Carlota le habrá ganado con sus ofertas y sus dádivas, y se habrán entendido con don Francisco.

—¡Oh, no me lo digas!

—Porque esa desaparicion tan súbita en un carácter como el de Guzman, no puede obedecer más sino al interés. Si le han ofrecido más que vos le dísteis, ya teneis explicada la verdad.

—¡Oh! En ese caso, que no me habia ocurrido por cierto, y que es el peor que podia suceder, Francisco sabria ya la verdad.

—Ó tal vez no.

—No lo creas; si Guzman ha llegado á entenderse para al-

guna cosa con Guevara, forzosamente ha debido tratarse de mí.

—Pronto podemos salir de dudas.

—¿Cómo?

—Averiguando lo que ha pasado en casa del capitan.

—Tienes razon. Vete al punto á informarte de la verdad, y en ese caso es menester que á todo trance nos pongamos á obrar, toda vez que nos hallaremos completamente vendidos.

—No comprendo lo que quereis decir, puesto que tendríamos muchos enemigos á quienes combatir.

—Don Francisco únicamente.

—Pues ¿y Guzman y esos otros dos compañeros que con él estaban?

—Desengáñate, que el principal es quien nos estorba.

—Eso desde luego.

—Por lo tanto, averigua lo que ha pasado en casa de don Francisco.

—Dentro de una hora lo sabreis todo.

—Eso quiero.

Campillo disponíase á salir del aposento, cuando sintió que llamaban á la puerta de la casa.

Apresuróse á abrir, y su asombro no conoció límites al ver en su presencia al capitan Guevara.

No fué dueño de contener un pequeño grito, que fué sorprendido por el recien llegado.

—¿Qué te pasa, Campillo, qué te pasa?

—Nada, señor, — repuso el escudero tratando de serenarse.

—¿Y tu amo?

—Disponiéndose estaba para salir, pero bien sabeis que tratándose de vos.....

—Sí, sí, quiero verle y más hoy que precisamente le traigo una buena noticia.

—Como escasean tanto en el dia esas buenas señoras, apresurémonos á comunicársela.

Y el escudero y el capitan dirigiéronse hácia la habitacion del médico.

Cuando éste vió á su amigo, no pudo ménos de palidecer.

Sin embargo, en el rostro de Guevara habia una tan franca expresion de alegría, que Armendariz no pudo ménos de decir:

—¿Qué os sucede, don Francisco? ¿Qué cambio se ha operado en vuestra suerte que de ese modo ha conseguido desanublar vuestro rostro?

—¿No lo adivinais?

—¿Cómo quereis que adivine cuando pueden ser muchas las causas?

—Para mí no hay más que una.

—Carlota.....

—Justo, amigo mio; Carlota solamente podia quitarme ó devolverme la felicidad, y Carlota me ha sido devuelta.

Armendariz abrió extraordinariamente los ojos.

Su atónita mirada, de tal manera debió expresar lo que sentia, que su amigo no pudo ménos de decirle:

—Pero ¿qué teneis? ¿De qué nace la impresion que en vos advierto?

—Perdonadme, amigo mio—contestó Armendariz tratando de reponerse—la misma alegría que me habeis hecho experimentar, la dicha de veros contento y feliz me han impresionado, por lo mismo que no esperaba la buena noticia que me acabais de dar.

—Gracias, amigo mio—repuso Guevara estrechando afectuosamente las manos del doctor.

—Pero explicadme cómo ha sido esto—dijo éste.

—De un modo que apenas me lo acierto á explicar. Figuráos que ayer recibo una carta anónima, para que fuese cerca del

camino de las tres cruces, dónde se me darian noticias de Carlota.

—¿Y fuisteis sin duda?—dijo el doctor.

—Naturalmente.

—¿Y á quién encontrasteis allí?

—Un bribon, á quien habia tenido ocasion de conocer por sus escándalos y sus locuras, y á quien mi tio el virey andaba buscando para aplicarle el castigo que merece por sus fechorías.

—¿Guzman se llama ese individuo?

—Sí, por cierto; ¿de dónde lo sabeis?—preguntó sorprendido Guevara.

—He oido algo respecto á ese hombre—dijo Armendariz comprendiendo la imprudencia que habia cometido, y tratando de enmendarla.

—¡Tunante efectivamente era el mozo!—repuso el capitan dándose por satisfecho con la explicacion de su amigo—y digo que es un tunante porque llevó á cabo el robo de Carlota con la idea únicamente de obligarme, segun me ha dicho, á que le alcanzase el perdon de mi tio.

—¿Y lo habeis hecho?

—¿Qué otro recurso me quedaba para recobrar á la mujer que amaba?

—¿De modo que ese rapto no ha obedecido más que al interés personal de ese bribon?

—Nada más.

Armendariz respiró.

Guzman no le habia delatado, y por lo tanto podia seguir disfrutando de la confianza de Guevara, y aprovecharse de ella para herirla mejor.

—Pues, vamos, me alegro muchísimo y me felicito por lo que ha sucedido.

—Juzgándolo así he querido venir á participároslo.

—¿Y dijisteis á Carlota la muerte de su padre?

—¡Qué otro remedio me quedaba!

—¿De modo que la habreis llevado á su casa?

—No, está en el palacio de mi tio.

—¡Hola!

—De dónde no saldrá más que para ser mi esposa.

El médico no pudo menos de morderse los labios con violencia.

—¿Y ese Guzman—dijo—podrá impunemente volver á sus pasadas fechorías?

—Lo dificulto un poco.

—¿Por qué?

—Porque ha salido de Méjico.

—¿Que ha salido de Méjico?

—Ha sido una de las condiciones impuestas por mi tio para conceder el perdon, y precisamente en esta misma mañana ha salido con una conducta de dinero que se va á embarcar para España.

Armendariz comprendió que por el momento se le habia escapado su venganza.

Mas, sin embargo, no por eso desistió de ella.

Felicitó cordialmente á su amigo, fingió tomar una parte activa en su alegría, pero interiormente se ratificó, digámoslo así, en el odio que le profesaba.

CAPÍTULO XC.

Cómo se vengó Armendariz de Guevara.

Lo que Guevara habia dicho á Armendariz, era una verdad.

Carlota le habia sido entregada fielmente por Guzman prévia la presentacion del salvo-conducto, digámoslo así, expedido por el virey en su favor.

Gran trabajo hubo de costarle al capitan decidir á su tio á que firmase aquel documento.

El virey que precisamente habia mostrado tan formal empeño en apoderarse del bandido, no podia resignarse á concederle la libertad, y únicamente los esfuerzos de Guevara, la desesperacion de que el jóven se hallaria poseido en otro caso, y la misma fuerza de las circunstancias, toda vez que Guzman habia dicho, que á no ser con aquella condicion, no solamente no entregaria á la jóven, sino que le quitaria la vida, le obligaron á ceder.

Pero no quiso por ningun estilo que pudiera reirse á su costa, y exigió que saliese de Méjico inmediatamente.

Guzman á quien por ningun estilo convenia presentarse delante de Armendariz á quien habia conocido perfectamente, aceptó aquella condicion y salió, conforme habia dicho Guevara, en el mismo dia.

El bandido habia tomado el dinero de Armendariz, y de don Francisco la completa salvacion de su vida, y le importaba muy poco cambiar de teatro para sus hazañas.

Carlota fué conducida por Guevara á la casa de su tio, puesto que manifestó su formal propósito de casarse con ella á la mayor brevedad.

Y así sucedió efectivamente.

Con todas las precauciones imaginables, Guevara la reveló la muerte de su padre, muerte ocurrida por su afan de recobrar la vista, y pasados algunos dias de aquella revelacion, y dado, por lo tanto, tiempo para tributar á la memoria del anciano padre, el llanto filial, postrera ofenda que su hija podia hacerle, el capitan la significó su propósito de llevar á cabo el enlace proyectado.

Carlota no encontró razon que alegar contra semejante deseo.

Armendariz tambien, siguiendo en su papel de amigo aparente, le aconsejó que era lo que debia hacer para ponerse á cubierto de cualquier asechanza que contra ella pudiera intentar tal vez el mismo que antes la robara; y la union se verificó con tanta alegría de Francisco como despecho y cólera del médico.

Éste, á su vez, exigió de su amigo que hiciera cuanto de su parte estuviese para que el oidor le concediese á su hija.

Y merced á los buenos oficios de Guevara y de su tio, cedió el magistrado y Armendariz fué el esposo de Inés.

Durante los primeros dias de aquellas dos bodas, todo fueron felicidades.

Inés, que amaba realmente á su esposo, era completamente dichosa.

Carlota y Guevara, que recíprocamente se adoraban, entreveian un porvenir de ventura y de felicidad en los dias que siguieran á los de su union.

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que aquel cielo que parecia habia de brillar constantemente despejado, se nublase.

Precisamente á los pocos dias que Carlota hubo dado á luz á su hijo, á quien se puso por nombre Luis, cuando más parecia que debiera estar contenta y satisfecha, viósela de pronto entristecerse y caer en una profunda melancolía de la cual ni las cariñosas frases de su esposo, ni los maternales goces eran suficientes á distraerla.

Al mismo tiempo Inés tambien se encontraba afectada de un mal semejante.

Pero así como Carlota procuraba ocultar su disgusto á todo el mundo, tambien Inés se lo reservaba de un modo extraordinario.

Inés y Carlota eran amigas íntimas.

Don Francisco al dejar de ser amante de la hija del oidor, habia ocupado el puesto de un verdadero amigo.

Y visitaba con frecuencia á los recien casados, y como que las ocupaciones de Armendariz le retenian mucho tiempo fuera de su casa, sucedia que muchas veces cuando Guevara iba á verle, era Inés quien le recibia.

En cambio de esto el médico iba á casa de su amigo con muy poca frecuencia.

Carlota no habia hecho aprecio de las frecuentes visitas de Guevara, porque ella tambien queria extraordinariamente á Inés.

Sin embargo, un dia, recibió un anónimo en el que se le decia lo siguiente:

«Carlota, abre los ojos y mira con atencion.

»¿Nada observas en tu marido que excite tu curiosidad? Pues realmente estás muy ciega.

»Siento llamar tu atencion, pero el deber me lo ordena. Mira bien y te convencerás de lo que digo.»

La hija del ciego sintió cierto malestar inexplicable al leer aquellas cortas líneas.

Sin embargo, trató de desechar de su memoria aquel papel destinado á excitar sus recelos; mas no lo pudo conseguir.

A su pesar, observaba á Guevara con más atencion que antes.

No podia adivinar á qué trataria de referirse aquel anónimo; pero desde luego presentia que no habia de ser bueno.

Mas en la conducta de su esposo no encontró nada de extraño, nada que pudiera justificar aquel aviso que se le daba.

Siguió observando hasta que finalmente abandonó aquella especie de espionaje á que habia sujetado al hombre que tanto la amaba, y se arrepintió de su proceder.

Y colmó de caricias y de afecto á su esposo en desagravio de la que antes hiciera.

Pero desgraciadamente esto duró poco.

Llegó otro dia en que Carlota recibió de un modo misterioso y extraño una nueva carta

Al verla conoció la letra.

Y tembló, porque temia que ocurriese algo que pudiera detener su felicidad de que disfrutaba.

Durante algun tiempo estuvo sin leerla.

Pero finalmente el demonio de la curiosidad la venció, y en mal hora lo hizo.

La segunda carta decia así:

«Por segunda vez te escribo, Carlota.

»Creí que el aviso que te dí en mi primera, hubiera sido

suficiente á sacarte de la punible confianza en que te adormecias; pero he visto que es menester usar de un reactivo más poderoso.

»Te compadezco, y únicamente el afecto que me inspiras, puede obligarme á descorrer el velo que abra tus ojos.

»Tu marido te engaña.

»Frase terrible es esta, que como acerada punta ha de herir tu corazon.

»Tu marido te engaña, y la infame cómplice es tu amiga más íntima, la misma que más pruebas de afecto y de cariño te está dando.

»¿No has observado las repetidas visitas de Guevara á casa de Armendariz?

»Inés está sola casi siempre; ya se ve, como médico, su esposo no siempre puede encontrarse en su casa.

»Inés, como tú sabes muy bien, es una gran señora, y todavía debes recordar tu humilde orígen.

»Tú comprenderás lo que debes hacer ahora.

»Adios, y aun cuando te haya causado un grave disgusto, no por eso dejo de ser tu amigo verdadero.»

Fácilmente se comprenderá el efecto que produjo semejante carta.

Carlota permaneció durante un buen espacio sin poderse dar cuenta de lo que sentia.

Tan de repente se habia desplomado sobre ella aquella inmensa mole de dolor, que no podia con exactitud analizar ni definir la clase de impresion recibida.

Con aquél papel entre sus manos, contemplándole fijamente, aun cuando ya sin ver sus letras, inclinada la frente y temblorosos los labios, estuvo hasta el momento en que rompió á llorar, desahogándose así algun tanto su oprimido corazon.

—¡Oh! Dios mio! ¡Dios mio!—exclamaba con sollozante

acento.—¿Será posible que mi esposo me haya engañado así?

Y entonces comenzó á recordar incidentes, en los cuales jamás se habia fijado, y puesta ya en el camino de las sospechas y de las suposiciones, desde aquel momento puede decirse que desapareció la paz y la ventura de su alma.

Trató de ocultar á don Francisco lo que sentia; pero sobradamente comprendió el caballero que algo extraño tenia lugar en el corazon de su esposa.

Y en vano era que le preguntase la razon de su disgusto, en vano que tratara de averiguar la causa de alguna lágrima que sorprendió en sus ojos.

Carlota se disculpaba siempre del mejor modo que podia, y como que realmente en la conducta de Guevara no habia nada reprochable, como que éste no era posible que sospechase de lo que se trataba, continuó del mismo modo visitando á Armendariz y viendo á Inés.

Carlota recordaba que el jóven habia estado para casarse con ella, que era hermosa, rica, noble y de un trato distinguido, y no podia menos de confesarse que tenia mayores perfecciones que ella.

En todas las frases, en todas las acciones, por más inocentes que fueran, veia Carlota algo que justificara lo que el anónimo decia, y este era un tormento que forzosamente más tarde ó más temprano habia de acabar con su existencia.

Francisco, que amaba con delirio á su esposa, advirtió con tanto dolor como asombro la notable alteracion de su salud.

Y llamó á Armendariz y le encargó que viese á su esposa, y á todo trance la curase.

El médico celebró varias entrevistas con Carlota, y al cabo de ellas un dia dijo á su amigo:

—¿Sabeis, amigo Guevara, que juzgo el estado de vuestra esposa sumamente delicado?

—¿Qué quereis decir, Armendariz? explicáos.

—Presumo que hay una gran afeccion moral; que si hoy

no ha determinado todavía un padecimiento físico de importancia, no ha de tardar mucho en presentársenos, y como que precisamente ha de venir sostenido por aquella misma afeccion, no sé hasta dónde nos podrá conducir.

—¿Pero á ese padecimiento moral no le encontrais alguna razon?

—Me ha preocupado bastante y francamente, amigo mio, no sé por qué juzgo que quizás en el corazon de Carlota existe algun recuerdo anterior á la época de vuestro conocimiento, recuerdo que ha despertado hoy sin duda, y que la atormenta y la persigue sin cesar.

—Armendariz, tened presente que semejante suposicion parece envolver una ofensa contra mi esposa.

—Guárdeme el cielo de intentar ofenderla, os digo mi opinion justificada con la práctica y por el conocimiento que he adquirido del corazon humano.

Guevara quedóse un tanto pensativo.

La intencionada frase de Armendariz produjo su efecto.

¿Qué recuerdo podia existir en el corazon de Carlota?

Indudablemente debia ser un recuerdo de amor.

Y si este recuerdo tomaba tales proporciones, significaba que no habia en ella, respecto á él, un cariño suficientemente poderoso para matar todos aquellos recuerdos.

De la misma manera que Carlota, sintió el capitan una dolorosa punzada en el corazon.

El doctor, que adivinaba la impresion recibida por su amigo, gozábase en su padecimiento.

Con una habilidad cruel consiguió amargar no solamente la existencia de Carlota, sino la de su esposo; y finalmente la de doña Inés.

¿Por qué la esposa de Armendariz tampoco era feliz?

Este, una vez alcanzado su objeto, mostróse tal como era, y la infeliz doña Ines tropezó con el mayor de los desengaños que podia haber recibido.

Áspero, brutal, egoista y ambicioso mostróse Armendariz; y la pobre esposa que de tal modo vió destruidas sus ilusiones, no pudo menos de estremecerse al considerar todo lo profundo del abismo que se abria á sus piés.

No podia quejarse á su padre porque precisamente aquella union se habia verificado por la voluntad de ella, no por las excitaciones del anciano oidor, y finalmente éste falleció al poco tiempo de una fiebre maligna, y doña Inés se quedó sola, sin tener un corazon amigo en el cual desahogar sus penas.

De aquí que todas las personas que más ó menos directamente estuvieran unidas á Armendariz, todas tenian que sufrir su maléfica influencia.

Guevara, menos sufrido que su esposa, y más incapaz de disimular que ella, la habló en el sentido á que autorizaba, por decirlo así, la indicacion hecha por el doctor; y puede comprenderse perfectamente cuál no seria el dolor de la jóven al ver que la reprochaba su esposo por lo mismo que ella estaba sufriendo respecto á él.

Llena de prudencia, resuelta á padecer y á sufrir, no contestó á su acusacion con otra del mismo género.

Siguió callando, y este fué su mal.

Quizás una explicacion categórica y franca hubiese dado por resultado despejar aquella incógnita en que unos y otros se hallaban envueltos; pero Carlota continuó callando, continuó sufriendo; su salud no pudo resistir aquel perenne combate, y finalmente á los dos años de haber dado á luz á su hijo falleció, dejando á su esposo sumido en la mayor desesperacion.

Antes de morir aquella pobre mujer, que no podia sospechar que su enemigo único, implacable y terrible era Armendariz, le reveló llorando la verdadera causa de su muerte, confiándole al mismo tiempo los dos anónimos que despertaron sus sospechas, para que algun dia se los entregase á su esposo despues de su muerte.

Jamás Carlota se habria atrevido á dar un paso semejante, toda vez que en aquellos papeles se pronunciaba el nombre de la esposa del médico, á no haber sido porque éste, con toda la perversidad propia de su corazon, y fingiendo una amistad y una confianza ilimitada respecto á Carlota, la reveló los disgustos domésticos que sufria, disgustos nacidos por la deslealtad de su esposa y la infidelidad de su amigo.

Carlota le compadeció tambien; juntos hablaron de sus penas, y la infeliz no creyó obrar mal depositando aquellos papeles en su poder.

Poco despues de haber fallecido Carlota, Inés, la esposa de Armendariz, sucumbia tambien, víctima del terrible desencanto que le produjera la conducta de aquel hombre á quien tanto habia amado.

Campillo habia hecho todo lo posible por templar el dolor de su señora.

Pero todo fué inútil, y la infeliz Inés, lo mismo que Carlota, no fueron más que dos víctimas sacrificadas por la implacable venganza del doctor.

CAPÍTULO XCI.

Elena de Solís.

La muerte de su esposa afectó profundamente á don Francisco, tanto y á tal extremo, que decidió alejarse de la americana tierra.

En vano el virey, su tio, procuró disuadirle; formada ya su resolucion, la puso en práctica tan pronto como le fué posible.

Contaba, á la sazon, su hijo Felipe dos años de edad.

Buscó don Francisco una buena mujer que se decidiera á embarcarse con él á fin de cuidar del tierno niño, y una vez hallado lo que necesitaba, se alejó de Méjico con el firme propósito de no volver jamás á pisar su suelo.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Apenas llegado á Cádiz recibió una carta, cuyo contenido decia así:

«Francisco: ha llegado la ocasion de que sepas lo que hasta hoy has ignorado.

»Tienes un enemigo terrible, pertinaz é implacable.

»Ese enemigo lo soy yo

»Quiero que conozcas hasta qué punto te odio y que juzgues por lo que llevo hecho lo que soy capaz de hacer.

»Lloras la pérdida de tu adorada Carlota, muerta cuando apenas entraba en el florido abril de su existencia.

»No ha sucumbido víctima de la afeccion que supones.

»La bella jóven te amaba con delirio; yo envenené su corazon derramando en él la terrible ponzoña de los celos.

»Inés, mi esposa, fué objeto inocente de las amarguras que hicieron bajar al sepulcro á la tuya. Hícela creer que posponias su amor por el que te inspiraba Inés, y tal creencia, que se arraigó en el alma de tu Carlota, fué causa de su prematura muerte.

»Existe entre ambos la sangre de mi padre derramada por el tuyo, y la tradicional venganza que he heredado sabré cumplirla sin que nada sea capaz á detenerme.

»Antes de exhalar tu esposa su último suspiro, me entregó los anónimos que te incluyo, á fin de que te los diera á su debido tiempo.

»Cumplo fielmente el encargo.

»Pasa tu vista por el contenido de los billetes que te adjunto, y espero que reconocerás la letra.

»Ya estás prevenido; ahora vive en la seguridad, que aunque te ocultes en el más ignorado rincon del mundo, allí sabrá alcanzarte la venganza de este tu mortal enemigo,

Armendariz.»

Cuando Francisco terminó la lectura de la terrible carta, apenas si sabia darse cuenta de lo que por él pasaba.

Instintivamente desdobló el paquete que se le habia remi-

tido, y leyó al azar uno de los anónimos á que hacia referencia Armendariz.

El lector conoce ya lo que decian aquellos escritos.

—¡Infame!—murmuró trémulo de ira.— No serás tú quien hayas de molestarte en correr á mi encuentro, que yo he de volar al tuyo, á fin de derramar hasta la última gota de tu innoble sangre.

Dispuesto á cumplir lo que se habia ofrecido á sí mismo, dejó á su hijo al cuidado de una persona de toda su confianza, y creyendo encontrar en Méjico á su mortal enemigo, se embarcó de nuevo hácia aquel punto.

Inútiles fueron sus pesquisas; Armendariz habia desaparecido.

Regresó á Europa, la recorrió entera, pero en parte alguna pudo encontrar las huellas del hombre á quien deseaba hallar.

Aburrido al fin, tornó á Cádiz, y desde allí partió hácia Cabra, en compañía de su hijo y de la mujer que del niño cuidaba.

Seis años habian transcurrido desde que la bella Carlota habia bajado al sepulcro.

Don Francisco arrastraba una vida solitaria.

La caza era su pasion y á ella se dedicaba de contínuo.

Cierto dia en que vagaba por el campo con su escopeta al hombro y seguido de un hermoso lebrel, hirió sus oidos el lejano son de una trompa. Comprendió Francisco que próximos al sitio en que él se encontraba debian hallarse algunos cazadores, y como quiera que gustaba de la soledad, decidió desviarse del camino que aquellos seguian.

De repente vió levantarse á lo lejos delante de sí una nube de polvo; el camino que seguia don Francisco estaba rodeado de precipicios por ambos lados.

Levantaba el polvo la desesperada marcha de un fogoso corcel que desbocado avanzaba rápidamente.

Tras del caballero, formaba un recodo el camino. El noble bruto, ciego, loco, caminaba en línea recta y era indudable que se precipitaria en el abismo que se hallaba al extremo de la senda que recorria.

Cabalgaba sobre el desenfrenado corcel una amazona que hacia desesperados esfuerzos por contener la impetuosidad de su cabalgadura.

El peligro era inminente.

Don Francisco atendiendo solo á los nobles impulsos de su generoso corazon, sin tener en cuenta el terrible riesgo á que se exponia, lanzóse sobre el caballo, clavó sus uñas en la ternilla de la nariz del desbocado potro y á costa de grandes esfuerzos y con la ayuda de su bravo lebrel que hizo presa en una de las orejas del furioso bruto, refrenó éste en su vertiginosa carrera.

Ya era tiempo; solo le separaban del precipicio unos tres metros escasos.

La amazona, agotadas sus fuerzas, víctima de la fuerte emocion que habia experimentado, perdió el sentido y hubiera dado con su cuerpo en tierra á no haber acudido don Francisco en su auxilio recogiéndola entre sus brazos.

No sabiendo qué hacer el noble caballero en la situacion en que se encontraba, temeroso de que el accidente que habia sobrevenido á la dama que yacia en sus brazos pudiera serle fatal, hallábase perplejo y desalentado, cuando quiso la suerte que acertara á pasar por allí un pobre leñador que con su carga al hombro se dirigia á su cabaña.

—¡Eh! buen hombre, venid aquí —le gritó don Francisco.

—¿Qué se le ofrece á su mercé?—dijo el campesino aproximándose.

—Un fatal accidente que de improviso ha acometido á esta dama la ha privado del conocimiento y es menester hacer algo en su auxilio.

—Mi cabaña no está muy lejos de este sitio, y puedo ir á ella y volver en un momento.

—Antes busquemos un punto dónde podamos acomodarla.

—Mire su mercé—repuso el leñador señalando una pequeña hondonada que se hallaba situada á la izquierda del camino—allí hay yerba abundante y puede servirla de lecho.

—Verdad es, no habia reparado en ello; suelta tu carga y ayúdame á fin de que la transportemos con mayor comodidad.

—Dice bien su mercé; uno solo difícilmente podria llegar allí abajo.

El caballero y el campesino condujeron el inanimado cuerpo de la dama al pequeño prado, y acomodáronla en el sitio que juzgaron más conveniente.

—Ahora—dijo don Francisco—vuela hácia tu cabaña y trae algo con que poder socorrerla.

—Tardaré diez minutos todo lo más.

El buen labriego dióse á correr con todas sus fuerzas.

El caballero contemplaba pensativo el hermoso semblante de la jóven que tenia delante de sí.

—¡Cuán bella es!—exclamó.—No se por qué, pero me siento fuertemente impresionado, y mi corazon late apresuradamente. ¡Estará destinado este casual y desgraciado acontecimiento á influir directamente en mi futuro destino!

Pasóse el jóven la mano por la frente, cual si quisiera desechar de ella un funesto pensamiento, exhaló triste suspiro y permaneció silencioso hasta la llegada del campesino.

El buen hombre traia un cántaro lleno de agua, y una vasija dentro de la cual habia un poco de vinagre.

Roció don Francisco el rostro de la jóven con el agua, en tanto que el leñador procuraba hacerla aspirar el vinagre.

Algunos segundos despues se escapó un suspiro del pecho de la paciente, y poco tardó en abrir sus ojos.

—Toma—dijo alargando su bolsillo al leñador el caballero

—guárdate eso, y procura encontrar á los compañeros de esta dama que seguramente la estarán buscando por estos alrededores; condúcelos aquí.

—¡Dios bendiga á su mercé!—contestó el buen hombre.

Y acto contínuo se alejó de aquel sitio.

La bella jóven habia vuelto en su acuerdo; al pronto dejó vagar su mirada por uno y otro lado sin fijarla en ningun punto, despues la dirigió sobre don Francisco, y con voz apenas perceptible, dijo:

—¡Qué es esto! ¿dónde estoy?

—Dónde no correis ya ningun peligro.

—Sí, ya recuerdo—exclamó incorporándose—he estado próxima á perecer, víctima de la fogosidad de mi corcel, y gracias á vuestra generosa ayuda me he salvado; gracias, caballero, gracias.

Los hermosos y negros ojos de la jóven se encontraron con los de su salvador, y éste sintió que su corazon se inflamaba al influjo de aquella mirada.

—Yo me considero muy feliz en haber podido contribuir á libraros del peligro que habeis corrido; he hecho lo que otro cualquiera hiciera en lugar mio.

—No todos son bastante generosos para exponerse á perder la existencia por salvar la de su prójimo, y vos habeis expuesto la vuestra por mí.

—En aquel terrible trance no me paré en meditar las consecuencias que pudieran sobrevenirme.

—Eso una clara señal de la nobleza de vuestra alma; en tanto viva doña Elena de Solís ha de guardar hácia vos profunda gratitud.

—Ese es sobrado premio á recompensarme; yo consideraré este dia como uno de los más felices de mi vida, estad segura de ello.

—¿Me será lícito conocer el nombre de mi salvador?

—Vuestro rendido esclavo se llama Francisco de Guevara.

Tan insinuante y apasionada fué la mirada con que el caballero acompañó sus frases, que Elena sintió se cubrian de rubor sus mejillas, en tanto que su corazon latia apresuradamente.

Despues de una corta pausa, don Francisco tomó la palabra:

—¿Quereis apoyaros en mi brazo para llegar al camino con objeto de ver si distinguimos á vuestros compañeros de expedicion?

—Acepto vuestro galante ofrecimiento; seguramente estarán buscándome por estos contornos.

—Ya he mandado yo á un campesino á fin de que procure dar con la gente de vuestra comitiva.

—Esa es una nueva atencion que tengo que agradeceros.

—Todo ello no vale el inmenso placer que experimenta mi corazon al escuchar la melodiosa frase que sale de vuestros rosados labios.

Elena guardó silencio é inclinó púdicamente hácia el suelo sus rasgados ojos, á la par que alargaba su mano para apoyarse en la que le tendia el galante caballero.

Apenas llegaron al camino, cuando oyeron el confuso son de lejano vocerío que iba aproximándose gradualmente.

—Ese rumor lo producen seguramente aquellos que vienen en vuestra busca.

—Es posible que así sea.

—Mirad, allí vienen—dijo don Francisco indicando un punto determinado del camino.

En efecto, cortos minutos despues, dos amazonas y algunos caballeros se hallaban junto á Elena y su salvador.

Diéronse por todos las más expresivas gracias á don Francisco; éste contestó cortesmente á todo el mundo, y despues de dirigir una expresiva mirada á Elena, á la cual la jóven correspondió, despidióse de la comitiva y se alejó de aquel sitio.

Indudablemente el acontecimiento que habia tenido lugar una hora antes, habia de influir poderosamente en el futuro destino del jóven caballero.

El lector tendrá ocasion de convencerse en breve de lo que indicamos.

CAPÍTULO XCII.

Don Francisco de Guevara disfruta algunos momentos de felicidad.

En el desierto que constituia la vida de Guevara, acababa de vislumbrar un oásis.

La aparicion de Elena impresionóle de un modo extraordinario, y aquel amor que creia completamente muerto, aquel corazon que él habia creido no podia latir más por el amor de ninguna otra mujer, en su impaciente agitacion le reveló lo contrario.

Habia jurado mantenerse fiel á la memoria de Carlota.

El triste convencimiento que hubo de adquirir respecto á lo ocurrido en la muerte de su esposa, reavivó con más violencia el cariño que por ella sintiera, y su dolor no tuvo límites entonces.

Tal vez á no contenerle la consideracion de su hijo, y los deberes que respecto á él tenia contraidos, hubiese puesto fin

á su existencia para terminar de este modo aquel martirio á que le habia sujetado la infame revelacion de Armendariz.

Al ménos si hubiera podido encontrarle, si hubiera podido satisfacer su sed de venganza dándole muerte, quizás habria calmado algun tanto el padecimiento que le acosaba.

Pero nada de esto pudo tener lugar.

Aquel miserable habíase sustraido de tal manera á sus pesquisas, que por ninguna parte le pudo encontrar.

Armendariz habia seguido una marcha en completa armonía con su carácter.

Heria, pero escondia el cuerpo, de modo que su adversario sintiese el golpe sin poder coger la mano que se lo daba.

Y como habia presumido que su adversario no cesaria de ir en su busca hasta encontrarle, desplegó una habilidad extraordinaria para eludir sus pesquisas.

Y sin embargo, constantemente le veia.

Estaba cerca de él, observaba sus menores movimientos, no se le escapaba ninguna de su acciones, y en resúmen, Guevara hallábase vigilado de un modo especial por su adversario.

Pero éste nada sabia.

Si no habia dado al olvido en absoluto todo aquel pasado tan lleno de angustias y de dolores para él, era por efecto de la misma intensidad de sufrimiento que le habia proporcionado.

Sin embargo, la vista de la dama de quien hemos hablado en el capítulo anterior, modificó notablemente su modo de ser.

Tal vez encontró en ella un extraño parecido con su adorada Carlota; quizás el recuerdo de ésta pudo hacerle ver en las facciones de la jóven á quien habia salvado de un peligro inminente, rasgos de aquel semblante adorado; pero el resultado fué que aquella noche regresó el caballero á su casa asaz pensativo y preocupado, que durmió poco, y que esperó im-

paciente el inmediato dia, por si encontraba ocasion de volver á tropezar con la encantadora beldad.

Y se dirigió al bosque.

Y cual si hubiera sido de mútuo acuerdo, no tardó mucho la jóven en mostrarse cabalgando en su hacanea.

Preocupado habia entrado en el bosque don Francisco, y preocupada tambien avanzaba por él la dama.

Y tan preocupada iba que no reparó en Guevara que, apoyado en el tronco de un árbol la contemplaba, hasta qun un movimiento de su cabalgadura se lo indicó.

Alzó los ojos entonces, y vivísimo carmin coloreó sus mejillas, al encontrarse con la anhelante mirada del caballero.

Refrenó inmediatamente el caballo, y Guevara separándose del árbol se aproximó á ella, diciéndole:

—Perdonadme si me he atrevido á interrumpir vuestro paseo; pero un vago presentimiento de mi corazon estaba diciéndome que os encontraria aquí y hallábame ansioso por preguntar si os habeis tranquilizado ya, respecto á la emocion que sufristeis ayer.

—Gracias os doy por vuestro interés, y mi buena tia os estuvo esperando hoy para dároslas tambien.

—¡Vuestra tia!

—Sí tal, porque creimos que nos hubiéseis honrado viniendo á nuestra humilde casa.

—Fuera yo el honrado, señora—repuso don Francisco—y si no fuí á veros, creed que no fué por falta de deseos, sino porque no juzgáseis de atrevimiento lo que realmente era una necesidad de mi corazon.

De nuevo se ruborizó la dama.

El acento con que don Francisco pronunció las anteriores frases, vibró de una manera tal, que demostraba claramente lo verdadero da su sentimiento.

—Siempre sereis bien recibido en nuestra casa—dijo Elena—que desde ayer es vuestra.

- Procuraré ir á veros; lo que únicamente os ruego es, que no considereis como abuso si os visito con alguna más frecuencia de la que generalmente se usa en estos casos.

—Un caballero como vos, no puede abusar jamás.

—Doliérame en el alma que os llegase á enojar mi presencia.

—¡Quereis callar!

—A veces suele estorbarse un coloquio amoroso, suele interceptarse una mirada de cariño, y la persona que se hace reo de tal crímen, difícilmente llega á obtener su perdon.

—En este caso no puede existir crímen, porque no hay causa que lo motive.

—Permitidme que lo dude.

—¿Por qué?

—Dama de tan altas prendas como vos, cuyos ojos van encendiendo hogueras que difícilmente pueden apagarse y cuyo acento vibra tan armoniosamente en el corazon, no es posible que subsista sin que tenga más de un rondador ante sus rejas y más de un galan que la dirija enamoradas frases.

—Galante habeis venido hoy, señor capitan.

—No son galanterías las frases que acabo de pronunciar, y la prueba de ello debeis tenerla en que son las mismas que tantas y tantas veces debeis haber escuchado.

—Formais juicios sobradamente aventurados.

—No os comprendo.

—Nadie me ha tributado esos elogios, ni ante mis rejas existe rondador alguno, ni hay galan que se haya abierto paso hasta mi corazon.

—Oh no digais tal. ¿Creeis que el sol puede estar sin adoradores?

—El sol es el rey de los astros—repuso Elena sonriéndose.

—Reina sois vos de las mujeres—repuso con entusiasmo el caballero.

Elena no pudo ménos de sonrojarse.

En la vehemencia con que Guevara se acababa de expresar, adivinó un peligro tal vez, y así fué que procuró poner término á aquella entrevista, diciendo:

—Ahora que os he dado las gracias y que os he significado el deseo que tiene mi tia de veros, ¿me permitireis que me retire?

—Si escuchara la voz de mi corazon, os negaria ese permiso.

—Pero como vuestra cabeza es algo más recta que vuestro corazon, estoy segura que accedereis.

—Con harto pesar mio.

—Temo que exagerais.

—Si yo os dijera que desde ayer hasta ahora he permanecido en una noche eterna, ¿qué me diriais?

—Que sabeis decir muy bellas palabras, pero que por lo mismo que son tan bellas, apenas si se les puede dar crédito.

—No me hagais tal ofensa.

—Muy lejos de mi ánimo está el hacérosla. Pero veo que nos vamos entreteniendo demasiado.

—¡Si vos pudierais comprender cuán feliz soy!....

—¿No lo erais acaso ayer?

—No tal.

—Pláceme entonces haberos proporcionado esa felicidad.

—Es que le falta mucho todavía para ser completa.

—Cuidado no os vayais convirtiendo ya en ambicioso, caballero.

Y la jóven pronunció estas palabras haciendo un gesto de agradable coquetería.

—¿Y quién al veros no ha de sentir ambicion?

—Si no pongo término á vuestras galanterías.....

—¿Os marchais ya?

—Es necesario.

—Ved que me dejais sin vida.

—¡Os burlais de mí!

—Pecado es ese del que nunca tuve que arrepentirme. Vamos, señora, os confieso que no sé ni lo que siento ni lo que deseo desde ayer tarde.

—Pues cuando lo penseis bien, resolved lo que más conveniente creais.

Y la jóven saludó graciosamente al caballero, é impulsando su cabalgadura hácia adelante, alejóse de aquel sitio, no sin volver la vista más de una vez para contemplar á don Francisco.

—¡Oh, qué hermosa mujer!—exclamó éste contemplándola hasta que la hubo perdido de vista.

Doña Elena de Solís, huérfana de un hidalgo arruinado, habia sido educada por una tia, hermana de su madre, que si bien era de ilustre alcurnia, hallábase tan escasa de bienes de fortuna como el difunto don Cristóbal de Solís.

Educó la buena señora á su sobrina cual convenia á una dama de sus condiciones, y en la modesta casa que en el otro extremo del pueblo ocupaban, no habian entrado jamás otras personas que el confesor de la dama, y algunas antiguas amigas tan severas en sus costumbres como ella misma.

Sin embargo, algunos meses antes de esos sucesos habian ido á establecerse en aquel punto unos primos de la jóven recien casados, que se habian criado en la córte, y por lo tanto, traian mucho que contar y costumbres que diferian en gran manera de las que tenian doña Elena y su tia.

La jóven simpatizó con su prima, mientras que la tia, á quien no podia ménos de chocar todo aquello á que no estaba acostumbrada, no vió con buenos ojos la intimidad establecida entre sus sobrinas.

Mas como que realmente ella podia hacer muy poco por Elena, como que la asustaba la idea de que á su fallecimiento pudiera quedarse sola en el mundo y como que tal vez aquellas relaciones podrian hacer algun matrimonio para la jóven,

porque sus primos se trataban con todos los nobles de las cercanías, no se opuso abiertamente á aquella intimidad, y precisamente con ellos iba el dia anterior cuando en el bosque le ocurrió el percance que ya conocen nuestros lectores.

Guevara retiróse aquella noche á su casa en una disposicion de ánimo parecida á la de la noche anterior.

La imágen de Elena no se separaba un momento de su imaginacion.

Queria sobreponerse á aquella idea, queria desecharla de su pensamiento, queria no acordarse más de ella, pues juzgaba que era hacer una ofensa á la infeliz Carlota, y sin embargo, toda su voluntad era impotente para dominar la impresion recibida.

Al dia siguiente presentóse en casa de la tia de Elena.

La anciana le recibió afectuosamente, y como que el capitan tenia fama en el pueblo de honrado y valiente y noble, bien pronto establecióse cierta intimidad entre Elena y su tia y el noble caballero.

Y cada dia que pasaba, hallábase éste más prendado de la jóven.

No habian vuelto á encontrarse en el bosque.

Parecia que Elena esquivaba las ocasiones en que pudiera encontrarse sola con Guevara.

Y no era porque le fuese indiferente; al contrario, si Guevara quedó vivamente impresionado al verla, tambien ella no pudo separar de su mente desde aquel dia la imágen de su salvador.

Pero parecíale que en don Francisco habia más del galante caballero que no del verdadero enamorado.

Y de aquí que procurase dilatar una explicacion á fin de dar tiempo á conocer mejor á la persona respecto á la cual sentia una tan marcada predileccion.

Mas como que ambos se sentian poderosamente atraidos uno hácia otro, por más que Elena tratara de evitarlo, forzo-

samente habia de llegar el dia en que se entendieran por completo.

Y llegó efectivamente.

Guevara, que espiaba afanosamente todos los momentos en que Elena salia de su casa, la sorprendió en uno que se dirigia hácia la quinta de sus primos.

Enamorado é impaciente el caballero y enamorada y anhelante Elena, sin pensarlo uno y otro brotó la palabra «amor» de sus labios, y encadenadas una con otras, sus corazones se entendieron inmediatamente.

Guevara era amado.

Un rayo de felicidad habíase mostrado á su vista.

Y tan ansioso se encontraba de ella que no quiso dilatar por mucho tiempo su posesion.

La palabra «matrimonio» comenzó á circular por el pueblo, y efectivamente, pocos dias despues anunciábase oficialmente, digámoslo así, á entrambas familias.

Dos meses despues, el capitan Guevara era el esposo feliz de doña Elena de Solís.

CAPÍTULO XCIII.

Donde se nubla de un modo horrible el cielo de ventura de que disfrutaba el capitan.

Guevara creyó que para siempre se habia fijado la estrella de su ventura.

Su hijo Luis, que era un mancebo de diez años, queria entrañablemente á su madrastra, que era un ángel de bondad y de cariño.

El capitan amaba cada dia más á su esposa, y este amor se aumentó notablemente, si es que podia aumentarse, cuando al año de casados tuvieron un hijo.

Durante todo el tiempo transcurrido desde su regreso á España, despues de la muerte de Carlota, no habia oido hablar una sola vez de Armendariz.

Exceptuando la famosa carta de que hemos hecho mencion en otro lugar, parecia que habia muerto, toda vez que ni las diligencias practicadas por el capitan, dieron resultado alguno, ni posteriormente se tuvo noticia de él.

Sin embargo, algunos meses antes de que naciera el hijo de Elena, recibió Guevara una carta cuya letra despertó al punto dolorosos recuerdos en su pensamiento.

Vaciló en abrirla, mas como que era peor la duda que el conocimiento de la verdad, rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Guevara: te doy la enhorabuena por tu nueva boda y puedes comprender, puesto que te es conocida mi carta anterior, que debo alegrarme de todo corazon de un enlace que ha de proporcionarme nueva ocasion para herirte.

»No digas que no he sido leal. Te aviso antes para que te prevengas, pero ten la seguridad de que por donde ménos lo esperes y por donde ménos tú te puedas figurar, ha de caer sobre tí el peso de la venganza de

Armendariz.»

Fácil es de presumir el efecto que habia de producir en el capitan la lectura de aquella carta, en la que iba envuelta una amenaza tan terrible.

De nuevo volvieron á dar comienzo sus pesquisas.

Así como en otro tiempo la carta que recibiera estaba fechada y dirigida desde Méjico, la de ahora habíase escrito y dirigido, á lo que parecia, desde Málaga.

Hácia este punto dirigióse el caballero para hacer sus investigaciones.

Mas á pesar de todo, aun cuando empleó cuantos recursos podia sugerirle el afan de que su dicha no se viese turbada como la otra vez, de tal modo se ocultaba Armendariz, que no fué posible descubrirlo.

Elena sorprendióse por el extraño cambio que se habia operado en su esposo, y aun cuando le preguntó varias veces, no pudo obtener de él la explicacion que apetecia.

Así pasaron algunos meses, y como que Guevara no tuvo

ocasion durante ese tiempo de experimentar quebranto alguno que pudiera prevenirle de Armendariz, llegó á sospechar si el propósito de este seria mantenerle siempre en jaque bajo la presion de aquellas amenazas.

En su consecuencia dió otra vez al olvido aquel incidente, y como que su mujer y sus hijos se esforzaban por colmarle de caricias y de afecto, olvidó en sus brazos todas las amarguras que le anunciaba su terrible adversario.

Un dia decidió Francisco acompañar á su hijo á Salamanca, á cuya universidad iba á estudiar.

Sin saber por qué, Elena vió con cierto disgusto que se aproximaba el dia de la partida de su esposo, partida que trató de diferir bajo multitud de pretextos, hasta que finalmente no tuvo más remedio que dejar se llevase á cabo.

El hijo de Elena seguia creciendo entre los halagos y las ternezas de su madre, y era necesario que Luis, que así se llamaba el primogénito de Guevara, fuese recibiendo la educacion que convenia al ilustre nombre que llevaba.

Esta fué una de las consideraciones que más decidieron á Elena á dejar que se alejase su esposo de la poblacion.

Tampoco don Francisco alejóse de ella verdaderamente satisfecho.

Y mucho ménos lo hubiese hecho á poder escuchar el siguiente diálogo que tuvo lugar en la noche del mismo dia en que él salió de Cabra, entre dos personajes sobradamente conocidos ya de nuestros lectores.

Eran éstos Armendariz y Campillo.

Hallábanse departiendo tranquilamente en una venta, situada en el camino de Cabra, y de tal modo estaban ambos transformados, que hubiérale sido sumamente difícil á Guevara, aun auxiliado por el mismo odio que contra Armendariz sentia, haberles llegado á reconocer.

Merced á los conocimientos químicos que poseia el médico, lo mismo su rostro que el de Campillo habian sufrido tan

notable variacion, que cualquiera los hubiera tomado por dos verdaderos gitanos, á no escucharlos en sus momentos de soledad, y en los cuales se creian lejos de las miradas indiscretas.

Sus trajes en completa armonía con su rostro, acababan de disfrazarles, y en el pais estaban pasando hacia muchos años como unos chalanes un tanto acomodados que llevaban la vida nómada y vagabunda de todos los individuos de su raza.

Merced á esa independencia, digámoslo así, Armendariz sabia perfectamente cuánto hacia Guevara, sin que éste hubiese podido sospechar nunca, á pesar de habérselo encontrado varias veces, que tan cerca de sí tenia á su adversario.

En el momento de que vamos hablando, Campillo y Armendariz, segun hemos indicado, se ocupaban, encerrados en uno de los cuartos de la venta, de la marcha de Guevara.

—¿Con que dices que se ha quedado sola la dama?—preguntaba el médico.

—Sí señor.

—¡Ay, Campillo, cuánto ansiaba ya que llegase este momento!

—¿Pero es posible, señor, que todavía penseis así?

—¿Y cómo quieres que piense?

—Deberíais relegar al olvido el deseo que desde hace largos años domina por completo vuestro sér; de este modo, creedlo, seríais mucho más feliz.

—Déjate de inútiles sermones, y vamos á lo que importa. ¿Viste al capitan de esa temible banda de foragidos?

—Le he visto.

La última pregunta de Armendariz hace de todo punto necesaria una explicacion.

Una cuadrilla de bandidos, capitaneada por un hombre feroz y sanguinario, hacia pocos dias habia sentado sus reales por aquellos contornos, y sus contínuas correrías habian lle-

vado el pánico á los sencillos habitantes de aquellas comarcas.

En vano habia tomado providencias la chancillería de Granada á fin de estirpar á los malhechores que asolaban el pais.

Estos, protegidos como siempre en Andalucía por los mismos cortijeros, burlaban las pesquisas de sus perseguidores.

Tan pronto como Armendariz tuvo conocimiento de la llegada de los bandoleros, concibió el proyecto de utilizar los servicios de aquellos desalmados á fin de poder realizar con su ayuda el vehemente deseo de vengarse de su enemigo.

Primero pensó presentarse ante la cuadrilla y por medio de un golpe de audacia supeditarla á su mando, mas luego la reflexion le hizo ver los innumerables obstáculos que habian de oponérsele y desistió por entonces de aquella idea.

Mas tarde se decidió á entablar negociaciones con el feroz bandido que capitaneaba á sus compañeros, y á este fin el mismo dia á que nos referimos en este capítulo, dió sus instrucciones á Campillo, y éste, aunque haciéndose violencia, se dispuso como lo hacia siempre, á cumplir la voluntad de su señor.

El fiel criado salió de la venta, y como quiera que ya estaba informado del punto donde solian permanecer los bandidos, dirigióse hácia aquel sitio.

Apenas entrado en el espeso pinar denominado del Monte, detuvo su paso al herir sus oidos un ronco acento que le gritó:

—¡Alto!

Como surgido de debajo de la tierra, presentóse delante de Campillo un hombre de feroz aspecto.

—¿Qué buscas aquí?

—A tu capitan—contestó con imperturbable tranquilidad Campillo.

—¿Y qué tienes tú que hablar con Malasangre?

—Esa es cuenta de él y mia, pero no tuya.

—Y si yo te hospedara una bala en mitad del corazon ¿de quién seria cuenta?

—Tuya y del diablo, pero en el caso de realizar tu intento, podrias malograr el buen negocio que vengo á proponer á tu jefe.

—Eso ya es otra cosa, tratándose de negocios no he dicho nada.

El bandido aplicó un silbato á sus labios y lo hizo sonar de un modo especial.

No tardó en presentarse otro indivíduo de la misma catadura.

—¿Qué ocurre, Bigotazos?—dijo el recien llegado dirigiendo una fiera mirada á Campillo.

—Acompaña á este chalan á la presencia de Malasangre: parece que tiene que proponerle un buen negocio.

—Echa á andar pues.

Campillo siguió al bandido, y cortos momentos despues llegaron ambos al sitio donde se hallaba Malasangre jugando á los dados con algunos de sus subordinados.

—Allí le tienes—dijo señalando el grupo donde se encontraba su capitan.

—¿Quién de vosotros es Malasangre?—preguntó audazmente Campillo.

—¿Qué me quieres?—contestó con bronca voz poniéndose de pié un hombre de elevada estatura y atléticas proporciones.

—Quiero hablar contigo.

—Echa ya por esa boca.

—No puedo, en tanto que no estemos solos.

—¡Ea, holgazanes! despejad el campo; ¿no habeis oido que este hombre ha de hablarme á solas?

Refunfuñando obedecieron la órden de su capitan los individuos que se hallaban en aquel sitio.

Malasangre tomó asiento en el tronco de un árbol, y revistiendo su voz de cierta autoridad, exclamó:

—Sepamos lo que quieres.

—Vengo á hablarte de parte de mi señor.

—¿Quién es, y cómo se llama?

—Eso te lo dirá él mismo, no estoy yo autorizado para tanto.

—¿Y qué pretende el hombre á quien sirves?

—Hablar contigo á solas y fuera de este sitio.

—Sin duda que tú te has figurado que soy yo algun niño de teta; tentado estoy á llamar á mi gente para hacerte pernear pendiente de la rama de un árbol.

—Tú harás aquello que mejor te acomode, ¿pero qué lograrás con eso?

—Quitar de enmedio un espía.

—¿Supones que yo lo soy?

—Ello salta á la vista; vienes á proponerme que salga de este sitio, y esto es poco menos que pretender que me entregue á manos de los sabuesos que me persiguen.

—No es ese mi objeto y te lo probaré.

—Habla.

—Mi señor ha de proponerte un negocio que á tí puede proporcionarte grandes utilidades, y á él la realizacion de una venganza que proyecta llevar á cabo. Mañana á la caida de la tarde te diriges al camino, y te reunes á mi amo en el sitio de los cuatro cruceros; puedes tender la vista á lo lejos, y si ves algo que no te acomode, te retiras.

—Acepto, con una condicion.

—¿Cuál?

—Antes de ponerme en marcha vendrás tú á este sitio, y permanecerás en él, al cuidado de mi gente, hasta que yo regrese.

—Aceptado—costestó Campillo sin vacilar.

—Entonces no hay más que hablar; aquí te aguardo.

Malasangre acompañó á Campillo hasta dejarle fuera del pinar.

Armendariz escuchó sin interrumpir la narracion que le hizo su criado, y cuando aquel hubo terminado, dijo dando muestras de gran alegría:

—Veo cercano el dia en que se complete mi venganza.

—¿Estais, pues, determinado á ir á ver á Malasangre?

—Ya sabes que no acostumbro variar de resolucion.

—Por desgracia es verdad.

—¡Por desgracia!

—¿Qué duda tiene de que es una desgracia el persistir durante tantos años en realizar una serie interminable de venganzas? Harto habeis hecho sufrir ya á vuestro enemigo; perdonadle ya.

—¡Perdonarle! seguramente que debes estar loco, cuando tal cosa te atreves á decirme. Yo no puedo, ni debo, ni quiero perdonar al hijo de aquel que derramó la sangre de mi padre, y sea esta la última vez que te atrevas á proponérmelo.

—Yo, señor.....

—Basta; mañana á la hora convenida irás á buscar al capitan en tanto que yo te espero en el sitio designado.

—Está bien.

—Malasangre ha de quedarme agradecido del regalo que yo pienso hacerle, y don Francisco adquirirá el convencimiento de que yo no olvido ni perdono.

—¿Teneis algo más que ordenarme?

—Puedes entregarte al descanso.

Campillo se retiró.

Armendariz dejando vagar por sus labios una pérfida sonrisa, se entregó á sus vengativas reflexiones.

CAPÍTULO XCIV.

Proposiciones de Armendariz.

Bien agena estaba Elena de la tempestad que contra su ventura estaba formándose.

Al dia siguiente Armendariz y Campillo salieron de la venta y se dirigieron hácia el lugar indicado.

Donde el médico juzgó conveniente, se detuvieron á fin de que Campillo fuera á reunirse con los bandidos, quedando en poder de ellos, segun el convenio que nuestros lectores han visto en el capítulo anterior.

Armendariz se recostó contra un árbol, mientras su escudero se adelantaba tranquilamente hácia el punto en que estaba esperándole Malasangre.

El terreno elegido para la entrevista era una gran llanura, pues el bandido, temeroso de que se le tendiese alguna emboscada, habia tratado de asegurarse antes de todo.

Así fué que Campillo hubo de andar buen espacio, hasta

llegar á un espeso olivar donde se vió detenido por la frase sacramental de:

—¡Alto!

—Esperando estoy—dijo el escudero.

Poco despues destacáronse del olivar dos bandidos que se aproximaron á Campillo, mientras que otro tercero quedaba de vigía atalayando todo el campo.

—Vamos; delante — dijeron los bandidos al criado del doctor.

—Ya debiais haber comprendido—repuso éste tranquilamente—que acostumbro usar de buenos modales, y que no me intimidan ni las amenazas, ni los brutales aspectos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que gasteis mejores modos.

—¡Por vida del diablo! ¿Querrás acaso darnos lecciones?

—¿Por qué no?

—Sino mirara.....

Y el bandido amenazó á Campillo levantando el encaro y cogiéndole por el cañon.

Éste palideció de ira. Brillaron sus ojos con un fuego sombrío, y quizás se hubiera arrojado sobre el bandido á no escucharse en aquel momento la voz de Malasangre, que gritó:

—¡Eh! ¿Qué diablos haceis?

—Ya lo veis—repuso tranquilamente Campillo—vuestra gente que se conoce que no está muy bien educada.

—Calla, y ven aquí—dijo el capitan de aquella turba.

Poco despues el escudero se hallaba cerca de él.

—¿Y tu amo?—le preguntó.

—Esperándote como te dije.

—¿Estás decidido á quedarte con los mios mientras yo hablo con tu amo?

—Ya te lo dije ayer.

—Te advierto que al menor movimiento que hagas para escaparte, será el último de tu vida.

—No tengas cuidado; no me escaparé. Lo único que has de hacer es encargar á los tuyos que me traten con alguna consideracion; pues seria fácil que sucediera una desgracia.

—Me agradas porque eres valiente.

—Hace tiempo que lo sé—repuso tranquilamente el escudero.

—Y si quisieras quedarte para siempre en mi compañía.....

—No lo he pensado.

—Pues piénsalo.

—Está bien; pero véte, que mi señor debe impacientarse ya, y es muy capaz de venir en tu busca.

—Voy á evitarle ese trabajo.

Malasangre dió las últimas instrucciones á los suyos, y se alejó del olivar.

Su mirada perspicaz recorrió toda la llanura buscando algo que pudiera excitar sus recelos, y cuando se hubo convencido de que nada habia que excitase sus sospechas, adelantóse sin cuidado hasta donde le esperaba Armendariz.

Como habia dicho muy bien Campillo, ya comenzaba á impacientarse.

Así fué que al ver que Malasangre se acercaba, se adelantó á su encuentro, y le dijo sin preámbulo alguno:

—¿Eres tú Malasangre?

—¿Eres tú el que me espera?—preguntó á su vez el bandido.

—Sí, y por cierto que ya me iba cansado de esperar.

—Poca paciencia tienes.

—Tan poca que si tardas un cuarto de hora más me planto en medio de los tuyos para decirte que no tenias palabra.

—¡Rayos del cielo! Nadie ha podido decir eso todavía á Malasangre, ni aun cuando pudiera, ninguno se hubiese atrevido á hacerlo.

—Yo hubiera sido el primero.

—No te arrendara la ganancia en ese caso.

—¡Quién sabe! Pero en fin, como que estás aquí y no es cuestion de perder el tiempo en bravatas inútiles, vamos á lo que importa.

—Tu dirás.

—¿Estás dispuesto á servirme?

—Segun y cómo.

—Muy sencillo; se trata de una mujer y un niño y un caserío que entrar á saco.

—Prosigue.

—La mujer y la casa te la dejo, y el niño me lo entregas.

El bandido se rascó la cabeza, y preguntó despues:

—¿Hay riquezas en la casa?

—Las bastantes para compensar el peligro que has de correr.

—¿Es hermosa la mujer?

—Muy hermosa.

—¿Hay quien defienda la casa?

—Un criado viejo y tres doncellas.

—Ten cuidado si me engañas.

—¡Qué necio eres! ¿no comprendes que tengo más interés que tú en no engañarte?

—¿Y si en la casa no hubiera lo que tú dices?

—¿De qué?

—De esas riquezas que me pintas.

—No son riquezas fabulosas, pero sí las bastantes, como te he dicho, para pagaros el servicio que vais á hacerme.

—Pero cuando tú quieres el niño solamente, ese niño debe valer mucho dinero.

—Ninguno.

—No lo comprendo entonces.

—Ese niño representa una venganza.

—¡Bah! Tontería; no me conviene el negocio.

Y el bandido volvió las espaldas, alejándose de Armendariz.

Éste palideció intensamente.

Hubo un momento en que su mano se dirigió al cinto en busca de una de las pistolas que llevaba en él.

Pero la reflexion le detuvo, y lanzándose en seguimiento de Malasangre, le dijo:

—¿Dónde vas?

—A reunirme con los mios—contestó aquél.

—¿Es decir que no crees lucrativa mi empresa?

—No.

—¿Y desistes de ella?

—Desde luego.

—Alguna razon tendrás.

—Sí por cierto.

—¿Cuál es?

—Que no quiero ser instrumento de tu venganza.

—¿Cómo?

—¿No has dicho que ese niño te ha de servir para realizar una venganza?

—Sí.

—Pues yo no quiero ayudarte.

—¿Por qué? vuelvo á preguntarte.

—Porque no me compensa lo que me voy á perder.

—¿Estás en tí?

—Ya lo creo.

—Pues, francamente, no te comprendo.

—Uno solo de mis hombres que pierda en la refriega, no hay dinero bastante, no digo yo en esa casa, sino en otras de mayor importancia, para pagar su vida.

—Y sin embargo, la arriesgas á veces por lanzarte al camino á desbalijar á un pobre diablo que no lleva ni un ducado encima.

—Hay otra razon tambien.

—Explícate de una vez, que si hay medio de entendernos, yo te juro que nos entenderemos.

Malasangre fijó una intensa mirada en su interlocutor.

Con ella trató de leer hasta el fondo de su pecho.

Y debió conseguir su objeto, porque dijo:

—Escucha.

—Habla—dijo impaciente Armendariz.

—Supongo que á tu venganza le darás un gran valor.

—Tanto, que á ella estoy sacrificando mi vida hace muchos años.

—De modo que tú no eres lo que pareces.

—No.

—Ya lo he comprendido, y esto presta mayor valor á la situacion.

—Te repito que no te comprendo.

—Más claro, yo con mi gente daré el golpe que pretendes, pero todo cuanto encuentre en esa casa, todo ha de ser para mí.

—Ya te lo he dicho; todo ménos el niño.

—No, el niño tambien.

—Imposible.

—Pues busca otro que lo quiera hacer.

Y de nuevo Malasangre volvió á separarse de su interlocutor.

Armendariz vió que se le escapaba la ocasion de las manos.

Hubo un momento en que adivinó la idea del bandido, y de nuevo su mano fué á buscar la culata de sus pistolas.

Pensó que dando muerte á Malasangre, por medio de un golpe de audacia podria imponerse á su cuadrilla y llevar á cabo lo que se proponia.

Pero este plan tenia sus inconvenientes.

Y calmándose, trató de llegar á una avenencia.

—Pero... escucha, Malasangre—dijo.

El bandido se detuvo.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Que nos entendamos.

—Bajo las bases que propones, es difícil.

—No lo creas.

—Habla.

—¿Cuánto quieres por ese niño?

—Al fin has dado en ello dijo.

—¿Cuánto quieres?

Malasangre reflexionó.

—Quiero... quinientos ducados.

—No—contestó resueltamente Armendariz.

—Reflexiona...

—Nada; no te doy esa cantidad. ¿Crees acaso que soy tan necio que no comprenda tu propósito? ¿Acaso supones que me faltan medios y valor para llevarlo á cabo sin necesitar de tí?

—¡Rayos y truenos! ¿pues por qué has venido á buscarme entonces? Responde.

—Porque tú tienes ya la gente reunida, mientras que yo tendria que esperar á reunirla.

—Veo que entiendes el negocio.

—Bastante.

—¿Y cuánto me darás tú?

—En buena ley, te doy bastante con dejarte el botin y la mujer.

—Eso lo adquiero yo en cualquier cortijo que ataque.

—Ó no.

—En fin, ¿cuánto me das por el niño?

—Doscientos doblones.

—Poco es.

—No hay más.

Tan resuelto fué el acento de Armendariz, que el bandido comprendió que no sacaria más partido.

En su consecuencia, permaneció silencioso breves momentos, hasta que dijo por fin:

—Está bien; acepto.

—Ya lo presumia.

—Dime dónde y cuándo se ha de dar el golpe.

Armendariz se lo explicó, añadiendo:

—Sobre todo, te encargo la mujer. Es preciso que la dejeis completamente imposible para su esposo.

—Te comprendo. Mi gente sabe apreciar en lo que verdaderamente vale una mujer hermosa.

—Dos dias que la tengais entre vosotros es lo suficiente.

—Está bien.

—Dentro de tres dias, en este mismo sitio, recogeré el niño.

—Y me darás el dinero.

—Convenido.

Los dos miserables se dieron la mano, y poco despues Malasangre se reunia con sus compañeros dejando en libertad á Campillo.

CAPÍTULO XCV.

La infamia de un perverso.

¡Cuán agena estaba la esposa de Guevara de la desdicha que sobre ella se iba á desplomar!

Precisamente cuando Armendariz estaba formando tan indignos planes para destruir su reposo y su ventura, ella, pensando solamente en su esposo, se congratulaba juzgando que no habia de ser larga su estancia en Salamanca y que pronto volveria para no separarse de su lado.

Y contemplaba á su hijo y se sonreia llena de placer en sus infantiles gracias, y ya le parecia un siglo el tiempo que llevaba separada del hombre á quien tanto amaba.

Porque Elena habia concretado todo su cariño, toda su ventura, su vida entera en su esposo y en su hijo.

En su casa, como habia dicho muy bien el médico, no habia más que dos criadas y un criado, soldado viejo que habia acompañado á su señor, lo mismo en Italia que en Méjico,

que amaba cuánto él amaba y aborrecia lo que no era del agrado de éste.

La casa solariega de don Francisco de Guevara, mitad cortijo y mitad mansion señorial, estaba situada á un extremo de la poblacion, completamente aislada de las demás.

Una tapia alta la cerraba por la parte posterior que daba al campo, mientras que por la fachada principal, el ancho portalon quedaba cerrado por sólida puerta chapeada de gruesos clavos y reforzada por el interior con fuertes barras de hierro.

Las ventanas y postigos estaban asimismo perfectamente defendidas, y no era empresa tan fácil como parecia entrar en el edificio sin tener algun cómplice dentro de él.

Malasangre, como experto capitan, quiso recorrer antes que todo la fortaleza que iba á acometer.

Para este efecto, perfectamente disfrazado, se dirigió al caer la tarde hácia la poblacion.

Pasó y repasó por delante de la casa, dió la vuelta, observó las precauciones que se tomaban para cerrar las puertas y sacó en limpio que, ó era preciso penetrar en ella á viva fuerza, ó buscarse un aliado dentro de ella.

Lo primero ofrecia graves inconvenientes.

En primer lugar, daria un gran escándalo, alarmaria la poblacion, lanzaríanse en masa contra ellos y podria ser fácil que alguno ó algunos sucumbieran en la empresa.

En segundo lugar, se exponian á que en el tiempo que podria mediar entre el ataque y la entrada en la casa y la alarma del vecindario, la dama y su hijo se refugiasen en alguna habitacion más retirada, para entrar en la cual, hubiera de sostener un nuevo ataque, el cual ya no podia tener el carácter de seguro, porque se verian obligados á combatir con los del pueblo que acudirian en defensa de la esposa de Guevara.

Estas razones le hicieron desistir del ataque á mano armada.

Era preciso usar la astucia.

Era menester buscar un medio para crearse aquel aliado que necesitaba.

Despues de haberse orientado perfectamente respecto á la disposicion de la casa y puertas de entrada, regresó á dónde estaba la gente, y durante el camino fué formando su plan.

Cuando se reunió con sus compañeros, ya habia pensado lo que se debia hacer.

Al dia siguiente llamó á uno de ellos, y llevándosele aparte, le dijo:

—Oye, tú, Zorro, tengo que darte un encargo de confianza.

—Ya sabes que todos los que me diste siempre los desempeñé á tu satisfaccion y á la mia—repuso el Zorro con suave acento, y fijando su mirada recelosa y astuta en el capitan.

—El que voy á darte ahora es el más grande de cuantos has llevado á cabo.

—Que me agrada ya sin conocerlo. Habla y sepamos lo que es.

—Quiero entrar en una casa que es fuerte, que se cierra herméticamente en cuanto se pone el sol, que las puertas y las ventanas están barreadas, y que no quiero emplear la fuerza para conseguir mi intento.

—Pues muy sencillo; compra á uno de los criados, y que te abra la puerta.

—Eso seria largo, y yo necesito entrar mañana.

—Ya es otra cosa.

—Por eso he pensado en tí.

—¿Para que te abra la puerta?

—Sí.

—No hay inconveniente si consigo entrar en la casa.

—Eso es cuenta tuya.

—¿Es decir que dejas á mi eleccion los medios?

—Naturalmente; ya sabes lo que quiero, tú piensa ahora, pon en prensa tu magin para que te sugiera la idea salvadora.

—¿Cuál es la casa?

—Está en Cabra.

—¡Hola! ¿vamos á meternos en poblaciones importantes? Cuidado, Malasangre, en el camino somos los amos; no por meternos en poblado vayamos á caer en las garras del lobo.

—De tí depende.

—Pues si depende de mí, ya sabes que yo no comprometo jamás á los mios.

—Por eso te he llamado.

—Díme ahora qué casa es de las de Cabra, la que llama tu atencion.

—La de Guevara.

—¡Buena es! Ya tienes razon en decir que se cierrra bien, y es sólido todo lo que hay en ella.

—¿De modo que la conoces?

—Como te conozco á tí. Cuando era muchacho, más de una vez habia jugado en el corral, como que mi tio era criado del padre del actual propietario.

—Mejor que mejor.

—Pero ya es empresa la que tratas de acometer.

—Ayúdame tú y venceremos.

—Dispuesto estoy á ello.

—Es menester que entres dentro de la casa.

—Entraré.

—Y que nos facilites, á tu vez, la entrada.

—Está bien.

—Nosotros estaremos desde las once de la noche esperando tu aviso, por lo tanto, para esa hora tenlo todo dispuesto.

—Dispuesto estará.

Y el Zorro se separó de su capitan, que le dijo:

—Pero, oye, ¿cómo vas á entrar?

—No lo sé, pero entraré. No me preguntes nada, porque en este momento no sé lo que voy á hacer, pero estáte seguro que todos entrareis allí mañana por la noche.

Malasangre conocia demasiado al Zorro para dudar de sus palabras.

En su consecuencia, dedicóse únicamente á arreglar lo más conveniente para la expedicion, dando las instrucciones necesarias á su gente.

Aquella tarde presentóse en la casa de Guevara un pobre viejo que imploraba la caridad pública.

La casa de Guevara, aun cuando no era de las más ricas de la comarca, estaba abierta siempre para todos los pobres.

Elena se hallaba en aquellos momentos sentada en el ancho zaguan de la casa.

—Pasad, buen anciano—dijo al mendigo—recobrad vuestras fuerzas y descansad.

—¡Ay, señora!—repuso éste dejándose caer en un banco—he andado tanto que apenas me puedo mover.

—¡Válgame Dios! ¿Y estais solo en el mundo?

—Completamente solo. Tenia una hija que era mi único sosten, mi sola esperanza, señora. Dios se la quiso llevar consigo y me quedé abandonado y desvalido.

Y el mendigo acompañó estas palabras con algunas lágrimas que acabaron de enternecer á la dama.

—Tranquilizáos, buen viejo, y puesto que Dios lo ha hecho, no hay otro remedio que conformarse con su santísima voluntad.

—¡Y si viera su merced cuánto he sufrido desde entonces!....

—¡Ya lo creo!

Elena, conmovida, ordenó que dieran algunas viandas al mendigo, le socorrió generosamente, y viendo que se quejaba en tan gran manera del cansancio y del abatimiento producido por él, dijo al criado que le dejase aquella noche dormir, no precisamente en el pajar ó en la cuadra, segun costumbre de muchas de las personas que suelen echárselas de generosas, sino que por el contrario, le ordenó que le dis-

pusiese una de las habitaciones de la planta baja, donde el mendigo pudiese verdaderamente encontrar el reposo de que tan necesitado se hallaba.

Si Elena hubiese sido más suspicaz y no hubiese estado tan compadecida de aquel hombre, no habria podido ménos de sorprenderle la expresion de maligna alegría que brilló en su rostro al escuchar la órden anterior.

Pero esta expresion fué instantánea.

El brillo de aquellos ojos se extinguió inmediatamente, y Elena solo pudo ver en el rostro del anciano mendigo la expresion del más sincero reconocimiento.

—Válgame, Dios, señora—exclamó—¿qué hice yo para alcanzar tantas mercedes?

—No son mercedes el cumplimiento de un deber que todos tenemos respecto á los desvalidos.

—Si todos le cumplieran.....

—Allá se las avengan con su conciencia los que desatiendan la miseria de los pobres. Por mi parte, haré siempre por ellos cuanto pueda, educando á mi hijo en este mismo sentido.

Durante lo que restaba de dia, el mendigo, con una destreza extraordinaria y usando de multitud de subterfugios, se enteró de la distribucion de la casa, de las entradas y salidas, y finalmente de cuanto podia contribuir al mejor resultado de la empresa que se trataba de acometer.

Ni Elena ni las criadas podian sospechar nada y únicamente el mendigo les inspiró interés y compasion.

No así el escudero, que como viejo y lleno de experiencia, era desconfiado y no hacia más que observar al mendigo.

Varias veces intentó éste entrar en conversacion con él, pero siempre la eludia temeroso de comprometerse.

Y llegó la noche, y al recogerse Elena, encargó nuevamente á Marcos, que así se llamaba el soldado, que condujese al mendigo á su habitacion y cuidara de que al dia siguiente al marcharse se llevara bien repletas las alforjas.

Algo refunfuñó el buen Marcos al escuchar tales encargos, pero como que amaba á Elena tanto como á su señor, y sabia que la bondad únicamente dictaba todas sus acciones, resignóse á obedecer no sin jurarse interiormente que por su cuenta tomaria cuantas precauciones juzgase necesarias.

En virtud de esto, cuando dejó el mendigo en la habitacion que la caridad de su señora le destinara, cerró la puerta, echó la llave por la parte exterior y se la guardó retirándose despues tranquilamente.

El buen escudero creíase así completamente á cubierto de cualquier intentona que pudiese querer realizar algun malvado; pero esta tranquilidad hubiera desaparecido si le hubiese sido dable ver la sonrisa que vagó por los labios del mendi- al oir cerrar la puerta.

La ventana que daba á la calle, estaba como todas las de la casa, reforzada por la parte interior con un grueso barrote de ierro.

Para mayor seguridad el perno en que la barra encajaba, tenia un candado cuya llave tambien recogió Marcos.

Pero una vez solo el mendigo y convencido de que todo el mundo estaba recogido ya, apresuróse á registrar el interior de sus ropas y sacó de ellas destornilladores y hierros preparados en forma de llaves maestras, así como tambien una pequeña palanca del mismo metal y una finísima sierra, instrumento de gran utilidad en aquellos momentos.

En primer lugar aseguróse de que los tornillos de la cerradura de la puerta podian salir con facilidad, y tomando la sierra se dirigió hácia la ventana cuyo barrote trató de cortar sin hacer ruido alguno.

Sacó tambien de entre su raido traje un reloj que sabe Dios á quien habria pertenecido, y mirándole dijo:

—Todavía tardará Malasangre lo ménos una hora en llegar por aquí y mucho se puede hacer en sesenta minutos.

Y con mayor aliento prosiguió su tarea, murmurando:

—Si en este negocio no me da el capitan mayor parte que á mis compañeros, juro que se ha de acordar de mí.

Poco despues el barrote de hierro estaba cortado y el Zorro á quien ya habrán conocido nuestros lectores en el supuesto mendigo, abrió la ventana.

CAPÍTULO XCVI.

Continuacion del anterior.—Consumacion de la infamia.

La calle á que daba la casa de Elena estaba completamente desierta.

El Zorro recurrió con su mirada escrutadora, uno y otro lado de ella, y dijo:

—Nada, todavía no han venido. Antes de ver si es necesario facilitarles entrada por aquí, es preciso que nos orientemos respecto al estado de la puerta.

Y haciendo jugar diestramente el destornillador, la puerta de su aposento quedó franca, y el bribon hallóse en un momento en el ancho zaguan de la casa.

Todas las precauciones del buen Márcos habian quedado por tierra.

La astucia y la precision del bandido, inutilizaron por completo sus propósitos.

El Zorro, despues que se hubo asegurado de que nadie le

observaba, adelantóse con precaucion á la puerta que daba á la calle, y comenzó á tentarla hasta encontrar las barras que la defendian.

Márcos habia usado en ésta de las mismas precauciones que puso en práctica en la ventana del aposento.

—Pues, señor, no hay más remedio que hacer con ésta lo mismo que con la otra—murmuró el Zorro.

La operacion era más difícil, y habia de llevarse más tiempo porque las barras eran más gruesas; pero felizmente, como estaban cruzadas y la una aseguraba á la otra, cortada la de encima, quedaba libre la de abajo.

Una vez esta operacion practicada, el Zorro volvió de nuevo á la ventana del aposento que se le habia destinado, y murmuró:

—Ahora, ya deben estar aquí.

Efectivamente, una vez que se hubo asomado á la reja, imitó con una destreza tal el canto del mochuelo, que difícilmente hubiera podido nadie hacer la distincion que realmente existia.

Inmediatamente otro canto semejante respondió al suyo.

—¡Ya están aquí!—dijo el bandido.

Y entonces lanzó un silbido agudo, y momentos despues un hombre presentábase en medio de la calle.

El Zorro llamó su atencion, y un momento despues hallábase junto á la ventana.

—¿Qué hay, Zorro?—preguntó el recien llegado.

—¿Qué hay, *Sacristan?*—preguntó el primero, reconociendo al que acababa de hablar.

—Que ya estamos aquí.

—¿Cuántos venís?

—Todos.

—¿Cómo todos?

—Como lo oyes. El capitan no ha querido dejar nada al azar, y ha traido aquí toda la partida.

—¿Dónde está el capitan?

—Allí, detrás de aquella casa, y él es quien me ha enviado para que hable contigo.

—Dile que es menester que se aproxime.

—Pero si él quiere saber. .

—Todo ha ido bien; pero dile que venga.

El bandido se retiró. y momentos despues, Malasangre se acercaba á la ventana.

—Te he llamado—dijo el Zorro—porque no hay necesidad de que entre toda la partida.

—Necio!—repuso el capitan—¿crees que yo necesito tus avisos para saber lo que tengo que hacer?

—Como el Sacristan me ha dicho que habeis venido todos....

—Naturalmente; necesito tener completamente vigilados los alrededores, porque si nos sorprendieran....

—Comprendo.

—¿Tienes franco el paso?

—Sí.

—¿Por dónde entramos?

—Por la puerta.

—¿Tienes las llaves?

—No, pero tengo las mias. Podeis venir cuando querais.

Malasangre se separó de la puerta, y el Zorro salió del aposento lanzándose hácia el portal.

Poco despues estaba en la puerta.

Con mano ejercitada introdujo en la cerradura las llaves maestras de que iba prevenido, y un momento despues la puerta giraba rechinando sobre sus goznes.

Pero en el mismo momento el Zorro exhaló un grito y cayó al suelo como una masa inerte.

—¡Ah! traidor!—dijo Marcos,—pues él era, que sospechando y receloso, parecióle entre sueños percibir algun ruido, y levantándose de la cama tomó su arma y bajó á recorrer la casa.

Precisamente llegó al portal en el momento en que el bandido abria la puerta á sus compañeros, y comprendiendo la traicion y desesperado por no poder impedirla, al menos trató de castigarla.

Puñal en mano acometió al Zorro, y este, que se hallaba completamente desprevenido, recibió el golpe en mitad del corazon.

Malasangre y los suyos, que estaban ya en la puerta, al escuchar el grito y percibir la caida del cuerpo de su compañero, comprendieron lo que habia, y en un momento, á la par que impedian que Marcos cerrase la puerta, le rodearon, y antes de que él pudiera defenderse se vió cercado, desarmado y herido mortalmente.

Malasangre dijo á los suyos:

—La boca al momento para que no hable.

Y efectivamente, una mano grosera se apoyó sobre los labios de Marcos, mientras que la aguda hoja de un puñal penetraba en su pecho.

A esta siguieron otras, y cuando Malasangre juzgó que el escudero estaba muerto, dijo:

—Arriba todo el mundo y cuidado. Tú, Sacristan, quédate en la puerta.

Los bandidos iban provistos de linternas sordas, pues Malasangre, con una prevision á toda prueba habia procurado que nada faltase por lo cual se pudiese malograr la empresa.

Elena y las doncellas sorprendidas en medio de su sueño no pudieron oponer resistencia alguna.

Los bandidos se esparcieron por toda la casa, y el saqueo y la deshonrra dejó sus terribles huellas impresas en aquel, momentos antes pacífico y tranquilo hogar.

La brutalidad de aquellos miserables fué tal, que la desventurada Elena quedó desmayada sin tener casi la conciencia de lo que á su alrededor pasaba.

Su hijo fué arrebatado de sus brazos, y cuando los bandidos dejaron ultimada su obra á satisfaccion de su jefe, éste ordenó la retirada.

Los primeros resplandores del alba comenzaban ya á iluminar las calles del pueblo, cuando toda la partida ganaba el olivar donde parece que tenian establecido su cuartel general.

Entretanto las gentes del pueblo habíanse ido levantando para dedicarse á sus faenas agrícolas, y los primeros individuos que pasaron por delante de la casa de Guevara se apercibieron de que la puerta estaba abierta, y que en el zaguan habia dos hombres tendidos.

Inmediatamente corrió la voz, entraron en la casa, y el cuadro que á su vista se ofreció fué terrible.

Las dos criadas estaban muertas, y Elena continuaba desmayada.

Cuando volvió en sí, merced á los auxilios de las personas que fueron llegando sucesivamente, miró á todos lados llena de espanto.

Frases incoherentes se escaparon de sus labios, y finalmente al fijar sus ojos en la cuna vacía de su hijo, lanzó un grito desgarrador y volvió á perder el sentido.

Cuando tornó á la vida fué para perder la razon.

. . . . . .

Al dia siguiente, Armendariz, que ya sabia lo ocurrido, puesto que tanto él como Campillo habian estado en la poblacion confundidos entre los grupos que constantemente rodearon la casa durante la mayor parte del dia, se dirigió hácia el sitio en que estaban los bandidos.

Una vez cerca del olivar, el vigía que estos tenian por aquella parte le intimó que se detuviera.

—Dí á tu capitan—repuso Armendariz—que aquí está la persona que espera.

—Poco despues el médico estaba en presencia del capitan.

—¿Vienes dispuesto á cumplir tu palabra? le preguntó Malasangre.

—Nunca falto á ella. ¿Dónde está el niño?

—Por ahí está durmiendo bajo un árbol.

—Tráele.

—¿Traes el dinero?

—Sí.

—De ese modo nada tengo que decir, aun cuando debia hacerte pagar la vida del compañero que ha quedado muerto allí.

—Prevenido venia para ese caso, y aquí tienes cien ducados más por esa vida.

—Veo que entiendes los negocios.

—No necesitaba tu aprobacion para saberlo.

Malasangre se mordió los labios, y separándose algunos pasos del sitio en que estaba, volvió á los pocos instantes trayendo consigo al niño de Guevara.

—Toma y daca—dijo.

—Ahí tienes.

Y Armendariz arrojó en tierra una bolsa bien repleta que el bandido se apresuró á coger.

—Espera y contaré—dijo.

—Cuenta en buen hora.

El médico se apoderó del niño, que seguia durmiendo, y contempló tranquilamente á Malasangre que contaba las monedas de oro.

—Está bien—dijo éste.

—Entonces, adios.

—Debo decirte que tu encargo se ha cumplido á conciencia. Aquella mujer ha quedado imposible para su marido.

—Lo sé.

Y Armendariz, tras esta lacónica respuesta se separó de su interlocutor, reuniéndose poco despues con Campillo, que tenia dos caballos del diestro.

—Al fin realicé lo que queria!—dijo con una expresion de gozo feroz.

—¡Pero cuánto os ha costado!—repuso el criado.

—Diez años de mi vida, veinte que hubieran sido necesarios, diéralos gustoso por el placer que siento pensando en el dolor que ese hombre ha de experimentar.

Campillo no contestó una palabra, y montó á caballo siguiendo á su amo, que se alejó á buen trote de aquel sitio.

Entretanto, don Francisco de Guevara estaba bien ajeno del terrible golpe que acababa de asestarle su miserable adversario.

Todo su afan era llegar á Salamanca, dejar á su hijo bien recomendado á un antiguo compañero suyo que allí residia, y regresar inmediatamente á su casa, donde el amor de su mujer y de su otro hijo le estaban llamando.

Sin embargo, sin que pudiera explicarse la razon, era la verdad que caminaba preocupado, y que muchas veces Luis tenia que decirle:

—¿Pero qué teneis, padre mio? ¿qué inquietud os agobia? ¿qué pesar os mortifica, que pasais horas enteras sin decirme una palabra?

Don Francisco entonces alzaba la cabeza, procuraba sonreir, y decia:

—¡Cá, hombre! no tengo preocupacion alguna, estoy agitado, inquieto, sin saber por qué.

—Pues esa agitacion para la cual no teneis motivo alguno, es la que yo quiero que eviteis.

Guevara se sonreia, mas sin embargo continuaba con la misma preocupacion y el mismo abatimiento.

Y este creció de punto cuando estuvieron en Salamanca.

No veia el momento de volver á su casa, y precisamente la víspera del dia en que se iba á poner en camino, recibió una carta que le enviaba su familia, dándole cuenta de lo ocurrido, y pintándole la necesidad de su inmediato regreso.

—¡Oh! ¡Bien me lo estaba anunciando el corazon!

É inmediatamente se puso en camino, y al llegar á su casa, al ver el estado de Elena al referirle lo que habia ocurrido por lo que pudo presumirse por el estado en que se encontró á la infeliz, aquel hombre sintió que su corazon se desgarraba, y habria sucumbido quizás á no contenerle el recuerdo de su otro hijo.

Dos dias llevaba de estancia en Cabra, cuando recibió una carta cuya letra le hizo estremecer.

La habia visto en circunstancias bien terribles para él.

Era de Armendariz, y decia así:

«Ya has visto cómo cumplo mis palabras. Tu mujer ha quedado completamente imposible para tí. Tu hijo muerto, tu casa saqueada, tu mujer deshonrada y loca, deben probarte que mi venganza ha sido completa.

»Sin embargo, no está satisfecha todavía, y dia llegará en que recibas un nuevo golpe más formidable que los que acabas de sufrir, obra única y exclusiva de tu enemigo, á quien llamabas en otro tiempo el hechicero, y que gracias á su ciencia, ha podido permanecer cerca de tí espiándote sin que conocieras que bajo su disfraz se ocultaba el implacable

Armendariz.»

CAPÍTULO XCVII.

La terminacion de la historia.

Excusado es decir el efecto que la carta anterior produjo en Guevara.

Hacia tiempo que no habia vuelto á recibir noticia alguna de aquel miserable.

Juzgábale ya olvidado tal vez, cuando al reaparecer de aquella manera, se habia presentado mucho más terrible y mucho más infame que nunca.

Don Francisco creyó morir de desesperacion, porque cuantas diligencias practicó para encontrar á aquel hombre, fueron lo mismo que habian sido en otro tiempo, completamente inútiles.

Entonces desesperado, sin vínculo alguno que le sujetase en aquel país, siéndole por el contrario odiosos todos los lugares que le recordaban la presencia de Elena, los abandonó tan luego falleció ésta, que fué á los pocos meses de haber él regresado de Salamanca.

Era demasiado poderosa la impresion que la infeliz esposa habia recibido, y tras de la peturbacion de sus sentidos, vino el aniquilamiento, digámoslo así, de la materia, y la desdichada sucumbió en medio de los mayores sufrimientos.

Entonces Guevara se marchó para siempre de aquel país.

Su hijo ignoró por el momento los terribles incidentes que habian tenido lugar en su casa.

Continuó sus estudios en Salamanca, mientras su padre iba á buscar la muerte en las guerras que tuvieron lugar durante los primeros años del reinado de Cárlos III.

Donde quiera que estuvo, siempre tuvo presente la imágen de Armendariz, y hubiera dado gustoso la vida por poder dar la muerte al que tan desgraciado le habia hecho.

Pero ni pudo encontrar lo que deseaba en el campo de batalla, ni tampoco la casualidad le hizo tropezar con su enemigo.

Cansado de pelear, enfermo de cuerpo y enfermo de alma, llorando siempre á aquellas dos mujeres á quienes tanto habia amado, y á aquel hijo víctima inocente de la venganza de un malvado, pues él suponia que su hijo segundo habia muerto, regresó á Cabra, donde se halló su pobre hacienda destruida, y por todo porvenir para su vejez la miseria.

Reunido con su hijo Luis, gallardo mancebo, más apto para dar estocadas que para seguir la carrera de las leyes, recordó que tenia muy antiguas relaciones con varios nobles que en la córte disfrutaban de gran influencia, y allá envió á su hijo recomendándole eficazmente.

En los primeros capítulos de nuestra obra, vimos ya que don Luis supo abrirse paso, y que el monarca y Floridablanca le distinguieron con su aprecio, devolviéndosele algunos bienes y un título que otro monarca habia quitado á uno de sus antepasados.

Tal fué la historia que el conde de Fuentidueña, ó sea

nuestro antiguo conocido el perfumista Zarini estuvo leyendo con atencion extraordinaria durante un buen espacio.

Cuando hubo concluido, no pudo menos de murmurar:

—¡Oh! qué horrible es todo esto! ¡pobre don Francisco de Guevara! ¡cuánto ha debido sufrir! Y la verdad es que todavía queda una semilla tremenda de la venganza de Armendariz. Ese hijo de don Francisco, ese hermano de don Luis, nutrido en el odio y en el aborrecimiento hácia los suyos, puede ocasionar desgracias que aterren doblemente por los vínculos que unen á los que hoy representan ese antagonismo que dividió á Guevara y Armendariz. Ignoro qué he de decir á ese escudero cuando venga á pedirme mi parecer, porque es en verdad comprometida su situacion.

Y Zarini, más preocupado que habia estado nunca por la propia venganza, estúvolo por la agena.

Cuando Campillo se presentó en su casa, le dijo:

—¿Sabes, amigo, que la tal historia de tu amo, es ni más ni ménos que la historia de un gran bribon?

—Razon teneis, señor; pero á pesar de eso debeis recordar que yo le debo la vida, y con todos sus defectos y todos sus crímenes le he amado siempre y hoy le recuerdo con tristeza.

—Eso habla bastante en tu favor y te recomienda para todo.

—¿Qué opinion habeis formado de esos ligeros apuntes escritos por mí?—preguntó Campillo á quien lo que más interesaba era aquello.

—Que en ellos se encierra una historia de crímen.

—Sí, eso ya lo sé.

—Antes de todo, contéstame á una pregunta.

—Decid, señor.

—¿Dónde estuvisteis desde que os fuisteis con el hijo de Elena?

—En Holanda y en Suecia.

—¡Diablo si os fuisteis léjos!

—Era el único medio de salvar la piel, pues Armendariz sabia de sobra lo que valia Guevara y le tenia miedo, aun cuando aparentaba otra cosa.

—Lo comprendo.

—Guevara le hubiera buscado por todas partes y habria concluido por encontrarle finalmente, permaneciendo en España.

—¿Y qué hicisteis de aquel niño que robasteis?

—Perdonad, señor, que no fuí yo.

—Escucha; tan criminal es el que lleva á cabo un crímen como el que ayuda á su perpetracion ó lo encubre.

—Tenia tanto que agradecerle.....

—Esa razon podrá atenuar algun tanto tu culpa, pero no te exime de ella.

—Cierto, cierto.

—Y supongo que habeis criado á ese niño como si fuera hijo de Armendariz.

—Sí, señor.

—¿Noticiándole el ódio que el médico preparaba á su amigo?

—Justamente.

—Ya comprendo la idea que se llevaba en ello.

—Idea horrible que jamás he podido quitar de su cabeza.

—Es decir que ese mancebo aborrecerá á su hermano.

—Con un aborrecimiento mayor que el de la persona que le ha criado, porque tiene toda la vehemencia de pasiones de los Guevaras y el ódio se las ha aumentado.

Zarini quedóse pensativo un momento.

—¿Qué pensais que debo hacer, señor?—dijo.

—¿Fiastes á tu amo guardar ese secreto?

—Sí, señor.

—Te exigiria él semejante juramento, ¿no es así?

—Así fué.

—Ya se ve; temeria que tu conciencia destruyese su obra.

—Tentado estuve muchas veces de hacerlo, y por esa razon á fin de ajustar mi conducta de un modo positivo á lo que la prudencia ordene, es por lo que he venido á consultaros, haciéndoos leer ese manuscrito en el que están consignados multitud de incidentes desconocidos de todo el mundo.

—Difícil es el consejo que me pides.

—Pero vos teneis más experiencia, estais más ducho en lances de este género; conocísteis á mi señor en Italia, y podeis aconsejarme de manera que mi conciencia se satisfaga.

—Obedeciendo á los impulsos de mi corazon te aconsejaria de un modo, pero teniendo en cuenta la inviolabilidad de un juramento no me atrevo á resolver de un modo tan absoluto.

—Pero ved que se trata de un crímen.

—Mirarlo debiste antes cuando cometiste otro.

—La gratitud cerraba mis labios.

—Pues el perjurio no debe abrírtelos hoy.

—¿Eso decís, señor?

—Faltarias á tu conciencia y á tu deber.

—Pero.....

—Me pides mi opinion y te la doy.

—¿Es decir que me condenais?....

—Al mismo suplicio que tú te impusiste ya.

Reinaron algunos momentos de silencio.

Campillo sentia aumentar su angustia.

Creyó que el conde de Fuentidueña, en cuya experiencia fiaba, desatase, digámoslo así, su lengua.

Pero en vez de esto exhortábale á callar; le hablaba de deberes, cuando él hubiera querido precisamente eximirse de estos mismos deberes.

Y en tan gran manera expresó su rostro la contrariedad que experimentaba, que el mismo Fuentidueña hubo de advertirlo, y le dijo:

—¿Parece que te sabe mal lo que te he dicho?

—Francamente, señor, ¿por qué os lo he de ocultar?

—Un medio tienes para transigir, digámoslo así, con tus deberes y con tus sentimientos.

—Decid.

—¿Quieres evitar el encuentro de esos dos hermanos?

—Sí, señor.

—Pues bien, llévate de España ese mancebo.

—¿Pero no seria mejor hacerle comprender los vínculos que le unen á don Luis?

—¿Crees acaso que el mal no es ya demasiado profundo? ¿Crees que con eso evitarias el odio y el aborrecimiento que se profesan esos dos hermanos?

—Si de ese modo lo mirais.....

—Campillo, conozco más que tú el corazon humano, y cuando el veneno de la envidia y del odio se ha inoculado en él del modo que sucede en el de ese mancebo, no hay medio ya de curarlo.

—Pero es horrible lo que decís, señor.

—Todo lo horrible que tú creas; pero no por eso es ménos verdad.

—¿Y juzgais que la ausencia?....

—Es el único remedio para evitar ulteriores males. Es muy mancebo todavía el hijo de Armendariz; tal vez la presencia de objetos nuevos, quizás algunos amores, cosa muy comun en la gente moza, le distraigan, y sin esfuerzo por tu parte consigas el objeto que te propones.

—Mucho lo dudo.

—Me has pedido mi opinion, y te la doy. Ahora fuera de eso, obra como mejor te plazca.

El escudero permaneció algunos momentos pensativo.

Al cabo de ellos, dijo:

—Tal vez tengais razon. Puede muy bien que ese medio propuesto por vos, sea el único que consiga salvar una situacion, respecto á la que no he podido encontrar solucion favo-

rable; pero comprendo que ese viaje debe emprenderse á tierras muy lejanas; es menester que los objetos que vea, le seduzcan por la novedad.

—Marchad á América, puesto que la eleccion para esos viajes depende de tí únicamente, y como que hoy, despues de lo ocurrido, no teneis otro remedio que alejaros de España, fácilmente puedes llevar á cabo este proyecto.

—Antes, señor, quiero pediros un último servicio.

—Habla.

—Las memorias que habeis leido, deseo que continúen en vuestro poder. Quizás la muerte me sorprenda de un momento á otro, y para el caso de que tal sucediera, os las confio á fin de que eviteis la catástrofe, en el caso de que pudiera llegar.

—¿Y no ves, buen Campillo, que yo tampoco soy jóven ya? ¿No ves que el dolor tambien se ha cebado en mí, destruyendo toda mi energía y todo mi poder?

—Sin embargo, más fácil es que vos os conserveis que no yo, y en último caso, haced de este legajo lo que más os plazca; transmitidlo á uno de vuestros amigos, ó dejadle que perezca con vos, y yo habré descargado siempre mi conciencia de un peso que la abruma.

—Está bien; acepto ese legajo, y haré cuanto á mi alcance esté, á fin de pensar lo que más conviene en el caso probable de que yo dejase de existir.

—Gracias os doy, y puedo aseguraros de que me alejo más tranquilo de lo que he estado hasta ahora.

Efectivamente, Campillo siguió las instrucciones que le diera el conde de Fuentidueña.

Felipe aceptó gustoso la indicacion de marchar á América, y pocos dias despues, consiguiendo burlar las pesquisas de los alcaldes de casa y córte y de toda la turba alguacilera puesta en movimiento para descubrir al autor de la muerte de don Francisco, salieron de Madrid, de donde pasaron á

Francia, en uno de cuyos puertos se embarcaron para América.

Fuentidueña quedóse con el manuscrito del escudero, y como habia dicho muy bien, preocupóle en gran manera lo que habia de hacer con él para el caso de que falleciera.

CAPÍTULO XCVIII.

Qué hizo el conde de Lazan despues que hubo recobrado á su hija.

En el capítulo LXXVI de este tomo, vimos que el conde de Lazan habia conducido á su casa á María, mientras que su hijo y el vizconde del Juncal acompañaban á don Luis á la suya.

Antonio, que como sabemos, habíase propuesto seguir á su padre y á su hermano, á fin de ver si podia evitar la desgracia que preveia, halló frustradas sus esperanzas, porque con la oscuridad de la noche, lo incompleto del alumbrado y las precauciones que se veia obligado á adoptar para que no le viesen, les perdió de vista.

Cansóse de dar vueltas caminando á la ventura, y regresó á su casa con la esperanza de que tal vez habrian vuelto ya.

Pero no era así.

Padre é hijo estaban á la sazon sobradamente preocupados con los acontecimientos ocurridos en la casa donde habian

ido, y no podian hacerse cargo, con el dolor propio, de la impaciencia que en su casa reinaba.

Cuando regresó el conde, solo con María, despues de pasados los primeros transportes de alegría entre Luisa, Antonio y la hermosa hija del de Lazan, Antonio preguntó á éste:

—¿Y mi hermano?

—Ya vendrá despues—contestóle el conde secamente.

—¿Pero don Luis?....

—Está herido.

—¿Por mi hermano?

—Sí.

Y el conde encerróse en una reserva que no pudo ménos de llamar la atencion de Antonio, y que le obligó á no hacerle otra pregunta.

Además de lo que á sus hijos se referia, el incidente de doña Catalina, aquella venganza llevada á un extremo tan terrible por el perfumista conde de Fuentidueña habia acabado de abatirle.

Antonio no insistió en sus preguntas, porque comprendió que le mortificaba, y esperó con ansia un momento en que poder hablar con María.

La pobre jóven estaba refiriendo á Luisa sus padecimientos durante el tiempo que habia durado su cautiverio, y despues exigió que ésta le contase los suyos.

El conde se retiró á sus habitaciones, y entonces pudo Antonio satisfacer su curiosidad.

—Dime, hermana—exclamó.—¿Por qué se halla tan preocupado nuestro padre? ¿Qué ha pasado con don Luis?

—Cuando yo pude reconocer á mi padre—repuso María—ya le encontré presa de una agitacion que ha ido en aumento desde entonces.

—Pero si ya te ha encontrado.....

—Eso le he dicho yo, preguntándole qué tenia; pero me ha dicho.....

—¿Qué?

—Que yo no sabia nada.

—Vaya una cosa extraña. ¿Y dices que don Luis está herido?

—Mi hermano se arrojó sobre él antes de que tuviésemos tiempo de impedirlo, y le infirió una nueva herida.

—¿Grave?

—Ignoro lo que será, pero el vizconde ha ido acompañándole, y esperamos su vuelta para conocer la verdad.

Antonio se dispuso para ir á casa de su amigo, y avisar en caso necesario á Vicente y demás compañeros.

La muerte de don Francisco de Guevara, por sí sola, comprendia que debia haber causado un gran efecto en su hijo; con que si se añade la nueva herida recibida por un convaleciente, se comprenderá que no habia de ser muy satisfactorio el estado del jóven.

Así lo comprendió Antonio, y por eso queria dirigirse hácia su casa.

Pero cuando iba á salir del aposento, presentóse un criado:

—¿Qué hay?—preguntó Antonio.

—El señor conde, que tengais la bondad de pasar á sus habitaciones.

—Al momento.

Y Antonio se dirigió hácia dónde estaba su padre.

Este se hallaba en un estado de profundo abatimiento.

Sentado en un sillon con el rostro oculto entre sus manos, apenas podia definirse si dormia ó velaba, pues su inmovilidad era completa.

Y tal debia ser su abstraccion, que no se apercibió de la llegada de Antonio hasta que éste le dijo:

—¡Padre mio!

Alzó entonces la cabeza y murmuró:

—¡Ah! ¿eres tú? me alegro que hayas venido.

—¿Me necesitais, padre?—preguntó Antonio.

—Sí; quiero darte un encargo que estoy cierto cumplirás exactamente.

—Podeis estar seguro de ello.

—¡Hijo mio!—prosiguió el conde—procura siempre obrar bien; y ahora que eres jóven no trates de crearte espinas que puedan herirte en la vejez.

¡Padre!

—Todos, todos los pecados de mi juventud, como acusadores fantasmas están presentándose sucesivamente, y todos me agobian y me desesperan.

Y el anciano conde expresó en su rostro un desaliento tal que su hijo no pudo menos de sentirse dolorosamente afectado.

—¡Vamos, padre!—le dijo—dejáos ahora de pensamientos que os puedan entristecer.

—¡Ay! por desgracia estos pensamientos toman hoy forma y cuerpo, y se desarrollan sus proporciones de un modo tal, que me aterran cuando me amenazan.

—Cuidado, padre, no dejeis que se os apoderen de la mente esas alucinaciones que pueden seros fatales.

—No son alucinaciones.

—Entonces.....

—Y la prueba de ello, es que te llamo para que te encargues de ver á personas que esta noche se han presentado delante de mí, produciéndome uno de los dolores más atroces de mi vida.

—Contadme, padre, contadme lo que ha pasado.

—Ha sido horrible, Antonio, verdaderamente horrible.

El jóven estaba impaciente.

Comprendia desde luego que en el abatimiento de su padre, en la situacion en que se hallaba, debian entrar por mucho incidentes ocurridos antes de los que María habia presenciado, y estaba curioso por conocerlos, más que todo por si podia prestar algun alivio á aquel anciano.

Porque Antonio habia olvidado ya por completo el abandono en que su padre le tuviera; todos los disgustos que habia sufrido se borraron por completo de su mente, para no pensar más sino que aquel anciano era su padre, y que sufria.

El conde de Lazan le refirió detalladamente las escenas que habian precedido á la aparicion de don Luis y de María con el vizconde del Juncal, hasta llegar al momento en que doña Catalina se habia vuelto loca.

—Hijo mio—prosiguió el anciano—es menester que hagas lo que no puede hacer tu padre, ya que estás enterado de todo.

—Decidme lo que deseais.

—Que averigües qué ha sido de esa pobre mujer, hija engendrada en mal hora para ser el postrer cuchillo de mi garganta.

—¿Y dónde creeis que puedan darme las noticias que deseais?—preguntó Antonio.

—Tal vez en la misma casa donde han tenido lugar tan terribles dramas, aun cuando mejor te será dirigirte al mismo conde de Fuentidueña.

—¿Dónde encontrarle?

—Es verdad; el conde ha permanecido muchos años oculto bajo la denominacion del perfumista Zarini.

—He oido hablar de él.

—Pues bien; ese te podrá decir algo, porque él se ha quedado junto á esa desventurada.

—Descuidad, que satisfaré vuestro deseo.

—Gracias, mi noble Antonio, pero te ruego que de nada de esto se enteren tus hermanos. Harto he tenido ya que avergonzarme delante de ellos.

—No paseis temor. ¿Quereis que vaya ahora?

—No; avanzada está ya la noche y te expondrias á no encontrar la casa. Mañana tienes tiempo para todo.

—Así lo haré.

—Excuso decirte que, como supongo que esa pobre doña Catalina por su estado, se verá tal vez abandonada del marqués del Alcázar, pues á los amantes viejos no les agradan las enfermedades que revisten cierto carácter, lo dispongas todo de manera que la infeliz no carezca de cuanto le sea necesario en su triste situacion.

—Todo cuanto me digais lo haré, y podeis creerme, padre, que si en mi mano estuviera devolveros la tranquilidad que llorais perdida, lo haria, aun cuando hubiera de costarme el más grande de los sacrificios.

—Ya lo sé, hijo mio, ya lo sé, y tu mismo comportamiento es un motivo más de remordimiento para mí.

Poco despues entró el vizconde en su casa, de regreso de la de don Luis.

—¿Qué han dicho los médicos?—preguntó su padre al verle.

—Que la herida no reviste carácter de gravedad más que por haberse abierto la antigua.

—Ya es suficiente. Está de Dios sin duda—prosiguió el anciano—que cuantos pasos doy de algun tiempo á esta parte, todos ellos se vuelvan en mi daño.

—No penseis en eso, padre mio—dijo Antonio, á quien realmente estaba afectando el profundo abatimiento y el malestar de su padre.—Si la intencion con que obrásteis obedecia como entonces creísteis, á un deber que como padre teníais, por ningun estilo debe preocuparos lo que podrá haber sido una fatalidad, pero en la cual vos no teneis culpa.

Lo mismo el vizconde que Antonio, esforzáronse para calmar los dolores de aquel pobre anciano, á quien los desaciertos de su vida parecian habérsele reunido en un momento determinado para desplomarse sobre él y aturdirle, digámoslo así, con su inmensa pesadumbre.

Antonio dirigióse á cumplimentar los deseos de su padre, al dia siguiente, conforme habian quedado.

Comprendiendo que realmente lo mejor que podia hacer era dirigirse al perfumista, puesto que como su padre le habia dicho, él era quien se habia quedado en la casa cuando ellos salieron de ella, hízolo así, y en poco tiempo se encontró en la morada del susodicho sugeto.

Tambien Zarini, de la misma manera que le pasara al conde, llevóse aquella noche completamente en claro, haciéndose la misma pregunta que en otra ocasion le escuchamos ya:

«¿Habria llevado acaso más lejos de lo que debia su venganza?»

La mision de Antonio cumplióse inmediatamente.

El conde de Fuentidueña ó Zarini habia recogido á doña Catalina, y comprendiendo, sin duda, que él únicamente habia sido el autor de aquella catástrofe, habíase propuesto en expiacion sin duda de su culpa, consagrarse exclusivamente al cuidado de aquella mujer.

En vano Antonio alegó los derechos de su padre; Fuentidueña se mantuvo firme constantemente sin acceder por ningun estilo á los deseos manifestados por Antonio, y éste no tuvo otro remedio que regresar al lado de su padre, haciéndole presente que no debia pasar cuidado alguno por la dama, toda vez que Fuentidueña se encargaba no solamente de ella sino de darle al conde cuantas noticias pudiese apetecer referentes á su estado.

Nosotros lo dejaremos en este punto á fin de ocuparnos de otros personajes no menos importantes de nuestra obra, y de los cuales hace ya tiempo que no hemos hablado.

CAPÍTULO XCIX.

Donde volvemos á tropezar con Garcia.

Érase el anochecer de un dia del mes de Diciembre, poco antes de los últimos sucesos. Acababan de dar las oraciones en las iglesias, capillas y conventos que entonces poblaban la coronada villa. A aquella hora, y en aquella época, los pacíficos madrileños comenzaban á dejar sus habituales ocupaciones, y á retirarse á sus respectivas moradas en busca de la cena que nunca acostumbraba servirse más tarde de las ocho, cuando se oia el toque de ánimas.

Desde las seis á las siete, se acostumbraba ver en las calles afluyentes á la Puerta del Sol, numerosa concurrencia por la causa arriba expresada; pero en dando las siete, todo volvía á su estado normal, es decir: las calles empezaban á estar desiertas; solo se veia alguno que otro transeunte que apresuradamente ganaba su domicilio; los cofrades del *Pecado mortal,* que iban entonando sus *saetas;* tal cual coche que

pausadamente y revolviendo con trabajo las esquinas á causa de su mucha balumba y pesada mole, llevaba ó traia á sus encopetados dueños de una á otra visita ó á sus casas; los faroleros que aun no habian acabado su cometido de encender los problemáticos faroles que pretendian dar luz á la capital, y alguna devota que iba á renovar el aceite de los farolillos ó lámparas que ardian ante las imágenes de los retablos de su mayor devocion, que habia en las calles.

En la noche á que nos referimos, Madrid tenia otro aspecto.

En las calles Mayor, del Arenal, Platerías, de la Almudena, cuesta de Santo Domingo, y en fin, en todas las afluentes al Palacio Real, se veia gran gentío.

La Puerta del Sol, las calles de Carretas, Montera, Alcalá, Carrera de San Jerómino, Preciados, del Cármen y todas las que allí converjen, estaban intransitables por la concurrencia que por ellas pululaba.

¿Qué sucedia para que los madrileños estuvieran á aquellas horas *fuera de casa?*

¿Se preludiaria algun motin?

De ningun modo. La gente discurria lentamente, en pequeños grupos, hablando entre sí con viveza, pero sin levantar la voz. Hasta parecia que trataban de amortiguar el ruido de sus pisadas.

Las patrullas de guardias españolas y walonas que discurrian por los calles, cumpliendo su cometido de vigilar por la conservacion del órden, no eran más numerosas ni mayores de lo que solian ser de ordinario, y en su aspecto tranquilo y confiado se veia claramente que nada temian de la multitud.

De cuando en cuando se veia bajar por la calle del Arenal en direccion á la Puerta del Sol ó al prado de San Jerónimo, algun coche que por la librea de los lacayos se veia pertenecia á la casa real ó á algun grande de España, que con toda la velocidad que las calles y el vehículo permitian, pasaba entre

la multitud que apresuradamente le abria camino dirigiendo á él con ansiedad sus miradas, y que despues de verle pasar quedaba haciendo comentarios.

Algo muy grave debia ocurrir, y efectivamente, un acontecimiento de una importancia trascendental para todos los españoles comenzaba á tener lugar.

Desde las cinco de la tarde, toda la facultad de Medicina de la Real Casa, habia sido llamada á Palacio.

El rey Cárlos III, se decia que estaba gravemente enfermo.

En aquel entonces, tal noticia, por sí sola, ya era un acontecimiento.

A averiguar, pues, lo que tuviese de verdad, echáronse los madrileños, y aquí tenemos explicado el inusitado movimiento que se veia en las calles de la coronada villa.

Entre los varios grupos que, desde la Puerta del Sol, por la calle del Arenal se dirigian á Palacio, hubiera llamado la atencion de cualquier observador, un hombre que embozado hasta la nariz y caido el sombrero de anchas alas hasta los ojos, seguia el paso de la muchedumbre con visible impaciencia, que no hablaba con nadie, que ni preguntaba ni contestaba á las preguntas que algun curioso le hacia, limitándose solo á seguir su camino y observar el aspecto de los grupos y en particular el de determinadas personas que, por razones que él sin duda sabria y nosotros ignoramos, le llamaban la atencion.

Iba nuestro hombre por la acera izquierda de la calle y estaba ya á la altura de la Escalerilla, cuando subió por esta y vino á dar de manos á boca con él otro hombre que, por la traza, pretendia dirigirse á la Puerta del Sol.

Entre ambos se cruzó una recíproca mirada y de ambos escapó una exclamacion, de sorpresa en el uno, de satisfaccion en el otro.

El que acababa de aparecer, se dirigió al otro resueltamente y con tono breve, seco é imperioso, le dijo:

—Sígueme.

Y echó á andar por una calle de travesía.

El primer incógnito no esperó á que le repitiesen la órden; le siguió.

Cruzando varios callejones y, de seguro, sin más rumbo que el de evitar la gente, anduvieron el uno del otro en pos por espacio de un cuarto de hora.

Al fin, en una calle desierta y delante de una casa, á través de cuya puerta entreabierta se veia luz, se detuvo el que servia de guía, volvió por primera vez la cabeza á ver si el otro le seguia, y al distinguirle, pocos pasos detrás de él, entró resueltamente en la casa.

Era una taberna del más ruin aspecto.

Detrás de un desvencijado y sucio mostrador, sentado en un banquillo de madera y con los piés apoyados en una tarima cuadrada en la que se encajonaba un brasero de barro donde se veian algunos carbones encendidos, dormitaba el tabernero, viejo de la más repugnante traza.

Al entrar el desconocido, levantó el tabernero la cabeza, reconocióle sin duda y atenciones le deberia, pues levantóse con presteza y quitándose el gorrillo de estambre que cubria su despoblada cabeza, iba sin duda á saludarle con su más expresivo cumplido, cuando el recien llegado, sin dejarle hablar, le dijo:

—¡Chito! ¿Tienes gente?

—Estamos solos como dos espárragos.

—No, si acaso como tres.

Y señaló al que le seguia, cuya sombra se dibujaba en la penumbra de la puerta.

—¿Este caballero viene con su merced?—preguntó el viejo.

—Conmigo viene.

—¿Y en qué puedo servirles?

—Entra luz al cuarto; pan, un pedazo de queso de Herencia y una botella del mejor Valdepeñas que tengas.

—¡Como un rehilete!—dijo el tabernero desapareciendo.

El segundo embozado no habia atravesado el umbral.

—Entra, hombre—le dijo el primero—aquí estamos bien: sin ojos que nos puedan conocer, y sin oidos que nos escuchen.

El incógnito entró á tiempo que el tabernero volvia á aparecer con un candelero de barro en la mano en el que ardia una vela de sebo.

—Pasen si gustan sus mercedes, que aquí estarán como unos embajadores—dijo indicando un cuarto interior.

Aquel hombre, por lo visto, era muy aficionado á las comparaciones.

Nuestros dos desconocidos entraron.

El que guiaba, despues que salió el tabernero, cerró por dentro la puerta con un cerrojo que tenia, puso la luz sobre una mesa mugrienta donde se veia lo que habia pedido antes, y sentándose sin cumplimientos, dejó el sombrero y la capa sobre una de las cuatro sillas de Vitoria que habia en la estancia.

Su compañero le imitó sin hablar palabra, y desprovistos ambos del chapeo y la capa, podemos nosotros reconocer con sorpresa, en el conductor, al famoso Gil Perez, antiguo conocido nuestro, y en el conducido á otro bribon que nuestros lectores no habrán olvidado: al perínclito García.

Gil Perez, sin decir una palabra, partió pan, partió queso y escanció vino en los dos vasos.

Despues dijo:

—Tomemos un refrigerio y remojemos la palabra, que creo tenemos mucho que hablar.

Y comenzó á dar el ejemplo.

García le contemplaba asombrado.

¿Cómo el ex-secretario de Floridablanca, el hombre de buenas maneras y finos modales usaba aquel lenguaje?

Pero García acostumbraba saber el por qué de las cosas

sin preguntarlo, y en aquella ocasion no quiso dejar tan laudable costumbre.

Así, pues, sin titubear, siguió el ejemplo de su compañero.

Ambos comieron y bebieron; pero ninguno llegó á apurar el vaso de vino que tenia delante. Algo grave se debia tratar cuando se tomaban los dos la precaucion de ser sóbrios, sobre todo en el beber.

Cumplida aquella especie de formalidad, de rigor entre cierta especie de gentes, Gil Perez sacó dos excelentes cigarros de la Habana, alargó uno á García, y despues de haber encendido entrambos, en un tono agridulce dijo el ex-secretario á García:

—¿Dónde diantre has estado metido hasta ahora?

—Donde he podido. Escurriendo el bulto para que la justicia no pudiera tener relaciones conmigo.

—¿Tan poca confianza te inspira mi proteccion?

—Vuestra proteccion, señor Gil Perez, no tengo la menor duda de que vale mucho; pero he creido prudente no malgastarla inútilmente.

—¡Cómo, inútilmente!

—Hubiera sido malgastarla inútilmente si hubiera apelado á ella sin ninguna necesidad. Ahora creo que ya casi estoy fuera de peligro y sin ninguna necesidad de molestaros: en otra ocasion la podré utilizar.

—Sea, como quieras. Y ahora dime: ¿es así cómo cumples lo que ofreces?

—¿Por qué lo decís?

—¡Joselito está vivo y sano!....

—En cambio hay otro prójimo á quien no le ha sucedido otro tanto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Pues qué? ¿Ignora su merced lo que me pasó en San Cayetano?

—Absolutamente.

—¿De veras?

—Cuando se tratan asuntos de esta índole, no sé mentir.

García le miró un momento con desconfianza; luego se encogió de hombros, y refirió á Gil Perez sin omitir el menor detalle todo lo acontecido en San Cayetano, y cómo la puñalada que debia recibir Joselito la recibió don Luis de Guevara.

Gil Perez le escuchó con la mayor atencion, y al concluir el bandido su relato, el ex-secretario quedó meditando algunos instantes.

De repente levantó la cabeza, y mirando fijamente á García, le dijo con sombrío acento:

—Ese torero me estorba.

—Pues si estorba.....—contestó el bandido haciendo un ademan expresivo.

—Es preciso que te encargues de este asunto.

—¿Cómo, cuándo y con qué condiciones?

—Condiciones las mismas. En cuanto á lo demás....

En aquel momento sonó en la puerta un golpecito dado de un modo particular.

Gil Perez se levantó, llegóse á la puerta, abrió y escuchó algunas palabras que el tabernero le dijo en voz baja. Luego volvió á cerrar y dirigiéndose á García le dijo:

—Es preciso que te deje ahora mismo. Mañana á las once, paséate por el mentidero de San Felipe, yo te encontraré. Mañana hablaremos y concertaremos nuestro plan. ¡No te olvides, á las once!

—Á las once allí estaré.

Y los dos dignos compañeros abandonaron la taberna tomando distintas direcciones.

CAPÍTULO C.

En el mentidero de San Felipe.

Á las nueve de la mañana, no á las á once, como Gil Perez habia indicado á García, ya estaba el ex-secretario en el punto de la cita.

¿Por que tan temprano?

¿Es que Gil Perez temia que se le pasase la hora?

Nada de eso: el solapado bribon estaba muy avezado á las intrigas políticas, para no jugar siempre, como dice el vulgo, con cartas dobles.

Á las nueve y diez minutos, un hombre de sospechosa catadura, vistiendo un traje algo heterogéneo, mitad de militar, mitad de paisano, con ese aire peculiar de los matones y oliendo á la legua á tahur, fullero y perdonavidas, llegó al mentidero desde la Puerta del Sol.

Era demasiado temprano para que un hombre de buena vista que buscase á alguno, no viese á la primera ojeada si

estaba allí la persona deseada: la gente no acudia allí hasta despues de las diez y media; por consiguiente, á las nueve eran muy contados los individuos que allí se detenian.

Así y todo, el maton de quien nos ocupamos, buscaba á Gil Perez, éste estaba allí y nuestro hombre no le vió.

Y es que Gil Perez arriesgaba algo importante en aquella entrevista y tenia tomadas sus precauciones para evitarse algun lance desagradable.

El perdonavidas no hallando á su hombre, se decidió á esperarle, y para no fastidiarse esperando, resolvió pasearse á lo largo de las gradas.

A la segunda vuelta que dió, cuando ménos podia imaginárselo, oyó á su espalda una voz conocida que le saludó, diciéndole:

—Buenos dias, Rodriguez; así me gusta.

El aludido se volvió y dió de manos á boca con Gil Perez, que con su sonrisa particular continuó diciéndole:

—Ya sé que hace ocho minutos que me esperas, pero estaba muy ocupado y no podia venir á reunirme contigo. Ahora sígueme y hablaremos.

Y echó á andar.

Rodriguez no se hizo de rogar: le siguió.

Hemos nombrado dos veces á este individuo y no hemos dicho quién es, confiando en que el lector recordará haberlo visto en otra parte; mas como hace mucho tiempo que esto sucedió, procuraremos ayudar su memoria.

Rodriguez es uno de los sicarios de Simon, á quien vimos por última vez en cierta taberna, punto de reunion de los bribones y malvados.

Como entonces trazamos su retrato para presentarlo en debida forma, excusamos ahora repeticiones que siempre son enojosas, porque con la anterior indicacion creemos habrá suficiente para recordarlo.

Gil Perez y Rodriguez se dirigieron á la misma taberna

donde en la noche anterior tuvieron la conferencia el primero y García.

En el mismo cuarto y sentados á la misma mesa, tuvieron el diálogo siguiente:

Tiene la palabra Gil Perez.

—Sé que eres hombre para sacar de un compromiso á un amigo.

—Segun como ese amigo se porte conmigo.

—El amigo ofrece una proteccion oficial de tanta importancia que puede librar á un hombre de la horca.

—¡Algo es! Pero eso, con verlo basta.

—¿De modo que no crees?...

—¡Dios me libre de dudarlo!

—Entonces ¿por qué dices?.....

—Veo que vuesa merced no me ha entendido y lo siento.

—Explícate pues.

—Cuando yo acepto un compromiso, cargo con todas las consecuencias.....

—Eso me gusta.

—Solo que siempre deseo saber antes.....

—¿Qué?

—¡Claro! Cuánto voy ganando.

—Me gusta tu franqueza, y á mi vez voy á pagarte en la misma moneda. Eres mozo que me inspiras simpatía y confianza y voy á darte una prueba.

—Venga la prueba.

—Tú aun no sabes de lo que se trata. Si es asunto de poca ó mucha importancia.

—Es verdad.

—Pues bien. Ahí van media docena de onzas por vía de préstamo no reintegrable, más claro, como un regalo, y dime ahora cuánto quieres ganar para que yo pueda contar contigo.

Y las seis peluconas, brillantes, lustrosas, deslumbradoras, estaban sobre la mesa.

Rodriguez miró á Gil Perez de un modo particular.

Parecia que con aquella mirada queria leer toda el alma de Gil Perez, pero con harto trabajo, por mucho fuego que despidieran sus pupilas, se quedaron heladas ante la fria epidermis del ex-secretario que sonreia con el aire más cándido y bonachon del mundo.

Rodriguez era hombre, como sabemos, acostumbrado á arreglar aquella clase de *negocios*. En su vida aventurera habia tenido que habérselas con bribones de tomo y lomo. Gil Perez le desconcertó. Nunca habia tratado con nadie que tuviera aquella táctica.

Despues de dudar un momento, dijo rechazando el dinero:

—Guarde vuesa merced esas monedas, que sin ese regalo puede contar conmigo.

—¿De veras?—preguntó Gil admirado de aquella generosidad.

—¡Vuesa merced sabe mucho! No tengo más que decirle. Veamos, ¿de qué se trata?

—Primero, toma y guárdate eso: es mi gusto que te dés un par de dias buenos á mi salud.

Y viendo que Rodriguez aun titubeaba, añadió:

—A las diez y media me esperan, no tengo tiempo que perder. ¿Recoges ese dinero?

É hizo ademan de levantarse.

El rufian cogió las onzas una á una, y las guardó en una de sus faltriqueras.

—Así me gusta. Veo que eres razonable—dijo Gil.—Ahora hablemos.

—¿Qué hay que hacer?

—Por ahora, nada más que procurar verme cada dos horas. De tu cuenta corre el cómo: pero solo verme y que yo te vea. Hablarme de ningun modo, y por consiguiente, ni acercarte á mí, á menos que yo te llame.

—¿Nada más?

—Por ahora, nada más. Tal vez de aquí á dos horas tendrás algo que hacer: vé siempre prevenido *para todo.*

—Siempre lo estoy.

—Mejor. Dime, tú conoces á García, ¿no es verdad?

—¡Y tanto!

—Pues bien; á ese, le verás alguna vez conmigo. Procura que él no te vea, y cuando se separe de mí, si yo no te encargo otra cosa, espíale y dame cuenta de todos sus pasos. Sobre todo, haz que él de ningun modo sospeche de tí.

—Pierda usarced cuidado. ¿Qué más?

—Ahora, nada.

Rodriguez se levantó de la mesa en ademan de tomar la puerta.

—Escucha—dijo Gil.

Rodriguez volvió.

—Aun no me has dicho qué es lo que exiges por tus servicios.

—Por ahora nada. Cuando conozca más á fondo lo que he de hacer, hablaremos de eso. Entretanto, hasta luego.

Y se fué.

—¡Tate!—reflexionó el ex-secretario—este tunante es más ladino de lo que yo creia. Con que cuando conozca más á fondo lo que ha de hacer..... ¡Bah! Ya procuraré que no lo sepa nunca. Entretanto yo puedo decir con Cervantes: «Dábale el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él.....» Sí, sí; no está mal urdido mi plan. Conseguiré mi objeto y no dejaré el menor rastro, la más leve huella.

Y salió de la taberna dirigiéndose al Mentidero.

A las once ménos cuarto llegó á él; con su vista de águila, á pesar de la mucha gente que pululaba por allí, distinguió en seguida á García que, cerca de la puerta de la Iglesia y confundiéndose con los que entraban en misa, procuraba inspeccionar el terreno recatándose.

Gil Perez dió un rodeo, entró en la iglesia por la otra puerta, y fué á salir por la que daba á las gradas. Acercóse á la pila del agua bendita y allí tosió fuerte.

García conocia demasiado aquella tos.

Volvióse, vió á su hombre, y á una seña casi imperceptible de éste, le siguió á distancia.

Gil tomó por la calle Mayor, atravesó la Puerta del Sol en su longitud, siguió por la carrera de San Gerónimo hasta la botillería de Canosa, y allí entró.

En aquella época del año, en casa de Canosa y á aquella hora, nunca habia nadie; á eso de las tres ó á las ocho, solian verse algunos oficiales de walonas; en las restantes horas del dia, soledad completa.

García llegó dos minutos despues.

Un mozo soñoliento se acercó á servirles.

Pidieron agua con panales.

Se les trajo, y mandaron al mozo que los dejara solos.

Como la propina fué por delante y no fué mezquina, el mozo no puso reparos.

Sentados á una de las mesas, en la más retirada en un ángulo oscuro de la tienda, frente á frente uno de otro, tuvieron una conversacion en extremo animada, pero en voz tan baja, que no nos fué posible oir más que algunas frases sueltas, como por ejemplo:

—Que no vayamos á errarla.....—decia Gil.

Y poco despues añadia:

—¿Y ella?

A lo que contestó García:

—Tambien; no hay cuidado.

Y nada más.

Al cabo de más de media hora de aquel misterioso diálogo, concluyó Gil diciendo:

—Corriente; confio en tí y no hay más que hablar.

Y se levantó de la mesa.

García le imitó, y se disponia á salir con él, cuando Gil le dijo:

—No; tú, primero. Toma por donde quieras; pero dímelo para que yo tome contraria direccion.

—Tiene usarced razon; me iré hácia el Prado.

—Pues anda con Dios, y mucho pulso.

García sonrió de un modo siniestro y salió.

Un minuto despues salió Gil; le siguió con la vista, y despues miró á su alrededor como si buscara á alguien.

Pronto encontró lo que buscaba.

Del fondo del portal de la casa de enfrente se destacó una sombra, que á medida que se acercaba á la luz tomaba cuerpo, y que por fin diseñó claramente la figura de Rodriguez.

Gil, como al descuido, dirigió una mirada en la direccion que habia tomado García.

Rodriguez salió á la calle y tomó aquella direccion.

Con el aire más inocente del mundo, se dirigió Gil hácia la Puerta del Sol.

CAPÍTULO CI.

Lo que puede suceder durante unas rogativas.

Dos dias despues del encuentro de Gil Perez con García, esto es, el 12 de Diciembre de 1788, Madrid estaba de duelo.

Acababan de administrarse los últimos auxilios de la religion á S. M. el rey don Cárlos III.

En todas las iglesias de Madrid y del reino, se hacian públicas rogativas por su salud, y el pueblo madrileño, que queria al monarca entrañablemente por las excelentes cualidades que le adornaban, llenaba los templos y oraba con fervor para que el Supremo Hacedor restituyese la salud y la vida á aquel á quien tanto debia España.

Aquella tarde se habian trasladado procesionalmente y con gran solemnidad á Palacio, el cuerpo de San Isidro, las reliquias de Santa María de la Cabeza y el cuerpo de San Diego de Alcalá.

Perdida la esperanza en los auxilios de la tierra, se invocaban los del cielo.

Nunca como ahora puede aplicarse el modismo de que *todo Madrid* asistió á la procesion.

Dejáronse las santas reliquias en la Real Capilla, que fué hasta donde el público las acompañó; y luego, con solo el acompañamiento de la córte, se trasladaron á la cámara real, donde el régio enfermo, presa de una fiebre inflamatoria, debia adorarlas en su agonía.

La tarde era fria y nebulosa, se auguraba una gran nevada, y el cierzo del Guadarrama, iba, como de costumbre, sembrando pulmonías sobre la coronada villa.

Hácia el anochecer, despues de restituidas las reliquias á sus respectivos templos, se veia poca gente por las calles. Solo alrededor de las iglesias se veian algunos devotos que iban ó venian de pagar el tributo de oraciones por la régia salud que sin cesar les pedia la plañidera voz de las campanas.

Nosotros vamos tambien á trasladarnos á una iglesia, pero no á rezar; es más mundano nuestro propósito.

Vamos á seguir á un hombre que, envuelto en larga capa, y calado el sombrero hasta las cejas, se dirije á san Cayetano.

Son las seis de la tarde.

Antes de llegar á la puerta del templo, como á unos seis pasos de distancia, aquel hombre se detiene un momento, dirige una escrutadora mirada á cuanto le rodea, examina cuidadosamente á los que entran en la iglesia y se descubren, y á los que salen y van á cubrirse, y satisfecho al parecer de aquel exámen, entra resueltamente en el templo.

Mientras toma agua bendita, explora el terreno, permanece un momento indeciso, hasta que al fin, ve un hueco entre un altar y un confesonario á donde no llega ningun rayo de luz, y allí se dirige y se arrodilla con el aire más místico del mundo.

Suponemos que nuestros lectores habrán adivinado que aquel hombre es Gil Perez.

El sitio escogido por él, no podia ser más á propósito para sus fines.

Envuelto en la sombra, cerca de la puerta, no podia entrar nadie en la iglesia por aquella puerta, y acercarse á tomar agua bendita, que él sin ser visto, no lo viera.

Como si la hubieran puesto expresamente, sobre la pila del agua habia una lámpara que alumbraba á una imágen del Bautista, cuyos pálidos destellos iluminaban perfectamente el rostro de todo el que allí se acercase.

Gil esperó como cosa de un cuarto de hora.

De repente, un relámpago se escapó de sus ojos. Sin duda habia llegado la persona que él esperaba.

Dos majas de airoso talle y gentil continente estaban entonces tomando agua bendita. Una de ellas, interin se persignaba, daba algo la espalda á Gil; la otra estaba completamente de frente. Las dos jóvenes se dirigieron hácia el interior de la Iglesia.

Nuestro hombre continuó acechando.

Dos minutos despues entró un hombre que se dirigió á la pila, pero en vez de tomar agua, exploró los contornos.

Aquel hombre era García. Sabia que estaba allí Gil y le buscaba; por fin le halló.

Aproximóse á él con el mayor disimulo, y en voz muy baja, le preguntó:

—¿Ya han entrado?

—Sí.

—¿Qué hago? ¿Todo ó parte?

—¡Todo!—contestó Gil despues de un instante de vacilacion.

García se levantó y se fué.

Gil dejó transcurrir algunos minutos más.

Dirigió una mirada á las dos majas y tambien salió.

Apenas habia salido á la calle, cuando sus ojos deslumbrados aun no se habian acostumbrado á la oscuridad, percibió, ó mejor dicho, presintió qua alguien se le acercaba.

Otro hombre tambien embozado se le arrimó y le dijo:

—Se ha ido.

—Ya lo sé.

—¿Continúo espiándole?

—No; tú te quedas aquí vigilándola á ella.

—¿Hasta que vuelva á su casa?

—Si yo no vuelvo antes, sí.

Aquel otro hombre era Rodriguez, que sin esperar más órdenes entró en la iglesia.

Gil continuó su camino rápidamente.

Sin titubear, sin ningun tropiezo atravesó varias callejuelas.

Dadas la oscuridad de las calles y el detestable estado del piso, parecia mentira que un prójimo pudiera marchar con tanta ligereza sin sufrir ningun menoscabo en su individuo.

Y lo más particular es que Gil tenia en su marcha algo del andar del gato ó de la serpiente, porque sus pasos no hacian ningun ruido; no andaba, se deslizaba.

De pronto se detuvo; orientóse bien del sitio donde se hallaba, y se arrimó al hueco de una puerta. Allí se pegó tanto, que su cuerpo desapareció completamente en la sombra.

Así permaneció por espacio de un cuarto de hora.

La campana de un reloj vecino comenzó á dar unos cuartos.

Gil contó con impaciencia.

Eran las siete ménos cuarto.

—¡Todavía!—murmuró el ex-secretario para su capote con despecho.

Es que creia que eran las siete.

Como á veinte pasos más allá de donde Gil estaba en acecho, habia una casa que, sobresaliendo de las demás limítrofes como una media vara, formaba un rincon donde se podian ocultar muy bien hasta dos hombres, sin que el transeunte pudiese sospechar lo más mínimo.

Aquel rincon era el que Gil vigilaba porque allí creia que estaba oculto García.

Como es fácil de comprender, los rincones que formaba la casa eran dos; uno, antes de llegar á ella, perfectamente visible para Gil y otro más allá, que era donde suponia se hallaba el bandido esperando.

Ahora falta saber á quién esperaban y con qué fin.

Para ello es preciso que retrocedamos á San Cayetano en busca de las dos majas que allí dejamos.

Las dos jóvenes, como antes dijimos, se arrodillaron donde les pareció conveniente, y juntaron sus oraciones á las de los demás fieles. Entregadas á ellas estuvieron como unos veinte minutos, luego se sentaron sobre la estera que cubria el pavimento, de ese modo peculiar á las mujeres del pueblo. Las dos volvian á menudo la cabeza hácia la puerta, como si esperaran á alguien.

No sabemos si nuestros lectores habrán adivinado que las dos jóvenes no eran otras que Concha, la novia de Joselito el torero, y Lola la zapatera, amada de Vicente el pintor.

Así se comprenderá fácilmente á quién esperaban, considerando que, despues de las peripecias y peligros á que las pobres chicas se habian visto expuestas y que ya se conocen, no irian solas en aquella hora á la iglesia.

En efecto, sus respectivos novios las habian acompañado hasta la puerta, quedando en volver á buscarlas de allí á media hora que ellos invertirian en adquirir noticias respecto al estado desesperado del rey.

A las siete ménos cinco minutos, Joselito y Vicente estaban de vuelta en la Iglesia. Las dos jóvenes al verles entrar se levantaron y se dirigieron á la puerta.

Los dos mancebos las esperaban junto á la pila. A fuer de verdaderos españoles, les ofrecieron galantemente el agua santa que ellas tomaron dando las gracias con su más cariñosa sonrisa.

Una vez en la calle, cada cual con su pareja y platicando respecto al gran acontecimiento del dia, se dirigieron á sus casas respectivas.

Primero acompañaron á Lola á su morada. Vicente, segun costumbre, se quedó un rato pelando la pava; y Joselito y Concha, despidiéndose de sus compañeros, hicieron rumbo á casa de la última.

Esta vivia en la misma casa que nos es tan conocida: llegó á la puerta de ella, y sin entretenerse á charlar con su novio como acostumbraba, porque la mujer en cuya compañía estaba, se hallaba enferma y hacia mucho rato que no la habia visto, subió sola las escaleras sin permitir que Joselito subiese á acompañarla.

La jóven, como sabemos, habia de subir al tercer piso. El torero cuando se vió solo en la calle, tuvo como un presentimiento y por medida de precaucion se descolgó un par de pistolas que llevaba colgadas á la cintura, armándolas debajo de la capa; despues, en lugar de volver por donde habia venido, tomó calle abajo, pensando quién sabe en qué.

Poco despues la calle quedó sola al parecer.

Gil, desde su escondrijo, vió con celosos ojos pasar á la feliz pareja.

Despues, esperando siempre que García cumpliria con su deber, se volvió todo ojos y oidos esperando percibir un grito, un gemido, la caida de un cuerpo inerte que le anunciase que todo habia terminado; pero nada de esto oyó.

Devorado por la impaciencia resolvióse á ir á ver lo que podia haber sucedido.

Por precaucion, en vez de seguir calle abajo, volvió atrás y dió vuelta á la manzana. Llegó á la puerta de la casa de Concha y no notó nada de particular.

Aquello le extrañó en gran manera.

Empujó las maderas de la puerta, y vió que estaba abierta. Resolvióse á entrar y apenas habia atravesado el umbral,

un hombre que salió de la oscuridad, le asestó una terrible puñalada en el pecho.

El ex-secretario exhaló un grito estridente y ahogado, dió dos pasos atrás y cayó aplomado en medio de la calle.

El asesino oyó aquel grito, hizo un movimiento de sorpresa, y cuando vió caer al herido bajóse á reconocerle.

Al ver las facciones contraidas de Gil Perez, se oyó un enérgico voto, y García, que él era, refunfuñó por lo bajo:

—¡Ira de Dios! ¡Tambien esta vez me equivoqué!

Despues, con una filosofía digna de mejor ocasion, dijo:

—Es Gil; debe llevar mucho dinero encima; no lo perdamos todo.

Y con una tranquilidad incomprensible, desbalijó al muerto de cuantos papeles, dinero y objetos de valor pudo encontrarle.

Entregado á esta operacion, no notó que un hombre, mejor dicho, un fantasma, habia salido de un portal próximo y se acercaba á él recatándose.

Cuando García hubo efectuado su registro, que lo hizo de rodillas, fué á levantarse y no pudo. Una tremenda puñalada que le penetró por la espalda, atravezándole el corazon, le habia hecho caer de bruces, sin exhalar un gemido, sobre el cuerpo de su víctima.

Rodriguez, que era el fantasma, dijo para sí:

—¡El torero muerto! García tambien..... Gil Perez es mio! Vamos por la chica.

Y penetró en el portal de la casa de Concha.

La calle permaneció unos momentos sin más gente que aquellos dos cadáveres que nadaban en un charco de sangre.

Luego se oyó el sordo murmullo de una conversacion sostenida por dos hombres que remontaban la calle y cuyos pasos se percibian claramente.

Aquellos dos hombres, como unos veinte pasos antes de

llegar al informe grupo que formaban los cuerpos exánimes de Gil Perez y de García, se detuvieron.

Ambos, en medio de la oscuridad habian distinguido un bulto sospechoso en medio de la calle, y por eso se habian detenido.

Al mismo tiempo se oyeron sordos y ahogados gemidos de mujer, é imprecaciones varoniles en el interior de la casa de Concha.

Al oir aquello, ya no titubearon los dos hombres; avanzaron resueltamente uno por cada acera de la estrecha calle.

Cuando vieron que el bulto informe que ellos no podian distinguir eran dos cadáveres, se sobrecogieron de horror, pero no de espanto. Además, la puerta de la casa de Concha, abierta de par en par, y la especie de lucha que parecia tener lugar en la escalera, les animó.

Cuando iban á franquear el umbral, un hombre cargado con una especie de fardo, salia de la casa. Al ver á los dos desconocidos, dejó el fardo en tierra, y con una osadía superior á toda ponderacion, tiró de la espada y se puso en guardia.

Un enérgico: ¡Rinde esa espada ó te abraso! y la vista de un par de pistolas que le apuntaban al mismo tiempo que otra espada desnuda estaba dispuesta á cruzarse con la suya, le rindieron.

Tiró la espada y la daga al medio de la calle, y dijo:

No he hecho daño á nadie, dejadme huir.

—¡Eso allá lo veremos!—dijo el de las pistolas.

En esto apareció por el extremo de la calle una ronda.

—¡Ah de la ronda, aquí! ¡Favor al rey!—gritó uno de los dos recien llegados.

Los alguaciles no se lo hicieron repetir.

Los dos aparecidos inopinadamente, eran Joselito y Vicente el pintor.

El primero, maquinalmente, habia pasado por la puerta

de casa de Lola, donde como se recordará Vicente habia quedado pelando la pava.

Al verse los dos amigos, Joselito confió á su compañero el presentimiento que habia sentido al salir de casa de Concha, y por consejo de Vicente volvian con tanta oportunidad.

El fardo que Rodriguez se llevaba, era nada menos que la pobre Concha desmayada, y con un pañuelo que le cubria la boca con peligro de asfixiarla.

Pronto se llamó al alcalde de casa y córte de cuartel, y cada uno fué á su destino: Rodriguez á la cárcel; Joselito y Vicente, simplemente arrestados, á pesar de la declaracion de Concha y de Rodriguez, hasta que se esclareciese la verdad, y los dos cadáveres al depósito del hospital.

Al tenderlos en las parihuelas daban las ocho y tres cuartos, y las campanas de todas las iglesias de Madrid continuaban pidiendo con su plañidero acento, oraciones por la salud del rey.

CAPÍTULO CII.

Donde se explican algunos hechos ocurridos en el anterior.

Por lo que hemos visto en el capítulo precedente, el plan que Gil Perez y García se proponian realizar era: matar á Joselito y apoderarse de Concha.

En efecto, esto era lo que se proponia el ex-secretario.

Su preocupacion constante era la maja, pero sabia que mientras viviera el torero nunca la poseeria. Para deshacerse, pues, del uno y apoderarse de la otra, combinó con García en la botillería de Canosa el plan que no les pudimos oir, pero que luego hemos visto realizar, aunque con un efecto desastroso para sus autores.

Gil Perez era muy previsor: para que García no le vendiera, encargó á Rodriguez que le espiara con el propósito de que, muerto el torero, muriera tambien García por mano de Rodriguez, y así no quedaba ningun rastro por donde se pudiese averiguar el verdadero autor del doble delito de asesinato y rapto.

Cuando al salir Gil de San Cayetano encontró á Rodriguez, le encargó que vigilara á la chica, y el rufian así lo hizo, siguiéndola hasta su casa. Como sabia que García debia estar oculto por allí, él por su parte, se escondió tambien en el hueco de una puerta, algunos pasos antes de llegar al sitio donde Gil estaba en acecho.

Cuando vió á Gil que iba á dar vuelta á la manzana de casas, creyó que todo estaba concluido. Esperó algunos minutos más, para ver si se llevaban á la maja y despues despachar á García segun la órden que tenia; hasta que al fin, viendo que nadie se movia y que en la calle reinaba la mayor tranquilidad, se decidió á salir de su escondrijo y explorar el terreno.

No pudo hacerlo con más oportunidad.

Llegó en el momento en que García acababa de matar á Gil, creyendo que era el torero.

Tambien Rodriguez se lo creyó, y por su parte con matar á García no hizo más que cumplir con sus órdenes.

Vamos ahora á explicar dónde estaba oculto García, y cómo con tanta facilidad, Rodriguez solo, se apoderó de una moza tan de rompe y rasga como Concha.

El ex-secretario era hombre que sabia hacer las cosas bien.

Desde el momento que decidió la muerte de Joselito y el rapto de Concha, rodeó á los dos amantes de espías que no los perdian un momento de vista, y que le tenian al corriente de todo cuánto hacian y decian.

Se recordará que Concha vivia en el tercer piso de la casa de vecindad. Por una casualidad, en la mañana de aquel mismo dia, se desocupó una habitacion del segundo.

Un cuarto de hora despues, una mujer de decente porte ya la tenia alquilada, y en su poder las llaves. Aquella mujer era otro instrumento de Gil. En aquella habitacion se escondieron dos hombres, escogidos por él mismo, que debian estar á las órdenes de García ó de Rodriguez.

El plan era, si Joselito acompañaba á Concha á su habitacion, dejarlos subir: cuando el torero bajara, asesinarle en el portal; el mismo asesino pedir socorro á Concha, y cuando ésta, como es natural, acudiera, apoderarse de ella en la escalera auxiliado por los dos hombres: sujetarla bien, taparle la boca y llevarla en brazos á una callejuela próxima donde ya estaba prevenida una litera en la que se la trasladaria donde Gil ordenase.

Si por el contrario, Concha subia sola la escalera, los dos hombres que debian estar en acecho, podian fácilmente sorprenderla, sujetarla y encerrarla en la habitacion de que disponian, hasta que García hubiese despachado al torero y fuera á buscarla, ó Rodriguez hubiera hecho otro tanto con García, y fuera él el que se la hubiera de llevar.

De todo este plan, como fácilmente se comprenderá, estaba enterado Rodriguez, y así queda explicado todo lo que pasó.

García no estaba oculto en el rincon donde lo suponia Gil, sino en el portal de la casa del lado de la de Concha. Vió y oyó perfectamente la despedida de los dos amantes y, al cerrar Concha la puerta de su casa, el bandido iba á cumplir su cometido con el torero que tenia á cuatro pasos de distancia, cuando percibió un ruido que no le gustó mucho. Era el piñoneo de las llaves de las pistolas de Joselito, cuando éste las montó como se recordará. Á García no le convenia que en el asunto mediaran armas de fuego porque son muy escandalosas.

Á fuer de hombre precavido, dejó marchar al torero, contentándose por el momento con apoderarse de la maja, prometiéndose no dejar pasar aquella noche sin que ambos asuntos quedasen terminados. Luego entró en la casa. La sorpresa de Concha se habia verificado. Al llegar la jóven á un rellano de la escalera que habia en el primer piso, una manta diestramente arrojada le apagó la pajuela que llevaba encendida en la mano, y la envolvió de piés á cabeza.

No pudo lanzar un grito.

Unos brazos robustos la suspendieron, y sintió que se subian escaleras, y despues la dejaban en el suelo. La jóven no habia perdido el conocimiento; intentaba forcejear, queria gritar... todo inútil. Al fin, viendo que la dejaban quieta, resolvió esperar.

Dos hombres, cerca de ella, hablaron en voz baja: eran García que habia subido á ver cómo marchaba el asunto.

Luego la jóven sintió que la levantaban en brazos y que bajaban algunos escalones; despues no sintió nada; la manta que la envolvia, y sobre todo el pañuelo que la cubria la boca, la produjeron los primeros síntomas de la asfixia y se desmayó.

Garcia bajó á la calle, precediendo al que llevaba en brazos á Concha, á quien mandó le esperara en el primer piso. Él entretanto bajó á la calle por si ocurria alguna novedad, cuando en el portal dió de manos á boca con Gil, á quien tomó por el torero.

Lo que luego sucedió ya lo hemos visto.

Rodriguez entró en la casa en busca de Concha; por la inmovilidad del cuerpo de la maja, supuso que si no estaba muerta, debia faltarle poco.

Hizo que la descubriesen el rostro y á favor de un poco de agua, la jóven recobró el conocimiento y con él los bríos.

De ahí los gemidos que oyeron Joselito y Vicente.

Pero tres hombres son demasiado para una débil mujer.

Pronto estuvo otra vez agarrotada y sujeta.

Rodriguez ordenó á los dos hombres que se encerraran en su cuarto y no se diesen á luz hasta el dia siguiente, cuanto más tarde mejor, y cargando con la maja bajó la escalera.

Con decir que los espías de Gil, habian informado á éste de que Concha y el torero irian aquella noche á las rogativas, ya está todo explicado.

CAPÍTULO CIII.

Ojeada retrospectiva.

Recordarán nuestros lectores, y si no lo recuerdan, nuestra mision es recordárselo, que en el capítulo LXX, se dijo que el conde de Lazan habia recobrado á su hijo, el vizconde Cárlos, quien habia sido secuestrado al querer salvar á Luisa, su amada; la hija de la duquesa de la Jaridilla y de un gitano que murió á manos del conde.

Los años y los desengaños para nadie pasan impunemente, mucho menos para hombres de corazon gastado que malogran los mejores años de su vida rindiendo tributo á sus pasiones.

Nadie habia sido tan amigo de satisfacer las suyas como el conde de Lazan.

Recuerden sino nuestros lectores los actos de su vida que á la pública consideracion hemos expuesto, y convendrán con nuestro aserto.

El conde sentia su alma corroida por esos implacables gusanos que se llaman los remordimientos.

Se dice vulgarmente que el diablo, harto de hacer mal, se metió á fraile: eso, poco más ó menos, le sucedia al conde.

Quien siembra vientos, recoge tempestades, dice un antiguo refran.

Habia sembrado el de Lazan muchos vientos durante su juventud, para que no fuese tempestuosa su vejez.

Cárlos, María, Antonio, todos, hijos del de Lazan, ¿proporcionan á este acaso ni un momento de goce de esos que el dulce sentimiento de la paternidad, el más noble, el más santo de los sentimientos que se anidan en el corazon del hombre, suele proporcionar á todos los que tienen la dicha de ser padres?

No; porque aquellos hijos no son hijos de ninguna afeccion noble, todos son hijos de espúreas pasiones, de deseos violentos é impuros, de aspiraciones ilegítimas que hasta el corazon rechaza, que no satisfacen, que no deleitan, que lo más que consiguen es halagar los sentidos embotando la razon sin proporcionar satisfacciones al alma.

Cada uno de aquellos hijos, en vez de ser un símbolo de dicha y de ventura, es el torcedor amargo de un remordimiento.

Unos, hijos del azar, del capricho; otros de la ambicion y del orgullo, con su sola presencia gritaban á su padre con uno de nuestros grandes poetas contemporáneos:

Me engendraste sin amor,
me engendraste por sorpresa,

y ¡desgraciado el padre en cuyos oidos resuenan constantemente reproches tan crueles!

Mas dejando á un lado consideraciones que, si bien son del caso, no hacen más que dilatar nuestro relato, lo cierto es

que el de Lazan sentia pesar ya sobre su alma la fria losa de la realidad que desvanece todas las aspiraciones, que mata todas las esperanzas sepultándolas en el vacío inmenso de la duda que con la edad y la experiencia crece y se desarrolla en un corazon sin fe.

Y como el conde de Lazan, no la habia tenido en su vida, de ahí que procurase, por ese instinto natural que obliga al hombre en su edad caduca, impulsado por el más refinado egoismo, á reparar, como le sea posible, los daños que en su juventud haya causado, devolver en bien todo el mal que á sus víctimas ocasionara.

La duquesa de la Jaridilla, con todos sus defectos, era una de tantas: á la duquesa por consideraciones sociales primero, y luego por cierta afeccion que aun le profesaba, trató, pues, de proporcionar algun momento de satisfaccion, ya que tantos de amargura le habia proporcionado, devolviéndole á su hija.

Ya sabemos que trató de efectuarlo; pero los disgustos de que fué víctima á causa del desbaratado enlace que tanto convenia á sus intereses, y el secuestro de sus hijos, absorbieron su atencion de tal manera que no pudo realizar su propósito; y tal vez ya no hubiera pensado en ello, tan preocupado estaba, si su hijo Antonio no se lo hubiera recordado.

El noble jóven, inspirado por sus hidalgos sentimientos, aprovechó un momento oportuno para recordar á su padre sus propósitos; y una mañana en que notó que el conde no estaba tan entregado á la melancolía, como hacia dias acostumbraba estarlo, le dirigió la siguiente pregunta:

—¿Qué dia hareis á dos personas felices?

El conde al pronto no comprendió el significado de estas palabras, así es que mirando fijamente á su hijo, le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—¡La pobre Luisa!....

—¡Ah! tienes razon y agradezco que me lo hayas recordado. Cuando sea oportuno.

—Con vuestro permiso, yo creo que nunca mejor que ahora.

—Te equivocas, la duquesa no está en Madrid.....

—Mi *madre*—dijo el jóven acentuando de un modo particular esta palabra—ha llegado hoy de Aranjuez.

—No lo sabia—contestó el conde sin darse por entendido del retintin con que Antonio le contestó.

—Y bien, ¿creeis que se le pueda dar la feliz nueva de que Luisa está aquí?

—Hay que irse con mucho tiento.

—¿Por qué?

—En primer lugar, Luisa no sabe quién es su madre; hay que prepararla y tambien á la duquesa.

—¡Oh! No temais. Yo me encargo, si no teneis inconveniente, en participar á mi madre una nueva tan feliz.

—No, Antonio, no.

—¿Qué, hay alguna dificultad?

—¿Dificultad? Ninguna.

—Pues entonces.....

—Déjame á mí, Antonio: tú, pobre hijo mio, aun no entiendes de esas cosas, ni quiera Dios que nunca llegues á entender! Tú no sabes que hay alegrías que matan como el mayor dolor!... que hay alegrías que no se quisieran sentir porque en vez de dilatar el alma, la oprimen!... porque lejos de proporcionar un consuelo, no hacen más que renovar una mal cicatrizada llaga!

—Pero una madre.....

—¡Una madre!... Te suplico, hijo mio, que no hablemos más sobre el particular!

Era tal la exaltacion que dominaba al conde, se expresaba con tanto calor, hablaba con tal conviccion, que Antonio, comprendiendo todo el dolor que se albergaba en aquella al-

ma, creyó prudente no insistir por el momento para no exacerbar más el disgusto que su padre sentia.

Así pues, se calló; y por entretenerse en algo, cogió un libro de una mesa próxima y fingió que leia, cuando en realidad no hacia más que esperar que se pasara aquel momento de exaltacion.

Poco tardó.

El conde, que se paseaba agitado por la estancia, al fin se detuvo; tomó asiento cerca de su hijo y con el tono más cariñoso, le dijo:

—Me has dicho que tu madre está ya en Madrid. ¡Es extraño que no me lo haya hecho saber escribiéndome ó enviándome algun recado!

—Perdonad, padre mio, tenia yo el encargo de participároslo.

—¡Ah! ¿Y cuándo ha venido?

—Anoche.

—Está bien. Tú tienes muchísima razon. Es un delito que la pobre Luisa ignore por más tiempo quién es su madre.

—¡Ah! ¡Gracias, padre mio!

—¡Gracias! ¿por qué? Yo soy quien debo dártelas, porque me proporcionas esta ocasion de prestar este pequeño servicio á la duquesa.

—¡Mi madre os lo agradecerá eternamente!

—No tiene nada que agradecerme. Bastantes lágrimas la hice derramar. Justo es que al fin obtenga un premio.

—Si quereis, voy enseguida.....

—No, tú no debes hacerlo: eres demasiado jóven, y tu inexperiencia cegada aun más por tu cariño, tal vez te hiciera cometer una imprudencia.

—Entonces.....

—Déjame á mí: yo prepararé á Luisa: le diré quién es su madre, y luego ya combinaremos el medio de que la duquesa vea á su hija sin peligro para su salud.

—Como gusteis.

—Anda, avisa á Cárlos y á María que estén dispuestos para salir cuando yo les llame.

—¿Y Luisa?

—Tienes razon. Pásate por su cuarto, y díla nada más que voy á hacerla una visita: cuidado que se te escape ninguna palabra imprudente.

—Perded cuidado.

—¡Anda, vé, pobre hijo mio!

—¡Gracias, gracias, querido padre!

Y el jóven cogió la mano que el conde le tendia, y se la besó con la mayor efusion y respeto, marchándose á cumplir la órden que se le habia confiado.

El conde se quedó mirando la puerta por donde el jóven habia salido.

Despues se contempló la mano que aquel habia besado.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Tal vez eran las primeras que en su vida habia derramado.

—Es preciso!—se dijo—él es virtuoso, y besa esta mano que nunca ha dispensado ningun beneficio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Eres muy grande, muy misericordioso, cuando á un hombre como yo otorgas tales consuelos!

Y repuesto de su emocion y enjugándose los ojos, salió de la estancia.

CAPÍTULO CIV.

La hija sin madre.

Luisa estaba en la habitacion que en casa del conde se le habia destinado, entregada á sus meditaciones, cuando Antonio fué á participarle que el conde queria verla.

Por más que el jóven fué muy mesurado y prudente en sus palabras, y ninguna se le escapó por donde su hermana llegase á comprender de qué se trataba, habia retratada tal alegría en su semblante, se expresaba con tal vehemencia, que Luisa no pudo ménos de presentir que iban á darle alguna fausta nueva.

Muy poco tardó el conde en llegar á la estancia donde se hallaban los dos jóvenes.

De una sola ojeada comprendió que Antonio habia sido reservado.

Tendió su mano á Luisa, y llevándola á un canapé la hizo sentar á su lado, preguntándole cariñosamente por su salud y si se habia repuesto de la agitacion del dia anterior.

—Me encuentro muy bien, y desde que estoy en vuestra casa disfruto la misma calma que si me hallara en la de mis padres—contestó la jóven tristemente.

—Antonio—dijo el conde dirigiéndose á éste—¿has avisado á Cárlos y á María?

—Esperaba vuestra llegada para hacerlo. Si me lo permitís.....

—Sí, vé; déjanos solos unos momentos.

Antonio salió, saludando afectuosamente con un movimiento de cabeza á Luisa.

—¿Con que, como si os encontrárais en la casa de vuestros padres?—preguntó el conde para reanudar la conversacion.

—Lo mismo.

—¿Creo que no los habeis conocido?

—No, señor.

—¡Pobre jóven! ¿Y no teneis ninguna noticia, ningun indicio por donde pudiérais averiguar quiénes son, si acaso existen?

—No, señor.

—¿Ni habeis tratado nunca de indagar?....

—No me han faltado deseos y alguna vez lo he intentado, pero ¿qué podia hacer una pobre mujer sola, sin relaciones y sin recursos?

—Muy poca cosa en verdad. ¿Y no conservais ninguna esperanza de encontrarlos?

—¡Esperanza! La esperanza es el consuelo de los desgraciados. Si no hubiera esperanza en el corazon del que sufre, seria insoportable la vida. Yo nunca he desesperado, y si quereis que os diga la verdad, desde que estoy en esta casa, mis esperanzas, que estaban casi muertas, se han reanimado.

—¿De veras?

—No sé por qué, mi corazon me dice que este velo que cubre mi existencia va á descorrerse muy pronto.

—Es extraño. Eso será porque alguno habrá tratado de re-

avivar esas esperanzas, prometiéndoos hacer averiguaciones.

—No, señor, de ningun modo. No tengo ningun motivo para esperar nada, y con todo, nunca como ahora he sentido tanta fe en la creencia de que pronto encontraré á mi familia.

—Y haceis bien en tenerla.

—¿Con que no me engaña mi corazon? ¿Pues qué, señor conde, acaso vos sabeis?....

—Sosegáos, pobre niña, y no os exciteis tan pronto. Yo sé alguna cosa.

—¡Ah Dios mio! Decidme, señor conde, por caridad os lo pido, ¿mis padres, viven? ¿Desean verme? ¿Procuran averiguar mi paradero? ¡Ah! ¡Cuán feliz me habeis hecho tan solo con decirme que los conoceis!

—Vuestro nacimiento debe quedar oculto como ha permanecido hasta ahora.

—¿Y yo no he de conocer á mis padres?

—Sí: conocereis á vuestra madre y tal vez muy pronto la vereis.

—¡Ah pobre madre mia! ¿Y mi padre? ¿Acaso á ese no puedo conocerle?

—No.

—¿Por qué?

—Ha muerto.

El conde pronunció estas palabras con un acento sordo y lúgubre que estremeció á Luisa.

Es que eran el eco de un remordimiento.

La jóven quedó silenciosa y con los ojos bajos por unos momentos.

Con las manos cruzadas y moviendo los labios sin articular palabras, estaba Luisa prodigando á su padre la mejor caricia que puede prodigar un hijo. Una oracion por el reposo de aquel á quien debia el sér.

Involuntariamente, casi sin darse cuenta de ello, tal vez el

conde, que comprendió lo que la jóven hacia, la secundó en su plegaria. Quizá no habia rezado en su vida.

Despues, pasada aquella primera emocion, Luisa preguntó con timidez:

—¿Me habeis dicho que tal vez pronto veria á mi madre?

—Sí; puede ser.

—¿Cómo puede ser? ¿Acaso hay algun impedimento?—profirió temerosa la jóven.

—No hay mas impedimento si acaso, que el que vos creéis.

—¡Qué el que yo crée!

—Hoy mismo la vereis si me prometeis tener calma y no sobreexcitaros.

—¡Ah! ¡señor conde! Es tan grande, tan inmensa la alegría que siente mi alma que, no temais nada, soy muy feliz y la felicidad no mata.

—¡Dichosa vos que lo creeis así!

—Con que..... decidme, señor conde, y perdonad mi natural impaciencia, ¿veré hoy á mi madre?

—Os he dicho que sí. Pero, decidme, ¿no deseais saber quién es? ¿Cuál es su posicion? ¿A qué clase de la sociedad pertenece?

—Es mi madre. Ya no deseo saber más. ¿Acaso entre las madres hay diferencias?

Aquella pregunta, emanada de un corazon sin doblez, hija de un noble sentimiento, del más tierno cariño filial, impresionó vivamente al conde.

Muy por lo bajo, de modo que la jóven no lo oyera, murmuró para sí:

—¡Hay séres que no merecen tener hijos!

Tal vez aquella reflexion se la aplicaba á sí mismo.

Despues, pasándose la mano por la frente, y levantándose del asiento, dijo:

—Estad prevenida; saldreis con María, Cárlos y Antonio que os llevarán á los brazos de vuestra madre.

La jóven no supo qué contestar: tomó la mano del conde y la besó con efusion.

El de Lazan salió de la estancia precipitadamente, murmurando:

—El peor castigo para los malos, es que Dios les coloque entre los buenos y que ellos mismos comparen.

CAPITULO CV.

La madre sin hija.

El conde de Lazan se trasladó inmediatamente al palacio de la duquesa de la Jaridilla.

La duquesa le recibió inmediatamente fué anunciado.

Con su acostumbrada afabilidad, pero con un aire más grave del que acostumbraba tomar, en cuanto entró en la estancia donde la esperaba el conde, se dirigió á él alargándole la mano, que el conde tomó y besó respetuosamente.

—Esperaba vuestra visita, pero no tan pronto—le dijo.—Os doy mil gracias por la molestia que os he ocasionado.

—De ningun modo, duquesa, creed que tengo un verdadero placer en prestaros este pequeño servicio. Además, cumplo con un deber de conciencia y seria hasta criminal, si os retardase por más tiempo un momento de dicha que os puedo proporcionar.

—¡Conciencia!.... ¡Criminal!.... ¡Qué lenguaje!.... Permitidme, conde, que me admire! ¡Os encuentro muy cambiado! ¿Estais malo? ¿Qué os sucede?

—No lo extrañeis, señora, son tantas las desgracias que en pocos dias han caido sobre mí, que no se cómo no he sucumbido al peso de ellas!

—¡Pues qué! Acaso Cárlos ó María!....

—Á Dios gracias; no tienen la menor novedad.

—¡Pues entonces!...

—¿Pero no sabeis?.... Me robaron á mi hija María: á consecuencia de esto se desbarató un casamiento en proyecto que debia emparentarme con el conde de Floridablanca. Mi hijo Cárlos tambien fué secuestrado..... en fin, son tantos los disgustos que en pocos dias he recibido que no sé cómo mi pobre cabeza ha tenido fuerzas para soportarlos sin volverme loco.

—¡Hay una Providencia, conde!—dijo la duquesa con solemnidad.

—Bien lo veo; y demasiado que siento el justo, pero severo castigo que me impone.

—Dad gracias á Dios por esas desgracias que os ha enviado. Con ellas os habeis regenerado, ellas han abierto vuestros ojos á la luz.

—¡Oh! Sí, sí; cúmplase la voluntad divina.

—¿Sabeis, conde, que nunca hemos sido verdaderos amigos?....

—¡Yo, sí!

—Hasta cierto punto!

—¡Cómo!

—Si confundís el noble sentimiento de la amistad con otra afeccion menos pura y más interesada, teneis razon, lo habeis sido.

—¡Oh! no, de todo corazon.

—Sea como querais, no discutamos por eso. Convengamos

en que vos erais. ... amigo mio. Yo en cambio, ya sabeis que no podia, que no debia ser vuestra amiga.

—¡Teneis razon!

—Pues bien: os veo otro hombre. Sé que hoy vais á prestarme un señalado favor que no olvidaré nunca. Por mi parte olvido pasados agravios y esta es la mano de una fiel y desinteresada amiga.

El conde tomó aquella mano, que en otro tiempo la lascivia le habia obligado á acariciar con delirio, con un respeto como si tomara la mano de una santa imágen.

—Ahora que nos hemos reconciliado—prosiguió alegremente la duquesa—decidme, amigo mio, ¿no me traeis ninguna buena nueva?

—¡Oh! Sí por cierto.

—Vamos, pues decid, que me teneis impaciente, ¿qué es de mi hija? ¿Dónde está?

—Vuestra hija vendrá pronto á veros.

—¡Hija de mi alma! ¿Y cuándo, cuándo la veré?

—Os he dicho que muy pronto.

—Ya, sí, pronto, pero no me decís cuándo.

—Ni os lo diré mientras os vea en ese estado.

—Pues, qué, conde, ¿creeis que me suceda nada malo? No lo creais. He sufrido tanto, que las cicatrices de las llagas que hay en mi alma, la han endurecido y puesto á prueba de todas las emociones.

—Os engañais, duquesa; esas lágrimas que resbalan por vuestras mejillas, os contradicen.

—¡Es que estas lágrimas son de alegría!

—Ya lo sé, mas tambien la alegría mata.

—No lo creais. Lo que mata es la impaciencia y vos me estais matando con vuestro silencio.

—¡Duquesa!....

—¿Dónde está mi hija?

—Cerca, muy cerca de aquí.

—¿Y por qué no haceis que yo la vea?

—Pero, señora, por Dios os lo pido; calmáos.

—Pero si es imposible, conde..... si vos que sois hombre, no sabeis, no podeis saber lo que somos las madres!

—Sí, señora, sí, lo comprendo..... Yo tambien soy padre y.....

—¡Padre!.... ¿Y qué es un padre?.... Vos no habeis sido padre hasta que la desgracia os ha enseñado á serlo.

El conde no supo qué contestar á tan acerbo reproche.

La duquesa comprendió al momento que habia hecho mal en dejarse arrastrar por su exaltacion y que habia tratado al conde con demasiada dureza.

Cogió la mano del conde, que habia quedado anonadado, y con su más cariñoso acento le dijo:

—Perdonad, mi buen amigo, á una pobre madre este arrebato de locura. No he sabido lo que he dicho: solo sé que os he ofendido sin tener razon para ello. Pero vos comprendeis mi dolor y sabeis que no sabia lo que decia.

—Duquesa, os sobra razon para decir lo que habeis dicho. Me habeis hecho daño, mucho daño, pero con justicia, y os perdono con toda mi alma.

En aquel momento se oyó rodar un carruaje que se detuvo delante del palacio de la duquesa.

El conde adivinó quién venia en él, y trató de ganar tiempo.

—¿Con que estais decidida — dijo — á ver hoy mismo á vuestra hija?

—¿Quién lo duda?

—Pues hoy la vereis.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¡Aquí! ¿Habeis dicho que vendrá aquí?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—Mucho antes de lo que os figurais.

—¿Con quién?

En aquel momento se levantó el cortinon de terciopelo que cubria la puerta de la estancia, y un ujier dijo:

—Su excelencia el señor vizconde de Lazan con su señora hermana y otra señorita, desean ver á la señora duquesa.

Aquel anuncio dejó á la de la Jaridilla inmóvil como una estatua.

Aquella jóven que acompañaba á Cárlos y á María, ¿era su hija?

Sin poder hablar, instintivamente miró al conde como preguntándole.

Éste comprendió lo que aquella mirada significaba, y respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

La duquesa se levantó nerviosa, convulsa y con acento apenas perceptible, acompañado de un movimiento que decia más que la palabra, murmuró:

—¡Que pasen!

Cárlos entró delante conduciendo á Luisa de la mano.

Detrás venia María que daba la suya á Antonio.

Cárlos se adelantó como para presentar á Luisa, murmurando algo cortado estas palabras:

—¡Señora duquesa!.... Padre mio!...

La duquesa permanecia inmóvil devorando con los ojos á su hija, y respirando con dificultad.

El conde, no pudiendo soportar más aquella escena, se decidió á acabar pronto.

Tomando la mano de la duquesa y como presentándola á Luisa, dijo con solemne acento:

—La señora duquesa de la Jaridilla que desea abrazar á su hija.

Madre é hija cayeron llorando en brazos una de otra.

Renunciamos á describir la escena de lágrimas que allí tuvo lugar.

Besos, abrazos, exclamaciones, suspiros entrecortados, cuantas manifestaciones tiene el cariño, se prodigaron unos á otros.

El conde tenia razon: habia proporcionado á la duquesa un momento de felicidad.

CAPÍTULO CVI.

Proyectos felices.

Desde aquel dia comenzó para la duquesa de la Jaridilla una nueva era de felicidad.

Aquella pobre mujer, cuyo corazon era todo amor, y que habia tenido la desgracia, en su vida agitada, de no poder casi condensar en un sér, preferido por su corazon, sus más caras afecciones, ahora tenia á su lado dos prendas, por las cuales en su amarga soledad habia vertido abundantes lágrimas. Sus dos hijos.

Una espina laceraba aun cruelmente su corazon.

Á la faz del mundo no podia manifestar el cariño que les profesaba, sin dar lugar á la murmuracion y al escándalo.

Para evitarlos, no tenia más remedio que legitimar á sus hijos.

En cuanto á Antonio, no la era posible de ningun modo.

Además, Antonio era hombre y valia lo suficiente para poderse abrir paso por entre la sociedad, sin que le sirviese de rémora el, en aquel entonces, denigrante calificativo de bastardo.

En cuanto á Luisa, era diferente.

Sobre ser más fácil el reconocerla y legitimarla públicamente, era indispensable efectuarlo si no se queria malograr su porvenir. Porque ¿qué importaba que su madre la dotase espléndidamente; que la nombrase heredera de su cuantiosa fortuna; que la jóven estuviese adornada, tanto física como moralmente, de las más brillantes cualidades, si no tenia un nombre, si no podia justificar su procedencia?

Y en aquella época de preocupacion, ¡desgraciada la mujer que careciese de esta circunstancia!

Desde luego podia asegurarse que, como dice el vulgo, se quedaba para vestir imágenes. Y si por un azar conseguia llamar la atencion de algun hombre, se guardaria éste muy bien, si en algo se tenia, en desear hacerla su mujer; se creeria honrarla aun con solicitarla para su manceba.

La duquesa sabia bastante del mundo para no conocer todo esto, y queria lo suficiente á su hija para no querer hacerla desgraciada para siempre.

Así es que aprovechó todas sus numerosas y valiosas relaciones para procurar legalizar el reconocimiento de su hija.

No era esto tan fácil como parece por las circunstancias que se atravesaban.

No habia ninguna esperanza de salvacion para la vida del septuagenario Cárlos III.

Aquel rey habia sido demasiado bueno para que no preocupara á todos el estado en que se hallaba. Así, pues, no habia ningun golilla que trabajara, ni ningun covachuela que asistiera á su oficina, á pesar del saludable rigor con que acostumbraba tratarse á los morosos en el cumplimiento de su deber; pero como los secretarios de Estado y los jefes de

negociado daban el ejemplo, no cuidándose más que de seguir con ojo avizor todas las peripecias de la enfermedad del rey, todos les imitaban, y era inútil intentar en aquellos dias la formacion de un expediente, porque no habia nadie dispuesto á dar una plumada.

Con todo, á fuerza de importunar á personas de tanta influencia como el conde de Floridablanca, consiguió la duquesa la seguridad de que dentro un breve plazo podria llamar públicamente hija á Luisa, sin que los maldicientes pudieran cebarse en ella.

Cuando tuvo esta seguridad, entregóse de lleno á la alegría que, como es natural, inundaba su corazon.

Como es fácil de comprender, Luisa, desde el primer momento, pasó á vivir con su madre.

Queria tambien la duquesa que hiciera lo mismo Antonio; pero la severidad de principios del jóven y la rectitud de su carácter, eran un obstáculo, si no insuperable, al menos muy difícil de vencer.

Deseosa la duquesa de allanarlo, hizo algunas indicaciones bastante directas á su hijo; pero éste, si las comprendió, y nosotros así lo creemos, no quiso darse por entendido.

Viendo, pues, que las indirectas y los subterfugios no daban ningun resultado, resolvió la de la Jaridilla abordar la cuestion de frente, y para realizarlo, aprovechó la primera ocasion que se le presentó de encontrarse á solas con Antonio, para plantear la cuestion.

Se encontraban, pues, solos madre é hijo en un gabinete interior de las habitaciones de la duquesa, en el momento en que los presentamos á nuestros lectores.

La duquesa sentada al clave, preludiaba un aria de la última ópera que se habia cantado con éxito en Madrid.

Antonio leia.

De pronto la duquesa se levantó y fué á colocarse á espaldas de su hijo, y apoyándose en el respaldo del asiento que

ocupaba, y asomando la cabeza por encima de su hombro, le preguntó:

—¿Qué lees?

—*Las cartas eruditas de Feijóo.*

—Jesús! Qué cosa tan insípida!

—Señora, por Dios, no digais tal blasfemia!

—Señora! Yo creia que ya era hora que me dieras más dulce título.

Antonio calló.

—¿No merezco una contestacion siquiera?

—¿Qué quereis de mí?

—Jesús! qué serio te has puesto para hacerme esa pregunta!

—Es que no acierto á comprender por qué me habeis hecho otra.

—Yo!

—Sí, por cierto.

—Si no te explicas más claro!....

—A eso voy.

Y dejando el libro, y cogiendo cariñosamente á la duquesa de la mano, la hizo tomar asiento á su lado.

Despues, con acento grave, interrogó á su madre de este modo:

—Hace muchos dias que oigo de vuestros labios palabras que, tal vez yo me engañe, encierran un doble sentido.

—No sé á qué te refieres!

—Ahora mismo acabais de decirme que si es hora que os dé un dulce título.

—Es verdad.

—Decidme por caridad, qué significan las reticencias de otros dias y las palabras de hoy.

—Agradezco, Antonio, que hayas planteado con tanta franqueza la cuestion, porque ya es hora que entre nosotros dos medie una explicacion.

—Me alegro.

—Antonio, responde clara y categóricamente; no tengas empacho en decirlo, ¿es que hasta aquí, en estos instantes en que nadie nos oye, te avergüenzas de darme el dulce nombre de madre?

Antonio se estremeció, y no dijo nada.

—¡Vamos, responde, hombre!—insistió la duquesa.

—No es eso.

—¿Pues qué es, entonces?

—Sabeis que os amo.....

—Lo empiezo á dudar!

—Pues no lo dudeis! Os amo más que á todo lo que para mí puede tener atractivo en el mundo. Os respeto, como ningun hijo ha respetado á la que le llevó en su seno. Quisiera llamaros *madre* á gritos y prodigaros ante todo el mundo mi ternura filial y mis caricias; pero sabeis muy bien, que esto no es posible, y he resuelto no entregarme nunca á las expansiones que mi corazon desea; que mi boca no se acostumbre á pronunciar ciertas palabras, las más gratas á mis oidos, por si llega algun dia en que las deba olvidar.

—¿ En que las debas olvidar? ¿Qué significa?....

—Tengo otros hermanos á quienes amo, y á quienes de un modo ú otro pudiera mañana perjudicar, si no en sus intereses, en su nombre: no quiero que llegue ese caso.

—¡Antonio, hijo mio, tú desvarias!

—¡Que desvario!

—Sí, desvarias á fuerza de atormentar tu imaginacion buscando pretextos para no acceder á mis deseos.

—¡Vuestros deseos! Sepamos cuáles son.

—Antonio, yo quiero que vivas á mi lado, que no te separes de mí.

—Imposible, señora.

—¿Por qué?

—Vuestra reputacion seria víctima de los maldicientes.

—¿Y qué me importan sus murmuraciones?

—¡Cómo!

—Sí, ¿crees acaso que por que tú no estés á mi lado dejarán de causarme tanto daño como puedan?

—Sí; pero entonces es muy fácil acallarlas, cuando si yo estoy aquí....

—¿Qué?

—¿Cómo contrarestar las hablillas? Además, tengo otra razon más poderosa para proceder así, y si me permitiérais?...

—¿Qué es? Habla.

—No tomeis de ningun modo por un reproche mis palabras, porque nada hay mas lejos de mi imaginacion.

—Dí.

—Por mi desgracia, me ha tocado en suerte el verme absolutamente privado de usar el nombre de mis padres. Pues bien, me he propuesto hacerme uno propio. No me tomeis por orgulloso, hasta ahora he vivido sin el que debia ser mio; dejadme continuar del mismo modo.

—Conozco el noble sentimiento que te guia, y no me opongo á que obres así; pero Antonio, hijo mio, no te separes de mi lado!

—¡Imposible! Vuestro cariño y el de mis hermanos, tal vez me harian olvidar mis propósitos. No temais; me vereis todos los dias, á todas horas. ¡Si yo en ninguna parte estoy más á gusto que á vuestro lado! ¡Si no podeis imaginaros lo que cuesta á mi corazon el no acceder á vuestro ruego! Pero, os lo suplico, no insistais porque es imposible.

La duquesa habia tenido tiempo suficiente para conocer la entereza de carácter de su hijo, y conoció que seria inútil cuanto intentase; así, pues, resignóse á no ver satisfecho su deseo, al ménos por entonces.

En aquel momento entró Luisa en la estancia, y madre é hijo, con una sola mirada convinieron en doblar la hoja en la conversacion que tenian entablada.

CAPITULO CVII.

Proyectos matrimoniales.

Como era natural, no tardó en terciar Luisa en la conferencia.

Pero esta versaba ahora sobre otro asunto.

Ya no se trataba de Antonio: era Luisa la protagonista.

—Con que ¿cuándo tenemos un buen dia?—preguntó Antonio sonriendo.

—¿Por qué concepto?—contestó Luisa.

—¡Calle! ¿Te haces la desentendida?

—En verdad que no sé de qué me hablas.

—Ya te lo diré, hija mia—dijo la duquesa interviniendo.—Se trata de tu casamiento, ¿no es verdad, Antonio?

La jóven se ruborizó.

Su hermano se limitó á sonreir, haciendo un signo afirmativo.

—Vamos—continuó la duquesa.—No veo motivo para que te pongas colorada.

—¿Yo, madre mia?

Y la pobre Luisa, de sonrosada que estaba, se puso como una amapola.

—Es hora ya que tanto tú como Cárlos tengais el premio de vuestra constancia.

—Lo que es por mí, por ahora no hay prisa.

—¡Bobilla! ¿Crees tú que eso que dices, es verdad?

—Sí, madre mia, yo no miento nunca.

—Si yo no digo que trates de engañarnos..... Antes al contrario, la que sale verdaderamente engañada eres tú.

—¿Por qué?

—Porque crees positivamente que ahora ya tu corazon está satisfecho hallándote como te hallas al lado de tu madre y en medio de tu familia; pero eso es ahora, cuando no está Cárlos delante.

Al oir nombrar á su amante, las mejillas de la jóven volvieron á colorearse rápidamente.

—¿Lo ves?—observó su madre—¡con solo oirle nombrar ya no sabes lo que te sucede!

—No lo creais, madre mia. Negar yo que le quiero, seria negar la evidencia, pero ahora no me sucede como antes: aunque nunca he dudado de su cariño, antes habia muchos momentos en que dudaba que llegara á conseguir la dicha de ser su esposa. Ahora es diferente; sobre este particular estoy muy tranquila, y mi cariño parece que sin disminuir, ha cambiado de aspecto sin darme yo misma cuenta de ello.

—Yo te lo explicaré.

—¿Vos?

—Sí, hija mia. Cárlos despertó en tí ese amor, que acrecieron las dificultades que habia de que fuera tu esposo. En el corazon humano hay una invencible predisposicion á querer vencer lo que aparece imposible. Cuantas más dificultades

se presentan para conseguir el anhelado objeto, tanto más crece el afan de conseguirlo. Pues bien, ahora esas dificultades que antes te se presentaban, han desaparecido; de ahí que tu amor ha tomado una nueva fase; antes era volcan abrasador que destruia cuanto se oponía á su paso, ahora es suave rescoldo en que se conserva ese sagrado fuego sin disminuir su fuerza, pero tambien sin abrasar. ¿Comprendes el símil?

—Perfectamente. Y creo que teneis mucha razon, aunque yo nunca me habia detenido á analizar los motivos del cambio que en mí sentía.

—Pues no tengas la menor duda que es eso—dijo Antonio que hasta entonces habia permanecido en silencio.

—¿De modo que tú tambien crees?....

—Me parece que cuanto antes te enlaces con Cárlos será mejor.

—Mi madre es quien lo ha de disponer. Por mi parte lo dejo todo completamente á su arbitrio.

—Y por la mia—dijo la duquesa—te aseguro que haré cuanto esté en mi mano para que pronto, muy pronto, seas tan feliz como mereces.

Un ujier anunció al conde de Lazan.

—Que pase!—dijo la de la Jaridilla.—No podia llegar en ocasion más oportuna.

Entró el conde, quien despues de saludar afectuosamente á la duquesa y estrechar la mano de Antonio, besó á Luisa cariñosamente en la frente.

—¿Parece que hay reunion de familia?—preguntó.

—Casi, càsi—contestó la duquesa.

—Lo celebro, porque yo venia resuelto á provocarla.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Hay un asunto muy grave de que tratar, y es preciso que se resuelva en familia.

—¿De qué se trata?

—Se trata de labrar la felicidad de estos chicos, querida duquesa.

—¡Qué casualidad! Nosotros estábamos tratando de lo mismo.

—Tanto mejor. Cárlos está rabiando por ser marido cuanto antes, y me parece que á Luisa esto no le debe saber mal.

Luisa se ruborizó sonriendo.

—¿Y qué dice el señor conde respecto al particular?—preguntó Antonio.

—El señor conde—contestó el aludido—ya sabes que no desea otra cosa que ver felices á todos sus hijos.

Estas últimas palabras las dijo el conde con marcada intencion.

Antonio no pestañeó.

La duquesa que tambien las comprendió, miró fijamente á su hijo como procurando averiguar en su fisonomía el efecto que le habian causado; pero el exámen fué infructuoso, porque ni un solo músculo de la cara de Antonio se contrajo, ni el más imperceptible movimiento descubrió lo que en su corazon encerraba.

—Ahora—continuó el conde—solo falta que vos, señora duquesa, fijeis el dia en que se ha de celebrar el matrimonio.

—Por ahora no me es posible—contestó aquella—me faltan algunos documentos que tendré á la mayor brevedad, pero que aun no sé cuándo, y que son indispensables.

—¿Habrá algun entorpecimiento?—preguntó el conde con interés.

—Ni pensarlo. Puedo aseguraros que de aquí á un mes, lo más, todo estará corriente.

—Bravo! En cuanto á las capitulaciones—prosiguió el de Lazan—conoceis, señora, mi caudal, como yo mismo. Dejo á vuestra conciencia.....

—¿Quereis callar, conde?—se apresuró la duquesa á replicar.—¿Quién se acuerda ahora de semejantes pequeñeces?

—Dispensadme, señora—interrumpió Antonio—que me mezcle en una cuestion á la que soy completamente ageno. ¿Vos llamais pequeñeces á unas capitulaciones matrimoniales?

La pregunta de Antonio podia parecer interesada, pero tanto el conde como la duquesa, sabian que aquella pregunta tenia un fin completamente distinto del que aparentaba.

Aquella pregunta no la inspiraba el egoismo: al contrario, era hija de la más previsora generosidad.

Así lo comprendieron todos, por lo que el conde se apresuró á cortar la conversacion diciendo en el tono más alegre del mundo:

—Bah! Bah! Querido Antonio, en esta ocasion te has equivocado, contra tu costùmbre. Si la señora duquesa se ha valido de esa palabra, ¿no conoces que lo ha hecho en tono de broma? ¿Quién se ocupa ahora de cuestiones de intereses? Si la felicidad está, segun dicen, reñida con el dinero, ¿á qué queremos ahora nosotros confundirlos? Somos todos ahora demasiado felices para ocuparnos de asuntos tan baladíes! Espero á Cárlos dentro de algunos instantes y puesto que todos estamos ya de acuerdo, comenzaremos á hacer las cosas en debida forma.

Como si hubiera sido esto una mágica evocacion, presentóse un ujier que anunció al vizconde.

—¿No lo dije?—repuso el de Lazan.—Ya le tenemos aquí.

Cárlos entró alegremente: saludó á la duquesa primero, á quien besó la mano, luego á Luisa, despues á su padre y por último á Antonio con un fraternal apreton de manos.

—Has llegado oportunamente—exclamó su padre.—Espera, hombre, espera, no tomes asiento que antes debemos hacer otra cosa para no perder tiempo.

Y se levantó del sillon que ocupaba yendo á reunirse con su hijo que estaba aun de pié en medio de la estancia.

La duquesa estaba sentada en el centro del estrado, teniendo á su izquierda á Luisa.

Antonio ocupaba un sillon á la derecha de su madre, pero algo separado de ella.

El conde habia estado sentado en otro sillon, al lado de la jóven, y en frente de las dos señoras el ujier habia colocado otro sillon para el vizconde.

Como hemos dicho, el conde se levantó de su asiento, apartó el sillon destinado para su hijo y cogiendo á éste con su mano derecha, con el tono más solemne, dijo:

—Señora duquesa de la Jaridilla: mi hijo, el vizconde Cárlos de Lazan y vuestra preciosa hija, se aman: tengo el honor de permitirme la libertad de pediros para mi hijo la mano de esta señorita. ¿Quereis *honrar* al vizconde y *honrarme* á mí, concediéndola?

Aunque aquella peticion parecia, por las circunstancias, que debia tener algo de cómica, supo el conde revestirla de tanta gravedad, que todos los presentes no la consideraron más que en lo que realmente era, en la peticion formal de un padre, que solicita para su hijo la mano de una jóven.

La duquesa se conmovió profundamente.

Levantóse con dignidad y tomando la mano de su hija, dijo con trémulo acento:

—Señor conde de Lazan, mi hija y yo, nos consideramos muy honradas con vuestra peticion. Las dos, pues, accedemos á ella con mucho gusto y quiera el cielo sean nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos más felices que lo han sido sus padres.

Estas últimas palabras, que partian del fondo del alma, fueron pronunciadas entre sollozos.

Tambien el conde estaba conmovido.

En cuanto á Antonio, involuntariamente se habia puesto en pié.

El vizconde se adelantó y tomando la mano de la duquesa la besó con respeto, pronunciando, presa de la mas viva emocion estas palabras:

—¡Madre mia! Permitidme que desde hoy os dé este dulce nombre, para hacer por mi parte todo cuanto esté en mi mano para labrar la felicidad de Luisa.

El ujier que habia introducido á Cárlos, se presentó tímidamente en la puerta de la estancia, diciendo:

—Si la señora duquesa permite...

—¿Qué ocurre?—preguntó ésta.

—Un criado de la casa de su excelencia el señor conde de Lazan, trae un pliego urgente para el señor vizconde.

—¿Para mí?—preguntó Cárlos con sorpresa.

—¿Qué será?—dijo el conde.

—Pronto lo sabremos. Que entre—ordenó la duquesa.

Entró el ayuda de cámara, en persona, del vizconde.

—¿Qué hay?—preguntó éste.

—Apenas salió de casa su excelencia, se presentó un hombre desconocido con este pliego. Se le dijo que lo dejara que ya se os entregaria y respondió que era de la mayor importancia que vuestra excelencia se enterase cuanto antes del contenido. Por eso me he tomado la libertad de venir á traerlo.

Y entregó á Cárlos un pliego cerrado.

El criado se retiró.

Prévia la venia de la duquesa y del conde, procedió el vizconde á abrir el pliego.

Un oculto presentimiento le decia que allí se encerraba algo de terrible para él, así es que su mano estaba algo trémula al romper la nema.

Era una especie de oficio.

A la vista del sello que lo encabezaba, una mortal palidez cubrió el rostro de Cárlos.

Con turbados ojos leyó su contenido. Al concluir la lectura, presa de la mayor agitacion, dió á Antonio el pliego, exclamando:

—¡Lee, querido Antonio, lee y admira hasta dónde me persigue la desgracia!

El conde cogió á su hijo del brazo, y le preguntó:

—¿Pero qué es eso? ¡Cárlos! ¿Qué te pasa?

Cárlos no podia articular una palabra.

Todos dirigieron su vista á Antonio, que despues de haber leido el papel, se lo habia guardado.

—¿Qué es?—preguntó el conde con afan.

Antonio, con lúgubre acento respondió:

—¡Que Cárlos no se puede casar!

CAPÍTULO CVIII.

Dificultades imprevistas.

El contenido de aquel funesto pliego era el siguiente:

Lo encabezaba un sello especial con el lema: «CABALLEROS DEL AMOR.»

Despues seguia el texto, que decia al pié de la letra:

«Por cuanto vos, Cárlos, vizconde de Lazan, *caballero del Amor*, nos consta estais en vísperas de contraer matrimonio sin cumplir con lo que terminantemente ordenan los estatutos de nuestra sociedad, por el presente se os intimida desistais de vuestro propósito, si no quereis incurrir en las penas que los propios estatutos aplican á los prevaricadores.—Dado en la residencia de la Sociedad, el dia 12 del mes de Diciembre del año de gracia de 1788.—*El presidente.*»

Y habia una rúbrica ó signo particular algo parecido al que acostumbran usar los notarios.

En los estatutos de aquella desatentada Sociedad, habia una cláusula que prohibia á todos los socios el contraer matrimonio, segun ya manifestamos en otro lugar, bajo la pena de tener que batirse con todos sus consocios.

Lo que equivalia á decir: *«ó el celibato ó la muerte.»*

Creemos inútil describir el efecto que las palabras de Antonio produjeron en todos los circunstantes.

Pasados unos momentos, el conde de Lazan, que silencioso y sobreexcitado se paseaba por la estancia, se detuvo delante de Antonio, que pálido como un muerto no pronunciaba una palabra.

Con acento breve é imperioso preguntóle el conde:

—¿Qué dice ese papel?

—Este papel dice lo que habeis oido.

—Dámelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me pertenece.

—Me lo dará Cárlos.

—Tampoco os le dará.

—¿Que no?

—Al menos, no debe dároslo.

—¿Pero de quién es ese pliego?

—Tampoco os lo puedo decir.

—¿Es decir que aquí se encierra un terrible misterio?

—Algo.

Luego se dirigió á Cárlos que ya estaba repuesto de su estupor:

—¿Aclararás lo que aquí pasa?

—Ahora no, padre mio.

—¿Cuándo?

—Más adelante; no sé.

—¿Y mi palabra? ¿Y tu amor?

—¡Os suplico que no me atormenteis!

—¡Pero dí algo, desdichado, habla!

—No puedo; Antonio ha contestado ya por mí.

El conde miró fijamente á sus dos hijos: de pronto, como si una idea luminosa hubiera brotado de su mente, dióse una palmada en la cabeza, y dirigiéndose á la duquesa la dijo con cariño:

—Señora: me veo en la precision de dejaros para ver de aclarar este misterio. No temais: eso no ha sido más que una pequeña rémora que con la ayuda de Dios, creo conseguiré desaparezca; entretanto confiad en mi buena voluntad y en mis deseos.

Luego dirigiéndose á Luisa la dijo:

—Ánimo, hija mia: Cárlos te adora, estoy seguro de ello. Nadie, que yo sepa, puede interponer su veto en este asunto; eso no es más que una nubecilla pasajera que por un momento ha oscurecido el sol de vuestra felicidad, pero no temas, pronto se desvanecerá. Adios, y mucho valor.

Y salió precipitadamente.

La duquesa, sin darse cuenta de lo que hacia, escuchó distraida al conde, y ni aun le contestó.

Luisa, por su parte, sollozaba en silencio, apoyada su cabeza en el hombro de su madre.

Ninguna de las dos podian en aquel momento darse cuenta de lo que pasaba.

Antonio aprovechó aquel instante de estupor de las señoras para coger á Cárlos, y llevándoselo al otro extremo de la estancia, le preguntó en voz baja:

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora nada, pero tú me lo dirás.

—¡La situacion es muy crítica!

—Por eso hay que considerarla con calma.

—¿Crees que el conde conozca el orígen del pliego?

—No creo que tenga motivo para ello.

—Entonces ¿qué es lo que sospecha?

—No lo sé.

—Me parece conveniente que te vayas.

—¿Por qué?

—¿No ves que ahora aquí tu situacion es violenta?

—Es verdad.

—Vete.

—¿Sin despedirme?

—Sin despedirte. Déjalo á mi cuidado. Toma.

Y le devolvió el pliego.

—Adios.

Y tomando el vizconde su sombrero se fué, sin que ni aun lo notaran las señoras, tan rápido habia sido aquel diálogo y tan abstraidas estaban.

Aun tardó Antonio algunos instantes en pronunciar ninguna palabra.

Al fin, se acercó á la duquesa, y la dijo:

—Cárlos se ha ido avergonzado y sin saber lo que le pasa; me ha encargado os presente sus excusas, y yo lo hago con tanto mayor gusto cuanto soy el único que sé no tiene la culpa de nada lo que ha sucedido.

—¿Lo crees así?

—Estoy persuadido; es más, estoy seguro de ello.

—Entonces, cómo se explica.....

—Son misterios que más tarde ó más temprano se aclaran, pero que ahora no es dado revelar. No desespereis.

—¡Pero mi pobre hija!....

—Nada temais. Sabeis que ejerzo sobre ella alguna influencia. Os suplico me dejeis solo con ella unos momentos.

—¡Cuán desgraciada la ha hecho su destino!

—Si todas sus desdichas son como esta, yo os aseguro que nada teneis que temer por su porvenir. Id tranquila.

—Luisa, hija mia, me veo obligada á dejarte: he de escribir algunas cartas, no te desconsueles así, pobre hija mia: Antonio dice que esto no será nada, que todo se arreglará y

ya sabes que cuando él asegura una cosa es porque la tiene bien meditada.

—¿De veras, hermano mio?

—Con él te queda, que él te dirá cuanto hace al caso.

Y salió la duquesa dejando solos á sus dos hijos.

Antonio fué á ocupar el lugar que ocupaba la duquesa.

Luisa, aunque al oir las palabras de su madre habia cobrado algun ánimo, al ver el aspecto que presentaba la fisonomía de Antonio al quedarse con ella sola, perdió todas las esperanzas que habia concebido.

En efecto, el rostro del jóven, grave y sério por naturaleza, estaba en aquel momento impregnado de cierto tinte de tristeza que daba frio.

—Luisa, hermana mia—dijo con conmovido acento sé que amas mucho á Cárlos, y ya sabes tú que nadie, despues de tí, conoce como yo lo que le quieres.

—Es verdad.

—¿Es cierto que no podrias acostumbrarte á vivir sin él?

—¿Qué quieres decir? Me das miedo, Antonio.

—Me conoces demasiado, Luisa, y sabes muy bien el cariño que te profeso para que no creas que si de mis labios brotan palabras que emponzoñen tu alma, brotan á mi pesar y obligadas por el irresistible impulso de la necesidad.

—¿Qué significan esas frases lúgubres?

—¡Luisa! Pobre niña, hija como yo de la desgracia! Por fortuna la Providencia en su inmensa sabiduría, conociendo y previendo las tempestades que habíamos de correr en el tempestuoso mar de la vida, dotó nuestras almas de una fortaleza, de un temple que no conocen, que generalmente no poseen los escogidos por el destino. Eres digna de mejor suerte, pero por ahora aun no te toca disfrutarla.

—¡ Pero acabarás con tus palabras enigmáticas!

—Perdona, hermana, es que no tengo el valor necesario para destrozar tu corazon destruyendo tus esperanzas.

—¡Habla, habla por Dios! ¡si descubriendo la horrible realidad no he de sufrir más de lo que ahora sufro!

—Pues bien: sábelo de una vez: Cárlos no puede, ó mejor dicho, no debe ser tu esposo!

—¡Antonio! ¿Qué es lo que dices? ¡Tú, tú pronunciar semejantes palabras!

—¡Sí, Luisa, sí!

—¡Pero!.... Yo me voy á volver loca! Dime, Antonio, dime! ¿He oido mal? ¿Has dicho que Cárlos no debe ser esposo mio?

—¡Eso he dicho!

—¿Y por qué?

—He ahí hasta donde llega nuestra desgracia. Sabiéndolo, ni puedo ni te lo debo decir.

—¿Es acaso que otra mujer tiene mejor derecho que yo á su mano?

—No. Ni aun sospeches de su fidelidad. Cárlos te ama y nadie te puede disputar su corazon. No es eso.

—Pues si no es eso, todo lo demás importa poco. Cárlos será mi esposo.

—Conserva esta esperanza si te halaga, pero debo advertirte que el efímero consuelo que te presta, no compensa el que luego vendrá amargo desengaño.

—Pero ¿qué horrible misterio es este que no se ve en él sino tinieblas, terror y muerte?

—Dime, y responde á una pregunta que antes te hice: ¿tú quieres á Cárlos más que á nadie?

—Más que á nadie.

—Si estuviera en tu mano evitarle una desgracia, ¿se la evitarias?

—Se la evitaria.

—Si con tu vida pudieras redimir su vida amenazada, ¿darias tu vida por la suya?

—Daria mi vida por la suya.

—¿Todo eso harias por él?

—¿Y quién lo duda?

—Pues bien, sábelo ya: la vida de Cárlos está en peligro si insiste en ser tu esposo.

—¿Y quién la amenaza?

—No quieras saber más.

—Pero es criminal y hay en el mundo leyes que castigan.

—¡Ay, hermana mia! Que hay culpables con tanta culpa, que la ley con toda su prevision, no puede alcanzarles.

Luisa se echó á llorar amargamente.

Antonio la dejó que se desahogara.

Al cabo de algunos instantes la jóven se serenó, secó sus lágrimas, y con acento casi sereno, dijo á su hermano:

—¿Te acuerdas, Antonio, de lo que has hecho en otro tiempo por mí?

—No sé á lo que te refieres.

—¿Ya no recuerdas cuando castigaste cruelmente á Cárlos porque creiste trataba de burlarse de mí, y le obligaste á jurar que haria cuanto estuviera en su mano para llegar á ser mi esposo, aunque para ello tuviera que arrostrar el enojo de su familia?

—Sí, lo recuerdo. ¿Mas á qué viene evocar sucesos que ya el tiempo borró?

—No los borró. Si los evoco es porque me convenzo que efectivamente á Cárlos amenaza un gran peligro, cuando tú, el defensor de mi honra, mi único apoyo durante tanto tiempo, me aconsejas que debo perder la esperanza de ser su esposa.

—Es decir, perderla del todo, no.

—¡Cómo! ¿Se puede esperar?....

—Nada. Pero ¡quién sabe! En el mundo suceden tantos casos imprevistos que bien pudiera ser.....

—Vicisitudes..... Casos imprevistos..... ¿Es decir que todo puede depender de un azar?

—Precisamente.

—Es muy arriesgado confiar en el azar. Ya sé lo que debo hacer.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¡Pues qué! Porque me ves débil mujer ¿crees que no soy capaz de tomar alguna resolucion atrevida?

—Pero es que esa resolucion puede ser arriesgada.

—No temas, procederé con cautela. ¿No dices que la vida de Cárlos está amenazada?

—Sí.

—¿Puedo contar contigo si te necesito?

—Siempre.

—Entonces..... demos tiempo al tiempo. Yo velaré por su vida.

—Y yo tambien.

—Gracias, mi buen hermano. Deja que piense, que medite, que combine mi plan ; despues te consultaré, y entre los dos malo ha de ser que no consigamos nuestro objeto, que es desvanecer ese peligro. Adios, Antonio.

Y se fué serena, satisfecha, y casi confiada.

CAPÍTULO CIX.

En el que se prepara otro matrimonio.

Han pasado dos dias del en que tuvo lugar la tumultuosa escena, segun vimos en el capítulo LXXI, en que murió el padre de don Luis, y éste quedó bastante mal herido.

Estamos en la habitacion que ocupa el jóven Guevara.

Son las cuatro de la tarde, es decir, casi el crepúsculo vespertino, porque en Madrid, en el mes de noviembre, como esté algo cubierto el tiempo, y casi siempre lo está, á aquella hora ya se han de servir de luz artificial en la mayor parte de las viviendas.

Una mujer de gentil continente, hermosa, Paca en fin, la amada de don Luis, acababa de encender un velon de bronce con pantalla verde, que está colocado sobre una mesita en el centro de la habitacion.

En el ángulo más apartado, casi oculta por unas grandes

cortinas, hay una cama en la que yace Guevara, que medio soñoliento, balbucea palabras incoherentes.

Paca, constituida en enfermera voluntaria de su amante, una vez encendida la luz, tomó de sobre la mesa un vaso cubierto con un papel blanco, una cuchara de plata, y dirigióse á la cama.

Corrió la cortina. El herido tenia descubierto medio cuerpo, porque en su pesadilla habia hecho algunos movimientos violentos que habian esparcido la ropa.

La enfermera procuró cubrirle bien; despues le administró una cucharada de la pocion que el vaso contenia y que el herido tomó maquinalmente, y se sentó en una silla al lado de la cabecera del enfermo, vigilando solícita sus menores movimientos.

El enfermo continuó aun como un cuarto de hora en aquel estado de sopor.

Al fin, la medicina que se le habia administrado produjo su efecto.

Un prolongado suspiro salió de su pecho acompañado de un débil quejido.

—¡Luis! ¡Luis!—llamó muy quedito la jóven.

—¿Quién es? ¿Quién me llama?—contestó el herido con débil voz.

—¡Ah! ¡Gracias, Dios mio! Ya ha vuelto al conocimiento. —murmuró Paca.

—¿Quién me ha llamado?—insistió don Luis, cuyos ojos apenas podian distinguir los objetos en la media oscuridad que envolvia la estancia.

—Soy yo. ¿Qué, no me conoces?

Y la mano de la enfermera fué á buscar la del herido.

—¿Qué, tú? ¡Paca! ¿Qué es esto, tú aquí?

—Sí, Luis mio, yo misma.

—¿En mi casa?

—Sí, en tu casa.

—¿Cómo es esto? ¿Y mi padre?

—No preguntes por ahora más, porque no puedo contestarte.

—¿Por qué?

—Ha ordenado el médico que hables poco.

—¡Pero si eres tú la que ha de hablar!

—Es que tambien ha mandado que no te se dé conversacion.

—Con todo, yo quisiera saber.....

—Por ahora, nada. Conténtate con saber que yo estoy aquí para asistirte; que nadie se opone á que yo esté en esta casa; que tu herida, segun dice el médico, no es de mucha gravedad, y nada más. Con que así, ten paciencia, Luis mio, como yo la tengo, y á ponerte bueno pronto.

—¡Son tantas las cosas que deseo saber!....

—Ya lo sabrás todo cuando puedas saberlo, entretanto, á callar, ó me voy de aquí para que no hables.

Y la jóven se levantó.

—No, no te vayas. Yo callaré.

—Así me gusta.

Y por espacio de unos tres cuartos de hora, los dos amantes continuaron en silencio. El con los ojos cerrados procurando recordar sucesos. Ella vigilando por si volvia otra vez la calentura que merced á la medicina que se le administraba cada media hora acababa de desaparecer.

El silencio fué interrumpido por la llegada del médico.

Paca encendió una vela que habia preparada en una palmatoria, y acercóse á la cama con el facultativo.

Este hizo varias preguntas, reconoció cuidadosamente al herido, le pulsó con atencion, examinó su lengua y su estado mental con dos ó tres hábiles preguntas y declaró con satisfaccion para entrambos amantes que la calentura, con todos sus síntomas habia ya desaparecido por completo: que el estado del herido no podia ser más satisfactorio: que ya podia

tomar algun alimento y que, como la herida no interesaba ningun órgano esencial, tan luego como empezara á cerrarse, se podria levantar; en fin, que creia que de allí á ocho ó diez dias, don Luis ya podria salir á la calle.

Todos estos lisonjeros pronósticos, fueron hechos sin dejar de ponderar el peligro del herido y el cuidado con que habia debido tratarle, y el esmero con que le habia hecho la primera cura, y su gran práctica en las operaciones quirúrgicas, y su gran reputacion debida á su superior inteligencia, y el magnífico estuche que poseia que le facilitaba y aseguraba extraordinariamente el éxito de las operaciones y la infalibilidad de su diagnóstico, etc., etc., etc., ponderaciones y encarecimientos todos que no tenian mas fin que asegurar una buena recompensa en su dia.

La visita fué pues, no de médico, sino de comadre chismosa.

Al fin, como todo en el mundo, se acabó.

Cuando el Hipócrates tomó el sombrero para marcharse, Paca, que estaba á su lado, le preguntó en voz baja:

—Don Luis todavía no sabe la muerte de su padre. ¿Se la podré participar sin peligro?

—El herido se encuentra ahora en disposicion de recibir toda clase de emociones.

—Es que esta es muy violenta.

—Nada temais. ¡Si está ya bueno! ¡Completamente bueno! Cerrado el ojal que le abrieron, lo demás está todo en su estado normal.

—¿De modo que no habrá peligro?....

—¡Peligro! Peligro siempre lo hay.

—¿Cómo decís?....

—Me explicaré, hermosa jóven, me explicaré. La noticia que vais á comunicarle es de aquellas que por sí solas suelen ocasionar enfermedad. Porque, dominando la moral al temperamento físico, influye sobre la organizacion de un modo

que la trastorna, ¿me entendeis? ¿Explico bien mi idea? Pues hablo cuando se trata de una persona sana, de una persona en su estado normal. Ahora, hacedme el favor de decirme, cuando se trata de una persona que está débil por la pérdida de sangre, y muy quebrantada por la larga dieta y la calentura que al pronto se le declaró y que, gracias á Dios, ya está cortada, decidme, repito, si tal noticia, con tales circunstancias, ¿no puede ocasionar un trastorno?

—Entonces es que hay peligro, y no se la debo comunicar.

—No es eso; veo que aun no me habeis entendido.

—Si habeis dicho tantas cosas.....

—Todas ellas eran necesarias para que me comprendiéseis.

—Pues, confieso mi torpeza; no os he entendido.

—Para abreviar. ¿Vos creeis que si á don Luis, en su estado normal, se le comunicase de repente esa noticia, le produciria tal impresion que le pudiese ocasionar enfermedad?

—¿Que le pudiese ocasionar enfermedad? Me parece que no.

—¿No? Pues entonces comunicadle la noticia, porque don Luis está ahora como en su estado normal.

—¿Sin peligro?

—Sin ningun género de peligro. Yo respondo.

—Muchas gracias.

Y el sucesor de Avicena, despues de saludar muy orondo y grave, tomó la puerta.

Don Luis, desde su cama, á medida que se prolongaba el diálogo, se iba impacientando.

Comprendia que de algo grave suyo se trataba, y cuanto más duraba la consulta, más se aumentaba su curiosidad.

Cuando el médico se marchó, Paca se acercó al lecho, y tomando la mano de su amante, le dijo cariñosamente:

—¿Con que estamos de enhorabuena, Luis mio? ¿Con que pronto, muy pronto te levantarás, y en breves dias estarás completamente bueno?

—Así parece.

—Ya lo has oido. El médico lo asegura.

—¿De modo, que ya podremos hablar sin ningun peligro?

—Tal creo.

—Pues, vamos, refiéreme, si lo sabes, todo lo que aquí ha pasado desde el momento en que fuí herido, qué es de mi padre, y cómo es que te encuentro aquí.

—En primer lugar, conviene para mayor claridad que vayamos por partes.

—Mejor será.

Y la jóven, con esa delicadeza, con ese tacto exquisito que poseen las mujeres, sobre todo si están enamoradas, comunicó á Luis con los detalles que ella sabia por referencia, todo lo sucedido, sin omitirle la muerte de su padre.

Excusamos encomiar la discrecion de que hizo alarde Paca al comunicar esta última fatal noticia. Bastará decir que, si bien Luis se impresionó como era muy natural, como al fin era hombre de mucho corazon y no escaso entendimiento, no le produjo el efecto que hubiera producido á otro hombre que no hubiera estado adornado de sus circunstancias.

Pasada la primera emocion y cuando la resignacion y la conformidad cristiana, tomaron en el ánimo del jóven el natural imperio, cuando Paca le vió si no tranquilo, resignado, continuó su relato de este modo:

—Ya comprenderás que apenas supe lo que pasaba me vine aquí.

—¿Y quién te enteró de todo?

—Vicente y Joselito.

—¿Y ellos, por dónde lo han sabido?

—No puedo decírtelo porque lo ignoro.

Luis calló algunos momentos.

No podia comprender en qué consistia que el vizconde Cárlos, debiéndole estar agradecido, fuese su agresor.

Aquella idea no se borraba de su imaginacion dominándole por completo.

Paca, á quien no gustaba aquel silencio porque queria tener distraida la mente de su Luis, á fin de que no se pusiera melancólico, procuró reanudar el diálogo interrumpido diciendo:

—Sabiendo ya todo lo que ha pasado, creo no tendrás inconveniente en que, al menos hasta que te levantes, yo permanezca aquí siendo tu enfermera.

—Quiero más que eso: quiero que no salgas ya de esta casa.

Paca le miró de un modo indefinible. Aquella mirada encerraba todo un mundo de reconocimiento y de gratitud, porque la jóven comprendió el verdadero sentido que tenian las palabras de su amante.

Iba Luis sin duda á esplanar su idea, cuando sonó en la puerta de la estancia un golpe dado de un modo particular.

Sin duda los dos jóvenes conocian muy bien á quien llamaba de aquel modo, porque ambos á duo contestaron:

—¡Adelante!

Era Antonio.

—¿Cómo está Luis?—preguntó desde el dintel á Paca que era la única persona que veia.

—Adelante, amigo mio, adelante—contestó el herido con voz débil.

Antonio se acercó á la cama y al ver el buen aspecto que presentaba la fisonomía de Luis y su estado satisfactorio, sintió una inmensa alegría.

Luego, fijándose en Paca, no pudo ménos de exclamar:

—Perdonad, amiga mia, que al entrar no os haya felicitado por vuestro proceder.

—¿Porqué?—preguntó la jóven admirada.

—Por que cumplís vuestro deber. Porque estais donde debeis estar.

La jóven hizo un gracioso mohin, encogiéndose de hombros.

Luis sonrió con satisfaccion.

—¿No sabeis, amigo mio?—dijo el herido.—Vamos pronto á tener un gran dia.

—¿Pues cómo?

—En cuanto esté bueno, y haya consagrado algunos dias al recuerdo de mi padre, vamos á casarnos.

—¡Es muy justo!

—Paca ya no sale de aquí. Esta misma noche vendrá su madre y tomará desde hoy posesion de su casa la que hace tanto tiempo la tomó de mi corazon.

—¡Ah! Luis mio!—pudo tan solo exclamar la jóven en cuyas pupilas se vieron aparecer dos brillantes lágrimas de alegría.

—Así me gusta—exclamó Antonio.—Basta de calaveradas, y á retirarse á la buena vida. ¡Dichosos los que pueden hacerlo!

Y un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—Ahora, amigo Antonio—continuó don Luis—quisiera que me aclaraseis ciertas dudas si es que está en vuestra mano el aclararlas.

—¿Veamos qué dudas son?

—¿Sabeis todo lo que pasó en aquella taberna?

—Sé alguna cosa; pero no mucho.

—Con eso basta. Vamos á ver. ¿Sabeis que mi agresor fué el vizconde de Lazan?

—Eso se dice.

—Pues bien: vos que sois tan su amigo, ¿no sabeis qué motivo le impulsó para atacarme?

—Lo ignoro absolutamente.

Don Luis movió la cabeza con aire de duda.

—¿Por qué cúmulo de circunstancias la señorita de Lazan se encontraba en aquella casa y entre aquella gente?

—Me preguntais cosas, que estoy seguro á estas horas aun ignora el alcalde de casa y córte, encargado de formar el proceso.

—Tal vez tengais razon.

—Soy de parecer que no procureis ahora averiguar el por qué de lo que allí pasó. A mi ver, en todo ello debe encerrarse algun secreto terrible.

—¡Puede ser! Pero como por una inconcebible casualidad, yo me he vuelto, sin saberlo, actor en ese drama, y por cierto con un papel no muy favorecido, no extrañeis desee saber algo de lo que tan directa y cruelmente me ha interesado.

—Razon teneis por demás; pero creedme, don Luis, dejad á la justicia, á vuestros amigos y sobre todo al tiempo, que esclarezca lo que ahora está envuelto en las negras tinieblas. El mal ya está hecho: conformidad, pues, y no penseis más en ello, que se avienen mal proyectos de boda y tétricas preocupaciones.

—Me parece que lo mejor—se atrevió á decir Paca que habia oido callando todo aquel diálogo—es que lo dés todo al olvido.

—Hay golpes muy crueles que tarde ó nunca se olvidan—replicó don Luis.

—Pues delante de mí, no se vuelva á hablar de ello—exclamó Paca en un tono joco-sério.

Y desde este momento, la conversacion tomó otro giro, hasta que Antonio se marchó, deseando á los dos jóvenes toda suerte de felicidades.

CAPITULO CX.

Malos pronósticos.

Ha transcurrido un mes desde que sucedió lo que referimos en el capítulo anterior.

A pesar de todos los pronósticos del médico, don Luis aun no está en disposicion de salir á la calle. Gracias á los cuidados de Paca que le ha asistido con el interés que es de suponer, el herido está bien, pero no del modo que auguraba el galeno.

La herida, aunque no interesaba ningun órgano esencial, era muy profunda y habia roto algunos tejidos, que para volver al estado normal necesitaban mucho cuidado, y sobre todo la poderosa ayuda del tiempo.

Cuidado y esmerada asistencia no faltaban, pero sí el tiempo; de ahí que hubiera aquel retraso que, quien debia, no supo prever.

Una tarde, estaba don Luis levantado, envuelto en una cómoda bata y arrellanado en un sillon, matando el tiempo entregado á la lectura, mientras Paca le habia dejado solo un momento para atender á las obligaciones de la casa, cuando se presentó el simpático Joselito que fué á visitarle.

En el rostro del torero se veia que alguna preocupacion le dominaba.

Entre los dos amigos medió el siguiente diálogo:

—Muy buenas tardes, don Luis.

—Felices, Joselito.

—¿Cómo va ese valor?

—De valor, perfectamente.

—¿Y de fuerzas?

—Esas ya no van tan bien.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

—En cualquiera ocasion lo siento, pero en esta más.

—¿Por qué?

—Por nada.

—No; por algo ha de ser. ¿Qué pasa en esta ocasion?

—¡Nada! No vale la pena. Yo lo arreglaré.

Don Luis miró al torero fijamente.

Joselito se inmutó un poco y se apresuró á decir:

—¡Nada, don Luis, nada!

—¿Pero qué es ello? ¿Se puede saber?

—Si su mercé estuviera en disposicion de poder salir á la calle, mucho que sí; pero estando débil y en mala disposicion.....

—¿Pues qué es cosa mia?

—Es cosa..... de todos. De su mercé, de Vicente y hasta de don Cárlos de Lazan.

Al oir aquel nombre, don Luis se estremeció.

Luego con severa entonacion dijo:

—Joselito, es preciso que yo sepa eso.

—Pero si su mercé no puede.....

—Sí puedo. Si eres amigo mio, es preciso que yo, ahora mismo lo sepa todo.

—Pues señor, allá va. Pues es el caso que Vicente y yo, como buenos amigos de nuestros amigos, habíamos determinado casarnos el mismo dia que su mercé, á fin de que hubiera más solemnidad y más jolgorio.

—Muy bien pensado y os doy muchísimas gracias.

—Hasta aquí todo va bien. Pero es el caso que ayer nos encontramos nuestro amigo y yo á una gitana.....

—Vamos, ¡ya! Que ofreció decir la buenaventura y Dios sabe lo que aseguró.

—Nada de eso. Es una gitana que por lo visto nos buscaba.

—¡Qué!

—Así como suena, y que nos buscaba no para decirnos la buenaventura, sino para decirnos algo de algun amigo nuestro.

—¿De mí tal vez?

—De su mercé y del vizconde de Lazan.

—A ver, á ver. ¿Cómo fué eso?

—Muy sencillo. Nos encontró en la calle y encarándose conmigo:

—Adios, Joselito—me dice.

—¡Dios te guarde, cuerpo bueno!—dije yo, por decir algo.

—¡Me han dicho que te casas!

—Así me parece.

Y reparando en Vicente el pintor, exclamó:

—¡Calle, que es tu amigo Vicente! Y este no se casa tambien?

—Tambien, si no dispones otra cosa.

—¿De fijo que tambien se casa don Luis de Guevara?—preguntó.

—¡Pues no faltaba otra cosa!—dije yo algo escamado.

—¿Tienes ocasion de verle?

—Cuando quiera.

—Pues dile á don Luis que eso no sucederá.

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque él y don Cárlos de Lazan y algun otro que yo sé, se verán antes muertos que casados.

Don Luis se echó á reir al oir aquello.

Joselito con mucha gravedad continuó:

—No se ria su merced, porque la cosa es más seria de lo que parece.

—Veamos.

—Tanto Vicente como yo, al oir aquellas palabras nos quedamos sin saber lo que nos pasaba, porque la verdad, aunque todo eso de las gitanas sean embustes, saben decirlos de un modo, que desconciertan al hombre más templado.

—Algo hay de eso.

—¡Pues no ha de haber! Pues, como iba diciendo; ella, sin hacer mucho caso de la cara que nosotros poníamos, continuó: Si verdaderamente eres amigo de don Luis, repítele lo que has oido, para que no le coja desprevenido, y dile que si quiere tener más explicaciones, que me busque, que ahí tiene las señas de mi casa. Y se largó, dejándome este papel.

Era una cuartilla bastante manoseada, donde en caractéres casi indescifrables se leia escrito:

«Calle de la Morería baja, número 5, segundo piso, número 3.»

Eran unas señas claras y terminantes de un domicilio, pero sin nombre de la persona que en él pudiera morar.

Despues de reflexionar don Luis si aquello pudiera ser una añagaza de algun enemigo suyo, siguió preguntando:

—¿Y qué más?

—Que nosotros sospechamos todo lo malo que se puede sospechar y tomamos nuestras precauciones.

—¿Y cuáles son?

—En la casa que dice ese papel, vive verdaderamente una gitana.

—Eso.....

—Voy allá.

—Es una mujer que pasa de los cuarenta y cinco, limpia y decente todo lo que puede serlo una gitana. En su casa no entra nadie, y aun ella misma sale muy poco; vive sola y con alguna comodidad; tiene muy buenas maneras, es muy caritativa con los pobres, y en la casa, que es una casa de vecindad, nadie sabe cómo se llama.

—¿Y qué os parece?

—Que esa mujer tiene interés en hablar con su mercé sin venir á su casa, y creo que no hay ningun peligro en ir á la suya. Además, allá iremos todos.

Don Luis reflexionó unos momentos.

—Esta noche iré á verla—dijo por fin.

—Yo creo que no es escopetazo de pícaro.

—¿Cómo?

—Que si su mercé no está en disposicion, con dejarlo para más adelante.

—No, no, cuanto antes mejor.....

—¿De modo que es cosa resuelta?

—¡Y tan resuelta!

—Sin que pueda haber ningun perjuicio para la salud.

—Creo que no.

—Pues entonces, quedemos en la hora en que ha de ser la visita.

—¿Para qué?

—Porque allá hemos de ir todos, y es preciso avisar á Vicente.

—No es necesario.

—¡Cómo se entiende! Vale más un *por si acaso,* que un *¡Quién se lo habia de figurar!* Y *hombre prevenido, vale por dos.*

—A vuestro gusto.

—¿Pues á qué hora?

—A las siete, aquí.

—Entendidos. Pues hasta las siete.

—Adios.

Salió el torero, y don Luis quedó solo entregado á sus reflexiones.

CAPITULO CXI.

Un aviso intencionado.

En efecto: á la hora convenida, Vicente y Joselito, bien pertrechados, se presentaron en casa de don Luis.

Éste estaba ya vestido y listo.

Como no tenia fuerzas para manejarla y más le serviria de estorbo que de otra cosa, dejó la espada, pero se enganchó á la cintura un par de pistolas seguras, perfectamente cargadas y cebadas.

Despues, muy bien abrigado, muy poco á poco y apoyándose en los brazos de sus dos amigos, llegaron paso tras paso á la casa de la calle de la Morería.

Por pura precaucion se examinó bien el portal, que como de casa de vecindad estaba alumbrado por una lamparilla que ardia delante de una imágen de la Vírgen de la Almudena.

Ni el portal, ni la escalera, ni los corredores tenian traza de sospechosos.

Vivia mucha gente en aquella casa, y era aun bastante temprano para que no fuera una temeridad el intentar cualquier aventura de mal género.

Esto tranquilizó á los tres amigos, que subieron al segundo piso y llamaron á la puerta señalada con el número 3.

La puerta estaba solo entornada.

Cualquiera hubiera dicho que la persona que allí vivia esperaba aquella visita.

Al oir los golpes contestó desde dentro una voz femenil:

—¡Adelante!

Los tres compañeros entraron con algun recelo.

Una mujer, sentada á una mesa de pino que habia en medio de la estancia y dando la espalda á la puerta, parecia muy absorta leyendo un cuaderno manuscrito.

Cuando hubieron entrado y vuelto á entornar la puerta don Luis y sus amigos, se levantó la mujer como para saludarles.

Entonces dió de lleno en su rostro la luz de los dos mecheros del velon de bronce que ardia sobre la mesa.

Aquella mujer era Azucena, la viuda de Colmenares á quien ya recordarán nuestros lectores.

Sonriente, tendió la mano á don Luis diciéndole:

—Gracias por la visita, porque sé que no estais bueno.

—¿Luego verdaderamente tenias interés en hablarme?

—Despues lo sabreis.

Y dirigiéndose á los compañeros de don Luis les dijo:

—Señores: gracias por lo bien que habeis cumplido mi encargo. Lo que he de decir á don Luis, solo él lo debe oir. En mi casa no corre ningun peligro. De consiguiente, os suplico que nos dejeis solos.

Joselito y Vicente miraron á su amigo, que les hizo una seña de aquiescencia.

—Pues entonces, abajo esperamos—dijo el torero que salió seguido de su compañero.

Cuando hubieron salido, la gitana, con mucha afabilidad, preguntó:

—¿Me permitís que cierre la puerta?

—Haz lo que quieras.

—Gracias.

Y cerró con llave.

Despues, tomando el velon, dijo:

—Entrad, que aquí estaremos mejor, y habrá ménos peligro de que nadie nos oiga.

Y cogiendo tambien el cuaderno que antes leia y habia quedado sobre la mesa, precedió á don Luis á otra habitacion contigua.

Aquella pieza se conoce que era el *sancta sanctorum* de la casa.

Era el dormitorio de la dueña.

Perfectamente esterada, con limpias cortinas en las dos ventanas que la ventilaban y alumbraban, y en la cama de nogal que se veia, con las indispensables cornucopias, buenas sillas de Vitoria y un canapé bastante cómodo con sus correspondientes alzapiés, parecia mentira que en aquella casa pudiera haber una habitacion amueblada con tanto lujo.

En medio de la habitacion ardia un reluciente brasero de cobre, con el carbon ya pasado para que no hiciera tufo, que daba al ambiente una templada y agradable temperatura.

La gitana dejó el velon y el cuaderno sobre la cómoda, y despues, tomando al jóven de la mano y acercándolo al canapé, le dijo con solícito interés:

—Sentáos, don Luis, con toda la comodidad que podais, porque nuestra entrevista es posible que sea algo larga.

Despues le puso un alzapiés y le acercó el brasero para que pudiera calentarse las manos.

Cuando le pareció que el jóven estaba de un modo conveniente, se sentó á su lado y tomó la palabra.

En su acento habia algo de solemne y sibilítico.

A haber sido aquella mujer una gitana vulgar que iba á decir la buenaventura á cualquiera de los muchos inocentes que aun creen en esas supercherías, no hubiera dejado de llamar la atencion y de impresionar grandemente la prosopopeya de que se revistió.

—Vuelvo á repetiros las gracias por haber venido—dijo.—Ya sabia que no defraudaríais mis esperanzas y que acudiríais á mi voz.

—Aquí me tienes. ¿Qué quieres de mí?

—Sin saberlo, estais amenazado de un gran peligro.

—¿Puedo saber cuál?

—Para eso os he hecho venir.

—Habla.

—Sé que os vais á casar muy pronto. ¿Es cierto?

—Cierto.

—¿Es verdad que el vizconde de Lazan trata de hacer lo mismo?

—Así dicen.

—¡Infelices! ¿Y no sabeis que no os podeis casar?

—¡Cómo!

—¡Cómo se olvidan las cosas hechas sin discernimiento!

—¿Qué quieres decir?

—¿No perteneceis los dos á esa sociedad maldita, titulada *Los Caballeros del Amor?*

—Sí.

Este monosílabo costó un trabajo inmenso á don Luis.

—¡Y así olvidais los estatutos de esa Sociedad! ¡Vos en particular que sois su presidente!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Poco os importa. Yo sé todo lo que me conviene saber.

—¿Y qué?

—¿Con que no recordais nada?

—No sé á qué te refieres.

—Pues yo os lo recordaré.

Y levantándose, se acercó á la cómoda y tomando el cuaderno, lo mostró diciendo:

—Mirad; los estatutos de la Sociedad.

Don Luis sintió que un sudor frio inundaba todo su cuerpo.

—Ahora leed.

Y buscando el sitio oportuno, acercó la luz y el cuaderno á don Luis, que balbuciente leyó:

ARTÍCULO 42. Ningun individuo que forme parte de la Sociedad, podrá contraer matrimonio.

ARTÍCULO 43. *El caballero del amor* que infringiere el artículo anterior, falta á su fe de caballero y al respeto á las consideraciones que debe á todos y á cada uno de ellos y les debe una satisfaccion que deberá darla tan luego como se le reclame, con las armas en la mano.

—Basta—dijo la gitana.—¿Recordais ya?

—Eso no importa.

—Sí, ya sé lo que vais á decirme; no importa, si no hay quien reclame esa satisfaccion, ¡pero como lo hay.....

Una víbora que hubiera picado á don Luis, no le hubiera producido más efecto.

Levantóse pálido y trémulo y con azorado acento preguntó:

—¿Quién?

—¿Quién es el último que ha entrado á formar parte de la Sociedad?

—El conde de Santillan.

—¿Sabeis por qué se ha hecho *caballero del amor*?

—Lo ignoro.

—Porque su mujer no le quiere.

—¿Y qué tiene que ver?....

—¡Es que recela de que á quien su mujer ama es á vos!

—¿Y qué?

—¡Desgraciado, aun no veis claro? El conde sabe vuestro próximo casamiento, anhela vengarse y aprovecha la ocasion. ¿Y ahora, lo comprendeis?

—Todo.

—¿Qué vais á hacer?

—Ahora no lo sé. ¿Y díme qué intencion te guia con avisarme?

—El mismo peligro correis que corre Cárlos de Lazan. Tanto á vos, como á él, deseo salvaros, porque aunque á él debiera aborrecerle por ser hijo de quien es, y aunque odio de muerte á la de la Jaridilla, sacrifico mi odio al cariño que profeso á Luisa, y en particular á Antonio. Ese es mi secreto.

—Comprendo. Gracias.

—Ahora, ¡Dios os ilumine!

—Así lo espero.

Y sin acordarse de su abierta herida, bajó desalado la escalera, se reunió con sus compañeros y llegó á su casa sin hablar palabra, y hasta casi sin darse cuenta de ello.

CAPÍTULO CXII.

Más complicaciones.

Desatalentado y loco llegó don Luis á su casa.

En vano sus compañeros le preguntaron la causa de su sobreescitacion.

No contestaba más que con monosílabos ó con palabras incoherentes.

Apenas habia tenido tiempo para reponerse de su agitacion, le entraron un pliego cerrado que un hombre acababa de traer para él.

Con mano convulsa leyó su contenido que era el siguiente:

Habia en el encabezamiento el sello de la Sociedad. Luego seguia el texto:

«El presidente de la Sociedad *Los Caballeros del Amor,* no debe ignorar que hay algun socio dispuesto á faltar al artículo 42 de los estatutos. Por si lo ignora, hay un *caballero* que

cree de su deber participárselo para que cumpla y haga cumplir lo que está escrito y todos hemos jurado guardar.—En la residencia de la Sociedad, el 13 de Diciembre de 1788.» En vez de firma y rúbrica habia un signo especial.

Debemos advertir que los *caballeros* en su correspondencia oficial entre sí, cada uno de ellos, en vez de firma, usaba un signo particular que adoptaba el dia que ingresaba en la Sociedad, y por el cual se reconocian sin que hubiese peligro de que si por casualidad alguna comunicacion cayese en manos de un extraño, se pudiese averiguar quién era el autor.

El presidente, al tomar posesion de su cargo, se incautaba de una especie de estampilla ó sello que le servia para autorizar todas las comunicaciones.

Creemos indispensable la anterior explicacion porque así se aclararán ciertos hechos que en otro caso aparecerian confusos.

Como la Sociedad hacia mucho tiempo que no habia necesitado hacer uso de ningun género de comunicaciones, porque los asuntos de que se ocupaba no las exigian, la estampilla del presidente estaba siempre en el domicilio de la corporacion, y cualquier socio, por un uso ó por un abuso que se les toleraba, se servia de ella cuando lo creia oportuno sin dar aviso al que solo la podia hacer servir. Además, la herida de don Luis autorizaba al vice-presidente para usarla.

Esto explica que don Cárlos de Lazan recibiese una comunicacion, como ya hemos visto, fechada el 12 de Diciembre y firmada ó signada por el presidente, cuando este no tuvo conocimiento del asunto hasta la noche del dia siguiente.

Apenas habia tenido don Luis tiempo de reflexionar todo lo que le acontecia, cuando le entraron una carta.

Decia así:

«Cárlos, vizconde de Lazan, *caballero del amor,* al presidente de esta Sociedad, tiene el honor de notificarle que hallándose dispuesto á faltar al art. 42 de los estatutos, no tiene

inconveniente en cumplir lo que previene el art. 43, á saber: á dar satisfaccion de su falta con las armas en la mano á todos sus compañeros, empezando por el presidente. En su consecuencia, puede este designarle armas, sitio y hora. Dado en Madrid el 13 de Diciembre de 1788.—Cárlos de Lazan.»

El vizconde en esta ocasion habia prescindido de toda fórmula y firmado con su nombre aquella especie de cartel de desafío.

Aquello era superior á la paciencia de don Luis.

Sin parar mientes en su debilidad, armóse de espada, daga y pistolas y suplicó á sus amigos que le acompañasen.

Llegado al domicilio de la sociedad, dejó á sus compañeros en la puerta y dándose á conocer entró en el local donde acostumbraban los socios tener sus reuniones.

Allí estaban el de Lazan, el conde de Santillan y dos ó tres caballeros más.

Al entrar don Luis, levantóse Cárlos del asiento que ocupaba y dirigióse al recien venido, saludándole ligeramente con la cabeza.

Sacó luego del bolsillo la comunicacion que habia recibido y se la mostró diciéndole:

—Ayer recibí esta comunicacion firmada por vos.

—¿Ayer?

—Sí, por cierto.

—Perdonad. Esta carta vuestra de desafío y vuestras palabras, son las primeras noticias que tengo de este asunto.

Cárlos conocia la hidalguía de carácter de don Luis y que era incapaz de forjar una mentira: así es que algo desconcertado dijo:

—¿Cómo se explica esto? Leed ahí.

Don Luis se enteró de la comunicacion y con la mayor tranquilidad, recordando lo que habia dicho la gitana, respondió:

—En verdad os digo que no sé nada de lo que todo esto significa. Solo veo que se ha usado de mi estampilla sin mi consentimiento. Lo demás tal vez alguno de estos señores nos lo podrá explicar.

Estas últimas palabras fueron dichas en un tono bastante alto, para que todos lo oyesen.

Sin embargo, nadie contestó.

Cárlos, que ya sabemos que creia tener motivos de resentimiento contra don Luis y que deseaba vengarlos, respondió en tono de mofa:

—Pues nadie se da por entendido.

—Pues ¡vive Dios! yo haré que alguno hable.

Y levantándose don Luis, se dirigió al conde de Santillan y á los otros caballeros, y con reposado, pero amenazador acento, les dijo:

—Señores: un abuso incalificable ha tenido lugar en esta Sociedad.

—¿Cómo?—preguntaron los caballeros, ménos el conde que calló.

—Usando de mi signo y de mis atribuciones.

—¿Con qué fin?—preguntó ahora intencionadamente el de Santillan.

—¡No importa el fin!—respondió airado el presidente. —Aunque sobrara la razon, debia haberse puesto antes en mi conocimiento!

—¿Y qué deseais?—preguntó uno de los caballeros.

—Deseo, señores, se me diga si alguno de los aquí presentes tenia conocimiento de este hecho.

—Por mi parte no—contestó uno.

—Yo tampoco—dijo otro.

El conde calló.

—Y vos, conde de Santillan, ¿no sabeis nada?

—Algo se me alcanza del hecho—respondió el aludido con la mayor frescura.

—Pues bien, espero de vuestra hidalguía digais lo que sepais

—Con mucho gusto.

—¡Gracias á Dios!—suspiró el de Guevara.

Cárlos y los demás circunstantes prestaron atencion.

El conde no era cobarde, como no lo era ninguno de los caballeros; además le impulsaba el despecho, la rabia, los celos que tenia de don Luis, como ya sabemos; todo estaba fraguado por él. Él habia preparado aquella escena, la esperaba, y por eso estaba allí dispuesto á arrostrar todas las consecuencias.

Con eso está dicho que preparado á todo evento y no falto de bravura, tuvo toda la serenidad que la situacion exigia.

Mesurado, sonriente, un tanto incisivo en sus palabras, comenzó á hablar.

—Es el caso, señores—dijo—que dos *caballeros del amor* van á faltar á los estatutos que han jurado guardar. El caso es muy sencillo. Ha llegado á mi noticia. He pensado ponerlo en conocimiento del presidente, pero despues he reflexionado que mal podria castigar el delito quien es tambien delincuente, porque debo decir que uno de los dos infractores es don Luis de Guevara, aquí presente. Como sabia que estaba en cama herido, hice lo que cualquiera de mis compañeros hubiera hecho en mi lugar; puse una comunicacion al vizconde de Lazan, que es el otro reo, usando la estampilla del presidente, en la que le avisaba que se tenia conocimiento de la falta que iba á cometer por si aun cabia arrepentimiento. ¿No es esto verdad, señor vizconde?

—Es cierto.

—Y luego recordé al presidente que estaba faltando á sus deberes.

—¡Caballero! ¡Mirad lo que decís!—gritó don Luis lleno de cólera.

—Lo tengo muy mirado, señor presidente—respondió el

de Santillan con gran flema.—Examinad detenidamente y sin apasionamiento vuestra conducta como individuo de la Sociedad, y despues como su presidente, y ved qué calificativo mereceis. Además, si os parecen algo duras mis palabras, dispuesto estoy á satisfaceros del modo que tengais por conveniente; pero antes levanto mi voz en defensa de los fueros de la Sociedad, y exijo se dé á esta cumplida satisfaccion.

El reto no podia ser más formal y categórico, pero la intencion tambien estaba descubierta.

Los otros dos caballeros allí presentes, abogaron por los fueros de la Sociedad: como que ignoraban la inícua trama que á pretexto de la supuesta falta se urdia; y dieron toda la razon al de Santillan.

Cárlos y Luis comprendieron que habian caido en un inícuo lazo; pero como el primero ya sabemos que tenia una mortal ojeriza al segundo y calculaba que si en la lucha salia vencedor, heria á la Sociedad en su presidente y tal vez la cosa ya no tuviese más consecuencias, sostuvo con tenacidad su carta de desafío é insistió en batirse. Don Luis, en realidad no odiaba á Cárlos; mas despues de lo que con él le habia sucedido y que no acertaba á explicarse, á falta de otra aclaracion y como en revancha de lo que por él habia sufrido, no rehuia el duelo.

De mejor gana se hubiera batido con el de Santillan, porque sabia el verdadero móvil de su conducta rastrera; pero no lo pudo conseguir por la oposicion que le hicieron los otros caballeros.

Lo único que pudo lograr fué que si en su lucha con don Cárlos quedaba vencedor, despues se batiria con el conde.

Como en los duelos entre los *caballeros del amor*, era costumbre los presenciasen cuatro testigos todos de la Sociedad, que no fuesen parte interesada, y además era preciso comunicar á la Sociedad que aquellos duelos eran castigo á una falta, se aplazó para el dia siguiente por la noche en que toda

la corporacion estuviese reunida, el nombramiento de testigos y las condiciones del combate.

Se tuvo tambien en cuenta el estado de don Luis, aunque no se habló ni una palabra de ello para no herir su susceptibilidad, para concederle dos dias más en que pudiera fortalecerse algun tanto.

CAPÍTULO CXIII.

La muerte del rey.

Á la noche siguiente, como á las diez y media de ella, en el mismo local de la noche anterior, estaba reunida toda, ó la mayor parte de la Sociedad.

Se dió conocimiento de todo lo ocurrido.

El conde de Santillan fué el acusador.

La Sociedad tomó en cuenta la acusacion, y por una gran mayoría se decidió que se cumpliera lo que prevenian los estatutos.

Procedióse, pues, al nombramiento de testigos, á la eleccion de armas, al arreglo de los turnos, por si los dos reos al segundo duelo no quedasen fuera de combate, á la designacion de sitio y otras formalidades de costumbre.

Muy atareados se hallaban los caballeros en aquellas minuciosidades, y así habian transcurrido dos horas, es decir,

eran las doce y media, cuando entró uno de los caballeros, que venia de la calle, y cuando supo el por qué de la reunion y el asunto que se estaba tratando, exclamó:

—¿Y ha de ser mañana el duelo?

—Mañana—le contestaron á coro.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Señores—dijo levantando la voz—reclamo por un momento la atencion de todos los aquí presentes.

Un gran silencio siguió á aquellas palabras.

—Por lo que veo—continuó el caballero—aquí se ignora lo que pasa.

—¿Qué pasa?

—Hace un cuarto de hora escaso, Su Majestad el rey don Cárlos III ha pasado á mejor vida.

Aquella noticia produjo un efecto indescriptible.

Eran tantas las simpatías que aquel monarca se habia conquistado entre sus vasallos, que hasta aquella sociedad cuyo lema era *libertinaje y escándalo*, le pagó con sus sentimientos un justo tributo de gratitud por el mucho bien que le debian los españoles.

—¡Qué desgracia para España!—fué la exclamacion general.

—La pérdida de tan buen rey—continuó el portador de la infausta nueva—bien merece un pequeño sacrificio por nuestra parte.

—Sí, sí—contestaron todos unánimes.

—Pues bien, propongo que por quince dias suspendamos todas nuestras aventuradas empresas.

—¡Cómo!—preguntó alguno no muy conforme con aquella idea.

—Oidme—gritó el iniciador.

—Que hable.

—Con motivo del luto de la córte, se prohibirán toda clase

de regocijos por algun tiempo. Las bodas, aunque en sí no lo son siempre, son una causa de ellos, y sabeis que en tales circunstancias se acostumbran prohibir; pues bien, si esto sucede, ninguno de los que ahora creemos delincuentes llegará á serlo, y por consiguiente, tiempo hay para castigarles. Paso, pues, por unos dias á nuestras hazañas, y paguemos este ligero tributo á la memoria de quien ha hecho tanto para España.

Esta proposicion fué bien recibida por la mayor parte, con frialdad ó indiferencia por algunos, y con disgusto por unos pocos.

Hubo por consiguiente alguna discusion, pero al fin prevaleció la idea propuesta, y quedaron aplazados los desafíos para de allí á quince dias, es decir, para el 1.° de enero.

. . . . . .

. . . . . .

Ya que hasta *Los Caballeros del Amor* rindieron tributo á su manera á las grandes virtudes del rey Cárlos III, nosotros, que tenemos el deber de relatar en estas *Memorias de su tiempo* algunos de los hechos culminantes de su reinado, no podemos ménos de tributarle nuestro humilde homenaje, presentando á la consideracion de nuestros lectores unos *apuntes biográficos* de la vida de aquel rey, que, aunque ligeros, basten para conocerlo y apreciarlo.

Aquí deja de hablar el novelista para hacer plaza á la historia.

Documentos auténticos, crónicas verídicas, historiadores de fama y dignos de crédito nos suministran los datos que nos hemos tomado el trabajo de reunir y coordinar. Hemos procurado conciliar la verdad con la concision, y creemos no sentirán nuestros lectores que prescindamos por algunos momentos del asunto primordial de esta obra, para dar á conocer minuciosamente esta simpática figura, que orna tan brillantemente nuestra historia patria.

Del rey don Felipe V y de su segunda esposa doña Isabel Farnesio, princesa de Parma, nació el infante don Cárlos el 20 de enero de 1716.

Era el quinto hijo que tuvo el rey don Felipe, pues de su primera esposa doña María Luisa de Saboya, hubo á don Luis que nació en 1707, que subió al trono por abdicacion de su padre en 1724, y murió en el mismo año despues de un efímero reinado.

El segundo fué Felipe que vivió seis dias.

El tercero, Felipe Pedro Gabriel que nació en 1712 y murió en 1719.

El cuarto, lo fué Fernando, que heredó la corona á la muerte de su padre en 1746, y era el VI de su nombre en la cronología de los reyes de Castilla.

Gracias á la diplomacia é intrigas que la reina Isabel puso en juego á costa de la sangre y los caudales de los españoles, por el mucho influjo que ejerció sobre su esposo y el grande amor que profesaba á sus hijos, don Cárlos, el primogénito, partió de Sevilla para Italia á tomar posesion de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia en 20 de octubre de 1731, es decir á los diez y seis años no cumplidos. A pesar de su tierna edad y del poco tiempo que ejerció su soberanía en aquellos Estados, ya supo captarse las simpatías de sus vasallos.

En 10 de mayo de 1734, hizo su entrada don Cárlos en Nápoles, en medio del regocijo y de las aclamaciones del pueblo, con el carácter de virey de don Felipe V, rey de Nápoles; pero cuando aun se celebraba con públicos festejos la entrada del príncipe español, llegó el acta de cesion del rey su padre, fechada en 22 de abril del mismo año, por la cual trasmitia al don Cárlos, todos los derechos que España pudiera tener al reino de las Dos Sicilias.

En enero de 1735, pasó á la isla de Sicilia para tomar posesion de ella y el 3 de julio siguiente, se coronó en Palermo con toda pompa y magnificencia.

En 9 de mayo de 1838, se desposó por poderes, en Dresde, con la princesa María Amalia de Sajonia, hija del elector Augusto III rey de Polonia y sobrina del emperador de Alemania.

Reinó en las Dos Sicilias hasta el 6 de octubre de 1759 en que para venir á tomar posesion de la corona de Castilla, vacante por la muerte sin sucesion de su hermano don Fernando VI, cedió el trono á su segundo hijo don Cárlos, que lo fué el VIII de su nombre en aquel reino.

Mucho debieron los napolitanos á don Cárlos VII en los veinticuatro años y tres meses que allí reinó.

Y bien le manifestó aquella nacion su agradecimiento en el modo como lo despidió.

El abate Beccatini, historiador contemporáneo, haciendo referencia á aquella despedida, se expresaba de este modo:

«Todo el pueblo, grandes, pequeños, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, de toda edad, condicion y sexo, estaban sobre la ribera para ser testigos oculares de la partida de su amado dueño, y pocos eran los que podian contener las lágrimas de dolor al ver que se les ausentaba, y de alegría al verle sublimado á mayor y más poderoso sólio: todos recordaban lo mucho que habia hecho por ellos, sus beneficios, los peligros acaecidos en la guerra, la marina restablecida, el comercio ampliado, las letras y las artes protegidas, los edificios ensalzados, y especialmente el famoso hospicio bajo el Cabo de China para recoger los mendigos, y la grandiosa villa de Caserta....»

«Los que recordaban cuál estaba el reino de Nápoles veinte y cinco años antes, mirado solo como la capital de una provincia lejana y despreciada en el fondo de Italia, sujeta á los caprichos de un gobernador inconstante, sin fuerzas, sin marina, sin crédito, se quedaban pasmados y estáticos al ver este reino creado, ó por mejor decir, resucitado de nuevo, y en el cual florecian las leyes, la ciencia, la poblacion, el comercio

terrestre y marítimo, la disciplina militar, la bandera napolitana navegando en el Canal de la Mancha y en Constantinopla.... Portici con su Museo lleno de curiosas antigüedades, sacadas de Pompeya y Herculano, sirviendo de admiracion á todos los extranjeros.... el palacio de Cappo di Monte con su soberbia galería y su rara coleccion de medallas, la policía y el buen gusto por todas partes, la capital hermoseada y enriquecida con nuevas calles, fortificaciones de primer órden, paseos amenos, la nacion napolitana, en fin, otra de la que habia sido á principios del siglo....»

No es extraño que Nápoles viera partir con dolor, y que España esperara con ánsia á un principe que dejaba allá tan gloriosos recuerdos y traia aquí tan halagüeñas esperanzas.

Era Cárlos III hombre de mediana estatura, no obeso, pero fuerte de complexion; formaba contraste la blancura natural de su cuerpo con el color tostado y curtido de rostro y manos, como expuestos siempre á la intemperie por el ejercicio diario de la caza.

Su fisonomía ofrecia casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas.

La magnitud de su nariz presentaba á primera vista un rostro muy feo; pero pasada esta impresion, sucedia otra mayor, que era la de hallar en aquel semblante casi espantoso, una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban amor y confianza.

Enemigo de la sujecion y de la etiqueta, gozaba cuando se podia despojar de sus ricos trajes de gala y quedarse en su sencillo y desahogado vestido ordinario que lo constituian, el indispensable calzon negro, chupa y guantes de ante ó de gamuza, casaca de paño de Segovia, chorrera de encaje en la camisa, pañuelo de batista al cuello, sombrero de ala ancha, medias de lana ó hilo, segun la estacion, y zapatos de becerro ordinario con hebillas de acero.

Mal conocian su carácter y sus inclinaciones los que le retrataron con armadura de guerrero.

Ordenado y metódico en todas sus costumbres, tenia arreglados todos los actos de su vida con una regularidad matemática que se complacia en seguir con la mayor exactitud.

La distribucion de su tiempo era esta invariablemente.

A las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito Pini, hombre honrado, que dormia en la pieza inmediata á la real alcoba.

Se vestia, rezaba un cuarto de hora y estaba solo ocupado en su cuarto interior hasta las siete ménos diez minutos que entraba el sumiller, duque de Losada.

A las siete en punto, hora que daba para vestirse, salia á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles hombres de guardia y media guardia y los ayudas de cámara.

Se lavaba y tomaba chocolate, y cuando habia acabado la espuma, entraba de puntillas con la chocolatera un antiguo repostero llamado Silvestre, que habia traido de Nápoles, y como si viniera á hacer algun contrabando, le llenaba á hurtadillas de nuevo la jícara: siempre tenia el rey para este fiel criado alguna frase de tierna solicitud.

Al tiempo de vestirse y del chocolate, asistian los médicos, cirujano y boticario, segun costumbre, con quienes tenia un rato de conversacion.

Oía la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho se encerraba á trabajar solo hasta las once, el dia que no habia despacho.

A esta hora, venian sus hijos á su cuarto, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor ó con el conde de Aranda mientras fué presidente, y á veces con algun ministro.

Salia despues á la cámara, donde estaban esperando los embajadores de Francia y Nápoles, y despues de conversar un rato con ellos, hacia una seña al general de cámara, que mandaba al ujier llamase á los cardenales y embajadores,

que se unian á los de la familia y departia con ellos amigablemente hasta la hora de comer.

Lo hacia en público dirigiendo la palabra á unos y á otros mientras estaba á la mesa.

Concluida la comida, recibia á los extranjeros ó á los del país que disfrutaban de esta merced por gracia, ó con ocasion de llegada ó despedida.

Volvia despues á la cámara, donde estaban los embajadores y cardenales de antes y alguno de los ministros residentes ó algun otro indivíduo del cuerpo diplomático, con quienes pasaba á veces media hora en corro de pié.

Es opinion general de todos los que llegaron á tratarle con alguna intimidad, que ningun soberano de Europa sabia sostener mejor una conversacion, con más amenidad, majestad y agrado, cosa bastante difícil si se considera que la sociedad era casi siempre la misma y parecia que siendo diario, se habian de agotar los asuntos.

Despues de comer dormia una ligera siesta en el verano, nunca en invierno, y luego salia de casa hasta la noche, primero con su hermano el infante don Luis, y despues con el príncipe de Asturias su hijo.

Al volver del campo le esperaba la princesa y toda la familia real.

Se contaba y repartia la caza, hablaba de lo que cada infante habia hecho por su parte, y despedidos los hijos, daba el santo y la órden para el otro dia, y pasaba al cuarto de sus nietos.

Despues venia al despacho, y si entre este y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algun rato, jugaba al revesino para ocuparle.

Cenaba siempre los mismos platos: una sopa, un pedazo de asado, regularmente ternera, un huevo fresco pasado por agua, ensalada aliñada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en el que mojaba dos pedacitos de miga de pan tostado, bebiéndose el resto.

Hacia que le pusieran siempre un gran plato de rosquìllas cubiertas de azúcar.

A la mitad de la cena soltaban los criados los perros de caza favoritos, que subian como furias á colmarle de caricias y á devorar las rosquillas que su dueño les distribuia, y que se disputaban con encarnizamiento.

Aquel rato era el de más expansion para el rey, que gozaba extraordinariamente con los saltos y demostraciones de alegría de sus favoritos cuadrúpedos.

Despues de la cena rezaba como un cuarto de hora ó veinte minutos, luego salia de la cámara, se desnudaba, daba la hora al gentil hombre de servicio para las siete del dia siguiente, se retiraba con el sumiller y se metia en la cama.

Tal era la vida interior del rey Cárlos, segun la refiere un testigo ocular digno del mayor crédito.

De su acendrado amor á la justicia certifican y deponen unánimemente cuantos han dejado escrito algo de este monarca.

A los dos meses de haber sido jurado como rey de España, una desgracia inmensa le sobrevino, que amargó el resto de sus dias.

La reina María Amalia de Sajonia, «reina amable, amabilísima reina, y de un corazon extremadamente justo y bueno,» como la califica un historiador italiano; que desde antes de venir á España sufria quebrantos en su salud, adoleció de tal manera, que á pesar de todos los auxilios de la ciencia, pasó á mejor vida el 27 de setiembre de 1760, á la florida edad de treinta y seis años.

«*Este es el primer disgusto que me ha dado en veinte y dos años de matrimonio,*» dicen que exclamó el rey, y aunque su edad no excedia de cuarenta y tres años, hizo propósito y resolucion de no contraer otro enlace, dando así un testimonio del eterno amor que se proponia conservar á la virtuosa y amable compañera que acababa de perder; y de tal modo lo

cumplió, que, dando á sus vasallos un ejemplo de pureza de costumbres, en veinte y ocho años de viudez ni aun la malignidad cortesana, tan propensa á escudriñar é interpretar á su modo todas las acciones de los reyes, encontró nunca ni aun apariencias que pudieran darle pretexto á críticas que empañaran y deslustraran en lo más leve su reputacion de irreprensible en esta materia.

Por lo mismo no extrañaremos sea verdad que alguna vez se vanagloriara entre personas de su confianza de haber conseguido conservar una virtud, no muy comun por cierto en su familia.

Refiriéndose á este asunto, se cuenta por persona digna de fe, que en un momento de expansion le decia el rey al prior del Escorial: «Gracias á Dios, padre mio, no he conocido nunca mas mujer que la que Dios me dió: á esta la amé y estimé como dada por Dios, y despues que ella murió, me parece que no he faltado á la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento.»

Además de esta rara virtud que tanto le enaltece, poseia otras que le ayudaban á conquistar los corazones de sus súbditos.

Trataba con gran afabilidad hasta á las personas de más humilde condicion, era jovial y chancero y tenia propension á remedar á otros, lo que hacia con mucha gracia.

En cuanto á sus cualidades intelectuales, si el talento de Cárlos no rayó en el más alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones.

Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, el tino de haber encomendado á los varones más esclarecidos y á las más altas capacidades de su tiempo, y puesto en las más

hábiles manos la administracion y el gobierno de la monarquía.

Dadas estas noticias del carácter y prendas personales de Cárlos III, pasaremos á bosquejar lo más lacónicamente que nos sea posible los beneficios que durante su reinado reportó España de su paternal solicitud.

Hombre maduro ya y acostumbrado á manejar las riendas de un Estado cuando vino á España, él, que supo hacer de Nápoles, antigua provincia de otros reinos, devastada y empobrecida por contínuas guerras y la codicia de los vireyes, un reino floreciente, mucho más se debia esperar de él en España, que bajo el paternal gobierno de su hermano Fernando VI, hacia trece años que gozaba de una paz octaviana, que habia recibido un notable impulso en sus gérmenes de riqueza y que le entregó á su advenimiento al trono henchidas de numerario las arcas del Real Erario.

Y en efecto: á plantear mejoras, á protejer y fomentar el trabajo nacional, á crear establecimientos útiles, á desarrollar la enseñanza, á fundar instituciones laudables, á corregir abusos, á reorganizar todos los ramos de la administracion de un modo ventajoso para el país; á hacer en fin, cuanto pudiera tender al brillo y prosperidad de España, dirigió todos sus esfuerzos, y sin el malhadado *Pacto de familia* con Francia, que le comprometió en guerras ruinosas y estériles, no cabe la menor duda que España durante aquel reinado hubiera llegado al apojeo de su esplendor.

Así y todo, despues de la muerte del Emperador Cárlos V, nunca nuestra nacion se habia visto tan respetada, tan animada y tan temida, como bajo el cetro de Cárlos III.

Habrá pesimistas que tal vez olvidarán lo que hizo por lo que hubiera podido hacer; mas los españoles de su tiempo no analizaban tanto, y como el instinto de la guerra está por desgracia muy desarrollado entre nosotros y solo las guerras fueron la rémora que encontró don Cárlos para poder reali-

zar todos sus grandes planes, todos, ó casi todos sus contemporáneos agradecieron los beneficios recibidos sin acordarse, ó al ménos procurando olvidar los que hubieran debido recibir.

Madrid, en particular, no olvidará nunca aquella época.

¿Y cómo olvidarla, si todo, ó casi todo lo que la córte tiene de notable se debe á la enérgica iniciativa de aquél rey?

Así, pues, no es de extrañar que todas las clases de la sociedad vistieran luto el 15 de diciembre de 1788, cuando se supo que la noche anterior, á las doce y cuarenta minutos de ella, acababa de espirar.

Y aquel luto era verdadero, porque lo sentia el corazon de todos los españoles.

Con trece hijos premió Dios el amor de los régios conyuges. Cuatro de ellos murieron siendo muy niños.

Los demás fueron los siguientes:

Don Felipe Pascual que nació en 1747; excluido de la sucesion por su imbecilidad: murió en 1777.

Don Cárlos, príncipe de Asturias, que heredó el trono: nació en 1748.

Don Fernando, rey de Nápoles y Sicilia, nació en 1750.

Don Gabriel que nació en 1752, casó con María Ana de Portugal, y murieron ambos pocas semanas antes que su padre.

Don Pedro, don Antonio y don Francisco Javier, que tambien le precedieron á la tumba.

Doña María Josefa, que nació en 174.. era contrahecha y no fué casada.

Doña María Luisa, que nació en 1745, y casó con el archiduque Leopoldo, primeramente gran duque de Toscana y despues emperador.

Aquel insigne monarca despues de haber regido durante veinte y nueve años á España, espiró en medio de las lágrimas de todos sus vasallos.

Á su muerte, faltábanle pocos dias para cumplir setenta y tres años de su edad.

De propósito hemos omitido el mencionar los establecimientos públicos que creó ó fomentó, los hombres ilustres á quienes protegió é hizo brillar, el sinnúmero de mejoras que en toda España inició, la reorganizacion del ejército y armada, la del sistema tributario, el impulso que dió á la agricultura, al comercio, á las artes, á todos los ramos del saber humano y á todo cuanto en bien de España contribuyera, porque la índole de esta publicacion nos lo impide, porque sobrado conocido, aunque solo sea por referencia, y sobre todo, porque, como dijimos al comenzar estos mal perjeñados *apuntes*, solo hemos tratado de rendir un tributo á su memoria.

CAPITULO CXIV.

Los amigos de confianza.

Todas las campanas de las iglesias de Madrid doblan á muerto.

Cada cuarto de hora suena el estampido de un cañonazo.

La córte está en pleno luto.

Se están verificando los funerales del rey don Cárlos.

Los alrededores de palacio están atestados de gente de todas edades, sexos, clases y condiciones.

Allí se encuentra literalmente todo Madrid.

Porque fuera de allí y hasta la puerta de San Vicente que es por donde debe salir el fúnebre cortejo con direccion al Escorial, no se encuentra un alma por calles, callejones, plazas ni plazuelas y hasta nos atrevemos á asegurar que en el interior de las casas hubiera costado trabajo encontrar á nadie.

Con todo, como no hay regla sin excepcion, nosotros sa-

bemos de una casa donde no solo se encontrará á sus habituales moradores, sino tambien algunas personas extrañas.

A ella vamos á trasladar á nuestros lectores.

Vamos, pues, á casa de don Luis de Guevara.

El caballero, envuelto en ancha bata de abrigo, está hace rato escribiendo sentado á una mesa.

¿Qué es lo que escribe?

Véamoslo: cartas, muchas cartas.

Seguramente presiente un fin desastroso á su última aventura y, á hurtadillas de Paca, que aun ignora todo lo ocurrido, en los pocos ratos que no está ésta á su lado, se despide de sus amigos ó procura poner en órden sus intereses.

Como hemos dicho, hace ya rato que escribe cuando recibe la inesperada visita de Joselito.

El torero era un buen amigo de sus amigos y no podia vivir desde que temia que don Luis estuviese en peligro.

Porque lo mejor del caso es que ni él ni Vicente sabian realmente de lo que se trataba, pues á excepcion de las palabras enigmáticas que Azucena les encargó dijesen á don Luis, éste por su parte, aun no les habia dicho nada.

Con todo, sospechaban que nada bueno podia resultar para su amigo, y el afecto que le tenian les hacia estar alerta.

—Muy buenos dias, don Luis—dijo el torero, entrando y saludando.

—Muy buenos, Joselito.

—¿Cómo vamos de salud?

—De salud bien, pero bastante débil.

—¿Y de valor?

—De valor nunca mal.

—Más vale así.

—¿Porqué lo dices?

—Porque creo que su mercé ha de necesitarlo mucho.

—A Dios gracias, nunca me ha faltado.

—Ya lo sé.

Y los dos amigos guardaron silencio.

Al cabo Joselito lo rompió.

—¿Parece que su mercé tiene hoy mucha correspondencia?

—Alguna.

—¡Demontre, pues es una friolera! ¡Seis, siete, nueve cartas!

—¡Y las que he de escribir aun!

—¡Pues apenas tiene amigos fuera su mercé!

—No son todas para amigos.

—¡Ya! Sí, habrá tambien alguna amiga!

—¡De todo hay!

—Lo supongo.

Y volvieron á callar algunos minutos.

Otra vez volvió á la carga Joselito.

—Don Luis, ¿su mercé es amigo mio?

—¡Vaya una pregunta!

—¡Motivos hay para hacerla!

—¿Puedes dudarlo?

—¡Tal vez, sí!

—¡Cómo!

—¡Don Luis! ¡Su mercé no tiene confianza en sus amigos!

—¡Estás en un error!....

—¡Y el hombre que no se fia de sus amigos, debe inspirar desconfianza!

—¡Joselito! ¡Esas palabras!....

—Me salen del corazon y se me escapan de la boca.

—Es que pecan de imprudentes.

—¡Como su mercé quiera! Pero yo soy así, á la pata la llana, y he de decir las cosas como las siento.

—Pero sepamos, ¿qué es ello?

—¿No ha dado todavía su mercé en ello?

—¡No es fácil!

—¡De modo que aun habré de decirlo!

—Si no, ¿cómo te he de entender?

—¡Válgame Dios! ¡Y qué duras entendederas!

—¡Eh! Acaba de una vez.

—Pues allá va. Su mercé corre un gran peligro.

—¿Yo?

—Sí, señor. Y su mercé lo oculta á sus amigos.....

—¡Joselito!....

—Y eso está muy mal hecho.

—¡Pero si no hay tal cosa!

—Es inútil negarlo, don Luis. La gitana le dió sin duda á su mercé algun aviso que es verdad, y su mercé nos lo ha callado.

—Cierto que no me engañó, pero no es lo que te figuras.

—¿Y no se puede saber lo que es?

—Joselito, hay cosas en que se interesa el honor de un hombre y hay que callarlas.

—Si solo fuera el honor.....

—¿Qué quieres decir?

—¡Por vida del rey de bastos! Que si la cuestion fuera solo de honra, yo me callara como un muerto, pero hay otra cosa de por medio.

—¿Qué cosa?

—La gitana lo que hizo fué avisar á su mercé de que su vida estaba en peligro, y ese aviso, por lo que veo, estaba fundado.

—¿Lo crees así?

—¡Pues no lo he de creer!

—¿Y en qué te apoyas?

—En la conducta que su mercé sigue con todos nosotros, en cien mil cosas, hasta en esas mismas cartas.

—¡Qué tontería!

—Llámelo su mercé como quiera, pero esa es la fija.

—Te digo que estás equivocado.

—Entonces, vamos por partes, y hágame su mercé el favor de explicarme alguna de las muchas cosas que aquí pasan y que yo no entiendo.

—Veamos.

—En primer lugar, ¿resultó cierto el aviso de la gitana?

—Hasta cierto punto.

—¿Cómo hasta cierto punto?

—La gitana me envió aquel recado para obligarme á que fuera á su casa.

—¿Tan solo por eso?

Don Luis titubeó.

El torero insistió:

—¿Esa sola fué la causa?

El carácter de don Luis repugnaba el fingimiento, así es que, no pudiendo resistir más á las instancias de su amigo, exclamó:

—Joselito, te ruego que no me preguntes más.

—Luego ¿yo tengo razon?

—No es eso.

—¿Pues entonces?....

—Pero ¿no conoces que es que yo no puedo hablar?

—¿Y por qué?

—Porque mi honor me lo impide.

Joselito se encogió de hombros y no contestó.

Despues de algunos minutos de un enojoso silencio, preguntó el torero:

—¿Y no pueden los buenos amigos servir de algo?

—Tal vez sí.

—Pues aquí estoy yo.

—No: por ahora, no.

—¿Pues cuándo?

—No sé: muy pronto quizá: veremos!

—¿De modo, que aun no se sabe cuándo será la cosa?

—¿Qué cosa?

—¡Qué sé yo! Ese intríngulis que trae revuelto á su mercé!

—¡Ya puedes asegurarlo!

—Don Luis: yo no entiendo de perfiles. Comprendo que

cuando en un asunto anda de por medio interesada la honra de una persona, se haga lo que se pueda para sacarla limpia; pero tambien comprendo otras cosas!...

—Y son....

—Que muy bien puede suceder, que cuando un prójimo estorba, se le tienda un lazo comprometiendo hasta su honra, para tenerlo más seguro.

—¡Verdad!

—¿He dicho algo?

—Algo más de lo que crees.

—¿Sí? Pues si su mercé de buenas á buenas no quiere hablar conmigo, porque no le inspiro bastante confianza.....

—Te digo y repito que no es eso.

—Ó por otra causa. Yo he de conseguir que su mercé hable.

—¿Y cómo?

—¿Cómo? Metiéndole los dedos en la boca para que lo suelte todo.

—¡Será de ver!

—¡Y tanto como será! Si yo no tengo bastante retórica para convencer á su mercé, ya buscaré yo á quien la tenga.

—¿A quién?

—Esa es cuenta mia. Hasta despues.

Y tomando el sombrero, se fué.

Don Luis se quedó pensativo.

¿Adónde iba el torero?

En busca de sus amigos, sin duda.

¿Y debia verlos? ¿Debia contarles lo que le sucedia?

El torero habia estado en lo justo al suponer que todo lo que á don Luis le pasaba, podia muy bien no ser más que un lazo.

Eso era verdad. Así lo comprendia él mismo; pero á pesar de todo ¿debia hablar?

Más de tres cuartos de hora estuvo el caballero haciéndose

esta misma pregunta sin atreverse á contestarse á sí mismo.

Sumido en estas cavilaciones estaba, cuando volvió á presentarse el torero.

Pero esta vez no venia solo.

Le acompañaban don Ramon de la Cruz y Vicente el pintor.

—Señores, ¡tanto bueno por mi casa!—dijo el jóven estrechando las manos de estos dos últimos.

—Sí, amigo don Luis—contestó el poeta.—No hemos podido resistir á los ruegos de nuestro amigo Joselito, que decia era indispensable aquí nuestra presencia si queríamos evitarnos una desgracia.

Don Luis miró al torero con aire severo.

Aquel no le dejó hablar.

—Y aun no han venido todos los que he ido á buscar, pero uno que falta, no tardará.

—No hay ninguna molestia si de vuestro servicio se trata —se apresuró á decir don Ramon.

—Señores—replicó don Luis—yo agradezco á todos la buena voluntad, hasta á Joselito, que por ser oficiosa ya casi me está perjudicando. Aquí no hay más que el buen celo de nuestro amigo que se ha empeñado en salvarme de no sé qué peligros imaginarios que él se ha forjado en su mente y de que yo no tengo noticia.

—Bien, bien, don Luis—se apresuro á decir el torero.—Aun nos falta aquí un amigo, á quien no he podido hallar en su casa: le he dejado recado, y creo no tardará en venir: cuando él esté aquí, se presentará la cuestion en debida forma, y sus mercedes decidirán de parte de quién de nosotros dos está la razon.

Como si se hubiera estado esperando que Joselito hubiera acabado de pronunciar aquellas palabras para llamar, se oyó un golpecito en la puerta de la estancia.

—Ya está ahí nuestro amigo—exclamó el torero.

—Adelante quien sea!—gritó don Luis.

El recien venido entró.

Era nuestro amigo Antonio.

Despues de los correspondientes saludos, tomó asiento entre sus compañeros.

—Señores—dijo—¿á qué debo la honra de verme con tan agradable compañía?

—Joselito nos lo dirá—contestó el poeta.

—A eso voy.

—Oigamos.

Don Luis no estaba tranquilo.

—Pues es el caso, señores, que nuestro amigo Vicente y yo, nos encontramos un dia á una gitana que nos dió para don Luis un recado algo alarmante.

—¿Una gitana?—preguntó Antonio con interés.

—Sí, por cierto—contestó Vicente.

—¿Y no se puede saber qué recado es el que dió?—insistió Antonio.

—¡Pues ya lo creo! El recado era ni más ni ménos que don Luis no se podria casar con Paca, porque moriria antes.

Antonio no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—Y ¿qué más?—preguntó.

—Que aquella noche fué don Luis á ver á la gitana, que nosotros le acompañamos, y luego á otro sitio; que desde aquel dia está triste y preocupado; que yo barrunto que le amenaza un gran peligro; que le he preguntado y se calla como un poste, y que he llamado á sus mercedes para que me ayuden en mi buena obra.

Todos callaron.

—Señores—dijo por fin Antonio—lo que Joselito intenta es muy noble y generoso; pero don Luis no puede hablar. A mí me consta.

Todos, incluso el de Guevara, le miraron con asombro.

—Si mis compañeros no tienen inconveniente—continuó—déjenme á mí este asunto. Yo sé de lo que se trata. Conozco

el peligro en que está nuestro amigo, y casi hasta por culpa de quién está en ese peligro. Dispensadme; yo, como don Luis, tampoco puedo hablar, porque es un secreto que no me pertenece, pero eso no me impide obrar; y yo os prometo que haré cuanto me sea posible para sacar incólume á don Luis.

El de Guevara no volvia en sí de su asombro.

¿Cómo, si Antonio no era *caballero del amor*, poseia aquel secreto?

En vano se devanaba los sesos para averiguarlo.

Sus amigos, prévia una ligera discusion, aceptaron el pensamiento de Antonio y se ofrecieron á ayudarle cuando lo hubiere menester.

Luego se despidieron y marcharon cada uno en la direccion que le convino.

El último que salió fué Antonio.

Presentia que le habian de preguntar algo.

Él por su parte tambien deseaba una cosa.

Cuando se encontraron solos los dos jóvenes, don Luis le preguntó:

—¿Cómo, si no sois de los nuestros, sabeis eso?

—No os importe, y nada temais. ¿Cómo se llama la gitana y dónde vive?

—Se llama Azucena y estas son sus señas.

Y le dió un papel.

—Perfectamente. Ahora, adios.

—¿Os vais sin decirme nada?

—Hoy nada puedo deciros.

—¿Mañana?

—Mañana..... Dios dirá.

Y saludando, se marchó.

CAPITULO CXV.

Corazon de madre.

Antonio salió de casa de don Luis en extremo preocupado.

Sabia el odio que á la de Jaridilla profesaba la gitana; lo temia todo de aquella mujer, y hasta llegó á sospechar que era ella la que habia delatado á *los caballeros del amor* las dos bodas en proyecto, con el único objeto de vengarse de aquel modo de la duquesa; por otro lado no se explicaba cómo siendo esto así, habia avisado á don Luis, porque, como hemos visto, éste no le habia comunicado detalles de su entrevista con la gitana.

Resuelto á saberlo todo y á intentarlo todo, dirigióse á casa de su madre para probar un recurso extremo.

Encontró á la duquesa desnudándose el traje de luto de córte que aquella mañana habia vestido por tener que asistir á una ceremonia régia.

Introducido que fué en el cuarto de su madre, cuando ésta acababa de vestir una sencilla bata de abrigo, la dijo:

—¿Cómo os hallais, madre mia?

—¿Cómo quieres que me encuentre? ¿Cómo puede encontrarse una madre, viendo destruida para siempre la felicidad de su hija?

—No tanto.

—¿No dijiste tú mismo que, razones poderosísimas impedian la realizacion de esa boda? ¿No dijiste que obstáculos insuperables para vencer, para los cuales era completamente impotente la voluntad, y obstáculos en que quizás iba envuelta la muerte, eran los que habian determinado la resolucion de Cárlos?

—Sí, madre mia.

—Entonces, cómo dices ahora.....

—A pesar de todo, no creo que por ningun estilo debamos considerar perdida toda esperanza.

La duquesa miró sorprendida á su hijo.

Durante algunos segundos ambos permanecieron en silencio.

De repente preguntó Antonio mirando con fijeza á su madre:

—¿Os acordais, madre mia, de Azucena?

Al oir pronunciar el nombre de la gitana, la duquesa palideció intensamente; los recuerdos de pasados tiempos se agolparon á su imaginacion en confuso tropel, y helado sudor corrió abundante por su pálida frente.

Despues de una ligera pausa, con acento casi apenas perceptible, exclamó:

—¡Azucena!

—¿La recordais, madre mia?

—¡Y cómo pudiera haberla olvidado! A qué me preguntas...

—Para significaros una particularidad en que conviene fijarse.

—¿Cuál es?

—Azucena pertenece á una raza nómada; los gitanos ni olvidan ni perdonan.

—Y bien.....

—Azucena, madre mia.....

—¿Por qué te detienes? Continúa.

—La gitana, bien lo sabeis, os odia mortalmente.

—¿Y qué me importa á mí su odio?—replicó la duquesa con cierto desden.

—¡Oh, señora! No hay enemigo, por pequeño que sea, que deje de ser terrible.

—Pero ¿qué es lo que tú crees?

—Creo que Azucena hará cuanto esté á sus alcances por vengarse de vos.

—Vénguese en buen hora, pero ¿qué tiene que ver esto con la desgracia de que me lamento?

—Mucho, mucho, madre mia.

—¿Segun eso supones?....

—Supongo que Azucena es la causa de que Cárlos se haya negado á contraer enlace con mi hermana.

—Eso es inverosímil.

—Pues yo lo creo muy lógico.

—¿Cómo puedes suponer que el vizconde haya procedido del modo que lo ha hecho, solo porque Azucena haya mediado en el asunto? ¿De qué medios puede haberse valido esa mujer para lograr tal cosa?

—¿Habeis oido hablar de cierta asociacion que se denomina *Los Caballeros del Amor?*

—Sí, pero muy vagamente.

—De esa sociedad, pues, es de la que Azucena se ha valido para obligar á mi hermano á rechazar la mano de Luisa.

—Explícate por Dios, porque cada vez me confundo más y más. ¿Qué relacion puede existir entre esa asociacion y Azucena, ni qué puede influir?....

—Pronto lo comprendereis.

—Ansiándolo estoy.

—Segun los estatutos de la sociedad que os he nombrado, ninguno de los asociados puede contraer matrimonio, so pena de tener que batirse aquel que lo intente, uno por uno con todos los asociados.

—¿Y bien?—preguntó la duquesa anhelosamente.

—Cárlos, madre mia, forma parte de los caballeros del amor, y el pliego que recibió momentos antes de aquel en que debia celebrarse su matrimonio con Luisa, no era otra cosa que una formal prohibicion emanada de los caballeros á fin de que no contrajese el sagrado lazo.

—¡Dios mio!—exclamó la duquesa verdaderamente afectada.

—Y hay más; Cárlos está resuelto á batirse con don Luis de Guevara, que es el que preside la asociacion á que aludo.

—Y Azucena, ¿qué participacion puede haber tenido en todo esto?

—Ella no sé por dónde; pero me consta que estaba enterada de los estatutos de la sociedad de que forman parte así don Luis como mi hermano, y en su afan por vengarse de vos, es seguro que Azucena es la que ha advertido á los caballeros del paso que Cárlos iba á dar.

—Sí, dices bien, Antonio, ella habrá sido sin duda. ¡Pobre hija mia!

—Si Luisa tiene que renunciar á la esperanza de verse unida á Cárlos, mucho me temo que le cueste la vida tal contrariedad.

—Sí, la pobre niña ama con toda la fuerza de su alma, y no me admiraria tuviésemos que llorar su pérdida, si no se encuentra medio de que su enlace se verifique.

—Exactamente ese es mi juicio.

—¿Y habrá permitido Dios que despues de tanto anhelar, al conseguir estrechar á mi hija entre mis amantes brazos, solo

me sea dado verla derramar abundante llanto y sufrir cruel tormento?

Dos ardientes lágrimas se desprendieron de las pupilas de la duquesa. Antonio se conmovió profundamente, y aproximándose á su madre tomóla cariñosamente una de sus manos, y despues de aplicar en ella sus amorosos labios, dijo:

—No hay que desesperar aun, madre mia; la bondad del Sér Supremo es inagotable y su piedad es infinita; esperémoslo todo de él, y hagamos nosotros por nuestra parte todo aquello que nos sea lícito hacer, á fin de evitar la catástrofe que nos amenaza.

—¡Catástrofe inevitable!

—Inevitable—replicó Antonio—si nada ponemos de nuestra parte para impedirla.

—¿Y qué nos es dado hacer para evitarla?

—Mucho se puede intentar; pero una de las cosas que juzgo más urgente es la de procurar que Azucena desista de su venganza, pues de lo contrario serian inútiles cuantos esfuerzos hiciéramos en pro de Luisa.

—¿Tanto poder supones que tenga esa gitana?

—Supongo que es capaz de todo por dar cima á su vengaza, ¿y quién puede adivinar los medios que pondrá en práctica para conseguir satisfacer cumplidamente sus vengativos deseos?

—¿Y ves tú algun medio que sea suficiente á hacerla desistir?

—Tan solo uno pudiera dar el resultado apetecido.

—Póngase pues en práctica, cueste lo que cueste.

—Gran sacrificio ha de costaros el adoptar mi consejo.

—Pronta estoy á darle cuanto su ambicion pueda pedirme.

—No se trata de sacrificar intereses materiales, que esos ya sé yo que tienen poca importancia á vuestros ojos.

—Pues si las riquezas han de ser insuficientes para calmar

el rencor de Azucena, ¿qué es lo que yo puedo hacer para reducirla á que desista?

—Solo una cosa fuera quizá bastante á hacerla renunciar á su venganza.

—¿Cuál?

—Temo que os sea muy penoso el sacrificio.

—¿Cuál puede haber por grande que sea, que me niegue yo á hacer, si él puede redundar en bien de mi querida hija?

—A veces lo más sencillo es lo que ofrece mayores dificultades.

—Expon tu idea sin temor de ninguna clase.

—Conste que lo hago porque es el único camino que creo nos resta en la ocasion presente.

—Habla, hijo mio, habla.

—Pues bien, juzgo oportuno que vos hableis con Azucena.

—¡Yo!—replicó la duquesa sin poder contener el mal efecto que le habia producido el consejo que acababa de darle su hijo.—Intentas.....

—Unicamente así, quizá logre vencerse la vengativa saña de la gitana.

La duquesa guardó silencio durante breves instantes; pasó repetidas veces su mano por la frente, cual si quisiera desechar de ella los funestos pensamientos de un pasado que tantos sinsabores le habian hecho sufrir, y al fin, exclamó despues de exhalar un profundo suspiro:

—Está bien, que venga Azucena.

—¡Que venga!—replicó Antonio.

—¿No juzgas necesario que le hable?

—Sí, pero.....

—¿Qué es, pues, lo que pretendes?

—Seguramente que no habré aclarado bien mi pensamiento. Intentar que Azucena se decida á venir á esta casa es punto ménos que imposible.

—Entonces, ¿cómo he de hablarla?

—He ahí el sacrificio de que antes os hablé.

—¡Cómo! intentas acaso que yo.....

—Es el único medio, madre mia, de que Azucena se muestre propicia á acceder á lo que solicitamos.

—¡Y he de humillarme hasta ese extremo!

Todo el orgullo de la noble sangre que circulaba por las venas de la dama, se sublevó ante la idea de tener que humillarse hasta el extremo de ir á implorar compasion á una gitana, mujer de la más baja extraccion.

Antonio comprendió hasta qué punto estaba sufriendo el amor propio de su madre; pero como quiera que juzgaba indispensable que aquella diera el paso que él acababa de aconsejarle, no desistió de su empeño, y á fin de convencer á la duquesa, le dijo con persuasivo acento:

—A los ojos de Dios, madre mia, no hay nada que humille á un padre cuando se ve en el caso de solicitar gracia en favor de su hijo; yo bien sé que á tratarse de vos únicamente, prefiriérais exponeros á todo género de contrariedades y peligros antes que ir á impetrar compasion de una persona tal cual lo es Azucena; pero sois madre y madre amantísima, y estoy bien persuadido de que al fin pospondreis el orgullo de vuestra noble raza, ante la consideracion que acabo de exponeros.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué de tormentos le estaban reservados á mis últimos dias!

—Enjugad esas lagrimas, mi querida madre, y no perdais la esperanza de conseguir disfrutar aun el bienhechor consuelo de que tanto habeis menester.

—Tienen tus palabras, querido Antonio, el don de atenuar los sufrimientos de aquel que las escucha; quien como yo tiene un hijo tan noble y cariñoso, no tiene derecho á llamarse desgraciada. Seguiré tu consejo y haré cuanto creas conveniente á fin de procurar la dicha de mi Luisa.

—Sois la mejor y más bondadosa de las mujeres—dijo An-

tonio besando con cariñoso respeto la despejada frente de la noble dama.

—Soy madre, Antonio, y como has dicho muy bien antes, no hay sacrificio, por grande que sea, que no esté dispuesta á llevar á cabo en pró de sus hijos la que es acreedora á tan sagrado título.

—Ireis, pues, á ver á Azucena?

—Iré—respondió la duquesa despues de exhalar un suspiro.

—¿Cuándo?

—Cuando tú lo juzgues conveniente.

—Mi opinion es que no debeis demorar la entrevista.

—En ese caso saldré ahora mismo, y me dirigiré á casa de la gitana.

—Procurad atraerla á vuestro favor.

—Haré cuanto me sea dado por conseguirlo.

—Y espero que lo alcanceis.

—Dios me tome en cuenta la violencia que me impongo en este momento.

—El en su infinita justicia, sabe apreciar debidamente las buenas y malas acciones que ejecutan los mortales.

Momentos despues la duquesa y su hijo salieron á la calle y se dirigieron hácia la casa que habitaba la gitana Azucena.

CAPÍTULO CXVI.

Cómo pudo saber Luisa la verdad.

Luisa habia estado escuchando desde la estancia próxima la conversacion que acababan de sostener Antonio y la duquesa, pues constantemente andaba espiando cuanto pudiera darle alguna luz respecto al suceso que la afligia.

Enterada del motivo que habia obligado á Cárlos á suspender su enlace proyectado, como asimismo del desafío que debia tener lugar entre don Luis de Guevara y el vizconde, determinó evitar por cuantos medios estuvieran á su alcance que llegara á tener efecto el proyectado duelo.

Largo rato permaneció entregada á la meditacion, pero en vano daba tormento á su mente á fin de hallar en ella una idea que fuera bastante á indicarla el medio oportuno de que debia valerse para realizar su noble intento.

Por fin, tras larga meditacion se resolvió á ir en busca de su amante, al cual procuraria disuadir de su empeño.

Resuelta á hacer lo que habia proyectado, llamó á la doncella que estaba á sus órdenes é hizo que se dispusiera á acompañarla.

Media hora escasamente habria trascurrido desde que la duquesa habia salido de su casa cuando Luisa penetraba en la del conde de Lazan.

Informada por uno de los criados de que el vizconde se hallaba en su aposento, la jóven se dirigió hácia el sitio indicado, y efectivamente halló á Cárlos en su habitacion, en momentos en que al parecer éste se disponia á abandonarla.

Gran sorpresa produjo en el jóven la inesperada cuanto repentina aparicion de Luisa, á la cual no habia vuelto á ver desde el fatal instante en que se vió precisado á comunicarla la imposibilidad en que se hallaba de cumplir la sagrada promesa que la hiciera en otros tiempos.

El apasionado jóven no pudo ver sin profundo sentimiento las huellas del dolor que se reflejaban en el bello y pálido rostro de su amada.

Repuesto un tanto de su sorpresa, aproximóse á Luisa, y con acento cariñoso á la par que admirado, le dijo:

—¿Has venido sola?

—Sola no, que adonde quiera me acompaña la inmensa pena, el profundo dolor de que has llenado mi corazon.

—¡Luisa!—murmuró el vizconde confuso y con voz apenas perceptible.

—Sospecho que nada queda en tu pecho de aquel amor que jurabas profesarme.

Cárlos fijó amorosa mirada sobre el rostro de su interlocutora, y con acento que revelaba la tristeza de que se hallaba poseido, replicó:

—¡Dices que no te amo!

—Eso he dicho, que no otra cosa puede creerse al juzgar tu proceder para conmigo.

—Las apariencias suelen ser engañosas las más de las ve-

ces; seguro estoy por más que digas lo contrario, de que en el fondo de tu alma estás plenamente convencida del amor que te profeso. ¿A no ser así, qué pudiera obligarme á mentirte?

—¿Y si me amas, por qué no cumples la sagrada promesa que me hiciste?

—Porque no puedo, Luisa, porque me es de todo punto imposible; quizá algun dia te convenzas plenamente de los esfuerzos sobrehumanos que habré emprendido para realizar nuestro dorado ensueño. Cree que existe una causa poderosa, la cual me impide que hoy por hoy cumpla con mi sagrado deber.

—¿Qué causa puede ser bastante á impedírtelo?

—Una, que me es imposible revelarte.

—Y sin embargo, yo conozco cuál es.

La admiracion del vizconde creció de punto al oir la afirmacion que acababan de pronunciar los labios de Luisa.

—Dices que sabes.....

—Todo, absolutamente todo, Cárlos.

—Imposible—exclamó el vizconde completamente convencido de que Luisa no podia conocer la verdadera causa que le habia obligado á desistir de efectuar el enlace convenido.

—Espero probarte lo contrario.

—Explícate.

—Sé que perteneces á una asociacion que se denomina «Los Caballeros del Amor.»

—¡Ah! tú sabes.....

—Sé—prosiguió diciendo Luisa—que existe en los estatutos de esa sociedad un artículo que prohibe severamente á los asociados el contraer matrimonio, y sé por último que aquel que haya intentado faltar á tal precepto debe batirse en tanto pueda sostenerse en pié uno tras otro con todos sus compañeros de asociacion. ¿Es cierto?

—¿Quién ha podido informarte de tales pormenores?

—¡Qué importa el cómo lo haya podido averiguar! ¿Es ó no verdad lo que acabo de decirte?

—Pues bien, Luisa mia, es cierto.

—Como tambien lo es que tienes un lance pendiente con don Luis de Guevara. Inútil es que intentes negármelo porque me consta.

Cárlos en su afan por calmar la pena de Luisa, procuró ocultar la emocion que le dominaba, y contestó:

—No es cierto lo que te han dicho referente al duelo.

—Lo es, Cárlos, lo es; ya te he dicho que me consta.

—¿Acaso no han podido engañarte?

—No, porque á mí directamente nadie me ha dicho nada.

—Entonces, con mayor motivo debes dar crédito á mis palabras.

—Eso pudiera ser, á no haber querido la casualidad que sorprendiera la conversacion de dos personas que estaban muy agenas de que yo estuviera escuchando cuanto decian; el sugeto que ha hablado de tu desafío está muy bien informado, y su palabra no puede ponerse en duda.

—Y bien—repuso Cárlos á quien no le era dado fingir por más tiempo.—No puedo negarte que es factible que se verifique el acontecimiento de que has hablado.

—¡Oh!—exclamó Luisa en tono suplicante á la par que cogia entre las suyas una mano de su amante.—Ese duelo es imposible; no puede verificarse.

—¿Cómo impedirlo?

—Mil medios hay de que echar mano.

—Ninguno puede haber que sea compatible con mi honor.

—¿Qué motivo hay para que así expongan su vida dos hombres?

—Tú lo has dicho antes, unos estatutos los cuales he jurado acatar.

—Pero ese juramento no puede tener ningun valor á los ojos de Dios.

—Pero sí á los ojos de los hombres, y éstos lanzarian sobre mí el deshonroso anatema de la cobardía.

—¿Y así por una puerilidad vas á condenarme á perpétua desesperacion? ¿No sabes que en tu amor cifro toda mi felicidad, y que al perderte ha de desgarrarse mi corazon? ¿No has llegado á concebir hasta qué punto te idolatro?

—¿Y crees, Luisa mia, que es menor el cariño que te profeso? ¿Crees que no diera gustoso hasta la última gota de mi sangre por evitarte el más mínimo sinsabor? ¡Qué no hiciera yo por restituir á tu pecho la perdida calma cuando tú eres la más bella de todas mis ilusiones!

—¡Oh! sí, te creo, te creo! porque no me fuera dado existir, á no ser cierto lo que acabas de decirme! Nacimos el uno para el otro, y comun ha de ser nuestra desgracia ó nuestra felicidad.

—Esa es la idea que de contínuo me atormenta.

—¿Que te atormenta, dices?

—Sí, puesto que á no haberme conocido, no hubiera sido yo obstáculo á tu futura dicha, mientras que hoy.....

—Hoy, si tú me amas tanto como dices, pueden convertirse en realidad nuestras más queridas aspiraciones.

—¿Y eso cómo conseguirlo?

—Muy sencillamente; basta solo que tú quieras.

—No comprendo.

—Los estatutos de la malhadada sociedad á que perteneces son el obstáculo que se atraviesa en el camino de nuestra dicha ¿no es esto?

—Y bien.....

—Pues nada mas fácil que eludir el cumplimiento de eso que tú llamas un deber.

—Eludir.... ¿por qué medio?

—Ausentándote de España, fijando tu residencia en cualquier punto del extranjero, al cual iré yo á reunirme contigo, acompañada de mi madre.

—El amor te ciega, vida mia.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque lo que has propuesto, ni puedo ni debo hacerlo.

—Dí mas bien que no quieres, que puede más en tí la soberbia que el amor.

—La soberbia no, pero sí mi honor; éste jamás dejaré que sea pisoteado por ningun viviente. ¿Cuál nota echaria sobre mi honra apelando á la huida, para burlar los compromisos en que estoy empeñado? La de cobarde, y antes que tal cosa pueda acontecerme, sacrificaria gustoso mil vidas que tuviera.

—¡Triste de mí!

—Enjuga esas preciosas lágrimas, que al resbalar de tus párpados caen sobre mi corazon y le anegan en un mar de desventura.

—¿Cómo quieres que seque mi llanto, sabiendo el peligro á que vas á exponerte?

—No será esta la primera vez que haya expuesto mi vida.

—Por lo mismo que eres valiente, nadie osará echar sobre tí la nota que tanto te intimida.

—Desengáñate, Luisa, no hay posibilidad de evitar el duelo.

—Sí lo hay—dijo la afligida jóven adoptando una heróica resolucion.

—Te cansas en vano.

—Con no contraer matrimonio, cumples lo que has jurado á tus compañeros y ya no hay para que exponerte á los azares del combate. Sufra yo sola, llore eternamente mi desgracia, pero résteme siquiera el consuelo de saber que tu vida no corre ningun peligro.

—Digna es tu abnegacion del noble corazon que late dentro de tu pecho, pero yo no he de dejar de cumplir mi deber para contigo, adoptando el extremo recurso que me queda.

—Pero es que yo no quiero que te expongas á morir y estoy resuelta á impedirlo.

—Es ya imposible.

—¿Por qué?

—Porque yo no he dado lugar á que se me emplace, sí que por el contrario me he adelantado enviando un cartel de desafío á aquellos que no hubieran dejado de hacerlo, al tener como tenian noticia de mi proyectado enlace.

—¿Y crees que esos hombres tengan el pecho de roca? ¿Concibes tú que puedan escuchar indiferentes las súplicas de una desolada jóven?

—Intentarias acaso.....

—¿Y por qué no? todo he de intentarlo antes que resignarme á llorar tu muerte.

—¡Oh! tú no harás tal!—observó el vizconde con grave acento—tú no querrás que yo maldiga el instante en que pude conocerte.

—¡Hasta tal extremo habias de llevar tu enojo!

—No lo dudes; encerraria en lo más hondo del pecho el amor que te profeso, y caso de librar mi vida en el combate, huiria lejos de tí para no volverte á ver jamás.

—¿Qué recurso, pues, me queda?

—El de conformarte con los decretos del Altísimo.

—Él no puede aprobar tu intento.

—Ni yo puedo consentir que se dude ni por un solo instante de mi honor.

—¿Por qué, pues, no pensar en lo que hacias cuando atentaste contra el mio?

—Perdóname, Luisa, perdóname y deja de atormentarme.

—¿Es decir que estás resuelto á desatenderme? ¿Nada pueden para tí mis lágrimas? ¿Decretas inhumano mi eterna desesperacion?.....

—Yo.....

—Dí que no me amas, que no me has amado nunca.

—Porque te amo, y porque soy esclavo de mi honor, cumpliré con mi sagrado deber.

Luisa iba á replicar, pero el vizconde se alejó precipitadamente dejando á la jóven á solas con su dolor.

—¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?—exclamó bañada en llanto Luisa—¿á quién acudir en mi mortal conflicto? Veamos si María puede darme una idea luminosa. Ella es ya el último recurso que me resta.

Y abandonó el asiento qne hasta entonces habia ocupado, y con paso vacilante se dirigió á las habitaciones que ocupaba María, la bella hija del conde de Lazan.

CAPÍTULO CXVII.

Donde interviene el vizconde del Juncal.

En tanto que Luisa mantenia con su amante el diálogo de que hemos dado cuenta en el anterior capítulo, en el aposento de María se hallaban ésta, su futuro el vizconde del Juncal y el conde de Lazan.

Ocupábanse del fallecimiento del señor rey don Cárlos III, y el vizconde manifestaba su vivo sentimiento por tener que retardar su enlace á consecuencia del luto que habia de observar la córte.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, el vizconde hacia uso de la palabra.

—Confio fundadamente, en que antes de la terminacion del luto, el nuevo monarca me otorgará el permiso que deseo obtener; mi señor tio será el que obtenga la real vénia.

—Si el conde toma cartas en el asunto, no hay duda alguna que recabará la órden, pero de todos modos creo conve-

niente no precipitarse, pues de lo contrario, pudiérais indisponeros con el nuevo monarca.

—Perded cuidado, señor conde, que ya procuraremos dar el paso con la oportunidad debida; de todos modos, conceptúo que no ha de pasarse un mes sin que la bella María lleve mi nombre.

La enamorada jóven á quien el vizconde habia aludido, inclinó púdicamente los ojos hácia el suelo, en tanto que sus mejillas se cubrian de rosado tinte.

El conde de Lazan, despues de exhalar un suspiro, dijo:

—He aquí que si mi señor hijo Cárlos no se hubiese obstinado en hacer sufrir á la pobre Luisa, hubieran podido celebrarse casi á la par ambas bodas.

—Pobre amiga mia, ¡cuán desgraciada es!—exclamó María con profundo sentimiento.

—¿Pero Cárlos no ha dicho en qué funda su negativa?

—No hay quien le arranque ni una palabra sobre el particular; únicamente sostiene que no está en su mano cumplir como él deseara hacerlo.

—Es por cierto, bien extraño—repuso el vizconde—no veo qué clase de obstáculo pueda impedirle labrar la felicidad de aquella hermosa jóven y la suya propia.

—Aquí se encierra algun misterio que no me ha sido dable penetrar por más que he intentado hacerlo.

—Mucho le he ostigado á mi hermano—dijo María—á fin de obtener de su parte una clara explicacion; pero todo ha sido inútil y es el caso que su tristeza aumenta de dia en dia.

A este punto llegaban de la conversacion, cuando Luisa apareció repentinamente en la habitacion.

María corrió al encuentro de su amiga, y ambas jóvenes se abrazaron tiernamente.

El conde no fué dueño de reprimir su sorpresa, y exclamó:

—¿Y eso, Luisa, ocurre en casa alguna novedad? ¿qué significan esas lágrimas?

—¿Puedo acaso dejar de derramarlas?

—Vamos, amiga mia, siéntate y tranquilízate.

Las dos jóvenes tomaron asiento una junta á otra cerca del sitio que ocupaba el vizconde, y éste despues de haber saludado galantemente á Luisa, le dijo:

—No hay que desesperarse de ese modo, pues de lo contrario correis riesgo de que se altere vuestra salud.

—¡Ah! señor vizconde, es tan grande y profunda mi pena que no hallo consuelo bastante á mitigarla.

—¿Has visto á Cárlos?—exclamó María.

—¿Persiste en su malhadada determinacion?—repuso el vizconde.

—Sí—contestó anegada en llanto la pobre Lulsa.

—¿Pero no habeis podido deducir por sus palabras cuál pueda ser la causa que le obligue á proceder del modo que lo hace?

—La conozco, señor vizconde.

—¿La conoces?—replicaron á la jóven el de Lazan y su hija.

—Perfectamente, y mi venida á esta casa ha sido con objeto de ver si podia disuadirle de que se batiera.

—¿Tiene acaso mi hijo algun lance pendiente?

—Sí, señor conde.

—Explícate, querida amiga, y veamos entre todos de encontrar un medio que sea bastante á impedir se realice ese duelo que nos has indicado.

Luisa, cual si de repente la hubiese iluminado una idea salvadora, exclamó:

—Vos, señor vizconde, podeis acaso devolverme la tranquilidad.

—¡Oh! como en mi mano esté el concedérosla, podeis contar que no dudaré un momento en serviros.

—Habla, querida Luisa, acláranos tus palabras, dinos, si lo

sabes, con quién ha de batirse mi hijo y cuál sea la causa que ha motivado el lance.

—¿Habeis oido, señor vizconde, hablar de una sociedad que lleva por nombre «Los Caballeros del Amor?»

—Algo, aunque muy vagamente—respondió el aludido.

—Pues sabed que la susodicha sociedad es causa de los males que me afligen.

La admiracion de los oyentes de Luisa subió de punto al oir las palabras anteriores.

El conde, sospechando que las facultades mentales de Luisa habian sufrido algun trastorno, dijo con acento conmovido:

—¡Hija mia! ¿qué tiene que ver esa sociedad de que nos has hablado, con los asuntos particulares de mi hijo?

—Mucho, señor conde, mucho, y de ello os convencereis en cuanto me hayais oido.

Luisa refirió cuantas noticias ella habia adquirido respecto á los estatutos por los que se regian los Caballeros del Amor.

Cuando hubo terminado su relato, dijo el conde:

—¿Estás bien segura de que sea cierto lo que acabas de referirnos?

—Segurísima—contestó Luisa.

—¿Y has hablado de ello á mi hermano?

—Sí.

—¿Y qué te ha contestado?

—Primero trató de negar; pero últimamente, ha confirmado cuanto acabo de decir.

—¿Y con quién debe batirse Cárlos?—preguntó el conde.

—Con don Luis de Guevara.

—¿Pertenece tambien don Luis á los Caballeros del Amor?

—El es su presidente, y Cárlos uno de los adeptos.

—Hay que impedir por cuantos medios quedan á nuestro alcance—dijo María afanosamente—que se verifique el duelo proyectado.

—Inútiles han sido mis ruegos; Cárlos no quiere desistir, y solo veo un camino para impedir que tengamos que llorar el fatal acontecimiento que nos amenaza.

—¿Qué medio es el que te se ha ocurrido?

—El único, señor conde, en cuyos resultados se puede tener alguna confianza.

—Pues sepamos tu plan y procuraremos adoptarlo. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Nosotros nada.

—¿Pues entonces quién?—preguntó el de Lazan.

—El señor vizconde.

—¡Yo!—replicó el aludido.

—Vos únicamente.

—Hablad pues, y si de mí depende, no hay para que deciros que haré cuanto sea necesario hacer.

—Vuestro tio, el señor conde de Floridablanca, pudiera hacer de modo, que el nuevo monarca tuviera conocimiento de la asociacion á que pertenecen Cárlos y Guevara, y enterado de los estatutos que rigen en esa malhadada sociedad, él podria disolverla con su solo mandato, á par que exigir á los Caballeros el completo olvido de los rencores que entre ellos pudieran existir.

—Me parece acertada tu idea—exclamó el conde.

—Decís bien, Luisa, y estoy seguro—repuso el vizconde—que mi tio sabrá encontrar el medio de destruir una asociacion tan perjudicial á la sociedad.

—¿Quedais, pues, en hacer?....

—Descansad, Luisa; tomo á mi cargo este asunto, y poco he de poder ó no se ha de retardar el momento en que Cárlos se vea libre de los obstáculos que se oponen á su felicidad.

—¡Bien haya la idea que se me ocurrió de entrar en este aposento antes de salir de esta casa!

—¡Cómo! ¿Hubieras podido marcharte sin darme antes un abrazo?

—Perdona, querida María, pero nada extrañes teniendo en cuenta el estado en que me hallo.

—Lo comprendo, amiga mia, lo comprendo—dijo la hija del conde besando cariñosamente á Luisa.

—¿Queda mi hijo en su aposento?

—Ha salido de él momentos antes de que yo me dirigiera á este.

—¿Y sabes á dónde ha ido?

—No, señor conde; no sabiendo qué palabras oponer á mis súplicas, se ha retirado, dejándome anegada en llanto.

—¡Cuándo querrá Dios que de una vez y para siempre terminen mis sobresaltos!—exclamó el conde con profunda melancolía.

—Procurad, señor conde, desechar de la mente las ideas que os afligen y confiad en mi eficacia; dentro de breves momentos hablaré con mi señor tio, y éste no tardará en poner en conocimiento del monarca la existencia de esa sociedad que es necesario extinguir. Una vez esto alcanzado, Cárlos podrá entonces entregar libremente su mano á Luisa, y he aquí que se cumplirá el deseo que antes manifestábais, realizándose á la par las bodas de vuestros hijos.

—¡Quiera Dios que así sea para bien de todos!

—Y así será, señor conde; el corazon me lo augura.

—Ya lo oyes, querida Luisa; espero que las palabras del señor vizconde atenuarán un tanto tus tristezas.

—Eterno ha de ser mi agradecimiento por el interés que me manifiesta este caballero.

—Nada teneis que agradecerme; yo estaré suficientemente recompensado con haber podido hacer algo en pro de las personas á quienes ama tanto mi María.

—Y ésta os suplica encarecidamente—dijo la bella futura del vizconde—que no demoreis el dar el paso que proyectais.

—No he de tardar en hacerlo, y seria muy conveniente que entre tanto el señor conde, procurase avistarse con su hijo, á

fin de retenerle, no sea cosa de que mis esfuerzos se inutilicen.

—¿Pues qué temeis?

—Pudiera acontecer, que si Cárlos sale á la calle, tropezara con don Luis, y exasperados ambos jóvenes, llevaran á cabo momentáneamente el proyectado duelo.

—No creo que en las actuales circunstancias, sin dejar trascurrir el tiempo debido, hicieran uso de las armas.

—Verdaderamente no es probable—dijo el vizconde.

—No obstante—agregó María—no está de más el preverlo todo.

—Procuraré informarme del sitio en que se halla Cárlos, y haré cuanto pueda por retenerle á mi lado.

—Tambien yo hablaré con Antonio, á fin de que ponga de su parte cuantos medios estén á su alcance para impedir el encuentro de Cárlos con Guevara.

Luisa abandonó su asiento, y María le dijo:

—¿Te vas ya?

—Sí.

—¿Supongo que algo más tranquila que cuando habeis venido?

—Por lo ménos, señor vizconde, llevo en mi corazon una esperanza. ¡Quiera Dios que en breve no se desvanezca!

—Antes bien me atrevo á decir que ha de convertirse en hermosa realidad; no ha de hacerse esperar mucho el resultado que ha de producir el paso que voy á dar. Tan pronto como adquiera las noticias necesarias, vendré á ponerlas en conocimiento del señor conde, para que éste á su vez os las comunique, mi bella amiga; y pues vais á marcharos, permitidme que os acompañe hasta vuestra casa, desde la cual pienso dirigirme á la de mi noble pariente.

—¡Oh! no os molesteis, señor vizconde; esperándome está mi doncella.

—Eso no impide—dijo María—para que te niegues á aceptar el ofrecimiento de mi futuro.

Besáronse las jóvenes repetidas veces, saludó el vizconde á su bella prometida, estrechó la mano del de Lazan, y se retiró en compañía de Luisa y de su doncella.

Al llegar á la puerta del palacio de la Jaridilla, el vizconde del Juncal le dijo á Luisa:

—Quedad tranquila, pues, ó mucho me equivoco, ó no se han de pasar muchas horas sin que quede disuelta por completo la funesta sociedad causa de vuestros amargos sinsabores.

CAPÍTULO CXVIII.

Por qué circunstancias volvemos á encontrarnos con la condesa de Santillan.

Azucena estaba interesada en la salvacion, tanto de don Luis, como de Cárlos de Lazan.

Su orgullo se habia visto satisfecho con ver en su casa y en actitud suplicante, á la altiva duquesa de la Jaridilla, su rival en otro tiempo y á la cual tanto habia odiado.

Puede comprenderse muy bien, que muchos de los secretos que sabia la gitana, le eran conocidos por García.

La muerte de éste, muerte que supo como no podia ménos al identificarse su persona en el depósito de cadáveres, la quitó, si así podemos expresarnos, un gran peso de encima.

Conocida como le era la existencia de aquel hombre; viéndose ligada á él, tanto por los vínculos del afecto, que por una de esas aberraciones de la humana naturaleza, habíase desarrollado tan violentamente en su corazon, y además dominada

por la maldad del miserable no pudo ménos de respirar tranquila en el momento en que la misma muerte se encargó de dejarla libre de aquella carga que tan penosa se le iba haciendo cada dia.

Unos secretos habíales podido sorprender en los momentos de expansion de García, momentos que eran muy raros, y únicamente cuando el vino desataba su lengua; y otros merced á su astucia y á su perspicacia.

Es verdad que García, segun vimos en otro sitio, habia comenzado á desconfiar teniendo con ella escenas sobradamente violentas; mas la serenidad de que dió muestras en aquellos difíciles momentos, la salvó y desde entonces ella procuró saber cuanto la fué posible y él se hizo más reservado y receloso.

Pero á pesar de esto, y valiéndose de todas las artes que en grado tan superlativo poseia, averiguó algo más tal vez de lo que á García conviniera, lo cual la sirvió para conocer la idea que el conde de Santillan se habia llevado al ingresar en la sociedad de los Caballeros del Amor.

Y aun cuando en la sombra, fué siguiendo todos los pasos de aquella venganza.

A ella la importaba muy poco la muerte de Cárlos de Lazan.

Precisamente por el dolor que hubiera de recibir el conde, estaba dispuesta á dejarla que se verificase.

Pero tambien se hallaba amenazado don Luis de Guevara.

Y ella, aun cuando sin tener relaciones con él, interesábase por aquel gallardo jóven, tan apuesto, tan simpático y tan generoso con todo el mundo.

Sobre todo, ella le debia una especie de expiacion.

García habia intentado matarle, segun ya sabemos.

De aquí los pasos que dió, y de aquí tambien los que por consecuencia de la entrevista con la duquesa vamos á ver que intenta llevar á cabo.

Meditabunda como siempre, preocupada como de costumbre, volvemos á encontrarla al dia siguiente del en que la de la Jaridilla estuvo á verla.

—Difícil es poder conciliar tantas cosas—murmuraba—y no sé ni de qué medios valerme ni qué recursos emplear para conseguir evitar la catástrofe que se prepara.

De repente su fisonomía se esclareció, y levantándose de su asiento, exclamó:

—No hay otro remedio. El enemigo peor que tienen, lo mismo el vizconde que don Luis, es el conde de Santillan, y á todo trance es preciso deshacernos de él. Tal vez en el corazon de la condesa existan todavía las cenizas del pasado amor, y si consiguiéramos reavivar aquel antiguo fuego, tal vez pudiésemos alcanzar algo.

Y Azucena, rápida en la ejecucion como en la concepcion del pensamiento lo habia sido, preparóse para salir á la calle, y poco despues hallábase en las Salesas Reales, donde como sabemos, habíase retirado la condesa de Santillan, desde el momento en que hubo de renunciar al amor de Guevara.

Solicitada la vénia para penetrar en la celda de doña Isabel, ésta fijó su curiosa mirada en la gitana, diciendo despues:

—Sepamos qué quereis de mí, buena mujer.

Azucena contempló breves segundos á la dama.

Y desde luego comprendió que el ascetismo no habia sido tan poderoso en ella que borara el recuerdo de aquellos amores, y que todavía era fácil sacar algun partido.

En su consecuencia, resolvió ir, como vulgarmente se dice, derecha al objeto y dijo:

—Señora condesa, mi venida tiene un objeto que quizás va á renovar una antigua herida que en su corazon existe; pero no puedo menos de hacerlo así, pues á ello me obligan altas y poderosas razones.

Doña Isabel palideció.

Quizás aquella antigua herida á que aludia la gitana, presintió de lo que se trataba, y sus punzadas revelaron á la dama algo de lo que se le iba á decir.

Y decimos esto, porque volviéndose hácia la gitana, la dijo vivamente:

—¿Venís á decirme algo de don Luis?

—Como adiviné la existencia de esa herida.....—exclamó Azucena con acento de triunfo.

—Vamos, despachad; ¿qué quereis?

—Pediros un favor.

—¿En nombre de quién?

—En el mio.

—¿Pues no dijísteis que don Luis?....

Y la condesa no pudo disimular un movimiento de despecho.

—Os dije que iba á renovar una antigua herida, y no os he engañado, señora.

—Pero.....

—Y veo que acerté, y presumo que no ha de quedar desairada mi pretension, desde el momento en que vuestro corazon ha respondido á la indicacion que hice.

—Pero bien, ¿qué es lo que quereis?—preguntó la condesa impaciente.

—Don Luis está en peligro.

—¡En peligro! ¿y con esa calma os estais? Responded qué peligro le amenaza.

—La muerte tal vez.

—¿La muerte habeis dicho?

—Sí, señora.

—Pero explicaos; ¿qué clase de muerte es esa? ¿quién le amenaza así?

Y la condesa fijaba su mirada anhelante en la gitana, que comprendió la perturbacion que habia sembrado en su espíritu con aquella noticia.

—¿Sabeis quién amenaza en primer término á la vida de don Luis?

—¿Quién?

—Vuestro esposo.

—¡Oh!

—Ya veis si con razon os dije que iba á renovar antiguas heridas en vuestro pecho.

La condesa permaneció algunos momentos pensativa.

Despues alzó la cabeza y fijó su mirada escrutadora en la gitana diciendo:

—Lo que me habeis dicho, ¿es verdad?

—Os lo juro—repuso Azucena extendiendo la mano delante de un crucifijo que habia en la celda.

—Hablad y sepa yo con toda verdad lo que quereis decir.

Entonces Azucena refirió á doña Isabel lo que ya conocen nuestros lectores, referente al ingreso del conde de Santillan en la sociedad y á los pasos que habia dado en contra de nuestros amigos.

—¿Y qué quereis que haga yo?—repuso doña Isabel, tan luego acabó Azucena.

—Vos podeis conseguir de don Luis, lo que ninguna de nosotras podemos alcanzar.

—¿Quereis acaso que le haga desistir de ese desafío?

—Sí, señora.

—¿De qué modo?

—Que disuelva la sociedad, que rompa en absoluto los lazos que á ella le unen, que no se deje imponer por sus gestiones ó por amenazas y que desprecie todo cuanto del conde pueda provenir.

—Y sospechais que don Luis ha de prestar fe á mis palabras?

—¿Por qué no?

—Está bien—repuso la condesa—intentaré este último recurso, aun cuando sin esperanza.

—¡Oh! señora, si vos no la teneis, ¿quién la ha de tener entónces?

Azucena salió del convento un tanto más consolada.

Presumia que la voz del antiguo amor, habia de influir algo en aquel corazon altivo.

Habia procurado excitar lo menos posible los celos de la dama; pero sin embargo, no era posible prescindir de hacerlo, y la palidez de doña Isabel habia demostrado que en realidad aquel terrible aguijon seguia punzando en su alma con una violencia extraordinaria.

Una vez sola doña Isabel, dejóse caer ante el reclinatorio y rompiendo á llorar exclamó dirigiendo los ojos al cielo:

—¡Dios mio! ¿por qué no habeis permitido que arroje por completo de mi pecho esta pasion que á mi pesar todavía me avasalla y me consume? ¿Por qué la suerte me obliga á encontrarme otra vez frente á frente con el autor de mis desventuras? Dadme fuerzas, Señor, para que al volverle á ver pueda soportar dignamente la ruda prueba á que he de sujetarme.

Y dejó caer la cabeza sobre las manos, permaneciendo largo tiempo en aquella postura.

Cuando alzó la cabeza, su semblante estaba más sereno.

Las lágrimas habian desaparecido, aun cuando todavía sus huellas estaban frescas.

Dirigióse á una mesita que habia en la celda, sacó de uno de sus cajones una hoja de papel y trazó sobre ella algunas líneas con temblorosa mano.

Firmóla y llamando á la sirviente que segun las preminencias de aquel santo asilo pueden tener las personas que en él residen, le dió aquella carta con órden de que la llevara inmediatamente á casa de don Luis de Guevara.

Pero sin duda la criada hubo de pensar de un modo distinto que su señora, toda vez que marchó directamente á la casa en que vivia el conde de Santillan, solicitando con urgencia hablar con él.

Conocida deberia de ser ya, puesto que el conde se dispuso á recibirla al saber quién era.

—¿Ocurre alguna novedad?—preguntó al verla en su aposento.

—Sí, señor conde; ved esta carta que se me ha confiado hace un momento.

El conde cogió la carta que la criada de su esposa acababa de mostrarle.

Y despues de dar entre sus manos cien vueltas á aquella carta, concluyó por abrirla, usando de una destreza extraordinaria á fin de no destruir el sello que la cerraba.

La carta no encerraba más que una simple invitacion á don Luis, para que se presentase á la mayor brevedad posible en el convento de las Salesas.

—Está bien—dijo despues de haberla leido—hora es ya de que concluya este estado; yo sé lo que debo hacer, y lo haré, cueste lo que cueste, y caiga quien caiga.

Y despues de estas palabras volvió á cerrar la carta y se la entregó á la infiel servidora, diciéndola:

—Puedes llevarla á su destino.

Y á la par sacó algunas monedas de oro que puso en manos de su indigna agente.

Bien ajeno estaba don Luis de que en aquellos momentos estaba, por decirlo así, jugándose su suerte.

La proximidad de su desafío con el vizconde y la perspectiva de los nuevos incidentes que pudiesen surgir en el caso de que la suerte le fuese favorable en el primer duelo, teníanle preocupado, no precisamente por el temor que la muerte le inspirase, sino por Paca, á quien indudablemente costaria la vida cualquier desgracia que á él le pudiera acontecer.

Habia sufrido demasiado la infeliz por efecto de aquel amor; eran demasiados los golpes que sobre su corazon habia descargado la suerte, y era menester que, siquiera en aquellos momentos, tuviese alguna compensacion.

Así fué que cuando su criado le entró aquella carta, diciéndole que la persona que la llevaba esperaba contestacion, estuvo un buen espacio mirando la letra del sobre, sin poder saber á quién pertenecia.

Abrióla por fin, y una exclamacion de asombro hubo de brotar de sus labios.

Rápidamente recorrió aquellas líneas, y enterado de su contenido, dijo:

—Dí á la persona que ha traido esta carta, que enterado de ella, iré despues donde se me indica.

El criado obedeció, y una vez que don Luis se quedó solo, volvió á leer aquella carta, murmurando despues:

—¿Qué podrá quererme doña Isabel? ¡Si volverán á surgir nuevas complicaciones en mi existencia!

Y preocupado con aquella nueva idea, impaciente por saber lo que la noble dama querria de él, apresuróse á marchar al convento, donde llegó una hora despues de haber recibido el mensaje de la condesa.

Ésta habia necesitado hacer un poderoso esfuerzo sobre sí misma para recibir al caballero de un modo completamente en armonía con la nueva situacion en que uno y otro se hallaban.

Sin embargo, al anunciársele que estaba allí, su corazon comenzó á palpitar con inusitada violencia y necesitó dejar que transcurriesen algunos minutos antes de presentarse á don Luis.

Un tanto confusa y alterada presentóse á saludarle.

Éste, despues de los primeros momentos, la dijo:

—Señora, considerando vuestros deseos como órdenes para mí, ya veis que me he apresurado á ponerme á vuestra disposicion: ¿qué teneis que mandarme?

—No tengo derecho alguno para ello, y lo más que puedo hacer es suplicaros.

Y el acento de la condesa temblaba al pronunciar estas

palabras, porque todavía la voz de don Luis vibraba de un modo dulcísimo en su corazon.

—¡Suplicarme decís! no os comprendo.

—Don Luis, procuremos economizar tiempo que á los dos nos conviene, y ved que por vuestro bien solamente me ocupo.

—Gracias señora, pero permitidme que os diga que si de mi bien se trata, harto bien encuentro pudiendo contemplaros una sola vez al ménos.

—Callad, don Luis, que tales palabras ni es digno de vos el pronunciarlas ni de mí el oirlas, máxime en este sitio y en estas circunstancias.

—Dispensad.....

—Estais dispensado, y os suplico que me escucheis con atencion.

—Hablad, señora.

—Sé que vais á casaros, y pláceme que de una vez deis la felicidad y la ventura á quien tiene ya por muchas razones que vos sabeis, derechos adquiridos para ello.

—¡Señora!....

—Pero sé tambien, y por esto os llamo, que os hallais en grave riesgo de naufragar tal vez á la orilla del puerto, y yo quiero salvaros.

CAPITULO CXIX.

Cómo puede interrumpirse una conferencia, y cómo puede terminar un antiguo resentimiento.

Profundamente sorprendido se quedó don Luis al escuchar las palabras de la condesa.

¿Cómo se encontraba tan enterada de lo que á él se referia?

¿Cómo habia podido saber el peligro en que él se hallaba, y qué clase de medios eran los que pensaba para salvarle?

Todas estas preguntas se las hizo don Luis en aquel momento, no siéndole posible decir una palabra en contestacion á las pronunciadas por doña Isabel.

Cuando pudo reponerse un poco de aquella profunda impresion, dijo:

—Bendita seais, señora, por vuestros buenos deseos. Bendito tambien el afan que demostrais en mi favor, pero puedo aseguraros que ignoro absolutamente lo que quereis decir.

La condesa dirigió una mirada de reproche al caballero, y exclamó:

—¡Don Luis!

—Os repito lo que antes os dije: no sé de qué quereis hablar.

—¿Lo decís de veras?

—Como tengo por costumbre.

—¡Oh! Siendo así vos mismo os habeis condenado.

—¡Condenarme!

—Naturalmente.

—No os comprendo.

—¿No me habeis dado vos mismo derecho para que dude de vuestras palabras?

Tan oportuno y tan justo era el reproche, que don Luis se mordió los labios sin saber qué contestar.

La condesa comprendió lo que pasaba en el corazon de don Luis, y queriendo poner término á su confusion, le dijo:

—Vamos, dejemos el pasado y pensemos únicamente en el presente.

—Es que me habeis dicho.....

—Vos y yo sabemos que tengo razon, por lo tanto demos, como ya os he indicado, por concluido este asunto, y tratemos de vuestro peligro.

—Pero ¿quién os ha dicho tal cosa?

—Me basta con saberlo y con que vos sepais que lo sé.

—Pero bien; aun cuando así sea, ¿qué he de hacer yo para evitar ese peligro?

—Todo.

—Me conoceis poco, doña Isabel, si creeis que porque yo conozca la existencia del peligro que corro, he de dar pasos para evitarlo.

—Hay cosas que deben evitarse siempre.

—Yo no puedo evitarlo de modo que pueda considerarse como una cobardía.

—¿Y por ese necio pundonor, y permitidme que así lo califique, no vacilais en arriesgar vuestra existencia y en hacer desgraciada á una persona que os ama de veras?

—No sé á lo que podais referiros, y francamente, desearia que os explicáseis más.

—Corta es la explicacion.

—Pero si no me la dais.....

—¿Para qué, cuando la sabeis mucho mejor que yo?

—Sin embargo.....

—Vamos, don Luis; ya que os habeis propuesto que hable, no tendré otro remedio que hacerlo. Os vais á casar; hay una mujer que está confiada en vuestra palabra, que os ama, que no puede vivir sin vuestro amor, y á pesar de eso, no vacilais en lanzaros á una lucha en la cual, de cien probabilidades, hay noventa y nueve en contra vuestra.

—¿Pero cómo habeis podido saber?

—El cómo no os importe, vuelvo á repetiros; lo esencial aquí es el hecho que constituye la situacion de que quiero libraros.

—¡Cuán buena sois, y cuánto debo agradeceros!

—A mí nada absolutamente. Cumplo mi deber tan solo.

—¡Si todos lo cumplieran como vos!

—No se trata ahora de mí; se trata de que sepais el lazo que os han tendido.

—Paréceme, señora, que estais en un error. Aquí no hay lazo alguno; yo he olvidado compromisos que tenia contraidos, y mis compañeros se han encargado de recordármelos.

—¿Estais seguro de que han sido vuestros compañeros?—preguntó la condesa, fijando una mirada insistente en don Luis.

—Mis compañeros, sí señora—repuso éste con alguna inseguridad.

—¿Y no habeis visto en ella la enemiga saña de un adversario encubierto?

—¡Señora!

—Vamos, don Luis; sedme franco y no os expongais con esos alardes de nobleza y de caballerosidad, á satisfacer una venganza ruin y mezquina.

—Durante algunos momentos, ni don Luis dijo una palabra ni la condesa añadió otra frase á las que pronunciaron.

Por fin, dijo el caballero:

—¿Y es para esto para lo que me hicisteis la honra de llamarme?

—¿Acaso fuí indiscreta obrando así?

—¡Líbreme el cielo de pensar siquiera semejante cosa!

—¿Pero evitareis el riesgo que os amenaza?

—Decidme de qué modo, señora.

—¿Cómo he de saberlo yo?

—Cuando se conoce la enfermedad, fácil es aplicarle el remedio.

—Pues el mio seria radical.

—Si me lo explicarais.....

—Se trata solamente de cometer una pequeña traicion.

—¿Y quereis que yo salve la vida á costa de semejante mancha en mi honor?

—Paréceme que me desconoceis.

—Vuestra proposicion.....

—No se trata en ese sentido.

—Entonces vuelvo á deciros lo que os he repetido varias veces; no os entiendo.

—Decidme; si esa sociedad á la cual perteneceis y que tan extraños estatutos tiene, fuera castigada cual merece; si los caballeros que la componen quedasen sujetos á las leyes en menosprecio de las que se han reunido, ¿no creeis que vuestro compromiso quedaria completamente roto?

—¡Cómo, señora! ¿presumís siquiera que yo pudiera ser el delator?

—No; pero podeis ser el que la disuelva. ¿No la formasteis vos?

—En union de mis amigos.

—¿Y ni vuestros amigos, ni vos pudisteis sospechar que llegase un dia en que os vieseis frente á frente y con la espada en la mano para defender las prerogativas y los derechos de esa misma asociacion?

—No, señora.

—Pues bien. Hablad con don Cárlos de Lazan, y estoy segura que entre ambos, llegareis á un acuerdo que evite la efusion de sangre, y que os deje completamente garantidos para lo sucedido.

—¡Oh! es imposible.

—Imposible, porque vos quereis.

—Las leyes del honor son muy severas, y demasiado os consta que he procurado no esquivarlas nunca.

—Pero ved que teneis otros vínculos contraidos.

—Todo lo que vos querais.

—Y que eso no es más que un falso pundonor que os ciega y que puede causaros graves perjuicios.

—¡Cómo ha de ser!

—¿Es decir, que persistís en batiros?

—Sí, señora.

—¿Y no pueden nada para vos mis reflexiones?

—Si mi padre viviera y tal cosa me exigiese, podeis estar cierta que á pesar del cariño que le profesaba, le desobedeceria.

Tan resuelto fué el acento de don Luis al pronunciar estas palabras, que la condesa comprendió todo lo inquebrantable de su resolucion.

—De manera—dijo—que quereis servir de instrumento á la venganza del conde de Santillan?

—¡Cómo! ¿tambien sabeis?....

—Todo; lo sé todo.

Iba don Luis á replicar, cuando de súbito y abriéndose la puerta de la celda, presentóse una novicia toda acongojada diciendo algunas palabras al oido de la condesa, palabras que la hicieron estremecer.

Guevara advirtió este efecto, y adelantándose hácia doña Isabel la preguntó:

—¿Qué teneis, señora?

—Nada. Permitidme algunos segundos.

Y dirigiéndose á la novicia, la dijo:

—Id, hija mia; decid á la abadesa lo que sucede, y que necesito al punto su presencia aquí para justificar esta conversacion.

La novicia se inclinó silenciosamente, y salió de la celda por una puerta interior.

—¿Pero me explicareis?....—dijo don Luis.

—Pronto tendreis la explicacion—repuso doña Isabel fijando una ansiosa mirada en la puerta del aposento.

Esta se abrió de súbito, y en el dintel de ella aparecieron el conde de Santillan, seguido de un alcalde de casa y corte á quien acompañaba un escribano.

—Ved, señor alcalde—dijo el conde señalando á don Luis y á su esposa.—Mi noble cónyuge admite visitas en su celda de religiosa, sin el beneplácito de su esposo, á quien tiene prohibido que penetre en este lugar.

Don Luis se estremeció de ira, y tal vez en un arrebato de cólera hubiese cometido una imprudencia, á no detenerle doña Isabel que adelantándose majestuosamente hácia los recien llegados, preguntó:

—¿A qué debo la honra de ver á la justicia en la puerta de mi celda sin haberme pedido siquiera vénia para llegar hasta aquí?

—Señora—repuso el de Santillan con enojado acento.—El esposo ultrajado no necesita pedir vénia ni autorizacion, cuando trata de castigar á la esposa infiel.

—Medid bien vuestras palabras, señor conde—repuso don Luis con una calma que hacia más terrible todavía la intencion que envolvia su frase—porque pudiera ser que padeciéseis un error, y sabeis que los errores suelen á veces pagarse caros.

—¿Qué hacíais en la habitacion de mi esposa?—preguntó el conde.

—Me hablaba de vos, señor conde—contestó doña Isabel. —Me decia que le diese alguna explicacion sobre la villanía que habíais cometido entrando á formar parte de cierta asociacion, en la cual no pueden entrar más que, ó los jóvenes solteros, ó los viudos, y como yo no he pronunciado votos todavía, como nuestro matrimonio no está disuelto, que yo sepa al ménos, si prestásteis juramento de hallaros en completa libertad, jurasteis en falso; y ya sabeis el castigo que se da á los perjuros. Vos, señor alcalde, podreis explicárselo mejor al señor conde.

—¡Señora!

—Y tened presente, señor alcalde, y así podeis hacerlo constar, que nuestra entrevista ni era contraria á las reglas establecidas en esta santa casa, ni podia juzgársela en un sentido vergonzoso, puesto que la señora abadesa, que hace un momento ha salido de aquí, ha estado presenciándola.

El conde no pudo ménos de desconcertarse algun tanto.

Y este desconcierto se aumentó al ver que se abria la puerta interior que desde la celda comunicaba con el resto del edificio, apareciendo en ella la abadesa, que hizo un movimiento de sorpresa al ver á las personas allí reunidas.

Doña Isabel volvióse hácia ella sin perder un momento su aplomo y serenidad, y en breves palabras la puso al corriente de lo que ocurria.

El conde trató de hablar á su vez.

Pero la superiora del convento, impidiéndole que hablara, se dirigió al alcalde, diciéndole:

—Extráñame sobremanera, señor alcalde de casa y córte, veros en este sitio.

—Señora abadesa, el señor conde rogóme que viniese á tomar acta de lo que viera y oyese.

—Y vos, que debeis ser sin duda novel en la carrera, olvidásteis que las Salesas Reales disfrutan de privilegios é inmunidades, entre las cuales existe la de que no podeis vos entrar en este sitio.

—Mas.....

—Y como no debo, ni puedo, ni tengo necesidad de daros otra explicacion, os mando que salgais de aquí, prometiéndoos recurrir en queja á quien debo.

—Señora abadesa, yo he sido quien le rogué me acompañase—dijo el conde.

—Pues vuestro tanto de culpa tendreis en este asunto.

Y la abadesa señaló la puerta al alcalde y al escribano, los cuales seguidos del conde salieron de la celda.

CAPÍTULO CXX.

Terminacion del anterior.

—¡Oh, señora!—exclamó don Luis tan luego se quedaron solos—no es posible que os imagineis el poderoso esfuerzo que he tenido que hacer para no olvidar el sitio en que me hallo.

—Por eso he procurado anticiparme siempre á vos cuando tratábais de hablar.

Y despues, volviéndose doña Isabel á la abadesa, prosiguió:

—Mucho tengo que agradeceros, señora, y creedme que no se me olvidará con facilidad la poderosa ayuda que me dísteis.

—Cumplo con mi deber nada más, volviendo por los fueros é inmunidades de la casa — respondió la prelada — mas por vuestro propio bien debo preveniros que no repitais demasiado entrevistas como esta, pues la escena de hoy pudiera re-

producirse, y vuestro esposo, aleccionado por lo ocurrido, podria presentarse con alguna autorizacion especial, y en este caso seria completamente ineficaz mi poder.

—Os agradezco la advertencia, y os prometo que en lo sucesivo procuraré no exponerme á nuevas sospechas. Don Luis tendrá en cuenta mis súplicas, y no se expondrá locamente á peligros como el que está corriendo en estos momentos.

—Ya os dije lo que sobre ese asunto me ordenaba el honor y despues de lo que acaba de suceder, comprendereis que debo ratificarme en mi resolucion.

—Pero ved que es locura lo que tratais de hacer.

—No os lo niego.

—Y cuando mi amistad os ruega.....

—Bien sabe el cielo que vuestra amistad, doña Isabel, tiene para mí un valor tan grande, que nada puede compararse con ella, y sin embargo, cuando en este caso la desatiendo, adivinareis que razones muy poderosas me obligan á ello.

—Pero eso es buscar una muerte cierta.

—Procuraré defender mi vida cuanto sea posible.

—Si yo misma os he indicado los medios para alcanzar ese resultado sin exposicion.

—Dispensadme, doña Isabel; son medios inaceptables para mí.

La condesa no pudo ocultar la desfavorable impresion que le causaba la tenacidad del caballero.

Este adivinó en su semblante lo que en su corazon pasaba, y la dijo:

—Comprendo, señora, la contrariedad que habeis de experimentar, cuando así veis defraudados vuestros buenos propósitos; mas ya os dí las razones, y repitiéndoos lo mucho que os agradezco el favor que me hicísteis, permitidme que me retire, que harto he abusado ya de vuestra bondad.

Y don Luis al decir estas palabras dispúsose á marchar.

En vano fué que doña Isabel intentara nuevamente hacerle desistir.

El caballero no quiso dar palabra alguna que á nada le comprometiera, contentándose única y exclusivamente con prometer que haria lo posible por defender su vida.

Lo mismo la abadesa que doña Isabel, influyeron nuevamente, al objeto de evitar la catástrofe que presumian; mas nada fué posible alcanzar, segun ya hemos dicho, y don Luis salió del convento de las Salesas resuelto más que nunca á llevar adelante sus propósitos.

En cambio, doña Isabel quedóse doblemente desolada.

Y decimos doblemente, porque aun cuando don Luis nada le habia dicho respecto á su marido, la verdad era que ella habia visto en sus ojos algo tan amenazador y tan temible mientras el conde estuvo allí, que presumió desde luego un desenlace fatal tras de aquella escena.

Nada sospechó de la mujer que la servia, y aun cuando desde luego tuvo el convencimiento de que alguien le habia hecho traicion, nunca se la pudo ocurrir que la misma mujer de quien ella estaba sirviéndose hubiese sido la causante de todo.

En su consecuencia, á poco de haber salido don Luis del convento, escribió una carta á su marido, carta en la cual le decia lo siguiente:

«Señor conde de Santillan:

»Si no os tuviera por desdicha mia tan conocido, el paso que habeis dado hoy probárame suficientemente todo lo de que sois capaz.

»Sé perfectamente todas las infamias que instigado por vuestro odio tramásteis contra don Luis de Guevara.

»Para prevenirle contra ellas, le llamé á mi celda, y podeis estar seguro que he de hacer cuanto me sea dable, al objeto de que no os salgais con vuestro ruin propósito.

»Vivid prevenido, pues sobre la infamia del hombre está la Providencia para destruirla, y sobre todo mi voluntad enérgica é incontrastable que ya conoceis, y que hará cuanto sea posible para inutilizar vuestros ruines propósitos, aun cuando tuviera que recurrir al mismo monarca.

»He tenido que repetiros varias veces cómo conseguisteis el que yo os diese mi mano; he tenido precision de recordaros los pactos que entonces mediaron; vos, se conoce que los habeis olvidado, y es menester que haya alguien que os los recuerde.

»Temed, por lo tanto, la hora de la justicia, pues si la dejais que suene, se mostrará inexorable en ella,

Isabel.»

Cuando esta carta fué entregada al conde por la doncella de la condesa, hallábase aquel lleno de despecho y revolviendo cien proyectos en su imaginacion, que pudiesen darle el resultado que apetecia.

Este era el de comprometer á su esposa de una manera que no tuviese más remedio que sujetarse á su voluntad.

Respecto á don Luis, confiaba en llevar á cabo una venganza que le dejase completamente satisfecho.

Así es, que únicamente pensaba en doña Isabel, y por ella más que por nada habia dado el paso del convento.

Pero este paso, como hemos visto, le resultó infructuoso.

Y su cólera y su deseo de venganza se aumentó con más violencia por lo mismo que habia quedado chasqueado otra vez.

—Responde—dijo á la criada que le entregó la carta que acababa de leer y que estrujaba furioso entre sus manos—¿ha permanecido mucho tiempo don Luis en el convento?

—No, señor.

—¿No has podido escuchar nada de lo que allí han hablado?

—Palabras sueltas no más.

—¿Y por qué no más que palabras? ¿No te pago para que espies, para que observes y para que digas?

—Es que la señora abadesa no se separó de la celda hasta despues que se hubo marchado don Luis.

—¡La abadesa! si yo pudiera vengarme de ella tambien.....

La criada le miró, y cual si se gozara en su disgusto, le dijo:

—¡Oh! es muy amiga de la señora condesa.

—No me hables de esa amistad porque más se enciende mi cólera al oirlo. Dí, ¿es cierto que habia estado con mi mujer durante toda su entrevista con don Luis?

—No, señor.

—¡Cómo!

—Cuando entrasteis en el convento, fué una novicia á avisarla y entonces corrió inmediatamente á la celda de doña Isabel.

—Conque, ¿es decir que me han engañado?

—No os dije que eran tan amigas.....

—Está bien; si el infierno quiere ayudarme, yo te juro que esa amistad les ha de costar muy cara.

—¿Qué he de contestar á la señora?—preguntó la criada á quien el mensaje que habia traido le agradaba muy poco, puesto que no le habia proporcionado más que disgustos sin utilidad alguna.

—Dile que presto tendrá noticias mias, y noticias que no han de ser de su agrado.

Y el conde hizo una seña á la criada para que saliese de la estancia, y una vez solo volvió de nuevo á leer la carta.

Terminada que fué su lectura, exclamó:

—¿Qué propósito será el que se propondrá esta mujer? ¿querrá acaso por el amor de su don Luis llevar el escándalo hasta el extremo de revelar las vergonzosas condiciones de nuestro contrato de boda? ¡Ira de Dios, que si tal hiciera, pu-

siérame en evidencia y avergonzado quedara para siempre!

Y principió á dar paseos por la estancia.

—Pero no es posible que tal haga; se estima en mucho á sí propia, y ella habria de ponerse en ridículo tambien. Sin embargo, mujer es para hacerlo con tal de conseguir su objeto.

Y quedóse pensativo hasta que prosiguió con altanería:

—¡Oh! ¿y he de doblegarme acaso por el temor que me inspira su misma audacia? En la deshonra que ella trate de arrojar sobre mí, queda envuelta tambien; por lo tanto, ¿por qué tanta preocupacion? Ahora me aconsejaré de mis amigos y veremos su opinion.

Así diciendo, dirigióse al punto en que los Caballeros del Amor celebraban sus misteriosas reuniones.

No hacia mucho tiempo que se encontraba allí cuando apareció de repente en la estancia, nuestro amigo don Luis de Guevara.

Durante el tiempo que habia trascurrido, don Luis habíase serenado por completo, y tranquilo, sonriente y afectuoso, se acercó al lugar en que estaba el conde y le dijo:

—¿Quereis hacerme la merced de escucharme dos palabras?

—¿No podeis decirlas delante de estos caballeros?—preguntó el de Santillan con alguna impertinencia.

—De haberlo podido hacer, hiciéralo sin necesitar vuestra indicacion, amigo mio. Pero necesito que sean á solas, y ya sabeis que no es mi virtud favorita la paciencia.

—Id, conde—le dijeron sus amigos.

El de Santillan no tuvo otro remedio que separarse de ellos, y siguió á don Luis hasta otra estancia inmediata.

Una vez en ella don Luis cambió súbitamente de acento y de expresion en su semblante y dijo:

—¿Sabeis para lo que he venido á buscaros, señor conde?

—¿Para qué?—preguntó éste con insolencia.

—Para mataros.

—Ya sé que tarde ó temprano ha de suceder eso.

—No, es que va á ser ahora mismo.

—Tened más calma, don Luis; ya veis si yo la he tenido por tanto tiempo.

—Os digo que vamos á batirnos ahora mismo.

—Pero.....

—Os llamaré cobarde delante de todos vuestros amigos, os escupiré en el rostro si es necesario, os azotaré con la hoja de mi espada hasta que os obligue.

—¡Oh!

—Ya veis si estoy resuelto.

—¡Miserable de vos!

—El miserable lo es quien despues de haber escuchado lo que os he dicho, no ha desenvainado ya su acero.

—Tiempo me queda para ello.

—Ninguno. Responded; ¿os batís ahora mismo, sí ó no?

—Ahora no.

—Pues bien; escuchad.

Y don Luis, ciego de ira, se dirigió á la puerta de la estancia y llamó á los caballeros que habian quedado en la inmediata.

—¿Qué haceis?—exclamó el conde con voz sorda.

—Señores—dijo don Luis.—Os he llamado para que escucheis la felonía del miserable á quien habeis acogido en vuestro seno mientras que yo estaba enfermo.

—Callad, don Luis—gritó el conde interrumpiéndole.

—¿Os batís?—le preguntó éste.

—Me batiré—repuso con rabia el conde.

—¡Loado sea Dios! Ahora, caballeros, os ruego deis vuestra palabra de honor de que nada direis de cuanto aquí suceda.

Los caballeros la dieron, y poco despues don Luis y el conde,espada en mano, lanzábanse el uno sobre el otro en la misma sala en que se hallaban, y en presencia de los caballeros.

Pocos segundos llevaban de estarse batiendo, cuando un ¡ay! lanzado por el conde y su caida inmediatamente revelaron que la espada de don Luis habia sido afortunada.

CAPÍTULO CXXI.

Astucia de mujer.

Efectivamente, el conde de Santillan habia caido al suelo con el corazon atravesado por el arma de su adversario.

El conde de Santillan tenia fama de gran tirador, pero don Luis no le iba en zaga, y precisamente en los momentos que hablamos, la ira y el justo deseo de castigar á quien tanto le ofendiera, prestábale ménos destreza.

La muerte del conde, que fué casi instantánea, hizo comprender á los caballeros allí reunidos el compromiso en que se hallaban.

Vigentes como estaban todas las disposiciones contra el duelo, relacionado por medio del parentesco el difunto, la verdad era que don Luis para evitar un mal precisamente habia caido en otro peor.

—Don Luis—le dijeron algunos de sus amigos—es necesario que inmediatamente veais de ocultaros.

—¿Por qué señores?—preguntó el jóven—¿no me he batido acaso en buena ley?

—Todos estamos dispuestos á jurarlo así, pero bien conocida os es la pragmática del buen rey Cárlos III, que en gloria esté, y como que no está derogada, lo mismo vos que nosotros estamos sujetos á ella.

Don Luis comprendió que realmente los caballeros tenian razon, é inmediatamente buscó sitio donde esconderse, al ménos durante los primeros dias, mientras se practicaban las primeras diligencias, y lo encontró en la casa de su amigo Vícente.

Entretanto los caballeros daban parte de lo ocurrido; recogióse el cadáver del conde, extendiéronse las diligencias primeras y se dictó auto de prision contra don Luis de Guevara.

Entretanto el vizconde de Lazan, sabedor de lo ocurrido, juzgó que quizás por aquel medio habia tratado don Luis de evadir el compromiso pendiente con él, y en su consecuencia, como que tampoco se podia prolongar su estado de un modo indefinido, tan luego supo á fuerza de destreza y de astucia el sitio donde se escondia, apresuróse á enviarle una carta en la cual le exigia terminantemente que si dispuesto estaba á batirse con él viera de hacerlo en el más breve plazo posible, puesto que á todo trance queria salir de aquella situacion anómala y difícil.

Semejante acicate, lógico era que encendiese en ira el corazon de nuestro amigo, el cual contestó á aquella carta diciendo que aquella misma tarde y detrás de las tapias de la Real casa de campo, solos y sin testigos, podrian encontrarse y dejar satisfecho lo que en mal hora los estatutos y disposiciones de aquella sociedad habian acordado.

Efectivamente, en virtud de esta disposicion, á las cinco de la tarde próximamente, don Luis que habia salido cautelosamente de casa de su amigo, recatándose el rostro y cruzando las calles más extraviadas y en que era ménos posible

que pudiese ver á nadie conocido, hallábase en el sitio en que habia citado á su adversario.

No se hizo esperar éste.

Cinco minutos hacia que estaba allí el de Guevara, cuando llegó el vizconde de Lazan.

Cruzaron los primeros saludos y dijo cortesmente el recien llegado:

—Siento, señor don Luis, que las circunstancias nos hayan colocado en esta situacion; pero debeis comprender que no tenemos otro recurso; que sin faltar á nuestra fe de caballeros, no podemos ni nos queda otro recurso que llegar á este extremo. Yo por mí protesto en este instante que me bato con vos sin resentimiento alguno, sin que en mi corazon exista odio ó rencor de ninguna especie.

—Gracias, señor vizconde; hago mia vuestra protesta en todas sus partes, y á no mediar el compromiso que tenemos pendiente con las mujeres que amamos, compromiso que nos obliga á defender nuestro amor hasta morir, yo os juro que romperia mi espada antes que cruzarla con la vuestra.

—Pero como no podemos prescindir.....

—No tenemos otro remedio que, con voluntad ó sin ella, dar satisfaccion á eso que nosotros mismos hemos creado.

—Esto sí que se llama repuso Cárlos tristemente á la par que se quitaba la casaca y el sombrero y los dejaba sobre un árbol—herirnos con nuestras propias armas.

—Así es lo cierto.

—Lo que verdaderamente me place, es que hayais enviado al otro mundo á ese conde de Santillan, verdadero causante de la situacion en que estamos.

—Hace tiempo que debí hacerlo.

Entretanto uno y otro adversario habíanse ido despojando de las prendas que les estorbaban, y una vez terminado, diéronse un postrer apreton de manos, tras el cual empuñaron las espadas prévio el conocimiento del terreno, y se dis-

pusieron con la mejor voluntad á darse violentamente la muerte.

Aquel falso pundonor llevado hasta la exageracion, iba tal vez á producir una irremediable desgracia.

Pero la Providencia lo habia dispuesto de otro modo.

Y decimos la Providencia, porque precisamente en el momento en que para poner cuanto antes término á la lucha, se iba á tirar á fondo Cárlos de Lazan, dos jóvenes se precipitaron en el lugar del combate.

Destacándose de entre los árboles inmediatos y lanzándose sobre los dos caballeros, detuvieron sus brazos diciendo:

—¿Pero qué haceis, Dios mio?

—¡Paca! exclamó don Luis al reconocer á su amada.

—¡Luisa!—decia á su vez el vizconde.

Y ambos se detuvieron, mientras que las dos jóvenes continuaron:

—¿Con que esta es la confianza que os habíamos inspirado, que no quisisteis decirnos lo que ibais á hacer?

—Vamos, apartaos—dijo Luis rechazando suavemente á Paca.

—No me separo de aquí que no hayais guardado ese acero.

—Imposible.

—Pues imposible es tambien que yo me aleje.

Un diálogo semejante sostenian al mismo tiempo, Luisa y el vizconde.

Este, de igual manera que Guevara, trató de separar de allí á Luisa; pero la jóven le contestó del mismo modo que la maja lo habia hecho á su amante.

La situacion de los dos adversarios se hizo realmente muy crítica con aquella interrupcion.

Felizmente un nuevo acontecimiento, con el cual ninguno contaba, fué á salvar á unos y otros de la difícil situacion en que se habian colocado.

Iban nuestros dos amigos á comenzar de nuevo el combate,

¡PACA! ESCLAMÓ LUIS.

cuando se escuchó en la vecina arboleda una voz que dijo:

—¡Alto en nombre del rey!

Y cuando los jóvenes volvieron la cabeza en la direccion en que se habia percibido la voz, encontráronse con un alcalde de casa y córte que, seguido de varios alguaciles, llegó hasta donde ellos estaban, diciéndoles:

—Señores, siento verme en la precision de arrestaros como contraventores de las disposiciones vigentes, y por lo tanto os intimo que entregueis vuestras espadas.

—¡Eso jamás!—gritó don Luis.

—Ved que os lo intimo en nombre del rey, caballero.

Guevara palideció, é iba á contestar con demasiada acritud, cuando el vizconde se le adelantó diciendo:

—Si al señor don Luis ó á mí nos exigiese el rey lo que acabais de pedirnos, al rey en persona nos veríamos obligados á decirle que no lo podíamos hacer.

—¿Y no comprendeis el grave compromiso que arrostrais?

—Todo lo sabemos.

—Pero si.....

—No os molesteis, señor alcalde; harto sabemos lo que nos aguarda de no cumplimentar vuestra órden, pero es ya una resolucion irrevocable.

—¿De modo que no quereis entregar las espadas?

—No.

—Entonces vais á ponerme en el caso.....

—¿De qué?

—De que os suplique tengais la bondad de acompañarme no muy léjos de aquí.

—Como gusteis; eso es otra cosa.

En vano fué que las señoras interpusieran su influencia para evitar que aquel caso se realizara.

Cárlos y don Luis no tuvieron otro remedio que seguir al alcalde, dejando á sus amadas sumidas en la mayor desesperacion.

La presencia de aquellas dos jóvenes en el lugar del combate, así como tambien la del alcalde, hacen necesaria una explicacion.

Recordarán nuestros lectores que Luisa se habia enterado perfectamente de la conversacion que sostuvieron Antonio y la duquesa, y que habia aprovechado el primer momento que pudo para dirigirse á la casa del conde de Lazan.

Allí vió á Cárlos, y nada pudo saber de él, pero en cambio vió despues á María y al vizconde del Juncal, y éstos le dieron palabra de que harian lo posible, no solo por impedir aquel duelo, sino tambien para acabar con aquella asociacion de jóvenes de buen humor que en aquellos momentos particularmente, estaba provocando tan graves conflictos.

Sin embargo, Luisa no se conformó con esto.

Comprendió que era necesario algo más enérgico y poderoso para alcanzar el resultado que se proponia.

Para esto trató de sacar á Antonio con maña algo que á don Luis se refiriese, y la conversacion misma le dió conocimiento de Paca, la amada de Guevara.

Así fué que trató de averiguar dónde vivia Paca, y sin decir nada á nadie de su proyecto, salió de su casa, diciendo á su madre que iba á otra parte, y se dirigió dónde vivia la maja.

Bien ajena se hallaba ésta de la visita que iba á tener y del objeto que encerraba.

Así fué que al ver á la dama, sorprendióse, con doble motivo porque no la conocia, y mucho más lo quedó al decirle ésta despues de cruzadas las primeras palabras:

—Vos amais á don Luis de Guevara, ¿no es cierto?

—Señora.....

—No trateis de negarlo; lo sé y vengo á ayudaros á que le salveis, y á que vos tambien me ayudeis á salvar al hombre á quien amo.

—¡Dios mio!—exclamó la maja tan luego supo la verdad.—

Si mi amor le ha de dar muerte, no quiero que muera; yo le ahogaré dentro de mi pecho y renunciaré á la felicidad de su cariño.

—¡Oh! no! nada conseguireis con eso; ellos se batirán.

—¿Qué hacer entonces?

—Escuchadme.

Y Luisa explicó á Paca su plan, consistente en establecer una vigilancia completa respecto á don Luis, así como ella tambien la tendria respecto á los dos.

En consecuencia de esto, sin saberlo ellos mismos, fueron objeto de un espionaje constante, merced al cual Paca supo el recado que don Luis habia recibido y su salida de la casa de Vicente.

Al mismo tiempo, Luisa, que tenia comprado á uno de los criados de Cárlos, supo por éste que aquella tarde á las cinco, su amo habia de estar detrás de las tapias de la Casa de Campo.

Luisa dió aviso de esto á Paca, y reunidas las dos, pues ambas presumieron de lo que se trataba, fueron al sitio indicado.

En cuanto al alcalde, era enviado por Floridablanca, pues habia sujetado á una vigilancia rigurosa al vizconde de Lazan, y tan luego el corchete encargado de espiarle le vió salir de su casa, fué siguiéndole, mientras que otro compañero suyo iba á dar cuenta al alcalde del sitio hácia dónde parecia dirigirse.

CAPÍTULO CXXII.

De qué modo quedaron terminadas las diferencias entre don Luis y el vizconde.

La duquesa de la Jaridilla y Luisa, obrando cada una separadamente, habian contribuido á un mismo fin.

Porque el resultado que tuvo el duelo entre ambos jóvenes fué debido única y exclusivamente á los esfuerzos de ambas, pero especialmente á los de Luisa.

Ni Cárlos ni don Luis podian sospechar la parte que la jóven habia tenido en aquel asunto.

Así era que no podian explicarse cómo tan oportunamente habia llegado aquella ronda para completar, digámoslo así, los esfuerzos de ambas jóvenes.

—Pero, señor alcalde—decia don Luis á la par que hácia á Madrid se dirigia—¿no podreis decirme cómo tan oportunamente pudísteis llegar?

—Dispensad, señor don Luis, si no puedo contestaros á se-

mejante pregunta. Tal vez el señor conde de Floridablanca, á cuya presencia tengo órden de conduciros, os lo dirá.

—¿El conde de Floridablanca?—exclamaron á la par, tanto don Luis como el vizconde.

—Sí, señores.

—¿Pero cómo sabia el conde?...

—Lo ignoro.

—¿Y pensais conducirnos por Madrid en la misma forma en que ahora vamos?—preguntó el vizconde, á quien realmente se le hacia sumamente duro penetrar en Madrid rodeado de alguaciles.

—Precisas son las órdenes que tengo, y realmente, el delito que cometísteis desobedeciendo los edictos de Su Majestad, merece que seais tratados con severidad.

—Pero es que un caballero, antes que verse conducido entre corchetes como un malhechor, vende cara su vida.

Y el vizconde al decir estas palabras fué á lanzarse sobre el alguacil que llevaba su espada.

Felizmente el alcalde adivinó su intencion, y le sujetó el brazo, diciéndole rápidamente y en voz baja:

—Hacedme la merced, señor vizconde, de estaros quieto, pues si entabláseis la lucha con los mios, empeoraríais vuestra causa doblemente. Dadme vuestra palabra de marchar directamente á casa del conde, y yo os prometo libraros de nuestra presencia, tan luego entremos en Madrid.

—¿Habeis podido sospechar nunca que dejase de cumplir aquello que el deber me ordena?

—Teneis la sangre muy moza todavía, y fácil es que os hiciera cometer alguna locura.

—Cuando se trata del honor, creed que mi sangre sabe perfectamente contenerse y cumplir como debe.

—Y respecto á mí, ¿qué pensais hacer, señor alcalde?—dijo don Luis, que habia permanecido silencioso durante el anterior diálogo.

—Lo mismo que acabo de decir al señor vizconde. Vuestra leal palabra me basta, si es que quereis dármela.

—Pero ¿de qué se nos acusa? ¿por qué tratarnos con semejantes precauciones?

—Extraño que me hagais esa pregunta, vos que precisamente teneis en contra vuestra la sangre del conde de Santillan.

—El señor vizconde puede deciros si obré bien ó mal dándole muerte.

—Y tan no obró mal don Luis—repuso Cárlos—que á no ser él, yo le hubiese quitado la vida.

—Pero eso no excusa en manera alguna vuestra desobediencia.

—En materias de honor, todas las disposiciones resultarán siempre en la práctica imposible de ser atendidas.

—Por vuestro propio bien, señores, os suplico que no useis ese lenguaje cuando os encontreis en presencia del señor conde de Floridablanca.

—Jamás he sabido disfrazar mis sentimientos, y si toca este punto, he de contestarle forzosamente en ese sentido.

Hablando de este modo, llegaron nuestros amigos á la Puerta de Segovia, en cuyo punto el alcalde devolvió sus espadas á los dos jóvenes, y despidiendo á la ronda que le habia acompañado, marchó un poco detrás de ellos á fin de no perderles de vista.

—Y bien, ¿qué pensais de esto, don Cárlos?—dijo el de Guevara al vizconde tan luego se hubo separado de ellos el alcalde.

—Que estoy viendo que si hemos de persistir en cruzar nuestras espadas por mantener lo que dicen esos estatutos que nosotros hemos hecho, lejos de Madrid hemos de ir.

—Opino lo mismo, aun cuando yo creo que para mí las consecuencias de la inopinada aparicion del buen alcalde han de ser un poco más funestas que para vos.

—No os comprendo.

—Muy sencillo, yo tengo dos causas y una de ellas algo más grave puesto que en ella se encierra la muerte de un hombre.

—Es que en ese asunto yo tambien debo cargarme mi tanto de culpa, toda vez que, como ya os he dicho, si vos no le hubiéseis dado muerte, yo le hubiese buscado, y os juro que habríale tratado sin compasion alguna lo mismo que vos.

Entretanto Luisa y Paca que habian venido siguiendo, aun cuando á muy larga distancia, á sus amantes, no podian explicarse la aparicion de aquella ronda tan fuera de hora y de ocasion, y ambas temian si aquello que por el momento habia contribuido á salvar la vida de alguno de los dos no les seria peor despues.

—¿Y qué vamos á hacer?—decia Luisa á Paca á la par que se encaminaban hácia Madrid.

—Ignoro lo que vos hareis, señora—repuso la maja—pero de mí sé deciros que seguiré á don Luis donde quiera que vaya, que seré su sombra, y que el acero que haya de herir su pecho, encontrará el mio antes que el suyo.

—Lo mismo que vos hiciera yo tambien si la situacion en que la suerte me ha colocado me lo permitiera; pero hasta el paso que he dado esta tarde, ¡quién sabe cómo será comentado mañana por los criados que están esperándome con la silla de manos ahí cerca de la Puerta de Segovia!

—Lo comprendo y os compadezco.

—Por eso os preguntaba antes qué era lo que íbamos á hacer.

Paca quedóse algunos momentos pensativa.

Al cabo de ellos, dijo:

—¿Quereis creerme, señora?

—Hablad.

—Como habeis dicho muy bien, vos teneis ciertas conveniencias que guardar, conveniencias por las cuales las gentes

de mi clase podemos saltar impunemente; por lo tanto, ya que hemos evitado el peligro más inmediato, entrad en vuestra silla de manos y haced que os conduzcan á vuestra casa.

—¿Pero cómo sabré lo que sucede?

—Yo iré á decíroslo.

—¿Es decir que vos les ireis siguiendo?

—Sí, señora, y os juro que averiguaré cuanto sea necesario.

—Pero.....

—Nada digais, porque ni es prudente que vayais por las calles de Madrid como puedo ir yo, ni con vuestra silla de manos tampoco podriais seguir á los que tanto interés tenemos ambas en no perder de vista.

Luisa no pudo ménos de comprender que Paca tenia razon.

Sin embargo, repugnábale que la maja le superase en aquellas demostraciones de cariño, cuando realmente ella amaba á Cárlos de igual manera que Paca amaba á don Luis.

Trató de resistirse durante algun tiempo.

Pero una vez que hubieron llegado á la Puerta de Segovia, Paca se detuvo y señalándole la silla de manos que los lacayos estaban guardando cerca del puente, dijo:

—Ved, señora; de aquí no debeis pasar, ni aun cuando pudierais seria prudente que lo hicieseis. Haced que os conduzcan á vuestra casa y yo, como os he dicho, iré á participaros lo que ocurra.

Luisa no tuvo otro remedio que resignarse.

Exigió nuevamente á la jóven que no dejase de ir á avisarla, y entrando en la silla, dió órden á los criados de que la condujesen á su casa.

Paca siguió á don Luis y al vizconde, no dejando de sorprenderle la maniobra del alcalde y de los alguaciles, obligándola á murmurar:

—¿Pues dónde van el vizconde y Luis? ¿qué misterio será este?

Y cada vez más llena de curiosidad, siguió adelante hasta que vió que los dos caballeros penetraban en la casa de Floridablanca.

La jóven, resuelta á todo, fué á detenerse en una bollería que habia en frente de la casa del ministro, á fin de no perder de vista la puerta por donde viera entrar á los dos caballeros.

La sorpresa de nuestros amigos no tuvo límites cuando al entrar vieron reunidos en aquel sitio á todos sus compañeros, es decir, á todos los individuos que componian la famosa sociedad de los Caballeros del Amor.

Pero muy pronto puso término á sus reflexiones la aparicion de Floridablanca.

El semblante del ministro nada de tranquilizador tenia.

Severo y grave saludó ligeramente y en general á todas las personas allí reunidas, y tomando asiento é invitando á los caballeros á que hicieran lo mismo, dijo poco despues:

—Señores, duéleme en extremo ver á la juventud española, á las personas que por su cuna, por su ilustracion y por su riqueza, más lustre y más honor podian dar á su país, duéleme, repito, verles como se ocupan de asuntos tan fútiles como el que aquí me ha hecho traeros, asuntos que á la verdad os honran tan poco como á la nacion que os cuenta como sus hijos predilectos.

Detúvose algunos momentos el conde, sin que ninguno de los allí presentes se atreviese á decirle una palabra.

Floridablanca prosiguió despues dirigiéndose á don Luis:

—No podia imaginarme nunca que don Luis de Guevara, la persona á quien nuestro inolvidable monarca don Cárlos III, que en gloria esté, habia honrado con su confianza, que por sus luces y su inteligencia tanto parecia prometer, fuese á deslucir los blasones de su escudo y á oscurecer su fama y buen nombre en empresas mezquinas y vergonzosas que necesitan de las sombras de la noche y del misterio de la soledad para realizarse. Y en vos, caballero, es tanto más censurable

lo que habeis hecho, cuanto que sois el creador de esa asociacion indigna, cuyo objeto es el libertinaje y la crápula, y cuyo fin suele dar por resultado dramas como el que ha producido la muerte del conde de Santillan y el desafío en que habeis sido sorprendido con el vizconde de Lazan.

—Permitidme, señor conde—repuso don Luis—no que trate de defender mis actos, sino de vindicarme algun tanto de ciertos cargos que me habeis hecho.

—Hablad; tendré un verdadero placer si esa vindicacion resulta una verdad.

—En primer lugar debo deciros que el objeto de la sociedad no fué más que el de proporcionarnos algunos momentos de solaz, sin que de ello pudiera resultar jamás daño de tercero. Si de esto se han extralimitado alguna vez varios individuos pertenecientes á la sociedad, ha sido prevaliéndose de mi ausencia y sufriendo el castigo á que se hicieron acreedores. Nunca estuvo en la mente de sus fundadores, todas personas pertenecientes á las clases más elevadas de la nacion, comprometerse en empresas vergonzosas en las cuales pudiera quedar mal parado su honor y su buen nombre.

—¿Y creeis acaso que es honroso ese famoso artículo de vuestros estatutos, por el cual haceis una especie de voto de soltería, que no excluye, sin embargo, el que os entregueis á toda clase de amores ilegítimos, obligando á batirse con todos los individuos de la asociacion á aquel que trate de unirse á una mujer con los sagrados vínculos del matrimonio? ¿Es eso lo que de vosotros tiene derecho á esperar vuestro país? Respondedme con franqueza, señor don Luis, y vos tambien, señor vizconde, ¿si hubiéseis sabido que vosotros, los primeros, os habríais de encontrar en el caso que vuestros estatutos previenen, los hubiéseis firmado y aprobado?

Ni el vizconde ni don Luis se atrevieron á contestar.

Repugnábales mentir, y la verdad era que nadie más que ellos deploraban aquella cláusula de su reglamento.

Floridablanca comprendió lo que pasaba en el corazon de ambos jóvenes, y dijo despues:

—Señores: propio de gente moza es el crearse compromisos que llega un dia se les hacen pesados y les producen complicaciones como la en que hoy os encontrais todos envueltos. Pero lo que vosotros no podeis hacer por pueriles susceptibilidades, acabo de hacerlo yo en nombre de Su Majestad el rey don Cárlos IV, y al disolver vuestra sociedad rompo todos los compromisos que recíprocamente contrajísteis, y de enemigos en que por la fuerza de las circunstancias os habíais colocado unos respecto á otros, quiero, y tal es la voluntad del monarca, que os torneis en amigos cariñosos cual antes erais; y que vuestra sangre, en el caso de ser derramada, séalo única y exclusivamente en su servicio.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio todas las personas alli reunidas.

Realmente la solucion dada por el ministro á aquel negocio, era la única decorosa y digna que habia.

Don Luis fué quien primero se decidió.

Comprendió que las palabras de Floridablanca eran justas y tendiendo la mano al vizconde, y volviéndose al mismo tiempo hácia los demás caballeros, dijo:

—Señores: nadie más que yo sabeis que ha guardado y sabido guardar los estatutos de nuestra sociedad; mas desde el momento en que sobre nuestra voluntad se impone la del rey que Dios guarde, depongo todos mis rencores, y os ofrezco á todos mi leal amistad, suponiendo que á ninguno se os ocurrirá por este paso que doy poner en duda mi valor y mi hidalguía.

Estas palabras de don Luis rompieron el mutismo de sus compañeros.

Todos aceptaron gustosos aquella solucion, todos estrecharon las manos del vizconde y de Guevara, y todos empeñaron su palabra de honor de no volver á constituir una asociacion que la voluntad del monarca acababa de destruir.

CAPITULO CXXIII.

Donde queda terminada nuestra obra.

Fácilmente puede comprenderse la impaciencia y el temor con que Paca estaria esperando la salida de don Luis.

Vió salir de la casa del conde á los caballeros que, como sabemos, habia en el despacho del ministro, y en vano buscaron sus ojos el verdadero y único objeto de sus ansias.

Floridablanca no habia querido que saliese don Luis con los demás, y una vez que se encontraron solos le reprendió severamente por lo que habia hecho con el conde de Santillan, y finalmente le dió á entender que todo quedaria arreglado y que con motivo de la elevacion al trono de Cárlos IV, se le indultaria.

Al mismo tiempo exigió que la reconciliacion entre él y Cárlos fuese realmente sincera, y ambos jóvenes volvieron nuevamente á estrecharse la mano dándole su palabra de que en lo sucesivo no volveria á tener motivos para disgustarse.

Despues de esto, Cárlos y don Luis salieron de casa del ministro.

Cuando Paca los vió salir solos y demostrando en su conversacion y en sus movimientos hallarse en la mayor armonía, su corazon se estremeció de gozo.

—¡Oh! está libre—murmuró.

Y fuése tras ellos aunque procurando que ninguno de los dos la viese.

Unicamente cuando Cárlos y Guevara se separaron para dirigirse cada uno á su casa, creyó que podia aproximarse á don Luis.

El caballero caminaba bastante distraido.

Lo que le habia ocurrido durante aquella tarde era más que suficiente para impresionarle hondamente.

Así que Paca necesitó, no solo acercarse á él sino tocarle ligeramente en el hombro para que se volviese.

—¡Paca!—exclamó el jóven sorprendido al reconocer á su amada á la mortecina claridad que despedian los faroles.

—Sí, señor, la misma—repuso la maja con un ligero acento de reproche—Paca á quien vos haceis estar sin vida por vuestras locuras.

—¿Pero qué haces á estas horas por aquí?

—¿Qué he de hacer? Seguiros.

—¡Seguirme!

—Sí tal; despues de lo ocurrido esta tarde ¿queriais que os abandonase?

—¡Alma de mi alma!—exclamó Luis con apasionado acento.

—Bien os cuidais de vuestra alma, segun vos decís, cuando tanto la haceis sufrir.

—Yo te prometo, que hoy que me encuentro libre ya, te consagraré mi existencia por completo, y no me separaré más de tí.

—¡Oh! ¡quiéralo el cielo!

—Ya se ve que lo querrá.

—Ahora vais á acompañarme, caballero, puesto que como deciais os hallais libre.

—¿Dónde vas?

—A casa de la duquesa de la Jaridilla.

—¿Para qué?

—Para decir á Luisa el desenlace de una escena que tanto nos ha hecho sufrir.

—Y á propósito de eso, ¿cómo es que habeis llegado en tan buena ocasion al lugar del combate? ¿quién os dijo....?

Paca refirió entonces á su amante todo lo que ya conocen nuestros lectores referente á lo que Luisa habia hecho.

El caballero no pudo menos de agradecer á su amada aquel interés de que tan repetidas muestras le habia dado, y prometiéndole que pronto cesaria aquella situacion tan anómala, apresuróse á acompañarla á casa de la duquesa.

Paca manifestó á Luisa todo cuanto sabia, y la alegría de la jóven no reconoció límites.

Fácilmente se comprende que una vez desaparecidos todos los obstáculos que se oponian á la union, tanto de Cárlos como de don Luis, las diligencias proseguirian con actividad, y bien pronto se anunciaron oficialmente, si así podemos expresarnos, aquellos matrimonios.

Ninguna extrañeza causó en la córte la noticia de los matrimonios, tanto de Luisa con el vizconde de Lazan como del vizconde del Juncal con María; pero en cambio la produjo, y grande, la de la boda de don Luis de Guevara con Paca.

El jóven, sin embargo, no desistió, y la triple ceremonia estaba dispuesta para el mismo dia.

El conde de Lazan regocijábase con la idea de que al fin sus hijos iban á ser felices despues de tantos disgustos y contrariedades como le habian proporcionado las consecuencias de su borrascoso pasado.

Reconciliado con la duquesa de la Jaridilla, disfrutando del favor del nuevo monarca, pareció en realidad que la fortuna le sonreia.

Sin embargo, la víspera de la union de sus hijos, recibió

una carta que le hizo despertar bruscamente de aquella dicha en que tan satisfecho se encontraba.

Aquella carta estaba firmada por Alina y por Mario.

Es decir, por las dos personas que le tenian jurado un odio mortal.

En aquella carta Alina solicitaba una última entrevista.

Cuando esta se presentó en su aposento, no pudo menos de decirla con un acento lleno de amargura:

—¿Es posible que no se haya satisfecho todavía vuestra venganza?

Alina contempló tristemente aquel rostro abatido por los dolores, y en el cual con tan gráficos carácteres estaba escrita la zozobra y la desesperacion, y repuso:

—¿No recordais lo que os dije en circunstancias bien solemnes para vos? No solamente soy yo quien renuncia á mortificaros más, digámoslo así, sino tambien Mario en cuyo nombre vengo á veros.

—¡Mario tambien!

—Sí, conde, para nosotros tambien ha brillado un rayo de luz, y no es justo que al comenzar á ser felices tratemos de gozarnos con los dolores de los demás. Sé que vuestros hijos se van á casar, sé que con su dicha habeis de regocijaros, sé que Antonio, noble y generoso corazon, no solo no os ha dirigido el más mínimo reproche por la conducta que con él seguisteis y el abandono en que le dejasteis por espacio de tantos años, sino que no queriendo aceptar nada de vos, está resuelto á marchar á Italia, y es muy posible que nos acompañe en nuestro viaje.

—¡Vuestro viaje!—exclamó sorprendido el conde.

—Sí; Mario y yo, una vez verificado nuestro enlace, regresaremos á Italia; los dos tenemos allí santos recuerdos que reclaman nuestra atencion, y no es justo que por tanto tiempo les tengamos dados al olvido.

—¿Y decís que Antonio intenta marcharse con vosotros?

—Sí; Antonio tiene verdadera alma de artista, y en Italia puede encontrar cuanto su ardiente imaginacion necesite. Además, bien sabeis que Antonio habia conocido á Luisa en circunstancias que ignoraba el parentesco que les unia, que su corazon se interesó demasiado, y que hoy debe sufrir por más que con una fuerza de voluntad poderosa esté dominando sus dolores.

—¡Oh! siempre los pecados de mi juventud mortificando mis postreros años!....

Y el conde sepultó la cabeza entre sus manos permaneciendo de este modo un buen espacio.

Alina le contempló tristemente, y levantándose despues de su asiento, se aproximó al anciano y le dijo:

—Señor conde, lo hecho ya no tiene remedio, procurad con vuestro arrepentimiento borrar esas faltas de la juventud, y puesto que el cielo ha comenzado á perdonaros permitiéndoos que realiceis todas esas aspiraciones de vuestra vida, seguid implorando su benevolencia, y estad seguro que os la acabará de conceder por completo.

El conde estrechó entre las suyas la mano de Alina, y murmuró con débil voz:

—¿Es decir, que vos me perdonais tambien?

—Sí, señor; en mi nombre y el de Mario, os otorgo un perdon tan cumplido, como fué grande vuestra falta.

—Gracias, gracias—repuso el conde sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Poco despues, Alina pasaba á las habitaciones de María, á la cual felicitaba por su próxima union, y á su vez le participaba la suya tambien.

EPÍLOGO.

El matrimonio de don Luis con Paca, se celebró en el mismo dia que los del vizconde del Juncal y de Cárlos de Lazan.

Los reyes fueron padrinos de estas dos últimas bodas, y el conde de Lazan, á pesar del dolor que sentia por la situacion de doña Catalina y por la próxima marcha de Antonio, que como Alina habia dicho, estaba resuelto á marchar á Italia, experimentó una verdadera satisfaccion.

Poco despues, Vicente y Joselito conducian tambien al altar, en la parroquia de San Lorenzo, á la cual pertenecian las dos majas, á Lola y á Concha, promoviéndose con tal motivo en el popular barrio, la broma y el jolgorio consiguientes.

Guevara, para sustraerse de alguna manifestacion que hubiera podido ser ofensiva para Paca, se retiró á una preciosa quinta, que en las inmediaciones del Pardo adquirió,

donde en la segunda parte de nuestra obra tendremos ocasion de encontrarles.

Respecto á los demás personajes que han figurado en el curso de nuestra narracion, poco es lo que ya tenemos que decir.

El perfumista Zarini ó sea el conde de Fuentidueña, arrepentido, digámoslo así, de los funestos resultados de su venganza, máxime despues de haber leido el manuscrito que Campillo le entregara, tuvo una entrevista con el conde de Lazan, reconciliáronse en ella, y el de Fuentidueña se hizo cargo de doña Catalina de Sandoval, á cuyo cuidado consagró los últimos años de su existencia.

La condesa de Santillan, libre ya por la muerte de su esposo, desengañada por completo y destrozada el alma por el desamor de aquel don Luis, á quien tanto habia amado profesó en el mismo convento de las Salesas, renunciando para siempre á todas las pompas y placeres mundanos.

Don Tadeo y todos los demás bribones que en sus fechorías le habian ayudado, encontraron finalmente el castigo que merecian.

En cuanto á Campillo y al supuesto hijo de Armendariz, que tan maléfica influencia habia ejercido en los últimos momentos del padre de don Luis, ya dijimos que se habian alejado de España, y en la obra que con el título de LA MAJA DE MARAVILLAS publicaremos á continuacion de esta, volverán á encontrarles nuestros lectores.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE

de los capitulos contenidos en el tomo segundo.

Capítulos.	Páginas.
I.—Antecedentes á los capítulos anteriores.	5
II.—Una alianza femenina.	11
III.—El vizconde del Juncal explora el terreno. . . .	17
IV.—En donde Antonio se alarma sériamente por la suerte de sus amigos.	22
V.—Don Ramon de la Cruz.	27
VI.—Don Ramon de la Cruz se decide á visitar á Floridablanca.	36
VII.—Floridablanca firma la órden de poner en libertad á Luis.	43
VIII.—Donde se verá lo que concertaron hacer don Ramon de la Cruz y Antonio.	49
IX.—El tio Langosta recibe un susto regularcillo. . . .	54
X.—Donde se ve que doña Catalina no cedia fácilmente en sus empeños.	63
XI.—Don Tadeo comprende que ha cometido una tontería.	69
XII.—Qué era lo que habia hecho cambiar en tan alto grado al señor Gil Perez.	78
XIII.—Donde se explica lo que hizo el conde de Santillan despues de la entrevista que tuvo con Simon.. .	86
XIV.—Gil Perez se decide á obrar en contra del conde de Santillan..	93
XV.—Donde sabemos por fin lo que fué de García despues que recobró la libertad.	100
XVI.—García se entiende con Gil Perez.	108
XVII.—El conde de Santillan en el castillo de Villaviciosa..	115
XVIII.—El conde y la condesa de Santillan,.	122
XIX.—Floridablanca se entera de la conducta observada por Gil Perez en el asunto de la prision del conde de Santillan..	129
XX.—Inesperada sorpresa del secretario Gil Perez.. . .	136
XXI.—Qué habia sucedido en la venta del tio Langosta. .	143
XXII.—En donde el lector verá que Miguel y Bernardote aprovecharon la noche.	151
XXIII.—Por fin aparece el tio Langosta..	159
XXIV.—Donbe don Tadeo adquiere algunos detalles del tio Langosta..	165
XXV.—Volvemos á encontrarnos con nuestros amigos. . .	172
XXVI.—Donde se verá que Joselito corre un grave peligro. .	180
XXVII.—Cenizas de amor.	188
XXVIII.—Amante y esposo.	195

Capítulos. Páginas.

XXIX.—Continuacion del anterior. 201
XXX.—Terceto de amor y celos.. 206
XXXI.—Donde se ve que la casualidad se pone tambien algunas veces al lado del crímen. 210
XXXII.—De qué manera pueden enredarse las cosas. 216
XXXIII.—Donde el lector se enterará de los medios que se habian puesto en juego para secuestrar á la hija del conde de Lazan.. 223
XXXIV.—Continúan los antecedentes.. 230
XXXV.—Donde Luisa se ve detenida contra su voluntad. . 236
XXXVI.—Donde Giacomo Zarini se muestra sumamente complaciente con doña Catalina. 242
XXXVII.—Coincidencias que todas ellas vienen á refluir contra el conde de Lazan.. 247
XXXVIII.—Resultado de la accion llevada á cabo por los dependientes de don Tadeo. 254
XXXIX.—Los dos hermanos.. 261
XL.—Un personaje misterioso.. 267
XLI.—El vengador de su madre. 274
XLII.—Donde Luisa cuando menos lo espera ve brillar una luz salvadora. 279
XLIII.—Donde se verá que don Tadeo no cejaba en sus infames propósitos. 288
XLIV.—Efecto que produjo el mensaje del desconocido. . . 296
XLV.—Paca se convierte en enfermera de don Luis de Guevara. 302
XLVI.—Dos rivales.. 309
XLVII.—Padre é hijo. 317
XLVIII.—Cárlos se presenta ante la duquesa de la Jaridilla. . 324
XLIX.—Cárlos se compromete á salvar á Luisa.. 331
L.—Donde habia ido á parar María de Lazan. 336
LI.—Amor de viejo. 342
LII.—Aparicion inesperada.. 349
LIII.—La duquesa de la Jaridilla y el conde de Lazan. . . 357
LIV.—Continuacion del anterior. 363
LV.—Donde se explican algunas cosas que al lector le habrán parecido un tanto confusas.. 371
LVI.—Donde se prueba que don Tadeo era un hombre previsor. 375
LVII.—El tio Langosta vuelve de nuevo á ser carcelero. . 383
LVIII.—Giacomo Zarini comienza á comprender que puede llegar su venganza más lejos de lo que pensaba. . 390
LIX.—Continuacion del mismo asunto. 397
LX.—Donde volvemos á encontrarnos de nuevo con el desconocido enemigo de don Luis. 403
LXI.—El desconocido llega á imponerse á doña Catalina. . 409
LXII.—Donde el marqués Adelfi encuentra lo que no podia esperar. 417
LXIII.—De cómo habia llegado Joselito tan oportunamente. 425
LXIV.—Continuacion del anterior. 432
LXV.—De como un pillo sale al fin definitivamente de escena, y de como la providencia se puso de parte de Luisa y del vizconde. 439
LXVI.—De como Antonio logró al fin salvar á Luisa.. . . . 447

Capítulos. Páginas.

LXVII.—La doble vida. 454
LXVIII.—El padre de don Luis.. 462
LXIX.—Donde el conde de Lazan recibe dos alegrías.. . . . 469
LXX.—El aviso del mercader. 477
LXXI.—Donde Zarini se muestra tal como es.. 483
LXXII.—Por qué circunstancia imprevista el vizconde del Juncal descubrió dónde estaba María. 491
LXXIII.—Continúan los antecedentes sobre los sucesos anteriores.. 498
LXXIV.—Qué habia sido de Paca la Salada. 505
LXXV.—Que termina con un desenlace inesperado. 514
LXXVI.—Dos muertos y una loca.. 521
LXXVII.—Donde don Luis de Guevara adquiere algunas noticias que le interesan. 527
LXXVIII.—El odio de Armendariz. 535
LXXIX.—Armendariz toma las formas más á propósito para herir á su adversario. 542
LXXX.—Lealtad contra falsía. 550
LXXXI.—El doble juego de Armendariz. 557
LXXXII.—Algunos antecedentes sobre Guzman y sus compañeros. 566
LXXXIII.—Los amigos de Guzman. 574
LXXXIV.—La realizacion del rapto.. 581
LXXXV.—Cómo recibió Francisco la tremenda noticia.. . . 590
LXXXVI.—Una operacion desgraciada. 599
LXXXVII.—Donde Armendariz tropieza con una decepcion. . . 607
LXXXVIII.—Qué habia sido de Carlota. 615
LXXXIX.—Donde Armendariz se ve obligado á aplazar su venganza.. 623
XC.—Cómo se vengó Armendariz de Guevara. 631
XCI.—Elena de Solís.. 640
XCII.—Don Francisco de Guevara disfruta algunos momentos de felicidad.. 648
XCIII.—Donde se nubla de un modo horrible el cielo de ventura de que disfrutaba el capitan. 656
XCIV.—Proposiciones de Armendariz. 664
XCV.—La infamia de un perverso. 672
XCVI.—Continuacion del anterior.—Consumacion de la infamia.. 680
XCVII.—La terminacion de la historia. 688
XCVIII.—Qué hizo el conde de Lazan despues que hubo recobrado á su hija.. 696
XCIX.—Donde volvemos á tropezar con García. 703
C.—En el mentidero de San Felipe.. 710
CI.—Lo que puede suceder durante unas rogativas. . . 717
CII.—Donde se explican algunos hechos ocurridos en el anterior.. 726
CIII.—Ojeada retrospectiva.. 730
CIV.—La hija sin madre.. 376
CV.—La madre sin hija.. 741
CVI.—Proyectos felices. 747
CVII.—Proyectos matrimoniales. 753
CVIII.—Dificultades imprevistas.. 761
CIX.—En el que se prepara otro matrimonio. 769

Capítulos. Páginas.

CX.—Malos pronósticos. 778
CXI.—Un aviso intencionado. 784
CXII.—Más complicaciones. 790
CXIII.—La muerte del rey. 797
CXIV.—Los amigos de confianza. 810
CXV.—Corazon de madre. 819
CXVI.—Cómo pudo saber Luisa la verdad. 827
CXVII.—Donde interviene el vizconde del Juncal. 835
CXVIII.—Por qué circunstancias volvemos á encontrarnos con la condesa de Santillan. 843
CXIX.—Cómo puede interrumpirse una conferencia, y cómo puede terminar un antiguo resentimiento. . . . 852
CXX.—Terminacion del anterior. 860
CXXI.—Astucia de mujer. 867
CXXII.—De qué modo quedaron terminadas las diferencias entre don Luis y el vizconde. 874
CXXIII.—Donde queda terminada nuestra obra. 882
Epílogo. 887

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LÁMINAS.

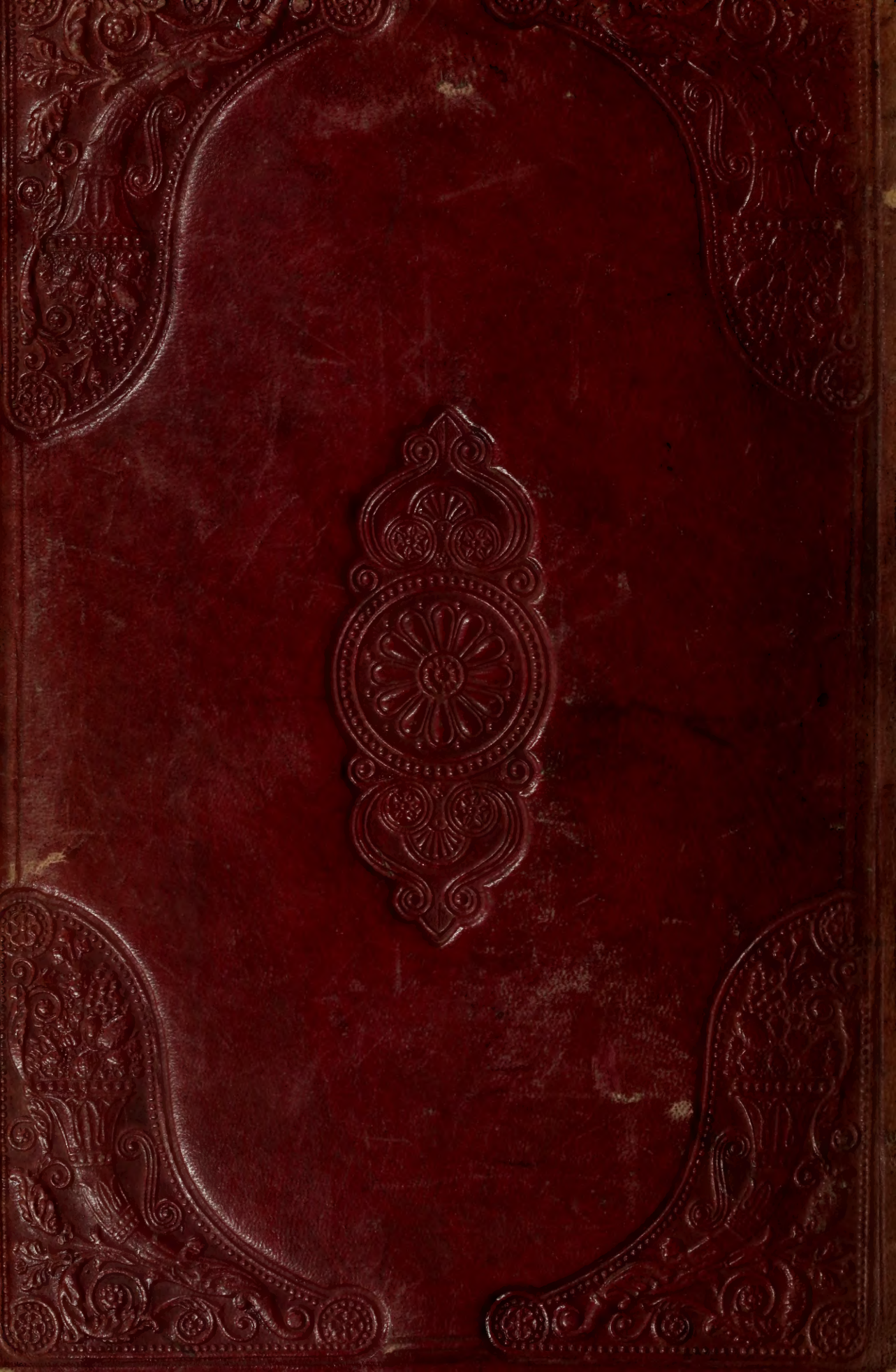
TOMO SEGUNDO.

Páginas.

Sentados ambos camaradas en el suelo. 157
¡Bendita seas, reina de mi alma! 186
Don Luis de Guevara. 214
Asomó la cabeza hácia el jardin y tiró la carta. 286
María. 340
Paca. 509
¡Paca!—exclamó Luis. 870

LS
C3527c
277344
Author Castillo, Rafael del
Title Los caballeros del amor. Vol.2.
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU